El Idiota

Por

Fyodor Dostoyevsky



PRIMERA PARTE

I

A las nueve de la mañana de un día de finales de noviembre, el tren de Varsovia se acercaba a toda marcha a San Petersburgo. El tiempo era de deshielo, y tan húmedo y brumoso que desde las ventanillas del carruaje resultaba imposible percibir nada a izquierda ni a derecha de la vía férrea. Entre los viajeros los había que tornaban del extranjero; pero los departamentos más llenos eran los de tercera clase, donde se apiñaban gentes de clase humilde procedentes de lugares más cercanos. Todos estaban fatigados, transidos de frío, con los ojos cargados por una noche de insomnio y los semblantes lívidos y amarillentos bajo la niebla.

En uno de los coches de tercera clase iban sentados, desde la madrugada, dos viajeros que ocupaban los asientos opuestos correspondientes a la misma ventanilla. Ambos eran jóvenes, ambos vestían sin elegancia, ambos poseían escaso equipaje, ambos tenían rostros poco comunes y ambos, en fin, deseaban hablarse mutuamente. Si cualquiera de ellos hubiese sabido lo que la vida del otro ofrecía de particularmente curioso en aquel momento, habríase sorprendido, sin duda, de la extraña casualidad que les situaba a los dos frente a frente en aquel departamento de tercera clase del tren de Varsovia. Uno de los viajeros era un hombre bajo, de veintisiete años poco más o menos, con cabellos rizados y casi negros, y ojos pequeños, grises y ardientes. Tenía la nariz chata, los pómulos huesudos y pronunciados, los labios finos y continuamente contraídos en una sonrisa burlona, insolente y hasta maligna. Pero la frente, amplia y bien modelada, corregía la expresión innoble de la parte inferior de su rostro. Lo que más sorprendía en aquel semblante era su palidez, casi mortal. Aunque el joven era de constitución vigorosa, aquella palidez daba al conjunto de su fisonomía una expresión de agotamiento, y a la vez de pasión, una pasión incluso doliente, que no armonizaba con la insolencia de su sonrisa ni con la dureza y el desdén de sus ojos. Envolvíase en un cómodo sobretodo de piel de cordero que le había defendido muy bien del frío de la noche, en tanto que su vecino de departamento, evidentemente mal preparado para arrostrar el frío y la humedad nocturna del noviembre ruso, tiritaba dentro de un grueso capote sin mangas y con un gran capuchón, tal como lo usan los turistas que visitan en invierno Suiza o el norte de Italia, sin soñar, desde luego, en hacer el viaje de Endtkuhnen a San Petersburgo. Lo que hubiese sido práctico y conveniente en Italia resultaba desde luego insuficiente en Rusia. El poseedor de este capote representaba también veintiséis o veintisiete años, era de estatura algo superior a la media, peinaba rubios y

abundantes cabellos, tenía las mejillas muy demacradas y una fina barba en punta, casi blanca en fuerza de rubia. Sus ojos azules, grandes y extáticos, mostraban esa mirada dulce, pero en cierto modo pesada y mortecina, que revela a determinados observadores un individuo sujeto a ataques de epilepsia. Sus facciones eran finas, delicadas, atrayentes y palidísimas, aunque ahora estaban amoratadas por el frío. Un viejo pañuelo de seda, anudado, contenía probablemente todo su equipaje. Usaba, al modo extranjero, polainas y zapatos de suelas gruesas. El hombre del sobretodo de piel de cordero y de la cabellera negra examinó este conjunto, quizá por no tener mejor cosa en qué ocuparse, y, dibujando en sus labios esa indelicada sonrisa con la que las personas de mala educación expresan el contento que les producen los infortunios de sus semejantes, se decidió al fin a hablar al desconocido.

—¿Tiene usted frío? —preguntó, acompañando su frase con un encogimiento de hombros.

—Mucho —contestó en seguida su vecino—. Y eso que no estamos más que en tiempo de deshielo. ¿Qué sería si helase? No creí que hiciese tanto frío en nuestra tierra. No estoy acostumbrado a este clima.

—Viene usted del extranjero, ¿verdad?

—Sí, de Suiza.

—¡Fííí! —silbó el hombre de la cabellera negra, riendo.

Se entabló la conversación. El joven rubio respondía con naturalidad asombrosa a todas las preguntas de su interlocutor, sin parecer reparar en la inoportunidad e impertinencia de algunas. Así, hízole saber que durante mucho tiempo, más de cuatro años, había residido fuera de Rusia. Habíanle enviado al extranjero por hallarse enfermo de una singular dolencia nerviosa caracterizada por temblores y convulsiones: algo semejante a la epilepsia o al baile de San Vito. El hombre de cabellos negros sonrió varias veces mientras le escuchaba y rio sobre todo cuando, preguntándole: —¿Y qué? ¿Le han curado?—, su compañero de viaje repuso:

—No, no me han curado.

—¡Claro! Le habrán hecho gastar una buena suma de dinero en balde… ¡Y nosotros, necios, tenemos fe en esa gente! —dijo, acremente, el hombre del sobretodo de piel de cordero.

—¡Ésa es la pura verdad! —intervino un señor mal al vestido, de figura achaparrada, que se sentaba a su lado. Era un hombre cuarentón, robusto, de roja nariz y rostro lleno de granos, con aire de empleado subalterno de ministerio—. ¡Es la pura verdad! Esa gente no hace más que llevarse toda la riqueza de Rusia sin darnos nada en cambio.

—En lo que personalmente me respecta se engañan ustedes —dijo, con acento suave y conciliador, el cliente de los doctores suizos—. Desde luego, no puedo negar en términos generales lo que ustedes dicen, porque no estoy bien informado al propósito; pero me consta que mi médico ha invertido hasta su último céntimo a fin de proporcionarme los medios de volver a Rusia, después de mantenerme dos años a sus expensas.

—¡Cómo! —exclamó el viajero de cabellos negros—. ¿No había nadie que pagase por usted?

—No. El señor Pavlichev, que era quien atendía a mis gastos en Suiza, murió hace dos años. Escribí entonces a la generala Epanchina, una lejana parienta mía, pero no recibí contestación. Y entonces he vuelto a Rusia.

—¿Dónde va usted a instalarse?

—¿Quiere decir que dónde cuento hospedarme? Aún no lo sé; según como se me pongan las cosas. En cualquier sitio…

—¿De modo que aún no sabe dónde?

Y el hombre del cabello negro comenzó a reír, secundado por el tercero de los interlocutores.

—Me temo —agregó el primero— que todo su equipaje está contenido en este pañuelo…

—Yo lo aseguraría —manifestó el otro, con aspecto de extrema satisfacción—. Estoy cierto de que todo el equipaje de este señor es ése, ¿verdad? Pero la pobreza no es vicio, desde luego.

La suposición de aquellos dos caballeros resultó ajustada a la realidad, como el joven rubio no titubeó en confesarlo.

—Su equipaje, sin embargo, no deja de tener cierta importancia —prosiguió el empleado, después de que él y el joven de la cabellera negra hubieron reído con toda su alma, siendo de notar que aquel que era objeto de su hilaridad había terminado también por reír viéndoles reír a ellos, con lo que hizo subir de punto sus carcajadas—; pues, aunque pueda darse por hecho que en él brillan por su ausencia las monedas de oro francés, holandés o alemán, el hecho de que tenga usted una parienta como la Epanchina modifica en mucho la trascendencia de su equipaje. Esto, claro, en el caso de que la Epanchina sea efectivamente parienta suya y no se trate de una distracción…, lo que no tiene nada de particular en un hombre, cuando es muy imaginativo…

—Ha adivinado usted —contestó el joven—. Realmente, casi me he equivocado, porque sólo quise decir que la generala es medio parienta mía, hasta el extremo de que su silencio no me ha sorprendido. Lo esperaba.

—Ha gastado usted inútilmente en sellos de correo. ¡Hum! Usted, al menos, es ingenuo y sincero, lo cual merece alabanzas. ¡Hum! Yo conozco al general Epanchin… como todos le conocen. Al difunto señor Pavlichev, el que pagaba sus gastos en Suiza, también le conocía, si es que se refiere a Nicolás Andrevich Pavlichev, porque hay dos primos hermanos del mismo apellido. El otro habita en Crimea. El difunto Nicolás Andrevich era hombre muy respetado, con muy buenas relaciones y propietario, en sus tiempos, de cuatro mil almas…

—Sí; se trataba de Nicolás Andrevich Pavlichiev —contestó el joven, mirando con atención a aquel desconocido que tan bien informado estaba de todas las cosas.

Esta clase de caballeros que lo saben todo suelen encontrarse con bastante frecuencia en cierta capa social. No hay nada que ignoren: toda su curiosidad espiritual, todas sus facultades de investigación se dirigen sin cesar en igual sentido, sin duda por carencia de ideas e intereses vitales más importantes, como diría un pensador moderno. Añadamos que esa omnisciencia que poseen está circunscrita a un campo harto restringido: les consta en qué departamento sirve Fulano, qué amistades tiene, qué fortuna posee, de dónde ha sido gobernador, con quién está casado, qué dote le aportó su mujer, quiénes son sus primos en primero y segundo grado, y otras cosas por el estilo. Por regla general, estos caballeros que lo saben todo llevan los codos rotos y ganan diecisiete rublos al mes. Las personas de quienes conocen tantos detalles se quedarían muy confusas si lograran saber cómo y por qué estos señores omniscientes están tan bien informados de sus existencias. Sin duda los interesados encuentran algún consuelo positivo en poseer semejantes conocimientos, que consideran una completa ciencia de la que derivan una alta estima de sí mismos y una elevada satisfacción espiritual. Y es, en efecto, una ciencia subyugadora. Yo he conocido literatos, intelectuales, poetas y políticos, que parecían hallar en semejante disciplina científica su mayor deleite y su meta final habiendo hecho, además, su carrera gracias a ella.

Durante aquella parte de la conversación, el joven de negros cabellos miraba distraídamente por la ventanilla, bostezando y aguardando con impaciencia el fin del viaje. Parecía preocupado, muy preocupado, casi inquieto. Su actitud resultaba extraña: a veces miraba sin ver, escuchaba sin oír, reía sin saber él mismo el motivo.

—Permítame: ¿a quién tengo el honor de…? —preguntó de improviso el señor de los granos al propietario del paquetito del pañuelo de seda.

—Al príncipe León Nicolaievich Michkin —contestó el interpelado inmediatamente sin la menor vacilación.

—¿El príncipe León Nicolaievich Michkin? No le conozco. Jamás lo he

oído mencionar —dijo el empleado, reflexionando—. No me refiero al nombre, que es histórico y se puede encontrar en la historia de Karamzin, sino a la persona, ya que ahora no se encuentran en ningún sitio príncipes Michkin y no se oye jamás hablar de ellos.

—No lo dudo —replicó el joven—. En este momento no existe más príncipe Michkin que yo, que creo ser el último de la familia. En cuanto a mis antepasados, hace ya varias generaciones que vivían como simples propietarios rurales. Mi padre fue subteniente del ejército. La generala Epanchina pertenece, aunque no sé bien en virtud de qué parentesco, a la familia de los Michkin, y es también, como mujer, la última de su raza…

—¡Ja, ja, ja! —rio el empleado—. ¡Mujer, y la última de su raza! ¡Qué chiste tan bien buscado!

El señor de los cabellos negros sonrió igualmente. Michkin quedó muy sorprendido al ver que le atribuían un chiste, bastante malo además.

—Lo he dicho sin darme cuenta —aseguró al fin, repuesto de su sorpresa.

—¡Por supuesto, por supuesto! —repuso jovialmente el empleado.

—Y en Suiza, príncipe —preguntó de pronto el otro viajero—, ¿estudiaba usted, tenía algún profesor?

—Sí; lo tenía…

—Yo, en cambio, no he aprendido nada nunca.

—Tampoco yo —dijo el príncipe, como excusándose— he aprendido nada apenas. Mi mala salud no me ha permitido seguir estudios sistemáticos.

—¿No ha oído usted hablar de los Rogochin? —interrogó con viveza el joven de los cabellos negros.

—No; no conozco a casi nadie en Rusia. ¿Se llama usted Rogochin?

—Sí; Parfen Semenovich Rogochin.

—¿Parfen Semenovich? ¿No será usted uno de esos Rogochin que…? —preguntó el empleado con súbita gravedad.

—Sí; uno de esos —interrumpió impacientemente el joven moreno quien, desde el principio, no se había dirigido al hombre granujiento ni una sola vez, limitándose a hablar únicamente con Michkin.

El empleado, estupefacto, abrió mucho los ojos y todo su semblante adquirió una expresión de respeto servil, casi temeroso.

—¡Cómo! —prosiguió—. ¿Es posible que sea usted hijo de Semen Parfenovich Rogochin, burgués notable por derecho de herencia y que murió

hace un mes dejando un capital de dos millones y medio de rublos?

—¿Y cómo puedes tú saber que ha dejado dos millones y medio? —preguntó rudamente el hombre moreno sin dignarse mirar al empleado. Luego añadió, haciendo un guiño a Michkin para referirse al otro—: Mírele: apenas se ha enterado de quién soy, ya empieza a hacerme la rosca. Pero ha dicho la verdad. Mi padre ha muerto y yo, después de pasar un mes en Pskov, vuelvo a casa como un pordiosero. Ni mi madre ni el bribón de mi hermano me han avisado ni me han enviado dinero. ¡Cómo si fuera un perro! Durante todo el mes he estado enfermo de fiebres en Pskov y…

—¡Pero ahora va usted a recibir un rico milloncejo, si no más! ¡Oh, Dios mío! —exclamó el señor granujiento alzando las manos al cielo.

—Dígame, príncipe —exclamó Rogochin, irritado, señalando al funcionario con un movimiento de cabeza—, ¿qué podrá importarle eso? Porque no voy a darte ni un kopec aunque bailes de coronilla delante de mí. ¿Oyes?

—Lo haré, lo haré.

—¿Qué le parece? Bien: pues no te daré ni un kopec aunque bailes de coronilla delante de mí una semana seguida.

—No me des nada. ¿Por qué habías de dármelo? Pero bailará de coronilla ante ti. Dejaré plantados a mi mujer y a mis hijos e iré a bailar de cabeza ante ti. Necesito rendirte homenaje. ¡Lo necesito!

—¡Puaf! —exclamó Rogochin, escupiendo. Y se dirigió al príncipe—: Yo no tenía más equipaje que el que usted lleva cuando, hace cinco semanas, hui de la casa paterna y me fui a la de mi tía, en Pskov. Allí caí enfermo. Y entre tanto murió mi padre de un ataque de apoplejía. Gloria eterna a su memoria, sí; pero la verdad es que faltó poco para que me matase a golpes. ¿Lo creería usted, príncipe? Pues es verdad: si yo no hubiese huido, me habría matado.

—¿Qué hizo usted para irritarle tanto? —preguntó el príncipe, que miraba con curiosidad a aquel millonario de tan modesta apariencia bajo su piel de cordero.

Aparte el millón que iba a heredar, había en el joven moreno algo que intrigaba e interesaba a Michkin. Y en cuanto a Rogochin, fuese por lo que fuera, se complacía en hablar con el príncipe, quizás más que en virtud de una ingenua necesidad de expansionarse, por hallar un derivativo a su agitación. Dijérase que la fiebre le atormentaba aún. En cuanto al empleado, pendiente de la boca de Rogochin, recogía cada una de sus palabras como si esperase hallar entre ellas un diamante.

—Mi padre estaba, desde luego, enojado conmigo, y acaso con razón —

respondió Rogochin—; pero quien más le predisponía contra mí era mi hermano. No quiero decir nada de mi madre: es una mujer de edad, lee el Santoral, pasa su tiempo en hablar con viejas y no ve más que por los ojos de mi hermano Semka. Pero, ¿no es cierto que éste debió avisarme con oportunidad? ¡Bien sé por qué no lo hizo! Cierto que yo estaba entonces sin conocimiento… Cierto también que me expidieron un telegrama… Pero desgraciadamente lo recibió mi tía, viuda desde hace treinta años y que no trata, de la mañana a la noche, sino con hombres de Dios y gente por el estilo… No es monja, pero peor que si lo fuera. El telegrama la asustó, así que lo llevó al puesto de policía, donde aún continúa. Sólo me he informado de lo sucedido por una carta de Basilio Vasilievich Koniev, quien me lo cuenta todo, incluso que por la noche, mi hermano cortó un paño mortuorio de brocado de trencillas de oro, que adornaba el ataúd de mi padre, diciendo: «Esto vale su dinero». ¡Si quiero, me basta con eso para enviarle a Siberia, porque es un robo sacrílego! ¿Qué opinas tú, espantapájaros? —añadió, dirigiéndose al funcionario—. ¿Cómo califica la ley ese acto? ¿De robo sacrílego?

—Sí: de robo sacrílego —confirmó el empleado.

—¿Y se envía a Siberia a los culpables de ese crimen?

—¡A Siberia, sí! ¡A Siberia inmediatamente!

—En casa me creen enfermo aún —prosiguió Rogochin dirigiéndose al príncipe otra vez—. Pero yo he tomado el tren sin decir nada a nadie y, aunque mal de salud todavía, dentro de un rato estaré en San Petersburgo. ¡Cuánto se sorprenderá mi hermano Semen Semenovich al verme llegar! ¡El que, como bien sé, fue quien indispuso a mi padre contra mí! Aunque, a decir verdad, éste ya estaba irritado conmigo por lo de Nastasia Filipovna. En ese caso, desde luego, la culpa fue mía.

—¿Nastasia Filipovna? —preguntó el empleado, con aire servil y, al parecer, reflexionando intensamente.

—¡Si no la conoces! —exclamó Rogochin, con impaciencia.

—¡Si! ¡La conozco! —exclamó, con aire triunfante, el señor granujiento.

—¡Claro! ¡Hay tantas Nastasias Filipovnas en el mundo! Eres un solemne animal, permíteme que te lo diga. ¡Ya sabía yo que este bestia acabaría queriendo pegarse a mí! —añadió Rogochin, hablando a Michkin.

—¡Bien puede ser que la conozca! —replicó el empleado—. ¡Lebediev sabe muchas cosas! Podrá usted injuriarme cuanto quiera, excelencia, pero ¿y si le pruebo que digo la verdad? Esa Nastasia Filipovna por cuya culpa le ha golpeado su padre, se apellida Barachkov, y es una señora distinguida y hasta, en su estilo, una verdadera princesa. Mantiene íntimas relaciones con Atanasio

Ivanovich Totzky y no tiene otro amante que él. Totzky es un poderoso capitalista, con mucho dinero y muchas propiedades, accionista de varias compañías y empresas y por esta razón muy amigo del general Epanchin.

—¡Diablo! ¡La conoce de verdad! —exclamó Rogochin, realmente sorprendido—. ¿Cómo puedes conocerla?

—¡Lebediev lo sabe todo! ¡Lebediev no ignora nada! He andado mucho con Alejandro Lichachevich cuando éste acababa de perder a su padre. ¡No sabía dar un paso sin mí! Ahora está preso por deudas; mas yo en aquel tiempo conocí a todas aquellas mujeres: Arrancia y Coralia, y la princesa Patzky, y Nastasia Filipovna, y muchas otras.

—¿Es posible que Lichachevich y Nastasia Filipovna…? —preguntó Rogochin lanzando una mirada de cólera al empleado. Y sus labios se convulsionaron y palidecieron.

—¡No, no, nada! —se apresuró a contestar Lebediev—. Él le ofrecía sumas enormes, pero no pudo conseguir absolutamente nada… No es como Amancia. Su único amigo íntimo es Totzky. Por las noches puede vérsela siempre en su palco en el Gran Teatro o en el Teatro Francés. Y la gente hablará de ella lo que quiera, pero nadie puede probarle nada. Se la señala y se dice: «Mirad a Nastasia Filipovna»; pero nada más, porque nada hay que decir.

—Así es, en efecto —convino Rogochin, con aire sombrío—; eso concuerda con lo que me contó hace tiempo Zaliochev. Un día, príncipe, yo cruzaba la Perspectiva Nevsky vestido con un gabán viejo que mi padre había retirado hacía tres temporadas. Ella salía de un comercio y subió al coche. En el acto sentí que me atravesaba el alma un dardo de fuego. A poco encontré a Zaliochev. No vestía como yo, sino con elegancia, y llevaba un monóculo aplicado al ojo. En cambio yo, en casa de mi padre, usaba botas enceradas y comía potaje de vigilia. «Esa no es de tu clase —me dijo mi amigo—: es una princesa. Se llama Nastasia Filipovna Barachkov y vive con Totzky. Él ahora, quisiera desembarazarse de ella a toda costa, porque, a pesar de sus cincuenta y cinco años, tiene entre ceja y ceja el propósito de casarse con la beldad más célebre de San Petersburgo». Zaliochev añadió que si yo iba aquella noche a los bailes del Gran Teatro podría ver en un palco a Nastasia Filipovna. Entre nosotros, le diré que ir a ver una sesión de baile significaba para mí correr el riesgo de ser molido a golpes por mi padre. No obstante, burlando su vigilancia, pasé una hora en el teatro, volví a ver a Nastasia Filipovna y no pude dormir en toda la noche. Por la mañana, mi difunto padre me entregó dos títulos al cinco por ciento de cinco mil rublos cada uno. «Vete a venderlos —dijo—, pasa por casa de los Andreiev, liquídales una cuenta de siete mil quinientos rublos que tengo con ellos y tráeme el resto del dinero. No te entretengas en el camino, que te aguardo». Negocié los títulos, pero en vez de

ir a casa de Andreiev entré en el Bazar Inglés y compré unos pendientes de diamantes, cada uno casi tan grueso como ruta avellana. Como el precio excedía en cuatrocientos rublos el dinero que yo llevaba, di mi nombre y el comerciante me abrió, crédito por la diferencia. Tras esto, fui a ver a Zaliochev. «Acompáñame a casa de Nastasia Filipovna», le dije. Y fuimos. No sé, ni recuerdo, lo que había ante mí, ni a mi lado, ni bajo mis pies. Entrarnos en una sala y ella salió a recibirnos. Yo no di mi nombre: fue Zaliochev quien tomó la palabra. «Sírvase aceptarlos en nombre de Parfen Rogochin, en recuerdo del encuentro de ayer tarde», dijo. Ella abrió el estuche, miró los pendientes y sonrió: «Agradezca a su amigo Rogochin su amable atención», repuso. Y, haciéndonos una reverencia, se apartó. ¿Por qué no caería yo muerto en aquel instante? Si me había decidido a hacer la visita, era porque, en verdad, no esperaba volver vivo de ella. Lo que más me mortificaba de todo era ver que aquel animal de Zaliochev se había arreglado para atribuirse el mérito a sí mismo, en cierto modo. Yo, bajo de estatura como soy y mal vestido como iba, guardaba un silencio lleno de turbación, y me limitaba a contemplar a aquella mujer abriendo mucho los ojos, mientras él, ataviado con elegancia, los cabellos rizados y llenos de cosmético, muy sonrosada la cara, el lazo de la corbata impecable, mostraba una desenvoltura de hombre de mundo, y todo se volvía inclinaciones y gracias. ¡Estoy seguro de que ella le tomó por mí! Cuando salimos le dije: «Ahora no vaya a ocurrírsete cualquier insolencia respecto a Nastasia Filipovna. ¿Comprendes?». El, riendo, repuso: «¿Cómo te las compondrás para arreglar tus cuentas con Semen Parfenovich?». Yo sentía tanto deseo de volver a casa como de tirarme al agua, pero me dije: «Sea lo que quiera. ¿Qué me importa?». Y regresé a casa como un alma en pena.

—¡Oh! —exclamó el empleado, estremeciéndose con positivo espanto—. ¿No sabe —añadió, dirigiéndose al príncipe— que el difunto Semen Parfenovich era capaz de matar a un hombre por diez rublos? ¡Figúrese de lo que sería capaz por diez mil!

Michkin miraba con curiosidad a Rogochin, que parecía haber palidecido en aquel momento más aún.

—¿Matar a un hombre? —dijo Rogochin—. ¡Qué sabes tú de eso! ¡Peor aún! —Y, volviéndose a Michkin, continuó—: Mi padre no tardó en averiguar lo ocurrido, ya que Zaliochev lo iba contando a todos. El viejo me hizo subir al piso alto de casa. Allí se encerró conmigo y me golpeó durante una hora seguida. «Esto es sólo el prólogo —me aseguró—. Antes de acostarme volveré a darte las buenas noches». ¿Y sabe lo que hizo luego? Pues aquel hombre de cabellos blancos visitó a Nastasia Filipovna y se inclinó hasta el suelo delante de ella, suplicándole y llorando. Al fin ella buscó el estuche y se lo tiró a la cara. «Toma, viejo barbudo —le dijo—. Ahí van tus pendientes, pero ahora

que sé lo que Parfen Semenovich hizo para regalármelos, tienen diez veces más valor a mis ojos. Saluda a tu hijo y dale las gracias en mi nombre». Entretanto, yo, con permiso de mi madre, pedí veinte rublos prestados a Sergio Protuchin y me fui a Pskov. Llegué tiritando de fiebre. Allí, las viejas de casa de mi tía comenzaron a leerme el Santoral. Cansado, me dediqué a gastar en bebida los restos de mi dinero. Invertí hasta mi último groch en una taberna, y al salir mortalmente borracho caí al suelo y allí pasé la noche. Por la mañana amanecí delirando, y costó mucho trabajo volverme a la razón. Pasé unos días muy malos, se lo aseguro.

—Vamos, vamos —dijo jovialmente el funcionario, frotándose las manos —, ahora ya verá cómo Nastasia Filipovna canta otra canción. ¿Qué importan aquellos pendientes? ¡Ya le regalaremos otros!

—¡Si vuelves a mencionar a Nastasia Filipovna, te daré de latigazos por muy amigo que seas de Alejandro Lichachevich! —gritó Rogochin, asiendo con violencia el brazo de Lebediev.

—Si me das de latigazos, eso quiere decir que no me rechazas. ¡Anda, dame de latigazos! ¡No lo tomo a mal! Cuando se azota a alguien, se pone el sello a… ¡Ea, al fin ya llegamos!

El tren, en efecto, entraba en la estación. Aunque Rogochin había hablado de una marcha en secreto, varios individuos le esperaban. Al verle, comenzaron a gritar y a agitar sus gorros en el aire.

—¡También está con ellos Zaliochev! —exclamó Rogochin, mirándoles con sonrisa entre maligna y orgullosa. Luego se dirigió repentinamente a Michkin—: Te he tomado afecto no sé cómo, príncipe. Quizá por haberte encontrado en este momento. Sin embargo, también he encontrado a ése —agregó, indicando a Lebediev—, y no me ha despertado simpatía alguna. Ven a verme, príncipe. Te quitaré esas polainas y te regalaré una pelliza de marta de primera calidad. Además mandaré que te hagan un magnífico frac, con chaleco blanco o del color que te guste. Luego te llenaré los bolsillos de dinero… e iremos a ver a Nastasia Filipovna. ¿Vendrás?

—Atiéndale, príncipe León Nicolaievich —dijo el empleado, con solemnidad—. ¡No deje escapar tan buena ocasión!

El príncipe Michkin se incorporó, tendió cortésmente la mano a Rogochin y le dijo con la mayor cordialidad:

—Iré a verle con el mayor placer y aprecio mucho la amistad que me testimonia. Quizá vaya a visitarle hoy mismo. Me ha simpatizado mucho, sobre todo cuando nos ha contado esa historia de los pendientes. Pero ya me agradaba usted antes, a pesar de su aspecto sombrío. Le agradezco la pelliza y los vestidos que me ofrece, porque pronto, en efecto, lo necesitaré todo. En

este momento apenas poseo un kopec.

—Ven, ven y tendrás dinero esta misma tarde.

—Lo tendrá —repitió el empleado, como un eco—. ¡Lo tendrá esta misma tarde!

—Dime, príncipe; ¿te gustan las mujeres? ¡Dímelo en seguida!

—No… Yo, ¿comprende?… En fin, quizá usted lo ignore, pero el caso es que yo, como consecuencia de mi enfermedad congénita, no puedo tratar íntimamente a las mujeres.

—En ese caso —exclamó Rogochin— eres un verdadero hombre de Dios. Dios ama a los seres así.

—Sí: el Señor Dios los ama —aseguró el empleado a su vez.

—Anda, moscón, acompáñame —dijo Rogochin a Lebediev.

Todos descendieron del carruaje. Lebediev había conseguido al fin su propósito. El ruidoso grupo partió en dirección a la Perspectiva Voznesensky. Michkin debía dirigirse a la Litinaya. El tiempo era húmedo. El príncipe preguntó a los transeúntes el camino a seguir y cuando supo que debía recorrer tres verstas, resolvió tomar un coche de alquiler.

II

El general Epanchin vivía en una casa propia cerca de la Litinaya, junto a la Transfiguración. Además de ser dueño de aquel magnífico edificio, cuyas cinco sextas partes alquilaba, el general obtenía una buena renta de otra casa, muy vasta también, que poseía en la Sadowaya. Era igualmente propietario de una fábrica en el distrito de San Petersburgo y de una finca que producía considerables ingresos, situada a poca distancia de la capital. Como todos sabían, el general, antes, había estado interesado en los arrendamientos públicos y a la sazón era un fuerte e influyente accionista en varias poderosas sociedades comanditarias. Gozaba reputación de hombre muy rico, muy ocupado y muy bien relacionado. Tenía el arte de saber hacerse necesario en donde le convenía, como, por ejemplo, en su departamento gubernamental. Nadie, sin embargo, ignoraba que Iván Federovich Epanchin no había recibido educación alguna, ya que su padre fue mero soldado raso. Sin duda este último hecho no podía sino honrarle, comparándolo con la posición social alcanzada, pero el general, aunque hombre inteligente, no se eximía de ciertas debilidades, y le disgustaba, en consecuencia, que se aludiese a sus orígenes. En todo caso, era talentoso y capaz. Se atenía, verbigracia, al principio de no

hacerse evidente nunca allí donde convenía difumarse y, a los ojos de mucha gente, uno de sus principales méritos consistía en su falta de pretensiones y en saber no salirse de su lugar. ¿Qué hubieran dicho los que le juzgaban así de haber leído sus sentimientos reales en el fondo de su alma? El hecho era que, uniendo a una gran experiencia de la vida varias notabilísimas facultades, Iván Fedorovich fingía obrar, más que en virtud de sus inspiraciones personales, como ejecutor del pensamiento de los demás, a fin de parecer un hombre «desinteresadamente consagrado al servicio» y de ganar fama, de acuerdo con el sentir de la época, de ser un auténtico ruso. Cierto que circulaban al propósito algunas anécdotas divertidas, pero el general no se desconcertaba nunca por semejante causa. Además, era afortunado en todo, incluso en el juego. Arriesgaba gruesas sumas en el tapete verde y lejos de ocultar lo que él llamaba su «pequeña debilidad», procuraba hacer ostentación de ella. Trataba círculos muy mezclados, sí, pero, por supuesto, de gente influyente y bien situada. Por mucho que tuviese que hacer, siempre encontraba tiempo para todo, y todo era diligenciado por él a su debido tiempo. También en punto a edad el general se hallaba en eso que se llama «la flor de la vida», ya que contaba cincuenta y seis años, momento en que, como todos saben, es cuando se empieza a vivir de veras. Su buena salud, su rostro optimista, su figura recia, sus dientes sólidos aunque ennegrecidos, el aire de preocupación con que trabajaba por la mañana en su despacho y el aspecto de buen humor que exhibía por la noche ante la mesa de juego o en casa de Su Gracia, todo contribuía a su éxito presente y futuro y contribuía a cubrir de rosas su sendero.

El general tenía varias deliciosas hijas. En aquel sentido, no todo eran rosas, aunque sí motivo de que Epanchin albergase esperanzas profundamente acariciadas. ¿Hay, después de todo, planes más graves y respetables que los de un padre? ¿Qué debe preocupar a un hombre más que su familia?

La del general consistía en su esposa y tres hijas, ya mujeres. Epanchin habíase casado muchos años atrás, siendo sólo teniente, con una muchacha de su edad aproximada que no sobresalía por su belleza ni su cultura, ni le llevó como dote más que cincuenta almas, dote, sin embargo, que constituyó el primer peldaño de la fortuna del general. Éste nunca deploró aquel matrimonio contraído en su obscura juventud, nunca lo consideró como un error, y respetaba y hasta, a veces, temía tanto a su mujer, que ello era casi para él un equivalente del amor. Su esposa pertenecía a la familia principesca de los Michkin, de nobleza antigua aunque no brillante, y tenía una alta opinión de sí misma en razón a su nacimiento. Una persona influyente, uno de esos protectores amigos de proteger sin que les cueste nada, se había interesado por el porvenir del esposo de la joven princesa cuando ambos estaban recién casados. Abrió, en efecto, camino, al joven oficial, tendiéndole, como suele decirse, una mano, aunque en realidad nunca hizo falta mano alguna, sino una

simple mirada para que ambos se comprendieran. Con pocas excepciones, marido y mujer pasaron toda su existencia en buena armonía. La Epanchina, desde su edad juvenil, gracias a ser princesa por nacimiento —la última de su familia— y acaso también a causa de sus cualidades personales, había encontrado amistades de peso en los círculos más altos.

En los últimos años, gracias a la riqueza de su esposo y al grado de éste en el servicio, acabó sintiéndose como en su casa en aquellas elevadas regiones.

En el curso de los años, las tres hijas del general —Alejandra, Adelaida y Aglaya— se habían convertido en mujeres muy atractivas. Eran, cierto, meras Epanchinas, pero por parte de su madre descendían de cuna ilustre, poseían considerables dotes, se esperaba que su padre, más pronto o más tarde, llegase a ocupar una posición muy alta y, lo que resultaba también importante, las tres tenían una notable belleza, sin exceptuar a la mayor, que ya había rebasado los veinticinco años. La segunda contaba veintitrés y Aglaya, la más joven, acababa de cumplir los veinte. Aglaya, auténtica hermosura, comenzaba a atraer la atención en sociedad. Por ende, las tres eran también muy distinguidas en materia de educación, inteligencia y talento. Todas se querían mucho y se apoyaban mutuamente. Incluso la gente hablaba de ciertos sacrificios hechos por las dos mayores en beneficio de la tercera, que era el ídolo de la familia. No les gustaba exhibirse mucho en sociedad y procedían siempre con extraordinario recato. Nadie podía reprocharles altanería o desdén, aunque todos las supiesen orgullosas y conscientes de su propia valía. La mayor de todas tocaba admirablemente, y la segunda pintaba muy bien, aunque ello no se había sabido hasta hacía pocos años. En resumen, se las elogiaba mucho. Cierto que tampoco faltaban comentarios hostiles. La gente hablaba con horror del número de libros que las tres muchachas habían leído. No mostraban prisa en casarse y no aparecían sino muy moderadamente en el círculo social al que pertenecían. Esto resultaba lo más notable de todo, siendo notorios, como lo eran, los propósitos, inclinaciones, carácter y deseos de su padre.

Serían cosa de las once cuando el príncipe pulsó el timbre de la puerta del general. Éste habitaba, en el primer piso de su casa, un departamento relativamente modesto para su posición en el mundo. Un lacayo de librea abrió la puerta y el príncipe hubo de entrar en largas explicaciones con aquel hombre, quien desde el primer momento miróles a él y su paquete con clara desconfianza. Al fin, en vista de la reiterada y concreta aserción del visitante de que era realmente el príncipe Michkin y que deseaba ver al general acerca de un asunto urgente y de importancia, el asombrado servidor le pasó a una reducida antecámara que precedía al salón contiguo al despacho, confiándose allí a otro criado cuyo deber consistía en recibir a los visitantes en la antesala y anunciarlos al general. Este segundo sirviente, que vestía de frac, era un

hombre como de cuarenta años, con el aspecto inquisitivo propio de quien conoce bien la importancia de sus funciones, que en su caso, según dijimos, consistían en anunciar a los visitantes y pasarlos al despacho.

—Entre en el salón y deje aquí su paquete —dijo el lacayo, sentándose en su butaca con mesurada gravedad y examinando a la vez, con ojo sorprendido y severo, al príncipe, quien, sin abandonar su modesto equipaje, se había instalado junto a él en una silla.

—Si me lo permite —indicó Michkin— esperaré en su compañía. ¿Qué voy a hacer yo solo ahí dentro?

—Puesto que viene usted de visita, no puede quedarse en la antesala. ¿Quiere usted ver al general en persona?

—Sí; tengo un asunto que… —principió el príncipe.

—No le pregunto sobre su asunto. Mi deber es sólo el de anunciarle. Pero, como ya le he dicho, sin permiso del secretario no puedo hacerlo.

El lacayo se sentía cada vez más inclinado a la desconfianza. El aspecto del príncipe difería mucho del de los visitantes ordinarios. Si bien a ciertas horas, e incluso todos los días, el general solía recibir personas de las más diversas calidades, especialmente en materia de negocios, el criado, pese a la amplitud de sus instrucciones, experimentaba en este caso gran titubeo y por ello consideró imprescindible consultar al secretario.

—¿Viene usted en realidad del extranjero? —preguntó, involuntariamente, sintiéndose muy turbado apenas concluyó de hablar.

En rigor había estado a punto de preguntar: «¿Es usted en realidad el príncipe Michkin?».

—Sí: llego ahora mismo de la estación. Creo que quería usted preguntarme si soy verdaderamente el príncipe Michkin; pero la cortesía le ha impedido hacerlo así.

—¡Hum! —rezongó el sirviente, sorprendido.

—Le aseguro que no miento y que no incurrirá usted en responsabilidad alguna por culpa mía. Si me presento vestido de este modo y llevando este paquete, ello no debe extrañarle. Mi situación actual no es muy desahogada.

—Es que… Mire; mi deber es sólo anunciarle, y el secretario le verá, a menos que usted… Precisamente la dificultad está en que… En fin: ¿puedo preguntarle si se propone solicitar del general una ayuda pecuniaria?

—¡Oh, no! Tranquilícese; no es ése el asunto que me trae aquí.

—Dispénseme, pero yo, viendo su traje… Espere al secretario. Ahora el

general está ocupado con un coronel… y luego tiene que venir el secretario de la compañía…

—Si he de esperar mucho, le ruego que me permita fumar en algún sitio Tengo pipa y tabaco…

—¡Fumar! —exclamó el lacayo mirándole con despectiva extrañeza, como si no pudiera creer a sus oídos—. ¡Fumar! No, no puede usted fumar aquí y no debía ocurrírsele ni preguntármelo. ¡Je, je! ¡Vaya una ocurrencia!

—No se trata de fumar en esta habitación. Ya me hago cargo de que eso no debe estar permitido. Sólo quería referirme a que me indicara un lugar donde poder encender una pipa, porque tengo ese vicio y hace tres horas que no he fumado. Pero, en fin, como le parezca… Ya lo dice el refrán: «Do quiera que estuvieres, haz lo que vieres…»

El lacayo no pudo contenerse y exclamó:

—¿Cómo voy a anunciar a un hombre así? En primer lugar, su sitio como visitante no es éste, sino el salón, y me expone usted a recibir reproches. ¿No pensará usted quedarse a vivir en la casa? —añadió, mirando de soslayo el paquetito, que evidentemente le preocupaba.

—No, no me lo propongo. Incluso si me invitaran no me quedaría. El único objeto de mi visita es conocer a los dueños de la casa… y nada más.

Esta respuesta pareció muy equívoca al desconfiado sirviente.

—¿Conocerlos? —dijo con sorpresa—. ¡Pero si me aseguró usted al principio que venía por un asunto!

—Quizá haya exagerado yo al hablar de un asunto. No obstante, puedo decir que me trae un asunto, en el sentido de que tengo que pedir un consejo… Pero sobre todo deseo presentarme a los Epanchin, porque la generala pertenece a la familia de los Michkin, como yo, y los dos somos los últimos descendientes de nuestra raza.

Las últimas palabras del príncipe llevaron al colmo la inquietud del lacayo.

—¿Así que es usted un pariente?

—Apenas un pariente. El parentesco existe, en realidad, pero tan lejano que se puede considerar como nulo. Desde el extranjero escribí una vez a la generala y no me contestó. Sin embargo, al volver a Rusia, he creído deber mío venir a visitarla. Entro en tantas explicaciones para disipar sus dudas, ya que le veo muy sorprendido. Anuncie al príncipe Michkin y este nombre será suficiente razón de mi visita. Se me recibirá o no: en el primer caso, bien; en el segundo tal vez mejor aún. Pero creo que no pueden dejar de recibirme, porque la generala querrá ver al último miembro actual de su familia, ya que,

según me han dicho, da mucha importancia a su nacimiento.

Cuanto más se esforzaba el príncipe en hacer natural su conversación, más aquella naturalidad hacía entrar en sospechas al experto sirviente, quien, reconociendo la charla muy lógica de hombre a hombre, no podía considerarla de igual modo de visitante a lacayo. Y como los criados son mucho menos torpes de lo que sus señores imaginan, sólo dos ideas surgían en la mente del lacayo: o el visitante era un impostor que acudía a pedir dinero al general, o era sencillamente un idiota sin un ápice de dignidad, porque un príncipe en sus sentidos cabales y suficientemente digno no se habría quedado en la antesala ni contado sus intimidades a un sirviente. En cualquiera de ambos casos, el anunciar tal visita podía originarle complicaciones.

—En todo caso, debe usted pasar al salón —dijo lo más apremiantemente que supo.

—Si hubiese pasado, no habría podido darle estas explicaciones —contestó el príncipe con sonrisa jovial— y usted estaría inquieto aún acerca de mi capote y de mi paquete. Ahora, quizá juzgue usted inútil esperar al secretario y me anuncie sin más.

—No puedo anunciar a un visitante como usted sin contar con el secretario. Además, Su Excelencia tiene dadas órdenes de que no se le moleste cuando está con el coronel… Sólo Gabriel Ardalionovich puede pasar en estas ocasiones sin ser anunciado.

—¿Es un empleado?

—¿Quién? ¿Gabriel Ardalionovich? No. Está al servicio de la compañía. Deje usted el paquete aquí.

—Sí, ya pensaba hacerlo si me lo permitía. Y el capote también. ¿Le parece?

—Sí: no puede usted conservarlo puesto cuando pase a ver a Su Excelencia.

El príncipe, levantándose, quitóse ágilmente el capote. Llevaba debajo un traje bastante elegante y bien cortado, aunque algo raído. Sobre su chaleco serpenteaba una cadena de acero. El reloj, de fabricación ginebrina, era de plata.

Aunque el lacayo tuviese a aquel hombre por un imbécil —y la convicción de que lo era había arraigado vigorosamente ya en su cerebro— no dejaba de comprender lo inusitado de que él, un sirviente, conversase así con un visitante. Además, sentía cierta simpatía por Michkin, siempre, por supuesto, desde un punto de vista distinto a aquel que le produjera tan violenta indignación.

—Y ¿a qué horas recibe la señora Epanchina? —preguntó Michkin después de volver a sentarse donde anteriormente.

—Eso ya no es cosa mía. Sus horas de recepción varían según las personas. Para la modista, la señora está visible desde las once. Gabriel Ardalionovich puede pasar también antes que los demás, incluso durante el desayuno.

—En invierno, la temperatura de las casas es mejor aquí que en el extranjero —comentó Michkin—, aunque en la calle el aire allá es menos frío que aquí. Un ruso no acostumbrado a las casas extranjeras las encuentra inhabitables en el invierno.

—¿No tienen calefacción?

—Sí; pero se construye de diferente modo, con otro sistema de calefacción y de ventanas.

—Ya. ¿Ha estado usted mucho tiempo en el extranjero?

—Cuatro años. Claro que siempre he habitado en el mismo lugar, en el campo.

—Se encontrará usted extraño entre nosotros, ¿no?

—Es verdad. Puede creerme que me ha sorprendido observar que no se me había olvidado el idioma ruso. Ahora, ¿ve?, mientras conversamos, pienso: «¡Pues si hablo bien!». Tal vez por eso charle tanto. Desde ayer, en realidad, experimento una necesidad continua de hablar en ruso.

—¡Sí; claro! ¿Vivía usted en San Petersburgo? —preguntó el lacayo, que, pese a sus esfuerzos, no podía lograr librarse de una conversación tan afable y cortés.

—¿En San Petersburgo? Sólo he estado de paso. Pero entonces yo no conocía nada de Rusia y ahora, según dicen, ha habido tantos cambios que hasta los que la conocían han tenido que estudiarla de nuevo. Se habla mucho de las nuevas instituciones judiciales…

—Sí, claro; las instituciones judiciales… ¿Y qué? ¿Es mejor la justicia extranjera que la nuestra?

—No lo sé. He oído decir muchas veces que la nuestra es buena. Entre nosotros, por ejemplo, la pena de muerte no existe.

—¿Y en el extranjero sí?

—Sí. Yo he visto una ejecución en Lyon, en Francia. El doctor Schneider me llevó a presenciarla.

—¿Cómo hacen? ¿Ahorcan a los delincuentes?

—No. En Francia les cortan la cabeza.

—¿Y gritan?

—¿Cómo van a gritar? Es cosa de un instante. Se coloca al hombre sobre una plancha y en seguida cae la cuchilla, movida por una potente máquina llamada guillotina. La cabeza queda cortada antes de tener tiempo de parpadear. Los preparativos son horrorosos. Sí; lo más terrible es cuando leen la sentencia al condenado, cuando le visten, cuando le maniatan, cuando le conducen al cadalso… Acude una multitud a verlo, incluso mujeres, aunque allí se opina que las mujeres no deben ver una ejecución.

—¡Cómo que no es cosa para ellas!

—Desde luego que no… Recuerdo que el criminal era un hombre inteligente, maduro, fuerte y resuelto, llamado Legros. Pero le aseguro a usted, aunque no me crea, que cuando subió al cadalso iba llorando y blanco como el papel. ¿No le parece increíble y tremendo? ¿Cómo cabe que haya quien llore de miedo? Yo no creía que el terror pudiese arrancar lágrimas a un adulto, a un hombre de cuarenta y cinco años que no había llorado jamás. ¿Qué pasa, pues, en el alma en este momento? ¿Qué terrores la dominan?

El príncipe se animaba a hablar. Un ligero matiz rosado coloreaba su pálido rostro. Sin embargo, no elevaba la voz más que de costumbre. El criado le escuchaba con vivo interés.

—Al menos, con ese género de suplicio no se sufre mucho —comentó.

—Lo que acaba usted de decir es precisamente lo que todo el mundo dice —contestó Michkin, excitándose— y para eso se inventó la guillotina. Pero yo, mientras asistía a la ejecución, me decía: «¿Quién sabe si la rapidez de la muerte no la hace más cruel aún?».

Mientras el príncipe seguía hablando sobre el mismo tema, el lacayo, aunque no supiese expresar sus ideas como Michkin, delataba en su rostro la emoción que le poseía. La dureza de su semblante se suavizó.

—Si tiene muchas ganas de fumar —dijo—, hágalo pero dese prisa para estar aquí cuando Su Excelencia le mande pasar. ¿Ve esa puerta bajo la escalerilla? Pues abriéndola encontrará un cuartito donde podrá fumar, aunque debe abrir la ventana, porque esto va contra las instrucciones que se nos han dado.

Mas el príncipe no tuvo ya tiempo de fumar. En la antecámara entró de pronto un joven que llevaba unos papeles en la mano. El lacayo se apresuró a quitarle la pelliza. El joven dirigió al príncipe una rápida ojeada.

—Gabriel Ardalionovich —principió el lacayo en tono confidencial y casi familiar—, este caballero se ha presentado bajo el nombre de príncipe Michkin

y dice que es pariente de la señora. Acaba de llegar del extranjero, y trae un paquetito en la mano…

El príncipe no oyó más, porque el lacayo continuó el resto de sus palabras en voz baja. Gabriel Ardalionovich escuchaba atentamente, mirando al príncipe con redoblada curiosidad. Al fin cesó de atender y se aproximó vivamente al visitante.

—¿Es usted el príncipe Michkin? —preguntó con cortesía y afabilidad extremas.

Gabriel Ardalionovich era un hombre de veintiocho años, de buena apariencia, bien formado, de mediana estatura, con un rostro inteligente y agradable, cabello rubio y una pequeña perilla a lo Napoleón III. Pero la amabilidad de su sonrisa parecía fingida y, aunque afectaba buen humor y cordialidad, su mirada era fija y escudriñadora.

«Cuando esté solo debe de tener otro aspecto. Acaso nunca se ría», pensó el príncipe.

Y se apresuró a suministrar todos los informes que pudo sobre su personalidad, repitiendo poco más o menos lo que dijera al criado y antes a Rogochin. Gabriel Ardalionovich pareció recordar algo.

—¿No escribió usted, hace un año o quizá menos, una carta desde Suiza a Lisaveta Prokofievna? —preguntó.

—Sí.

—En ese caso ya se le conoce aquí y se le recuerda. ¿Desea ver a Su Excelencia? Voy a anunciarle… El general, dentro de un instante, estará libre. Pero vale más que espere usted en el salón. ¿Por qué está aquí el señor? —añadió severamente, dirigiéndose al criado.

—Ya le he dicho, Gabriel Ardalionovich, que porque así lo ha querido.

En aquel momento abrióse bruscamente la puerta del despacho y salió de él un militar que sostenía en la mano una cartera y hablaba en voz alta.

—¿Estás ahí, Gania? —preguntó alguien desde el interior—. Entra, entra.

Gabriel Ardalionovich se inclinó ligeramente ante Michkin y penetró en el aposento desde el que le llamaban.

Al cabo de dos minutos se abrió la puerta de nuevo y se oyó la voz sonora, afable y musical, del secretario:

—Príncipe, sírvase pasar.

III

El general Iván Fedorovich Epanchin, de pie en medio del despacho, miraba con gran curiosidad al joven que entraba en él. Incluso adelantó dos pasos hacia Michkin. Éste se aproximó al general y se presentó.

—Muy bien —dijo el general—. ¿En qué puedo servirle?

—No me trae ningún asunto urgente. Sólo deseaba conocerle a usted. No quisiera molestarle, pero como no conozco sus días ni horas de visita… En cuanto a mí, llego ahora de la estación. Vengo de Suiza.

El general iba a sonreír, pero reflexionó y reprimióse. Permaneció un momento pensativo, guiñó los ojos y examinó de nuevo a su visitante de pies a cabeza. Luego, con rápido ademán, le señaló una silla, y acomodóse junto a él, un poco de lado, en impaciente espera. Gania, de pie en un ángulo del despacho, examinaba papeles sobre una mesa.

—En principio y como regla —dijo Iván Fedorovich— no tengo tiempo para entablar nuevos conocimientos, pero como usted, al decidirse a visitarnos, persigue sin duda algún fin, yo…

—Yo esperaba precisamente —interrumpió Michkin— que usted no dejara de atribuir a mi visita algún fin particular. Pero le aseguro que, aparte el placer de conocerle, no me guía ningún otro interés concreto.

—El placer no es menor para mí; mas, como usted sabe, no siempre puede uno entregarse a lo que le agrada. Hay que trabajar también… Además, hasta el momento, yo no he descubierto nada de común entre nosotros, algo que, por decirlo así…

—No hay nada, con certeza, que justifique nuestro trato, y sin duda existe muy poco de común entre los dos. Porque si bien yo soy el príncipe Michkin y la esposa de usted procede de mi familia, esto, evidentemente, no es razón, y yo lo comprendo muy bien, para entablar relaciones. Pero no tengo otro motivo para visitarle. Acabo de pasar cuatro años en el extranjero… ¡y no sabe usted en qué estado me hallaba cuando, abandoné Rusia! Estaba casi loco. Y si entonces no conocía a nadie, ahora menos aún. Necesito, pues, conocer y tratar personas amables… Incluso tengo que pedir consejo sobre cierto asunto y no sé a quién recurrir. Por eso, estando en Berlín, me dije: «Los Epanchin son casi parientes. Me dirigiré primero a ellos: quizá podarnos sernos mutuamente útiles, si son buena gente». He oído decir que usted lo es.

—Gracias —repuso el general, sorprendido—. Permítame preguntarle dónde se hospeda.

—Hasta ahora en ningún sitio.

—¿Así que ha venido directamente desde el tren a casa?… ¿Y con… con sus equipajes?

—No traigo más equipaje que un paquetito con ropa blanca, que suelo llevar a mano. Pero de aquí a la noche me queda tiempo de encontrar donde alojarme.

—¿Tiene usted, pues, la intención de buscar dónde hospedarse?

—¡Oh, sí, desde luego!

—Juzgando por sus palabras, creí que contaba usted instalarse en nuestra casa.

—Para eso habría hecho falta ante todo que usted me lo propusiera y debo confesarle que aun en ese caso no hubiera accedido. No por razón alguna, sino, sencillamente… porque soy así.

—Entonces he acertado no invitándole, y no le invitaré. Permítame, príncipe, llegar a una conclusión definitiva: hemos convenido los dos en que no cabe hablar de relaciones de parentesco entre ambos, por muy halagador que ello fuese para mí. Por tanto, no queda nada sino…

—Sino marcharme, ¿verdad? —acabó el visitante, levantándose y sonriendo jovialmente, pese a la notoria dificultad de su situación—. En realidad, general, aunque mi inexperiencia de la vida petersburguesa es absoluta, ya presentía que nuestra entrevista no podría terminar de otro modo. Bien: quizá valga más así. Ya antes no contestaron ustedes a mi carta… Ea, adiós, y dispense que le haya molestado…

La faz de Michkin expresaba en aquel momento tal cordialidad, su sonrisa carecía tan en absoluto de la menor sombra de oculta malevolencia o rencor, que el general interrumpió en el acto el curso de sus palabras, y comenzó a mirar al visitante de manera totalmente distinta. Aquel cambio se produjo en menos de un minuto.

—Vamos, príncipe —dijo con voz que difería mucho de la de unos momentos atrás—, yo no le conocía, es verdad; pero Lisaveta Prokofievna, tendrá probablemente interés en ver a una persona que lleva su apellido. Sírvase esperar un poco, si no tiene mucha prisa.

—¡Oh, yo soy dueño absoluto de mi tiempo! —dijo Michkin, colocando otra vez sobre la mesa su sombrero flexible de alas redondas—. Reconozco que esperaba que acaso Lisaveta Prokofievna se acordase de haber recibido una carta mía. Antes, mientras yo aguardaba en la antecámara, su criado ha creído recibir a un pedigüeño en demanda de dinero, y he comprendido bien que tiene usted dadas al respecto instrucciones precisas y rigurosas. Pero le aseguro que ha existido un equívoco sobre el objeto de mi visita. Mi solo fin al

venir ha sido conocerle. Por desgracia, temo haberle importunado.

—Escuche, príncipe —dijo el general con jovial sonrisa—; si es usted lo que parece ser, celebraré estrechar mi relación con usted. Sólo que —ya se hará usted cargo—, soy un hombre muy ocupado. Ahora mismo tengo todavía que leer y firmar algunos documentos; luego debo visitar a Su Gracia y después acudir a mi despacho oficial. Así que, por muy agradable que me sea tratar a la gente…, a la gente distinguida, claro… Por otra parte, veo que es usted un hombre de excelente educación y… ¿qué edad tiene usted, príncipe?

—Veintiséis años.

—¡Yo le suponía mucho más joven!

—Todos dicen que no represento mi edad. Esté seguro de que procuraré no estorbarle; no me gusta molestar a la gente. Imagino, además, que los dos somos caracteres bastante distintos y, a través de diversos detalles sospecho que no debemos tener muchos puntos de contacto. Sin embargo, esto no acabo de creerlo, porque a menudo sucede que cuando entre dos personas se supone que no hay punto alguno común, existen muchos en realidad. Es la indolencia humana la que hace que la gente tienda a clasificarse en virtud de las apariencias y no encuentre nada común entre sí… Pero temo empezar a cansarle. Me parece notar que…

—Dos palabras: ¿tiene usted algún recurso? ¿O se propone buscar ocupación? Perdone mi pregunta, pero…

—No hay nada que perdonar. Me hago cargo de su pregunta y la encuentro justificada. Por el momento no tengo recurso alguno ni ocupación, y me haría falta al menos tener lo último. Hasta ahora sólo personas extrañas se han ocupado en mantenerme. Cuando he salido de Suiza, Schneider, el médico que me atendía, me dio el dinero justo para el viaje, y en consecuencia sólo me quedan unos kopecs. Tengo entre manos, es cierto, un asunto sobre el que necesitaría consejo; pero…

—Dígame —interrumpió el general—: ¿de qué cuenta vivir entre tanto y cuáles son sus proyectos?

—Quisiera trabajar en lo que fuese.

—¡Oh, es usted un filósofo! Pero ¿tiene usted aptitudes o habilidades concretas? Quiero decir, de aquellas que sirven para ganar el pan de cada día… Le ruego, una vez más, que me perdone…

—No hay de qué. No, no creo tener aptitudes ni habilidades determinadas. Más bien al contrario, dado que, en consecuencia de mi mal estado de salud, mi instrucción ha sido muy incompleta. Pero, para ganarme simplemente el pan, me figuro…

Otra vez el general le interrumpió y comenzó a preguntarle. El príncipe tornó a relatar su vida. Resultó que Iván Fedorovich había oído hablar de Pavlichev y hasta le había conocido personalmente. Michkin no podía decir por qué aquel hombre resolvió encargarse de su educación, aunque probablemente se debía a haber sido amigo de su padre. Al quedar huérfano en edad muy temprana, el príncipe fue enviado al campo, ya que el aire puro era esencial para su salud. Pavlichev le puso a cargo de unas ancianas parientas suyas, propietarias en provincias, y buscó para el niño, primero, una institutriz y después un ayo. Michkin agregó que aunque recordaba toda su vida pasada, existían muchas cosas en ella que no podía explicar, ya que nunca había logrado comprenderlas bien. Los frecuentes ataques de su enfermedad habían acabado volviéndole casi idiota (tal fue la palabra que el mismo empleó). Dijo luego que Pavlichev le había enviado a Berlín y desde allí siguió el viaje a casa del doctor Schneider, un médico suizo, especialista en enfermedades mentales, que tenía una clínica psiquiátrica en el cantón suizo de Valais. En aquel sanatorio, los enfermos, dementes o idiotas, eran sometidos a un tratamiento personal del doctor a base de hidroterapia y gimnasia, educando y desarrollando a la vez su actividad mental. Pavlichev le había confiado a aquel doctor suizo unos cinco años antes y al morir, dos años atrás, no dejó nada dispuesto respecto a su protegido. Schneider, sin embargo, retuvo consigo a éste, sometiéndolo a tratamiento dos años más, y logrando que mejorase mucho, aunque sin curarlo del todo. Finalmente, por su propio deseo y en virtud de cierta novedad que se produjo en su vida, Michkin tornó a Rusia.

El general quedó muy sorprendido.

—¿Y no tiene usted en Rusia a nadie, absolutamente a nadie que le ayude? —preguntó.

—De momento, no; pero espero… He recibido una carta que…

—Al menos —interrumpió Iván Fedorovich sin atender las últimas palabras del príncipe—, ¿le han enseñado a hacer algo? ¿Le impediría su enfermedad desempeñar algún empleo fácil?

—No, no me lo impediría. E incluso deseo vivamente tener un empleo para ver lo que puedo dar de mí. Durante los cuatro años en Suiza he estudiado sin cesar, aunque de modo poco sistemático, según el método personal de Schneider. Además, he leído muchos libros rusos.

—¡Libros rusos! Entonces ¿lee y escribe usted correctamente?

—Sí; con toda perfección.

—Está bien. ¿Y cómo anda de caligrafía?

—Mi caligrafía es excelente. En ese sentido poseo verdadera habilidad.

Puedo jactarme de ser un calígrafo. Deme recado de escribir y se lo probaré en el acto —dijo el príncipe con vehemencia.

—Celebraré que lo haga. Lo considero esencial. Me agrada su interés en demostrármelo, príncipe. Es usted muy amable.

—Tiene usted un magnífico material de escritorio. ¡Cuántas plumas y cuántos lápices y qué admirable papel, grueso y resistente! También su despacho es muy hermoso. Veo un cuadro que conozco: un paisaje suizo. Desde luego, tomado del natural. Estoy seguro de haber visto ese panorama en el cantón de Uri.

—Muy posible, aunque el lienzo haya sido comprado en Rusia. Da papel al príncipe, Gania. Ea, torne plumas y papel, y siéntese, si gusta, a esta mesita. ¿Qué es eso? —preguntó el general volviéndose a Gania, que acababa de sacar de su carpeta una fotografía de gran tamaño—. ¡Ah, Nastasia Filipovna! ¿Ha sido ella quien te la ha enviado? ¿Ella misma? —preguntó con viva curiosidad.

—Me la dio hace poco, cuando fui a felicitarla. Hace tiempo que se la había pedido. No sé —agregó Gania con desagradable sonrisa— si me la habrá dado como para insinuarme que me he presentado en su casa, en un día como hoy, llevando las manos vacías.

—¡No! —replicó el general, con convicción—. ¡Qué modo tienes de sacar las cosas de quicio! ¡Una insinuación de ese género en una mujer tan poco interesada! Además, ¿qué regalo ibas a hacerle? ¡Cómo no le dieras tu propio retrato! Y, a propósito, ¿no te lo ha pedido nunca?

—No, no me lo ha pedido, ni quizá me lo pida jamás. ¿Recuerda usted la reunión de hoy, Ivan Federovich? Es usted uno de los especialmente invitados.

—Me acuerdo, me acuerdo e iré con toda certeza. ¡Ya lo creo! ¡Un cumpleaños! Porque cumple los veinticinco… Hum… Voy a revelarte un secreto, Gania. Prepárate… Nastasia Filipovna nos ha prometido a Atanasio Ivanovich y a mí decir esta noche la última palabra: ser o no ser. ¿Comprendes?

Gania repentinamente se estremeció y se puso pálido.

—¿Lo ha dicho así de verdad? —preguntó con voz temblorosa.

—Nos ha hecho esa promesa anteayer, impelida por nuestras comunes instancias. Pero nos pidió que por el momento no te lo dijéramos.

El general clavaba los ojos en Gania, cuya turbación le causaba notorio disgusto.

—Recuerde, Iván Fedorovich —dijo el joven agitado— que Nastasia

Filipovna me ha dejado en libertad de decidir hasta después de que ella haya decidido, y que aun entonces sigo siendo yo quien debe resolver.

—Así, pues, tú… tú… —balbució el general, súbitamente alarmado.

—Yo no digo nada.

—Pero, vamos a ver: ¿qué posición adoptas?

—No es que rehúse… No he querido decir eso…

—¡No faltaría más que rehusaras! —exclamó el general dando libre curso a su descontento—. Aquí, amigo mío, no se trata de que «no rehúses», sino de que aceptes la resolución de Nastasia Filipovna con entusiasmo, con alegría, sintiéndote dichoso… Dime: ¿qué sucede en tu casa?

—Eso no importa. En casa, todo depende de mi voluntad. Mi padre, como de costumbre, sigue haciendo disparates. ¡Ya sabe usted a qué punto ha llegado! Yo no le dirijo la palabra, pero le refreno y, de no ser por mi madre, le habría echado de casa. Mi madre, naturalmente, se pasa el día llorando y mi hermana disgustadísima, desde que les he declarado francamente que sólo yo tengo derecho a decidir de mi futuro, que el amo en casa soy yo y que deseo ser obedecido. Todo eso se lo dije a mi hermana delante de mi madre.

—Pues yo, amigo mío, continúo sin comprender nada —manifestó Iván Fedorovich encogiéndose de hombros y haciendo un movimiento con las manos—. Nina Alejandrovna estaba desolada, y lloraba y sollozaba de un modo tremendo cuando vino el otro día, ¿recuerdas? Le pregunté qué le pasaba y supe por su contestación que considera tu enlace como un deshonor para la familia. ¿Qué deshonor puede haber en eso, si me permite preguntárselo? —dije yo—. ¿Quién puede reprochar nada a Nastasia Filipovna ni afear su conducta? ¿Qué ha tenido intimidad con Totzky? Hablar de ello es absurdo, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias». «¡Pero usted no toleraría que tratase con sus hijas!», dijo ella. ¡Figúrate! Verdaderamente esta Nina Alejandrovna no sabe comprender, no sabe hacerse cargo de…

—¿De su posición? —insinuó Gania, concluyendo la frase del general—. No se disguste contra ella: la comprende muy bien. Además, ya le he dicho lo que convenía para que aprenda a no intervenir en los asuntos de los demás. Sin embargo, si en casa las cosas no se han puesto peor es porque no se ha dicho aún la última palabra; pero la tempestad se cierne en el aire. Si hoy se dice la última palabra, en casa se desencadenará la tormenta.

El príncipe oyó toda aquella conversación desde el rincón en que se entregaba a su trabajo caligráfico. Cuando lo hubo terminado se aproximó a la mesa para entregarlo al general.

—¿Así que ésta es Nastasia Filipovna? —preguntó, examinando el retrato

con curiosidad—. ¡Es maravillosamente bella! —añadió fervorosamente.

El retrato era, como Michkin decía, el de una mujer maravillosamente bella, ataviada, sin afectación alguna, con un vestido de seda negro cuya elegante hechura no excluía la sencillez. Los cabellos que, al parecer, debían de ser castaños, iban peinados con casera simplicidad; la frente era pensativa; los ojos negros y profundos; la expresión apasionada y un tanto desdeñosa, el rostro delgado y probablemente pálido.

Gania e Iván Fedorovich miraron, sorprendidos, a Michkin.

—¿Qué dice de Nastasia Filipovna? ¿Es que la conoce también? —preguntó el general.

—Sí; aunque sólo llevo veinticuatro horas en Rusia, ya conozco a esta bella mujer —repuso el príncipe, sonriendo.

Y relató su encuentro con Rogochin y cuanto este último le contara.

—¡He aquí una cosa que no sabíamos! —exclamó el general, inquieto.

Había escuchado con atención el relato del príncipe y ahora sus ojos parecían querer sondear el alma de Gania.

—Probablemente todo se reduce a una necedad de ese Rogochin —murmuró el secretario, un tanto turbado, como el general, por lo que acababa de oír—. He oído hablar de él. Es hijo de un mercader, y además un libertino…

—También yo he oído mencionarle —dijo el general— con motivo de lo de los pendientes de diamantes. Nastasia Filipovna nos contó el episodio. Pero ahora es otra cosa. Aquí hay de por medio un millón tal vez y… una pasión… Pongamos que esa pasión sea la de un libertino: eso no implica que haya de ser menos violenta. Ya se sabe de lo que son capaces gentes así cuando están bebidas… En fin… ¡Con tal que no surjan complicaciones! —concluyó el general, preocupado.

—¿Teme usted el millón? —sonrió Gania.

—¿Acaso no lo temes tú?

Gania se volvió súbitamente a Michkin.

—¿Qué le parece ese Rogochin, príncipe? ¿Un hombre serio o un necio? ¿Cuál es su opinión personal?

Mientras Gania hacía esta pregunta, se producía algo nuevo en su interior. Una idea inédita inflamaba su cerebro y hacía relampaguear sus ojos. En cuanto al general, cuya inquietud era muy real, miró también al príncipe, pero sin confiar mucho, al parecer, en tal fuente de informes.

—No sé qué decirle —respondió Michkin—. Rogochin me ha parecido muy enamorado, e incluso con una pasión morbosa. Por otra parte, le encuentro muy delicado de salud. No sería extraño que recayera en breve, sobre todo si no se cuida.

—¿Cree usted…? —preguntó Iván Fedorovich asiéndose a aquella idea.

—Sí.

Gania, sonriendo, se dirigió al general.

—Poco importa que recaiga de aquí a unos días.

No hace falta mucho tiempo para que dé un escándalo de la clase del que usted teme. Puede darlo hoy mismo…

—Claro, sin duda… Sí, eso es posible… Todo depende del estado de ánimo de Nastasia Filipovna —repuso el general.

—Y ya sabe usted lo que ella es a veces…

—¿Qué quieres decir? —exclamó, muy desconcertado, Iván Fedorovich—. Escucha, Gania: procura no contradecirla hoy; te lo ruego… Esfuérzate en ser con ella lo más amable que puedas… ¿Por qué haces esa mueca? óyeme, Gabriel Ardalionovich: ¿qué es lo que nos proponemos? Si no lo decimos ahora no lo diremos nunca. Respecto a mi interés personal en este asunto, bien sabes que no tengo por qué inquietarme: resuélvase como se resuelva la situación, siempre será en ventaja mía. Nada hará desistir a Totzky de la decisión tomada, y por tanto yo no corro riesgo alguno. De modo que si algo me propongo, es únicamente tu bien. Piénsalo… ¿No tienes suficiente confianza en mí? Además, tú eres un hombre que… En una palabra, eres un hombre inteligente y yo me fundaba en tu inteligencia en este caso porque…, porque…

Gania acudió en auxilio del titubeante general:

—Porque ella constituye lo principal en este asunto —acabó.

Y una sonrisa maligna plegó sus labios. Ni siquiera se esforzó en disimularla. Sus ojos centelleantes miraban fijamente a Epanchin como queriendo leer en sus ojos cuanto albergaba su mente. El general se ruborizó y se enfureció a la vez.

—Sí: es lo principal —asintió, mirando agriamente a Gania—. Pero tú eres un hombre muy extraño, Gabriel Ardalionovich. Se diría que te agrada la llegada de ese hijo de comerciante, que ves en él una salida. Pero es ahora precisamente cuando tendrías que proceder desde el principio con inteligencia, ahora cuando es necesario hacerse cargo de la situación y obrar honradamente por ambas partes, ahora cuando hay que demostrar franqueza. De lo contrario,

más vale prevenirse con antelación para no comprometer a los demás, con tanto mayor motivo cuanto que nos ha sobrado tiempo para ello. ¡E incluso en este momento no es tarde todavía, aunque sólo falten algunas horas! —y el general arqueó las cejas con aire significativo—. ¿Comprendes? ¿Te haces cargo? En resumen: ¿quieres aceptar o no quieres? Si no quieres, dilo y acabemos. Nadie te obliga, Gabriel Ardalionovich, nadie te arrastra a la fuerza para hacer caer en un lazo, si tal te parece.

—Quiero —declaró Gania a media voz, pero en tono firme.

Y en seguida bajó la vista y guardó silencio.

Su respuesta satisfizo al general. Se había excitado un tanto y se le notaba pesaroso de no haber sabido contenerse. Volvióse hacia el visitante y la idea de que éste había oído la conversación precedente hizo asomar al rostro de Iván Fedorovich una expresión de inquietud. Pero aquella expresión se desvaneció en un instante: le bastó dirigir una sola mirada a Michkin.

—¡Oh! —exclamó examinando la muestra caligráfica que el príncipe acababa de presentarle—. ¡Esto es un modelo de escritura! ¡Y un modelo muy poco corriente! Mira qué destreza caligráfica tiene el príncipe, Gania.

Michkin había escrito sobre una gruesa hoja de papel vitela la siguiente frase, trazada en caracteres rusos de la Edad Media:

«El humilde igúmeno Pafnutí ha puesto aquí su firma».

—Esto —explicó Michkin con alegre animación— es la propia firma del igúmeno Pafnutí, tornada de un manuscrito del siglo catorce. Todos esos igúmenos y metropolitanos de antaño firmaban perfectamente y a veces con mucho gusto, con un minucioso esmero… ¿No posee usted, general, la colección de Pogodin? Luego he reproducido otro tipo de escritura: la letra grande y redonda usada por los franceses el siglo pasado. Algunas letras no tienen siquiera la forma de las de hoy. Ésta era la letra habitual de los hombres de negocios y de los escribanos. El modelo que me ha servido de muestra procede de uno de ellos. Y usted convendrá que no carece de cierto mérito. Mire qué a y qué d tan redondas. He trasladado los caracteres franceses a los tipos rusos, lo que es bastante difícil. Pero he logrado hacerlo. Observe esta otra y original escritura: la frase que dice «la perseverancia todo lo vence». Es la escritura rusa normal, la de los escribanos profesionales y de los funcionarios militares. Así se escriben los documentos oficiales que han de dirigirse a personajes de importancia. Las letras son redondas también y el trazo grueso, pero de un gusto notable. Un calígrafo rechazaría estos adornos, o mejor dicho, estas insinuaciones de adornos. ¿Ve usted esas a modo de colas inacabadas? El conjunto tiene cierto sello propio, que delata el carácter del escribiente; quisiera dar rienda suelta a su fantasía, obedecer a las

inspiraciones de su talento; pero un militar no conoce más que su consigna, y la pluma, esclava de la disciplina, se detiene a medio camino. ¡Es delicioso! Cuando, recientemente, pude ver un trozo de esa escritura, quedé admirado. ¿Y sabe dónde la casualidad hizo que la encontrase? ¡En Suiza! Ésta es la letra inglesa normal. Aquí la elegancia no puede ir más lejos: todo es exquisito, encantador, perfecto. Vea una variante: una escritura mixta cuyo modelo me procuró un viajante francés. En el fondo es la misma letra inglesa, pero los trazos gruesos aparecen un tanto más acusados y los óvalos, compruébelo, sugieren cierta modificación: tienden a ser más redondos. Esta escritura admite los floreos, que son lo más peligroso de la caligrafía. El floreo exige un gusto extraordinario, pero si se consigue se obtiene una letra que desafía toda comparación y que le enamora literalmente a uno.

—¡Cuánto ha profundizado usted el tema! —dijo el general, riendo—. Verdaderamente, amigo mío, no es usted un mero calígrafo: es un artista. ¿Qué opinas, Gania?

—¡Maravilloso! —dijo el joven. Y añadió, con sonrisa burlona—: Además, el príncipe se siente consciente de la gran importancia de su trabajo.

—Ríe si gustas. No por eso deja de ofrecérsele un porvenir gracias a su pluma —repuso Iván Fedorovich—. Seguramente no acertaría usted, príncipe, a qué personaje van a ser dirigidos los escritos que salgan de su mano. Puede usted contar con un sueldo inicial de treinta y cinco rublos al mes. Pero ya son las doce y media —continuó mirando su reloj— y el tiempo me apremia. Hablemos, pues, de negocios, príncipe, porque acaso no tengamos ocasión de volver a vernos hoy. Siéntese un momento. Ya le he dicho que no podré recibirle muy a menudo, pero deseo sinceramente ayudarle un poco… Entendámonos: muy poco; sólo lo preciso para subvenir a sus necesidades más urgentes. Luego, una vez colocado, le dejaré abrirse camino por sí solo. Voy a buscarle un empleíto en algún departamento en donde no tendrá usted exceso de trabajo, pero donde habrá de ser muy puntual. Y respecto a lo demás, escúcheme. Mi joven amigo Gabriel Ardalionovich Ivolguin, aquí presente, y con quien deseo verle en buenas relaciones, vive con su familia, es decir, con su madre y su hermana. Estas señoras tienen dos o tres habitaciones debidamente amuebladas, que alquilan, incluyendo mesa y servicio, a personas de buenas referencias. Estoy seguro de que Nina Alejandrovna atenderá mi recomendación respecto a usted.

Esa casa, príncipe, creo que será magnífica para usted sobre todo porque en lugar de vivir solo estará, por así decirlo, en el seno de la familia; y, a juicio mío, no debe usted vivir solo en una ciudad como San Petersburgo. Nina Alejandrovna y Bárbara Ardalionovna, madre y hermana, respectivamente, de Gabriel Ardalionovich, son señoras por quienes tengo la mayor estima. La primera es esposa de un antiguo compañero mío, el general Ardalion

Alejandrovich, hoy retirado y a quien (aunque me haya visto obligado a romper mis relaciones con él en virtud de determinadas circunstancias) sigo profesando aprecio en cierto sentido. Le digo todo esto, príncipe, para hacerle comprender que lo recomiendo en esa casa personalmente, si vale la palabra, y que, por lo tanto, respondo de usted en algunos aspectos. El precio de la pensión es moderado y espero que en breve su sueldo le permitirá atender a ese gasto. Claro que un hombre necesita dinero de bolsillo para sus gastos, por poco que sea; pero no se moleste, príncipe, si le digo que, en mi opinión, le conviene no llevar dinero de bolsillo y hasta no llevar en el bolsillo dinero alguno. Hablo así en virtud del juicio que he formado sobre usted. Pero como en este momento su bolsa está completamente vacía, permítame ofrecerle estos veinticinco rublos para sus primeros gastos. Haremos cuentas más tarde, naturalmente, y si es usted un hombre tan recto y leal como lo hacen suponer sus palabras, no tendremos dificultades por ese lado. Si me intereso tanto por usted, se debe a que tengo sobre su persona determinadas miras que algún día conocerá. Como ve, le soy muy franco. No tendrás nada que objetar a que el príncipe se aloje en vuestra casa, ¿verdad, Gania?

—Muy al contrario. Y mamá se sentirá encantada —respondió cortésmente el joven.

—Creo que ya tenéis otro huésped. ¿Cómo se llama? ¿Fert…? ¿Ferd…?

—Ferdychenko.

—¡Ah, sí! Ese Ferdychenko no me gusta nada; es un bufón de muy mal gusto. No comprendo por qué Nastasia Filipovna le alienta tanto. ¿Es cierto que tiene algún parentesco con ella?

—¡No! Eso es pura broma. Entre ambos no media el menor vínculo de familia.

—¡Entonces que se vaya al diablo! Diga, príncipe: ¿está usted satisfecho?

—Le doy las gracias, general. Ha mostrado usted una bondad extraordinaria conmigo, bondad tanto mayor cuando yo no le pedía nada. Y no es que lo hiciera así por orgullo… En verdad, no sabía dónde dormir esta noche. Cierto que Rogochin me invitó a visitarle…

—¿Rogochin? ¡Oh, no! Yo le daría, príncipe, el consejo paternal o, si lo prefiere, amistoso de no visitar a Rogochin, de olvidarle incluso. En general, a mi juicio, haría usted bien limitando sus amistades a la familia con la que va a vivir.

—Ya que es usted tan amable —empezó el príncipe—, quisiera consultarle sobre un asunto… He recibido aviso de que…

—Perdóneme ahora —interrumpió el general—, porque no me queda ni un

minuto. Voy a anunciarle a Lisaveta Prokofievna. Si ella consiente en recibirle (y ya me arreglaré para presentarle de un modo que consienta), le aconsejo que aproveche la ocasión y procure agradarla, porque Lisaveta Prokofievna puede serle muy útil. Además, lleva usted su mismo apellido… Si no quiere recibirle hoy, no insistiremos: otra vez será. Echa una ojeada a esas cuentas, Gania…

Ivan Fedorovich salió y el visitante no pudo exponerle el asunto que por tres veces ya había insinuado. Gania encendió un cigarrillo y ofreció otro a Michkin, quien lo aceptó, y después, sin hablar por temor a importunar el secretario, comenzó a examinar la estancia. Pero Gania apenas si miró el papel lleno de números sobre el que el general llamara su atención. Parecía distraído; su sonrisa, su mirada, su aire de preocupación sorprendieron aún más a Michkin cuando ambos jóvenes quedaron solos. De pronto Gania se aproximó al príncipe, que en aquel momento examinaba el retrato de Nastasia Filipovna.

—¿Le gusta esa mujer, príncipe? —le interrogó a quemarropa, mirándole inquisitivamente.

Dijérase que tras aquella pregunta se ocultaba alguna intención peculiar.

—Tiene un rostro maravilloso —repuso el príncipe—. Y estoy seguro de que no ha vivido una existencia vulgar. Aunque su fisonomía es alegre, esta mujer ha debido de atravesar grandes sufrimientos, ¿no? Los ojos lo dicen, y lo dicen sus pómulos, y lo dicen esas ojeras… Tiene un rostro orgulloso, altanero… No sé si será o no una mujer de buen corazón. ¡Si fuera buena, todo lo demás podría pasar!

—¿Se casaría usted con una mujer así? —preguntó Gania, mirando fijamente a Michkin con ojos ardientes.

—Yo no puedo casarme con mujer alguna, porque estoy enfermo —respondió el príncipe.

—¿Y Rogochin se casaría con ella? ¿Qué opina usted?

—¡Casarse con ella! Hoy mejor que mañana, si pudiera. Aunque tal vez dentro de una semana la asesinase…

Al oír esta contestación Gania se estremeció tan violentamente que el príncipe hubo de contenerse para no lanzar un grito.

—¿Qué le pasa? —dijo tomando el brazo del secretario.

El criado apareció en la puerta.

—Excelencia, Su Excelencia le ruega que pase a ver a Su Excelencia.

Michkin siguió al lacayo.

IV

Las tres hijas del general Epanchin eran unas jóvenes robustas, saludables, altas, desarrolladas, con magníficos hombros, ancho pecho y brazos fuertes, casi masculinos. De acuerdo con esta sana y vigorosa constitución necesitaban comer bien y no disimulaban el hecho. A veces su madre se mostraba escandalizada de semejante apetito y de la naturalidad con que lo satisfacían, pero aunque sus hijas la escuchaban respetuosamente, algunas de sus opiniones habían dejado de tener la indiscutida autoridad que poseyeran años antes, tanto más cuanto que las tres muchachas, obrando siempre de concierto, formaban un conjunto demasiado fuerte para su madre, y ésta, por salvar su dignidad, había de prescindir de su oposición. Cierto que su carácter le impedía a veces el seguir los dictados del sentido común, porque Lisaveta Prokofievna tenía cada año que pasaba más impaciencia y más caprichos. Incluso cabe decir que se mostraba extravagante. Por fortuna disponía siempre a mano de un marido tolerante y sumiso, sobre quien descargaba sus enojos, con lo que la paz doméstica se restablecía y las cosas tornaban a marchar tan bien como antes.

De otra parte, la señora Epanchin no carecía tampoco de apetito. Por regla general se reunía con sus hijas a las doce y media para participar en un substancioso almuerzo casi equivalente a una comida. Las jóvenes bebían siempre una taza de café en sus lechos, a las diez en punto, cuando despertaban. Les placía esta costumbre y la habían adoptado como definitiva. A las doce y media la mesa estaba servida en un comedorcito próximo a las habitaciones de su madre y a veces el general, cuando tenía tiempo, participaba en el almuerzo de su familia. Además de té, café, queso, miel y manteca, veíanse en la mesa ciertas frituras muy apreciadas por la dueña de la casa, chuletas y sopa espesa y caliente.

La mañana en que empieza nuestra historia, toda la familia, reunida en el comedor, esperaba al general, que había prometido acudir a las doce y media. De haberse retardado un solo instante se le habría enviado a buscar; pero se presentó personalmente. Al acercarse a su mujer para darle los buenos días y besarle la mano notó en su rostro una expresión especial. Ya la noche antes había tenido el presentimiento de que iban a surgir ciertas complicaciones debidas a un determinado «incidente» (tal era su palabra favorita) y en el lecho se había preocupado mucho al propósito. A la sazón se sintió alarmado de nuevo. Las jóvenes acudieron a besar a su padre, y aun cuando no evidenciaran aspereza alguna, él notó también en ellas un algo especial, como en su madre. Desde luego, el general últimamente se sentía en extremo susceptible respecto a las cuestiones familiares. Pero como era un padre y un

esposo experimentado y hábil, se había apresurado a tomar las oportunas medidas.

Aun a costa de perjudicar el orden de nuestro relato, creemos conveniente aclararlo mediante algunas explicaciones concretas acerca de la situación de la familia Epanchin al comenzar nuestra historia. Acabarnos de decir que aunque el general no fuese hombre de mucha educación, sino, como él decía, un autodidacta, era esposo y padre experto y hábil. Mientras la mayoría de los hombres a quienes el cielo ha concedido una numerosa descendencia femenina sólo piensan en casarla lo antes posibles, Ivan Fedorovich, al contrario, profesaba el sistema de no apremiar a sus hijas para que se casasen. Incluso supo inculcar a su mujer el mismo principio, aunque ello resultara difícil, porque el modo habitual de ser de padres y madres parece acomodarse mal a semejante sistema. Pero los razonamientos del general eran sólidos y se apoyaban en hechos palpables. Dejadas a su libre decisión e iniciativa, las jóvenes se sentirían inevitablemente inclinadas a comprometerse en el momento oportuno y entonces todo resultaría más fácil, porque ellas mismas procurarían allanar las cosas prescindiendo de excesivas caprichos y pretensiones. El papel de los padres se limitaría, así, a ejercer una suave y en lo posible poco notoria vigilancia para evitar una elección desastrosa o un afecto inconveniente, y a intervenir en el momento adecuado con todo su apoyo e influjo a fin de llevar a cabo las cosas. Y, además, el mero hecho de que la fortuna paterna, y en consecuencia la posición social de la familia, crecían de año en año en progresión geométrica, hacía que el valor de las muchachas aumentase cada vez más en el mercado matrimonial.

Pero todos estos argumentos indiscutibles fueron contrarrestados de improviso por otro. La hija mayor, Alejandra, alcanzó, súbita e inesperadamente, como siempre ocurre, su vigésimo quinto año de edad. Casi al mismo tiempo, Atanasio Ivanovich Totzky, persona de la mejor sociedad, de elevadísimas relaciones y extraordinariamente rico, tornó a sentir un deseo acariciado mucho tiempo atrás: el de casarse. Totzky era un hombre de cincuenta y cinco años, de temperamento artístico y gran refinamiento. Deseaba hacer un buen matrimonio y era muy admirador de la belleza femenina. Como mantenía estrecha amistad con Ivan Fedorovich, especialmente desde que ambos estaban asociados en varias empresas financieras, hablóle en solicitud de su amistoso consejo y orientación. ¿Podría ser estudiada con interés una propuesta de matrimonio de Totzky con una de las hijas de su amigo? Esto representaba, o podía representar, una inminente alteración en el curso, hasta entonces plácido y feliz, de la vida de la familia del general.

Ya dijimos que la beldad de la casa era incuestionablemente Aglaya, la más joven de las tres hijas. Pero Totzky, aunque hombre de ilimitado egoísmo,

juzgó inútil dirigirse en aquel sentido, comprendiendo que Aglaya no sería para él. Acaso el ciego amor y el extraordinario afecto de las hermanas exagerase la nota; mas el caso era que, de un modo u otro, habían convenido entre sí que el destino de Aglaya no sería un destino vulgar y que había de alcanzar uno excepcionalmente brillante, el más alto ideal posible de la felicidad terrena. El futuro esposo de Aglaya debía ser un dechado de perfecciones además de poseer una vasta riqueza. Las dos hermanas mayores habían convenido, casi sin palabras, que en caso necesario harían por Aglaya todos los sacrificios posibles. De este modo, la dote de la menor sería colosal, inaudita. Los padres conocían este pacto de las hermanas mayores y, por lo tanto, cuando Totzky pidió consejo, creyeron poder obtener con certeza el asenso de Alejandra o de Adelaida, tanto más cuanto que el opulento Atanasio Ivanovich no sería muy exigente en materia de dote. El general, dado su profundo conocimiento de la vida, concedió desde el primer instante todo su valor a las proposiciones de su amigo. Como éste, en virtud de ciertas circunstancias especiales, había aventurado su indicación con suma cautela, limitándose, por decirlo así, a explorar el terreno, los Epanchin no hablaron del asunto a sus hijas sino en el sentido de una posibilidad remota. Recibieron como respuesta una satisfactoria aunque algo vaga seguridad de que Alejandra, llegado el caso, no se negaría al enlace. La mayor era una muchacha de buen carácter y fácil de convencer, sin que ello significase que no tuviera voluntad propia. Era de creer que estuviese dispuesta a casarse con Totzky, y que, si daba su palabra, la mantuviera fielmente. No le gustaba la vida ostentosa, y así, en vez de perturbar y trastornar la vida de su marido, llevaría a ella dulzura y paz. Alejandra era muy hermosa, aunque no absolutamente deslumbrante. ¿Qué más podía pedir Totzky?

Y, sin embargo, el proyecto permanecía aún en grado de tentativa. Totzky y el general habían convenido, mutua y amistosamente, que de momento no se daría paso ni habría arreglo alguno de carácter irrevocable. Los padres no habían comenzado aún a hablar abiertamente del asunto a sus hijas, ya que existían signos de discordia entre ambos. Lisaveta Prokofievna, la madre, sentíase descontenta por algún motivo —y un motivo, por cierto, muy importante Mediaba un serio obstáculo, un complicado y molesto factor que podía echar a perder todo el asunto.

Este complicado y molesto «factor», como el propio Totzky solía decir, había comenzado su existencia dieciocho años antes.

Atanasio Ivanovich poseía entonces una de las más ricas propiedades de cierta provincia del centro de Rusia. Su más cercano vecino, dueño de una pequeña y pobre finca, se distinguía por su notoria y continua mala fortuna. Era un oficial retirado, de buena familia —mejor, en realidad, que la del propio Totzky— y se llamaba Felipe Alejandrovich Barachkov. Agobiado de

deudas e hipotecas, logró, tras trabajar rudamente casi como un labriego, poner sus fincas un poco en orden. El más pequeño éxito le infundía inmensa confianza. Radiante de entusiasmo se dirigió, pues, a la pequeña población cabeza de distrito para intentar un arreglo con uno de sus principales acreedores. Llevaba dos días en la población cuando el estarosta de su aldea llegó a rienda suelta, con la barba abrasada y el rostro lleno de quemaduras, y le informó de que el lugar había ardido la víspera a mediodía y que «la barina había tenido el honor de perecer, pero las niñas estaban sanas y salvas». El golpe fue excesivo para Barachkov, por acostumbrado que se hallase a los embates de la mala suerte. Volvióse loco y murió un mes más tarde en pleno delirio. Su arruinada propiedad, con sus andrajosos campesinos, fueron vendidos para pagar sus deudas. En cuanto a sus hijas —dos niñas de seis y siete años respectivamente— fueron atendidas gracias al generoso corazón de Atanasio Ivanovich, quien las hizo educar en compañía de las de su mayordomo, un alemán, antiguo empleado público y padre de numerosa familia. La niña menor murió de tos ferina y sólo quedó con vida la pequeña Nastasia. Totzky vivía entonces en el extranjero y no tardó en olvidar hasta la existencia de la pequeña. Pero cinco años después ocurriósele ir a inspeccionar sus propiedades y vio en casa de su mayordomo una encantadora muchachita de doce años, inteligente, retozona, dulce y prometedora de una gran belleza. En tal sentido, Atanasio Ivanovich era un gran conocedor. Aunque sólo pasó unos días en la finca, adoptó disposiciones tendentes a producir un gran cambio en la educación de la niña, que fue confiada a una respetable y culta institutriz suiza, de bastante edad, muy experta en su profesión y que durante los cuatro años que dedicó a su alumna, le enseñó, francés y las diversas cosas necesarias a una señorita.

La suiza instalóse en la casa de campo de Totzky y la pequeña Nastasia comenzó a recibir una amplia educación. A los cuatro años, ésta se dio por concluida y otra mujer vino de otra finca de Totzky, situada en una remota provincia, para hacerse cargo de la joven, quien se acomodó en dicha finca, en una casita de madera recientemente construida, muy elegantemente amueblada y provista, y que se llamaba, con nombre apropiado, «La Placentera». La encargada de Nastasia llevó a la joven allí y, como era una viuda sin hijos y residía habitualmente a poco más de una versta de distancia, se fue a vivir con ella en la casita. Como servidumbre, Nastasia dispuso de una anciana ama de llaves y de una joven y diligente doncella. En la casa encontró instrumentos musicales, una escogida biblioteca de libros adecuados a su edad y sexo, lienzos, grabados, lápices, pinceles, pintura y un perrillo faldero… Y quince días después apareció Atanasio Ivanovich… Desde entonces pareció volverse particularmente amante de aquella remota propiedad perdida en las estepas y pasaba allí dos o tres meses todos los veranos. Así transcurrieron cuatro años, tranquilos y felices, en un ambiente lleno de elegancia y buen gusto.

Cierta vez, a principios de invierno, cuatro meses después de una de las visitas estivales de Totzky, que en esta ocasión sólo se detuvo quince días, llegó hasta Nastasia Filipovna el rumor de que Atanasio Ivanovich iba a casarse en San Petersburgo con una bella heredera de buena familia. Tratábase de un enlace brillante y conveniente. El rumor no era cierto en todos sus detalles, ya que el casamiento que se daba por hecho no pasaba de ser un proyecto vago; pero supuso un cambio radical en la vida de Nastasia Filipovna. La joven mostró entonces gran determinación y una inesperada fuerza de voluntad. Sin vacilar, abandonó en seguida su casita de madera y se presentó, sola, en San Petersburgo, dirigiéndose inmediatamente a la residencia de Totzky. Él, muy confuso, tan pronto como principió a hablarle, comprendió que debía prescindir de todo lenguaje, entonación y lógica de las agradables y refinadas conversaciones que con tanto éxito desplegara antes. Todo era inútil. La que veía sentada ante él era una mujer completamente distinta a la que en julio anterior había dejado en su casita provinciana.

Ante todo, esta nueva mujer mostraba saber y entender muchas cosas, tantas, que él se preguntaba, asombrado, dónde podía haber adquirido tal conocimiento y llegado a tan definidas ideas. Seguramente no en su biblioteca de muchacha. Además, ella enfocaba también las cosas desde el punto de vista legal y mostraba, si no conocimiento del mundo, sí de cómo ciertas cosas se hacen en el mundo. Tampoco su carácter era el mismo de antes. No quedaba nada de su timidez, de su inseguridad de colegiala, de esos sentimientos tan fascinadores en su original naturalidad, de sus melancolías y sus sueños, de sus asombros, sus desconfianzas, sus lágrimas, sus inquietudes…

Sí: era una nueva y desconcertante criatura la que Totzky veía ante sí riéndose de él en su cara y abrumándole con malignos sarcasmos mientras le aseveraba rotundamente no haber albergado jamás por él otro sentimiento que el del asco y desprecio más profundos, desprecio y asco que la habían invadido tan pronto como pasó el momento de la primera sorpresa. Esta nueva mujer anunció en seguida que la tenía completamente sin cuidado que Totzky se casase cuando y con quien quisiera, pero que había venido para impedirle aquel matrimonio, no por maldad, sino simplemente porque se le antojaba hacerlo así, y así lo haría. «Tengo ganas —dijo— de reírme de ti a mi vez, y me ha llegado la hora».

Tal era al menos lo que decía, aunque bien pudiera ser que pensase de otro modo. Mientras la nueva Nastasia Filipovna reía y se expresaba así, Atanasio Ivanovich reflexionaba procurando poner en orden sus trastornadas ideas. Tal meditación le llevó tiempo, ya que pasó quince días ponderando las cosas. Al fin de la quincena, llegó a una decisión.

Atanasio Ivanovich, hombre entonces de cincuenta años, tenía un carácter concreto y unas costumbres formadas. Su posición en el mundo y en la

sociedad estaba asentada desde hacía largo tiempo sobre cimientos seguros. No amaba ni apreciaba otra cosa que su propia persona, su paz y su comodidad por encima de todo en el mundo, como corresponde a un hombre de alta educación. Ningún elemento destructivo ni dudoso podía ser admitido en aquel espléndido edificio de su vida. Por otra parte, su experiencia y perspicacia le hicieron ver en seguida claramente que tenía que vérselas con una persona fuera de lo ordinario, una persona que no sólo amenazaría, sino que obraría, sin que nada la detuviera, en virtud de que nada amaba en la vida ni nada la tentaba. Evidentemente hallábanse en ella síntomas de una febril agitación mental y espiritual, una especie de indignación romántica —¡Dios sabía por qué y contra quién!—, un insaciable y exagerado sentimiento de desprecio que rebasaba toda medida. Algo, en resumen, muy ridículo e inadmisible entre la buena sociedad y bastante para incomodar gravemente a un hombre bien educado. Desde luego, la riqueza e influencia de Totzky le permitían desembarazarse de aquel estorbo mediante cualquier perdonable maniobra un tanto pícara. En otro sentido, el legal, por ejemplo, era palmario que Nastasia Filipovna no podía causarle apenas perjuicio. Ni aun le podría dar un escándalo de bulto, puesto que sería fácil ahogarlo. Mas todo esto era aplicable al caso de que Nastasia Filipovna se comportara como suelen comportarse en tales casos las demás personas, sin salirse gran cosa del cauce habitual. Y esta consideración no podía tranquilizar a un espíritu tan sagaz como el de Atanasio Ivanovich, quien había podido ver muy bien en los ojos relampagueantes de la joven que ella se daba buena cuenta de su impotencia en el terreno jurídico y acariciaba en su mente un proyecto diverso. Como no concedía importancia a nada, y a sí misma menos que a nada (y había falta mucha inteligencia y perspicacia para que un cínico mundano como Totzky hubiese adivinado entonces que ella no se cuidaba de sí misma, y además para creer en la sinceridad de tal sentimiento), Nastasia Filipovna, con tal de satisfacer su odio, con tal de humillar al hombre por quien sentía tan extraordinaria aversión, era capaz de afrontar la ruina de su vida, la prisión y el destierro en Siberia. Totzky no solía ocultar el hecho de que era cobarde, o más bien de que poseía en grado extremo el instinto conservador. Si hubiese sabido que se iba a atentar, por ejemplo, contra su vida en medio de la ceremonia nupcial, o a golpearle en público, o cosa por el estilo, igualmente inaudita, ridícula e intolerable en sociedad, se habría sentido alarmado, sin duda, pero no tanto de resultar muerto, afrentado o herido, como de la forma vulgar e ilógica de la ofensa. Y con una cosa así era con lo que Nastasia Filipovna amenazaba, aunque no lo dijese. Totzky comprendió que ella le había estudiado, que conocía su carácter y que sabía cuál era el mejor modo de herirle. Y como el matrimonio de que se hablaba era un mero proyecto, Atanasio Ivanovich desistió de él.

Otra circunstancia influyó en su determinación. Hacíase difícil imaginar

cuán poco se parecía físicamente esta Nastasia Filipovna a la que él conociera. Antes era sólo una muchacha bonita, pero ahora… Totzky se reprochaba no haber sabido durante cuatro años leer en su rostro. Mucho de su aspecto de ahora se debía sí, a su cambio; mas él, por otra parte, recordaba que ya en ciertos momentos habíanle asaltado extrañas ideas mirando los ojos de la joven. Aparecía en ellos, en cierto modo, una oscuridad profunda y misteriosa, como la proposición de un enigma. Durante los dos años últimos le había extrañado a menudo el cambio que se operaba en el rostro de Nastasia Filipovna, el cual se volvía poco a poco más pálido, y, por extraño que pareciera, más bello en su palidez. Totzky, como todos los vividores, consideraba hasta entonces con desprecio lo barato que le había costado el conseguir aquella alma virginal; pero últimamente este sentimiento perdía firmeza. La primavera anterior había pensado en que acaso conviniese dar una buena dote a Nastasia Filipovna a fin de casarla con algún sujeto inteligente y correcto que sirviese en alguna otra provincia. (¡Oh, qué horrible y maliciosamente la nueva Nastasia Filipovna se burlaba ahora de la idea!). Pero al presente, Atanasio Ivanovich, fascinado por la novedad de aquella mujer, pensaba que podía serle útil aún. Decidió, pues, instalarla en San Petersburgo y rodearla de lujos y comodidades. Con ella aun podía satisfacer su vanidad y ganar cierta reputación —que Atanasio Ivanovich estimaba mucho— en determinados círculos.

Desde entonces pasaron cinco años y en su curso se aclararon muchas cosas. La situación de Totzky no era envidiable. Habiéndose dejado intimidar una vez, no lograba recuperar la confianza en sí mismo. Temía no sabía qué, aunque en realidad sólo temía a Nastasia Filipovna. Durante los dos primeros años supuso que ella deseaba casarse con él y que, a causa de su extraordinario orgullo, nada decía, esperando que él se lo ofreciese. La idea podía parecer extraña; pero Totzky se había vuelto muy suspicaz. Su rostro ensombrecíase a menudo y su mente se entregaba a penosas meditaciones. Grande y desagradable (el corazón humano es así) fue la sorpresa que experimentó cuando tuvo la convicción de que incluso si él hiciese una oferta de matrimonio a su protegida, no le sería aceptada. Pasó largo tiempo antes de que pudiese comprender el motivo. Sólo cabía una explicación: la de que aquella mujer, «ofendida y fantástica» hubiese extremado su orgullo hasta el punto de expresarle su desprecio definitivo negándose a casarse con él, prefiriendo esta venganza al hecho de asegurar su futura posición y elevarse a casi inaccesibles alturas de grandeza. Para colmo, Nastasia Filipovna mostrábase superior a él de un modo muy molesto. No influían en ella consideraciones venales, por importantes que fuesen, y, aunque aceptando el lujo que él la ofrecía, vivía muy modestamente y apenas se preocupó de guardar dinero en aquellos cinco años. Totzky inició sutiles tácticas para romper sus cadenas, procurando tentar a la joven con los más idealísticos

métodos de tentación. Pero los ideales en forma de príncipes, húsares, secretarios de embajada, novelistas, poetas y hasta socialistas no ejercieron la menor influencia sobre Nastasia Filipovna. Dijérase que escondía una piedra en lugar de corazón y que todos sus sentimientos se habían agotado. Llevaba una existencia retirada, leía, estudiaba y le gustaba la música. Tenía pocas amistades: tratábase con pobres y grotescas mujeres de empleados, con dos actrices y con varias ancianas. También la unía muy buena amistad con la numerosa familia de un respetable profesor, todos los miembros de la cual la querían mucho y la recibían calurosamente en su casa. A menudo la visitaban durante las veladas cinco o seis amigos. Totzky iba a verla asidua y regularmente. El general Epanchin, tras algunas dificultades, había logrado conocimiento con ella desde algún tiempo atrás. Y a la vez un joven empleado público llamado Ferdychenko, hombre mal educado y beodo, con pretensiones de gracioso, pero un bufón en realidad, había conseguido sin trabajo alguno ser admitido en la casa. Otro miembro del círculo de Nastasia Filipovna era un extraño joven llamado Ptitzin, modesto, correcto, de corteses maneras, que, elevándose desde la pobreza, se había convertido en prestamista. Finalmente, Gabriel Ardalionovich fue presentado a la joven… Nastasia Filipovna acabó granjeándose una curiosa reputación. Todos hablaban de su belleza y nada más. Ninguno podía jactarse de haber conseguido sus favores, ninguno podía decir nada contra ella.

Esta fama, la buena educación y el talento y elegancia de modales de la joven, acabaron confirmando a Totzky en el plan que ya bosquejaba. Por entonces el general Epanchin comenzó a tomar parte activa en el asunto.

Cuando Totzky, discretamente, se confió a él pidiéndole un consejo de amigo respecto a declararse a una de sus hijas, le hizo una noble y sincera confesión general. Declaróle que estaba dispuesto a no retroceder ante medio alguno para recuperar su libertad; que no se sentiría tranquilo ni aun si Nastasia Filipovna le ofreciese dejarle tranquilo en el porvenir, y que, como las palabras significaban poco, él deseaba garantías positivas. Hablaron largamente y determinaron obrar de concierto. Se resolvió primero apelar a las buenas y tocar, por así decirlo, «las cuerdas más nobles del corazón» de Nastasia Filipovna. Fueron juntos a verla y Totzky le expuso la miseria moral de su situación. Achacóse todas las culpas y añadió que no podía arrepentirse de lo hecho porque era un desenfrenado epicúreo y no sabía dominarse; pero que ahora, deseando contraer un matrimonio honroso, todo dependía de ella y en ella ponía todas sus esperanzas. El general Epanchin, en su calidad de padre de la futura desposada, comenzó a hablar y habló razonablemente, evitando todo sentimentalismo, y limitándose a decir que reconocía el derecho de Nastasia Filipovna a resolver sobre el porvenir de Totzky. Luego, adoptando inteligentemente un aire de humildad, declaró que la suerte de una de sus hijas, y acaso la de las otras dos, dependía de la resolución de Nastasia

Filipovna.

Ésta les preguntó qué deseaban de ella y Totzky respondió con la franqueza que mostrara desde el principio de la conversación. Nastasia Filipovna habíale asustado de modo tal cinco años antes, que ahora nunca se sentiría completamente seguro de su actitud mientras ella no se casase. Apresuróse a añadir que semejante propuesta sería absurda de su parte a no tener algún fundamento en que apoyarla. Pero había observado y le constaba que un joven bien nacido y de distinguida familia, Gabriel Ardalionovich Ivolguin, a quien ella acogía con gusto en su casa, la amaba apasionadamente y daría con gusto la mitad de su vida sólo por la esperanza de conseguir su afecto. Gabriel Ardalionovich le había confiado su amor a él largo tiempo atrás, en el secreto de la amistad y con toda la sencillez de su puro corazón juvenil, e Ivan Fedorovich, protector del joven, conocía ese amor también. Finalmente, Totzky añadió que si él no estaba equivocado, Nastasia Filipovna debía, desde tiempo atrás, haber reparado en la pasión del joven y hasta no parecía mirarle con malos ojos. Desde luego, agregó Totzky, hablar de semejante cosa le era muy duro, más que a nadie; pero si Nastasia Filipovna creía que él albergaba al menos algún buen deseo hacia ella, además de pensar en su propio y egoísta interés, debía comprender que no la veía sin disgusto llevar una existencia solitaria, únicamente debida a su indefinible depresión y a su creencia de que no le era posible comenzar una nueva vida que podía hacerla conocer las nuevas satisfacciones del amor conyugal. Destruir sistemáticamente capacidades que acaso fuesen de las más brillantes, a cambio de entregarse a un sombrío pensar en la ofensa sufrida, constituía, en verdad, una especie de sentimentalismo indigno del buen sentido y el noble corazón de Nastasia Filipovna. Siempre repitiendo que le era más duro que a nadie hablar de aquel tema, acabó declarando su confianza en que ella no le contestase con el desprecio si, con el sincero deseo de asegurar su porvenir, le ofrecía una suma de setenta y cinco mil rublos. Añadió, como explicación, que, de todos modos, tal suma le estaba ya asignada a la joven en su testamento y que no se trataba de compensación alguna… Aunque, después de todo, ¿por qué no reconocer y admitir y perdonar en él un muy humano deseo de tranquilizar algo su conciencia? Y así continuó discurriendo, y alegando cuanto se suele en análogas circunstancias. Atanasio Ivanovich habló mucho y con elocuencia. De paso deslizó la interesante noticia de que nadie, ni aun Ivan Fedorovich, allí presente, conocía lo de los setenta y cinco mil rublos.

La contestación de Nastasia Filipovna sorprendió a los dos amigos. No mostró ni trazas de su anterior ironía, hostilidad y aversión, ni de aquella risa cuyo solo recuerdo hacía estremecerse a Totzky. Por el contrario, la joven parecía contenta de poder hablar al fin amistosa y francamente con alguien. Reconoció que durante largo tiempo había estado deseando un consejo leal, aunque su orgullo le impidiera pedirlo; pero roto el hielo, ella se alegraba de

poder escucharles. Con sonrisa triste al principio y que al cabo se trocó en risa abierta y alegre, afirmó que no volvería a producirse una tempestad como antaño, que desde hacía algún tiempo miraba las cosas de otro modo y que, si bien su corazón no había cambiado en nada, creía conveniente aceptar ciertas cosas como hechos consumados. Lo hecho, hecho estaba; lo pasado, pasado. No comprendía, pues, la continua inquietud de Atanasio Ivanovich. Luego, volviéndose con deferencia a Ivan Fedorovich, díjole que hacía tiempo conocía de oídas a sus hijas y albergaba por ellas estima sincera y profunda. Se sentía, pues, orgullosa y feliz en poder serles útil en algo. También era verdad que se notaba deprimida y triste: Atanasio Ivanovich había adivinado en esto, como también en que ella hubiese querido renacer, ya que no en el amor, al menos en el cariño de los hijos y la vida del hogar. Respecto a Gabriel Ardalionovich, apenas podía decir nada. Juzgaba, en efecto, que él la quería y parecíale que, de creer en la verdad de su afecto, ella podría corresponderle; pero, aun de ser Gabriel Ardalionovich sincero, ella vacilaba por verle tan joven. Lo que más le agradaba en él era saber que trabajaba y sostenía a su familia sin auxilio de nadie. Había oído comentar que era hombre enérgico, altivo, resuelto a abrirse camino y hacer carrera. Constábale que su madre, Nina Alejandrovna, era mujer excelente y respetada, así como Bárbara Ardalionovna, su hermana, era muchacha notable por su recio carácter. Ptitzin le había hablado mucho de la última. Conocía que toda la familia Ivolguin soportaba su mala fortuna con entereza y con gusto hubiese estrechado sus relaciones con ellos; pero faltaba saber si la acogerían o no. En resumen, Nastasia Filipovna no objetaba contra aquella propuesta de matrimonio; si bien quería reflexionar y que no la apremiasen. Respecto a los setenta y cinco mil rublos, Atanasio Ivanovich no necesitaba esforzarse en convencerla de que los aceptara. Ella sabía apreciar el valor del dinero y por tanto los tomaría. Agradecía a Totzky su delicadeza al no hablar de ello al general ni a Gabriel Ardalionovich, pero ¿por qué no informar al joven sobre el asunto? Ella no tendría de qué avergonzarse recibiendo aquel dinero al entrar en la familia. En cualquier caso, se proponía no excusarse de nada ante nadie, y deseaba que ello fuese conocido de todos. No se casaría con Gabriel Ardalionovich sino después de estar segura de que ni él ni su familia abrigaban reticencia alguna hacia ella. En todo caso, por lo que la atañía, no tenía nada de qué culparse y desde luego valía más que Gabriel Ardalionovich supiera en qué condiciones económicas y morales se hallaba ella con Totzky. En fin, si aceptaba el dinero, no era como pago de su honor perdido, sino en compensación de su existencia destrozada.

Se animó tanto al hablar así (y ello no era sino muy natural) que el general Epanchin, satisfechísimo, dio el asunto por arreglado. Pero Totzky, recordando su anterior conflicto, no juzgó igual y temió que bajo las mieles se ocultase alguna hiel. Mas de todos modos se había parlamentado y los dos amigos

veían que el punto en que hacían descansar el conjunto de su plan —la posible inclinación de Nastasia Filipovna por Gania— convertíase cada vez más claro y definido. El propio Totzky, a veces, creía en la posibilidad del éxito. Entre tanto Nastasia Filipovna se explicó con Gania, si bien sin hablar a fondo, porque el asunto resultaba penoso para su delicadeza femenina. Ella aceptaba el amor del joven, mas exigía no ser apremiada en sentido alguno y se reservaba hasta el momento del matrimonio, si éste se producía, el derecho a decir no, dejando en la misma libertad a Gania. A poco, una afortunada casualidad hizo saber al joven que Nastasia Filipovna estaba perfectamente al tanto de la oposición que aquel proyecto de casamiento suscitaba en casa de los Ivolguin, así como que no ignoraba las escenas de hostilidad contra la futura esposa a que tal oposición daba lugar. Ella, sin embargo, no le había hablado del asunto, aunque Gania lo esperaba de un momento a otro.

Podría decirse mucho más sobre las habladurías y enredos levantados en torno al proyectado enlace y a las negociaciones pertinentes; pero, aparte que ya hemos anticipado algo sobre ellas, muchas no pasaban de vagos rumores. Decíase, por ejemplo, que Totzky había descubierto una indefinida y secreta inteligencia entre Nastasia Filipovna y las hijas del general, historia que probablemente tenía todos los caracteres de una disparatada inverosimilitud. Pero existía otro rumor que inquietaba mucho más a Atanasio Ivanovich, persiguiéndole corno una pesadilla, y era que, según se le aseguraba, Nastasia Filipovna estaba muy al corriente de que Gania sólo se casaba con ella por el dinero; de que el joven tenía un alma venal, ávida, perversa y codiciosa; de que su grotesca vanidad rebasaba todos los límites; y, en fin, de que, si bien él había deseado apasionadamente conquistar a Nastasia Filipovna, desde que aquellos dos hombres maduros resolvieron explotar su pasión en su propio beneficio, entregándole a la mujer anhelada como esposa legal, Gania había principiado a odiarla como a una siniestra sombra de delirio. El odio y la pasión mezclábanse, violentos, en su alma y aunque después de una dolorosa incertidumbre consintió en desposar a semejante «despreciable mujerzuela», habíase prometido en su interior «hacérselo pagar caro», como, según se rumoreaba, dijera Gania literalmente.

Afirmábase también que Nastasia Filipovna conocía al dedillo todo esto y que maquinaba algún plan a su vez. Totzky entonces sintió tal terror que ni siquiera osó confiarse al general Epanchin. Pero a ratos, como si fuese un hombre débil de carácter, renacían sus esperanzas y lo veía todo a través de un prisma optimista. Así, por ejemplo, sintióse muy aliviado cuando Nastasia Filipovna prometió a los dos amigos adoptar la resolución definitiva la noche de su cumpleaños.

Por otra parte, el más extraño e inverosímil de los rumores, el que concernía a persona tan honorable como el propio Ivan Fedorovich aparentaba

ser, adquiría —¡ay!— cada vez más fundamento a medida que el tiempo transcurría.

Sin embargo, a primera vista tal rumor parecía perfectamente absurdo. Resultaba duro de creer que Iván Fedorovich, en sus ya maduros y graves años, con su excelente comprensión y su conocimiento práctico del mundo, y con todas las demás cosas similares que en estos casos pueden decirse, hubiese acabado cayendo bajo el influjo de Nastasia Filipovna y sintiendo por ella un capricho rayano en pasión. Difícil sería preciar qué esperanzas albergaba en semejante sentido: acaso esperase la ayuda complaciente del propio Gania. Totzky sospechaba algo de esta clase y, en tal sentido, suponía una especie de tácito convenio entre el general y Gania, un acuerdo propio de gentes que se comprenden bien. Es notorio que un hombre cegado por la pasión, sobre todo si está entrado en años, se torna ciego y encuentra firmes cimientos para sus esperanzas donde no hay ninguno; y, lo que es peor, pierde el juicio y obra como un niño sin sentido, por poderosa que sea su inteligencia.

Sabíase, así, que con ocasión del cumpleaños de Nastasia Filipovna el general había acordado regalarle unas magníficas perlas, por valor de una inmensa suma, y que confiaba mucho en la eficacia de su presente, aunque le constase que Nastasia Filipovna no era una mujer venal. Todo el día anterior al del cumpleaños, Epanchin lo pasó en un estado febril, si bien supo ocultar a los demás su emoción.

La generala había oído hablar de aquellas perlas. Lisaveta Prokofievna estaba acostumbrada hacía años a las infidelidades de su esposo; pero esta vez estimó imposible pasar por alto el incidente. El rumor relativo a las perlas la impresionaba mucho. El general lo notó a través de algunas palabras escuchadas el día antes, y preveía y temía el momento de la explicación.

De aquí que pensase con vivo desagrado en el almuerzo en el seno de la familia la mañana en que comienza esta historia. Ya antes de aparecer Michkin, el general había decidido esquivarse pretextando asuntos urgentes. A menudo, «esquivarse» significaba, en el caso de Epanchin, huir. Lo esencial era lograr pasar aquel día, y sobre todo aquella noche, sin turbaciones ni conflictos. Y el príncipe había llegado con oportunidad. «El cielo me lo envía», meditaba el general mientras iba al encuentro de su mujer.

V

Lisaveta Prokofievna estaba muy orgullosa de su noble cuna. ¿Cómo reaccionaría cuando supiese a quemarropa, sin la menor preparación, que el

último representante de su raza, aquel príncipe Michkin de quien oyera hablar alguna vez, no era más que un pobre idiota, un pordiosero necesitado de la caridad ajena? El general, temiendo un interrogatorio sobre las perlas, había premeditado este efecto teatral que dirigiría la atención de su mujer en otro sentido.

Cuando sucedía algo extraordinario, Lisaveta Prokofievna abría mucho los ojos, recostábase en su asiento y miraba vagamente en torno suyo. Era una mujer alta y ancha de formas, pero delgada, de la misma edad que su marido, con una cabellera negra que empezaba a encanecer, aunque fuese abundante todavía. Tenía la nariz algo aquilina, mejillas hundidas y macilentas y delgados labios plegados hacia dentro. Su frente era alta, si bien estrecha, y sus grandes ojos pardos mostraban a veces las más inesperadas expresiones. Antaño había tenido la creencia de que sus ojos eran subyugadores y desde entonces nada había podido disipar su convicción.

—¿Recibirle? ¿Recibirle ahora?

Y abriendo mucho los ojos miraba a su marido, que paseaba de un lado a otro de la habitación.

—No tienes por qué enojarte en lo más mínimo, querida —se apresuró a declarar Ivan Fedorovich—. No lo recibas a no ser que verdaderamente te complazca verle. Es realmente un niño, y un niño que da lástima. Padece accesos de cierta enfermedad y en este momento llega de Suiza. Ha venido a casa en seguida de apearse del tren. Va vestido un poco extravagantemente, algo a la usanza alemana. Y lo principal es que no tiene un kopec. ¡No creas que exagero! Poco le falta para que se le salten las lágrimas. Le he dado veinticinco rublos y quiero buscarle un empleo de escribiente en nuestro ministerio. Os ruego, mesdames, que le invitéis a almorzar, porque sospecho que debe de estar hambriento…

—Me asombras —contestó la generala, sin cambiar de tono—. ¡Hambriento y sufriendo accesos! ¿Qué clase de accesos?

—¡Bah! No son frecuentes y además, lo repito, es como un niño, y está bien educado. Os agradeceré, mesdames, que le sometáis a un examen —añadió el general volviendo a dirigirse a sus hijas—. Conviene conocer sus aptitudes.

—¿Someterle a un examen? —murmuró su mujer, pronunciando lentamente cada sílaba y dirigiendo alternativamente la mirada a sus hijas y a su marido—. Querida, no lo tomes a mal… En fin, haz lo que quieras. Yo me proponía tratarle con benevolencia, introducirlo en casa… Casi sería una buena acción. —¿Introducirlo en casa?… ¿Y dices que acaba de llegar de Suiza?

—Eso no es obstáculo… Pero repito que como quieras. Se me ha ocurrido la idea porque lleva tu mismo apellido y acaso sea tu pariente, y además porque no tiene ni donde reposar la cabeza. He juzgado también que, como miembro de nuestra familia, despertaría en ti algún interés.

—Por supuesto… Maman, no hay que enojarse con él —dijo Alejandra—. Además llega de viaje y está hambriento. ¿Por qué no darle de comer si no tiene adónde ir?

—Además, es un niño completo. Hasta se puede jugar con él al escondite…

—¿Jugar al escondite? ¿Qué quieres decir?

—¡Oh, maman, deja ya de ponerte interesante! —interrumpió Aglaya, molesta.

Adelaida, la hija segunda, que era de carácter alegre, no pudo contenerse y rompió a reír.

—Hazle llamar, papá. Maman lo permite —decidió Aglaya.

El general llamó y ordenó al criado que introdujese al príncipe.

—Pero a condición de que se le anude una servilleta al cuello cuando se siente a la mesa —declaró la generala—. Y habrá que decir a Mafra y a Fedor que estén detrás de él mientras come, sin quitarle la vista de encima. ¿Es tranquilo, por lo menos, en sus ataques? ¿No hace ademanes desordenados?

—Está por el contrario, muy bien educado y tiene muy buenas maneras. Acaso sea un poco simple… Ea, aquí le tenéis. Te presento al último de los príncipes Michkin, que lleva tu mismo nombre y acaso sea tu pariente, Lisaveta. Tratadle bien y sed amables con él… Príncipe, el almuerzo está servido; háganos el honor. Dispense que no me quede, pero es muy tarde ya y tengo mucha prisa.

—¿Podemos saber adónde te lleva esa prisa? —preguntó, con acento significativo, Lisaveta Prokofievna.

—Tengo que irme, querida; dispongo de muy poco tiempo… Si dais al príncipe vuestro álbum, mesdames, y le pedís que os ponga algún autógrafo, comprobaréis el talento caligráfico que tiene. ¡Es un calígrafo consumado! Hace un momento me ha reproducido una muestra de la escritura medieval: «El igúmeno Pafnutí ha puesto aquí su firma» … Bueno, hasta luego…

—¿Pafnutí? ¿El igúmeno? ¡Espera, espera un poco! ¿Adónde vas y quién es ese Pafnutí? —exclamó la generala, colérica y casi inquieta mientras su esposo alcanzaba la puerta rápidamente.

—Si, sí, querida: es un igúmeno antiguo… Voy a casa del conde, que me

espera hace rato. El mismo me citó. Hasta la vista, príncipe…

Y el general salió a toda prisa.

—¡Bien sé a la casa de qué conde va! —dijo con áspero acento Lisaveta Prokofievna dirigiendo los ojos al príncipe con expresión de descontento. Y luego, procurando coordinar sus recuerdos, gruñó—: ¿Qué decíamos? ¡Ah, sí, hablábamos del igúmeno!

—Maman… —comenzó Alejandra.

Aglaya golpeó el suelo con el pie.

—Déjame hablar, Alejandra Ivanovna —interrumpió secamente la madre—. También yo deseo enterarme de eso. Siéntese en esta butaca, príncipe. No, aquí, frente a mí. Más al sol y de modo que le dé bien la luz para que yo pueda verle. ¿Qué igúmeno era ése?

—El igúmeno Pafnutí —respondió el príncipe con gravedad.

—¿Pafnutí? ¡Muy interesante! ¿Y qué hizo?

Lisaveta Prokofievna preguntaba con voz brusca e impaciente, fijando los ojos en el príncipe. Cuando éste le contestó, ella de vez en cuando asentía con la cabeza.

—El igúmeno Pafnutí vivía en el siglo catorce —comenzó Michkin—. Su monasterio estaba situado a orillas del Volga, en la región ahora conocida como provincia de Gostroma. Fue célebre por la santidad de su vida. Le enviaron a la Horda para arreglar ciertos asuntos con los tártaros y puso su firma al pie de un documento. Como el general quería ver si yo tenía suficiente buena letra para ser empleado en algún sitio, he escrito varias frases, cada una con un tipo de letra diferente. Entre otras frases se encontraba ésa: «El humilde igúmeno Pafnutí ha puesto aquí su firma». Ello agradó mucho al general y por eso lo ha mencionado hace poco.

—Aglaya —dijo la generala—, acuérdate de lo que dice el príncipe. O, si no, anótalo, porque de lo contrario lo olvidaré. Pero yo creía que se trataba de algo más interesante. ¿Dónde está esa firma?

—Creo que ha quedado en el despacho del general, sobre la mesa.

—Que vayan a buscarla en seguida.

—No vale la pena. Puedo volver a escribirla, si usted lo desea.

—Opino, maman —dijo Alejandra—, que por el momento sería mejor almorzar. Nosotras tenemos apetito…

—Está bien —resolvió la generala—. Venga, príncipe. Debe usted de sentir apetito.

—Sí: comeré con gusto y les quedaré muy reconocido.

—Me alegro de ver que es usted cortés y no tan…, tan original como me habían dicho. Ea, siéntese así, frente a mí —dijo la generala cuando entraron en el comedor, señalando un asiento al príncipe—. Quiero verle bien. Alejandra, Adelaida, ocupaos del príncipe. ¿No es cierto que dista mucho de estar tan… enfermo? Tal vez no sea necesario ponerle la servilleta al cuello… Diga, príncipe: ¿le ponen una servilleta bajo la barbilla cuando se sienta a comer?

—Creo que se hacía así cuando yo tenía siete años; pero ahora, cuando como, despliego la servilleta sobre las rodillas.

—Como debe ser. ¿Y los ataques?

—¿Los ataques? —repitió Michkin con cierta sorpresa—. Actualmente sólo los sufro rara vez. Pero en adelante no sé. Me han dicho que este clima me sentaría peor.

Lisaveta Prokofievna continuaba inclinando la cabeza después de cada palabra del visitante.

—Habla bien —hizo notar a sus hijas—. Estoy sorprendida. Así que todo eran necedades y mentiras, como siempre… Coma, príncipe, y relátenos su vida. ¿Dónde nació usted? ¿Dónde le educaron? Quiero saberlo todo: me interesa usted mucho.

Michkin le dio las gracias y mientras comía con excelente apetito recomenzó la narración hecha ya varias veces durante aquella mañana. La generala estaba cada vez más satisfecha. Las muchachas escuchaban con bastante atención. Se trató de averiguar qué parentesco existía entre ellos. El príncipe conocía bastante bien la serie de sus antepasados, pero del cotejo de los respectivos árboles genealógicos resultó que el parentesco entre él y la generala era casi nulo. Sus respectivos abuelos y abuelas hubieran podido considerarse primos lejanos a lo sumo. Esta árida conversación agradó mucho a Lisaveta Prokofievna, a quien le placía hablar de sus antepasados sin que casi nunca se le presentara ocasión de hacerlo. En consecuencia estaba de muy buen humor cuando se levantó de la mesa.

—Venga a nuestro saloncito —dijo— y nos llevarán el café allí. Tenemos una habitación común —explicó al príncipe mientras salían del comedor—: mi saloncito, en el que todas nos reunimos y nos ocupamos en nuestros quehaceres cuando estamos solas. Alejandra, mi hija mayor, toca el piano, cose o lee; Adelaida pinta paisajes y retratos (y nunca concluye ninguno) y Aglaya no hace nada. Yo tampoco hago casi nada: nunca termino ninguna labor. Ya hemos llegado, príncipe. Ahora siéntese junto al fuego y cuéntenos algo. Deseo ver en qué forma sabe relatar. Quiero convencerme de sus

aptitudes y, así, cuando vea a la anciana princesa Bielokonsky le hablaré de usted. Me propongo que todos se interesen en su favor. Vamos, cuente.

—¿No comprendes que es muy original contar una historia así, maman? —observó Adelaida preparando su caballete y tomando sus pinceles y su paleta para trabajar en un cuadro comenzado largo tiempo atrás.

Alejandra y Aglaya se sentaron en un mismo divancito y, cruzándose de brazos, se dispusieron a escuchar la conversación. El príncipe notó que era objeto de la atención general.

—Si se me pidiese de ese modo, yo no contaría nada —dijo Aglaya.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de extraño en ello? ¿Por qué no había el príncipe de contarnos algo? ¡Para eso tiene lengua! Quiero saber cómo habla. Vaya, díganos alguna cosa. Explíquenos qué le ha parecido Suiza, cuál fue su primera impresión… Veréis qué pronto empieza y cómo se explica bien.

—La impresión que sentí fue muy fuerte… —comenzó Michkin.

—¿Veis, veis? ¡Ha empezado! —exclamó la generala dirigiéndose a sus hijas.

—Al menos déjale hablar, maman —repuso Alejandra—. Este príncipe podrá ser un gran socarrón, pero no un idiota —añadió, en un cuchicheo, al oído de Aglaya.

—Hace rato que me lo parece así —contestó Aglaya—. Y es muy desagradable verle desempeñar esta comedia. ¿Qué interés le moverá?

—La primera impresión fue muy fuerte —repitió Michkin—. Cuando me condujeron al extranjero, mientras atravesábamos las diferentes ciudades de Alemania, yo me limitaba a mirarlo todo en silencio. Recuerdo que no hacía pregunta alguna. Acababa de sufrir una serie de ataques muy violentos y cada uno más que sufría, cada recrudecimiento de mi enfermedad, tenía la virtud de sumirme en una atonía completa. Entonces perdía la memoria en absoluto, y aunque mi espíritu permanecía despierto, el desarrollo lógico de mi pensamiento quedaba interrumpido, si vale la expresión. No me era posible unir entre sí más de dos o tres ideas. Cuando los accesos pasaban, me sentía tan bien y tan fuerte como ustedes me ven ahora. Recuerdo que sentía una tristeza insoportable, que tenía ganas de llorar, que estaba siempre inquieto y, en cierto modo, como asombrado. Me encontraba extraño a cuanto veía. Sí, extraño de un modo que me anonadaba. Y me acuerdo de que ese marasmo se disipó del todo al llegar a Basilea, en Suiza. La circunstancia que lo eliminó fue el hecho de escuchar el rebuzno de un asno que se hallaba tendido en el suelo, en la plaza del mercado. El asno me impresionó extremadamente; su vista me causó, no sé por qué, un placer extraordinario… Y mi cerebro

recobró en el acto su lucidez.

—¿Un asno? ¡Qué raro! —observó la generala. Pero luego, mirando con irritación a sus hijas, que habían comenzado a reír, añadió—: Aunque, después de todo, no tiene nada de raro. Muchas personas sienten cariño hacia los asnos. Eso se veía ya en los tiempos mitológicos. Diga, príncipe.

—Desde entonces siento gran afecto por los jumentos, casi simpatía. Comencé a informarme sobre ellos, ya que antes no los conocía en absoluto. No tardé en comprobar que son animales muy útiles, laboriosos, robustos, pacientes y económicos. En resumen, aquel asno me hizo tomar cariño a toda Suiza y mi tristeza desapareció como por encanto.

—Todo eso es bastante extraño… Pero dejemos el pollino y pasemos a otro tema. ¿Por qué te ríes, Aglaya? ¿Y tú, Adelaida? El príncipe ha hablado del pollino con mucha elocuencia. Lo ha visto personalmente. Y tú, en cambio, ¿qué has visto en tu vida? ¿Acaso has estado siquiera en el extranjero?

—Yo también he visto asnos, maman —dijo Adelaida.

—Y yo he oído a uno —añadió Aglaya.

Hubo nuevas risas, a las que el príncipe se sumó.

—Esta actitud está muy mal en vosotras —dijo la generala—. Perdónelas, príncipe. Aunque se ríen, son buenas muchachas. Siempre estoy discutiendo con ellas, pero las quiero mucho. Son frívolas, atolondradas, locas…

—Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar —aseguró Michkin, risueño—. Pero, eso aparte, el jumento es un ser bueno y útil.

—Y usted, príncipe, ¿es bueno también? —interrogó la generala—. Sólo se lo pregunto por curiosidad…

Aquella interrogación produjo un nuevo estallido de carcajadas.

—¡Otra vez se acuerdan de ese maldito asno! —exclamó Lisaveta Prokofievna—. ¡Y yo que no pensaba en él para nada! Crea, príncipe, que no he tratado de hacer ninguna…

—¿Alusión? ¡Oh, lo creo!

Y el príncipe rio de todo corazón.

—Hace bien en reírse. Ya veo que es usted un buen muchacho —dijo la generala.

—No tan bueno a veces —denegó Michkin.

—Yo soy buena también —aseveró inopinadamente la Epanchina— y, si

quiere creerme, incluso le diré que soy buena siempre. Es mi único defecto, porque no se debe ser buena en todas las ocasiones. Me disgusto a veces con mis hijas y con mi marido; pero lo más lamentable es que nunca soy más buena que cuando estoy enfadada. Así, antes de entrar usted, yo me había irritado y adoptado el aire de no comprender ni poder comprender nada. Eso me pasa a veces: soy como una niña. Aglaya me dio una lección. Te la agradezco, Aglaya. En fin, todo esto no tiene importancia. Yo no soy tan necia como pudiera creerse y como mis hijas quisieran dar a entender. No me falta carácter y no soy vergonzosa. Lo digo sin mala intención. Ven aquí y dame un beso, Aglaya. Basta, basta —dijo a Aglaya que le besaba con sincero cariño el rostro y las manos—. Continúe, príncipe. ¿Se acuerda de algo más interesante que lo del pollino?

—Vuelvo a decir —observó Adelaida— que no creo posible contar nada cuando le apremian así a uno. Yo no sabría qué relatar.

—Pero el príncipe sí sabrá, porque el príncipe es muy inteligente, lo menos diez veces más que tú, y acaso doce. ¿Te enteras? Pruébeselo continuando, príncipe. Desde luego, podernos prescindir del asno. ¿Qué vio usted en el extranjero aparte ese animal?

—Lo que el príncipe dijo del asno demuestra ya su inteligencia —intervino Alejandra—. Nos ha descrito de un modo muy interesante su estado de salud y cómo reaccionó a consecuencia de una impresión exterior. Siempre he sentido la curiosidad de saber cómo pierde la gente la razón y cómo la recobra. Sobre todo cuando el cambio sucede bruscamente.

—¿Veis? —dijo vivamente la generala—. Ya sé que tú también a veces eres inteligente. ¡Vamos, acabad de reír! Creo, príncipe, que iba usted a hablar del paisaje suizo. Diga, diga…

Michkin siguió su relato:

—Llegamos a Lucerna y me llevaron a dar un paseo por el lago. Admiré la belleza de lo que me rodeaba, pero no sin sentir a la vez un peso en el corazón.

—¿Por qué? —preguntó Alejandra.

—No lo sé. Siempre me siento oprimido e inquieto cuando veo por primera vez un paisaje así. Me agrada y me turba a la vez. Además entonces yo estaba enfermo aún.

—Pues yo tengo muchas ganas de ver esos paisajes —dijo Adelaida—. No sé por qué no vamos al extranjero. Hace dos años que estoy buscando con interés una naturaleza que copiar, porque, como sabe, «el Oriente y el Sur se han pintado ya mucho…» Encuéntreme un paisaje que pintar, príncipe.

—No sabría hacerlo. Yo he creído siempre que bastaba mirar y pintar lo

que se ve.

—Yo no sé mirar.

—¿A qué viene ese lenguaje enigmático? —interrumpió bruscamente la generala—. Yo no saco nada en limpio: «No sé mirar…» ¿Qué significa eso? Tú tienes ojos, así que te basta abrirlos. Si no sabes mirar aquí, no será en el extranjero donde aprendas. Más vale que nos cuente usted cómo miraba, príncipe.

—Sí, vale más —convino la joven artista—. Sin duda en el extranjero el príncipe habrá aprendido a mirar.

—No sé; ignoro si he aprendido; sólo sé que he restablecido mi salud. Y además que he sido dichoso casi constantemente.

—¿Dichoso? ¿Sabe usted ser dichoso? —preguntó Aglaya—. ¿Y cómo dice entonces que no ha aprendido a ver las cosas? Instrúyanos, príncipe.

—Sí, instrúyanos —rio Adelaida.

—Nada les puedo enseñar —repuso Michkin, riendo también—. Durante mi estancia en el extranjero apenas salí de la aldea suiza a que me llevaron, y casi nunca me alejé de sus contornos. ¿Qué podía aprender allí? Primero me limité a dejar de aburrirme; luego recobré la salud, y más tarde empecé a estimar cada día y cada día adquirió, a medida que iba pasando el tiempo, un valor más grande a mis ojos. Me acostaba siempre contento y me levantaba más contento aún. Cuál fuera el motivo de ello, es cosa que no sé decir.

—¿Y no sentía deseos —preguntó Alejandra— de ir a otro lugar? ¿No experimentaba necesidad de trasladarse?

—Al principio sí, sentía cierta tendencia inquieta y vagabunda. Pensaba siempre en mi existencia futura, quería adivinar mi destino y en algunos momentos el descanso me resultaba incluso penoso. Ya saben ustedes cuando pasa eso: cuando está uno a solas. En nuestra aldea había una cascada, o, mejor dicho, un delgado hilo de agua que caía de una montaña casi perpendicular: un agua blanca, espumeante, tumultuosa. Hallábase como a media versta de nuestra casa y a mí me parecía verla a cincuenta pasos. Por la noche me agradaba oírla caer, pero en ciertas ocasiones se apoderaba de mí una gran agitación… De vez en cuando ocurríame estar solo en los montes en medio del día: en torno mío se erguían grandes pinos seculares, olorosos a resina. En lo alto de una roca se divisaban las ruinas de un antiguo castillo feudal; la aldehuela, perdida en el valle, apenas se divisaba; el sol era vivo; el cielo azul; reinaba en torno un imponente silencio. Pues bien, en aquellos momentos me invadía el ansia de viajar y me figuraba que caminando siempre en derechura hasta franquear la línea donde se confunden cielo y tierra,

encontraría más allá la clave de los misterios, hallaríame en el centro de una vida nueva mil veces más animada que la nuestra. Y soñaba en una gran ciudad como por ejemplo Nápoles, llena de palacios, de agitación, de ruido, de vida… Sí, yo tenía no sé qué aspiraciones… Pero a poco me pareció que en cualquier sitio, en una prisión incluso, se podía encontrar un tesoro de vida.

—A los doce años leí ese mismo loable pensamiento en mi «Manual de Enseñanzas Útiles» —declaró Aglaya.

—¡Siempre filosofía! —exclamó Adelaida—. Usted es un filósofo y viene a instruirnos.

—Quizá tenga usted razón —repuso Michkin, sonriendo—. Soy filósofo, en efecto, y hasta acaso me impela la idea de instruir… Sí, es posible…

—Su filosofía —manifestó Aglaya— es la misma de Eulampia Nicolaievna, la viuda de un funcionario, que nos visita en calidad de parásito. Para ella, todo el problema de la vida se reduce a comprar barato, y, así, no se aplica más que a gastar lo menos posible. Nunca habla sino de kopecs. Y le advierto que tiene dinero; sólo que lo disimula. Esto se parece al enorme tesoro de vida que usted encontraría en una prisión, y acaso a su felicidad de cuatro años en una aldea, felicidad por la que ha cambiado su soñado Nápoles, y aun parece que con ganancia, siquiera ésta no pase de un kopec.

—Respecto a la vida en una prisión —contestó Michkin— puede existir diversidad de criterio. He conocido a un hombre que había pasado doce años en una cárcel y a la sazón era uno de los pacientes del doctor. Sufría ataques; a veces se agitaba, rompía a llorar, y en una ocasión incluso quiso suicidarse. Su vida en la cárcel había sido triste, se lo aseguro; pero, con todo, valía más de un kopec. Todas sus relaciones de prisionero se reducían a una araña y un arbusto que cuidaba al pie de su ventana… Pero prefiero hablarles de otro hombre a quien he conocido el año último. En su caso hay una circunstancia rara, en el sentido de que pocas veces se produce. Este hombre había sido conducido al cadalso y se le había leído la sentencia que le condenaba a ser fusilado por un crimen político. Veinte minutos después llegó el indulto. Pero entre la lectura de la sentencia de muerte y la noticia de que le había sido conmutada la pena por la inferior, pasaron veinte minutos, o, al menos, un cuarto de hora durante el cual aquel desgraciado vivió en la convicción de que iba a morir al cabo de unos instantes. Yo deseaba saber cuáles habían sido sus impresiones y le pregunté sobre ellas. Lo recordaba todo con extraordinaria claridad y decía que nada de lo sucedido en aquellos minutos se borraría jamás de su memoria. Y pensaba: «¡Si no muriese! ¡Si me perdonaran la vida! ¡Qué eternidad! ¡Y toda mía! Entonces cada minuto sería para mí como una existencia entera, no perdería uno sólo y vigilaría cada instante para no malgastarlo» …

Tras hablar algunos instantes más sobre el mismo tema, el príncipe calló de repente. Su auditorio creía que iba a continuar.

—¿Ha terminado usted? —preguntó Aglaya.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! —respondió Michkin, saliendo de una especie de ensueño en que parecía sumido.

—¿Y por qué nos ha contado eso?

—Por nada… Porque me ha acudido a la memoria… Una cosa llama a la otra y…

—Su relato carece de desenlace —dijo Alejandra—. Usted, príncipe, nos ha querido probar que no hay instante que no valga más de un kopec y que a veces cinco minutos pueden valer más que un tesoro. Todo ello está muy bien; pero permítame preguntarle una cosa. Ese amigo que le contó sus sensaciones y que, al parecer, consideraba una eternidad la vida si se la devolvían, ¿qué uso hizo de esa «vida eterna» cuando le conmutaron la pena? ¿Cómo aprovechó tal tesoro? ¿Vivió cada minuto sin perderlo y aprovechándolo como esperaba?

—¡Oh, no! Le pregunté si había llevado a la práctica sus propósitos de aprovechar y no perder cada minuto de vida, y me confesó que había dilapidado después muchísimos minutos.

—La experiencia es decisiva y demuestra que no se puede vivir aprovechando cada instante. Es imposible.

—Es imposible, en efecto —dijo Michkin—. Lo reconozco. Y, sin embargo, no puedo dejar de creer…

—En otras palabras: ¿piensa usted que vive más inteligentemente que los demás? —precisó Aglaya.

—Sí: a veces se me ha ocurrido esa idea.

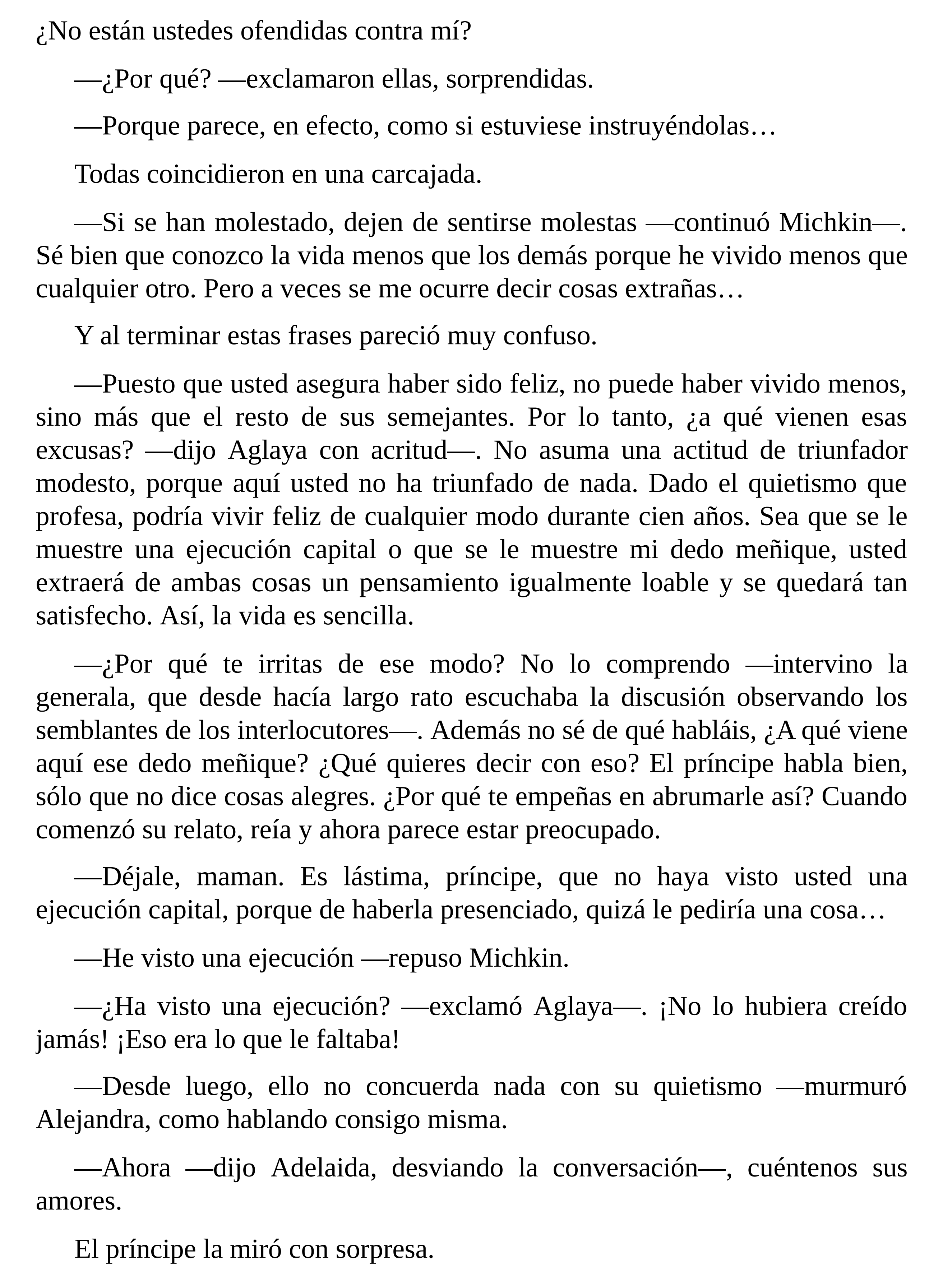
—¿Y la sostiene aún?

—Sí, aún —afirmó Michkin.

Hasta entonces había contemplado a la joven con una sonrisa dulce e incluso tímida; pero después de pronunciar aquellas palabras rompió a reír y la miró alegremente.

—¡Verdaderamente no es usted muy modesto! —repuso ella, algo enojada.

—Son ustedes valientes —dijo él—. Ustedes ríen, y en cambio a mí el relato de aquel hombre me impresionó tanto que hasta lo soñé. Sí: vi en sueños aquellos cinco minutos de espera afanosa… —y de pronto, preguntó, con cierta turbación, aunque sin dejar de mirar fijamente a las tres muchachas—:



¿No están ustedes ofendidas contra mí?

—¿Por qué? —exclamaron ellas, sorprendidas.

—Porque parece, en efecto, como si estuviese instruyéndolas…

Todas coincidieron en una carcajada.

—Si se han molestado, dejen de sentirse molestas —continuó Michkin—. Sé bien que conozco la vida menos que los demás porque he vivido menos que cualquier otro. Pero a veces se me ocurre decir cosas extrañas…

Y al terminar estas frases pareció muy confuso.

—Puesto que usted asegura haber sido feliz, no puede haber vivido menos, sino más que el resto de sus semejantes. Por lo tanto, ¿a qué vienen esas excusas? —dijo Aglaya con acritud—. No asuma una actitud de triunfador modesto, porque aquí usted no ha triunfado de nada. Dado el quietismo que profesa, podría vivir feliz de cualquier modo durante cien años. Sea que se le muestre una ejecución capital o que se le muestre mi dedo meñique, usted extraerá de ambas cosas un pensamiento igualmente loable y se quedará tan satisfecho. Así, la vida es sencilla.

—¿Por qué te irritas de ese modo? No lo comprendo —intervino la generala, que desde hacía largo rato escuchaba la discusión observando los semblantes de los interlocutores—. Además no sé de qué habláis, ¿A qué viene aquí ese dedo meñique? ¿Qué quieres decir con eso? El príncipe habla bien, sólo que no dice cosas alegres. ¿Por qué te empeñas en abrumarle así? Cuando comenzó su relato, reía y ahora parece estar preocupado.

—Déjale, maman. Es lástima, príncipe, que no haya visto usted una ejecución capital, porque de haberla presenciado, quizá le pediría una cosa…

—He visto una ejecución —repuso Michkin.

—¿Ha visto una ejecución? —exclamó Aglaya—. ¡No lo hubiera creído jamás! ¡Eso era lo que le faltaba!

—Desde luego, ello no concuerda nada con su quietismo —murmuró Alejandra, como hablando consigo misma.

—Ahora —dijo Adelaida, desviando la conversación—, cuéntenos sus amores.

El príncipe la miró con sorpresa.

—Escuche —continuó la joven con cierta precipitación—: tengo interés en oír la historia de sus amores. No niegue que alguna vez ha estado enamorado. ¡Ah, a propósito! Le advierto que en cuanto empieza usted a contar una cosa cualquiera desaparece toda su filosofía.

—Y en cuanto termina de relatar algo, parece avergonzarse usted de haberlo hecho —observó bruscamente Aglaya—. ¿Por qué?

—¡Qué estupidez! —exclamó la generala, mirando con indignación a su hija menor.

—Realmente, esa salida no es muy espiritual, Aglaya —contestó Alejandra.

—No le haga caso, príncipe —dijo Lisaveta Prokofievna a Michkin. Aglaya habla así adrede, por testarudez. No piense que está tan mal educada como finge. No vaya a juzgarlas mal viendo cómo le embroman. Quieren divertirse un poco, pero le aprecian. Se lo conozco en la cara.

—Yo también se lo conozco en la cara —dijo Michkin con acento significativo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Adelaida, intrigada.

—¿Qué sabe usted de la expresión de nuestros rostros? —preguntaron las otras dos.

El príncipe calló y asumió un aire de gravedad. Las tres jóvenes esperaban su respuesta.

—Se lo diré después —prometió en voz baja y con tono solemne.

—Se propone excitar nuestra curiosidad —dijo Aglaya—. ¡Y qué serio nos mira!

—Todo eso está bien —insistió Adelaida—; pero aunque sea un buen fisonomista no por ello ha dejado de estar enamorado. Por tanto, he dado en el clavo. Cuéntenos, cuéntenos…

—No he estado enamorado —dijo el príncipe—. He sido feliz… de otro modo…

—¿Cómo? ¿Y de qué manera?

Y su rostro había adquirido una expresión profundamente meditabunda.

—Ea, se lo diré —decidiese Michkin.

VI

—En este momento —comenzó Michkin— me miran ustedes con una curiosidad que me inquieta porque, si no la satisfago, se incomodarán conmigo. Pero, no, esto es una broma —se apresuró a añadir, sonriendo—.

Paso, pues, a contar…

En aquel pueblo había muchos niños y yo estaba siempre con ellos, solo con ellos. Eran los niños de la aldea, toda una bandada de colegiales. No pretenderé haberlos instruido yo. No; para eso estaba Julio Thibaut, el maestro de escuela. Si se quiere, admito que les enseñaba algo; pero lo que hacía sobre todo era convivir con ellos.

Y así han transcurrido mis cuatro años en Suiza. No me hacía falta otra cosa. Les hablaba de todo, sin ocultarles nada. Esto acabó atrayéndome el descontento de sus familias, porque los niños terminaron no pudiendo prescindir de mí. Me rodeaban sin cesar, al punto de que el maestro de escuela llegó a convertirse en mi mayor enemigo. Otras muchas personas de la aldea me cobraron antipatía, todas a causa de los niños. El mismo doctor Schneider me hizo reproches sobre ello. Pero, ¿qué temían de mí? A un niño se le puede decir todo, absolutamente todo. Siempre me ha sorprendido la falsa idea que los adultos se forman sobre los niños. Éstos no son comprendidos jamás, ni siquiera por sus padres… ¡Y qué bien se dan cuenta los niños de que su familia los toma por pequeñuelos incapaces de comprender nada cuando lo comprenden tan bien todo! Las personas mayores ignoran que, incluso en asuntos difíciles, los niños pueden dar consejos de la mayor importancia. ¿Cómo no sentir vergüenza de engañar a esos lindos pajaritos que fijan en vosotros sus miradas confiadas y felices?

Les llamo pajaritos porque los pájaros son lo mejor que existe en el mundo… Pero medió una circunstancia que excitó los ánimos contra mí más que cualquier otra… El odio de Thibaut era mera envidia. Al principio movía la cabeza y se asombraba viendo lo bien que los niños comprendían lo que les contaba yo, mientras él no lograba jamás hacerse entender de ellos. Más tarde se burló de mí cuando supo que les decía que ni él ni yo les enseñábamos nada, sino que aprendíamos de ellos. No sé cómo pudo injuriarme y calumniarme como lo hacía viviendo él mismo entre niños, porque el trato de éstos purifica el alma…

Entre los enfermos que curaba Schneider había un hombre extremadamente desgraciado. No sé si podría existir desgracia comparable a la suya. Había sido llevado al establecimiento achacándole enajenación mental; pero en mi opinión no estaba loco, sino que había sufrido horrorosamente y ésa era toda su dolencia. ¡Si ustedes supiesen lo que aquellos niños llegaron a ser para él!

Pero de ese enfermo les hablaré luego. Ahora voy a decirles cómo empezó todo. Al principio los niños no me querían. Yo era tan mayor, tan tímido, tan feo además… Y finalmente tenía en contra mía mi calidad de extranjero…

Los niños inicialmente se burlaban de mí y desde que me sorprendieron

besando a María comenzaron a tirarme piedras.

No la besé más que una vez… No se rían —apresuróse a añadir el príncipe replicando a las sonrisas de su auditorio—: el amor no intervino en eso para nada. Si ustedes hubiesen conocido a aquella infeliz criatura la habrían compadecido tanto como yo. Era una joven de la aldea, que habitaba con su anciana madre una cabaña con sólo dos ventanitas, en una de las cuales la vieja, con permiso de las autoridades locales, vendía cintas, hilas, hilos, tabaco y jabón, comercio que le producía el poco dinero preciso para su vida. Estaba enferma y tenía las piernas hinchadas, lo que la obligaba a permanecer siempre en un asiento. María contaba veinte años y era delgada y de débil constitución. Hacía largo tiempo que se encontraba tuberculosa, pero aun así iba a asistir a las casas, donde realizaba trabajos muy pesados: fregar el suelo, lavar la ropa, limpiar los platos, dar el pienso a las bestias…

Un viajante francés la sedujo y se la llevó consigo; mas al cabo de una semana la dejó plantada. Abandonada en una carretera, María volvió a su casa pidiendo limosna por el camino.

Llegó sucia, andrajosa, con los zapatos terriblemente desgarrados. Había andado durante ocho días durmiendo al raso y sufriendo mucho frío. Tenía ensangrentados los pies y las manos hinchadas y ulceradas. Antes tampoco era hermosa: sólo tenía unos ojos muy dulces, llenos de inocencia y de bondad. Su taciturnidad era extraordinaria. Una vez, poco antes del incidente de que he hablado, comenzó de pronto a cantar mientras trabajaba y el hecho causó general asombro. «¡María ha cantado! ¡Hay que ver! ¡María ha cantado!», se decían riendo. Ella, oyendo a la gente, quedó muy confusa y desde entonces se encerró en un mutismo obstinado.

En aquel tiempo trabajaba aún y la miraban con benevolencia; pero cuando volvió enferma y con los miembros ensangrentados nadie le testimonió la menor piedad. ¡Qué dura es la gente en casos así! ¡Con qué severidad juzga las cosas!

La vieja fue la primera en recibir a su hija con ira y desprecio. «¡Me has deshonrado!», le dijo. Y fue la primera también en abandonarla a su vergüenza. En cuanto se supo en la aldea la vuelta de María, todos, viejos, niños, mujeres, jóvenes, todos, repito, acudieron a verla. Los habitantes de la aldea casi en pleno invadieron la cabaña de la anciana.

María, hambrienta y haraposa, yacía en tierra a los pies de su madre y lloraba. Mientras los visitantes afluían, ella se tapaba el rostro con los revueltos cabellos e inclinaba los ojos al suelo para rehuir la curiosidad de la gente. Todos hacían círculo en su torno, mirándola como a un reptil. Los viejos la censuraban implacablemente; las mujeres la colmaban de injurias y ofensas, contemplándola con repugnancia, como si viesen un bicho asqueroso.

La madre, sentada en su habitación, lejos de oponerse a aquella actitud, les alentaba con la voz y el ademán.

La anciana estaba muy enferma, casi moribunda, al extremo de que a los dos meses falleció; pero aun sintiendo aproximarse su fin se negó a reconciliarse con su hija. No le hablaba jamás, la hacía acostarse en el zaguán y apenas le daba de comer. Necesitaba mojarse frecuentemente las piernas hinchadas con agua caliente, y a pesar de que María se las lavaba y le prodigaba afectuosos cuidados, la vieja los aceptaba sin compensarle con una sola palabra cariñosa. La joven lo sufría todo con resignación. Más adelante, cuando entablé conocimiento con ella, observé que aprobaba aquella actitud, considerándose a sí misma como la más vil de las criaturas.

La anciana hubo de guardar cama definitivamente, y las comadres de la aldea acudieron a cuidarla por turno, según la costumbre de la región. Y entonces se dejó en absoluto de dar de comer a María. Todos la rechazaban de su puerta y nadie le proporcionaba trabajo como antes. Puede decirse que le escupían encima literalmente. Los hombres no la consideraban ya como una mujer y le dirigían las palabras más soeces. A veces, los domingos, cuando estaban embriagados, le arrojaban alguna moneda de a sueldo por irrisión. María las recogía en silencio.

Por aquella época comenzaba a escupir sangre. Acabó teniendo los vestidos tan andrajosos que no osaba presentarse en la aldea. Y desde su regreso andaba descalza. Los niños de la escuela, que pasaban de cuarenta, se regocijaban especialmente en molestarla y arrojarle inmundicias. Habiéndose dirigido a un propietario de vacas para que le diera trabajo, el hombre la puso en la puerta. Mas María, por iniciativa propia, comenzó a cuidar del ganado y pasó el día en aquella ocupación. El hombre, observando que le prestaba buenos servicios, dejó de arrojarla de allí, y hasta le daba a veces los restos de su comida que solían consistir en pan y queso. Y consideraba esto como una gran bondad que hacía a la joven.

Cuando murió la madre de María, el Pastor llegó a vilipendiar a la desgraciada públicamente. Ella, vestida con sus miserables harapos, habíase arrodillado, llorando, junto al ataúd. La curiosidad había atraído a mucha gente a la ceremonia fúnebre. Queríase ver si la joven sollozaba y con qué aspecto caminaría tras el cadáver de su madre.

El Pastor, hombre joven aún y cuya ambición consistía en llegar a ser un gran predicador, habló a la multitud señalando a María. «He ahí —dijo— la que ha causado la muerte de esta respetable anciana (lo cual no era verdad porque la vieja estaba enferma hacía muchos años). Ahí está, ante todos, sin atreverse a levantar la vista porque sabe que ha sido marcada por el dedo de Dios. Vedla, descalza, andrajosa… ¡Buen ejemplo para las que se sintieran a

punto de caer en la tentación! ¿Y quién es esa mujer? ¡La hija de la difunta!». Y continuó hablando por el mismo estilo, corno suelen los Pastores protestantes.

Aunque parezca increíble, esta cobardía agradó a casi todos. Pero entonces sobrevino una novedad. Los niños, que en aquella época ya estaban todos de mi parte y comenzaban a querer a María, tomaron la defensa de la desgraciada. Vean cómo comenzó la cosa. Yo, antes ya, deseaba favorecer en algo a la pobre joven. Ella padecía gran necesidad de dinero, mas yo durante mi estancia en Suiza no dispuse de un solo kopec. Pero sí tenía un alfiler de diamantes y lo vendí a un buhonero que andaba de pueblo en pueblo vendiendo ropas usadas. El hombre me dio ocho francos por mi alfiler, que valía lo menos cuarenta. Largo tiempo transcurrió antes de que yo pudiese hablar a solas con María. Al fin nos encontramos fuera del poblado, en un sendero montañoso, tras un árbol.

Le entregué los ocho francos y le recomendé que los administrara bien, porque en adelante no podría volver a ayudarla. Y luego la besé diciéndole que no lo tomase en mal sentido y que si la besaba no era porque estuviese enamorado de ella, sino porque me inspiraba profunda piedad, y porque nunca, desde el principio, la había considerado culpable, sino desgraciada.

Yo sentía verdadero deseo de consolarla, de persuadirla que hacía mal en considerarse tan por debajo de las otras mujeres, pero no tardé en observar que no comprendía mis palabras. Lo noté en su actitud. Permanecía en pie ante mí, silenciosa, con los ojos bajos, como abrumada por la vergüenza.

Cuando hube terminado me besó la mano. Yo tomé la suya y quise besarla también, pero la retiró en seguida. De pronto los niños nos descubrieron. Toda la banda se hallaba ante nosotros. Supe después que llevaban largo rato espiándonos.

Comenzaron a reír, a silbar, a dar palmadas y María se puso en fuga rápidamente. Traté de hablarles, pero comenzaron a lanzarme piedras. Aquel mismo día la aldea conocía toda la historia. La maledicencia pública se encarnizó más que nunca con María. Incluso oí decir que se hablaba de que las autoridades le infligiesen un castigo, pero, gracias a Dios, la iniciativa no se llevó adelante. En cambio los niños no dejaban un instante de reposo a su víctima. La perseguían sin cesar y le arrojaban todo género de porquerías.

La pobre enferma, cuando les veía llegar, corría con todas las fuerzas de sus débiles piernas, tosiendo y jadeando. Ellos la seguían vociferando injurias.

Una vez tuve literalmente que entablar una lucha con ellos. Más adelante traté de hacerles entrar en razón, o al menos intenté realizarlo. A veces me escuchaban, pero no por eso dejaban de hostigar a María.

Al fin acerté a explicarles lo desgraciada que era y entonces no tardaron en dejar de injuriarla y empezaron a pasar de largo ante ella sin decirle cosa alguna. Poco a poco los niños y yo fuimos teniendo charlas más prolongadas. Yo les contaba todo, no les ocultaba nada. Ellos me escuchaban con curiosidad y principiaron a sentir lástima de la pobre joven. Algunos cuando la encontraban, le dirigían ya un afable «buenos días».

María, según imagino, debió de sorprenderse mucho de semejante cambio. Una vez, dos chiquillas que tenían algunas vituallas para merendar fueron a llevárselas a la joven y vinieron a decírmelo. Añadieron que María se había puesto a llorar y que ahora ellas la querían mucho.

En breve todos los niños llegaron a amarla y a experimentar a la vez un repentino afecto por mí. Acudían a menudo en mi busca y siempre me pedían que les contase algo. Creo que yo debía relatar bien, porque se mostraban ávidos de mis narraciones.

Entreguéme al estudio y a la lectura para poder comunicarles lo que aprendía en los libros, y esto continuó así durante los tres años siguientes.

Cuando Schneider o los demás me reprochaban el no ocultar nada a los chiquillos y el hablarles como si fuesen personas mayores, yo contestaba que era vergonzoso mentirles. «Además —añadía—, a pesar de todas las precauciones, ellos llegarán siempre a saber lo que uno se empeñe en ocultarles, con la diferencia de que lo sabrán de un modo que excite su imaginación, mientras que conmigo ese peligro no existe. Si lo dudan, evoquen las memorias de su propia infancia». Pero este razonamiento no convencía a nadie.

Fue quince días antes de la muerte de su madre cuando yo besé a María. Al pronunciar el Pastor su sermón, todos los niños estaban ya de mi parte. Les manifesté la ocurrencia que el eclesiástico se había permitido y la califiqué como creí justo. Los niños se indignaron y algunos de ellos, en su ira, rompieron a pedradas los vidrios del Pastor. Yo les hice comprender que habían obrado mal; pero no por eso dejó de esparcirse en la aldea el rumor de que yo soliviantaba a los colegiales. Luego, todo el mundo observó que los niños querían a María, lo que provocó una inquietud extrema. Pero la joven vivía feliz. Los padres podían prohibir a sus hijos que la tratasen, mas no por eso dejaban los niños de ir a buscarla, a escondidas, al lugar en que apacentaba las vacas, y que estaba como a media versta de la aldea.

Le llevaban regalos y algunos se acercaban hasta ella sólo para estrecharla contra su corazón, besarla y decirle: «Te quiero mucho, María». Y tras esto, volvían a sus casas con toda la velocidad de sus piernas.

Poco faltó para que una dicha tan inesperada no hiciese perder la cabeza a

María. Jamás había imaginado cosa semejante, ni aun en sueños, y experimentaba, por tanto, una mezcla de confusión y de júbilo. Los niños, y sobre todo las niñas, la iban a ver con frecuencia únicamente para decirle que yo la quería y que les hablaba mucho de ella. «Nos ha contado toda tu historia —le explicaban— y ahora te queremos, sentimos lo que te pasa, y siempre lo sentiremos y te querremos igual».

Luego tornaban a mi lado y con el rostro alegre y aire de traer una noticia importante, me informaban de que habían estado hablando a María y de que ella me enviaba sus saludos.

Por la tarde yo iba a la cascada. Había allí un retirado rincón, sombreado de álamos y no visible desde el pueblo. Era en aquel lugar donde yo recibía por las tardes la visita de los niños, algunos de los cuales acudían a escondidas de sus padres.

Creo que les producía un placer extremo mi supuesto amor por María. Y éste fue el único punto sobre el que les engañé durante mi permanencia en aquella aldea. Les dejaba creer que estaba enamorado de María, aunque sólo experimentaba piedad por ella, porque, viendo que me atribuían otro sentimiento y que éste les era agradable, me libraba bien de desengañarles y fingía que habían sabido adivinar mis sentimientos. ¡Qué delicada bondad albergaban aquellos corazones! Citaré un solo ejemplo: parecíales inadmisible que, amando tanto María a su querido León, ella fuese tan mal vestida y careciese de calzado. ¡Y figúrense que le proporcionaron zapatos, medias, ropa blanca y hasta algunos vestidos! Cómo y por qué prodigios de ingenio lograron procurarse todo aquello, es cosa que no comprendo. El caso fue que toda la escuela puso manos a la obra. Cuando les interrogaba sobre el particular, una risa alegre era su única respuesta. Y las niñas batían palmas y me besaban.

Yo, a veces, iba a ver a María, procurando que nadie lo supiese. Por entonces enfermó gravemente. Ya sólo podía andar a duras penas. Finalmente dejó de trabajar en la finca donde servía, pero, con todo, cada mañana llevaba el ganado a pacer. Sentábase apoyada en una roca perpendicular al suelo y permanecía casi inmóvil hasta el momento de llevar otra vez las vacas al establo.

Agotada por la tuberculosis, respirando difícilmente, pasaba el día en un estado de casi somnolencia, con los ojos cerrados y la cabeza recostada contra la roca. Tenía el rostro descarnado como un esqueleto y el sudor bañaba su frente y sus sienes.

Así la encontraba yo siempre. Sólo me detenía con ella un momento, porque no quería que nos viesen juntos. En cuanto yo aparecía, María temblaba, abría los ojos y se apresuraba a besarme las manos. Yo se lo

permitía sabiendo que aquello constituía una dicha para la joven. Mientras estábamos juntos, ella no dejaba de temblar y de verter lágrimas. A veces, es cierto, intentaba hablar, pero era difícil comprender sus palabras. Tan emocionada y exaltada se volvía, que dijérase loca.

A veces los niños me acompañaban. Por regla general, en aquel caso, se quedaban a distancia haciendo centinela para que nadie me sorprendiese hablando con María. Y este papel de vigilantes les agradaba infinitamente.

Cuando nos íbamos, María, al quedar sola, permanecía inmóvil de nuevo, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la roca. Acaso soñase en no sé qué…

Una mañana le fue imposible salir para apacentar el ganado como de costumbre, y quedó sola, en su casita vacía. Los niños lo supieron muy pronto y casi todos fueron a visitarla varias veces en el día. Ella estaba en el lecho desprovista de toda asistencia.

Durante dos días los niños fueron los únicos que la atendieron, relevándose en el cargo de enfermero. Pero luego, cuando se supo en la aldea que María estaba moribunda, varias ancianas acudieron a la cabecera de su lecho. Parece que en el pueblo comenzaban a tener piedad de la joven. Al menos se dejaba a los niños visitarla y no se la injuriaba como antes.

La enferma había entrado en período comatoso, tenía un sueño agitado y tosía horriblemente. Las viejas impedían a los niños penetrar en la casa; pero aun así ellos corrían a la ventana, asomábanse a ella a veces sólo por un momento y decían: Bonjour, notre bonne Marie.

Cuando ella les veía u oía sus voces, se reanimaba y, sin atender las advertencias de quienes la asistían, alzábase penosamente sobre el lecho, hacía un signo de cabeza a sus amiguitos y les daba las gracias. Seguían llevándole regalos, pero ya no comía nada.

Les aseguro que gracias a los niños murió casi dichosa. Merced a ellos olvidó su desgracia, y de ellos recibió en cierto modo el perdón, ya que hasta su último momento se consideró culpable.

Semejantes a ligeros pajarillos, cada mañana batían con el ala su ventana repitiéndole: Nous t'aimons, Marie. Ella murió muy pronto. Yo esperaba que viviese más tiempo. La víspera de su muerte, antes de ponerse el Sol, fui a visitarla.

Pareció reconocerme. Le estreché la mano —¡y qué mano tan descarnada era aquélla!— por última vez. A la mañana siguiente fueron a decirme que María había muerto.

Esta vez, sin que nadie pudiera contenerles, los niños entraron en la

cabaña, cubrieron de flores el ataúd de la difunta y engalanaron su cabeza con una guirnalda. Y el Pastor no pronunció ninguna palabra contra la muerta cuando el cuerpo fue llevado al templo. La asistencia se redujo a unos pocos curiosos.

Al ir a ser levantado el ataúd, todos los niños disputaban entre sí por llevarlo al cementerio. Como no eran lo bastante fuertes para hacerlo, no se les pudo atender. Y entonces, después de ayudar a levantarlo, siguieron el séquito deshechos en lágrimas.

A partir de ese momento, los niños han cuidado la tumba de María, plantando rosales en torno y adornándola con flores todos los años.

A partir del entierro se desencadenaron las iras contra mí más que nunca, a causa de mis relaciones con los escolares. Los principales urdidores de la intriga fueron el maestro de escuela y el Pastor protestante.

Llegóse a prohibirme que me entrevistase con los niños y Schneider prometió evitarlo. A pesar de ello nos veíamos y hablábamos desde lejos por señas. Ellos me enviaban cartitas.

Cuando más adelante cambiaron las cosas, todo resultó admirable, porque la persecución había contribuido a estrechar mi amistad con los pequeños. Durante el último año casi me reconcilié con Thibaut y con el Pastor; pero entre Schneider y yo se provocaban frecuentes discusiones. El me reprochaba lo que definía de sistema «pernicioso para los niños». ¡Cómo si yo tuviese un sistema!

Finalmente, la misma víspera de mi marcha el doctor me confió una extraña opinión que había formado sobre mí.

«He adquirido la absoluta convicción —me dijo— de que usted mismo es un verdadero niño. Quiero decir un niño en todo el sentido de la palabra. Tiene usted el rostro y la estatura de un adulto; pero nada más. Respecto al desarrollo moral, al alma, al carácter, acaso a la inteligencia, usted no es un hombre maduro, y así quedará aunque viva sesenta años».

Aquello me hizo reír mucho. Indudablemente se engaña. ¿Acaso tengo el aspecto de un niño? Sin embargo, una cosa hay verdadera y es que no me agrada tratar con los hombres, con los adultos, con las personas mayores, y —he hecho tal observación mucho tiempo atrás— no me agrada porque no soy como ellos.

Díganme lo que me digan, testimónienme la bondad que me testimonien, me es penoso tratarlos y en cambio me siento a mis anchas cuando puedo reunirme con mis camaradas. Y éstos han sido siempre los niños, no porque yo mismo sea un niño, sino porque me siento atraído por la infancia.

Al principio de mi residencia en Suiza, cuando errando solo y triste por las montañas, los veía salir de pronto de la escuela, a mediodía sobre todo, llenos de entusiasmo, cargados con sus carteras y sus pizarras, jugando, gritando y riendo, mi alma se sentía inmediatamente atraída hacia ellos. No puedo explicar esto, pero el caso era que sentía una impresión de extraordinaria felicidad cada vez que los encontraba. Deteníame y reía, dichoso, considerando aquellos piececitos, que corrían tan de prisa, aquellos niños y niñas que salían en tropel, sus risas y sus lágrimas (por que muchos de ellos, camino de casa desde la escuela, tenían tiempo para pelearse, llorar, reconciliarse y empezar a jugar de nuevo). Aquel espectáculo hacíame olvidar mi melancolía. Después, en los tres años siguientes, nunca he podido comprender cómo y por qué pueden entristecerse los hombres.

Toda mi vida se concentraba en los niños. No contaba con abandonar la aldea jamás, ni se me ocurría que alguna vez hubiera de volver a Rusia. Imaginaba que permanecería siempre allí, hasta que al fin me di cuenta de que Schneider no podría tenerme perpetuamente en las mismas condiciones. Además sobrevino una circunstancia tan importante, que el mismo doctor me exhortó a partir. Tengo que examinar el asunto que me trae a Rusia y aconsejarme con alguien. Acaso mi suerte cambie en absoluto; pero eso es lo de menos.

Lo principal es que se ha producido ya un gran cambio en mi vida. He dejado en Suiza muchas cosas, quizá demasiadas. Todo ha desaparecido. En el tren he venido pensando: «He aquí que vuelvo a vivir entre las gentes normales. Acaso yo no sepa nada de nada, mas el caso es que una nueva vida ha comenzado para mí». Y he decidido ser honrado y firme en el cumplimiento de las tareas que emprenda. Quizá el trato humano me reserve muchas complicaciones y contrariedades. Pero he tomado la resolución de ser cortés y atento con todos y no puede pedírseme más. Tal vez aquí, como en Suiza, me consideren un niño… Me es igual.

Todos me toman también por un idiota. Antaño he estado, en efecto, tan enfermo, que parecía realmente un idiota. Pero, ¿puedo ser un idiota ahora que me doy cuenta de que los demás me juzgan así? Pienso en ello y me digo: «Veo que los demás me toman por un idiota, mas, sin embargo, estoy cuerdo, y la gente no lo comprende…» Este pensamiento se me ocurre a menudo.

Al recibir en Berlín algunas cartas que me enviaban los niños comprendí cuánto los quería en realidad. La primera carta que se lee en casos así produce una impresión dolorosa. ¡Qué tristes estaban los niños viéndome marchar! Se hallaban preparados para mi partida desde un mes antes, y constantemente decían: Léon s'en va, Léon s'en va pour toujours! Seguíamos reuniéndonos todas las tardes junto a la cascada y no hablábamos más que de nuestra próxima separación. A veces ellos recuperaban su antigua alegría, pero al

llegar el momento de volverse a sus casas me abrazaban apretadamente, lo que no hacían antes.

Cuando fui a tomar el tren todos me acompañaron hasta la estación, que está situada como a una versta de la aldea. Procuraban dominar su emoción y su llanto, pero por mucho que se esforzasen en no llorar, todos, en especial las niñas, tenían lágrimas en la voz. Íbamos con prisa, pero, sin embargo, a veces el grupo tenía que detenerse, para esperar a alguno que se empeñaba en echarme los brazos al cuello y besarme. Subí al coche y el tren se puso en marcha. Al fin todos lanzaron un «¡Hurra!» y permanecieron en el andén hasta que el convoy se perdió de vista. Yo les miraba también.

Cuando he entrado antes aquí, visto los lindos rostros de ustedes y oído sus palabras, me he sentido aliviado por primera vez desde que abandoné Suiza. He llegado a pensar en ese momento que acaso sea yo un hombre verdaderamente afortunado. Sé que no es frecuente encontrar personas con quienes se simpatice a primera vista, y he aquí que yo las encuentro a ustedes nada más que al salir, como quien dice, de la estación.

No ignoro que en general todos nos avergonzamos de hablar a los demás de nuestros sentimientos, pero yo no me avergüenzo revelándoles los míos. Soy muy poco sociable y bien puede ser que tarde mucho tiempo en volver por esta casa. Pero no lo consideren como un desprecio. No lo haré, ni lo anuncio, porque desprecie la amistad de ustedes; no me consideren tampoco ofendido por nada.

Me han preguntado antes lo que juzgaba de la expresión de sus rostros y ahora se lo voy a decir.

Usted, Adelaida Ivanovna, tiene un semblante feliz y el más simpático de los tres. Además de que es usted muy bella, se piensa en cuanto se la mira: «Esta mujer tiene aspecto de ser una buena hermana». Trata usted a la gente de modo natural y atractivo y sabe leer con prontitud en los corazones. Tal es lo que deduzco de la expresión de su rostro.

En cuanto a usted, Alejandra, Ivanovna, su semblante es encantador pero acaso se esconda bajo él un secreto pesar. Seguramente su alma es muy bondadosa; mas usted no se siente alegre. Su fisonomía me recuerda la de la Madonna de Holbein que se admira en Dresde. Tal es la opinión que he formado mirando su rostro. A usted corresponde decir si estoy en lo justo.

En lo que a usted respecta, Lisaveta Prokofievna —añadió el príncipe, volviéndose bruscamente a la generala—, su semblante me induce a creer, o más bien me prueba que, a pesar de su edad, es usted una verdadera niña, con todas las cualidades y los defectos que implica la palabra. ¿No se molesta porque se lo diga? Usted sabe cómo considero a los niños… Y no crean que es

por ingenuidad por lo que me explicado tan francamente respecto a la expresión de sus rostros. No, nada de eso. Acaso tenga un motivo para expresarme así.

VII

Cuando Michkin dejó de hablar todas las que le oían le miraron jovialmente, incluso Aglaya; pero la que más satisfecha se mostró fue Lisaveta Prokofievna.

—¡Ea, ya le hemos examinado! —exclamó—. Vosotras, hijas, os proponíais protegerle en calidad de pariente pobre, y he aquí que él apenas se digna aceptar vuestra protección, y aun esto con la advertencia previa de que os visitará poco a menudo. De modo que hemos quedado burladas, e Ivan Fedorovich más que nosotras aún. ¡Me alegro mucho! ¡Bravo, príncipe! Se nos había encargado hacerle un examen… Lo que ha dicho usted de mi cara es la pura verdad: yo soy una niña y lo sé. Lo sabía antes de que usted lo dijera y usted ha definido mi pensamiento en una palabra. Creo que su carácter es absolutamente semejante al mío y que nos parecemos como una gota de agua a otra, lo que me satisface mucho. La única diferencia consiste en que usted es hombre y yo mujer; que usted ha estado en Suiza y yo no.

—No te precipites, maman —dijo Aglaya—. El príncipe ha declarado que tenía sus motivos para hablar con esa franqueza y que no lo hacía por ingenuidad.

—¡Sí, sí! —apoyaron, riendo, las otras dos jóvenes.

—No riais, hijas. Puede que el príncipe sea más astuto que las tres juntas. ¡Ya veréis como sí! Pero no ha dicho usted nada de Aglaya. Ella espera sus palabras y yo también.

—No puedo decir nada por ahora. Ya hablaré más adelante.

—¿Por qué? No creo tan difícil estudiarla.

—No, no lo es. Mas Aglaya Ivanovna resulta una beldad tan extraordinaria que se siente temor de mirarla aunque sólo se trate de intentar conocerla.

—Bien; pero ¿y su carácter? —insistió la generala.

—Juzgar la belleza es difícil. Aún no me siento con fuerzas para hacerlo. La belleza es un enigma.

—Eso es proponer el enigma a Aglaya —dijo Adelaida—. Anda, Aglaya, descífralo. ¿Así que le parece guapa, príncipe?

—¡Extraordinariamente guapa! —repuso él, considerando con fascinados ojos a la interesada—. Casi tanto como Nastasia Filipovna, aunque con un semblante muy diferente.

La generala y sus hijas se miraron profundamente asombradas.

—¿Quieeeén? —preguntó la generala ¿Nastasia Filipovna? ¿De qué conoce usted a Nastasia Filipovna? ¿A qué Nastasia Filipovna se refiere?

—A una cuyo retrato ha mostrado hace poco Gabriel Ardalionovich, y éste ha mostrado al general.

—¿Dónde está el retrato? —dijo vivamente la generala—. ¡Quiero verlo! Si ella se lo ha dado, Gabriel Ardalionovich debe tenerlo aún. Y Gabriel Ardalionovich está sin duda en el despacho de mi marido. Viene a trabajar todos los miércoles y nunca se marcha antes de las cuatro. ¡Qué venga en seguida! Pero no: no siento tanto interés por verle. Haga el favor, querido príncipe, de ir a pedirle ese retrato y traérnoslo. Dígale que queremos verle. Háganos este servicio.

—Es simpático, pero demasiado ingenuo —comentó Adelaida cuando Michkin salió.

—Tan ingenuo —confirmó Alejandra— que casi toca en ridículo, hablando francamente.

Las dos jóvenes parecían ocultar parte de su pensamiento.

—Hablando de nuestras caras —dijo Aglaya— ha sabido salir muy bien del apuro. Nos ha adulado a todas, incluso a mamá.

—¡Déjate de indirectas, te lo ruego! —replicó la generala. No es que me haya adulado; es que yo he encontrado lisonjeras sus palabras.

—¿Crees que ha obrado con malicia? —preguntó Adelaida.

—Creo que dista de ser tan tonto como parece.

—Bueno, basta —dijo con vehemencia la generala—. A mí vosotras me parecéis más absurdas que él. El príncipe es ingenuo, sí, pero sabe lo que se dice y es un socarrón, en el sentido más noble de la palabra. Es exactamente lo mismo que yo.

Michkin, entre tanto, camino del despacho, reflexionaba, sintiendo algún remordimiento de conciencia.

«He cometido una indiscreción hablando del retrato. Pero acaso haya convenido…»

Gabriel Ardalionovich, aún en el despacho del general, estaba abstraído ante sus papelotes. Era evidente que la compañía no le pagaba su sueldo por

holgar. Cuando el príncipe le pidió el retrato y le explicó que las señoras deseaban verlo, se sintió tremendamente desconcertado.

—¿Eh? ¿Y qué necesidad tenía de haber hablado de tal cosa? ¡De una cosa de la que usted no está enterado para nada! —exclamó, presa de violento enojo. Y añadió para sí—: ¡Idiota!

—Perdone, lo he mencionado sin darme cuenta en el curso de la conversación. Sin querer, declaré que Aglaya era casi tan bella como Nastasia Filipovna.

Gania le pidió que le relatase con exactitud todo lo ocurrido. Michkin lo hizo y el secretario le miró sarcásticamente.

—Veo que tiene usted a Nastasia Filipovna dentro del cerebro —murmuró.

Y se tomó pensativo. Notándole absorto, Michkin le recordó el retrato.

—Escuche, príncipe —dijo Gania de pronto, como si le acudiese de súbito una idea a la mente—: tengo que pedirle un inmenso favor. Pero en verdad no sé si…

Interrumpióse, turbado. En su interior parecía librarse una violenta lucha. Michkin esperaba en silencio. Gania volvió a mirarle con ojos penetrantes e inquisitivos.

—Príncipe —continuó—, las señoras en este momento deben de estar disgustadas conmigo a causa de una circunstancia extraña y absurda de la que no tengo culpa ciertamente… Es inútil entrar en detalles… El caso, repito, es que las señoras están, a lo que parece, algo molestas conmigo de algún tiempo a esta parte y por eso evito en lo posible pasar a sus habitaciones. Y yo tengo ahora gran necesidad de hablar con Aglaya Ivanovna. Le he escrito unas líneas —y mostraba un papelito cuidadosamente plegado que tenía entre los dedos— y no sé cómo hacérselas llegar. ¿Quisiera, príncipe, encargarse de llevárselas a Aglaya Ivanovna? Mas habría que entregárselas en propia mano y a escondidas de todos. ¿Comprende? No es un secreto grave ni cosa parecida, pero… ¿Puede hacerme este favor?

—Confieso que el encargo no me agrada —contestó Michkin.

—¡Oh, príncipe! —suplicó Gania—. ¡Si supiera cuánto interés encierra esto para mí! Ella acaso contestará y… Créame que se trata de algo urgente, muy urgente, para que me atreva a pedirle… ¿Por quién enviaría yo esto? ¡Y es tan importante, tan importante!

Gania, temerosísimo de que el príncipe persistiera en su negativa, le miraba con expresión de acendrado ruego.

—Bien; lo entregaré.

—¿Pero sin que nadie lo note? —insistió Gania, jubiloso—. ¿Cuento con su palabra de honor príncipe?

—No lo enseñaré a nadie —dijo Michkin—. El pliego no está cerrado, pero…

Y el secretario se interrumpió, turbado por la inconveniencia que acababa de deslizar sin querer.

—No lo leeré, no tema —aseguró el príncipe, sin parecer molesto en lo más mínimo.

Y tomando el retrato salió de la estancia.

Al quedar solo Gania se llevó las manos a la cabeza.

—¡Una palabra de ella —exclamó— y… y acaso rompa con todo!

Y, en la impaciencia de aguardar contestación a su nota, Comenzó a pasear de un lado a otro del despacho, incapaz de reanudar su tarea.

Entre tanto, Michkin, preocupado, pensaba en el encargo que recibiera. La misión aceptada le impresionaba desagradablemente y el que Gania escribiera a Aglaya no le desagradaba menos. Antes de llegar a las dos habitaciones que precedían al salón, se detuvo de pronto como si acabase de surgir alguna idea en su mente y luego, lanzando una mirada en torno, se acercó a la ventana y comenzó a examinar el retrato de Nastasia Filipovna.

Dijérase que quisiera descifrar el no se sabía qué de misterioso que antes le afectara tanto al mirar la faz de aquella mujer. Su impresión entonces había sido muy viva y ahora quería someterla a nueva prueba. Contemplando otra vez aquel rostro, que tenía de notable, no sólo su belleza, sino algo más, imposible de definir, el príncipe tornó a recibir una sensación muy fuerte, más fuerte todavía que la primera. El orgullo y el desprecio, por no decir el odio, se acusaban en aquel semblante femenino con intensidad extraordinaria: pero a la vez se desprendía de él una sorprendente expresión de ingenuidad y confianza, contraste que producía un sentimiento casi compasivo. La deslumbrante hermosura de Nastasia Filipovna tenía un carácter extraño: el rostro era pálido, las mejillas poco menos que hundidas, los ojos ardorosos. ¡Extraña belleza aquélla! El príncipe examinó fijamente el retrato por un momento y luego, después de asegurarse de que nadie le observaba, aproximó a sus labios el rostro de la joven y lo besó con precipitación. Cuando un minuto después entró en el saloncito, su rostro estaba tranquilo en absoluto.

Pero al ir a entrar en el comedor, que estaba separado del salón por otra estancia, casi tropezó con Aglaya, que salía, sola.

—Gabriel Ardalionovich me ha rogado que le entregue esta nota —dijo Michkin, presentándosela.

Aglaya se detuvo, tomó el papel y miró de un modo extraño al príncipe. En la fisonomía de la joven no se delataba la menor confusión. Su extrañeza parecía limitada al curioso papel que Michkin desempeñaba en aquel encargo. La mirada altiva y serena de Aglaya parecía preguntar al príncipe por qué motivo se encontraba mezclado en aquel asunto con Gabriel Ardalionovich. Durante un par de segundos ambos permanecieron mirándose, en pie uno frente al otro.

Al fin, una expresión un tanto burlona se pintó en el rostro de Aglaya. Sonriendo levemente, la joven se retiró.

La generala miró en silencio por unos instantes el retrato de Nastasia Filipovna, afectando mantenerlo a mucha distancia de los ojos y con aire levemente desdeñoso.

—Sí, es bella e incluso muy bella —declaró al fin—. La he visto dos veces, pero de lejos. ¿Así que le gusta esa clase de belleza? —preguntó bruscamente a Michkin.

—Sí, me gusta —repuso él, no sin cierto esfuerzo.

—Pero ¿esta clase de belleza precisamente?

—Ésta precisamente.

—¿Por qué?

—Porque en ese rostro… hay una expresión de intenso sufrimiento —articuló casi involuntariamente el príncipe, más bien hablando consigo mismo que a su interlocutora.

—Creo que no sabe usted lo que dice —declaró la generala.

Y con altanero ademán arrojó el retrato sobre la mesa.

—¡Oh, cuánta energía! —exclamó Adelaida, que, por encima del hombro de su hermana, contemplaba el retrato con vivo interés.

—¿A qué energía te refieres? —preguntó ásperamente su madre.

—A la de esta belleza —dijo Adelaida, con calor—. Una belleza así es una verdadera fuerza que puede revolucionar el mundo.

Y tornó, pensativa, a su caballete. Aglaya, después de dirigir una rápida mirada al retrato, guiñó los ojos, adelantó el labio inferior y, sentándose en un diván aparte de los demás, como ausente, cruzó las manos sobre la falda.

La generala tocó la campanilla.

—Diga a Gabriel Ardalionovich que venga. Está en el despacho —ordenó al sirviente.

—¡Maman…! —exclamó Alejandra, con tono significativo.

La generala, cuyo mal humor era notorio, no hizo caso alguno de la insinuación de su hija.

—¡Basta! —contestó, perentoria—. Quiero decirle dos palabras. ¿Sabe, príncipe? En esta casa no hay más que secretos. ¡Siempre secretos! Toda la vida lo mismo: dijérase que el secreto es aquí una especie de protocolo. ¡Qué necedad! ¡Y esto en un asunto que exige más que ninguno claridad, honradez y franqueza! Se trata de arreglar unos casamientos… que no me satisfacen en lo más mínimo…

Alejandra volvió a intentar hacer que callase.

—¿Por qué dices eso, maman?

—Vamos, querida… ¿Acaso te agradan a ti? ¿Importa algo que el príncipe nos oiga? ¿No somos amigos? Yo, al menos, soy su amiga. Dios ama a los hombres, sí, pero a los buenos, no a los malvados ni tornadizos. Menos que a ninguno a los tornadizos, que hoy deciden una cosa y mañana otra. ¿Comprendes, Alejandra Ivanovna? Mis hijas, príncipe, aseguran que soy una original; pero yo contesto que hay que saber apreciar y distinguir a las gentes. Lo que importa en una persona es su corazón y lo demás no significa nada. También la sensatez es precisa, claro… Y hasta puede que sea lo más esencial… No sonrías, Aglaya: mis palabras no se contradicen. Una tonta con corazón y sin sentido común es tan desgraciada como la que tiene sentido común y no corazón. Esta verdad es muy antigua. Yo soy una tonta con corazón y sin inteligencia; tú una tonta con inteligencia y sin corazón. Así, las dos somos igualmente desgraciadas y tanto sufrimos una como otra.

—¿Y qué es lo que te hace tan desgraciada, maman? —preguntó Adelaida.

Parecía ser la única entre todos que conservaba el buen humor.

—En primer término me hacen desgraciada mis sabias hijas —respondió la generala—. Y como con eso basta, sobra extenderse sobre lo demás. Ya se ha hablado bastante. Veremos cómo vosotras (no hablo ya de Aglaya) salís del asunto con toda vuestra facundia y vuestra inteligencia. Ya veremos si tú, admirable Alejandra Ivanovna, serás feliz con tu noble adorador… ¡Ah! —añadió, viendo entrar a Gania—. ¡Otro que se dispone al matrimonio! Buenos días —dijo en respuesta a la inclinación del joven y sin invitarle a sentarse—. ¿Así que se prepara usted a la boda?

—¿A la boda? ¿Qué boda? —balbució Gania, atónito, perdiendo toda su presencia de ánimo.

—Quiero decir si va usted a casarse, si es que prefiere esa expresión.

—No… no… Yo…, no —tartamudeó Gabriel Ardalionovich, rojo de

vergüenza.

Lanzó una mirada a Aglaya, sentada aparte, y luego se apresuró a separar la vista. Aglaya le contemplaba fríamente, observando la confusión de Gania.

—¿No? ¿Ha dicho usted que no? —prosiguió la implacable generala—. Conste que recordaré que hoy por la mañana, usted, contestando a mi pregunta, me ha dicho: «No». ¿Qué día es hoy? ¿Miércoles?

—Creo que sí, maman —contestó Adelaida.

—¡Nunca se acuerdan de los días! ¿Y qué fecha del mes?

—Veintisiete —repuso Gania.

—¿Veintisiete? Bueno es saberlo. Adiós. Creo que tiene usted muchas ocupaciones y además es hora de que yo me vista para salir. Tome su retrato. ¡Y salude de mi parte a la desgraciada Nina Alejandrovna! ¡Hasta la vista, querido príncipe! Ven siempre que puedas. Yo iré adrede a ver a la vieja Bielokonsky para hablarle de ti. Y oye esto querido: creo que Dios te ha hecho venir desde Suiza a San Petersburgo para mi bien. Quizá te traigan también otros asuntos, pero Dios te envía sobre todo por mí. Sin duda eso entraba precisamente en sus designios. Hasta la vista, queridas. Acompáñame, Alejandra.

La generala salió. Gania, abrumado, irritado, confuso, cogió el retrato de sobre la mesa y se dirigió a Michkin tratando de sonreír.

—Me voy a casa, príncipe. Si no ha cambiado usted de intenciones y se propone instalarse con nosotros, yo le llevaré, puesto que no conoce usted nuestra dirección.

—Espere, príncipe —dijo Aglaya, levantándose de pronto—. Quiero que escriba alguna cosa en mi álbum. Papá dice que es usted un gran calígrafo… Voy a buscarlo…

Y desapareció.

—Hasta la vista, príncipe; yo me voy también —se despidió Adelaida.

Estrechó cordialmente la mano de Michkin, le sonrió con afabilidad y se fue sin mirar siquiera a Gania. Éste, que no esperaba más que la salida de las mujeres para dar libre curso a su irritación, se lanzó hacia el príncipe y, con los ojos centelleantes y el rostro inflamado por la ira, le interpeló con violencia, si bien en voz baja:

—¡Ha sido usted, usted quien les ha hablado de mi matrimonio! —profirió, rechinando los dientes—. ¡Es usted un descarado charlatán!

—Le aseguro que se engaña —repuso Michkin con tranquila cortesía—. Ni

siquiera sabía que iba usted a casarse.

—¡Ha oído usted antes decir a Ivan Fedorovich que todo se resolvería esta noche y lo ha repetido aquí! ¡Así que miente usted! ¿Cómo iban a saberlo ellas si no? ¡El diablo me lleve si hay otro que pudiera habérselo contado! ¿Acaso no me ha dirigido la vieja alusiones suficientemente claras?

—Si cree usted hallar alusiones en las palabras de la generala, mejor podrá saber a través de quién tiene informes. Yo no le he dicho una sola palabra.

—¿Ha entregado usted mi nota? ¿Y la contestación? —preguntó Gania, ardiendo de impaciencia.

En aquel momento entró Aglaya y Michkin no tuvo tiempo de responder.

—Tenga, príncipe —dijo la joven, poniendo el álbum sobre una mesita—; escoja la página que desee y escriba algo en ella. Tome una pluma. ¡Y nueva además! ¿No le importa que sea de acero? He oído decir que a los calígrafos no les gusta usarlas…

Aglaya hablaba con el príncipe sin parecer notar la presencia de Gania. Mientras Michkin se preparaba a escribir, el secretario se acercó a la joven, que permanecía en pie junto a la chimenea, a la izquierda del príncipe, y con temblorosa y entrecortada voz la dijo casi al oído:

—Una palabra, una sola palabra, y me salvo…

Michkin se volvió rápidamente y miró a los dos. En el rostro de Gania se pintó una verdadera desesperación. Era notorio que había hablado de aquel modo sin reflexionar, casi sin saber lo que decía. Aglaya le miró durante unos segundos con el secreto asombro que el príncipe notara poco antes en ella cuando la había encontrado en el comedor. Era indudable que en aquel momento el más violento desprecio hubiese herido menos a Gania que el aire fríamente sorprendido de aquella mujer que parecía no comprender su ruego.

—¿Qué quiere que escriba? —preguntó Michkin a Aglaya.

—Voy a dictarle —repuso la joven, volviéndose a él—. Ponga esto: «No acepto esa clase de tratos». Y debajo la fecha. ¿A ver?

El príncipe le ofreció el álbum.

—¡Perfecto! ¡Admirablemente escrito! ¡Tiene usted una letra soberbia! Muchas gracias, príncipe, y hasta la vista… Espere —añadió, como recordando algo—. Venga: quiero darle un recuerdo.

Michkin la siguió. Aglaya se detuvo en el comedor.

—Lea esto —dijo, tendiéndole la nota de Gania. El príncipe, cogiendo el papel, miró a la joven con indecisión.

—Estoy segura de que no lo ha leído y que usted no puede ser el confidente de ese hombre. Léalo, quiero que lo lea…

La nota, apresuradamente escrita, rezaba así:

Hoy se decide mi suerte, usted sabe cómo. Hoy tengo que dar una palabra irrevocable. No poseo derecho alguno a su interés, no me atrevo a albergar esperanza alguna; pero en cierta ocasión usted pronunció una palabra, una sola palabra, que desde entonces ha iluminado la noche de mi existencia, y sido un faro para mí. Dígame ahora una palabra semejante y me salvará usted de la ruina. Diga sólo: «Rómpalo todo» y lo romperé todo hoy mismo. ¿Qué trabajo le cuesta decirlo? Al solicitar esas palabras sólo imploro de usted una muestra de interés y compasión y nada más, nada… No oso concebir esperanza alguna, porque reconozco que soy indigno de ello. Pero si usted pronuncia esa frase yo aceptaré la pobreza de nuevo y soportaré con alegría mi situación —¡tan sin esperanza!— en el mundo, afrontando la lucha que me aguarda con satisfacción y renovado esfuerzo.

Envíeme esa frase de piedad (sólo de piedad; se lo juro). No se enoje contra un desesperado, contra un hombre que se ahoga y hace el postrer intento para salvarse de la perdición.

G. A. I.

Cuando el príncipe concluyó la lectura, Aglaya dijo secamente:

—Ese hombre me asegura que la expresión «rómpalo todo» no me comprometería, no me obligaría a nada, y él mismo da con esa nota la garantía escrita de lo que ofrece. Repare en su cándido e intenso deseo de subrayar ciertas palabras y con qué brutal claridad evidencia sus pensamientos ocultos. Él sabe, aparte esto, que si lo rompiese en efecto todo, pero por sí mismo, sin esperar una palabra mía, sin incluso hablarme de ello, en fin, sin fundar en mí ninguna esperanza; él sabe, repito, que en ese caso mis sentimientos respecto a él cambiarían y hasta tal vez consintiese en ser amiga suya. Él lo sabe positivamente. Pero su alma es vil. Y por eso, aun no ignorando lo que digo, no se decide a obrar, exige garantías previas, no se resuelve a actuar con fe. A cambio de renunciar a cien mil rublos, quiere que yo le autorice a esperar mi mano. En cuanto a la palabra de antaño a que se refiere, y que según dice ha iluminado su vida, al mencionarla comete una desvergonzada mentira. En cierta ocasión me limité a testimoniarle piedad. Pero como es un insolente desvergonzado ha fundado sobre mi piedad sus esperanzas. Lo comprendí en seguida. Desde entonces no ha cesado de tenderme lazos, como ahora. Tome su nota y devuélvasela cuando salga con él. No aquí, por supuesto.

—¿Y qué le contesto de parte suya?

—Nada. Es la mejor contestación. ¿Va usted a vivir en su casa?

—Ivan Fedorovich me ha comprometido a hacerlo —dijo el príncipe.

—Pues guárdese de ese hombre. No le perdonará el devolverle su nota.

Aglaya estrechó ligeramente la mano del príncipe y se fue. Su rostro aparecía grave y ceñudo. Ni siquiera sonrió al inclinarse ante Michkin.

—Soy con usted. Permítame antes recoger mi paquete —dijo el príncipe a Gania.

Éste golpeó el suelo con el pie. Estaba impaciente, congestionado de ira.

Al fin los dos jóvenes salieron de la casa. Michkin llevaba en la mano su modesto equipaje.

—¡La respuesta, la respuesta! —exclamó violentamente Gania—. ¿Qué le ha dicho Aglaya? ¿Le entregó usted mi nota?

El príncipe, en silencio, le devolvió el papel. Gania quedó estupefacto.

—¡Cómo! ¡Si es mi nota! —exclamó—. ¡No la ha entregado! ¡Ya debí yo haberlo supuesto! ¡Oooh, maldición! ¡Claro: no es extraño que ella no me comprendiera hace un momento! Pero, ¿cómo ha podido usted, cómo ha podido usted no entregarla? ¡Oooh, maldi…!

—Perdóneme. No es lo que usted piensa. Tuve ocasión de entregar la nota un momento después de dármela usted y la di tal como me lo había rogado. Si ahora se encontraba en mis manos se debía a que Aglaya Ivanovna acababa de dámela para que se la devolviera.

—¿Cuándo se la dio? ¿Cuándo?

—Al terminar de escribir en su álbum me pidió que la acompañase. ¿No lo oyó usted? Pasamos al comedor, me ofreció el escrito, me lo hizo leer y me ordenó devolvérselo a usted.

—¿Qué se lo ha hecho leer? —gritó Gania—. ¡Qué se lo ha hecho leer! ¿Y lo ha leído?

En su estupefacción permanecía como clavado en el suelo, abierta la boca en medio de la acera.

—Sí, lo he leído hace un momento.

—¿Y ella misma se lo ha dado a leer? ¿Ella misma? —Ella misma. Tenga la seguridad de que no siendo así no me habría permitido semejante cosa.

Gania calló por un minuto, haciendo penosos esfuerzos para ordenar sus ideas; pero al fin exclamó de pronto:

—¡Es imposible! ¡Ella no puede habérselo hecho leer! ¡Miente usted! ¡Lo ha leído por propia iniciativa!

—Digo la verdad —repuso el príncipe, sin perder la calma—. Y crea que lamento el disgusto que esto le produce.

—Pero, desgraciado, ¡al menos le habrá dicho alguna cosa más! ¿No le ha dado otra contestación?

—Sí.

—¡Pues dígala, demonio! ¡Hable!

Y Gania golpeó el suelo con el pie dos veces seguidas.

—Cuando hube leído su nota, Aglaya Ivanovna me dijo que usted le tendía un lazo, que su intención era comprometerla, y que antes de renunciar a cien mil rublos usted quería que ella le compensase de ese sacrificio permitiéndole esperar su mano. Añadió que si usted lo hubiera hecho sin querer entrar en tratos sobre su sacrificio, si lo hubiese roto todo sin pedir garantías previas, ella quizá habría accedido a ser amiga suya. Creo que esto es todo. ¡Ah, no: una cosa más! Cuando le pregunté, después de coger la nota, si debía dar a usted alguna respuesta, me dijo que el silencio sería la mejor contestación. Creo que se ha expresado así. Dispense si no recuerdo las palabras con exactitud; pero desde luego le reproduzco el sentido, tal como he creído entenderlo.

Una cólera infinita se adueñó de Gania haciéndole perder todo dominio de sí mismo.

—¡Con que eso es! —vociferó, rechinando los dientes—. ¡Conque así se tiran mis cartas por la ventana! ¡Con que se niega a esos tratos! ¡Conque le proponía cotizar mi sacrificio! ¡Pero ya lo veremos! Todavía quedan teclas que tocar. ¡Ya veremos! ¡Yo seré quien diga al fin la última palabra!

Su rostro estaba pálido y convulso, sus labios blanqueaban de espuma, su puño se agitaba, amenazador en el aire. Los dos jóvenes caminaron así, uno al lado del otro, durante varios minutos. Sin inquietarse ni un ápice por la presencia del príncipe, con el que no contaba para nada, Gania daba curso a su exasperación tan libremente como si hubiese estado a solas en su habitación. Pero de improviso una idea acudió a su mente.

—¿Cómo puede ser —preguntó a Michkin con brusquedad— que Aglaya le testimoniara de pronto semejante confianza…? ¡A usted, a quien sólo conoce hace dos horas! —Y añadió aparte—: Y que es un idiota, además… —Luego insistió—: ¿Cómo es posible?

Para que su desgracia fuese completa, sólo le faltaba a Gania estar celoso, y he aquí que ahora los celos le punzaban el corazón.

—No puedo decírselo —respondió el príncipe—. No lo sé.

Gania le miró con rencor.

—¿Así que le ha conducido al comedor para otorgarle su confianza? Al rogarle que la siguiera, ¿no le dijo que quería darle algo?

—Eso fue lo que me pareció entender.

—Pero, ¡el diablo me lleve!, ¿por qué? ¿Qué hizo usted allí? ¿Cómo puede haberle agradado y tan pronto? Escuche —prosiguió Gania, que no lograba coordinar sus pensamientos a causa de la terrible confusión de su mente—: ¿No puede usted recordar de lo que han hablado durante su visita? ¿Ha notado algo de particular? ¿No recuerda nada?

—Me acuerdo muy bien de todo —dijo Michkin—. Al principio de entrar y de ser presentado a las señoras empezamos a hablar de Suiza.

—Siga… ¡Al diablo con Suiza!

—Después, de la pena de muerte…

—¿De la pena de muerte?

—Sí: de una cosa a otra la conversación recayó sobre ese tema. Luego les hablé de mi vida en Suiza durante tres años y les relaté la historia de una pobre aldeana…

—Siga, siga. ¡Al diablo con la pobre aldeana! ¿Qué más? —exclamó Gania, impaciente.

—A continuación les expliqué la opinión del doctor Schneider sobre mi carácter y cómo me instó vivamente a…

—¡Qué ahorquen a Schneider y sus opiniones sobre usted! ¿Qué más?

—Más tarde el curso de la conversación nos llevó a hablar de la expresión de los semblantes, e hice observar que Aglaya Ivanovna era casi tan bella como Nastasia Filipovna… Entonces fue cuando tuve esa malhadada ocurrencia sobre el retrato…

—Pero, ¿no contaría usted lo que nos oyó hablar antes en el despacho? ¿No, no?

—Le repito que no.

—Pero, entonces, ¿cómo demonio…? ¿Enseñó Aglaya la nota a la vieja?

—Puedo asegurarle formalmente que no. He estado allí todo el tiempo, y si ella hubiera mostrado la carta a su madre, yo habría reparado en ello.

—Quizá no… ¡Oh, maldito idiota! —exclamó Gania, fuera de sí—. ¡Ni siquiera sabe contar las cosas bien!

Envalentonado por la paciencia de su interlocutor, como les suele suceder a ciertas personas, Gania se entregaba cada vez más a la violencia de su carácter. Tan furioso estaba que, de soportar Michkin nuevas ofensas, quizá su compañero hubiese concluido golpeándole. El furor le cegaba. De no ser así habría notado ya hacía tiempo que aquel a quien llamaba «un idiota» sabía a veces comprender las cosas con tanta prontitud como sagacidad y relacionarlas entre sí de modo satisfactorio. Por eso lo que sucedió entonces fue inesperado para Gania.

—Debo hacerle observar, Gabriel Ardalionovich —dijo de pronto el príncipe—, que si antaño, en efecto, mi enfermedad me condujo a una especie de idiotismo, hace tiempo que estoy curado y en consecuencia hoy me es algo desagradable oírme tratar abiertamente de idiota. Sin duda eso es perdonable en consideración al disgusto que en este momento padece usted; pero el caso es que, en su exaltación, me ha injuriado usted dos veces. Ello me molesta, especialmente cuando apenas nos conocemos, como es nuestro caso. De manera que, como ahora llegamos a una bocacalle, lo mejor es que nos separemos. Usted puede torcer a la derecha para seguir su camino y yo tomaré por la izquierda. Tengo veinticinco rublos y no me será difícil encontrar habitación en una casa de huéspedes.

Gania había creído hasta entonces entendérselas con un imbécil. Por ello su confusión fue mucho mayor. Reconociendo su error se ruborizó de vergüenza y su tono insolente dejó el puesto a una excesiva amabilidad.

—Perdóneme, príncipe —dijo con voz suplicante—. ¡Perdóneme, por amor de Dios! ¡Ya ve usted lo desgraciado que soy! Usted no sabe apenas nada, pero de estar informado de todo comprendería mi situación y tendría, sin duda, alguna indulgencia para conmigo, aunque no la merezca…

—No son necesarias tantas excusas —se apresuró a interrumpir Michkin —. Comprendo que está usted muy contrariado y me explico por ello sus palabras hirientes. Ea, vamos a su casa. Le acompañaré con mucho gusto.

«Era imposible dejarle marcharse así —pensaba Gania mientras caminando, contemplaba a Michkin con enojados ojos—. ¡El muy socarrón me ha hecho soltarlo todo y luego se ha quitado la careta! Es una circunstancia que no debo olvidar. Ya veremos… Todo va a decidirse, todo… ¡Y hoy mismo!».

En aquel momento llegaban a su casa.

VIII

Una escalera amplia, clara y limpia conducía a la morada de Gania, situada en el tercer piso y que comprendía seis o siete piezas, entre pequeñas y grandes. El piso, sin tener nada de extraordinario, parecía superar las posibilidades de un funcionario cualquiera, aun admitiéndole un ingreso de dos mil rublos al año. Pero Gania y su familia sólo llevaban allí dos meses y lo habían alquilado con miras a tomar huéspedes a pensión.

Este acuerdo fue adoptado con gran disgusto de Gania, quien hubo, no obstante, de ceder a las instancias de su madre y hermana, deseosas de aumentar a toda costa los ingresos familiares y de ser útiles también. Gania consideraba denigrante aceptar huéspedes, porque creía que ello le avergonzaba ante la sociedad en que estaba hecho a brillar como un joven a quien se le abría un espléndido porvenir. Tales concesiones a lo inevitable y las demás ingratas condiciones de su existencia causábanle heridas morales cada vez más profundas. Durante cierto tiempo, después de acceder mostróse extremada y desmesuradamente irritable sobre cualquier nadería. De todos modos, sólo aceptó a título provisional y transitorio, ya que estaba resuelto a modificar la situación en un inmediato futuro. Pero este cambio total, este camino de escape que se hallaba resuelto a seguir, ofrecía una dificultad, una formidable dificultad cuya solución amenazaba ser más difícil y complicada que todas las precedentes.

Un pasillo que comenzaba en el recibidor dividía en dos zonas del departamento. A un lado estaban las tres habitaciones destinadas a huéspedes «especialmente recomendados». Además, en el mismo lado, había al final del corredor, junto a la cocina, una cuarta pieza, más pequeña que las restantes, en la que se alojaba el general Ivolguin, es decir, el cabeza de familia, quien dormía allí sobre un amplio diván y estaba obligado a entrar y salir por la cocina, usando para ir a la calle la escalera de servicio. El mismo cuarto servía de estancia a Kolia, hermano menor de Gania y colegial de trece años a la sazón, quien allí hacía sus trabajos escolares y allí dormía sobre un diván pequeño y estrecho, entre rasgadas sábanas. Además, el muchacho tenía la misión de esperar a su padre y de vigilarle, lo que se iba haciendo más necesario cada vez.

A Michkin le dieron el cuarto central de los tres de huéspedes. El primero de todos a la derecha de la puerta del príncipe, lo ocupaba Ferdychenko y el tercero estaba desalquilado aún. Al entrar, Gania introdujo a Michkin en la parte del piso que la familia se había reservado. Aquella zona se componía de tres aposentos: un comedor; un salón que sólo era salón por la mañana, transformándose, entrando el día, en despacho y dormitorio de Gania; y un tercer cuarto, muy pequeño y siempre cerrado, donde dormían las dos mujeres. En resumen, todos se hallaban muy apretados en el piso. Gania se limitaba a rechinar los dientes en silencio. Aunque era y deseaba ser respetuoso con su

madre, se notaba desde el primer momento que se consideraba el gran déspota de la familia.

Nina Alejandrovna no estaba sola en el salón, sino con su hija. Ambas mujeres hacían calcetas mientras hablaban con un visitante: Iván Petrovich Ptitzin.

Nina Alejandrovna representaba unos cincuenta años. Tenía la faz delgada y consumida, con profundas y obscuras ojeras. Aunque melancólica y de aspecto enfermizo, su fisonomía y mirada resultaban agradables. En cuanto se la oía hablar comprendíase que era mujer de genuina dignidad y que poseía firmeza e incluso resolución. Vestía muy modestamente, como una vieja, un traje de color oscuro de antigua hechura; pero su apariencia, su conversación, el conjunto de sus modales denotaban que había frecuentado la mejor sociedad.

Bárbara Ardalionovna, muchacha de veintitrés años, bastante delgada y de mediana estatura, poseía uno de esos semblantes que, sin ser hermosos, tienen, sin embargo, el don de atraer y aun de fascinar casi tanto como la propia belleza. Era muy parecida a su madre, incluso en el atavío, ya que no albergaba pretensiones de elegancia. Sus ojos pardos, aunque a veces muy alegres y muy afables, de ordinario aparecían serios y pensativos. Sobre todo desde poco tiempo a aquella parte la mirada de la joven delataba una intensa preocupación. En su rostro leíanse energía y firmeza como en el de su madre, pero la hija delataba un carácter aún más vigoroso y decidido. Bárbara Ardalionovna tenía el genio vivo y hasta su propio hermano la temía. También el visitante que se hallaba a la sazón en la sala, Iván Petrovich Ptitzin, la temía un poco. Ptitzin era un joven de treinta años escasos, vestido con elegante sencillez y de modales agradables, aunque un poco solemnes. Usaba barba castaña, lo cual indicaba que no servía en los departamentos ministeriales. Sabía hablar bien y con inteligencia, pero en general solía permanecer silencioso. En conjunto producía una impresión favorable. Era obvio que Bárbara Ardalionovna le atraía y no se esforzaba en disimularlo. Por su parte la joven le trataba como a un amigo, si bien prescindiendo de contestar a ciertas insinuaciones. No obstante, Ptitzin no se había desanimado. Nina Alejandrovna le acogía con mucha amabilidad y desde hacía tiempo le testimoniaba gran confianza. Todos sabían que Ptitzin había logrado amasar una fortuna prestando dinero a elevado interés sobre garantías más o menos sólidas. Era muy buen amigo de Gania.

Éste saludó secamente a su madre, sin decir palabra a su hermana, y tras presentar a Michkin y dar explícitos detalles sobre él, salió en seguida del salón con Ptitzin. Nina Alejandrovna recibió al príncipe con afabilidad y viendo que Kolia entreabría la puerta le ordenó que llevase a su estancia al nuevo huésped. Kolia era un mozo de rostro sonriente y bastante atractivo y de

modales francos e ingenuos.

—¿Dónde está su equipaje? —preguntó, introduciendo a Michkin en la habitación.

—Traigo un paquetito que he dejado en el pasillo.

—Voy a buscarlo. No tenemos más servidumbre que la cocinera y Matrena, de modo que yo me ocupo también en el servicio. Varia nos vigila a todos y está rezongando siempre. ¿Ha llegado usted de Suiza hoy? Lo he oído decir a Gania.

—Sí.

—¿Y es bonito ese país?

—Mucho.

—¿Montañoso?

—Sí.

—Bien. Ahora mismo le traigo sus paquetes. Bárbara Ardalionovna entró en aquel momento. —Matrena va a poner en su cama las ropas necesarias. ¿Trae usted maleta?

—No. Sólo un paquetito. Su hermano ha ido a buscarlo. Lo dejé en el recibidor.

—No hay equipaje alguno, aparte ese paquete —dijo Kolia, tornando—. ¿Dónde ha puesto usted sus equipajes?

—No tengo más que eso —dijo Michkin, cogiendo su paquetito.

—¡Ah! Ya estaba yo temiendo que Ferdychenko se los hubiera llevado.

—No digas necedades —ordenó, Varia con sequedad. Incluso para hablar al nuevo huésped, la joven empleaba un acento seco y no muy cortés.

—Podías tratarme más amablemente, chére Babette. Yo no soy Ptitzin, ¿oyes?

—Eres tan tonto, Kolia, que aún necesitarías de vez en cuando unos buenos azotes. Usted, príncipe, diríjase a Matrena para cuanto desee. La comida es a las cuatro y media. Puede usted comer con nosotros o hacerse servir en su habitación. A su gusto. Vamos, Kolia; no molestes más.

—Voy, voy… ¡Qué genio!

Al retirarse se cruzaron con Gania.

—¿Está papá en casa? —preguntó a Kolia.

El muchacho respondió afirmativamente y su hermano le habló unas

palabras al oído.

Kolia asintió con la cabeza y siguió a Varia. Gania habló:

—Dos palabras, príncipe… Con todo este… asunto, había olvidado pedirle una cosa. Y es que, si ello no le resulta muy desagradable, se abstenga de hablar aquí de lo sucedido entre Aglaya y yo, y procure no mencionar allá lo que vea aquí, porque, ¡maldita sea!, verá sin duda cosas harto enfadosas… Al menos le ruego que calle por hoy.

—Le aseguro que he hablado mucho menos de lo que usted piensa —dijo Michkin, algo resentido por los reproches de Gania.

Las relaciones entre ambos, lejos de mejorar, tomaban cada vez peor cariz.

—Sí; pero el caso es que ya he tenido bastantes contratiempos hoy a causa de usted. Lo que le digo ahora es un ruego que le dirijo.

—Permítame indicarle, Gabriel Ardalionovich, que antes yo no me había comprometido a guardar silencio sobre nada. ¿Por qué no había, pues, de mencionar el retrato? Usted no me pidió que guardase reserva sobre él.

—¡Qué cuarto tan horrible! —exclamó Gania, mirando en torno—. ¡Sin luz apenas y con las ventanas a un patio! Verdaderamente, viene usted con inoportunidad en todos los sentidos… En fin: esto no es cosa mía. No soy yo quien me ocupo en instalar a los huéspedes.

Ptitzin llegó y llamó a Gania. Éste abandonó en seguida a Michkin. Había querido, sin duda, decirle algo más, pero una especie de vergüenza le retuvo y por ello se desahogó en imprecaciones contra la alcoba.

Apenas acababa Michkin de lavarse y arreglarse un poco, se abrió la puerta y dio paso a un nuevo personaje. Era éste un hombre de unos treinta años, alto y corpulento, con el cabello rojo y rizado. Tenía el rostro purpúreo y carnoso, nariz grande y chata y unos ojos pequeños y burlones que, perdidos en la gordura de aquel semblante, parecían estar haciendo guiños constantemente. Presentaba, en suma, una fisonomía descarada y vestía bastante mal.

El recién llegado comenzó entreabriendo la puerta e introduciendo la cabeza por la abertura. Luego, alargando el cuello, miró la estancia durante cinco segundos. Después la puerta se abrió lentamente del todo y el visitante apareció en pie en el umbral. Pero no entró en el acto, sino que continuó por unos instantes mirando a Michkin y guiñando los ojos. Al fin cerró la puerta tras sí, se acercó, tomó asiento y, cogiendo con fuerza el brazo del príncipe, le forzó a instalarse en el diván.

—Soy Ferdychenko —dijo mirando a Michkin atenta e inquisitivamente.

—¿Y qué? —repuso el interpelado, casi a punto de reír.

—Un huésped —continuó Ferdychenko mirándole como antes.

—¿Y desea usted conocerme?

—¡Pst! Sí —dijo el recién llegado, suspirando y pasándose la mano por el cabello, con lo que lo desordenó. Y tras examinar un rato el rincón opuesto del dormitorio, dirigió otra vez la vista al príncipe y añadió—: ¿Tiene usted dinero?

—Algo…

—¿Cuánto?

—Veinticinco rublos.

—Enséñemelos.

El príncipe sacó del bolsillo de su chaleco el billete de veinticinco rublos y lo exhibió a Ferdychenko. Éste lo tomó, desplególo, lo contempló por ambos lados y luego lo miró al trasluz.

Es extraño —dijo con aire pensativo—. Siempre me he preguntado por qué estos billetes se oscurecerán tanto. Hay billetes de veinticinco rublos que se oscurecen, mientras otros pierden el color. Tome.

Michkin recuperó su billete y Ferdychenko se levantó.

—He venido, en primer lugar, para advertirle que no me preste dinero, ya que yo no dejaré de pedírselo.

—Muy bien.

—¿Piensa usted pagar su hospedaje?

—Sí.

—Yo no. Gracias. Mi puerta es la primera a la derecha. ¿La ha visto? Procure no ir a mi habitación con mucha frecuencia. Ya procuraré yo, en cambio, venir a la suya; no se preocupe… ¿Ha visto usted ya al general?

—No.

—¿Ni le ha oído?

—Tampoco.

—Ya le verá y oirá. ¡Con decirle que hasta a mí me pide dinero prestado! Avis au lecteur… Adiós. Y diga: ¿cree usted que es posible andar por el mundo llamándose Ferdychenko?

—¿Por qué no?

—Adiós.

Y se dirigió a la puerta. Michkin supo más tarde que aquel hombre consideraba un deber el asombrar a todos con su originalidad y gracia, si bien infortunadamente, no lo conseguía nunca. En ciertas personas producía incluso una impresión desagradable, lo que le disgustaba mucho, pero sin renunciar por eso a perseverar en su extraña tarea.

La casualidad procuró una pequeña satisfacción a Ferdychenko al ir a salir. En la puerta tropezó con otro hombre a quien Michkin no conocía. Ferdychenko se hizo a un lado para dejar paso al que llegaba y, mientras éste se introducía en la habitación, él guiñó los ojos a espaldas suyas repetidamente, como guisa de aviso al príncipe, tras lo cual se retiró, satisfecho.

El nuevo caballero era un hombre alto y corpulento, de unos cincuenta y cinco años o acaso más. Tenía los ojos grandes y algo a flor de piel, bigote y espesas patillas grises encuadrando un rostro grueso y rojizo. A no ser por un aire apoltronado, de fatiga y de descuido, que se notaba en su aspecto, aquel hombre hubiera tenido una figura impresionante. Vestía una vieja levita con los codos rotos y su ropa interior distaba mucho de estar limpia. Al acercarse, trascendía de él cierto olor a vodka. En sus maneras, de una distinción un poco afectada, traicionábase el ingenuo deseo de imponer a sus interlocutores por su aire de dignidad.

El visitante avanzó lentamente hacia Michkin con la sonrisa en los labios, tomóle la mano en silencio y la estrechó entre la suya, mientras examinaba el rostro del príncipe con atención, como esforzándose en encontrar en él rasgos conocidos.

—¡Es él, es él! —dijo, al fin, en tono solemne, sin alzar la voz—. ¡Me parece verle vivo otra vez! He oído pronunciar hace unos momentos un nombre conocido y amado y él me ha traído a la memoria un ayer desvanecido para siempre… ¿Es usted el príncipe Michkin?

—Lo soy.

—Yo soy el general Ivolguin, retirado y muy desgraciado. ¿Puedo preguntarle su nombre y el de su padre?

—Me llamo León Nicolaievich.

—¡Eso es, eso es! ¡El hijo de mi amigo, de mi camarada de infancia! ¡El hijo de Nicolás Petrovich!

—Mi padre se llamaba Nicolás Lvovich.

—Lvovich, sí —rectificó el general, sin apresurarse y con una seguridad absoluta, como un hombre cuya memoria no le falla y que sólo ha cometido una secundaria equivocación verbal.

Sentóse y cogiendo a Michkin por la muñeca le forzó a sentarse a su lado y le dijo:

—Yo le he llevado a usted en mis brazos.

—¿Es posible? —preguntó Michkin—. Porque hace veinte años que mi padre murió.

—Sí, veinte años y tres meses. Hicimos juntos nuestros estudios. Inmediatamente de concluir mi educación entré en el servicio militar.

—Mi padre sirvió también en el ejército. Era subteniente en el regimiento Vasilkovsky.

—No: Bielomirsky. Pasó a este regimiento casi en vísperas de su muerte. Yo estaba allí y le rendí los últimos deberes. Su madre…

El general se detuvo como para dejar calmar la emoción que un triste recuerdo despertaba en él.

—Sí: murió seis meses después, de un enfriamiento —dijo Michkin.

—No, de enfriamiento, no. Crea en la palabra de un viejo. Yo estaba allí y yo la enterré también… No la mató un enfriamiento, sino el disgusto de perder a su esposo. ¡Sí; me acuerdo mucho de la princesa! ¡Ay, juventud! Imagine que su padre y yo, antiguos amigos de infancia, estuvimos a punto de matarnos por la que había de ser la madre de usted…

Michkin principiaba a escuchar con cierto escepticismo.

—Yo estuve locamente enamorado de su madre antes de casarse, cuando era la prometida de mi amigo. Éste lo notó y se enfureció contra mí. Llegó a casa un día, antes de la siete de la mañana, y me despertó. ¡Figúrese! Ambos callábamos. Yo me visto, preguntándome qué significaría aquello. El príncipe saca dos pistolas del bolsillo. Lo comprendo todo. Resolvemos batirnos a pistola, sólo separados por un pañuelo y sin testigos. ¿Para qué testigos cuando cinco minutos después nos habremos enviado mutuamente a la eternidad? Cargamos las armas, extendemos el pañuelo y cada uno de nosotros, mirándonos a la cara, apoyamos la pistola en el pecho del adversario. De pronto, gruesas lágrimas brotan de nuestros ojos… Nuestras manos tiemblan… ¡Y ello nos sucedía a los dos a la vez, a los dos a la vez! Entonces, naturalmente, nos lanzamos el uno en brazos del otro y se entabla un torneo de generosidad. «¡Ella será para ti!», grita el príncipe. «¡No; para ti!», exclamo por mi parte. En una palabra, en una palabra… En fin, ¿va usted a hospedarse con nosotros?

—Sí, por algún tiempo acaso —repuso el príncipe, con voz un tanto vacilante.

Kolia se asomó a la puerta:

—Mamá le llama, príncipe.

Michkin se incorporó para salir, pero el general le puso una mano en el hombro y le Obligó a sentarse con dulce violencia.

—En concepto de sincero amigo de su padre —prosiguió el viejo—, deseo hacerle ciertas advertencias. Usted mismo puede ver que yo he sufrido mucho a consecuencia de una trágica catástrofe. ¡Y sin formación de causa! ¡Sin formación de causa! Nina Alejandrovna es una mujer rara. Bárbara Ardalionovna, mi hija, es otra mujer rara. Las circunstancias nos obligan a tomar huéspedes… ¡Es una caída terrible! ¡Cuándo yo estaba a punto de ser nombrado gobernador general! Cierto que a un pupilo como usted nos alegramos de recibirle… Pero, ¡oh!, hay una tragedia en mi casa…

El príncipe miró a su interlocutor con acentuada curiosidad.

—Aquí se prepara un casamiento y es un casamiento muy extraño el enlace de una mujer equívoca con un joven que tendría derecho a ser gentilhombre del zar. ¡Y esa mujer va a ser introducida en la casa en que habitan mi hija y mi esposa! Pero mientras me quede un soplo de vida, no entrará. Me tenderé a través de la puerta y habrá de pasar sobre mi cuerpo. Y ya no hablo apenas a Gania y procuro eludir su presencia. Quería advertírselo, príncipe. Usted mismo lo verá, puesto que se queda a vivir con nosotros. Pero usted es hijo de un buen amigo y tengo derecho a esperar…

—Le ruego, príncipe, que pase un momento conmigo al salón —dijo Nina Alejandrovna, apareciendo en la puerta del cuarto.

—¿Sabes, querida —exclamó el general—, que, según resulta, yo he llevado al príncipe en mis brazos, de niño?

La dama contempló severamente a su marido y luego fijó en Michkin, una mirada escrutadora. Pero no dijo nada. Michkin la siguió. Ambos se dirigieron a la sala y, una vez sentados, Nina Alejandrovna se apresuró a entablar con su huésped una conversación a media voz. Mas apenas había comenzado a hablar, el general entró bruscamente en la estancia. Nina Alejandrovna guardó silencio y, con visible desagrado, se inclinó sobre su labor. Quizá el general notara el descontento de su mujer, pero no le afectó en lo más mínimo.

—¡Qué encuentro tan inesperado! —comentó dirigiéndose a Nina Alejandrovna—. ¡El hijo de mi mejor amigo! Hacía mucho tiempo que yo había dejado de creer posible verle jamás. ¿Es posible, querida, que no te acuerdes del difunto Nicolás Lvovich? ¡Si le viste en… en Tver!

—No recuerdo a Nicolás Lvovich —dijo ella—. ¿Era su padre? —preguntó a Michkin.

—Sí; pero creo que no murió, en Tver, sino en Elisabethgrad —observó tímidamente el príncipe—. Así me lo dijo Pavlichev…

—¡En Tver! —afirmó el general—. Había sido trasladado allí poco antes de su muerte, cuando su enfermedad acababa de comenzar. Usted no puede acordarse del viaje: ¡era tan pequeño! Pavlichev se engañó sin duda, aunque era muy inteligente.

—¿También conocía usted a Pavlichev?

—Sí; y por cierto que le tenía por un hombre raro, pero muy buena persona. Yo estaba presente cuando murió y le bendije en el lecho mortuorio.

—Mi padre falleció hallándose sumariado —dijo el príncipe—, aunque nunca he sabido de qué le acusaban. Murió en el hospital.

—Fue por lo del soldado Kolpakov. Desde luego su padre habría sido absuelto.

—¡Ah! ¿Conoce usted el caso? —preguntó el príncipe, cuyo interés se había despertado vivamente ante las últimas palabras del general.

—¡Ya lo creo! —exclamó Ivolguin—. El consejo de guerra se disolvió sin haber decidido nada. Fue un asunto muy extraño, puede decirse incluso que misterioso. El segundo capitán Larionov, jefe de la compañía, había fallecido y el príncipe Michkin hubo de substituirle transitoriamente. Bien. El soldado Kolpakov robó las botas de un camarada, las vendió y se bebió el importe. Bien. El príncipe —en presencia, téngalo en cuenta, de un sargento mayor y de un cabo— reprendió duramente a Kolpakov y le amenazó con hacerle azotar. Muy bien. Kolpakov se va al cuartel, se acuesta en su cama de campaña y al cabo de un cuarto de hora muere. Perfectamente. El caso parece raro, casi inverosímil. Pero es igual: se entierra a Kolpakov, se le borra de la lista y el príncipe expide el oficio correspondiente. Inmejorable, ¿verdad? Pues, a los seis meses justos, al hacerse una inspección de la brigada, el soldado Kolpakov aparece tan vivo como antes en la tercera compañía del segundo batallón del regimiento de infantería Novosemliansky, perteneciente a la misma división y brigada.

—¿Es posible? —exclamó Michkin en el colmo del asombro.

—Es un error —se apresuró a decir Nina Alejandrovna mirándole con cierta ansiedad—. Mon mari se trompe —añadió en francés.

—Se trompe, querida, es muy sencillo de decir; pero quisiera ver cómo resolverías tú un caso semejante. Todos andaban medio locos. Yo sería también el primero en decir «se trompe» de no haber figurado como testigo y formado parte de la comisión investigadora. Todo demostró que el soldado Kolpakov era el mismo que seis meses antes había sido enterrado según la

ordenanza, al son del tambor. Cierto que el hecho parece raro, casi inverosímil. Lo reconozco, pero…

—Papá: tienes servida la comida —anunció, compareciendo, Bárbara Ardalionovna.

—¡Ah, bueno! Verdaderamente ya tenía apetito… Pues sí, el caso es incluso psicológico, bien puede decirse…

—Se te va a enfriar la sopa —dijo Varia con impaciencia.

—En seguida voy, en seguida… —murmuró el general, saliendo de la sala —. Y por mucho que se multiplicaran las investigaciones… —continuó, ya en el pasillo.

—Si usted se queda a vivir con nosotros —dijo Nina Alejandrovna a Michkin— habrá de perdonar muchas cosas a mi marido. Pero no le molestará demasiado. Siempre come solo. Usted sabe que todos tenemos nuestros defectos y nuestras… particularidades, y muchas veces aquellos a quienes se les critican tienen menos que otros… Debo hacerle un ruego, y es que si mi marido le pide el precio de la pensión le conteste usted que ya me lo ha abonado. Por supuesto, lo mismo da que lo entregue a uno o a otro; pero se lo agradeceré así para el buen orden de las cosas… ¿Qué hay, Varia?

Varia había entrado en la estancia y presentaba en silencio a su madre el retrato de Nastasia Filipovna. Nina Alejandrovna se estremeció y mirólo por unos instantes, primero como con temor, luego con una especie de rencorosa amargura. Al fin dirigió la mirada a Varia, como pidiéndole explicaciones.

—Se lo ha regalado hoy —dijo la joven— y esta noche acordarán ya una decisión.

—¡Esta noche! —repitió a media voz Nina Alejandrovna con desesperado acento—. ¡Esta noche! Veo que ahora no queda duda ni tampoco esperanza. El regalo de ese retrato es un detalle bastante elocuente. ¿Te lo ha enseñado él mismo? —preguntó, con extrañeza.

—Ya sabes que hace meses que no nos hablamos apenas. Me he enterado de todo por Ptitzin. El retrato se había caído de la mesa y yo lo he recogido en el suelo.

—Príncipe —dijo de súbito Nina Alejandrovna quería hacerle una pregunta. Por eso le rogué que viniese. Dígame: ¿hace mucho que conoce usted a mi hijo? Porque me parece que Gania indicó que había llegado usted hoy mismo del extranjero.

Michkin dio sobre su personalidad varias sucintas explicaciones de las que ambas mujeres no perdieron una sola palabra.

—Le ruego que me crea si le digo que al interrogarle no pretendo inmiscuirme en los asuntos de mi hijo —prosiguió Nina Alejandrovna—. Si hay cosas que él mismo no puede confesar, no seré yo quien trate de averiguarlas por otros. Pero, ¿sabe?, cuando usted ha marchado a su cuarto, Gania, después de lo que nos había dicho sobre su persona, ha agregado: «No gastéis cumplidos con el príncipe: está enterado de todo». ¿Qué significa esto? Me gustaría saber hasta qué punto…

En aquel momento entraron Gana y Ptitzin. Nina Alejandrovna se interrumpió inmediatamente. Michkin permaneció sentado junto a ella, pero Varia se apartó. El retrato de Nastasia Filipovna permanecía, en plena evidencia, sobre la mesita de costura de Nina Alejandrovna, precisamente bajo sus ojos. Gania, mirándolo, frunció el entrecejo, cogió la cartulina y la arrojó, con ira, a su mesa de escritorio, que se hallaba al otro extremo de la habitación.

—¿Es hoy, Gania? —preguntó bruscamente Nina Alejandrovna.

Él se estremeció.

—¿Hoy, qué?

Y de repente se volvió, airado, a Michkin.

—¡Comprendo! ¡Claro, está usted aquí! ¡Veo que eso debe ser una enfermedad en usted! ¿Es que no sabe reprimir la lengua? Permítame decirle, excelencia…

Ptitzin le interrumpió:

—La falta es mía, Gania, sólo mía.

Gabriel Ardalionovich le miró, sorprendido.

—Así es mejor, Gania; especialmente cuando la cosa está ya resuelta por un lado —dijo Ptitzin entre clientes.

Y fue a sentarse ante una mesa apartada. Sacó del bolsillo un papel cubierto de números y comenzó a examinarlos atentamente. Gania, sombrío, esperando, al parecer, con inquietud una escena familiar, ni siquiera pensó en excusarse ante el príncipe.

—Puesto que todo está arreglado, Iván Petrovich ha hecho bien en hablar —dijo Nina Alejandrovna—. Te ruego, Gania, que no arrugues el entrecejo ni te enfades. Prescindiré de toda pregunta sobre lo que no me quieras contestar. Te aseguro que me resigno a todo. Tranquilízate, haz el favor.

Pronunció sus palabras sin interrumpir su labor y con acento sereno. Gania, extrañado, calló, por prudencia y, con los ojos fijos en su madre, esperó que ésta se explicase más claramente. Odiaba las disputas domésticas.

Nina Alejandrovna, notando la circunspección de su hijo, añadió con amarga sonrisa:

—Veo que no te calmas ni me crees. Pero desecha tu preocupación; no te incomodaré con lágrimas ni súplicas como otras veces. Mi único deseo es que seas feliz, como sabes bien. Me someto al destino… Mi corazón estará siempre contigo, ora quedemos juntos, ora nos separemos. Naturalmente, yo respondo de mí. De tu hermana no puedo decir lo mismo.

—¡Otra vez ella! —exclamó Gania, mirando a su hermana con rencor y desdén—. Ya te he prometido, mamá, y vuelvo a repetírtelo, que nadie, sea quien fuere, te faltará al respeto mientras yo viva. Sea quien fuere la persona que franquee nuestra puerta, exigiré de ella el mayor respeto hacia ti…

Y Gania pareció serenarse tanto, que incluso miró a su madre con expresión reconciliadora, casi tierna.

—No te disgustes por mí, Gania. Ya sabes que no es por mí por quien llevo tanto tiempo sintiéndome inquieta y torturada. Se dice que hoy va a quedar todo resuelto entre vosotros. ¿En qué consiste ese «todo»?

—Nastasia Filipovna ha ofrecido declarar esta noche si consiente en el matrimonio o no —repuso Gania.

—Hace tres semanas que rehuíamos ese tema de conversación y nos iba mejor… Pero ahora que todo está resuelto permíteme dirigirte una pregunta: ¿cómo es que ella te ha dado su consentimiento y su retrato, siendo así que no la quieres? ¿Cómo una mujer tan, tan…?

—¿Tan experta, quieres decir?

—No es así como yo me hubiera expresado. Pero en fin… ¿Cómo puedes haberla engañado de tal modo sobre tus sentimientos?

Aquellas palabras delataban una ira súbita y violenta. Tras un momento de reflexión, Gania dijo con acento claramente irónico:

—Otra vez, mamá, no has sabido contenerte y has perdido la paciencia. Así empiezan siempre nuestras disputas. Me habías prometido evitar toda pregunta, todo reproche… ¡y ya has olvidado tu promesa! Vale más dejarlo. Sí, mejor es no hablar. Al menos sé que tu intención es buena… Yo no te abandonaré nunca por nada del mundo. Otro en mi lugar, huiría, eso sí, de una hermana como la que tengo. ¡Observa cómo me mira! No hablemos más; no sabes cuánto me alegrará que dejemos el tema… Por otra parte, ¿quién te dice que yo engañe a Nastasia Filipovna? En cuanto a Varia, que haga y piense lo que guste. Y ahora no hablemos más del asunto. ¡Basta!

Gabriel Ardalionovich se exaltaba a cada palabra que decía mientras paseaba, inquieto, por la habitación. Siempre que aquel delicado tema aparecía

sobre el tapete, las cosas tomaban un matiz muy agrio.

—He dicho que si esa mujer entra aquí, yo saldré de esta casa. Y cumpliré mi palabra —declaró sombríamente Varia.

—¡Sí, por testarudez! —gritó Gania—. ¡Lo mismo que no te casas por testarudez! Puedes mirarme por encima del hombro todo lo que quieras: ¡me tiene sin cuidado, Bárbara Ardalionovna! Y si quieres, puedes hacer ahora mismo lo que dices. ¡No quedaría yo poco descansado si cumplieses lo que amenazas! ¿Cómo es eso, príncipe? ¿Se decide al fin a dejarnos solos? —concluyó, viendo que Michkin se incorporaba.

En el tono de la voz de Gania se revelaba que la cólera del joven había llegado a ese extremo en el que el hombre se complace en manifestarla, si cabe la expresión, abandonándose a ella libremente sean cuales fueren sus consecuencias. Michkin, ya junto a la puerta, se volvió para contestar; pero el rostro descompuesto del que le increpaba hízole comprender que sólo faltaba una gota para desbordar el vaso y juzgó prudente salir sin responder. Cuando se hubo retirado, la discusión continuó, más enconada y ardiente que nunca.

Para llegar a su cuarto, el príncipe debía atravesar el comedor, la antesala y el pasillo. En la antesala creyó notar que alguien hacía esfuerzos para agitar la campanilla exterior, pero seguramente estaba estropeada, porque se movía sin sonar. El príncipe descorrió el cerrojo, abrió la puerta y retrocedió. Ante él se encontraba Nastasia Filipovna. La reconoció inmediatamente, evocando su retrato. Al ver a Michkin, la cólera brilló en los ojos de la visitante. Entró vivamente en el piso, empujando al príncipe con el hombro y dijo, con voz irritada, mientras se quitaba el abrigo de piel:

—Ya que eres tan perezoso que no arreglas la campanilla, al menos debieras estar aquí para cuando llaman. ¡Vamos! ¡Pues no ha dejado ahora caer mi abrigo! ¡Qué mastuerzo!

En efecto, el abrigo de piel yacía en el pavimento. Nastasia Filipovna, en vez de esperar que se lo quitasen, se había despojado de él por sí sola, lanzándolo a Michkin, que no supo cogerlo al vuelo.

—¡Mereces que te echen a la calle! ¡Anúnciame!

El príncipe quiso hablar, pero en su turbación no acertó a proferir una palabra y, llevando en la mano el abrigo que acababa de recoger, se dirigió al salón. —Pero, ¡si se lleva mi abrigo! ¿Por qué te lo llevas? ¡Ja, ja, ja! Debes haberte vuelto loco, ¿no?

El príncipe desanduvo lo andado y miró estupefacto a Nastasia Filipovna. Viéndola reír, sonrió a su vez, pero su lengua parecía pegada al paladar. En el momento de abrir la puerta a la joven, se había puesto muy pálido, ahora toda

su sangre le afluía a la cara.

—¡Qué idiota! —exclamó Nastasia Filipovna, dando un golpe en el suelo con el pie, en su indignación—. ¿Adónde vas? ¿A quién vas a anunciar?

—A Nastasia Filipovna —balbució el príncipe.

—¿Me conoces? —exclamó ella vivamente—. ¡Pero si no te he visto hasta hoy! Ea, anúnciame… ¿Por qué gritan tanto ahí dentro?

—Están disputando —respondió Michkin.

Cuando entró en el salón, las cosas amenazaban adquirir mal sesgo. Nina Alejandrovna parecía a punto de olvidar que se «sometía a todo» y defendía a Varia con calor. Ptitzin se había guardado en el bolsillo su papel lleno de números y tomaba partido por la joven. Ésta, que no tenía nada de tímida, recibía sin pestañear las groserías, cada vez más brutales, con que su hermano intentaba abrumarla. Varia sabía que en aquellos casos le bastaba callar y mirar a Gania con persistente mofa para exasperarle.

En aquel momento Michkin penetró en la estancia y anunció:

—Nastasia Filipovna.

IX

Un silencio general siguió a aquellas palabras. Todos miraron a Michkin como si no le comprendieran y desearan no comprenderle. El espanto había paralizado a Gania. La visita de Nastasia Filipovna, y especialmente en tal ocasión, constituía para todos el hecho más extraño, inesperado e inquietante que cupiera suponer. Ante todo, era la primera vez que aquella mujer acudía a casa de los Ivolguin. Hasta entonces habíase mostrado tan desdeñosa respecto a ellos, que nunca, hablando con Gania, manifestaba el menor deseo de ser presentada a la familia del joven. Y desde hacía cierto tiempo no hablaba más de los Ivolguin que si no existieran. Por un lado, Gania celebraba que Nastasia Filipovna prescindiese de un tema de conversación tan poco grato para él; pero en el fondo de su corazón sentía un amargo rencor motivado por aquella indiferencia despectiva. En todo caso, juzgaba a Nastasia Filipovna mucho más capaz de mofarse de sus allegados que de hacerles objeto de una atención, porque ella, como Gania sabía muy bien, desde que el joven pidiera su mano, estaba perfectamente informada de cuanto sucedía en casa de los Ivolguin, y se hallaba al corriente de cómo la consideraba la familia. Su visita, pues, en este momento, es decir, después del regalo del retrato y algunas horas antes de la velada en que ella decidiría sobre la pretensión de Gabriel Ardalionovich,

parecía tener un significado casi equivalente ya a la decisión en sí.

La duda que se leía en todas las miradas, fijas aún en el príncipe, no duró mucho. Nastasia Filipovna apareció en persona a la puerta del salón y penetró en él, empujando al príncipe una vez más.

—¡Al fin he logrado pasar! ¡No sé para qué les vale la campanilla! —dijo alegremente, tendiendo la mano a Gania, que se había precipitado hacia ella—. ¡Qué cara de asombro, amigo mío! Ea, preséntenme a su familia, se lo ruego.

El joven, desconcertado, le presentó primero a Varia. Las dos mujeres cambiaron extrañas miradas antes de estrecharse la mano. Nastasia Filipovna reía, afectando satisfacción, pero Varia no se tomó la molestia de fingir. Por el contrario, examinó largamente a la visitante con expresión sombría sin que en su rostro asomase la menor traza de la sonrisa obligada en una circunstancia como aquella. Gania se sintió desfallecer.

Pero no era momento de súplicas. Por lo tanto, dirigió a su hermana una mirada amenazadora. La joven comprendió en el acto la trascendental importancia que el instante presente tenía para su hermano. Resolvió, pues, mostrarse más amable y sus labios esbozaron una especie de sonrisa en honor de Nastasia Filipovna. Todos los miembros de la familia Ivolguin conservaban, aun en momentos de tal tirantez, un vivo afecto mutuo.

Después de efectuar la presentación de Varia a Nastasia Filipovna, Gania presentó ésta a su madre. En su turbación, el joven no se daba cuenta de lo que hacía. Nina Alejandrovna se mostró razonable, mas apenas había empezado a hablar del «mucho placer», etc., la visitante, sin escucharla, interpeló repentinamente a Gania mientras se instalaba —aun cuando no se la había invitado a tomar asiento— en un sofá de un rincón cercano a la ventana:

—¿Dónde tiene usted su despacho? Y… ¿y dónde están los huéspedes? Porque creo que ustedes alquilan habitaciones, ¿no?

Gania, enrojeciendo, tartamudeó una respuesta ininteligible.

—Pero ¿disponen de sitio para ellos? ¿Y no tiene usted despacho? —insistió Nastasia Filipovna—. ¿Qué? ¿Da buenas ganancias el negocio? —preguntó súbitamente a Nina Alejandrovna.

—Desde el momento en que uno acepta los naturales inconvenientes, es en espera de obtener algún beneficio —repuso la madre de Gania—. Pero nosotros acabamos de…

Nastasia Filipovna, como resuelta a no atenderla, dirigió los ojos a Gania, rompió a reír y dijo:

—¡Qué cara tiene usted! ¡Dios mío, qué aspecto presenta en este momento!

Su hilaridad duró algunos instantes. Y en rigor Gania no parecía el de costumbre. Su estupefacción, su cómico abatimiento habían desaparecido de repente, pero estaba espantosamente pálido y tenía los labios contraídos, mientras fijaba, silencioso, los ojos en la visitante, que seguía riendo.

El príncipe, incapaz aún de sacudir la especie de catalepsia en que le sumiera la llegada de Nastasia Filipovna, permanecía como petrificado en la puerta del salón. Sin embargo, la palidez y la alteración del semblante de Gania le impresionaron y, no pudiendo con tenerse, avanzó hacia él:

—Beba un poco de agua —le dijo en voz baja— y no mire de ese modo.

Era notorio que no había por qué buscar sobrentendidos ni segundas intenciones en aquellas palabras, surgidas espontáneamente de la boca de Michkin sin que él les atribuyese significado particular alguno; pero, aun así, produjeron un efecto extraordinario. Fue como si toda la cólera de Gania se volviese de repente contra Michkin. Asióle por los hombros, siempre en silencio, tal que si fuese incapaz de proferir una palabra, y le fulminó con una mirada llena de odio y rencor. Se produjo un movimiento general. Nina Alejandrovna dejó escapar un grito. Ptitzin, inquieto, avanzó hacia los dos hombres. Kolia y Ferdychenko que iban a entrar, se detuvieron estupefactos. Sólo Varia conservó su impasibilidad. En pie, un poco apartada, cruzando los brazos, la joven continuaba mirando la escena con el rabillo del ojo.

En un segundo Gania recobró el dominio de sí mismo. Su ira dejó lugar a una risa nerviosa.

—¿Qué decía usted, príncipe? Que haría falta llamar a un médico, ¿no? —exclamó con tanta jovialidad como pudo—. ¡Casi me ha dado miedo! Voy a presentárselo, Nastasia Filipovna. Es un tipo extraordinario, como he podido apreciar ya, aunque sólo le conozco desde esta mañana.

Nastasia Filipovna fijó, su mirada en Michkin con verdadera sorpresa.

—¿Príncipe? ¿Es príncipe? ¡Imaginen que hace un momento, en la entrada, le he tomado por un lacayo y le he ordenado que me anunciase! ¡Ja, ja, ja!

—¡No importa, no importa! —dijo Ferdychenko, quien, viendo que ya se comenzaba a reír, se apresuró a mezclarse a la reunión—. No importa: «se non è vero…».

—Y, además, creo haberle tratado con violencia, príncipe. Le ruego que me perdone. ¿Qué hace usted aquí a esta hora, Ferdychenko? Por lo menos yo no contaba encontrarle. ¿Cómo dice que se llama este señor? ¿El príncipe Michkin? —añadió la joven dirigiéndose a Gania que, sin soltar los hombros de su huésped, ultimaba en aquel instante la presentación.

—Vive con nosotros —dijo Gania.

Era evidente que se hacía desempeñar a Michkin el papel de un animal extraordinario. Su presencia proporcionaba un medio de salir de lo falso de la situación. Se le arrojaba, si cabía decirlo, como pasto a la curiosidad de Nastasia Filipovna. Michkin oyó incluso murmurar a sus espaldas la palabra «idiota», probablemente articulada por Ferdychenko para edificación de la visitante.

—Dígame: ¿por qué no me sacó de mi error cuan do me equivoqué con usted de ese modo? —preguntó Nastasia Filipovna mirando al príncipe de pies a cabeza con una desenvoltura excepcional.

Y esperó la contestación con impaciencia, presumiendo que el interpelado iba a escandalizar a todos con su falta de juicio.

—He quedado tan sorprendido al reconocerla de pronto… —balbució Michkin.

—Pero, ¿cómo ha podido reconocerme? ¿Me había visto antes en algún sitio? El caso es que también a mí me parece haberle encontrado no sé dónde. Además, permítame preguntarle por qué sigue usted aún como clavado en el suelo y mirándome. ¿Hay algo de asombroso en mi persona?

—¡Oh, oh, oh! —exclamó Ferdychenko, jovial—. ¡La de cosas que yo contestaría si se me hiciese semejante pregunta! Vamos, hombre… Realmente, príncipe, si no contestas bien ahora, eres tonto.

Michkin rio suavemente.

—También yo, en el lugar de usted, diría muchas cosas —repuso. Y dirigiéndose a Nastasia Filipovna, continuó—: En primer lugar, su retrato me había impresionado mucho. Luego hablé de usted con las Epanchinas… Y ya por la mañana, en el tren que me traía a San Petersburgo, había conversado largamente acerca de usted con Parfen Semenovich Rogochin. En el momento que la abrí la puerta, pensaba precisamente en usted, y, viéndola aparecer tan de repente…

—Pero, ¿cómo sabía usted quién era yo?

—Había visto su retrato, y además…

—Y además, ¿qué?

—Que usted responde del todo a la idea que yo me había hecho de cómo era. También a mí me parece haberla visto en alguna parte.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—No sé; en algún sitio… Pero no; es imposible; lo he dicho sin darme cuenta. Nunca he habitado en San Petersburgo, y… Acaso la haya visto en sueños.

—¡Ajá, príncipe! —exclamó Ferdychenko—. Retiro mi «se non è vero…» —Y exclamó, compasivo—: Por otro lado, dice todo eso sin malicia, compréndalo.

Michkin había proferido sus palabras anteriores con acento inquieto y entrecortado, como el de una persona a quien le falta la respiración. Todo él denotaba una agitación extraordinaria. Nastasia Filipovna le examinaba con curiosidad, pero no reía.

De pronto, tras el círculo que se había formado en torno al príncipe y a la joven, oyóse una voz sonora. El grupo se separó para dejar paso al jefe de la familia. Porque era el general Ivolguin en persona. Vestía de frac, su pechera esplendía con brillo irreprochable y llevaba los bigotes teñidos.

La aparición de Ardalion Alejandrovich infirió un golpe terrible a Gania. El vanidoso joven, cuyo amor propio alcanzaba extremos hipersensibles y morbosos, había pasado los últimos dos meses esforzándose por todos los medios en alcanzar un modo de vida mejor y más distinguido. Pero se reconocía inexperto y casi admitía la verdad de que era erróneo el camino elegido. En su casa, donde mandaba corno déspota, había asumido, en su desesperación, la actitud de un cínico completo; pero no osaba mantener esta posición ante Nastasia Filipovna, que le había sabido hacer permanecer en la incertidumbre hasta el último momento. «El pordiosero impaciente», como Nastasia Filipovna le llamara una vez, según le habían dicho, tenía jurado hacer pagar muy caras aquellas palabras a quien las pronunció, tan pronto como ella fuera su mujer. Al mismo tiempo soñaba puerilmente en la posibilidad de conciliar todas aquellas incongruencias. Y he aquí que ahora debía beber hasta las heces su amargo cáliz, sufriendo una nueva e imprevista tortura —la más terrible de todas para un vanidoso—: la de avergonzarse de su propia familia y en su propia casa.

Un pensamiento relampagueó en la mente de Gania: «¿Acaso la recompensa equivale a este tormento?».

En aquel instante se producía lo que había sido su pesadilla durante dos meses, lo que le había hecho estremecerse de horror y arder de vergüenza: el encuentro entre su padre y Nastasia Filipovna. Se había, en ocasiones, torturado con la idea de pensar en su padre asistiendo a la boda, pero tanto le repugnaba semejante anticipado espectáculo, que inmediatamente lo alejaba de su pensamiento. Acaso exagerase mucho su desgracia. Pero así les sucede siempre a los vanidosos. Durante los dos meses pasados, y en el curso de sus inquietas reflexiones, habíase propuesto hacer desaparecer momentáneamente a su padre en aquella ocasión, costase lo que costara, incluso alejándole de San Petersburgo con el consentimiento de su madre o sin él. Diez minutos antes, al entrar Nastasia Filipovna, la turbación de Gania le había impedido pensar en la

posibilidad de que Ardalion Alejandrovich apareciese en escena, y en consecuencia no había tomado medidas para evitarlo. Y he aquí que el general se presentaba ante todos, y para colmo se había vestido de etiqueta, en el preciso momento en que Nastasia Filipovna sólo pensaba en el modo de cubrir de ridículo a su pretendiente o a su familia. Tal era al menos la persuasión de Gania. ¿Qué otro significado podía tener aquella visita? Cabía preguntarse si Nastasia Filipovna había venido para entablar amistad con su madre y hermana, o para afrentarlos en su propia casa; pero la actitud de ambas partes eliminaba toda duda. Nina Alejandrovna y su hija permanecían aparte, como gentes al margen de todo, y la visitante parecía haber olvidado incluso la presencia de ellas en la habitación. Y puesto que obraba así, evidentemente no lo hacía sin alguna finalidad.

Ferdychenko adueñóse del general y le presentó:

—Ardalion Alejandrovich Ivolguin —dijo el general muy solemne—, un soldado veterano caído en desgracia y padre de una familia que ve con satisfacción la perspectiva de poder llegar a contar entre sus miembros una tan encantadora…

No concluyó. Ferdychenko se apresuró a acercarle una silla sobre la que Ardalion Alejandrovich se dejó caer pesadamente, ya que después de comer solía sentir siempre flojedad en las piernas. Pero esta circunstancia no le desconcertó. Sentado frente a Nastasia Filipovna, lentamente, con una galantería exquisita llevóse a los labios los dedos de la visitante. Ardalion Alejandrovich no perdía el aplomo con facilidad. Aparte cierto descuido en la indumentaria, su apariencia era bastante correcta, y lo sabía muy bien. Por otra parte, había vivido siempre en un ambiente muy distinguido y sólo desde hacía dos años o tres se hallaba excluido de la buena sociedad. A partir de entonces habíase entregado a diversos excesos, pero conservaba su naturalidad y distinción de maneras. Nastasia Filipovna pareció muy complacida por la aparición de Ivolguin, de quien, desde luego, había oído hablar con anterioridad.

—He oído decir que mi hijo… —principió él.

—Sí, sí, su hijo… Pero, ¿sabe que es usted también un papá muy arrogante? ¿Por qué no me visita nunca? ¿Es que se esconde usted o que le esconde su hijo? Usted podría visitarme sin comprometer a nadie…

—Los hijos y los padres del siglo diecinueve… —comenzó otra vez el general.

—Nastasia Filipovna, dispense por un momento a mi marido. Le buscan fuera —intervino Nina Alejendrovna en voz alta.

—¿Qué le dispense? ¡Oh, permítame! ¡Hace tanto que deseaba conocer al

general! ¡He oído hablar de él tan a menudo! ¿Qué ocupaciones puede tener? ¿No está retirado? ¿Verdad que no me abandonará, general?

—Le prometo que volverá luego. Pero ahora necesita descanso.

—¡Necesita usted descanso, según dicen, Ardalion Alejandrovich! —exclamó Nastasia Filipovna con el rostro descontento y enfurruñado de una niña caprichosa a la que se quita un juguete.

Pero el general no se prestó de buen grado al subterfugio e hizo todo lo posible para convertir su situación en más absurda que antes.

—¡Querida, querida! —dijo con tono de reproche y mucha solemnidad, dirigiéndose a su mujer y llevándose la mano al corazón.

—¿No se irá usted de aquí, mamá? —preguntó Bárbara Ardalionovna en voz alta.

—No, hija: me quedaré hasta el fin.

Nastasia Filipovna no pudo dejar de oír la pregunta y la respuesta, pero no le produjeron otro efecto sino el de ponerla de mejor humor. En seguida comenzó a abrumar a preguntas al general. Cinco minutos más tarde, Ardalion Alejandrovich peroraba en inmejorable disposición de ánimo entre carcajadas de los reunidos.

Kolia tiró de la manga al príncipe.

—¡Debe usted llevárselo de aquí, sea como fuere! ¡Se lo ruego! ¡Parece mentira! —Y en los ojos del pobre muchacho brillaban lágrimas de indignación—. ¡Maldito Gania! —agregó para sí.

El general seguía contestando con gran verbosidad a las preguntas de Nastasia Filipovna.

—He tenido, en efecto, mucha amistad con Ivan Fedorovich Epanchin. Él, yo y el difunto príncipe León Nicolaievich Michkin, a cuyo hijo he abrazado hace poco, después de no verle durante más de veinte años, éramos inseparables, una cosa así como los tres mosqueteros: Athos, Porthos y Aramis. Pero, ¡ay!, uno yace en la tumba, muerto por una calumnia y por una bala, otro se encuentra ante usted luchando también con las calumnias y las balas…

—¿Con las balas? —exclamó Nastasia Filipovna.

—Aquí están en mi pecho, y aun me duelen cuando el tiempo cambia. Las recibí en el asedio de Kars. En los demás sentidos, vivo como un filósofo: paseo, juego a las damas en el café, como un burgués retirado de los negocios, y leo la Indépendence. En cuanto a Epanchin, nuestro Porthos, no mantengo relaciones con él desde un incidente que me sucedió hace tres años en el tren,

por culpa de un falderillo…

—¿De un falderillo? ¿Qué le pasó? —dijo, con viva curiosidad, la visitante —. ¿Un incidente a propósito de un faldero? ¿Y en el tren? —añadió, como si las palabras del general le recordasen algo conocido.

—Fue un incidente tonto, que casi no merece mención. Me sucedió con la señora Schmidt, institutriz en casa de la princesa Bielokonsky. Pero no vale la pena de referirlo.

—¡Sí! ¡Cuéntelo! —exclamó Nastasia Filipovna, jovial.

—Yo no había oído hablar de ello antes —observó Ferdychenko «C'est du noveau».

—¡Ardalion Alejandrovich! —exclamó Nina Alejandrovna, suplicante.

—¡Papá: ahí fuera preguntan por usted! —manifestó Kolia.

—La historia es estúpida y puede ser contada en dos palabras —empezó el general, con aire de suficiencia—. Hace dos años, poco más o menos, se acababa de inaugurar la línea férrea de… Teniendo que hacer un viaje de mucha importancia relacionado con mi retiro, me puse un traje civil y fui a la estación. Tomo allí un billete de primera clase, subo al tren, me siento y empiezo a fumar. O mejor dicho, continúo fumando, porque tenía el cigarro encendido antes de subir al coche. Yo iba solo en el departamento. No está permitido fumar, pero tampoco prohibido, así que es una cosa sentida a medias. Además, estaba abierta la ventanilla. De pronto, en el momento de ir a salir el convoy, dos señoras que llevan un falderillo suben al departamento y se instalan frente a mí. La una ostenta un lujoso vestido azul celeste. La otra, de apariencia más modesta, viste un traje de seda negra, con esclavina. Las viajeras tienen un aspecto importante, miran en torno con altivez y hablan en lengua inglesa. Yo, naturalmente, continúo fumando como si tal cosa. Para ser más exacto, debo decir que vacilé un momento, pero en seguida me dije: «Puesto que la ventanilla va abierta, el humo no puede molestarlas». El faldero va sobre las rodillas de la señora de azul. Es muy pequeño, no mayor que mi puño, negro, con las patas blancas y muy raro. Luce un collar de plata con una inscripción. Yo prosigo fumando sin preocuparme de mis compañeras de viaje, aunque noto que parecen desazonadas. Sin duda es mi cigarro el que las pone de mal humor. Una de ellas me mira a través de sus impertinentes de carey. Pero yo sigo impasible. ¡Cómo no dicen nada! Si me hubiesen indicado algo, hecho una alusión, cualquier cosa… ¡Para algo se tiene lengua! Pero no; callan. De improviso, sin la menor advertencia previa, como si se volviese loca repentinamente, la dama del vestido azul me arranca el cigarro de las manos y lo tira por la ventanilla. El tren vuela. Yo la miro asombrado. Es una mujer estrafalaria, realmente estrafalaria, gruesa, de saludable aspecto,

corpulenta, rubia, de mejillas rosadas (y hasta demasiado rosadas ¿saben?). Sus ojos, fijos en mí, exhalan relámpagos. Sin pronunciar una palabra, con perfecta cortesía, una cortesía casi refinada, me adelanto hacia el faldero, lo cojo por el cuello y, ¡zas!, lo envío a hacer compañía al cigarro. No tuvo tiempo más que de lanzar un ligero ladrido. Y el tren continuó su carrera…

—¡Es usted un monstruo! —exclamó Nastasia Filipovna, riendo y palmoteando como una niña.

—¡Bravo, bravo! —gritó Ferdychenko.

Ptitzin no pudo reprimir una sonrisa, aunque le había disgustado también la aparición del general. El propio Kolia, que tan intranquilo parecía antes, acogió con aplausos y risas el relato de su padre.

—Y yo estaba en mi derecho y me sobraba la razón —prosiguió triunfalmente el general—, porque si está prohibido fumar en el tren, con mayor motivo está prohibido llevar perros.

—¡Bravo, papá! —exclamó Kolia con entusiasmo—. ¡Es magnífico! Yo habría hecho sin duda lo mismo que tú. ¡Desde luego!

—¿Y qué le pareció aquello a la señora? —preguntó Nastasia Filipovna, impaciente por conocer el desenlace de la aventura.

—Aquí es precisamente donde el incidente se convierte en desagradable —repuso el general arrugando el entrecejo—. Sin decir una palabra, sin advertencia alguna, la señora me asestó una bofetada. ¡Cuándo le digo que era una mujer estrafalaria!

—¿Y qué hizo usted entonces?

El general bajó la vista, arqueó las cejas, encogió los hombros, apretó los labios, abrió los brazos y, tras un instante de silencio, dijo bruscamente:

—No pude contenerme.

—Y, ¿le pegó duro?

—Le aseguro que no. Se produjo un escándalo, pero no le pegué con fuerza. Me limité a defenderme, a rechazar el ataque. Desgraciadamente, todo el asunto parecía organizado por el mismo demonio. La señora del vestido azul resultó ser una inglesa, institutriz en casa de la princesa Bielokonsky, y la dama de negro era la mayor de las hijas de la princesa, una soltera de treinta y cinco años. Sabida es la intimidad que existe entre el general Epanchin y esa familia. Hubo lágrimas, desmayos, se vistió luto por el perrillo favorito, las seis hijas de la princesa unieron sus lágrimas a las de la institutriz… En resumen: el fin del mundo. Desde luego yo presenté excusas, escribí una carta… Pero no se me quiso recibir ni a mí ni a mi carta. De allí resulté mi

ruptura con los Epanchin y finalmente mi expulsión del ejército.

—Dispénseme —interrumpió Nastasia Filipovna—. ¿Cómo se explica usted que hace seis días se haya publicado exactamente la misma historia en la «Indépendence», periódico con recibo con regularidad? ¡Es exactamente la misma! Esta anécdota sucedió en un tren de una línea renana entre un francés y una inglesa, y en ella figuran también un cigarro arrancado de las manos y un faldero arrojado por la ventanilla, y hasta el desenlace es igual que el de su aventura. Incluso el vestido de la dama era azul celeste…

El general se puso muy encarnado. Kolia, no menos confuso que su padre, se llevó ambas manos a la cabeza. Ptitzin volvió la cara rápidamente. Tan sólo Ferdychenko continuó riendo. En cuanto a Gania, estaba sobre un verdadero potro de tortura desde el principio de la conversación.

—Le aseguro —balbució Ardalion Alejandrovich— que a mí me ha sucedido lo mismo…

—Papá —afirmó altivamente Kolia— tuvo, en efecto, no sé qué disgusto con la Schmidt, la institutriz de los Bielokonsky… ¡Me acuerdo muy bien!

—¡Qué coincidencia tan rara! ¡Los incidentes exactamente iguales en los dos extremos de Europa! —prosiguió Nastasia Filipovna, implacable—. Ya le enviaré la «Indépendence Beige».

—Pero repare —observó el general— que mi aventura sucedió dos años antes…

—Verdaderamente, eso implica una diferencia —repuso la visitante, que lloraba ya a fuerza de tanto reír.

—Quiero decirte dos palabras en privado, papá —intervino Gania con voz temblorosa.

Y maquinalmente asió el hombro de su padre. En la mirada del joven se leía un odio infinito.

En aquel momento resonó un violento campanillazo. Alguien había tirado del cordón hasta casi romperlo, lo que hacía prever una visita excepcional. Kolia se precipitó a abrir la puerta.

X

En la antesala se produjo un vivo barullo, como si hubiesen entrado varias personas en tropel y todavía continuara la invasión. Sonaban diversas voces al mismo tiempo y algunas de ellas en la escalera, de lo que podía deducirse que

la puerta no estaba cerrada aún. Todos se miraron unos a otros, como preguntándose de qué género podía ser semejante visita. Gania se precipitó al comedor, donde ya se habían introducido varios sujetos.

—¡Aquí está el Judas! —gritó una voz conocida de Michkin—. ¡Buenos días, Gania, grandísimo granuja!

—¡Es él, él en persona! —exclamó otra voz.

Michkin no podía dudar ya. El primero que había hablado era Rogochin; el segundo Lebediev.

Gania, petrificado en el umbral del salón, asistió silenciosamente a la entrada en el comedor de los diez o doce hombres que componían el acompañamiento de Rogochin, sin que se le ocurriera impedirla. El grupo, muy heterogéneo, se distinguía en particular por su desorden e incoherencia, sí que también por su escasa educación. Varios habían penetrado sin quitarse sus abrigos o pellizas. Aunque no ebrios en absoluto, todos parecían bastante animados. Para tener el valor de entrar, cada uno de ellos necesitaba sentir el contacto de los otros, porque ninguno habría osado invadir la casa por sí solo.

En consecuencia irrumpían en columna cerrada. El mismo Rogochin avanzaba con circunspección a la cabeza de su partida. Pero era evidente que albergaba intenciones concretas; ello se leía en su rostro sombrío y preocupado. Los demás eran simples comparsas que había reclutado para auxiliarle en caso de necesidad. Entre los tales figuraba, además de Lebediev, el fatuo Zaliochev, que se había despojado del abrigo en el recibidor y se mostraba muy afectadamente distinguido y muy orgulloso de su cabello rizado. Le acompañaban dos o tres personajes del mismo estilo, sin duda alguna hijos de comerciantes. También integraban la banda un estudiante de medicina, un polaco que se había incorporado al grupo no se sabía dónde, un hombrecillo grueso que reía incesantemente, un individuo que vestía un sobretodo de hechura militar, y, en fin, un hombre gigantesco, como de seis pies de alto, muy robusto, taciturno y sombrío y que fiaba mucho, según se advertía a primera vista, en el valor de sus puños. Dos señoras desconocidas miraban desde el descansillo, sin aventurarse a entrar. Kolia les cerró la puerta en el mismo rostro.

—Buenos días, grandísimo granuja de Gania. No esperabas a Parfen Semenovich Rogochin, ¿eh? —repitió el joven comerciante mirando a la cara a Gania, que aún continuaba inmóvil en el umbral del salón.

En aquel momento distinguió en la estancia, frente a él, a Nastasia Filipovna. Evidentemente, Rogochin no contaba encontrarla allí, porque el verla le produjo un efecto extraordinario. Palideció de tal modo, que hasta sus labios perdieron el color.

—¡Conque era verdad! —dijo en voz baja, como para sí, mientras una expresión absorta se fijaba en su semblante—. ¡Esto es el fin! Ea, ¿me contestas o no? —gritó de pronto dirigiendo a Gania su mirada colérica—. ¡Vamos, habla!

Se ahogaba; las palabras salían de su garganta con dificultad. Dio maquinalmente un paso para entrar en el salón, pero al cruzar el dintel distinguió a las señoras Ivolguin y, a pesar de su nerviosidad se detuvo, algo turbado. Lebediev le seguía. El funcionario, muy cargado ya de bebida, acompañaba a Rogochin como si fuese su sombra. Después iban el estudiante, el atleta, Zaliochev, que saludaba en todas direcciones, y el hombrecillo obeso. Desde el primer momento todos se sintieron confusos por la presencia de Nina Alejandrovna y de Varia, pero no cabía contar demasiado con lo duradero de aquella impresión y era notorio que cuando llegase el momento de «empezar» olvidarían muy pronto el respeto debido a las señoras.

—¡Cómo! ¿También tú aquí, príncipe? —dijo Rogochin, un tanto sorprendido de aquel encuentro—. ¡Y siempre con polainas! —suspiró.

Olvidando en el acto la presencia del príncipe, dirigió la mirada a Nastasia Filipovna, hacia la que avanzaba como atraído por una fuerza magnética.

Nastasia Filipovna contemplaba a los recién llegados con mezcla de curiosidad e inquietud.

Gania recuperó su presencia de ánimo. Miró con severidad a los intrusos y preguntó, con voz fuerte, hablando en especial a Rogochin:

—¿Quieren decirme lo que significa esto? Creo, señores, que no entran ustedes en una cuadra. Mi madre y mi hermana están en el salón.

—Ya lo vemos —murmuró Rogochin, entre dientes.

—Eso está a la vista —agregó Lebediev, por decir algo.

El atleta, creyendo sin duda llegado el momento, emitió un gruñido sordo.

—Sin embargo —continuó Gania, cuya voz alcanzó bruscamente un diapasón aún más elevado—, en primer lugar pasen y luego háganme saber…

Rogochin no se movió de su sitio.

—¿Conque no sabes nada? —inquirió con aviesa sonrisa—. ¿No te acuerdas de Rogochin?

—Me parece haberle visto en algún sitio, pero…

—¡Le parece! ¿No oís? Pues no hace más de tres meses que me ganaste al juego doscientos rublos que pertenecían a mi padre. El viejo ha muerto antes de que se enterara de esa pérdida. Tú distrajiste mi atención y entre tanto Kniv

hizo trampa… Ptitzin fue testigo. ¿Y no te acuerdas de mí? Si yo saco tres rublos y te los enseño, eres capaz de andar en cuatro pies por el bulevar Vassilievsky. ¡Ése es tu carácter! ¡Ésa tu alma! He venido para comprarte. No repares en mis botas sucias; tengo mucho dinero. Te voy a comprar entero, amigo mío, te voy a comprar vivo y coleando… Y si quieres os compraré a todos, lo compraré todo —vociferó Rogochin, cuya embriaguez se hacía más patente por momentos—. ¡Nastasia Filipovna! —gritó—. Escúcheme: no le pido más que una palabra: ¿se va a casar con Gania? ¿Sí o no?

Y al hacer aquella pregunta Rogochin estaba tembloroso como si se dirigiese a una divinidad, pero a la vez hablaba con la audacia del condenado que, ya al pie del patíbulo, no tiene por qué preocuparse de nada. Esperó la contestación, presa de mortal inquietud.

Nastasia Filipovna le examinó de pies a cabeza con mirada burlona y provocativa; mas, después de contemplar sucesivamente a Gania, Nina Alejandrovna y Varia, cambió de aspecto.

—¡Nada de eso! ¿Qué le pasa? ¿Cómo se le ha ocurrido la idea de preguntarme tal cosa? —repuso en tono bajo y grave donde parecía vibrar cierta sorpresa.

—¡Ha dicho que no! —gritó Rogochin, arrebatado de alegría—. ¿Conque no? Pues me habían dicho… ¿No pretendían, Nastasia Filipovna, que había prometido usted su mano a Gania? ¿A él? ¿Cómo iba a ser posible? ¡Ya lo decía yo a todos! Por cien rublos podría comprarle entero. Si le pago mil rublos por renunciar a usted (y en caso necesario llegaré hasta tres mil) la víspera de la boda se eclipsaría, abandonándome la posesión plena y completa de su novia. ¿No es cierto, Gania? ¡Contesta, granuja! ¿Verdad que tomarás los tres mil rublos? ¡Tómalos: aquí los tienes! He venido para hacerte firmar una renuncia en regla. ¡He dicho que iba a comprarte, y te compraré!

—¡Salga de aquí! ¡Está usted borracho! —gritó Gania, poniéndose encarnado y pálido alternativamente.

Una explosión de murmullos acogió aquella frase. Hacía rato que la banda de Rogochin no esperaba más que una provocación para intervenir. Lebediev inclinándose al oído de Parfen Semenovich, le habló con animación.

—¡Es verdad, funcionario! —gritó Rogochin—. ¡Es verdad! ¡Tienes razón, aunque estés como una cuba! ¡Hagámoslo así! Nastasia Filipovna —dijo con la expresión de un maníaco, pasando súbitamente de la timidez a la insolencia —, aquí tiene dieciocho mil rublos.

Y mientras hablaba lanzó ante ella, sobre la mesa, un montón de billetes contenidos en un papel blanco atado con un cordón.

—¡Ahí los tiene! Y luego habrá más…

No era aquello exactamente lo que se había propuesto decir, pero no se atrevió a expresar del todo su pensamiento.

Lebediev tornó a hablar en voz baja al oído de Rogochin.

—¡No, no! —se le oyó cuchichear con aire consternado.

Se comprendía que la magnitud de la suma asustaba al empleadillo y que proponía empezar ofreciendo una cifra mucho más baja.

—No, amigo mío, tú no entiendes de esto… Y además, tú y yo somos dos imbéciles —respondió Rogochin, estremeciéndose bajo la airada mirada de Nastasia Filipovna—. ¡He hecho mal en escucharte! ¡Me has obligado a cometer una tontería! —exclamó con tono que delataba un profundo arrepentimiento.

Viendo el aspecto abatido de Rogochin, Nastasia Filipovna prorrumpió en una carcajada.

—¿Dieciocho mil rublos a mí? ¡Cómo se le nota que es un aldeano! —exclamó con descarada insolencia alzándose del sofá cual dispuesta a irse.

Gania contemplaba aquella escena con el corazón abatido.

—¡Cuarenta mil! ¡Cuarenta mil y no dieciocho mil! —replicó Rogochin inmediatamente—. Ptitzin y Biskup me han ofrecido entregarme cuarenta mil esta tarde, a las siete. ¡Cuarenta mil! ¡Todos para usted!

Aquel chalaneo era francamente vergonzoso; pero Nastasia Filipovna parecía complacerse en prolongarlo, porque seguía riendo sin marcharse. Las dos Ivolguin se habían puesto en pie, esperando, silenciosas, el desenlace de la situación. De los ojos de Varia brotaban relámpagos. La escena parecía haber influido muy desagradablemente sobre Nimia Alejandrovna que temblaba y vacilaba, como a punto de desmayarse.

—¡Si hace falta le doy cien mil! Hoy mismo pondré cien mil rublos a su disposición. Ptitzin, procúrame esa cantidad. Tendrás una buena ganancia.

Ptitzin se acercó a Parfen Semenovich y le cogió por un brazo.

—Has perdido la cabeza —le dijo en voz baja—. Hazte cargo de la casa en que te encuentras. Estás borracho. Vas a hacer que llamen a la policía.

—Fantasea bajo los efectos de la bebida —insinuó, Nastasia Filipovna.

—No fantaseo. El dinero estará preparado esta tarde. Ptitzin, usurero, cuento contigo. Necesito cien mil rublos para esta tarde al interés que quieras. Yo probaré que no vacilo ante nada —exclamó Rogochin, más exaltado cada vez.

Ardalion Alejandrovich, profundamente irritado, al parecer, se acercó de pronto a Rogochin, y gritó amenazador:

—¿Quiere decirme qué significa esto?

El silencio observado hasta entonces por el general hacía harto grotesca aquella salida imprevista. Se oyeron risas.

—¡Vaya una ocurrencia! —dijo Rogochin, con una carcajada—. Ea, buen viejo, acompáñanos y te pagaremos unas copas.

—¡Qué cobardía! —exclamó Kolia, con lágrimas de vergüenza y de indignación.

—¿Es posible que no haya entre todos un hombre capaz de echar de casa a esa desvergonzada? —gritó bruscamente Varia, temblando de cólera.

—¡Me ha llamado desvergonzada! —comentó Nastasia Filipovna con jovialidad despectiva—. ¡Y yo que venía, como una tonta, a invitarlas a mi velada! ¡Mire cómo me trata su hermana, Gabriel Ardalionovich!

El arranque de Varia había dejado abrumado a Gania por un momento. Pero ahora, viendo que Nastasia Filipovna iba a marcharse en realidad, se lanzó a su hermana como un energúmeno y le cogió la mano.

—¿Qué has hecho? —aulló, mirándola de tal modo que parecía resuelto a darle de golpes.

Estaba realmente fuera de sí; era incapaz de todo raciocinio.

—¿Qué he hecho? ¿Por qué tiras de mí? ¿Quieres que vaya a pedirle perdón después de haberse presentado aquí para insultar a tu madre y deshonrar tu casa, miserable? —respondió Varia, mirando a su hermano con expresión soberbia y provocativa.

Por unos momentos ambos permanecieron frente a frente. Gania seguía oprimiendo la mano de su hermana entre la suya. Por dos veces, Varia intentó soltarse y al fin, ante la impotencia de sus esfuerzos, enfurecióse y escupió en la cara a su hermano.

—¡Valiente muchacha! —gritó Nastasia Filipovna—. ¡Bravo, Ptitzin! ¡Le felicito!

Una nube oscureció los ojos de Gania. Perdiendo el dominio de sí mismo, alzó la mano sobre el rostro de su hermana. Pero cuando iba a descargar el golpe, un brazo sujetó el suyo. Michkin acababa de interponerse.

—¡Basta, basta! —gritó con firmeza, aunque su extraordinaria agitación le hacía temblar de cabeza a pies.

—¿Es que he de encontrarte eternamente en mi camino? —clamó Gania,

en el paroxismo de la ira.

Y soltando a su hermana asestó al príncipe un violento bofetón.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Kolia, golpeándose las manos.

Por todas partes se elevaron exclamaciones. Michkin palideció. Miró a Garúa fijamente con una viva expresión de reproche, sus labios temblorosos hicieron un esfuerzo para hablar y al fin se contrajeron en una extraña sonrisa.

—Es igual. Siendo a mí no me importa… Pero no habría tolerado que maltratase a su hermana —murmuró al fin.

Y luego, como si el ver a Gania le causase dolor, se apartó de él y, cubriéndose el rostro con las manos, se retiró a un rincón, volvió el semblante hacia la pared y murmuró, con voz entrecortada:

—Esta acción ha de avergonzarle mucho, Gabriel Ardalionovich.

Gania parecía aterrorizado. Kolia estrechó a Michkin entre sus brazos y le colmó de consuelos. Tras él fueron a agruparse en torno a Michkin, Rogochin, Vania, Ptitzin, Nina Alejandrovna y todos los demás, sin exceptuar al general Ivolguin.

—¡No es nada, no es nada! —decía el príncipe, siempre con la misma extraña sonrisa en los labios.

—¡Gania se arrepentirá! —gritó Rogochin—. ¡Debía darte vergüenza, Gania, haber pegado a este… corderito! —reprochó, sin encontrar frase más adecuada—. Querido príncipe, escúpele a la cara y vente conmigo. ¡Ya verás cómo sabe querer Rogochin!

Nastasia Filipovna había quedado también muy impresionada por la conducta de Gania y la reacción del príncipe. Su falsa alegría, que tan poco armonizaba con su rostro habitualmente pálido y soñador, pareció dejar el sitio a un sentimiento nuevo. Se advertía, sin embargo, que la joven quería luchar contra tal impulso y conservar su expresión irónica.

—Realmente, creo haber visto su cara en algún sitio —observó de pronto con acento grave, recordando que ya se le había ocurrido antes la misma idea.

—¿No le da vergüenza obrar de ese modo? ¿Es posible que sea usted lo que finge ser, Nastasia Filipovna? —exclamó el príncipe repentinamente.

Aquellas palabras de censura y la emoción sincera con que Michkin las pronunció, sorprendieron a Nastasia Filipovna. Sin duda para disimular, sonrió, aunque algo turbada, lanzó una mirada a Gania y se fue del salón. Pero antes de llegar a la antesala volvió de improviso, cogió la mano de Nina Alejandrovna y se la llevó, a los labios.

—El príncipe me ha comprendido: no soy en efecto así —murmuró con voz conmovida y precipitada, mientras un súbito rubor coloreaba su rostro.

Y girando sobre sus talones, salió tan de prisa que nadie pudo acertar el motivo de que hubiese vuelto a entrar. Solamente se le había visto dirigirse en voz alta a Nina Alejandrovna y se había creído observar que le besaba la mano. Pero ni un solo detalle de esta rápida escena había escapado a Varia, y cuando la visitante se fue, la joven la miró con sorpresa.

Gania, recuperando la conciencia de sí mismo, se precipitó en pos de Nastasia Filipovna y pudo alcanzarla en la escalera.

—No me acompañe —dijo ella—. Hasta la noche. No deje de acudir.

Él tornó al piso, turbado, inquieto, oprimido por un enigma que gravitaba sobre su ánimo más pesadamente que nunca. El recuerdo de la ofensa inferida a Michkin relampagueó en su cerebro. A su lado pasó como una tromba toda la banda de Rogochin, que salía hablando acaloradamente. En la precipitación de su marcha casi derribaron a Gania, quien estaba tan absorto que apenas lo notó. Rogochin iba acompañado por Ptitzin, a quien interpelaba con vehemencia, al parecer sobre algo muy importante.

—¡Has perdido, Gania! —gritó al salir.

Gabriel Ardalionovich siguióle con ojos preocupados hasta que le vio desaparecer.

XI

El príncipe abandonó el salón y se retiró a su cuarto, donde Kolia acudió a consolarle. El pobre muchacho, ahora, parecía incapaz de separarse de Michkin.

—Ha hecho usted bien en irse de la sala —dijo—. Ahora la cosa se va a poner más agria todavía. Esta es nuestra existencia diaria. ¡Y todo por culpa de esa Nastasia Filipovna!

—Veo que aquí tienen ustedes bastantes penas, Kolia —dijo Michkin.

—Sí, muchas. Pero no merece la pena hablar de nosotros. Si sufrimos es por nuestra culpa. En cambio, yo tengo un íntimo amigo… ¡y ése sí que es desgraciado! ¿Quiere usted que se lo presente?

—Con mucho gusto. ¿Es algún camarada suyo?

—Sí, casi un camarada. Ya se lo explicaré todo más adelante. Dígame:

¿qué le parece Nastasia Filipovna? ¿Verdad que es muy hermosa? Yo no la había visto nunca, y no por falta de ganas. Y me ha deslumbrado. Si Gania se casase con ella por amor, se lo perdonaría, pero ¡qué haya de recibir dinero! ¡Eso es deplorable!

—No simpatizo mucho con su hermano.

—¡No me extraña! Después que… Pero yo no miro esas cosas como suelen mirarse. Porque un loco, un imbécil, o un granuja, en un paroxismo de locura, dé una bofetada a alguien, éste ya queda deshonrado para toda la vida, a menos que lave la injuria con sangre o su agresor le pida perdón de rodillas. Esto, para mí, es absurdo y despótico. «La mascarada» de Lermontov se funda en esto, mas, a mi juicio, es una estupidez. O, mejor dicho, quiero indicar que no es natural. Claro que Lermontov era casi un niño cuando escribió ese drama…

—Su hermana me parece una mujer muy agradable.

—Es muy valiente. ¡Hay que ver cómo ha escupido a Gania en la cara! Usted no ha hecho lo mismo, aunque estoy seguro de que no por falta de valor. Pero mírela: ahí viene. En hablando del rey de Roma… Ya sabía yo que vendría: es una mujer muy noble, aunque tiene sus defectos…

Varia comenzó por increpar a su hermano.

—¡Ea, largo de aquí! Éste no es tu sitio. Vete con papá. ¿Le ha molestado Kolia, príncipe?

—No, al contrario.

—¡Ya estás con ganas de gruñir, Varia! Esto es lo que tienes de malo. Por cierto que yo pensaba que papá se había ido con Rogochin. Seguramente lamenta ya no haberle acompañado. Voy a ver qué hace —dijo Kolia, saliendo.

—Gracias a Dios, he convencido a mamá de que se acueste y no ha habido más disputas —manifestó Varia—. Gania está avergonzado y muy deprimido. Y tiene motivos para estarlo. ¡Qué lección! He venido, príncipe, para darle las gracias y para hacerle una pregunta. ¿No conocía usted antes a Nastasia Filipovna?

—No, no la conocía.

—Entonces, ¿cómo le ha dicho que no es lo que finge? Parece que ha adivinado usted. Es muy posible, en efecto, que esa mujer no sea así. ¡Pero no seré yo quien me ocupe en descifrar su carácter! Es evidente desde luego que acudía con intención de molestarnos. He oído antes de ahora contar ciertas cosas extrañas a propósito de ella. Y, si quería invitarnos, ¿por qué empezó mostrándose grosera con mamá? Ptitzin la conoce bien y afirma que no comprende la conducta de que alardeó al principio. Y luego, ese Rogochin…

Una mujer que se respete no puede tener una conversación así en casa de su… Mamá está muy inquieta por usted…

—No hay motivo —dijo Michkin, con un expresivo ademán.

—¡Hay que ver lo dócil que esa mujer ha estado con usted, príncipe!

—¿Dócil?

—Usted le ha dicho que era una vergüenza para ella obrar así e inmediatamente ha cambiado por completo. ¡Tiene usted mucha influencia sobre ella! —comentó Varia, con una leve sonrisa.

Se abrió la puerta y con gran sorpresa de los interlocutores, Gabriel Ardalionovich entró en la habitación.

La presencia de su hermana no le desconcertó en lo más mínimo. Permaneció unos instantes en el umbral y después adelantó resueltamente hacia Michkin.

—Príncipe, he cometido una cobardía. Perdóneme, amigo mío —dijo con acento emocionado.

Su semblante expresaba vivo sufrimiento. El príncipe le miró con extrañeza y no contestó.

—¡Perdóneme, perdóneme! —suplicó Gania ¡Si quiere, le besaré la mano!

Michkin, muy enternecido, tendió los brazos a Gania, sin decir palabra. Los dos se abrazaron con un sentimiento sincero.

—Yo distaba mucho de juzgarle mal —manifestó el príncipe, respirando con dificultad—. Pero me parecía usted incapaz de…

—¿Incapaz de reconocer mis errores? Y, por mi parte, ¿de qué había sacado yo antes que era usted un idiota? Usted siempre repara en lo que no reparan los demás. Con usted se podría hablar de… Pero más vale callar.

—Hay otra persona ante la que debe usted reconocerse culpable —dijo Michkin, señalando a Varia.

—La enemistad de mi hermana conmigo es definitiva ya. Esté seguro, príncipe, de que hablo con fundamento. Aquí nunca se perdona nada sinceramente —replicó Gania con viveza, apartándose de Varia.

—Te engañas —dijo Varia—. Sí, te perdono.

—¿E irás esta noche a casa de Nastasia Filipovna?

—Iré si me lo exiges, pero yo soy la que te pregunto: ¿No crees absolutamente imposible que la visite en las circunstancias actuales?

—No. Nastasia Filipovna es muy amiga de plantear enigmas. Pero todo ha sido un juego.

Y Gania sonrió con amargura.

—Ya sé que esa mujer no es así y que todo ello constituye un juego por su parte. Pero, ¡qué juego! ¿No ves, además, por quién te toma, Gania? Cierto que ha besado la mano de mamá; admito también que su insolencia fuera ficticia; mas, aparte eso, hermano, se ha burlado de ti. Te aseguro que setenta y cinco mil rublos no compensan semejante cosa. Te hablo así porque sé que eres aún capaz de sentimientos nobles. Tampoco tú debieras ir. Ten cuidado. Esto no puede terminar bien.

Y Varia, muy agitada, salió precipitadamente de la habitación.

—He aquí el modo de ser de los de esta casa —dijo Gania, sonriendo—. ¿Es posible que imaginen que yo ignoro todo lo que me predican? ¡Lo sé tan bien como ellos!

Y se sentó en el diván con evidente deseo de alargar la visita.

—Entonces yo me pregunto —repuso Michkin con timidez— cómo puede ser que esté usted decidido a afrontar un tormento así sabiendo que setenta y cinco mil rublos no lo compensan.

—Yo no hablaba de eso —murmuró Gania—. Pero ya que viene a propósito, dígame: ¿Cree usted que setenta y cinco mil rublos valen la pena de sufrir ese «tormento»?

—A mi juicio, no.

—Ya sabía que usted opinaría así. ¿Y cree vergonzoso casarse en esas condiciones?

—Muy vergonzoso.

—Pues sepa usted que me casaré, y que ahora estoy absolutamente decidido. Hace un rato aún titubeaba, pero ahora, no. No me haga observaciones. Todo lo que usted pueda decirme lo sé de antemano.

—No; lo que voy a decirle no se le ha ocurrido. A mí me extraña mucho su extraordinaria certeza.

—¿De qué?

—De que Nastasia Filipovna no pueda dejar de casarse con usted. Su seguridad de que el asunto es cosa arreglada. Y aun admitiendo que se case con ella, me sorprende verle tan seguro de recibir los setenta y cinco mil rublos. Desde luego hay en este caso muchos detalles que ignoro…

Gania, con un brusco movimiento, se acercó a Michkin.

—Claro: no lo sabe usted todo —dijo—. ¿Por qué había de resignarme yo a esa carga de no mediar dinero?

—Me parece que casos así se producen con mucha frecuencia: uno se casa por interés y el dinero queda en manos de la esposa.

—En este caso, no… Aquí median… median circunstancias especiales —repuso Gania, tomándose pensativo y preocupado—. Y en cuanto a la contestación de ella no hay duda alguna —se apresuró a añadir—: ¿De qué saca usted en limpio que puede negarme su mano?

—No sé sino lo que he visto. También Bárbara Ardalionovna le ha manifestado hace un momento…

—Las palabras de mi hermana no tienen importancia. No sabe lo que dice. Y respecto a Rogochin, estoy seguro de que Nastasia Filipovna se ha burlado de él. Me he dado muy buena cuenta… Era evidente. Antes he tenido cierto temor, pero ahora lo veo todo con claridad. Acaso me objete usted que su modo de comportarse con mis padres y con Varia…

—Y con usted.

—Lo admito. Pero en todo esto hay un antiguo rencor femenino, y nada más. Nastasia Filipovna es una mujer terriblemente irascible, vengativa y orgullosa. ¡Parece un empleado pospuesto en el ascenso! Ella quería alardear de su desprecio por mí y por mí, no lo niego… Y sin embargo, se casará conmigo. Usted no tiene idea de las comedias que el amor propio sugiere al ser humano. Nastasia Filipovna me considera despreciable, porque me caso únicamente por el dinero con una mujer que ha sido de otro hombre, y no sabe que cualquiera en mi caso se portaría mucho más vilmente, parque se aproximaría a ella dirigiéndole discursos liberales y avanzados, explotando hábilmente la cuestión de los derechos femeninos, haciendo creer sin dificultad a esa necia vanidosa que sólo deseaba casarse con ella por su «nobleza de alma» y por su «desgracia», cuando, en fin de cuentas, se casaría con ella por el dinero. Lo que la indigna es que yo no finja cuando convendría fingir. Ella, a su vez, ¿qué hace sino lo mismo que yo? Así, pues, la conclusión es ésta: ¿por qué me desprecia y finge de ese modo? Porque yo, en vez de humillarme, le he dado pruebas de orgullo. ¡Pero ya veremos!

—¿La amó usted antes de esto?

—Al principio, sí. Pero ya, no. Hay mujeres muy buenas como amantes y detestables como esposas. No quiero decir, entiéndame, que yo haya sido amante de Nastasia Filipovna. Si se propone vivir en paz conmigo, yo viviré en paz con ella. Pero si se rebela la abandonaré llevándome el dinero. No quiero hacer el ridículo; sobre todo, no quiero hacer el ridículo.

—Sigo creyendo que Nastasia Filipovna es inteligente —dijo Michkin, no sin temor de ofender a Gania—. ¿Por qué acepta este matrimonio pudiendo prever las tribulaciones que la esperan? Le cabría casarse con otro… Eso es lo que me extraña.

—Hay ciertas razones… Usted no lo sabe todo, príncipe… Es que… Además, está convencida de que la amo con locura, se lo aseguro. Incluso me inclino a creer que ella me quiere a su modo. Ya conoce usted el proverbio: «Quien bien te quiere, te hará llorar». Ella me considerará siempre como un bellaco (y puede que sea lo que le convenga en el fondo), pero a pesar de todo me amará a su manera. Y está preparándose para ello: tal es su carácter. Es una verdadera rusa, se lo juro, príncipe. Pero yo le preparo una sorpresa. Aunque impremeditadamente, la escena de antes con Varia ha resultado oportuna para servir mis intereses. Nastasia Filipovna ha tenido así la prueba de mi devoción por ella, devoción que me llevó, en apariencia, a mostrarme dispuesto a romper todos los vínculos con mi familia. Esté usted seguro de que no soy un necio… Pero sí dirá usted que soy un charlatán, ¿no? Quizá yo no acierte, querido príncipe, al hacerle estas confidencias, mas me he lanzado sobre usted, porque es el primer hombre honrado que he conocido. Al decirle que me he lanzado sobre usted no pretendo hacer un juego de palabras. No está usted disgustado ya conmigo por lo de antes, ¿verdad? Acaso sea ésta la primera vez desde hace dos años que hablo con el corazón en la mano. Créame que aquí padecemos una terrible escasez de personas honorables. Ninguno supera en honradez a Ptitzin… ¡Figúrese! Creo que se ríe usted… Pero, ¿no sabe que los granujas estiman a la gente honrada? Y yo… Aunque, por otra parte, ¿por qué he de ser yo un granuja? Dígame con franqueza, ¿me cree usted un granuja? ¿Por qué me califican todos así, empezando por Nastasia Filipovna? Mas, ya que lo hacen, sigo el ejemplo de ellos y de ella y me califico de granuja también. ¡Adelante, pues, con la granujería!

—Desde ahora, yo no lo consideraré nunca de tal modo —dijo Michkin—. No hace mucho le juzgaba un malvado, y sus palabras presentes me producen una gran alegría. Esto es una lección, e indica que no se puede juzgar con ligereza. Ya veo, Gabriel Ardalionovich, que usted, lejos de ser un malvado, no puede ser considerado ni aun como un hombre muy corrompido. Mi opinión es que usted es una de las personas más corrientes que existen. Si por algo se distingue, es por una gran flaqueza de carácter y por una falta absoluta de originalidad.

Gania sonrió para sí, con sarcasmo, pero no habló. Michkin comprendió que su opinión había desagradado a su interlocutor y calló también, confuso.

—¿Le ha pedido dinero mi padre? —interrogó Gania de repente.

—No.

—Se lo pedirá, pero no se lo dé. Antes mi padre era un hombre correctísimo, lo recuerdo bien. Frecuentaba la mejor sociedad. Mas ¡qué pronto empieza la decadencia de estos señores tan correctos, cuando llegan a viejos! Al primer revés de fortuna, se opera en ellos una transformación completa. Antaño, se lo aseguro, mi padre no mentía jamás; apenas si era un poco más entusiasta de lo debido. ¡Y vea en lo que ha venido a parar! La culpa es del vino, sin duda. ¿No sabe usted que tiene una querida? De modo que no es ya un mero charlatán inofensivo. No comprendo la paciencia de mamá, ¿Le ha contado ya mi padre el asedio de Kars? ¿No le ha dicho que tenía un caballo gris que hablaba? Se ve que no ha tenido tiempo todavía…

Y Gania rompió en una franca carcajada.

—¿Por qué me mira usted así? —preguntó bruscamente al príncipe.

—Porque me sorprende verle reír tan sinceramente. Tiene usted, en realidad, una alegría casi infantil. Cuando ha venido a reconciliarse conmigo y me ha dicho: «Si quiere, le besaré la mano», he pensado que un niño no habría podido portarse de otro modo… Es usted, pues, capaz de hablar y proceder todavía con la candidez de la infancia. Luego, de improviso, me habla usted de sus tenebrosos proyectos concernientes a los setenta y cinco mil rublos. Verdaderamente, todo ello me parece absurdo e increíble.

—¿Y qué quiere deducir de eso?

—Que se lanza usted atolondradamente a la empresa y que haría bien en pensarlo dos veces. Puede que Bárbara Ardalionovna tenga razón.

—¡Ah, ahora salimos con la moral! —replicó vivamente Gania—. Ya sé que soy un muchacho, y lo acredito por el simple hecho de haber entablado tal conversación con usted. Pero no me lanzo por cálculo a este tenebroso asunto, príncipe —continuó el joven, herido en su amor propio e incapaz ya de dominar sus palabras—. Si hiciese un cálculo, seguramente me engañaría, porque soy muy débil aún de mente y de carácter. Obedezco a una pasión y a un impulso que para mí son antes que todo lo demás. Usted cree que una vez en posesión de los setenta y cinco mil rublos yo me apresuraré a comprar un coche. No: entonces concluiré de usar este abrigo viejo que llevo hace tres años y renunciaré a todas mis amistades del círculo. Seguiré el ejemplo de los que han triunfado. A los diecisiete años, Ptitzin dormía al raso y vendía cortaplumas. Empezó con un kopec y ahora posee sesenta mil rublos. Pero, ¡hay que ver lo que le ha costado llegar a ello! Esos principios penosos son los que quiero evitar. Empezando ya con un capital, de aquí a quince años podrá decir la gente: «Ese es Ivolguin, el rey de los judíos». Usted opina que esto carece de originalidad, que es mera flaqueza de carácter, que no poseo talentos particulares, que soy un hombre corriente… Usted me ha hecho el honor de no considerarme un granuja y no sabe que le hubiera golpeado de buena gana en

recompensa de su buena opinión. Me ha ofendido usted más cruelmente que Epanchin, que me juzga capaz de venderle mi mujer (y observe que esa conjetura por parte suya es completamente gratuita, ya que nunca se ha tratado de semejante cosa entre nosotros, ni ha procurado siquiera inducirme a ello, de modo que sólo lo cree porque él mismo es un ingenuo en el fondo). Todo esto me trae muy disgustado hace tiempo, amigo. Yo necesito dinero. Una vez rico, entérese, seré un hombre muy original. Lo que el dinero tiene de más vil y despreciable es que incluso proporciona talentos. Y los proporcionará mientras el mundo sea mundo. Usted dirá que todo esto son chiquilladas y acaso novelería. Pues, entonces, resultará doblemente divertido para mí. Haré lo que me propongo. «Rira bien qui rira le dernier». ¿Por qué cree usted que Epanchin me ofende de ese modo? ¿Por maldad? Nada de eso. Sólo porque soy un Don Nadie en la sociedad. Pero luego… En fin, ya hemos hablado bastante: he visto asomar dos veces la nariz de Kolia, lo que quiere decir que la mesa está servida. Me voy a comer. Acudiré a hablarle con frecuencia. No se encontrará usted mal con nosotros. Desde ahora va a ser considerado como un miembro más de la familia. Pero, fíjese en esto, no se le ocurra traicionarme. Creo que usted y yo hemos de ser, o amigos, o enemigos. Dígame, príncipe: si antes le hubiese besado la mano como estaba sinceramente resuelto a hacer, ¿no cree usted que después de eso me habría convertido en su enemigo?

Michkin reflexionó un momento y luego rompió a reír.

—Sí, se habría convertido en ello, sin duda; pero no por mucho tiempo. Más adelante, le hubiera sido imposible conservar semejante sentimiento y me habría perdonado.

—¡Hola! ¡Con usted hay que ser prudente! ¿Quién sabe si no es usted ya enemigo mío? A propósito —y rio—, ya olvidaba preguntárselo… Me parece que Nastasia Filipovna le ha gustado mucho. ¿Es cierto?

—Sí, me gusta.

—¿Está usted enamorado de ella?

—No… no.

—Vaya, se pone usted encarnado y se siente inquieto… No importa, no importa… ¿Ve? Ya no me río. Hasta luego… Escuche: ¿sabe que Nastasia Filipovna es una mujer virtuosa? ¿No le parece increíble? ¿Se figura que mantiene relaciones íntimas con Totzky? ¡Nada de eso! Hace mucho tiempo que no. ¿Y ha notado también que a veces es muy poco dueña de sí, y que hoy ha perdido la serenidad en algunos momentos? Eso es indudable. Así son siempre las personas amigas de dominar a los demás. Ea, adiós…

Gania salió con mucha más animación que había entrado y ya en la

plenitud de su buen humor. Michkin permaneció inmóvil y pensativo durante diez minutos.

Kolia entreabrió la puerta otra vez y asomó apenas la cabeza.

—No tengo ganas de comer, Kolia. He almorzado muy fuerte con los Epanchin.

Kolia penetró en la habitación y tendió al príncipe un pliego doblado y cerrado. Era una nota escrita por el general. En el rostro del muchacho se notaba lo ingrato que le era encargarse de semejante comisión. Una vez leído el mensaje, Michkin se levantó y cogió su sombrero.

—Es a dos pasos de aquí —dijo Kolia, confuso—. Papá está bebiendo. Cómo se ha podido arreglar para abrirse crédito en ese establecimiento, es cosa que no acierto a comprender. Querido príncipe, le ruego que no diga a mi familia que le he traído esa nota. He jurado mil veces que no aceptaría tales comisiones, poro no tengo luego el valor de negarme. Le ruego que no haga cumplidos con papá. Dele unas pocas monedas, lo que tenga suelto, y asunto terminado…

—Tengo interés en ver a su padre, Kolia. Quiero hablarle de un asunto… Vamos…

XII

Kolia condujo a Michkin a la Litinaya. Allí, en un café con billar anexo, situado en un piso bajo, Ardalion Alejandrovich se hallaba en un reservado del rincón derecho, con el aire de un parroquiano habitual. Tenía una botella ante sí y leía un ejemplar de la «Indépendence Beige», mientras esperaba al príncipe. Viéndole entrar, dejó el periódico y se entregó a una explicación prolija y verbosa de la que Michkin no comprendió casi nada, porque el general distaba mucho de hallarse sereno.

—No llevo diez rublos sueltos —atajó Michkin—. Tome este billete de veinticinco, cámbielo y deme los quince que sobran, porque si no me quedo sin un groch.

—Por supuesto. Ahora mismo…

—Aparte eso quiero pedirle un favor… ¿No ha estado usted nunca en casa de Nastasia Filipovna?

Ardalion Alejandrovich sonrió con irónica y triunfal fatuidad.

—¿Qué si no he estado en su casa? ¿Es posible que me lo pregunte?

¡Varias veces, querido, varias veces! Pero finalmente he dejado de visitarla porque no quiero formar una unión inadmisible. Usted mismo lo ha visto y ha sido testigo de ello esta mañana. He hecho cuanto debe hacer un padre… pero un padre indulgente y benigno. Ahora va usted a saber cómo obra un padre deferente, y entonces veremos si un militar veterano y benemérito de su patria triunfa de la intriga o si una desvergonzada mujerzuela entra a viva fuerza en una familia noble.

—Quería preguntarle si, como conocido, podía usted presentarme esta noche en casa de Nastasia Filipovna. Es absolutamente preciso que la vea hoy, porque necesito hablarle. Pero no sé cómo hacerme presentar en su casa. Cierto que ya me conoce; mas no he sido invitado a la reunión de hoy, y hoy precisamente la reunión es privada. Desde luego estoy dispuesto a prescindir de ciertas conveniencias… Si logro entrar en la casa, me tiene sin cuidado que luego se burlen de mí.

—Su idea, joven amigo, coincide en todos los puntos con la mía —exclamó el general, encantado—. No ha sido sólo con motivo de esta pequeñez por lo que le he llamado —añadió, sin dejar por eso de embolsarse el billete—. Precisamente le quería proponer una expedición a casa de Nastasia Filipovna, o, mejor dicho, contra Nastasia Filipovna. ¡El general Ivolguin y el príncipe Michkin! ¡Habrá que ver el efecto que le causa! Con el pretexto de una atención, la visitaré hoy, día de su cumpleaños, y entonces le haré saber mi voluntad… Indirectamente, claro, pero para el caso será lo mismo. Entonces Gania comprenderá cuál es su deber, y veremos si un padre anciano, encanecido al servicio de la patria y… y todo eso… impone la razón, o si… En fin: lo que haya de ser, será. Ha tenido usted una idea luminosa. Iremos a las nueve; nos sobra, pues, mucho tiempo.

—¿Dónde vive Nastasia Filipovna?

—Bastante lejos. En la casa Mitovtzov, cerca del Gran Teatro, en el primer piso. A pesar de ser el día de su cumpleaños, no habrá mucha gente y todos se retirarán pronto.

Había anochecido hacía rato y aún continuaba el príncipe allí, escuchando la charla del general, quien iniciaba infinitos relatos sin terminar ninguno. Al llegar Michkin, Ivolguin había encargado una botella más, que bebió en una hora. Luego pidió otra, que vació igualmente. Era presumible que en el curso de sus libaciones el general habría tenido tiempo de narrar toda su historia.

Al fin, el príncipe se levantó diciendo que no podía esperar más. Ardalion Alejandrovich bebió las últimas gotas restantes en la botella y salió, tambaleándose, de la habitación.

Michkin se sentía desesperado. No acertaba a comprender cómo había

tenido la necia ocurrencia de confiar en el general. En el fondo nunca aguardó de éste sino que le introdujera en casa de Nastasia Filipovna, aunque fuese a costa de cierto escándalo, pero el escándalo amenazaba sobrepasar las calculadas previsiones de Michkin. Ardalion Alejandrovich, perfectamente ebrio, dirigía a su compañero toda clase de discursos facundiosos y sentimentales, desbordándose en recriminaciones contra su familia, ya que el mal arrancaba, a su juicio, de la mala conducta de todos ellos, y había llegado el momento de poner límites a la situación.

Al cabo, se hallaron en la Litinaya. Continuaba el deshielo. Un viento tibio e insalubre azotaba las calles. Los vehículos salpicaban pelladas de barro. Los cascos de los caballos herían el suelo con metálico rumor. Una multitud de gentes mojadas y cabizbajas circulaba por las aceras. De vez en cuando cruzaba algún beodo.

—¿Ve usted esos pisos principales tan brillantemente iluminados? —dijo Ivolguin—. Todos pertenecen a camaradas míos, y yo que he servido y sufrido más que cualquiera de ellos, voy a pie hasta el Gran Teatro para visitar a una mujer de reputación dudosa. ¡Un hombre que tiene trece balas en el pecho…! ¿No lo cree? Pues, sin embargo, fue exclusivamente por mí por quien el doctor Pirogov telegrafió a París, abandonando adrede Sebastopol en la época del sitio. Nélaton, el médico de la Corte de Francia, obtuvo un salvoconducto en nombre de la ciencia y entró para curarme en la ciudad asediada. Los primeros personajes del Imperio supieron lo que ocurría: «¡Ah —dijo—, Ivolguin tiene trece balas en el pecho!». ¡Así se hablaba de mí! ¿Ve esta casa, príncipe? En el primer piso habita un antiguo camarada mío, el general Sokolovich; en unión de su familia, muy noble y numerosa, por cierto. Esta familia, con otras tres de la Perspectiva Nevsky y dos de la Morskaya, son todas las relaciones que conservo ahora… Quiero decir relaciones personales. Nina Alejandrovna se ha sometido hace tiempo a las circunstancias. Yo continúo acordándome…, y, por así decirlo, desenvolviéndome en un círculo escogido, compuesto por antiguos compañeros y subordinados que me veneran, literalmente. A este general Sokolovich hace algún tiempo que no le visito, como tampoco a Ana Fedorovna. Usted sabe, querido príncipe, que cuando uno mismo no recibe en su casa se abstiene, aun sin darse cuenta, de acudir a las de los demás. Pero observo que parece usted dudar de lo que digo. Y, sin embargo… ¿Qué inconveniente puede haber en que yo presente en casa de esta amable familia al hijo del compañero de mi infancia? ¡El general Ivolguin y el príncipe Michkin! Conocerá usted a una joven impresionante… ¿Qué digo una? Verá dos, tres incluso, que son la flor de la sociedad y la crema de la capital. Apreciará en ellas hermosura, educación, inteligencia, comprensión de la cuestión feminista, poesía… Y todo reunido en una mezcla feliz. Sin contar con que cada una de ellas tiene lo menos ochenta mil rublos de dote, lo cual no estorba nunca, pese a las cuestiones feministas o sociales… En resumen, es

absolutamente necesario que le presente en esta casa; ello constituye para mí un deber, una obligación… ¡El general Ivolguin y el príncipe Michkin! ¡Figúrese!

—Pero, ¿ahora? ¿Ha olvidado usted…? —comenzó Michkin.

—¡Venga, venga, príncipe! No olvido nada. Es aquí, en esta soberbia escalera. Me extraña no ver al portero; pero es fiesta y debe de haber salido. ¿Cómo no habrán despedido aún a ese borracho? Sokolovich me debe a mí, a mí solo, todo su éxito en la vida y en el servicio… Ea, ya estamos.

El príncipe, sin objetar más, siguió dócilmente a su compañero, tanto por no incomodarle como con la firme esperanza de que el general Sokolovich y su familia se desvaneciesen totalmente cual un engañoso espejismo, lo que pondría a los visitantes en la precisión de tornar a descender la escalera. Pero, con gran horror suyo, esta esperanza comenzó a disiparse cuando notó que el general le guiaba peldaños arriba con la precisión de quien conoce bien la casa en que entra, dando, por ende, de vez en cuando algún detalle biográfico o topográfico matemáticamente preciso. Cuando llegaron al piso principal y el general empuñó la campanilla del lujoso piso de la derecha, Michkin resolvió huir a todo evento. Pero una extraña y favorable circunstancia le detuvo.

—Se ha equivocado usted, general —dijo—. En la puerta se lee «Kulakov», y a quien busca usted es a Sokolovich.

—¿Kulakov? Kulakov no significa nada. Este piso pertenece a Sokolovich, y es por Sokolovich por quien preguntaré. ¡Qué cuelguen a Kulakov! Ea, ya abren.

Se abrió la puerta, en efecto, y el criado anunció desde luego a los visitantes que los dueños de la casa estaban ausentes.

—¡Qué lástima, qué lástima! ¡Qué desagradable coincidencia! —dijo Ardalion Alejandrovich, con muestras de vivo disgusto—. Cuando sus señores vuelvan, querido, dígales que el general Ivolguin y el príncipe Michkin deseaban tener el gusto de saludarles, y que lamentan muchísimo…

En aquel instante apareció en la entrada otra persona de la casa. Era una señora de sobre cuarenta años con un traje de color oscuro, probablemente ama de llaves, o acaso institutriz. Oyendo los nombres del general Ivolguin y el príncipe Michkin, se acercó con desconfiada curiosidad.

—María Alejandrovna no está en casa —dijo, examinando especialmente al general—. Ha ido a visitar a la abuela con la señorita Alejandra Mijailovna.

—¿También ha salido Alejandra Mijailovna? ¡Dios mío, cuánto lo siento! ¡Imagine usted, señora, que siempre sucede lo mismo! Le ruego encarecidamente que se sirva saludar de mi parte a Alejandra Mijailovna y

darle recuerdos míos… En resumen, dígale que le deseo de todo corazón que se realice lo que ella deseaba el jueves por la noche, mientras oíamos tocar una balada de Chopin… Se acordará muy pronto… ¡Y lo deseo sinceramente! Ya sabe: el general Ivolguin y el príncipe Michkin.

—No lo olvidaré —dijo la señora, inclinándose, con expresión más confiada.

Mientras descendían, el general manifestó lo mucho que lamentaba que Michkin hubiese perdido la oportunidad de conocer a aquella encantadora familia.

—Yo, ¿sabe querido?; soy en el fondo un poco poeta. ¿No lo había observado? Pero… pero —añadió de improviso— creo que nos hemos equivocado. Ahora recuerdo que los Sokolovich viven en otra casa, e incluso, si no me engaño, deben hallarse en Moscú en este momento. Sí, he cometido un pequeño error. Mas no tiene importancia.

—Quisiera saber —dijo el príncipe, desalentado—, si no debo ya contar con usted y si he de ir solo a casa de Nastasia Filipovna.

—¿No contar conmigo? ¿Ir solo? ¿Cómo puede usted preguntarme tal cosa cuando eso constituye para mí una empresa importantísima, de la que depende la suerte de todos los míos? Conoce usted mal a Ivolguin, joven amigo. Decir Ivolguin es decir «una roca». «Ivolguin es firme como una roca», decían en el escuadrón donde inicié mi servicio. Pero vamos a entrar primero por unos instantes en la casa donde, desde hace algunos años, mi alma reposa de sus inquietudes y se consuela en sus aflicciones.

—¿Quiere usted subir a su domicilio?

—¡No! Quiero… visitar a la señora Terentiev, viuda del capitán Terentiev, mi antiguo subordinado… y mi amigo. En casa de esta señora recupero el valor, hallo fuerzas para soportar las penas de la vida, los sinsabores domésticos… Precisamente hoy llevo sobre mi alma un gran peso moral, y…

—Temo haber cometido una ligereza entreteniéndole esta noche —murmuró Michkin—. Además usted, ahora… En fin: adiós…

—¡No puedo dejarle marchar así, joven amigo! ¡No, no puedo! —exclamó el general—. Esta señora es una viuda, una madre de familia, de cuyo corazón brotan afectuosos ecos que repercuten en todo mi ser. Visitarla es cosa de cinco minutos. Aquí no tengo que andar con cumplidos. Estoy en mi casa, como quien dice. De modo que me lavaré un poco y luego iremos al Gran Teatro en un coche de punto. No puedo abandonarle en toda la noche. Ya estamos. Pero, Kolia, ¿qué haces aquí? ¿Está en casa Marfa Borisovna? ¿O acabas de llegar?

—Llevo aquí mucho tiempo —repuso Kolia, quien se hallaba ante la amplia puerta cuando llegaron su padre y el príncipe—. He estado haciendo compañía a Hipólito, porque no se encuentra bien. Ha pasado en cama todo el día. ¡En qué estado llega usted, papá! —dijo, refiriéndose al aspecto del general y a su paso titubeante—. Vamos arriba.

El encuentro con Kolia decidió a Michkin a acompañar al general a casa de Marfa Borisovna (aunque resuelto a no permanecer allí más que un instante), porque necesitaba del muchacho. Respecto al general, Michkin se proponía dejarle plantado en la casa y se reprochaba con viveza el haber pensado antes en utilizarle. Subieron por la escalera de servicio hasta el piso cuarto, donde habitaba la señora Terentiev.

—¿Va usted a presentar al príncipe? —preguntó Kolia, mientras subían.

—Sí, hijo mío, quiero presentarle. ¡El general Ivolguin y el príncipe Michkin! ¡Figúrate! Pero, ¿por qué?… ¿Cómo?… ¿Es que Marfa Borisovna…?

—Valdría más que no la visitase hoy, papá. ¡Le va a armar un escándalo! Desde anteayer no ha asomado usted por aquí y ella esperando dinero. ¿Por qué se lo prometió? ¡Siempre es usted el mismo! Ahora a ver cómo se arregla para salir de esto…

Se detuvieron en el cuarto piso ante una puerta muy baja. Ardalion Alejandrovich, evidentemente desanimado, hizo ponerse al príncipe ante él.

—Yo me quedaré aquí —balbució—. Quiero dar una sorpresa.

Kolia fue el primero en entrar. La dueña de la casa lanzó una mirada al descansillo y entonces se produjo la sorpresa esperada por el general. Marfa Borisovna era una señora de cuarenta años, exageradamente pintada, vestida con una camisa moldava y calzada con pantuflas. Llevaba peinado el cabello en varias trenzas pequeñas sobre la cabeza. Apenas advirtió la presencia de Ivolguin rompió a gritar:

—¡Aquí está ese hombre vil y malvado! ¡Me lo decía el corazón!

Ivolguin trató de poner a mal tiempo buena cara. —Esto no tiene importancia. Entremos —cuchicheó al oído de Michkin.

Pero la cosa tenía más importancia de la que él quería atribuirle. Cuando los visitantes, atravesando el recibimiento bajo y sombrío penetraron en una angosta sala amueblada con media docena de sillas de enea y dos mesitas de juego, la señora Terentiev prosiguió sus invectivas con la voz quejumbrosa peculiar en ella:

—¿No te da vergüenza, salvaje, tirano de mi familia, déspota, monstruo? ¡Me has despojado de todo, me has comido hasta la médula de los huesos!

¿Hasta cuándo he de ser tu víctima, hombre sin vergüenza y sin honor?

—¡Marfa Borisovna, Marfa Borisovna! Te… presento al príncipe Michkin. El general Ivolguin y el príncipe Michkin… —balbució Ardalion Alejandrovich; desconcertado y tembloroso.

—¿Quiere usted creer —interrumpió la señora Terentiev dirigiéndose al príncipe— que este hombre sin pudor no ha respetado siquiera la orfandad de mis hijos? Todo me lo ha robado, se lo ha llevado todo, lo ha vendido todo, hipotecado todo, sin dejar nada. ¿Y qué voy a hacer ahora con tus pagarés, hombre sin conciencia, pérfido? Responde, embustero; responde, monstruo insaciable. ¿Con qué voy a dar ahora de comer a mis hijos huérfanos? Ahora llega borracho como una cuba, y no puede ni sostenerse sobre las piernas… ¡Oh! ¿Por qué habré incurrido por culpa tuya en la ira divina? Contesta, malvado, hipócrita.

El general no acertó a ponerse a la altura de la situación.

—Marfa Borisovna, ahí van veinticinco rublos. Es todo lo que puedo. Y aun esos los debo a la generosidad de mi noble amigo, el príncipe. Me he equivocado dolorosamente… ¡Así es la vida! Y ahora… dispénsenme, pero… me siento débil —dijo Ardalion Alejandrovich mientras, en pie en medio de la sala, saludaba en todas direcciones—. Me siento débil, sí… Dispénsenme… Lenotchka, hijita, un almohadón.

Lenotchka, una niñita de unos ocho años, corrió a buscar una almohada y la puso sobre un duro sofá de desgarrado cuero. El general se proponía decir muchas cosas, pero, apenas instalado en el sofá, volvió la cara a la pared y se durmió con el sueño de los justos. Marfa Borisovna, con talante ceremonioso y afligido, ofreció una silla al príncipe junto a una mesita de juego, sentóse frente a él, apoyó la barbilla en la mano y, mirándole fijamente, comenzó a suspirar. Dos niñas (la mayor de las cuales era Lenotchka) y un niño pequeño se acodaron en ella y contemplaron a Michkin. Kolia salió del cuarto contiguo.

—Me alegro mucho de haberle encontrado, Kolia —dijo el príncipe—. ¿Podía prestarme un servicio? Necesito a toda costa ver a Nastasia Filipovna. Había pedido a su padre que me llevara, pero ya ve que se ha dormido. ¿Quiere servirme de guía? No conozco el camino; sólo sé que Nastasia Filipovna habita cerca del Gran Teatro, en la casa Mitovtzov.

—¡Pero si Nastasia Filipovna no ha vivido nunca ahí! Además, papá no ha estado jamás en su casa. Me extraña que se haya confiado usted a él. Nastasia Filipovna habita cerca de la calle Vladimirsky, en Cinco Esquinas, que es un sitio mucho más cercano. Ahora son las nueve y media. Si quiere, le acompañaré.

Y Kolia y el príncipe salieron. Michkin no tenía siquiera dinero para tomar

un coche y hubieron de encaminarse a pie.

—Quisiera —dijo Kolia— haberle presentado a Hipólito, que es el hijo mayor de la señora que acaba usted de conocer. Está enfermo y ha pasado en cama todo el día. Pero como es muy sensible, me ha parecido que le disgustaría verse con usted. Ha llegado en tan mal momento… A mí eso me avergüenza menos que a él, porque se trata de mi padre, y en el caso de Hipólito, de su madre. La cosa es distinta; pues lo que deshonra a una mujer no afecta al honor de un hombre. Quizá la sociedad haga mal condenando en un sexo lo que disculpa en el otro. Hipólito es un muchacho muy inteligente, pero esclavo de ciertos prejuicios.

—¿Dice que está tuberculoso?

—Sí, y creo que le valdría más morir cuanto antes. Yo, en su lugar, desearía la muerte con toda mi alma. Sufre mucho pensando en la suerte de sus hermanos, que son los niños que ha visto usted. Si él y yo tuviésemos dinero, abandonaríamos los dos a nuestras familias y nos instalaríamos en una casa para los dos. Ése es nuestro sueño. A propósito, ¿sabe una cosa, príncipe? Hace poco, cuando le hablé de su caso con Gania, Hipólito se ha enojado, y dice que ha perdido usted el honor, pues cree que quien recibe una bofetada y no lleva a su agresor al terreno es un cobarde. Y como es muy irascible he dejado de discutir con él… ¿Así que está usted invitado por Nastasia Filipovna?

—A decir verdad, no.

—Entonces, ¿cómo va a visitarla? —exclamó Kolia, deteniéndose, sorprendido, en medio de la acera—. Y además ¿piensa presentarse en una reunión con ese traje?

—Realmente, no sé cómo me arreglaré para entrar. Si me reciben, bien. Y si no, habrá sido un asunto fracasado. En cuanto a mi traje, ¿qué le parece que puedo hacer?

—¿Tiene algo que resolver en casa de Nastasia Filipovna? ¿O no va más que pour passer le temps en buena compañía?

—Mi visita tiene por objeto… Es decir, voy por un asunto que… Es difícil explicarlo, pero…

—Sea lo que fuere, no tengo por qué entrar en ello. Lo importante para mí es saber que no va usted allí por el mero placer de pasar el rato en una fascinadora reunión de mujeres fáciles, generales y usureros. De ser así, permítame que le diga, príncipe, que me parecería usted ridículo y comenzaría a despreciarle. Aquí las personas honradas escasean terriblemente. Incluso no hay una que merezca absoluta estimación. Uno no puede prescindir de mirar a

todos con desdén, aunque todos exigen el mayor respeto, empezando por Varia. ¿Ha notado usted, príncipe, que en nuestra época no se encuentran más que aventureros? Y sobre todo en Rusia, nuestra querida patria. Cómo se haya organizado todo esto, no lo sé. Los cimientos de las cosas parecen firmes, pero ¿qué sucede? Se descorren todos los velos, se pone el dedo sobre todas las llagas, asistimos a una orgía de relaciones escandalosas. Los padres son los primeros en rectificar sus principios, sintiéndose avergonzados de su moral a la antigua. En Moscú ha habido un padre que exhortaba a su hijo a no retroceder ante nada para ganar dinero. La Prensa lo ha hecho público. Fíjese en mi padre, y vea en lo que se ha convertido. Aunque, por otra parte, le tengo por un hombre honrado. Se lo digo de verdad. No se le puede reprochar más que su afición al vino y a las irregularidades. ¡Sí; es como le digo! Papá incluso me da lástima, aunque no me atrevo a decirlo, porque todos se burlan de mí; pero me da lástima. ¿Y qué son los demás, los que se juzgan inteligentes? ¡Todos usureros, del primero al último! Hipólito elogia la usura, afirmando que es necesaria, hablando de movimiento económico, de afluencia y reflujo de capitales y del diablo sabe qué más. Me duele mucho oírle decir esas cosas, pero como sé lo amargado que está… ¡Imagine que su madre obtiene dinero para papá y luego se lo presta a intereses semanales exorbitantes! ¿No es una vergüenza? ¿Y sabe usted que mamá proporciona a Hipólito toda clase de auxilios, dinero, ropa blanca, vestidos? También a través de Hipólito ayuda a los pequeños, en vista de que su madre los desatiende en absoluto. Varia hace lo mismo.

—Usted decía que no existen más que usureros. Vea, sin embargo, que hay también personas de carácter vigoroso: su madre y Varia. Socorrer al prójimo en tales condiciones, ¿no es acaso una prueba de fuerza moral?

—Varia obra así por amor propio, por ostentación, por no ser menos que mi madre. En cuanto a mamá… sí, realmente, mamá merece respeto por ello. La apruebo y estimo su conducta en lo que vale. El mismo Hipólito lo reconoce por muy endurecido que tenga el corazón. Al principio se burlaba diciendo que eso era una bajeza por parte de mamá, pero ahora hay veces en que se siente realmente enternecido. ¡Hum! ¿Llama usted a eso fuerza moral? Lo tendré en cuenta. Gania no cree lo que usted. Diría que eso es favorecer el vicio.

—¿Gania no cree lo que yo? Parece que hay varias cosas que Gania no cree —dejó escapar Michkin, que había quedado pensativo oyendo la última frase de Kolia.

—Usted, príncipe, me agrada mucho. No se me va de la cabeza el modo que ha tenido de proceder antes.

—También usted me es muy simpático, Kolia.

—Dígame: ¿qué propósitos tiene para en adelante? Yo pienso buscar pronto ocupación y ganar algo. Si quiere, podemos vivir los tres juntos, usted, Hipólito y yo. Alquilaremos un piso y nos llevaremos a mi padre con nosotros.

—Sería un gran placer para mí… En fin, ya veremos… Yo ahora me siento muy… muy confuso…, ¡Ah! ¿Ya hemos llegado? ¡Qué magnífica escalinata! Y veo un portero… No sé qué va a resultar de aquí, Kolia.

Michkin parecía muy inquieto.

—Ya me lo contará usted mañana. No se asuste. Le deseo mucho éxito. Yo comparto las opiniones de usted. Adiós. Voy a referir a Hipólito la proposición que le he hecho hace poco, príncipe. En cuanto a que le reciban, no tema: le recibirán. Nastasia Filipovna es originalísima. Suba esa escalera; es en el primer piso. El portero le orientará mejor…

XIII

Michkin, muy inquieto mientras subía la escalera, se esforzaba en infundirse valor.

«Lo peor que puede pasar —pensaba— es que no me reciban, o que me juzguen mal, o que sólo me permitan la entrada para reírse en mis barbas. Pero ¿qué importa?».

Aquella posibilidad no era, en efecto, lo más temible de todo, ya que Michkin se preguntaba también: «¿Qué voy a hacer? ¿Por qué visito esta casa?». Y no hallaba respuesta satisfactoria a su pregunta. Podía lograr, en un aparte, decir a Nastasia Filipovna: «No se case con Gania, porque ese hombre haría la desgracia de usted. No la ama, sólo quiere su dinero; él mismo me lo ha dicho y Aglaya Epanchina me ha hablado en el mismo sentido. He venido para advertírselo». Pero aun admitiendo que lograse esto ¿podría considerar correcta su actitud en algún sentido? La contestación era asaz dudosa. Aún faltaba resolver otra cuestión, tan importante que el príncipe no quería pensar en ella, ni aun osaba planearla. Cada vez que acudía a su mente, el rostro de Michkin enrojecía y su cuerpo temblaba. Pero, pese a todas sus vacilaciones e inquietudes, acabó subiendo y preguntando por Nastasia Filipovna.

Ésta vivía en un piso realmente magnífico, aunque no muy grande, alquilado cinco años antes, a su llegada a San Petersburgo. En tal sentido, Totzky se atenía a la joven. Él aún confiaba entonces en recuperar su amor y había querido fascinarla a fuerza, principalmente, de lujo y comodidades, sabiendo lo fácilmente que se adquieren costumbres suntuarias y lo difícil que es prescindir de ellas después, una vez que el lujo se convierte en necesidad.

En tal sentido, Totzk se atenía a la buena tradición antigua, sin tratar de modificarla en modo alguno. Nastasia Filipovna no rehusaba el lujo y hasta la satisfacía; pero, por extraño que pareciera, jamás se dejaba esclavizar por él. Incluso dijérase que estaba dispuesta a prescindir en cualquier momento de aquellas comodidades, lo que se tomó la molestia de participar a Totzky, no sin viva confusión de éste. Había muchas cosas en Nastasia Filipovna que a él le incitaban a desagrado y desprecio. Aparte la benignidad de Nastasia Filipovna con las gentes vulgares que se complacía en tratar, mostraba otras extrañas tendencias, como, por ejemplo, la de manifestar agrado en poseer el conocimiento de cosas que una persona refinada y de buena educación no podía ni siquiera admitir como existente. Si Nastasia Filipovna hubiese acreditado una elegante y encantadora ignorancia del hecho de que las mujeres campesinas no podían adquirir las ropas de batista que ella gastaba, Totzky se hubiese sentido muy halagado. Todo el plan de la educación de la joven había sido concebido desde el principio con miras a tal finalidad por el propio Totzky, hombre muy entendido en aquellos respectos. Pero lo logrado era desconcertante, porque Nastasia Filipovna conservaba, pese a todo, un modo de ser peculiar que en tiempos había fascinado a Atanasio Ivanovich y que aun ahora, ya olvidados todos sus ulteriores proyectos sobre ella, le atraía vivamente.

Michkin fue recibido por una doncella (pues Nastasia Filipovna sólo tenía mujeres a su servicio), que oyó el nombre del joven sin manifestar sorpresa alguna, no sin bastante extrañeza por parte de él. La sirvienta no vaciló un solo segundo ante las sucias botas de Michkin, ni ante su sombrero de anchas alas, ni ante su capote sin mangas, ni ante su aspecto turbado. Después de ayudarle a quitarse el abrigo, hízole pasar a una salita de espera y entró a anunciarle.

Nastasia Filipovna estaba rodeada sólo por los concurrentes más habituales de su casa. Los invitados eran en relación a los que, de ordinario, se reunían con ella en la misma fecha, en años anteriores. Señalemos en primer término la presencia de Atanasio Ivanovich Totzky y de Ivan Fedorovich Epanchin. Los dos se mostraban muy amables, pero disimulaban mal la inquietud que les producía la espera de la decisión de la suerte de Gania. Éste se encontraba allí también, muy sombrío e inquieto, sin preocuparse de exteriorizar gentileza alguna, casi constantemente apartado de los demás y silencioso. No había logrado hacerse acompañar de su hermana, mas Nastasia Filipovna no pareció reparar en ello siquiera. En compensación, una vez cambiados con Gania los naturales saludos, se apresuró a mencionar la escena, sucedida poco antes entre él y Michkin. El general, ignorante de todo, quiso informarse más y Gania, seca y discretamente, pero con plena franqueza, relató el incidente de la mañana, añadiendo que había ido a pedir perdón al príncipe y exponiendo, en términos categóricos, su firme creencia de que constituía un error juzgar a Michkin un idiota, ya que él por su parte, le tenía por hombre harto sagaz.

Nastasia Filipovna escuchaba con curiosidad semejante opinión, sin separar los ojos de Gania. La conversación no tardó en recaer sobre Rogochin, que tan considerable parte tomara en el episodio. Totzky y Epanchin se sintieron muy interesados al oírlo. Ptitzin se hallaba en condiciones de proporcionar amplias noticias sobre Parfen Semenovich, puesto que éste le había hostigado hasta las nueve de la noche con insistentes requerimientos para que el prestamista le facilitara cien mil rublos.

—Cierto que Rogochin estaba bebido —comentó Ptitzin—, pero, aunque cien mil rublos no se encuentran así como así a la vuelta de una esquina, creo firmemente que se los podrán procurar, si bien dudo de que los consiga hoy íntegramente. Lo probable es que haya de contentarse con parte de la suma, para recibir lo demás mañana. Hay varios individuos realizando la gestión: Kinder, Trepalov y Biskup. Rogochin está dispuesto a pagar cualquier interés que sea. Como está ebrio y acaba de heredar… —concluyó Ptitzin.

Estos informes fueron preocupación. Nastasia exteriorizar sus pensamientos. Lo mismo le ocurría a Gania. El general Epanchin era quizá, en su interior, el más inquieto de todos: las perlas ofrecidas como regalo por la mañana habían sido aceptadas con fría amabilidad, casi rayana en la ironía. El único invitado realmente alegre entre toda la reunión era escuchado con interés, aunque no sin cierta Filipovna callaba, sin duda proponiéndose no Ferdychenko. A veces estallaba en carcajadas extemporáneas, sin otro motivo que el de conservar su reputación bufonesca. Totzky mismo parecía algo violento y, aun cuando era un brillante conversador y de costumbre llevaba en aquellas veladas el timón de las pláticas, hoy distaba mucho de acreditar espontaneidad y buen humor. Los demás invitados, además de pocos en número, eran positivamente incapaces, no ya de sostener una conversación animada, sino casi de decir alguna cosa. Figuraban entre ellos un anciano profesor, invitado Dios sabía por qué, y un desconocido muy joven a quien su timidez condenaba a constante silencio, así como una desenvuelta dama de cuarenta años, probablemente actriz, y una joven extraordinariamente bella, extraordinariamente bien vestida y de una taciturnidad no menos extraordinaria.

Así, pues, la aparición del príncipe fue muy oportuna. El anuncio de su visita produjo viva sorpresa. Cuando el rostro algo extrañado de Nastasia Filipovna hizo comprender que no había invitado a Michkin se produjeron varias sonrisas muy expresivas. Pero la dueña de la casa, después de su asombro, exteriorizó repentinamente tanta satisfacción, que la mayoría de los asistentes se dispusieron a recibir con regocijo al visitante inesperado.

—Aunque su presencia es atribuible a su ingenuidad —dijo Epanchin—, y aunque podría resultar peligroso alentar tales inclinaciones, en este caso el príncipe ha hecho bien en venir, por original que sea su modo de presentarse.

Si la idea que me he formado de él no es equivocada, es incluso posible que nos divierta bastante.

—Tanto más cuanto que se ha invitado a sí mismo —acrecentó Ferdychenko.

—¿Qué quiere usted decir con su observación? —preguntó secamente el general, que sentía fuerte antipatía por el desagradable personaje.

—Que debe pagar su entrada —explicó el último. El general no pudo contenerse y respondió:

—En todo caso, sepa que el príncipe Michkin no es un Ferdychenko.

El hallar a Ferdychenko en un salón y verle colocado en pie de igualdad con él era cosa a la que el general no había podido acostumbrarse aún.

—Vamos, general, deje en paz a Ferdychenko —sonrió su interlocutor—. A mí me asisten derechos especiales.

—¿Cuáles son?

—Ya tuve el honor de exponerlos con claridad, en la pasada reunión, a los presentes. Hoy volveré a hacerlo para informar a Vuestra Excelencia. Escuche, general: todos tienen ingenio y yo no tengo ninguno. De modo que me está permitido decir la verdad, porque todos saben que sólo dicen la verdad los que carecen de ingenio. Soporto pacientemente todas las ofensas, hasta la primera desgracia de mi ofensor. En cuanto sufre algún fracaso, lo aprovecho para vengarme. Entonces le doy de coces, como dice Ivan Petrovich Ptitzin, advirtiendo que desde luego, nunca cocea a nadie. ¿Conoce usted, Excelencia, esa fábula de Krilov que se titula «El león y el asno»? Pues esos somos usted y yo; la fábula parece escrita para nosotros.

—Creo que empieza usted a decir tonterías, Ferdychenko —declaró el general, excitándose un tanto.

—¿Por qué, Excelencia? Tranquilícese, sé que no debo salirme de mi lugar. Si he dicho que usted y yo éramos el león y el asno de Krilov ha sido, desde luego, atribuyéndome el papel de asno. Vuecencia es el león que menciona la fábula.

«Un potente león, espanto de las selvas,

por la vejez privado de sus fuerzas antiguas…»

En cuanto a mí, Excelencia, yo soy el asno.

—En lo último concuerdo —dijo Ivan Fedorovich, conteniendo su enojo.

Todo aquello era de mal gusto y premeditado, sin duda, pero a Ferdychenko se le consentía siempre desempeñar a su albedrío el papel de

bufón.

—Si se me deja entrar aquí y se me tolera —había explicado una vez— es únicamente porque hablo de este modo. Porque, ¿acaso sería posible, de lo contrario, recibir a un hombre como yo? ¡Me hago perfecto cargo de ello! ¿Acaso es lógico que yo, un Ferdychenko, me siente al lado de un caballero tan distinguido como Atanasio Ivanovich? Eso sólo tiene una explicación posible: la de que se me sienta a su lado precisamente porque se trata de una cosa inaudita.

Aunque groseras y a veces hasta ofensivas, o quizá por ello, semejantes ocurrencias parecían complacer a Nastasia Filipovna. Los que deseaban frecuentar su salón habían de aceptarlo con la añadidura de Ferdychenko. Quizá éste acertara suponiendo que sólo se le recibía por molestar a Totzky, quien, desde el principio, había sentido por Ferdychenko viva repulsión. En cuanto a Gania, era blanco frecuente también de los sarcasmos de aquel hombre, el cual sabía que con sus ataques al joven se granjeaba la benevolencia de Nastasia Filipovna.

—Propongo que el príncipe comience por cantar una canción de moda —dijo Ferdychenko mirando a la dueña de la casa para compulsar su opinión.

—Pues yo no pienso lo mismo, Ferdychenko. Y le ruego que se contenga —dijo ella con sequedad.

—Desde el momento en que usted dispensa al príncipe su particular protección, yo seré discreto con él.

La joven, sin atenderle, se levantó para recibir en persona al visitante.

—Lamento haber olvidado invitarle esta mañana, en la precipitación de mi marcha —dijo al verle—. Celebro que me haya dado usted ocasión de agradecer y aplaudir su visita.

Y al hablar examinaba a Michkin, proponiéndose leer en su expresión el motivo de su presencia allí.

De haberse sentido menos turbado, el príncipe habría correspondido tal vez a aquellas frases amables, pero en su enorme confusión no acertó a proferir palabra, lo que Nastasia Filipovna observó con placer. Aquella noche, la joven, vestida de fiesta, producía un efecto extraordinario. Tomando el brazo del príncipe, le condujo al salón. M se detuvo en el umbral y murmuró, agitadísimo:

—En usted todo es perfecto: incluso su delgadez y su color pálido. Resultaría imposible imaginarla de otro modo. Usted perdonará que… ¡Sentía unos deseos tan vivos de verla!

—No se disculpe —repuso ella, riendo—. Eso quitaría a su visita la

originalidad que tiene. Aciertan los que dicen que es usted un hombre extraño. ¿De modo que me considera usted una perfección?

—Sí.

—Pues a pesar de su sagacidad, se equivoca usted. Hoy mismo lo verá.

Y presentó el príncipe a sus invitados, la mitad de los cuales ya le conocían. Totzky articuló algunas palabras corteses en honor del recién llegado. La conversación, que empezaba a languidecer, tendió a animarse mucho. Todas las lenguas se soltaron, todos empezaron a reír. Nastasia Filipovna hizo que Michkin se sentase a su lado.

Ferdychenko, con voz que dominó las de los demás, exclamó:

—Al fin y al cabo, ¿qué hay de extraño en la visita del príncipe? ¡Si se explica por sí sola!

—En efecto, la visita es muy comprensible y se explica por sí sola —intervino repentinamente Gania, hasta entonces silencioso—. Casi todo el día he tenido la constante oportunidad de observar al príncipe desde que el retrato de Nastasia Filipovna atrajo su atención por primera vez en el despacho de Ivan Fedorovich. Recuerdo bien que ya entonces se me ocurrió una idea, que ahora es firme convicción, confirmada por las declaraciones que el príncipe tuvo a bien hacerme.

Gania no parecía bromear. Muy al contrario, se mostraba tan sombrío, que todos quedaron extrañados.

—No le he declarado nada —rectificó el príncipe, ruborizándose—. Me limité a contestar a sus preguntas.

—¡Bravo, bravo! —gritó Ferdychenko—. ¡Esa sí que es sinceridad! El príncipe es a la vez tímido y sincero.

Una explosión de risa coreó aquellas palabras.

—No chille tanto, Ferdychenko —dijo Ptitzin, con disgusto.

—No esperaba tales hazañas en usted, príncipe —manifestó Ivan Fedorovich—. Le había tomado por un hombre muy diferente, casi por un filósofo. Pero ya veo que es usted muy despejado.

—Viendo enrojecer al príncipe ante esa broma inofensiva, como pudiera hacerlo una jovencita inocente, concluyo que es un joven muy noble, cuyo corazón alberga las intenciones más loables —observó inesperadamente el anciano profesor.

Tratábase de un septuagenario que, por falta de dientes, padecía de un acusado defecto de pronunciación. No había dicho palabra en toda la noche, ni

nadie esperaba que la dijese. Todos, pues, estallaron en risas, y el profesor, considerando tales carcajadas como un homenaje rendido a su ingenio, se asoció a ellas animadamente, lo que le produjo un fuerte acceso de tos.

Nastasia Filipovna, que gustaba de aquellos viejos y viejas excéntricos, sin exceptuar siquiera a los fanáticos incultos, dedicó sus cuidados al buen hombre, besóle y pidió otra taza de té para él. Encargó a la doncella que se la trajo que le llevase un chal, se envolvió en él y mandó poner más leña en la chimenea. Luego preguntó qué hora era y alguien le dijo que las diez y media.

—¿Quieren champaña, señores? —preguntó Nastasia Filipovna—. Lo hay en casa. Tal vez eso les ponga de buen humor y les alegre un poco. No gasten cumplidos, se lo ruego.

La invitación, hecha con naturalidad, pareció bastante extraña en una mujer que siempre que recibía se mostraba rígida observadora de ciertas conveniencias. La reunión comenzaba a animarse, pero no se asemejaba a las de costumbre. Mas la oferta de vino no fue rechazada. El primero en aceptarla fue el general, seguido inmediatamente por la dama desenvuelta, luego por el anciano, a continuación por Ferdychenko y finalmente por todos los demás. Totzky siguió el ejemplo común, si bien para disimular lo atrevido de tal proposición trató de darle aspecto de una broma amistosa. Únicamente Gania no quiso beber. Nastasia Filipovna declaró que acompañaría a sus invitados, y que pensaba beber hasta tres copas de champaña. Aquellas súbitas y extrañas ocurrencias desorientaban a todos. En ocasiones la veían pensativa, taciturna, incluso hosca, y momentos más tarde les maravillaba entregándose a accesos de risa histérica sin causa justificada. Algunos sospechaban que tenía fiebre. Y al cabo repararon en que la joven miraba el reloj con frecuencia, y parecía nerviosa y preocupada.

—Creo —dijo la señora desenvuelta— que tienes algo de calentura.

—Algo no: mejor dirías mucho —repuso Nastasia Filipovna, más pálida cada vez y temblando de pies a cabeza—. Por eso he pedido este chal.

Entre los visitantes surgió un movimiento de inquietud.

—Quizá conviniera que la dejásemos descansar —dijo Totzky mirando a Epanchin.

—Nada de eso, señores. Les ruego que se sienten. Hoy necesito muy particularmente su presencia —rebatió Nastasia Filipovna, con acento apremiante y significativo.

Como casi todos los presentes sabían que aquella noche la joven debía adoptar una resolución muy importante, sus palabras causaron honda sensación. El general y Totzky volvieron a cambiar una mirada. Gania se

agitaba convulsivamente.

—No estaría mal que organizásemos un petit-jeu —sugirió la señora desenvuelta.

—Yo conozco un petit-jeu nuevo y magnífico —declaró Ferdychenko—. Sólo se ha ensayado una vez, y además fracasó.

—¿En qué consiste? —preguntó la señora desenvuelta.

—Un día yo estaba en una reunión donde todo el mundo se sentía aburrido. De pronto no sé quién formuló la siguiente propuesta: que los presentes relatasen la acción que su alma y su conciencia juzgaran más malvada de toda su vida. Pero había que ser sinceros: la primera condición era la veracidad. No valía mentir.

—¡Extravagante idea! —dijo el general.

—Precisamente, Excelencia. En esa extravagancia radica su encanto.

—La idea es grotesca —dijo Totzky— y, como bien se comprende, puede constituir un pretexto para que cada uno se jacte de lo que quiera.

—Lo cual acaso sea lo que nos propongamos, Atanasio Ivanovich.

—Pero con un petit-jeu de ese estilo vamos a acabar llorando en vez de riendo —observó la señora desenvuelta.

—Es una cosa imposible y absurda —opinó Ptitzin.

—¿Y tuvo éxito la idea? —preguntó Nastasia Filipovna.

—No. Fue un fracaso completo. Cada uno refirió una anécdota, y todos dijeron la verdad, algunos incluso con placer; pero a continuación todos se sintieron avergonzados y no pudieron disimularlo. En cualquier caso, resultó muy divertido… en cierto modo.

—¡Sería agradable! —exclamó, con súbita animación, Nastasia Filipovna —. Ensayemos, señores. La verdad es que no parecemos divertirnos mucho esta noche. Si cada uno de nosotros consintiera en contar algo… de esa clase. Entendido que sólo si quiere. Con plena libertad, ¿eh? Acaso resultase bien. Originalidad, por lo menos, no le falta a la idea.

—¡Cómo que es genial! —proclamó Ferdychenko—. Además, las señoras quedan excluidas. Sólo hablarán los hombres, echando a suertes, como la otra vez. Por supuesto, no se obliga a nadie. ¡Naturalmente! Quien quiera abstenerse, que lo haga, aunque no mostrará así gran amabilidad. Escriba cada uno de ustedes su nombre en un trozo de papel, échenlos en mi sombrero y el príncipe los sacará. El juego no ofrece complicaciones. Relatar la peor acción de uno es cosa muy fácil. ¡Ya lo verán! Si a alguien le falla la memoria, yo me

encargo de refrescar sus recuerdos.

La extravagante proposición no satisfizo a casi nadie. Unos arrugaban el entrecejo, otros sonreían vagamente. No faltó quien protestara, pero sin energía. Entre éstos se distinguió Ivan Fedorovich, que, si bien enemigo de la idea, no osaba oponerse abiertamente a un deseo de la dueña de la casa. Cuando Nastasia Filipovna expresaba su voluntad era imposible contrariarla, por insensata y perjudicial para ella misma que pudiera ser. A la sazón la joven reía de modo nervioso y convulsivo, estremeciéndose como en un acceso de histeria, en especial cuando Totzky, inquieto, le hacía alguna observación. Los ojos sombríos de Nastasia Filipovna lucían como brasas y en sus mejillas pálidas brillaban dos manchas rojas. Acaso su capricho se exasperase ante las fisonomías contrariadas de los invitados; acaso aquella idea la sedujese por su brutal cinismo. No faltaba quien supusiera que, al aceptarla, la dueña de la casa lo hacía con alguna intención precisa. Todos, en fin, dieron su asentimiento. La verdad era que lo sugerido era curioso y para algunos incluso atractivo. Ferdychenko se distinguía por su entusiasmo.

—Pero si se trata de algo imposible de referir ante señoras… —indicó con timidez el joven silencioso.

—Entonces se cuenta otra cosa —atajó Ferdychenko—. ¿Acaso son maldades las que nos faltan? ¡Bien se ve que tiene usted pocos años!

—Realmente, yo no sé cuál de mis acciones debo considerar como más mala —dijo a su vez la dama desenvuelta.

—Las señoras no están obligadas a confesar nada, aunque tampoco se les prohíbe. Si alguna quiere contar sus malas acciones, se lo agradeceremos. También los hombres quedan en libertad de no hablar, si ello les resulta desagradable.

—Pero, ¿cómo probar que no se miente? —sugirió Gania—. Porque, de mentir, el juego pierde toda la gracia que pueda tener. Es bien seguro que nadie va a decir la verdad.

—También es divertido ver mentir a la gente. Y en lo que te afecta, puedes estar tranquilo, Gania, porque todos conocemos cuál es la peor de tus acciones sin que nos la digas. ¡Piensen, señores —exclamó Ferdychenko en un arranque de entusiasmo—, cómo nos miraremos los unos a los otros después de contar estas anécdotas!

—¿Es posible que esto vaya en serio, Nastasia Filipovna? —dijo Totzky, con dignidad.

—El que tema al lobo, que no vaya al bosque —repuso ella, sonriendo.

—Permítame preguntarle, señor Ferdychenko —insistió Atanasio

Ivanovich, aún más alarmado— si tal ocurrencia puede ser considerada como un petit-jeu. Le aseguro que cosa así nunca resultará bien. Usted mismo dice que ya en otra ocasión salió mal.

—¿Cómo que salió mal? La otra vez yo mismo confesé cómo había robado tres rublos.

—Bien; pero no es posible que contase tal cosa de forma que le concedieran crédito. Según muy acertadamente ha expuesto hace un instante Gabriel Ardalionovich, la menor apariencia de falsedad basta para convertir el juego en una cosa insípida. En el caso que usted cita, la sinceridad no se comprende sino como una broma de mal gusto, que aquí estaría totalmente fuera de lugar.

—¡Qué refinado es usted, Atanasio Ivanovich! —exclamó Ferdychenko Además, me sorprende mucho que diga que no pude contar mi robo de modo que fuera considerado verosímil. Atanasio Ivanovich quiere dar a entender muy ingeniosamente, que él considera imposible (porque sería incorrecto opinar lo contrario) que yo cometa un robo en realidad, y, sin embargo, en su interior está bien convencido de que Ferdychenko ha podido muy bien ser un ladrón. ¡Al asunto, señores, al asunto! Tengo los nombres de todos, Atanasio Ivanovich. También usted ha dado el suyo. Por lo tanto, nadie rehúsa. Saque, príncipe.

El príncipe, silencioso, hundió la mano en el sombrero. El primer nombre que salió fue el de Ferdychenko, el segundo el de Ptitzin, luego el del general, el de Atanasio Ivanovich, el de Michkin, el de Gania, y así sucesivamente. Las damas se abstuvieron de participar.

—¡Santo Dios, qué desgracia! —quejóse Ferdychenko—. ¡Yo que contaba que el príncipe sería el primero y a continuación el general! Pero, gracias a Dios, Ivan Petrovich habrá de hacer su relato después de mí, y esto es siempre un consuelo. El caso, señores, es que yo debiera dar un ejemplo grandioso, pero lamento no tener en el momento presente ninguna cosa importante que contar, así como ser tan poca cosa como soy y no poseer siquiera una categoría notable. En consecuencia, ¿qué interés puede tener para nadie el saber que Ferdychenko ha cometido una granujada? Y, aparte eso, ¿cuál es la más mala de mis acciones? Me encuentro ante un verdadero embarras de richesse. ¿Contaré otra vez mi robo para probar a Atanasio Ivanovich que se puede robar sin ser un ladrón?

—Sólo me probaría usted, señor Ferdychenko, que cabe encontrar un placer en contar cosas vergonzosas, incluso sin que nadie le invite a ello a uno… Por otra parte… En fin, dispénseme, señor Ferdychenko.

—Empiece, Ferdychenko. No hace usted más que fanfarronear en vano.

Así no acabaremos nunca dijo, airada e impaciente, Nastasia Filipovna.

Todos notaron que su alegría febril había dejado lugar, de pronto, a un humor descontento, irritado e irascible. Mas la joven persistía en su extraño capricho. Atanasio Ivanovich se sentía muy inquieto. Le indignaba ver la calma de Ivan Fedorovich, quien, paladeando, calmoso, su champaña como si todo aquello careciese de trascendencia, se preparaba probablemente a hilvanar también un relato.

XIV

—No tengo ingenio, Nastasia Filipovna —dijo Ferdychenko, a guisa de preámbulo—, y por eso hablo más de la cuenta. Si yo fuese tan ingenioso como Atanasio Ivanovich o Ivan Petrovich me pasaría el rato sin abrir la boca, lo mismo que ellos. Permítame, príncipe, solicitar su opinión. Siempre he creído que en este mundo el número de ladrones supera en mucho al de no ladrones, e incluso me inclino a creer que no hay quien haya dejado de cometer algún robo en su vida. Tal es mi criterio, sin que por eso concluya que la humanidad está enteramente compuesta de rateros, aunque a veces me sienta terriblemente impulsado a suponerlo así. ¿Qué cree usted?

—¡Qué modo tan estúpido tiene usted de contar! —dijo la dama desenvuelta, que se llamaba Daría Alexievna—. ¡Qué necedades empieza usted por decir! Es imposible que todo el mundo haya tenido que robar algo. Yo, por mi parte, nunca he robado nada.

—Bien. Usted no habrá robado nada; pero quisiera saber por qué motivo se ha puesto el príncipe tan encarnado.

—Creo que hay parte de verdad en lo que usted dice, aunque lo exagera demasiado —contestó Michkin, cuyo rostro, en efecto, se había cubierto de rubor.

—¿Nunca ha robado usted nada, príncipe?

—No sea ridículo y mida sus palabras, señor Ferdychenko —intervino el general.

—Ya veo que, encontrándose acorralado, le da a usted vergüenza contar sus malas acciones y quiere mezclar al príncipe en el asunto. Tiene usted la suerte de que el príncipe es un hombre de buen carácter, porque si no… —dijo, secamente Daría Alexievna.

—Ferdychenko, —continuó la dueña de la casa, con su irritación—, cuente de una vez, o cállese y quédese con sus secretos. ¡Haría usted perder la

paciencia a un santo!

—En seguida, Nastasia Filipovna… Pero, puesto que el príncipe ha confesado (ya que sus palabras y su rubor equivalen a una confesión), ¿qué diría cualquier otra persona de ser sincera? Fíjese en que no digo quién… En lo que me afecta, señores, mi anécdota no es larga ni complicada, sino muy sencilla, muy necia y muy bellaca. Únicamente les aseguro que no soy un ladrón: he robado sin saber cómo. Hace dos años yo estaba un día en la casa de campo de Semen Ivanovich Itchenko. Había varios invitados. Terminada la comida, los hombres quedaron un rato a la mesa, para beber vino. Se me ocurrió la idea de pedir a la hija del anfitrión, María Semenovna, que tocase algo al piano. Me levanté, pues, y crucé un cuartito lateral. Sobre la mesa de costura de María Ivanovna divisé un billete verde de tres rublos, sin duda dejado allí para pagar alguna compra doméstica. En la habitación no había nadie. Cogí el billete y me lo guardé en el bolsillo. ¿Por qué? Lo ignoro. No sé a qué inspiración obedecí. Volví rápidamente al comedor y reocupé mi sitio ante la mesa. Esperando el resultado de mi acción, me sentía bastante nervioso, hablaba sin cesar, contaba anécdotas, reía. Luego fui a sentarme con las señoras. Media hora después se descubrió la falta del billete y se interrogó a las criadas. Se sospechó de una de ellas, una tal Daría. Yo manifesté una curiosidad y un interés extraordinarios en el incidente. Recuerdo incluso que, viendo la turbación de Daría, la insté una vez y otra a que confesase, garantizándole la clemencia de María Ivanovna. Hablaba en voz muy alta, ante todos, con los ojos de todos fijos en mí, y experimentaba un placer vivísimo al pensar que, mientras exhortaba a la sirvienta a que confesase, los tres rublos estaban en mi bolsillo. Aquella misma noche gasté los tres rublos en beber. Entré en un restaurante y pedí una botella de «Château-Laffitte». Nunca se me había ocurrido tomar una botella sin comer algo; pero tenía prisa de disipar aquel dinero. Ni entonces ni después he sentido lo que se llama un remordimiento de conciencia. Desde luego no me agradaría reincidir, créanlo o no. Eso no me importa. Y no hay más.

—Seguramente ésa no es su peor acción —dijo Daría Alexievna, con desprecio.

—Se trata de un caso psicológico y no de una mala acción —observó Atanasio Ivanovich.

—¿Y la criada? —preguntó Nastasia Filipovna, sin ocultar su vivo desagrado.

—La criada, por supuesto, fue despedida a la mañana siguiente. En aquella casa no se toleran esas bromas.

—¿Y consintió usted que la despidiesen?

—¡Esa sí que es buena! ¿Quería usted que me denunciase a mí mismo? —dijo Ferdychenko.

Pero no lograba disimular que se sentía impresionado por el mal efecto que su relato causara a todos los oyentes.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Nastasia Filipovna.

—¡Quiere usted que un hombre cuente el acto más feo de su vida, y encima pretende que sea un episodio brillante! Las acciones viles son siempre vergonzosas, Nastasia Filipovna. Y ahora vamos a quedar muy edificados oyendo a Ivan Petrovich. Además, ¡cuántos hay que, resplandecientes de brillo externo, apoyan sólo la certeza de que son buenos en el hecho de que poseen coche! Porque gentes con coche no faltan. ¡Y hay que ver de qué medios se valen para tenerlo!

Ferdychenko, repentinamente irritado, se olvidaba de todo, pasaba los límites, incluso mostraba en su cara contraída una expresión de disgusto. Por extraño que pudiera parecer, seguramente había esperado que su narración obtuviese un éxito muy distinto. Su jactancia de mal gusto, aquellas fanfarronadas soeces, como las llamaba Totzky, le conducían a menudo a tales resultados.

Nastasia Filipovna, temblorosa de ira, miró fijamente a Ferdychenko. Él, helado de terror, calló instantáneamente. Había ido demasiado lejos.

—¿Y si suspendiésemos esto aquí? —propuso Totzky.

—Me ha llegado el turno —dijo Ptitzin, con resolución—; pero me atengo a la libertad de abstenernos que se nos concede a todos y no contaré nada.

—¿No quiere?

—No puedo, Nastasia Filipovna. Además, un petit jeu de tal clase me parece totalmente inoportuno.

—Entonces creo que le toca a usted, general —dijo Nastasia Filipovna a Epanchin—. Si usted se niega también, todo quedará desorganizado, y yo lo sentiré, porque me proponía explicar, a modo de conclusión, un episodio de mi vida. Pero no quiero hablar sino después de usted y de Atanasio Ivanovich, para que me animen —concluyó, sonriendo.

—Puesto que hace usted esa promesa —dijo el general con calor, me siento dispuesto a relatar toda mi vida. Confieso, además, que, en espera de mi turno, ya había preparado una anécdota…

Ferdychenko sonrió con malignidad.

—Y basta mirar a Vuestra Excelencia para advertir el vivo placer literario con que ha elaborado su episodio —comentó, el bufón, aunque no había

recuperado todavía la plenitud de su aplomo.

Nastasia Filipovna lanzó una ojeada al general y sonrió. Pero cada vez se notaban en ella más depresión e irritabilidad. Desde que la joven prometiera relatar un episodio de su vida, Atanasio Ivanovich sentíase presa de viva inquietud.

—En el curso de mi existencia, señores —principió el general—, he cometido, como todo el mundo, bastantes malas acciones. Pero, aunque parezca curioso, la breve anécdota que voy a referir es la que yo considero más villana de todas. Han pasado treinta años desde entonces y aún, al recordarla, siento cierta tortura moral. Les advierto que es una aventura muy necia. En aquella época yo acababa de ser nombrado alférez. Y ya se sabe lo que es un alférez: un joven con la sangre caliente y la bolsa vacía. Tenía por asistente a un tal Nikifor, que me cuidaba con mucho celo. Él lavaba, cosía, barría, limpiaba, y hasta incluso echaba la uña a cuanto encontraba a mano y podía sernos de utilidad doméstica. Tratábase de un hombre muy fiel y honrado. Yo era rígido, pero justo. Hubimos de pasar algún tiempo de guarnición en cierta poblacioncita. Me alojaron en los arrabales, en casa de la viuda de un subteniente. Aquella mujer contaba ochenta años o poco menos. Habitaba una antigua y ruinosa casita de madera, y tal era su pobreza que ni siquiera tenía criada. Antaño su familia había sido numerosa, pero a la sazón algunos de sus deudos habían muerto, y los demás estaban lejos o la habían olvidado. Su marido había fallecido hacía más de medio siglo. Algunos años antes la viuda vivía con una sobrina, jorobada y maligna como una bruja, según contaban, al punto de que una vez mordió a su tía en un dedo. Pero la sobrina ya no existía desde tres años antes y la anciana moraba sola. Yo me aburría en su casa lo indecible, porque la buena mujer era tan necia que no podía sacarse de ella la menor distracción. En una ocasión me robó un gallo y disputamos muy vivamente con tal motivo. Aún hoy el asunto no está aclarado, pero es indudable que sólo ella me pudo robar el ave. Como consecuencia de la disputa, solicité que me trasladaran de alojamiento. Fui instalado en el otro extremo de la población, en casa de un mercader, padre de numerosa familia y con una barba muy larga. ¡Aún me parece verle! Nikifor y yo nos fuimos a aquella casa con viva alegría. Mi despedida de la vieja no fue muy amistosa. Tres días después, volviendo yo de la instrucción, Nikifor me recriminó: «Vuestra Nobleza ha hecho mal en dejar nuestra sopera a aquella mujer vieja, porque ahora no tenemos dónde servir la sopa». Yo, naturalmente, no le comprendí. «¿Cómo que nuestra sopera ha quedado en casa de la vieja?», pregunté. Entonces el asombrado fue mi asistente. «Cuando nos fuimos, declaró, la mujer se negó a darnos la sopera diciendo que Vuestra Nobleza se la había roto». Semejante bajeza me puso furioso, mi sangre de alférez hirvió de cólera y en un salto llegué a casa de la anciana. Y llegué, puedo decirlo, fuera de mí. Miré y la vi sentada en un rincón del pasillo, con la

mejilla apoyada en la mano, como si se hubiese retirado allí para librarse del sol. En seguida la interpelé con los términos más violentos (ya pueden figurarse cuáles), al típico estilo ruso. Pero he aquí que, observándola, noté en su aspecto no sé qué de extraño. Sus ojos, muy abiertos, estaban fijos en mí, no respondía una palabra y su cuerpo parecía bambolearse. Al fin se calmó mi ira, examiné a la vieja, la interrogué y tampoco pude sacarle ni una palabra. Yo no sabía qué pensar. Zumbaban las moscas, se ponía el sol, el silencio reinaba en la casa. Me fui, muy turbado. Pero no volví a mi alojamiento en seguida, porque me había llamado el comandante. Después de pasar a verle fui a dar un vistazo a la compañía. En resumen, era tarde ya cuando volví a casa. Las primeras palabras de Nikifor fueron éstas: «¿Sabe Vuestra Nobleza que la vieja de la sopera ha muerto?». «¿Cuándo?». «Hoy mismo, hace hora y media». ¡De modo que mientras yo la estaba injuriando ella había entregado el alma a Dios! Les aseguro que tal coincidencia me afectó de un modo que me hizo perder el dominio de mí mismo. Pensé mucho en la difunta y soñé con ella por la noche. No es que yo tuviese prejuicios, pero… Por la mañana asistí a su entierro. Yo me decía: Esta mujer, este ser humano, ha vivido muchos años, ha tenido esposo, hijos, parientes. Todos se agitaban en torno suyo, vivía como rodeada de sonrisas, y he aquí que de pronto todo desaparece y ella queda sola como… como una mosca en invierno y con la carga de la edad encima. Finalmente Dios la llama a su seno, y en el momento en que el Sol se pone, en una dulce tarde de verano, la anciana llega también al ocaso de su existencia… lo que, sin duda, puede motivar ciertas reflexiones… Mas he aquí que en ese instante, en vez de lágrimas que la acompañen en su último viaje, no tiene sino los insultos de un joven alférez que, agitando mucho los brazos, le dirige todas las injurias del vocabulario ruso… a causa de una sopera… Indudablemente no obré bien. Ahora, examinando mi acción con más frialdad, sigo deplorando la suerte de la pobre mujer, y de un modo que me sorprende a mí mismo, porque, después de todo, ¿qué culpa tenía yo de que se le ocurriese morir en aquel preciso instante? Sea como fuere, sólo he podido calmar mis remordimientos sufragando en un hospital los gastos de dos lechos, a fin de asegurar a otras tantas ancianas el descanso y el bienestar en los últimos días de su existencia terrena. Esta fundación perdura desde hace quince años, y me propongo convertirla en perpetua, para lo cual ya he adoptado las oportunas disposiciones testamentarias. Esto es todo. Repito que puedo haber cometido muchas faltas, pero, en conciencia, yo tengo esta acción por la más vil de mi vida.

—Lejos de ser la más vil de su vida, Excelencia, la acción que nos ha contado usted es de las que más le honran. Se ha burlado usted de Ferdychenko —comentó éste.

—¡Es lástima, general, que yo no creyese hasta ahora que tenía usted tan buen corazón! —dijo, con negligencia, Nastasia Filipovna.

—¿Lástima? ¿Por qué? —preguntó el general amablemente.

Y, verdaderamente contento de sí mismo, vació, su vaso de champaña.

Llegaba ahora la vez de Totzky, quien había preparado también un relato. Todos esperaban que no se excusase, como Ivan Petrovich Ptitzin, y, por ciertas razones, se esperaba su narración con curiosidad, mientras todos miraban con interés a Nastasia Filipovna. Atanasio Ivanovich empezó, con voz compuesta y tranquila, a narrar una de sus deliciosas anécdotas. Era Totzky, digámoslo de paso, un hombre de buen aspecto, corpulento, grueso, con los dientes postizos, las mejillas encarnadas y algo colgantes, y el cráneo en parte calvo y en parte cubierto de canas. Vestía elegantemente, pero sin extravagancia, y se distinguía sobre todo por la inmaculada limpieza de su ropa blanca. Sus manos, cuidadas y llenas, atraían la atención. Una sortija incrustada de diamantes adornaba el índice de su mano derecha. Mientras él habló, la dueña de la casa tuvo los ojos fijos sin cesar en el encaje que guarnecía la manga de su vestido, sin alzar una sola vez la mirada hacia el narrador.

—Facilita mucho mi tarea —dijo Atanasio Ivanovich— el hecho de no tener que contar sino la peor acción de mi vida. En casos tales la elección no es difícil de hacer siempre que no se deje guiar por la conciencia y el primer impulso del corazón. Entre las innumerables y acaso frívolas y atolondradas malas acciones de mi vida, hay una que gravita más abrumadoramente sobre mis recuerdos. Se refiere a hace una veintena de años. Estaba yo entonces en el campo con Platón Ordintzev, que acababa de ser elegido mariscal de la nobleza del distrito y había ido a pasar en la provincia las vacaciones invernales acompañado de su joven esposa, Anfisa Alexievna. Se acercaba el día del cumpleaños de ésta e iban a darse dos bailes. Por entonces estaba muy de moda en la alta sociedad «La Dama de las Camelias», de Dumas, hijo, novela deliciosa que, en mi opinión, será inmortal y siempre parecerá nueva. En provincias, todas las señoras —o al menos las que la habían leído— estaban encantadas con aquella obra. La moda había impuesto las camelias, y todas las damas querían ostentarlas. Aquellas flores se habían convertido en el complemento obligado de un traje de baile. Ustedes comprenderán sin trabajo la dificultad de que todas las mujeres consiguiesen camelias en una población pequeña y donde había tal competencia para adquirirlas. Por entonces, Petia Vorkhosvsky estaba enamorado de Anfisa Alexievna. Ignoro, en verdad, si había mediado algo entre los dos, es decir, si él podía albergar alguna esperanza seria. El pobre muchacho deseaba ansiosamente ofrecer camelias a Anfisa Alexievna para el próximo baile. Se sabía que Sofía Bezpalov y la condesa Sotzy, una petersburguesa que se alojaba en casa de la esposa del gobernador, iban a llevar ramilletes de camelias blancas. La señora Ordintzeva las quería rojas, para producir no sé qué efecto determinado. Hizo, pues, que

su marido se pusiera en movimiento para procurárselas, y él se comprometió a obtenerlas. Por desgracia, el día anterior todas las existencias de camelias habían sido monopolizadas por Catalina Alejandrovna Mititcheva, implacable rival de Anfisa Alexievna. Puede adivinarse el resultado: ataques de nervios, desmayos de la joven esposa, desesperación de Platón… Si Petia lograba triunfar donde había fracasado el marido, hubiera dado un gran paso en el camino de sus esperanzas, porque en tales casos el agradecimiento femenino no conoce límites. Petia se lanzó, pues, como un loco en busca de las flores. No necesito decir que sus esfuerzos resultaron infructuosos. La víspera del baile le encuentro en casa de María Petrovna Zubkova, una vecina de Ordantzev. Estaba radiante. «¿Qué te pasa?». «¡Las he encontrado! ¡Eureka!». «Me dejas asombrado, querido amigo. ¿Dónde…? ¿Cómo?». «En Ekchaisk (era una localidad situada a unas veinte verstas, en otro distrito) habita un comerciante rico y viejo, llamado Trepalov, casado y sin hijos. En lugar de niños él y su mujer crían canarios. Ambos tienen pasión por las flores. ¡Ya verán cómo encuentro camelias en casa de Trepalov!». «No es seguro, y además, ¿querrá dártelas?». «Me pondré de rodillas ante él, me arrojaré a sus pies y no me marcharé sin conseguirlas». «¿Y cuándo vas a ir?». «Mañana, a las cinco de la madrugada». «Bien, hombre: Dios te ayude». Yo me alegraba de las posibilidades de éxito de Petia. Vuelvo a casa de Ordintzev. Era más de la una de la madrugada. De pronto se me ocurre una idea original. Voy a la cocina y despierto a Savely, el cochero. «Engánchame los caballos de aquí a media hora», le digo poniéndole quince rublos en la mano. A la media hora; en efecto, todo estaba listo. Anfisa Alexievna, según me decían, tenía jaqueca, fiebre, deliraba… Subo al coche y me pongo en camino de Ekchaisk, a donde llego entre cuatro y cinco de la madrugada. Espero en la posada a que amanezca y a las siete, cuando empezaba a despuntar la aurora, voy en busca de Trepalov. «¡Oh, padrecito! ¿Tienes camelias? ¡Socórreme, sálvame, te lo pido de rodillas!». «No, no, no quiero», contesta el comerciante, un viejo corpulento, de cabellos blancos y rostro severo. Entonces caigo a sus pies. ¡Así como suena! Me arrodillé ante él. «¿Qué haces, padrecito?», exclama sorprendido e incluso espantado. «¡Se juega en esto la vida de un hombre!», aseguro yo. «Siendo así, tómalas, y Dios te bendiga». Inmediatamente echo mano a las camelias rojas, que llenaban —y eran maravillosas y exquisitas— todo un plantío. Trepalov suspiraba. Yo saco de mi portamonedas cien rublos. «No, padrecito —me dice—, evítame esa ofensa». «Entonces —contesto—, permítame, honrado señor, ofrecerle esos cien rublos para el hospital de la localidad». «Eso es otra cosa. Puesto que se trata de una obra caritativa, de una acción noble y grata a Dios, acepto los cien rublos. ¡Dios le recompense!». Aquel viejo me agradó: era un ruso al viejo estilo. Muy satisfecho de mi éxito me pongo en camino inmediatamente, volviendo por caminos transversales para no encontrar a Petia. En llegando envío el ramo a Anfisa Alexievna,

quien lo recibe al despertar. Imaginen su alegría y agradecimiento. Platón, el día antes aniquilado, destruido, se lanza en mis brazos, sollozando. Todos los maridos son iguales desde la creación… del matrimonio. No me atrevo a proseguir. Baste indicar que el episodio destruyó definitivamente las esperanzas de Petia. Al principio temí que cuando éste se enterase me matara, y tomé las oportunas medidas. Pero no fueron necesarias. Las cosas pasaron de un modo distinto. Petia se desmayó, por la tarde estuvo delirando y al día siguiente le acometió una fiebre violenta. Lloraba como un niño, sufría convulsiones… Su enfermedad duró un mes y cuando se hubo restablecido pidió el traslado al Caucazo. ¡Una verdadera novela! Para concluir, diré que murió en Crimea. Su hermano Esteban Vorkhosvky mandaba un regimiento y se distinguió mucho. Confieso que en este asunto me causé vivos remordimientos. ¿Por qué se me ocurrió producir tal disgusto a Petia? Ello podía pasar si yo estuviese enamorado, pero por mi parte no mediaba sino un mero capricho de libertino. De no haberle escamoteado su ramo, es posible que Petia viviese aún, fuera feliz y no se hubiese hecho matar por los turcos.

Atanasio Ivanovich concluyó su relato con la misma serena dignidad que lo comenzara. Cuando hubo terminado, todos pudieron apreciar que Nastasia Filipovna mostraba un brillo peculiar en los ojos. Sus labios temblaban. Las miradas se fijaron, curiosas, en el narrador y en la joven.

—¡Se han burlado de Ferdychenko! ¡Y de qué modo! ¡Qué burla tan cruel! —gimió el bufón, comprendiendo que podía y debía deslizar alguna palabra.

—¿Y qué culpa tienen los demás de que usted no sea tan listo como ellos? ¡Aprenda de los que son más inteligentes que usted! —replicó, casi triunfalmente, Daría Alexievna, antigua y fiel amiga de Totzky.

—Tenía usted razón, Atanasio Ivanovich —dijo, negligente, Nastasia Filipovna—: este petit-jeu es enojoso y hay que terminarlo lo antes posible. Ahora yo explicaré lo que he prometido y luego ustedes pueden ponerse a jugar a las cartas.

—Sí; ante todo, la anécdota ofrecida —dijo Ivan Fedorovich, con vehemencia.

De pronto, y en medio del asombro general, la dueña de la casa se dirigió a Michkin.

—Príncipe —comenzó con voz vibrante—, mis antiguos amigos el general Epanchin y Atanasio Ivanovich me instan sin cesar a que me case. Dígame: ¿debo casarme o no? Haré lo que usted me aconseje.

Totzky palideció; Epanchin quedó estupefacto; todos alargaron el cuello y abrieron mucho los ojos. Gania sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Con quién… pensaba casarse? —murmuró el príncipe, con voz casi ininteligible.

—Con Gabriel Ardalionovich Ivolguin —articuló Nastasia Filipovna, recalcando mucho cada sílaba.

Siguió, una pausa de algunos minutos. Dijérase que el pecho del príncipe se hallaba abrumado por un peso terrible que le impedía emitir sonido alguno.

—No… no se case usted —murmuró Michkin al fin, respirando con dificultad.

—Así se hará —declaró Nastasia Filipovna. Y luego, con acento autoritario, como de triunfo, se dirigió a Gania—: Ya ha oído usted la decisión del príncipe. Eso es lo que le contesto, Gabriel Ardalionovich. No volvamos a hablar más de este asunto.

—¡Nastasia Filipovna! —profirió Atanasio Ivanovich, con voz temblorosa.

—¡Nastasia Filipovna! —dijo el general con tono apremiante, que dejaba traslucir su inquietud. Toda la reunión se sentía trastornada.

—¿Qué sucede, señores? —preguntó la dueña de la casa, mirando, asombrada al parecer, a sus invitados—. ¡Qué caras tienen ustedes! ¿Por qué esa emoción?

—Pero… recuerde, Nastasia Filipovna —balbució Totzky— que había hecho usted una promesa… con toda libertad, desde luego… Mas podía usted haber evitado… Me siento confuso… y me cuesta trabajo explicarme… pero, con todo… En resumen, terminar ahora y ante… ante todos… un asunto tan serio sirviéndose de un petit-jeu… Sí… un asunto de honor, y en el que el corazón… un asunto del que depende…

—No le comprendo, Atanasio Ivanovich. Realmente no sabe usted lo que se dice. En primer lugar, ¿qué significan las palabras «ante todos»? ¿Acaso no estamos en una reunión selecta e íntima? Además, ¿qué es eso de petit-jeu? Yo quería hacerles conocer un episodio de mi vida y ya lo conocen. ¿No lo encuentra agradable? Y ¿a qué viene el decir que esto no es serio? ¿Por qué no lo es? Usted me ha oído decir bien claramente al príncipe: «Haré lo que usted me aconseje». De haber dicho «sí», me habría casado; ha dicho «no» y no me casaré. ¿No es serio esto? Toda mi vida pendía de un cabello. ¡Dígame si puede existir mayor seriedad!

—Pero, ¿a qué hacer intervenir al príncipe? ¿Quién es el príncipe al fin y al cabo? —dijo el general, reprimiendo a duras penas la indignación que le producía el ver atribuir tanto valor a la opinión de Michkin.

—Yo le diré lo que es el príncipe para mí: el primer hombre cuya sincera adhesión me ha inspirado confianza. He creído en él desde el primer instante y

sigo creyendo.

Gania, pálido y con los labios crispados, tomó la palabra.

—Sólo me queda agradecer a Nastasia Filipovna la extrema delicadeza de que ha dado pruebas respecto a mí. Sin duda lo que ha resuelto es lo más conveniente… —Y añadió, con voz temblorosa—: Pero el príncipe… su intervención en este asunto…

—Echa a rodar un negocio de setenta y cinco mil rublos, ¿no? —interrumpió bruscamente Nastasia Filipovna—. ¡Eso es lo que quiere usted decir! No lo niegue: sus palabras no significan otra cosa. Atanasio Ivanovich: tengo algo más que agregar. Y es que se guarde sus setenta y cinco mil rublos. Sepa que le devuelvo su libertad gratuitamente. ¡Ya era hora! ¡También tiene usted derecho a respirar al fin! ¡Nueve años y tres meses! Mañana iniciaré una vida nueva. Pero hoy es el día de mi cumpleaños y esta es la primera vez que soy dueña de mí misma desde que existo. General: tome sus perlas y déselas a su esposa. Se han acabado estas veladas, señores. Desde mañana dejo este piso.

Y después de hablar así se levantó, como para marcharse.

—¡Nastasia Filipovna, Nastasia Filipovna! —se oyó exclamar por doquier.

Reinaba una agitación febril general. Todos los visitantes, abandonando sus asientos, rodeaban a la joven escuchando con inquietud sus palabras impetuosas, febriles, delirantes. Ninguno comprendía nada de lo que ocurría y el desconcierto era absoluto. En medio de la confusión resonó, un campanillazo tan violento como el que horas antes había sembrado la extrañeza en casa de Gania.

—¡A… já! ¡El desenlace! ¡Por fin! —dijo Nastasia Filipovna—. Son las once y media. Siéntense, señores. ¡El desenlace!

Y, mientras hablaba, se sentó a su vez. Una extraña sonrisa tembló en sus labios. Miraba hacia la puerta con silenciosa ansiedad.

—Rogochin y sus cien mil rublos —murmuró Ptitzin para sí.

XV

Katia, la doncella, apareció muy alarmada.

—Nastasia Filipovna: ahí viene una gente que no sé quiénes son. Diez hombres borrachos han entrado en el piso y quieren verla a usted. Han dado el nombre de Rogochin, diciendo que ya le conoce.

—Es cierto. Haz pasar a todos, Katia.

—¿A todos, Nastasia Filipovna? ¡Si son personas de muy mal aspecto!

—No tengas miedo, Katia. Hazles entrar a todos, hasta el último. Además, si quisieras impedirles el paso no lo conseguirías. ¡Qué escándalo arman! ¡Lo mismo que antes! Señores —añadió, dirigiéndose a los invitados—, quizá encuentren ustedes de mal tono que reciba semejante compañía. Lo siento mucho y les presento excusas; pero no tengo más remedio, ya que quiero que asistan ustedes al desenlace. En todo caso, hagan lo que les parezca.

Los reunidos se miraron con sorpresa, cuchicheando entre sí. Una cosa era evidente para todos: que aquello estaba planeado de antemano y que Nastasia Filipovna, aunque loca sin duda, no se dejaba desconcertar por nada. Todos se sentían muy curiosos. Por ende no existía motivo de inquietud. De todos los invitados, sólo dos eran mujeres. Daría Alexievna y la bella y silenciosa desconocida. La primera conocía bien todos los aspectos de la vida y no se asustaba por tan poco. Y la taciturna extranjera difícilmente podía comprender lo que pasaba, ya que no entendía una sola palabra de ruso. Era, en efecto, una alemana que llevaba corto tiempo en Rusia y para colmo parecía tan boba como linda. Sus amistades la invitaban a sus veladas sencillamente porque era muy decorativa. Se la exhibía en las reuniones, suntuosamente vestida, como se exhibe un cuadro valioso, una escultura, un ánfora o una pantalla de mérito.

En cuanto a los hombres, Ptitzin era amigo de Rogochin; Ferdychenko se encontraba en aquella situación como el pez en el agua; Gania no había reaccionado aún de su estupor, y además sentía un íntimo deseo de asistir a su ignominia hasta el final; el viejo profesor no acertaba a desentrañar lo que sucedía y, testigo de la excepcional agitación que dominaba a la dueña de la casa y a todos los otros, ardía en deseos de llorar y temblaba literalmente de miedo, pero, aun así, habría preferido la muerte a abandonar a Nastasia Filipovna en situación semejante. A Totzky le repugnaba mezclarse en aventuras de tal estilo, pero el asunto le interesaba mucho, a pesar del estrambótico giro que adquiría; por ende, dos o tres de las palabras pronunciadas por Nastasia Filipovna le habían intrigado de tal manera, que no quería marcharse antes de obtener una explicación de su significado. Resolvió, pues, esperar hasta el fin, en actitud de espectador silencioso, la sola que le parecía acorde con su dignidad. El único que no parecía dispuesto a soportar por más tiempo aquellas extravagancias era el general Epanchin, ya muy dolido por la forma descortés en que se le había devuelto su regalo… Si hasta entonces, influido por la pasión, se había dignado sentarse en aquella casa al lado de Ptitzin y de Ferdychenko, ahora despertaban en él su respeto propio, el sentimiento del deber, la conciencia de la seriedad a que le obligaban su categoría social y su posición en el servicio. En resumen, no ocultó que un hombre como él no podía alternar con gentes como Rogochin y sus

compañeros.

A las primeras palabras, Nastasia Filipovna le atajó:

—¡No se me había ocurrido, eso, general! Había contado con usted y… Mas si ello le disgusta, no insisto en retenerle, por mucho que hubiera querido, en un momento como éste sobre todo, verle cerca de mí. En cualquier caso, le agradezco de verdad su visita y su bondadosa atención; pero si tiene usted miedo…

—Permítame, Nastasia Filipovna —interrumpió Epanchin, en un arranque caballeresco—, ¿a quién dice cosa semejante? Sólo por mi devoción a usted, me quedaré a su lado y, si hay algún peligro… Además, confieso que mi curiosidad está muy excitada. Sólo temo que esa gente ensucie sus alfombras o rompa cualquier objeto… En mi opinión no debería usted recibirlos, Nastasia Filipovna.

—Rogochin en persona —anunció Ferdychenko.

—¿Qué le parece, Atanasio Ivanovich? —preguntó el general a Totzky en voz baja—. ¿No cree que se ha vuelto loca? Quiero decir en el sentido literal de la palabra, en el sentido médico, ¿comprende?

—Siempre le he dicho que tenía cierta predisposición a ello —cuchicheó Totzky.

—Además, está febril y…

Rogochin iba acompañado casi por los mismos secuaces que cuando hizo su visita a Gania. No obstante, se había agregado dos nuevos reclutas: uno, un viejo desacreditado, antiguo editor de un periódico libelístico y de mala fama. Se atribuía a este hombre la anécdota de haber empeñado en cierta ocasión su dentadura postiza para poder embriagarse. El otro era un subteniente retirado, rival del señor de los puños sólidos, y absolutamente desconocido a la partida de Rogochin, que se lo había incorporado en la acera soleada de la Perspectiva Nevsky, donde solía dirigirse a los transeúntes para solicitarles, con frases a lo Marlinsky, ayudas pecuniarias, añadiendo ladino, que cuando a él, en sus tiempos, le hacían demandas semejantes siempre daba quince rublos cada vez.

Desde el principio, los dos competidores, el forzudo y el subteniente, habían sentido antipatía y hostilidad uno hacia otro. El primero consideraba afrentoso que se juzgase preciso añadir un matón más a la banda. Taciturno por naturaleza, se limitaba a emitir de cuando en cuando sordos gruñidos de oso y a mirar de arriba abajo, con supremo desdén, al pedigüeño siempre que éste, que alardeaba de hombre de mundo y fino diplomático, trataba de congraciarse con el forzudo. A primera vista el subteniente producía la impresión de ser uno de aquellos hombres que suplen la falta de fuerza con su

destreza y pericia. Era, desde luego, menos corpulento que el señor forzudo. Varias veces, y sin entrar en franca disputa, hizo delicadas alusiones a la eficacia del boxeo inglés, mostrándose de este modo un paladín convencido de la cultura occidental. El señor forzudo sonrió y bufó, sin dignarse conceder a su adversario una refutación en regla, y ciñéndose a mostrarle a ratos, como por casualidad, un argumento característicamente ruso: un puño enorme, nervudo, cubierto de vello rojizo. Era evidente para todos que si aquel argumento, tan típicamente nacional, se abatía sobre un objeto cualquiera había de dejarlo reducido a gelatina.

Gracias a los esfuerzos de Rogochin, que venía pensando desde por la mañana en la visita a Nastasia Filipovna, ninguno de los de la banda estaba completamente beodo. Él mismo se hallaba ahora casi sereno; pero bajo el influjo de las sensaciones que atravesara en aquel caótico día se sentía fuera de sí en absoluto. Sólo una idea subsistía en su mente, la idea por cuya realización había trabajado con inmenso ahínco desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche. Poco faltó para que hiciese perder la cabeza a Kinder y Biskup, dos judíos y prestamistas, que hubieron de andar de un lado a otro como poseídos, a fin de resolverle el problema. Al cabo lograron aprontarle los cien mil rublos sobre los que Nastasia Filipovna se permitiera una burlona insinuación aquella mañana. Pero a un interés tan fabuloso que el mismo Biskup no osó hablar de él a Kinder sino en voz baja.

Como antes, Rogochin iba a la cabeza, seguido de sus acólitos, todos muy persuadidos de su importancia, pero algo inquietos a la par. La persona que les inspiraba, sabe Dios por qué, más miedo, era Nastasia Filipovna. Algunos de ellos temían incluso que se les arrojase por las escaleras. Entre estos cobardes figuraba el elegante y fascinador Zaliochev. Pero otros, y en especial el señor forzudo, sentían en el fondo un profundo desprecio, casi rencoroso, por Nastasia Filipovna y se encaminaban a su casa como al asalto de una posición enemiga. Con todo, el lujo de las dos primeras habitaciones les inspiró un respeto involuntario y casi temeroso. Había allí infinitas cosas nuevas para ellos: muebles raros, cuadros, una estatua de Venus… Aquel instintivo respeto se unía a una curiosidad insolente, y fue así, en medio de estos complejos sentimientos, como penetraron en el salón en pos de Rogochin. Pero cuando el señor forzudo, su rival el subteniente y algunos más vieron entre los invitados al general Epanchin sentado junto a Nastasia Filipovna, quedaron tan decaídos, que iniciaron un verdadero repliegue hasta la antesala. Sólo unos cuantos mantuvieron su valor. Entre ellos figuraba el intrépido Lebediev, que avanzaba casi al lado de Rogochin, muy poseído de la importancia propia de un hombre con un capital de un millón cuatrocientos mil rublos en buen dinero constante y sonante, y que en el momento presente llevaba en el bolsillo cien mil. Conviene advertir, por otra parte, que todos, incluso el sabio Lebediev, tenían una idea bastante vaga de los límites de su poderío y no sabían a punto

fijo si todo les estaba permitido o no. En ocasiones, Lebediev se hubiera pronunciado por la afirmativa con la mayor energía, pero en otras no lograba prescindir de acordarse de ciertos artículos del Código, no del todo tranquilizadores en aquella sazón.

La impresión que produjo Nastasia Filipovna sobre Rogochin fue muy distinta a la que causó en los compañeros del joven. Apenas se apartó la cortina que cubría la puerta y Parfen Semenovich pudo ver a su ídolo, todo lo que rodeaba a Nastasia Filipovna se desvaneció a sus ojos, como por la mañana, y aún más en absoluto que entonces. Palideció y se detuvo un instante; era notorio que el corazón le latía con violencia. Tímidamente, con desesperación, miró, a Nastasia Filipovna. Y de pronto, como si le abandonasen sus sentidos, adelantó hacia la mesa con paso casi vacilante. Por el camino tropezó en la silla de Ptitzin y puso sus botas, sucias y enfangadas, sobre los magníficos encajes del brillante vestido azul de la bella alemana. No se excusó, porque no había reparado en una cosa ni en otra. Al llegar a la mesa depositó encima un objeto que tenía entre las manos mientras atravesaba el salón, y que consistía en un paquete de unos catorce centímetros de alto y como diecinueve de largo, cuidadosamente envuelto en un número de la «Gaceta de la Bolsa» y atado mediante un cordón de los que se emplean para empaquetar el azúcar. Rogochin dejó caer los brazos y aguardó, silencioso, su sentencia. Vestía exactamente el mismo traje de por la mañana, pero lucía al cuello una bufanda nueva, de seda roja y verde, adornada con un alfiler en el que esplendía un grueso diamante figurando un escarabajo. Su áspera mano derecha ostentaba un macizo anillo, también de diamantes.

Lebediev se detuvo a tres pasos de la mesa. Katia y Pacha, las dos doncellas, miraban, con inquietud y alarma, por entre las cortinas.

Nastasia Filipovna contempló a Rogochin con curiosidad.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando el paquete.

—Los cien mil rublos —contestó él, casi en un cuchicheo.

—¡Ha cumplido su palabra! ¡Qué hombre! Siéntese en esta silla, se lo ruego. Ya hablaremos después. ¿Quiénes son ésos? ¿Sus compañeros de antes? Que entren, que se sienten. Pueden acomodarse en ese diván. Y en este otro. Y ahí tienen dos sillones. ¿Por qué no quieren? ¿Qué les pasa?

Varios de ellos, totalmente confundidos, se habían batido en definitiva retirada y esperaban en la pieza contigua. Los que había en el salón se sentaron al invitarles Nastasia Filipovna, pero lejos de la mesa y casi todos en los rincones. Algunos persistían en disimular su presencia; otros, en cambio, recobraron su aplomo con extraordinaria rapidez. Rogochin ocupó la silla que se le indicara, pero al cabo de un momento se levantó y ya no tornó a sentarse.

Gradualmente iba reparando en los presentes. Viendo a Gania sonrió con malignidad y murmuró para sí; «¡Hola!». El general y Totzky no le causaron impresión: casi no se fijó en ellos. Pero al descubrir al príncipe al lado de Nastasia Filipovna, la sorpresa le hizo, a pesar suyo, fijar los ojos en Michkin durante algunos instantes, como si no se explicara aquel nuevo encuentro. Había momentos en que se sentía víctima de un verdadero delirio. Además de las fuertes impresiones del día, había pasado en el tren la noche anterior y llevaba cerca de cuarenta y ocho horas sin dormir.

—En este sucio papel, señores —dijo Nastasia Filipovna, dirigiéndose a sus invitados, con aspecto impaciente y febril—, hay cien mil rublos. Rogochin, antes, me aseguró a gritos, como un loco, que me traería esta noche cien mil rublos y yo le esperaba. Conste que me ha regateado como una mercancía: primero ofreció dieciocho mil rublos, luego cuarenta mil y al fin llegó hasta cien mil, que son éstos. En todo caso, ha cumplido su palabra. ¡Y qué pálido está! El incidente sucedió esta mañana en casa de Gania. Yo había ido a visitar a su madre y al resto de mi futura familia y la hermana de Gania dijo en mi cara: «¿Es posible que no haya quien arroje de aquí a esta desvergonzada?». Y luego abofeteó el rostro de su hermano. ¡Es una muchacha de carácter!

—¡Nastasia Filipovna! —dijo el general en tono de reproche, comenzando a comprender, poco más o menos, la situación.

—¿Qué, general? Que esto es incorrecto, ¿no? Lo sé. ¡Pero ya he dejado de andar con cumplidos! He pasado cinco años desempeñando el papel de mujer virtuosa desde mi palco del Teatro Francés, he rechazado a todos los que solicitaban mis favores, me he mostrado como una ingenua inocente… ¡Ya estoy harta! He aquí que después de cinco años de ser virtuosa viene un hombre a poner, en presencia de ustedes, cien mil rublos para mí sobre la mesa. ¡Y sin duda me espera su coche en la calle! ¡Me ha valorado en cien mil rublos! Ya veo, Gania, que te has ofendido conmigo. Pero, ¿es posible que hubieras soñado en hacerme entrar en tu familia? ¡A mí, la amante de Rogochin! ¿No oíste lo que decía el príncipe hace poco?

—Yo no he dicho que fuese usted la amante de Rogochin —repuso Michkin con voz temblorosa.

Daría Alexievna no pudo contenerse.

—Basta ya, Nastasia Filipovna; basta ya, querida —exclamó—. Puesto que estás harta de estos hombres, mándalos a paseo. Además, ¿es posible que consientas en acceder a las pretensiones de mi sujeto así por cien mil rublos? Cien mil rublos, verdaderamente, merecen consideración. Pero puedes tomar su dinero y ponerle a él en la puerta. Con esta gente hay que portarse así. ¡Cómo estuviese yo en tu lugar les daría una buena lección!

Daría Alexievna se sentía realmente disgustada. Era una mujer de buen carácter y muy impresionable. Nastasia Filipovna sonrió y dijo:

—Vamos, Daría Alexievna, no te excites. En lo que he hablado no había indignación por mi parte. ¿Acaso he hecho algún reproche? Es que, en realidad, no sé cómo se me ha ocurrido la tonta idea de querer entrar en una familia honrada. He visto a la madre de Gania, la he besado la mano… Y si primero me mostré insolente en tu casa, Gania, lo hice adrede, porque quería ver por última vez a lo que eras capaz de llegar. Y te aseguro que me has sorprendido. Esperaba mucho de ti, mas no tanto. ¡Pensar que consentías en casarte conmigo sabiendo que la víspera, como quien dice, de tu matrimonio, el general me ofrecía unas perlas de tal valor y que yo las había aceptado! Y luego lo de Rogochin. En tu propia casa, delante de tu madre y de tu hermana, ha regateado el valor que me atribuye, y aun así tú has venido luego a pedir mi mano… ¡Paco ha faltado para que incluso trajeses a tu hermana contigo! ¿Es posible que tenga razón Rogochin cuando dice que por tres rublos andarías a cuatro pies por el bulevar Vassilievsky?

—Sí, andaría a cuatro pies —afirmó Rogochin en voz baja con acento de profunda convicción.

—Aun podría pasar todo eso si estuvieras muriéndote de hambre, pero creo que ganas un buen sueldo. Y, no contento con querer introducir en tu casa a una mujer sin honra, estás resuelto a casarte con una mujer a quien detestas. Porque sé que me detestas… Creo que un hombre así sería capaz de asesinar por dinero. Hoy día la sed de ganancias produce en todos los hombres una verdadera fiebre. ¡Están como locos! Hasta los niños se vuelven usureros. Hace poco he leído que un individuo envolvió en un lienzo de seda su navaja de afeitar, se acercó a un amigo suyo por la espalda y suavemente le degolló como a una oveja. Eres un hombre sin honor, Gania. Yo soy una mujer sin honra, pero tú eres peor aún. Y no digo nada ya del personaje de los ramilletes…

—¡Es posible que hable usted así, Nastasia Filipovna! —exclamó el general, sinceramente desolado, golpeándose una mano contra la otra ¡Usted, tan delicada, tan fina en sus ideas! ¡Y ahora, qué lenguaje, qué palabras!

Nastasia Filipovna rompió en una carcajada.

—Estoy ebria, general, y bromeo. Hoy es mi cumpleaños, y también mi día triunfal, el día que esperaba hace tanto tiempo… Daría Alexievna, mira a ese señor de los ramilletes, a ese monsieur aux camélies. Ahí lo tienes, sentado y riéndose de nosotros…

—No me río, Nastasia Filipovna —contestó Totzky muy digno—. Me limito a escuchar con atención.

—¿Por qué he estado atormentándole durante estos cinco años, sin dejarle libre? ¿Acaso lo merecía? Él no es sino lo que debe ser y nada más. Incluso es capaz de suponer que soy yo quien me porto mal con él, porque me ha dado educación, me ha mantenido como a una condesa, ha gastado mucho dinero en mí, ha procurado hallarme un marido honorable en provincias, y al fin me ha encontrado aquí a este Gania. ¡Figúrate que hace cinco años que no tengo intimidad con Atanasio Ivanovich y, sin embargo, he continuado recibiendo su dinero, persuadida de que me asistía derecho a obrar así! ¡Sin duda había perdido la cabeza! Ahora me dices que tome los cien mil rublos de este otro hombre y le ponga a la puerta si me repugna ser amante suya. Sí: me repugna. Hace tiempo que hubiese podido casarme y no con Gania; pero ello me repugna también. ¿Por qué he pasado cinco años desempeñando ese papel de mujer leal? Pues créeme que ha sido porque hace cuatro años me pregunté si no debía casarme legalmente con mi Atanasio Ivanovich. No pensaba en tal cosa por venganza, sino porque se me ocurrían muchas ideas en aquella época. Y habría podido convencerle. Incluso él me hizo indicaciones en ese sentido. Sin duda no lo hacía con sinceridad, pero se mostraba tan apasionado, que le hubiese llevado al matrimonio, de proponérmelo. Luego, gracias a Dios, comprendí que él no merecía tanto rencor. Y entonces sentí tal repulsión por él, que incluso si se me hubiese ofrecido como esposo le habría rechazado. He vivido cinco años como una mujer irreprochable. Pero vale más que me lance al arroyo. Ese es el lugar que me corresponde. O aceptar a Rogochin, o ser lavandera desde mañana mismo. Porque no tengo sobre mí nada que me pertenezca, y al irme dejaré aquí hasta el último trapo. Y cuando ya no tenga nada, ¿quién me querrá? ¡Pregunta a Gania si consentirá entonces en casarse conmigo! Es posible que ni el propio Ferdychenko me quisiera…

—Es posible, en efecto, que no la quisiera —repuso el bufón—. Pero hay alguien que sí la querría: el príncipe. No hace usted más que lamentarse; pero mire al príncipe… Hace rato que le estoy observando.

Nastasia Filipovna se volvió al joven con curiosidad.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Sí —dijo él, en voz baja.

—¿Me querría usted así, sin nada?

—Sí, Nastasia Filipovna.

—¡Hola! —exclamó el general—. ¡Un nuevo incidente! Era de esperar.

Michkin fijó una mirada triste, penetrante y severa, sobre Nastasia Filipovna, que seguía examinándole.

—¡Mira lo que he encontrado! —dijo ella, dirigiéndose otra vez a Daría

Alexievna—. Un bienhechor, y que habla de todo corazón lo sé. Pero es posible que acierten los que dicen que… que no es un hombre corriente. ¿De qué vivirías, príncipe, si estuvieras lo bastante enamorado para casarte con la amante de Rogochin?

—Casándome con usted, Nastasia Filipovna, me casaría con una mujer honrada y no con la amante de Rogochin —repuso Michkin.

—¿Acaso soy honrada?

—Sí.

—Eso se ve en las novelas, príncipe. Todo ello son cuentos viejos… Hoy la gente se ha vuelto más razonable y sabe que todo eso es absurdo. Además, ¿cómo se te ocurre pensar en casarte? Más falta te hace una enfermera que una mujer.

El príncipe se levantó y con voz tímida y temblorosa, pero también con el tono de un hombre profundamente convencido de lo que dice, respondió:

—No sé nada, Nastasia Filipovna, y no he visto nada de la vida; puede que tenga usted razón… Pero yo me tendría por muy honrado si usted me aceptase, en vez de creer que la honraba casándome con usted. Yo no soy nadie; mas usted ha conocido el sufrimiento y ha salido pura de un infierno semejante. Eso es mucho. ¿Por qué se siente, pues, avergonzada y dispuesta a aceptar a Rogochin? Lo ha dicho usted bajo el influjo de la fiebre. Acaba usted de devolver al señor Totzky setenta y cinco mil rublos y ha expuesto el propósito de dejarle cuanto hay en su casa. Nadie haría lo mismo. Yo… Nastasia Filipovna…, yo la amo… Soy capaz de morir por usted, Nastasia Filipovna. No permitiré a nadie que hable mal de usted, Nastasia Filipovna… Si somos pobres, yo trabajaré, Nastasia Filipovna…

Al oír las últimas palabras del príncipe, Ferdychenko y Lebediev estallaron en risas y hasta el propio general manifestó su mal humor con una especie de gruñido. Ptitzin y Totzky no lograron contener una sonrisa, aunque tan discreta como pudieron. Los demás permanecían con la boca abierta, asombrados.

—Pero acaso en vez de ser pobres seamos muy ricos, Nastasia Filipovna —prosiguió el príncipe con la misma voz tímida—. Cierto que no sé nada concreto y es lástima que nadie me haya proporcionado informes en todo el día; pero el caso es que, estando en Suiza, recibí una carta de un señor de Moscú, llamado Salazkin, y, según me dice, debo entrar en posesión de una herencia muy importante. Aquí está la carta…

Y Michkin, mientras hablaba, sacó un papel del bolsillo.

—¿Es posible que tenga los sentidos cabales? —exclamó el general—. ¡Esta es una verdadera casa de locos!

Se produjo un momento de silencio.

—Creo, príncipe, que ha dicho usted que esta carta se la enviaba Salazkin —intervino Ptitzin—. Salazkin es un hombre muy conocido en su ambiente y tiene gran reputación como agente de negocios. Si esa noticia procede de él, puede darla por segura. Afortunadamente, conozco la letra de Salazkin, porque he tenido con él relaciones financieras hace poco… Si me permite usted examinar esa carta, podré darle algún informe.

El príncipe, sin proferir una palabra, tendió el papel a Ptitzin, con mano temblorosa.

—Pero, ¿qué es esto?, ¿qué es esto? —repetía el general, con el aspecto de un demente—. ¿Es posible que exista semejante herencia?

Mientras Ptitzin leía la carta, todas las miradas se fijaron en él. Aquel nuevo incidente sobrevenido a continuación de tantas circunstancias enigmáticas intrigaba en alto grado a todos los reunidos. Ferdychenko no paraba un instante; Rogochin, inquieto, miraba ora al príncipe, ora a Ptitzin. Daría Alexievna parecía, en su expectación, pisar sobre ortigas. En cuanto a Lebediev, perdió toda su ecuanimidad, y saliendo de su rincón acercóse a Ptitzin y, doblándose en triángulo, comenzó a leer la carta sobre el hombro del prestamista, con el talante de un hombre que espera un bofetón en recompensa de lo que está haciendo.

XVI

—Es cierto —declaró Ptitzin doblando la carta y alargándola a Michkin—. En virtud de un testamento de una tía suya, testamento no discutido por nadie, va usted a poder entrar sin la menor dificultad en posesión de una gran herencia.

—¡Imposible! —barbotó el general.

La palabra restalló como un pistoletazo.

De nuevo el asombro se pintó en todos los semblantes. Ptitzin explanó, dirigiéndose en especial a Epanchin, que cinco meses antes había muerto una tía del príncipe a quien éste no conocía personalmente. La difunta, hermana mayor de la madre de Michkin, era hija de un mercader moscovita de la tercera corporación, llamado Papuchin, que había fallecido en la mayor miseria después de quebrar. Pero el hermano mayor de Papuchin, muerto también hacía poco, era un comerciante muy rico. Un año antes, sus dos hijos habían fallecido con el intervalo de un mes, y el viejo, disgustadísimo, no

tardó en seguirles a la tumba. Como era viudo, toda su fortuna pasó a su sobrina, la tía del príncipe, mujer muy pobre a la sazón y recogida en casa de unos extraños. Al recibir la herencia de Papuchin, esta mujer, enferma de hidropesía, se hallaba casi moribunda; pero, con todo, hizo testamento y encargó a Salazkin que buscase al príncipe. Ni el doctor ni Michkin habían querido esperar la comunicación oficial y el último, en consecuencia, se puso en camino una vez recibida la carta de Salazkin.

—Sólo puedo decirle una cosa —concluyó Ptitzin, dirigiéndose a Michkin—, y es que todo esto debe ser completamente exacto, y que puede usted dar por hecho cuanto Salazkin le escribe respecto a la validez del testamento en su favor. Le felicito, príncipe. Va usted a recibir millón y medio, si no más. Papuchin era muy rico.

—¡Bravo por el último de los Michkin! —aulló Ferdychenko.

—¡Hurra! —añadió Lebediev con voz vinosa.

—¡Y yo que he prestado esta mañana veinticinco rublos al pobre muchacho! ¡Ja, ja, ja! Parece un cuento de hadas —dijo el general en el colmo de la estupefacción—. En fin, le felicito, le felicito.

Y abandonando su asiento fue a abrazar al príncipe. Los demás, levantándose, le rodearon también. Hasta los compañeros de Rogochin que habían abandonado el salón comenzaron a regresar. Siguió un tumulto de exclamaciones confusas; todos se empujaban; sonaban voces pidiendo champaña. Por un momento, Nastasia Filipovna fue relegada al olvido. Nadie recordaba el hecho de estar en su casa y en su reunión. Pero luego todos se acordaron a la vez de que el príncipe acababa de ofrecer casarse con ella. De modo que el último incidente daba al asunto un aspecto más extravagante todavía. Totzky, muy sorprendido, se encogía de hombros. Era el único que había quedado en su lugar mientras el resto de los reunidos se agrupaba, tumultuoso, en torno a la mesa. Todos declararon más tarde que a partir de aquel momento pareció iniciarse la locura en Nastasia Filipovna. La joven no se había levantado de su asiento y paseaba sobre todos los asistentes una mirada de asombro y sorpresa, como si no comprendiese la situación, y se esforzase en explicársela. De repente volvióse al príncipe, arrugó el entrecejo, amenazadora, y examinó a Michkin con atención. Aquello sólo duró un segundo. Tal vez hubiera pensado que todo ello constituía una broma; mas, en cualquier caso, tal idea se disipó al ver el aspecto del príncipe. Tornóse pensativa y una sonrisa, al parecer involuntaria, plegó sus labios.

—¡De modo que soy princesa! —murmuró para sí, con cierta burla. Y mirando a Daría Alexievna, añadió—: El desenlace es inesperado; ni yo misma lo había previsto… Pero, ¿por qué siguen ustedes en pie, señores? Siéntense y felicítenme por mi casamiento con el príncipe. Creo que alguien

ha pedido champaña: vaya a encargarlo, Ferdychenko. Katia, Pacha —exclamó, al ver a las dos doncellas a la entrada del salón—, pasad. ¿Sabéis que voy a casarme? ¡Y con un príncipe! El príncipe Michkin, que posee millón y medio, me toma por esposa.

—¡No dejes escapar la ocasión, y Dios te bendiga, querida! —dijo Daría Alexievna.

—Siéntate a mi lado, príncipe —continuó Nastasia Filipovna—. ¡Así! Y ustedes, señores, denme la enhorabuena. ¡Ah, ya llega el vino!

—¡Hurra! —gritaron muchas voces a coro.

La mayoría, y entre ellos todos los compañeros de Rogochin, se agolparon en torno a las botellas de champaña. Pero aunque no deseasen ni hiciesen otra cosa sino gritar, varios de ellos, en medio de lo extraño de las circunstancias, advertían que la situación se modificaba. Otros, turbados, esperaban con inquietud el lance final. No faltaron quienes dijeran que aquello era lo más corriente que podía darse y que ya se habían visto antes otros príncipes casados con toda clase de mujeres, sin exceptuar muchachas sacadas de campamentos gitanos. Rogochin, con una sonrisa forzada que crispaba su rostro, asistía a la escena y no acababa de discernirla bien.

—Querido príncipe, vuelve en ti —dijo el general, con horror, acercándose a Michkin a hurtadillas y tirándole de la manga.

Nastasia Filipovna, observándolo, rompió, a reír.

—¡Nada de eso, general! Ahora soy princesa, ya lo ha oído usted. El príncipe no consentirá que me injurien. Felicíteme, Atanasio Ivanovich. ¿Qué le parece? ¿No es ventajoso encontrar semejante marido? Un hombre que posee millón y medio y que además, según dicen, es idiota… ¿Qué más se puede pedir? ¡Ahora es cuando voy a empezar a vivir de veras! Has llegado tarde, Rogochin. Coge tu paquete Voy a casarme con el príncipe y a ser más rica que tú.

Rogochin comprendió al fin lo que sucedía. En su semblante se pintó un sufrimiento indecible. Exhaló un gemido y se golpeó las manos.

—¡Renuncia! —gritó a Michkin.

Aquello provocó la hilaridad de todos.

—Quieres que renuncie en tu favor, ¿eh? —dijo con abrumador desdén Daría Alexievna—. ¡Miren a este aldeano, que ha venido a arrojar su dinero en la mesa! El príncipe se casará y tú habrás recibido un buen revolcón.

—También yo me casaré; quiero casarme en el acto. Daré todo lo que tengo…

—Tú sales de la taberna y estás borracho. ¡Debíamos plantarte en la puerta! —contestó Daría Alexievna, indignada.

Las risas aumentaron.

—¿Qué te parece, príncipe? —dijo Nastasia Filipovna a Michkin ¡Ahí tienes a un aldeano queriendo comprar a tu futura!

—Está ebrio —observó el príncipe—, y además la quiere mucho.

—¿Y no te avergonzará después haberte casado con una mujer que ha estado a punto de ser de Rogochin?

—Cuando usted dijo eso, tenía el cerebro turbado por la fiebre. Todavía está agitada —contestó el príncipe.

—¿Y no te avergonzarás tampoco cuando te cuenten que tu esposa ha sido amiga de Totzky?

—No me sentiré avergonzado. La culpa no fue de usted.

—¿Y nunca me harás reproches?

—No se los haré nunca.

—Ándate con cuidado y no te comprometas para toda tu vida.

—Nastasia Filipovna —dijo Michkin, con voz dulce en que vibraba una nota de conmiseración—, ya le he dicho que me consideraría muy honrado obteniendo su mano en vez de juzgar que le hago un honor casándome con usted. Cuando me he explicado así, usted ha sonreído y he oído también risas a mis espaldas. Quizá yo me haya expresado ridículamente, y acaso haya sido ridículo de verdad; pero siempre he creído saber bien en qué consiste el honor y estoy seguro de haber dicho una cosa justa. Hace un momento quería usted perderse irremisiblemente, y estoy cierto de que después lo habría lamentado; pero usted no es culpable de nada. Es imposible que considere usted su vida perdida en definitiva. ¿Qué importa que Rogochin haya venido a su casa de ese modo ni que Gabriel Ardalionovich haya querido engañarla? ¿Por qué insistir tanto en eso? Repito que lo que usted hace, pocas personas serían capaces de hacerlo. Si ha querido usted atender a Rogochin, fue bajo la influencia de la fiebre. Ahora mismo se encuentra usted mal y debiera acostarse. Usted no se habría quedado con Rogochin, de marchar con él. Mañana mismo habría preferido hacerse lavandera. Es usted orgullosa, Nastasia Filipovna, pero tal vez tenga la desgracia de considerarse culpable en realidad. Necesita usted muchas atenciones, Nastasia Filipovna. Yo las tendré con usted. En cuanto he visto su retrato he creído contemplar una cara conocida. Hasta me pareció que su expresión me llamaba… Yo… yo la estimaré toda mi vida, Nastasia Filipovna —concluyó de pronto el príncipe, ruborizándose, sin duda al recordar las personas que había presentes.

Ptitzin, escandalizado, inclinó la cabeza, mirando al pavimento. Totzky pensaba: «Es un idiota, pero sabe por instinto que la adulación es el mejor modo de triunfar con las mujeres». Michkin notó que Gania le miraba desde su rincón con ojos centelleantes, como si hubiera querido darle de golpes.

—¡Qué hombre tan bondadoso! —exclamó Daría Alexievna, muy afectada.

—Un hombre refinado, pero perdido —murmuró Ivan Fedorovich.

Totzky tomó su sombrero proponiéndose despedirse a la francesa. Él y el general convinieron, mediante una mirada, irse juntos.

—Gracias, príncipe. Hasta ahora nadie me había hablado así —dijo Nastasia Filipovna—. Nunca se había pensado más que en comprarme. Ningún hombre digno me había pedido en matrimonio. ¿Oye usted, Atanasio Ivanovich? ¿Qué le parece el modo de hablar del príncipe? Casi incorrecto, ¿eh? No te vayas aún, Rogochin…, aunque ya veo que no te apresuras a hacerlo… Acaso me marche contigo todavía. ¿Dónde querías llevarme?

—A Ekateringov —respondió Lebediev.

Rogochin, tembloroso, miró a Nastasia Filipovna con los ojos muy abiertos. No podía creer en lo que oía, sentíase incapaz de todo, estaba aturdido, como si le hubiese dado un violento golpe en la cabeza.

—¿Qué locura se te ocurre ahora? —exclamó, espantada, Daría Alexievna.

—¿Creías que hablaba en serio? —rio Nastasia Filipovna, alzándose del sofá de un salto—. ¿Crees que sería capaz de arruinar la vida de un niño como éste? Quédese eso para Atanasio Ivanovich, amigo de buscar niños en capullo… Veámonos, Rogochin. ¡Venga el dinero! Aunque te cases conmigo, dame el dinero. ¿O crees que porque me has ofrecido casarte puedes guardarte tus billetes? ¡Vamos, hombre! Yo soy una mujer sin honor; he sido la amante de Totzky. En cuanto a ti, príncipe, quien te conviene es Aglaya Epanchina y no Nastasia Filipovna. Si te casas conmigo, Ferdychenko te señalaría con el dedo a todos. A ti no te importa, pero no quiero hacerte desgraciado ni sufrir más adelante tus recriminaciones. En cuanto al honor que te haría concediéndote mi mano, Totzky podría decir unas cuantas palabras sobre eso. Y tú, Gania, entérate de que te has engañado con Aglaya Epanchina. Si no hubieses andado regateando con ella, se habría casado contigo. ¡Así sois todos! Hay que escoger entre el trato de las mujeres honradas y el de las que no lo son. Si se anda a la vez con unas y con otras, acaba siempre enredándose todo. Mira al general, con la boca abierta…

—¡Esto es Sodoma, Sodoma! —exclamó Epanchin, encogiéndose de hombros.

Había abandonado su sitio en el diván. Todos estaban otra vez en pie. Nastasia Filipovna parecía haber perdido la razón.

—¿Es posible? —gemía el príncipe, retorciéndose las manos.

—¿Lo habías tomado en serio? Comprende que yo también puedo tener mi amor propio, aunque no tenga honra. Antes has dicho que yo era una perfección. ¡Una perfección que por poder alardear de haber despreciado un millón y un título de princesa se arroja al arroyo! Después de esto, ¿cómo me considerarás? Aquí donde me ves, Atanasio Ivanovich, he tirado un millón por la ventana. ¡Y creían ustedes que iba a considerarme dichosa casándome con Gania mediante una dote de setenta y cinco mil rublos! Guárdate tus setenta y cinco mil rublos, Atanasio Ivanovich. ¡Ni siquiera has llegado al centenar! Rogochin ha sido más generoso que tú. Pero quiero consolar a Gania. Se me acaba de ocurrir una idea. Ahora que soy una cualquiera, me propongo divertirme. Al fin me llega la libertad, después de diez años de esclavitud. ¿Qué esperas, Rogochin? Vámonos.

—¡Vámonos! —gritó el joven, casi delirante de júbilo—. ¡A ver! ¡Venga vino!

—¡Eso es: vino! También yo quiero beber. Y, ¿tendremos música?

—Sí, sí… ¡No se acerque! —vociferó Rogochin viendo que Daría Alexievna se aproximaba a Nastasia Filipovna—. Es mía, sólo mía. ¡Mi reina, mi amor!

Sofocado por la alegría giraba en torno a la joven, gritando a todos: «¡No se acerquen!». Su cuadrilla había invadido en masa el salón. Unos bebían, otros reían y gritaban, todos se sentían animados y ya sin la menor inquietud Ferdychenko comenzaba a fraternizar con ellos. El general y Totzky hicieron un movimiento para retirarse. Gania tenía también el sombrero en la mano, pero permanecía inmóvil y silencioso, como incapaz de substraerse al espectáculo que tenía ante la vista.

—¡No se acerquen! —volvió a gritar Rogochin.

—¿Cómo que no? —dijo Nastasia Filipovna, riendo—. ¡Yo soy todavía dueña de mi casa! Si quiero puedo arrojarte por la escalera. Además, no he tomado tu dinero aún; está en la mesa. Tráelo y dámelo. ¿Y este paquete contiene cien mil rublos? ¡Qué barbaridad! ¿Qué te parece, Daría Alexievna? ¿Crees que sería capaz de hacerle desgraciado? —preguntó señalando a Michkin—. ¿Casarse el príncipe? Lo que necesita es una niñera… Pero ya veo que el general se prepara a encargarse de serlo: mírenle cómo anda alrededor de él… ¿Ves, príncipe? Tu prometida ha cogido el dinero, porque no es una mujer honrada. ¡Y tú querías casarte con ella! ¿Por qué lloras? ¿Estás disgustado? ¡Ríete, hombre, haz como yo! —mientras hablaba así, Nastasia

Filipovna tenía dos gruesas lágrimas en las mejillas—. Confía en el tiempo: ya verás como todo pasa. Más vale prevenir que lamentar. Pero, ¿por qué lloran todos ustedes? ¿Por qué lloras tú también, Katia? ¿Qué tienes, querida? No creas que os dejaré sin nada a Pacha y a ti; ya he tomado disposiciones… Y ahora, adiós. ¡Cuándo pienso que una mala mujer como yo te ha obligado a servirme, a ti, que eres una muchacha honrada! Créelo, príncipe: es preferible esto. Si no, más adelante me habrías despreciado y no hubiéramos vivido felices. Nada de protestas; no te creo. ¡Qué estúpido hubiera sido…! Sí: es preferible que nos digamos adiós en definitiva. ¿Para qué soñar en quimeras? ¡Aunque también yo he soñado en ellas! ¿Imaginas que no he soñado contigo? Tenías razón antes: hace mucho tiempo que estos sucesos acudían a mi espíritu. Muchas veces, durante los cinco años transcurridos en la aldea de Totzky, he esperado que un hombre como tú, bondadoso, honrado, simpático, un poco necio incluso, me buscara de pronto para decirme: «La culpa no es de usted, Nastasia Filipovna. ¡Y la adoro!». Pero el despertar de tales sueños casi me hacía enloquecer. Cada verano este hombre llegaba para pasar dos meses conmigo, llevándome la vergüenza, la deshonra, la corrupción, la degradación… Y luego se iba. Mil veces he pensado en arrojarme al agua, pero he sido cobarde y nunca me he decidido. Y ahora… ¿Estás listo, Rogochin?

—¡Sí! ¡No se acerquen!

—¡Listos! —gritaron varias voces.

Nastasia Filipovna cogió el fajo de billetes.

—Se me ocurre una idea, Gania. Quiero indemnizarte. ¿Por qué has de perderlo todo? ¿Es cierto, Rogochin, que Gania andaría en cuatro pies por el bulevar Vassilievsky a cambio de tres rublos?

—Sí.

—Escucha, pues, Gania. Quiero darme una vez más la satisfacción de asistir a una muestra de tu grandeza de alma. Tú me has atormentado durante tres meses; ahora llega mi momento. Mira este paquete: contiene cien mil rublos. Voy a tirarlo al fuego delante de todos. Cuando esté rodeado de llamas tú puedes recogerlo en la chimenea. Pero sin guantes y con las mangas recogidas. Si así lo haces, el dinero es tuyo: todos los billetes te pertenecen. Cierto que te quemarás algo los dedos, pero se trata de cien mil rublos. ¡Hazte cargo!… ¡Es cosa de un momento! Y yo admiraré tu valor viéndote sacar mi dinero de entre las llamas. Pongo por testigos a todos de que el dinero será para ti. Si tú no lo retiras, el dinero arderá, porque no he de consentir que nadie más lo toque. Retírense. ¡Quítense de en medio! Este dinero me pertenece. Rogochin me lo da a cambio de acceder por una vez a sus pretensiones… ¿Es mío ese dinero, Rogochin?

—¡Es tuyo, encanto mío; es tuyo, reina!

—Muy bien. Retírense. Puedo hacer con esto lo que se me antoje. Déjenme obrar como me parezca. Atice la lumbre, Ferdychenko.

—No me siento con fuerzas para ello, Nastasia Filipovna —repuso Ferdychenko, estupefacto.

—¡Bah! —exclamó Nastasia Filipovna.

Cogió las tenazas de la chimenea, empujó dos leños que se calcinaban sin arder y cuando hubo conseguido hacer brotar una viva llamarada arrojó el paquete al fuego.

Un clamor llenó el salón. No faltó quien se santiguara.

—¡Está loca, está loca! —gritaron casi todos a una voz.

—¿No cree que debíamos… que debíamos atarla? —dijo el general a Ptitzin, con voz reprimida—. Atarla o enviar a por… Porque está loca, está loca, ¿no es cierto?

—Acaso no lo esté del todo —repuso Ptitzin, tembloroso, y más blanco que su pañuelo, sin poder apartar los ojos del paquete arrojado a las llamas.

Ivan Fedorovich interpeló a Totzky.

—¡Está loca! ¿Verdad que está loca?

—Siempre le he dicho que era una mujer extravagante —repuso Totzky, cuyo rostro se había demudado.

—¡Es que cien mil rublos…!

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamaban los presentes.

Todos, ávidos de presenciar aquel espectáculo se apiñaban en torno a la chimenea, entre palabras de desolación. Algunos se habían subido a las sillas para mirar por encima de las cabezas de los demás. Daría Alexievna, realmente asustada, pasó a la habitación contigua y comenzó a cuchichear con las doncellas. La hermosa alemana había huido.

—Señora, princesa mía, mujer todopoderosa —gemía Lebediev arrastrándose a los pies de Nastasia Filipovna y tendiendo los brazos hacia la chimenea—. ¡Cien mil rublos! ¡Cien mil! ¡Yo mismo los he visto con estos ojos! El envoltorio ha sido atado delante de mí. ¡Señora, misericordia! Mándame lanzarme al fuego; me meteré entre él; hundiré en las llamas mi cabeza gris… ¡Piénsalo! Una mujer enferma e inválida; tres niños huérfanos; un padre enterrado la semana pasada: un hombre muerto de hambre. Nastasia Filipovna.

Y pretendió acercarse a la chimenea.

—¡Atrás! —gritó la joven, rechazándole—. ¡Todos atrás! ¿Qué haces ahí, Gania? ¡No te avergüences! Recoge el paquete: es la felicidad para ti.

Gania había padecido en exceso durante todo el día y no estaba preparado para esta última prueba. La gente se apartó, dejándole cara a cara con Nastasia Filipovna, sólo a tres pasos de ella. En pie junto a la chimenea, la dueña de la casa esperaba sin separar de Gania su mirada relampagueante. Gania, inmóvil, vestido de etiqueta, calzados los guantes, el sombrero en la mano, cruzados los brazos, miraba al fuego. Una sonrisa extraviada contraía su rostro, blanco como la cal. No podía, en realidad, retirar los ojos de la lumbre, donde las llamas envolvían ya el paquete, pero en su alma se producía un súbito cambio. Dijérase que anhelaba soportar hasta el fin aquella tortura, porque no se movía de su sitio. A los pocos instantes todos tuvieron la certeza de que dejaría arder el paquete.

—¡Van a quemarse los billetes! —gritó Nastasia Filipovna—. ¡Y luego te avergonzarás, te sentirás desesperado! ¡Acabarás ahorcándote si no los coges! ¡Te lo aseguro!

El envoltorio, al caer sobre el fuego que lucía entre los dos tizones, produjo inicialmente el efecto de apagarlo. Sólo una llamita azul persistió adherida al extremo de una de las ascuas. Al fin, la larga y estrecha lengua de fuego lamió también el paquete y éste se inflamó al fin de repente, proyectando en el aire una llama de viva resplandor.

Un grito se escapó de todas las gargantas.

—¡Oh, señora! —clamó una vez más Lebediev.

E hizo un movimiento hacia la chimenea. Rogochin le rechazó rudamente.

Toda la vida de Parfen Semenovich parecía haberse concentrado en sus ojos, que no separaba de Nastasia Filipovna. Estaba ebrio de éxtasis; se sentía en el séptimo cielo.

—¿Qué le parece? —gritaba sin cesar dirigiéndose al que tenía más cerca —. ¡Esto es estilo! ¿Quién de ustedes haría lo mismo, granujas? ¡Es una verdadera reina!

El príncipe contemplaba la escena en silencio, con los ojos tristes.

—Denme nada más que un millar de rublos y sacaré el paquete con los dientes —declaró Ferdychenko.

—¡También yo sabría sacarlo con los dientes! —gritó el señor forzudo en un paroxismo de desesperación—. ¡El diablo me lleve! ¡Está ardiendo, todo se quema! —añadió viendo elevarse la llama.

—¡Se quema, se quema! —gritaron todos a una, precipitándose en su mayoría hacia la chimenea.

—No andes con cumplidos, Gania. Te lo digo por última vez.

Ferdychenko, fuera de sí, se acercó al joven y le tiró de una manga.

—¡Anda, fanfarrón! —le increpó—. ¿No ves que se quema, maaal… dito?

Gania rechazó violentamente a Ferdychenko, giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta. Pero antes de que diera dos pasos se tambaleó y cayó pesadamente sobre el pavimento.

—¡Se ha desmayado! —exclamaron los asistentes.

—¡Qué se quema, señora! —gemía Lebediev.

—¡Cien mil rublos abrasados inútilmente! —se comentaba por doquiera.

—Katia, Pacha, traed agua y aguardiente —ordenó Nastasia Filipovna.

Empuñó las tenazas y retiró el envoltorio. Casi todo el papel que lo protegía estaba consumido, pero se vio muy pronto que el fajo de billetes no había sido alcanzado. Gracias a su triple envoltura, el dinero estaba intacto. Todos respiraron con alivio.

—Sólo un millar de rublos ha sufrido algún deterioro. Lo demás se encuentra a salvo —dijo, emocionado, Lebediev.

—Este dinero pertenece a Gania. Todo es suyo, ¿lo oyen, señores? —dijo Nastasia Filipovna depositando el fajo junto al joven—. Al fin y al cabo, no lo ha cogido. Ha logrado dominarse. De modo que su amor propio puede más que su codicia. No le pasa nada; se recuperará en seguida. De no desmayarse, hubiera sido capaz de matarme, quizá… Miren: ya reacciona. General, Ivan Petrovich, Daría Alexievna, Katia, Pacha, Rogochin y todos, ¿me han entendido? El dinero es de Gania. Se lo cedo plenamente para indemnizarle… de lo que sea. Díganselo así. Quiero que lo encuentre junto a él cuando vuelva de su desmayo. Vámonos, Rogochin. Adiós, príncipe: es usted el primer hombre de verdad que he conocido. Adiós, Anastasio Ivanovich y gracias.

Todo el grupo de Rogochin se dirigió en tropel hacia la salida en pos de su jefe y de Nastasia Filipovna. Ésta se encontró en la sala a las criadas, que le ofrecieron su abrigo de piel. La cocinera Marfa llegó corriendo desde la cocina. Nastasia Filipovna las abrazó a todas.

—¿Es posible que nos abandone para siempre, señora? ¿A dónde se va? ¡Y el día de su cumpleaños! —sollozaban las doncellas, desoladas, besando la mano de la joven.

—Ya lo has oído, Katia. Me voy a la calle, que es lo que me corresponde.

Si no, tendría que ponerme a trabajar de lavandera. Estoy harta de Atanasio Ivanovich. Saludadle de mi parte y no conservéis mal recuerdo de mí.

Michkin salió, presuroso. Ante la escalinata, Rogochin y sus secuaces entraban en cuatro trineos provistos de campanillas. El general logró alcanzar al príncipe en la meseta de la escalera.

—Sé razonable, príncipe —dijo, cogiéndole del brazo—. ¡Déjala! Ya ves lo que es. Te hablo como un padre…

Michkin le miró y, desasiéndose sin decir una palabra bajó los escalones de cuatro en cuatro.

Al ponerse en marcha la caravana, Epanchin advirtió desde la escalera que Michkin tomaba un carruaje de alquiler y ordenaba al cochero que siguiese a las troicas a Ekateringov. Entonces Ivan Fedorovich subió a su coche y tornó a su casa, llevándose las perlas que, pese a su agitación, no había olvidado. Por el camino comenzó a acariciar nuevas esperanzas y hacer nuevos cálculos en medio de los cuales se deslizó por dos veces en su pensamiento la imagen de Nastasia Filipovna.

—¡Qué lástima! —suspiró el general—. ¡Qué lástima! ¡Una mujer perdida! ¡Una loca! Pero Michkin no la necesita para nada. Vale más que todo haya acabado así.

Dos de los invitados de Nastasia Filipovna, que habían resuelto hacer juntos y a pie parte del camino, cambiaban reflexiones morales de parecido género.

—Los japoneses, Atanasio Ivanovich —decía Ivan Petrovich Ptitzin— hacen, según creo, una cosa semejante. Parece que allí cuando un hombre se considera ofendido se presenta a su insultador y le dice: «Me has injuriado, y por lo tanto vengo a abrirme el vientre delante de ti». Y cumple lo que dice, sin duda experimentando un viva placer en esa venganza. En el mundo hay caracteres muy extraños, Atanasio Ivanovich.

—¡Hum! —sonrió Totzky—. ¿Piensa usted que ésta ha sido una cosa análoga? En todo caso, su comparación es ingeniosa. Usted ha visto, querido Ivan Petrovich, que yo he hecho todo lo que he podido. No voy a esforzarme en procurar lo imposible, compréndalo. En esa mujer hay, por otra parte, cualidades raras, aspectos magníficos… Antes no he querido hablar en medio de aquel tumulto, pero varias veces se me ha ocurrido decirle, contestando a sus reproches, que ella misma es la justificación de mis actos. Porque, ¿a quién no haría olvidar esa mujer la razón… y todo lo demás? Ahí tiene usted a ese aldeano de Rogochin: ¡le ha llevado cien mil rublos! Admitamos que todo lo de esta noche haya sido efímero, novelesco, incorrecto. Pero no por eso carece de pintoresquismo ni de originalidad. ¡Dios mío, cuántas cosas se hubieran

podido hacer de un carácter así, unido a semejante belleza! Pero a pesar de todos los esfuerzos, a pesar incluso de la educación, esas excelentes dotes no aprovecharán a nadie. Ya lo he dicho más de una vez: esa mujer es un diamante en bruto…

Y Atanasio Ivanovich exhaló un profundo suspiro.

****

SEGUNDA PARTE

I

Dos días después de la extraña aventura ocurrida en la reunión de Nastasia Filipovna y con la que concluyó la primera parte de nuestro relato, el príncipe Michkin se encaminó a Moscú para recibir su inesperada fortuna. Se rumoreó por aquel entonces que pudieron existir ciertos motivos para que apresurara su viaje, pero no tenemos suficientes informes sobre este extremo, ni en general sobre la vida del príncipe durante los seis meses que estuvo ausente de San Petersburgo. Incluso quienes por un motivo u otro no eran indiferentes a su suerte, pasaron mucho tiempo sin saber nada de él. Cierto que a los oídos de algunas personas llegaron diversos rumores, pero todos raros y casi siempre contradictorios. En ningún sitio interesaba el príncipe más que en casa de Epanchin, de cuya familia no se había despedido al marchar. El general Epanchin sí le vio, desde luego, dos o tres veces, y hasta mantuvo con él algunas conversaciones serias, pero no habló de ello a su familia. Al principio, es decir, durante el primer mes de la marcha de Michkin, pareció cosa convenida entre las Epanchinas el no mencionarle. Lisaveta Prokofievna fue la única que faltó a esta regla en los primeros días para declarar que «se había engañado terriblemente con el príncipe». Dos o tres días después, añadió, si bien en términos genéricos y sin mencionar a nadie, que «el rasgo más peculiar de su vida había sido equivocarse siempre respecto a la gente». Y por fin, diez días después, a continuación de una disputa con sus hijas, sentenció: «¡Basta de equivocaciones! ¡No volveré a cometer ni una más!».

Preciso es indicar aquí que durante bastante tiempo se cernió sobre todos los Epanchin un denso malhumor. Las relaciones familiares, ya antes difíciles y tensas, se agriaron mucho. Dijérase que todos se ocultaban algo unos a otros. No había quien no tuviera el rostro hosco. El general se absorbía día y noche en sus tareas. Nunca se le había visto más ocupado, sobre todo en asuntos del servicio. Alguna rara vez, muy de cuando en cuando, realizaba una fugaz

aparición ante su mujer e hijas. Las muchachas se guardaban bien de hablar delante de sus padres y acaso no charlasen gran cosa más cuando estaban solas. Eran mujeres orgullosas y altaneras, incluso reservadas entre sí en ciertas ocasiones. Además sabían comprenderse, no sólo a media palabra, sino hasta a media mirada, lo que en muchos casos hacía innecesaria la conversación.

Un observador imparcial habría llegado, examinándolas, a la conclusión de que Michkin, a juzgar por todos los datos precedentes, había causado una fuerte impresión en las Epanchinas, aunque sólo las hubiese visto una vez. Acaso ello se explicara por el interés que solían despertar ciertas estrafalarias aventuras del príncipe. Fuera como fuese, la impresión persistía.

Gradualmente, los rumores que circulaban, en la ciudad se tornaron más inconsistentes y confusos. Se hablaba de un príncipe joven y no poco necio, cuyo nombre no sabía nadie, que había heredado de pronto una gran fortuna y casándose con una célebre danzarina francesa del «Château des Fleurs», que bailaba el «cancán» en San Petersburgo. Pero otros pretendían que la enorme herencia había sido recibida por un general y que el esposo de la bailarina era un comerciante inmensamente rico. Añadíase que aquel hombre, el día de su boda, había quemado, por pura fanfarronada, setecientos mil rublos en títulos del último empréstito, acercándolos a la llama de una bujía. Al fin, pronto se dejaron de comentar tales historias en vista de la imposibilidad de ponerlas en claro.

La banda de Rogochin, cuyos miembros hubiesen podido dar minuciosos informes sobre aquellos asuntos, salió para Moscú en pos de su jefe después de celebrar en Ekateringov una tremenda orgía —en la que participó Nastasia Filipovna— durante una semana. Algunos afirmaban que la joven, terminada la orgía, había desaparecido, y se la presumía refugiada en Moscú, lo que parecía quedar confirmado por la presencia de Rogochin en aquella ciudad. Igualmente circulaban diversas voces acerca de Gabriel Ardalionovich Ivolguin, que era bastante conocido en ciertos ambientes. Pero pronto surgió una circunstancia que hizo enmudecer las malas lenguas, y fue que el joven cayó enfermo de gravedad y no volvió a aparecer ni entre sus amigos ni en su oficina. La enfermedad duró un mes, pasado el cual Gania dimitió su empleo en la compañía de que era secretario. Y la compañía hubo de substituirle. Gania no apareció más tampoco en casa del general Epanchin, y éste tuvo que tomar también nuevo secretario. Los enemigos de Gania podían suponer ficticia su enfermedad, atribuyendo su desaparición a vergüenza de presentarse en público después de cuanto le había ocurrido, pero en realidad estaba enfermo, e incluso su dolencia le tomó hipocondríaco, sombrío e irritable.

Aquel invierno, Bárbara Ardalionovich se casó con Ptitzin. Todas las amistades de los Ivolguin se explicaron la boda por el hecho de que Gania, al

renunciar a sus ocupaciones, había dejado de subvenir a las necesidades de la familia, convirtiéndose incluso en carga para ella.

En casa de Epanchin no se hablaba más de Gania que si no hubiese existido nunca. Y, sin embargo, ningún miembro de la familia ignoraba un curioso detalle referente al joven: el de que éste, después de la ingrata escena en la reunión de Nastasia Filipovna, había esperado en su casa con febril inquietud la llegada de Michkin, quien volvió de Ekateringov a las siete de la mañana. Entonces Gania, llevando en la mano el fajo de billetes que Nastasia Filipovna le regalara cuando yacía desmayado, los colocó sobre la mesa de Michkin, rogándole que entregase el dinero a su propietaria en cuanto tuviera ocasión. Gania entró en la habitación enfurecido y casi desesperado, sentimientos que, sin embargo, desaparecieron tras unas breves palabras con Michkin. Pasó dos horas con éste y en todo aquel tiempo no cesó de llorar. Luego se separaron amistosamente.

Esta noticia, conocida de toda la familia del general, era, según más adelante se supo, exacta en todas sus partes. Sin duda parecerá extraño que tales hechos se divulgasen tan pronto, pero el caso fue que todo lo ocurrido en casa de Nastasia Filipovna se divulgó, casi al día siguiente, en casa de los Epanchin. Los informes acerca de Gabriel Ardalionovich podían suponerse recibidos de su hermana, ya que entre ésta y las jóvenes Epanchin se entablaron súbitas relaciones de amistad, con gran asombro de Lisaveta Prokofievna.

Pero aunque Varia hubiese creído oportuno por alguna razón estrechar su trato con las Epanchin, no era mujer capaz de hablarles de las intimidades de su hermano. A su modo no le faltaba orgullo, aunque ahora se hubiese insinuado en una casa en la que Gania había sido poco menos que puesto a la puerta. Las Epanchinas y ella se conocían ya de antes, pero apenas se relacionaban. Incluso ahora, Varia no se mostraba nunca en el salón y subía siempre por la escalera de servicio, como si sólo fuese de paso. Lisaveta Prokofievna no exteriorizaba hacia Varia benevolencia alguna, pese a que estimaba mucho a su madre. La nueva amistad de sus hijas le producía tanta sorpresa como desagrado, viendo en ella únicamente un capricho de sus hijas «que querían hacer su voluntad en todo y no sabían qué inventar para contrariarla». Esta opinión suya no impidió que Varia continuase sus visitas a las Epanchinas, antes y después de su matrimonio.

Había transcurrido un mes desde la marcha del príncipe cuando la esposa del general Epanchin recibió una carta de la anciana princesa Bielokonsky, que se hallaba en Moscú hacía quince días con su hija mayor, casada en aquella ciudad. Lisaveta Prokofievna se reservó las noticias que le daba su amiga, pero su familia apreció en ella diversos indicios de que la lectura la había puesto en un extraño estado de agitación. Comenzó a hablar mucho con sus hijas, y por

cierto de cosas extraordinarias. Era notorio que deseaba hacer confidencias y no se resolvía a empezar.

El día que recibió la carta colmó de caricias a sus hijas, abrazó a Aglaya y Adelaida, y hasta les hizo una especie de confesión de la que ellas no comprendieron nada. La generala llegó a mitigar su aspereza con su marido, con quien se mostraba muy adusta desde hacía un mes. Al día siguiente se arrepintió de su afabilidad de la víspera y antes de comer había encontrado tiempo para disputar con todos; pero a la tarde el horizonte se aclaró de nuevo. En resumen, pasó ocho días de mucho mejor humor que el normal en ella hacía bastante tiempo.

A fines de semana llegó otra carta de la princesa Bielokonsky y esta vez Lisaveta Prokofievna se decidió a explicarse. Declaró, pues, con gran solemnidad, que «la vieja Bielokonsky» (nunca se refería a la princesa por otro apelativo) le daba noticias muy satisfactorias acerca de «aquel excéntrico del príncipe», la anciana había buscado a Michkin en Moscú y pedido informes sobre él, recibiéndolos muy buenos. Finalmente Michkin había ido a verla y causado en ella una impresión extraordinaria. La Bielokonsky le había invitado a visitarla a diario, de una a dos, y él no faltaba ni una sola vez, sin que la princesa se hubiese cansado hasta entonces de su asiduidad. La generala añadió que «la vieja» había presentado a Michkin en casa de dos a tres familias muy distinguidas.

—Es conveniente —concluyó Lisaveta Prokofievna— que no se encierre en casa y no se muestre tímido como un tonto.

Las jóvenes, oyendo aquellas noticias, comprendieron que su madre les ocultaba buena parte del contenido de la carta. Acaso ellas estuviesen al corriente de todo por Bárbara Ardalionovna, quien se enteraba de muchas cosas a través de su marido, pues Ptitzin se hallaba en situación de estar bien informado sobre ciertas cosas, y, aun cuando excesivamente reservado en sus asuntos, hablaba bastante de ellos con su mujer. La generala encontró en este hecho un motivo más de desagrado contra la joven.

Pero el hielo estaba roto y ya se podía hablar abiertamente del príncipe. Entonces se evidenció de nuevo el interés que el joven había despertado. Lisaveta Prokofievna llegó a sorprenderse de la impresión causada en sus hijas por las noticias de Moscú.

Por su parte, las muchachas observaban una extraña contradicción entre las palabras y los hechos de su madre. Mientras ella, de un lado, les declaraba con toda solemnidad que «el rasgo más peculiar de su vida había sido engañarse siempre respecto a la gente», por otro recomendaba el príncipe a la atención de la «poderosa» princesa Bielokonsky, lo que no era cosa desdeñable, puesto que «la vieja» distaba mucho de aceptar con facilidad tales recomendaciones.

Roto el hielo, el general habló también. Pero sus informes se refirieron sólo a la «parte positiva del asunto». Resultó que, en interés del príncipe, había encargado a dos sujetos de confianza, gente influyente en Moscú dentro de su esfera, que vigilasen los intereses de Michkin, encareciendo lo mismo a Salazkin, el agente de negocios del joven. Cuanto se comentaba acerca de la herencia —«es decir, de la realidad de la herencia» añadió Epanchin— era cierto, pero se había exagerado mucho su cuantía. Los asuntos de Papuchin estaban bastante embrollados: había dejado deudas, aparecieron varios aspirantes a la sucesión y, para colmo, Michkin acreditaba una falta completa de sentido práctico, sin querer escuchar los consejos de nadie. El general, por supuesto, le deseaba el mayor bien posible y le complacía declarar, ahora que se había roto «el hielo del silencio», que aquel «muchacho se lo merecía todo, aunque no fuese un hombre corriente».

En aquel caso, por ejemplo, había acumulado necedad sobre necedad. Numerosos acreedores del difunto fundaban sus derechos en documentos discutibles y hasta sin valor alguno. No faltaban quienes, comprendiendo que se las habían con un hombre bondadoso, le reclamaban dinero incluso sin prueba documental. Pero por mucho que los amigos de Michkin le habían repetido que los derechos legales de aquella gente eran nulos, él saldó a casi todos los acreedores, meramente porque juzgaba que algunos de ellos poseían un derecho moral.

La generala comentó que la vieja Bielokonsky decía le mismo, y añadió, con acritud:

—Eso es necio, muy necio. ¡No es cosa fácil curar a un loco!

Pero se notaba en su cara cuanto le complacía la conducta de aquel «loco». En resumen, el general observó que su mujer se interesaba por Michkin como por un hijo, así como que multiplicaba sus amabilidades con Aglaya. Viendo todo esto, Ivan Fedorovich juzgó oportuno acentuar por algún tiempo más su actitud de hombre práctico.

Esta grata disposición de espíritu duró poco en la familia. Al cabo de dos semanas se produjo un cambio súbito. Lisaveta Prokofievna mostró de nuevo un semblante huraño y el general, tras encogerse repetidamente de hombros, hubo de resignarse otra vez al «hielo del silencio».

El hecho era que quince días antes había recibido en privado una noticia obscura y lacónica, pero muy concreta, diciéndole que Nastasia Filipovna, después de su huida a Moscú, había sido descubierta por Rogochin; que tornó a desaparecer y él a encontrarla, y que al cabo ella se había comprometido a casarse con él. Y he aquí que a las dos semanas llegó un aviso no menos asombroso: Nastasia Filipovna se había eclipsado por tercera vez ocultándose en no sé qué provincia, y el príncipe Michkin había desaparecido a la vez de

Moscú, dejando a Salazkin el cuidado de sus asuntos.

«Podrá haberse ido con ella o tras ella, pero algo hay en el fondo del asunto», se dijo el general.

Estos informes concordaban perfectamente con los recibidos por su esposa. De modo que a los dos meses de la marcha del príncipe se dejó de hablar de él por completo en San Petersburgo, y en casa de Ivan Fedorovich no volvió a romperse más el «hielo del silencio». Pero las muchachas seguían recibiendo noticias de Michkin por Varia.

Para concluir con el tema de estos rumores y noticias, añadiremos que en la primavera se produjeron ciertos cambios en la familia Epanchin, de modo que hubiese sido difícil no olvidar al príncipe, aun cuando aquellos cambios no se unieran al hecho de que él no diese noticias suyas ni se preocupara de hacerlo. Durante el invierno se llegó gradualmente a la decisión de pasar el verano en el extranjero, es decir, de pasarlo la generala y sus hijas, ya que Epachin juzgaba su tiempo asaz precioso para perderlo en una fútil distracción.

El viaje fue decidido a instancias de las jóvenes, persuadidas de que su padre no quería llevarlas al extranjero porque sólo le preocupaba casarlas. En cuanto a los padres, quizá pensasen que novios pueden hallarse en cualquier sitio, y que aquel viaje, lejos de echar a perder las cosas, podía arreglarlas mejor.

Digamos de paso que se prescindió de todo lo relativo al posible enlace de Totzky con Alejandra Ivanovna. Los conciliábulos previos no siguieron adelante y Atanasio Ivanovich no formuló ninguna petición en regla. Sin hablar de ello apenas, sin disputas, ambas partes desecharon el proyecto, lo cual vino a coincidir con la partida de Michkin a Moscú. La ruptura del planeado enlace había sido una de las causas del malhumor predominante en la familia Epanchin, pese a que la madre se declaró muy contenta de lo ocurrido. Y aunque el general reconocía que en aquel caso podían formularse ciertas censuras contra él, tardó mucho tiempo en consolarse de la pérdida de Totzky. «¡Un hombre con esa inteligencia y con tanto dinero!», decía. A poco de esto, el general supo que Totzky había quedado rendido en las redes de una francesa perteneciente a la alta sociedad de su país, una marquesa «legitimiste», con la que Atanasio Ivanovich se proponía casarse dentro de corto plazo, pensando marchar a París y después a Bretaña. «Es hombre perdido para nosotros», sentenció el general, al enterarse.

Mientras las Epanchinas se disponían a marchar al extranjero, sobrevino en aquel invierno una circunstancia que cambió de repente la marcha de las cosas y, con gran satisfacción de los padres, hizo suspender el viaje. Llegó a San Petersburgo, procedente de Moscú, el príncipe Ch., persona muy conocida por

sus buenas cualidades. Tratábase de uno de esos hombres a la moderna a quienes cabe calificar de reformadores honrados, modestos, sinceros, inteligentemente deseosos de la prosperidad pública y notable por la rara y afortunada facultad de encontrar siempre algo útil que hacer. Sin exhibirse en exceso, sin mezclarse a las disputas verbales, violentas y estériles de los partidos, sin creerse una personalidad de primer orden, el príncipe no dejaba de comprender con mucha claridad las necesidades de la época contemporánea. Primero había servido al Estado, y luego pasó a ser miembro activo de un zemstvo. Era, asimismo, miembro correspondiente de varias sociedades científicas. En colaboración con un distinguido perito, había hecho modificar ventajosamente el trazado de una nueva e importante línea férrea. Tenía ahora alrededor de treinta y cinco años, era hombre de alta sociedad y, además, poseía lo que el general llamaba «una fortuna buena, seria e indiscutible». Epanchin había conocido al príncipe Ch. en casa del conde, su superior jerárquico. El príncipe Ch. tenía cierto interés en tratar a los «hombres prácticos» de Rusia y no rehuía su sociedad. Sucedió que, presentado el príncipe en casa de los Epanchin, se sintió poderosamente atraído por Adelaida Ivanovna. Antes de finalizar el invierno había ya solicitado la mano de la joven. Adelaida Ivanovna simpatizaba mucho con él, y Lisaveta Prokofievna participaba de esta simpatía. El general se hallaba muy satisfecho. Y se convino que la boda se efectuara en primavera.

Lisaveta Prokofievna y sus otras dos hijas podían haber realizado el viaje, sin Adelaida, a mediados o finales de verano, pasando uno o dos meses en el extranjero para olvidar el disgusto de que una de las hermanas hubiese abandonado ya la casa paterna. Pero entonces sucedió un nuevo incidente. Habiéndose aplazado la boda hasta mediados de verano, el príncipe Ch. presentó en casa de los Epanchin, a fines de primavera, a un lejano pariente suyo, llamado Eugenio Pavlovich Radomsky, con quien le unía estrecho trato. Radomsky era un joven de veintiocho años, edecán del zar, muy apuesto, de buena familia, inteligente, brillante, «moderno», «de exquisita educación» y casi fabulosamente rico. El general se preocupaba mucho siempre del último punto mencionado. Hizo, pues, investigaciones, ya que, según decía: «Parece que es así, pero conviene asegurarse». La vieja Bielokonsky escribió desde Moscú recomendando con gran vehemencia a aquel joven oficial de gran porvenir. Mas circulaban respecto a Radomsky ciertas inquietantes hablillas referentes a «liasons», «conquistas» y corazones destrozados. Desde que conoció a Aglaya, Radomsky se convirtió en visitante asiduo de la familia Epanchin. En verdad, nada se había hablado, ni aun por alusiones, pero el general y su mujer estimaron fuera de lugar un viaje durante el verano, dadas las circunstancias. En cuanto a Aglaya, quizá tuviese diferente opinión.

Todo ello sucedía poco antes de la segunda entrada de nuestro héroe en el escenario de esta historia. A juzgar por las apariencias, nadie se acordaba

entonces en San Petersburgo del pobre príncipe Michkin. De surgir ahora entre quienes le conocían, hubiérasele creído llovido del cielo.

Para complicar esta introducción, añadiremos otro hecho más. Después de la marcha de Michkin, Kolia había continuado por el momento su vida anterior: es decir, que iba a clase, visitaba a su amigo Hipólito, vigilaba al general, auxiliaba a Varia en los quehaceres domésticos y errabundaba por la ciudad en sus ratos libres. Los huéspedes de la casa no tardaron en eclipsarse: a los tres días del episodio de Nastasia Filipovna, Ferdychenko desapareció y no se supo más de él. Únicamente se rumoreaba, y no de buena fuente, que había participado en la orgía de Rogochin, en Ekateringov. El príncipe se fue a Moscú y, por tanto, las dos habitaciones alquiladas quedaron vacías. Cuando Varia se casó, su madre y Gania fueron a habitar con ella a casa de Ptitzin, en Ismailevsky Polk.

En cuanto al general Ivolguin, sucedióle por entonces una cosa totalmente imprevista. Su amiga, la señora Terentiev, a quien había entregado en diversas ocasiones pagarés por valor de dos mil rublos, le hizo encerrar en la cárcel por deudas. Semejante modo de obrar impresionó dolorosamente al infeliz Ardalion Alejandrovich, «víctima de su infundada fe en la generosidad del corazón humano, hablando en términos generales». Al adoptar la amable costumbre de firmar pagarés y letras de cambio, nunca había imaginado que pudiesen conducirle a complicación alguna y siempre supuso que todo marcharía bien. Pero ahora resultó que no era así. «Después de esto, ¿quién puede confiar en el género humano? ¿Cómo va uno a mostrar noble confianza hacia los hombres?», solía explicar Ivolguin con amargura cuando se sentaba ante una botella de vino con los compañeros de prisión, sus nuevos amigos, relatándoles anécdotas sobre el sitio de Kars y la resurrección de cierto soldado. Por lo demás, se amoldó muy bien en seguida a su nueva situación. Ptitzin y Varia afirmaban que aquél era su lugar adecuado y Gania compartía esta creencia. Pero la infeliz Nina Alejandrovna lloraba en secreto, lo que asombraba a toda su familia y, aunque delicada de salud, iba a visitar a su esposo siempre que podía.

Desde el «contratiempo de papá», como decía Kolia, o más bien desde el casamiento de Varia, el muchacho se independizó casi del todo. Su familia le veía pocas veces y sólo por excepción dormía en casa. Decíase que había trabado muchas relaciones nuevas, y además era notorio que se había convertido en asiduo visitante de la prisión por deudas, a la que acompañaba siempre a su madre. En su casa no le preguntaban nada sobre sus ausencias, ni siquiera Varia, que le trataba aún, ello no obstante, con tanta severidad como antaño. Todos los de la familia notaban que Gania, pese a su hipocondría, hablaba mucho con su hermano y que se habían establecido entre ambos relaciones amistosas. Hasta entonces nunca había sucedido así. Antes, Gabriel

Ardalionovich consideraba a su hermano como un mozalbete sin consecuencias y siempre le mostraba el más rudo desdén, amenazándole sin cesar con aplicarle un buen tirón de orejas, lo que ponía a Kolia fuera de sí. Pero a la sazón Gania parecía apreciar a su hermano, y éste, por su parte, se sentía dispuesto a perdonar muchas cosas a Gania desde que le viera renunciar a los cien mil rublos de Nastasia Filipovna.

Tres meses después de la marcha de Michkin, los Ivolguin supieron que Kolia había contraído amistad con las Epanchinas y que era muy bien recibido por las jóvenes. Varia lo averiguó sin tardanza, pese a que Kolia no le pidió que le presentase, sino que se presentó solo. Poco a poco, las Epanchinas le cobraron afecto. La generala empezó acogiéndole con frialdad, mas en breve rectificó, en vista de que el muchacho era «franco y nada adulador». No podía existir quien mereciese tales calificativos con más justicia que Kolia. Había sabido colocarse ante sus nuevas amigas en un pie de igualdad e independencia absolutas. Si bien a veces leía el periódico o algún libro a la generala, era sólo porque le complacía saberse útil. Una o dos veces, no obstante, disputó seriamente con Lisaveta Prokofievna a propósito de la cuestión feminista, y le dijo que era una mujer despótica y que no volvería a poner los pies en su casa. Pero, por inverosímil que pareciera, a los dos días de la riña la generala le envió un sirviente con recado de que volviese a verla. Kolia no quiso acreditar testarudez y se presentó a Lisaveta Prokofievna inmediatamente.

La única de las muchachas cuya simpatía no había sabido captarse Kolia era Aglaya, quien trataba siempre al mozo con altivez. Y, sin embargo, Kolia estaba destinado a dar una gran sorpresa a Aglaya.

Un día, el muchacho, aprovechando un momento en que se hallaba con ella, le tendió una carta, limitándose a decir que tenía orden de entregársela en propia mano. Aglaya miró con ceño al «presuntuoso mozalbete», pero éste se retiró en seguida. Ella, abriendo el mensaje, leyó:

«Una vez me honró usted con su confianza. Acaso me haya olvidado ahora del todo. ¿Por qué le escribo? No lo sé; pero siento el deseo de recordar mi existencia a usted, precisamente a usted. Muchas veces he pensado en ustedes tres, pero de las tres sólo la veía a usted, a usted sola. Me es usted necesaria, muy necesaria. Por mi parte nada tengo que escribirle, que contarle… Además, tampoco me lo propongo. Sólo deseo saber si vive feliz. ¿Es usted feliz? Esto es todo lo que quería decirle su hermano,

L. Michkin».

Tras leer aquella breve y casi incoherente carta, Aglaya se puso encarnada y tornóse pensativa. Nos sería difícil conocer el motivo de sus meditaciones. Desde luego se dirigió con toda claridad la siguiente pregunta: «¿Debo

enseñar esta carta a alguien?». Se sentía como avergonzada. Al fin, con sonrisa extraña y burlona, arrojó la carta a un cajón de su mesa. Pero al día siguiente la sacó de allí a fin de depositarla entre las hojas de un voluminoso libro, como tenía costumbre de hacer con los papeles que deseaba tener a mano. El libro resultó ser «Don Quijote de la Mancha». Por alguna ignorada razón, Aglaya, viéndolo, rompió a reír. No nos consta si enseñó o no la misiva a alguna de sus hermanas.

Tras una segunda lectura del mensaje, su mente se formuló una nueva pregunta: ¿Era posible que el príncipe eligiera a aquel mozalbete presuntuoso y fanfarrón como confidente suyo? ¿Acaso no tenía Michkin otra persona con quien comunicarse? Sin abandonar por ello su aire despectivo, Aglaya interrogó a Kolia sobre el particular. El muchacho, aunque siempre tan susceptible, no paró atención por aquella vez en el desdén de Aglaya y declaró, en términos concisos y rotundos, que al marchar el príncipe él le había dado su dirección y ofrecídole sus servicios, pero que la presente era la primera comisión que el príncipe le encargaba, sin que hubiese recibido antes carta alguna de él.

Para probarlo, exhibió a la joven una nota que Michkin le había enviado. Aglaya no vaciló en leerla. La misiva del príncipe decía:

«Querido Kolia:

Tenga la bondad de entregar la nota adjunta. Espero que se encuentre usted bien.

Su affmo,

L. Michkin».

—Es ridículo confiar así en un chiquillo —comentó Aglaya.

Y, tras esta observación injuriosa, se retiró.

A Kolia le afligió mucho semejante desprecio. Precisamente había pedido a Gania que le prestase una bufanda nueva, de color verde, sólo para aquella ocasión. Se sintió, pues, herido en el alma.

II

Principiaba junio y, desde hacía una semana, el tiempo se mantenía excepcionalmente agradable, tratándose de San Petersburgo. Los Epanchin poseían una lujosa residencia veraniega en Pavlovsk, y Lisaveta Prokofievna sintió el deseo de instalarse en ella con su familia. Dos días después se

trasladaron al campo.

Uno o dos días antes de la marcha de las Epanchinas, el príncipe León Nicolaievich Michkin llegó de Moscú en el tren de la mañana. Nadie fue a esperarle a la estación, y, sin embargo, al apearse distinguió de pronto entre la multitud dos ojos ardientes cuya mirada ofrecía una expresión extraña. Quiso buscar el rostro a que pertenecían aquellos dos ojos, pero no lo consiguió. La visión, aunque fugaz, dejóle una impresión desagradable. Además, el príncipe estaba ya por su parte triste y preocupado.

Su cochero le condujo a un hotel no lejano de la Litinaya. Aquel hospedaje distaba mucho de ser bueno. Las dos habitaciones que Michkin tomó en él eran oscuras y se hallaban mal amuebladas. Lavóse, se cambió de ropa, y, sin pedir cosa alguna, salió apresuradamente, como si temiera no encontrar en casa a alguien a quien fuese a buscar.

Si alguno de los que le habían conocido cuando llegó a San Petersburgo seis meses antes le vieran ahora, hallarían en su exterior un considerable cambio, y un cambio favorable. Sin embargo, acaso aquello hubiese sido una impresión errónea. Era únicamente la ropa del príncipe la que se había transformado en absoluto. Ahora le vestía un buen sastre de Moscú; pero, pese a ello, el atavío de Michkin distaba de ser una elegancia magnífica. Aunque su atuendo fuese muy a la moda (como siempre son los trajes cortados por sastres escrupulosos pero no geniales), notábase en el príncipe un descuido de indumentaria que no hubiese dejado de procurar motivos de risa a quien tuviera gana de reír. En general la gente suele estar dispuesta a la hilaridad por poca cosa.

Michkin tomó un coche de alquiler y se hizo llevar a Peski. Encontró sin dificultad en una de las calles de aquel lugar la casita de madera que buscaba. Con gran sorpresa suya, la casa resultó ser muy linda, limpia y agradable. Tenía ante la fachada un jardincillo lleno de flores. Las ventanas que daban a la calle, abiertas en aquel momento, permitían oír un torrente de palabras animadas, casi enfáticas, como de alguien que pronunciase un discurso o leyera en alta voz, siendo interrumpido de vez en cuando por una explosión de sonoras risas. El príncipe entró en el jardín y subió los peldaños de la puerta. Una cocinera con los brazos arremangados le abrió. El visitante preguntó por el señor Lebediev.

—Allí está —dijo la mujer, señalando con el dedo el «salón»

La estancia, de muros cubiertos con papel azul oscurecido, estaba bastante bien amueblada, incluso con ciertas pretensiones. Contenía una mesa redonda, un diván, un reloj de bronce en una caja de cristal, un estrecho espejo en la pared y una araña de poco tamaño suspendida del techo por una cadena de bronce. Cuando el príncipe entró, Lebediev, en pie en medio de la habitación,

volvía la espalda a la puerta. Dado el calor que hacía, no llevaba prenda alguna sobre el chaleco. A la sazón peroraba golpeándose el pecho al hablar. Sus oyentes eran un mozalbete de quince años de rostro risueño e inteligente, que tenía un libro en la mano; una joven de veinte años, enlutada también, que reía mucho y abriendo desmesuradamente la boca; y finalmente un hombre de unos veinte años, bastante bien parecido, que permanecía tendido en el diván. Este joven tenía largos y abundantes cabellos morenos, grandes ojos negros y una leve sombra de barba y patillas. Al parecer, interrumpía con frecuencia al orador para contradecirle, lo que despertaba la hilaridad de los demás.

—¡Lukian Timofeich! ¡Le digo que atienda, Lukian Timofeich! Oiga, mire… ¡Bien: es inútil!

Y la cocinera, con un ademán de desaliento, se retiró, roja de cólera.

Lebediev volvió la cabeza y al distinguir al príncipe quedó como petrificado. Luego se lanzó hacia él con una sonrisa servil, pero antes de acercarse a su visitante la estupefacción le clavó de nuevo en su sitio anterior.

—¡Il… il… lustrísimo príncipe! —acertó a proferir finalmente.

Se volvió de súbito y, sin haber recuperado aún su presencia de ánimo, se precipitó hacia la joven enlutada que tenía en brazos al niño. El movimiento fue tan brusco, que la muchacha retrocedió unos pasos. Pero Lebediev se apartó de ella para lanzarse hacia la mocita de trece años, la cual, en pie en el umbral de la puerta inmediata dejaba ver aún en su rostro sonriente las huellas de una hilaridad mal reprimida. La muchacha no pudo contener un grito y huyó a la cocina. Lebediev golpeó el suelo con el pie y, al observar que el príncipe le miraba con ojos sorprendidos, murmuró a guisa de explicación:

—¡Hay que demostrar respeto…! ¡Je, je, je!

—Pero si no es necesario… —comenzó el príncipe.

—En seguida, en seguida, en seguida… Como un ciclón…

Y Lebediev salió precipitadamente de la sala. El príncipe miró con sorpresa a la joven, al mozalbete de quince años y al individuo tendido en el diván. Todos reían. El visitante les coreó.

—Ha ido a ponerse la levita —dijo el muchacho.

—¡Qué absurdo es todo esto! —exclamó Michkin—. Yo creía… Díganme, ¿es que…?

—¿Cree usted que está beodo? —dijo el joven tendido en el diván—. Nada de eso. Ha bebido tres o cuatro vasitos… cinco acaso… Pero eso ¿qué significa? Para él es la cantidad reglamentaria…

Michkin iba a tomar la palabra, cuando se le adelantó la joven, cuyo rostro

gracioso rebosaba absoluta franqueza.

—Por la mañana nunca bebe mucho —dijo—. Si viene usted a hablarle de negocios, háblele ahora. Es el momento. Al llegar la tarde está ebrio. Ahora suele pasar casi toda la noche llorando y acostumbra a leernos en alta voz pasajes de la Santa Escritura… Nuestra madre ha muerto hace cinco semanas y…

—Se ha ido porque seguramente le era difícil contestar a lo que usted le preguntara —dijo, riendo, el joven del diván—. Imagino que está engañándole a usted en alguna cosa y que en este momento piensa en el modo de salir del paso.

—¡Sólo cinco semanas! ¡Sólo cinco semanas! —dijo Lebediev entrando con la levita puesta y un pañuelo en la mano con el que se aprestaba a secarse los ojos. Y parpadeando mucho exclamó—: ¡Ahora estamos solos en el mundo!

—¿Por qué se ha puesto usted una levita tan rota? —preguntó la joven—. Detrás de la puerta tiene usted su levita nueva. ¿No la ha visto?

—¡Cállate, moscón! —gritó Lebediev—. ¡Maldita seas!

E hirió, el suelo con el pie. Ella rio viendo la cólera paterna.

—No se empeñe en asustarme. No soy Tania y no voy a echar a correr… Lo que va usted a conseguir es despertar a Lubotchka y ya verá luego cómo llora y grita… ¿A qué viene chillar así?

—Vamos, vamos, no digas eso —repuso Lebediev.

Y, presa de viva inquietud, se lanzó hacia la criatura que dormía en brazos de la joven y la bendijo varias veces con empavorecido ademán.

—¡Señor, protégela; Señor, sálvala! —exclamó. Y dirigiéndose a Michkin le dijo—: Es Lubova, mi hijita, nacida de mi legítimo matrimonio con mi mujer Elena, muerta de sobreparto. Y esta pájara es mi hija Vera, y éste… éste.

—¿Por qué te interrumpes? —preguntó el joven—. Vamos, continúa…

—Excelencia —dijo Lebediev, en un arranque—, ¿ha leído usted en la prensa el asesinato de la familia Jemarin?

—Sí —repuso Michkin, algo extrañado.

—Pues ahí tiene al verdadero matador de los Jemarin. ¡Es él en persona!

—¿Qué está usted diciendo? —exclamó el visitante.

—Empleo una forma metafórica de hablar. Es el segundo asesino futuro de otra familia Jemarin, si la encuentra. Por lo pronto, ya se está preparando a…

Todos rompieron a reír. A Michkin se le ocurrió pensar que Lebediev se extendía en tales rodeos porque, presintiendo preguntas embarazosas, quería ganar todo el tiempo posible.

—¡Es un faccioso, un conspirador! —gritó Lebediev, como si fuera incapaz de contener su enojo—. ¿Acaso a un maldiciente como él, a un réprobo, a un monstruo semejante, por decirlo así, puedo considerarlo como mi sobrino, como el hijo único de mi difunta hermana?

—¡Cállate, hombre! ¡Estás borracho! ¿Creerá usted, príncipe, que mi tío ha decidido ejercer la abogacía, que cultiva la elocuencia, y que no deja un momento de dirigir en casa a sus hijos discursos en tono elevado? Hace cinco días ha actuado como defensor ante el juez de paz, y ¿sabe a quién ha defendido? Una anciana a quien un bribón usurero había despojado de los quinientos rublos que era cuanto poseía la buena mujer, le pidió que fuera su defensor ante el tribunal, en vez de abogar por ella, ha defendido al usurero, un judío llamado Zaidler, a causa de que éste le prometió cincuenta rublos…

—Cincuenta rublos si ganábamos el juicio, y cinco si lo perdíamos —rectificó Lebediev.

Dio la explicación con acento reposado y sereno que contrastaba con la animación de sus anteriores palabras.

—Pero, naturalmente, ha fracasado y no ha conseguido sino producir la risa de todos. La justicia ya no se administra como antes. No obstante, está muy contento de sí mismo. «Jueces imparciales —dijo—, piensen en ese desgraciado viejo, inválido de las piernas y que vive de un trabajo honroso. Piensen que ha sido despojado hasta de su último pedazo de pan y recuerden la sabia frase del legislador: «Dejad que la clemencia prevalezca en el tribunal». Y ahora figúrese que cada mañana nos recita aquí, del principio al fin, ese mismo discurso de defensa, tal como lo pronunció en el tribunal. Hoy se lo hemos escuchado ya cinco veces, y en el momento en que ha llegado usted iba a repetírnoslo. ¡Figúrese si le agradará! ¡Hasta se relame los labios de gusto! Y ahora está dispuesto a abogar por cualquiera. Es usted el príncipe Michkin, ¿verdad? Kolia me ha dicho que no ha encontrado nunca en el mundo hombre más inteligente que usted…

—No, no hay hombre más inteligente en el mundo —confirmó apresuradamente Lebediev.

—Pero esas dos opiniones no tienen importancia, príncipe, porque Kolia le quiere y mi tío le adula. En cambio, yo no me propongo lisonjearle, tenga la certeza de ello. Pero usted no carece de buen sentido. Sea, pues, árbitro entre mi tío y yo ¿Quieres que elijamos al príncipe por juez? —preguntó dirigiéndose a su tío—. Me alegro mucho, príncipe, de que la casualidad le

haya traído aquí.

—Acepto —dijo resueltamente Lebediev, lanzando una mirada maquinal al auditorio, que volvía a agruparse en torno suyo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Michkin, arrugando ligeramente el entrecejo.

Sentía dolor de cabeza y a la vez, de momento en momento, dudaba menos de que Lebediev, temeroso de una explicación con él, quería dilatarla.

—El asunto es éste: yo soy su sobrino y en eso sentido mi tío ha dicho la verdad, aunque suele mentir en todo. No he terminado aún mis estudios universitarios, pero los terminaré, porque así me lo propongo y yo tengo mucho carácter. Entre tanto, para subsistir, voy a desempeñar un empleo de veinticinco rublos en una empresa ferroviaria. Reconozco, aparte de todo, que mi tío me ha ayudado dos o tres veces. El caso es que yo poseía ahora veinte rublos y los he perdido jugando. ¿Creerá, príncipe, que he sido lo bastante ruin y bajo para jugarme ese dinero?

—¡El que te los ganó es un fullero, un fullero al que no debías haber pagado! —clamó Lebediev.

—Es un fullero, pero mi deber era pagarle —contestó el joven—. Puedo atestiguar que lo es. Se trata, príncipe, de un subteniente expulsado del ejército, que da lecciones de boxeo. Últimamente pertenecía al grupo de Rogochin. Todas esas gentes andan tiradas desde que Rogochin las licenció. Pero lo peor de todo es que, constándome que se trataba de un fullero, de un bribón, de un truhan, no por ello dejé de jugar con él al palki hasta perder mi último rublo. Mientras lo arriesgaba, yo me decía: «Si pierdo, iré a ver a mi tío Lebediev, le haré muchas zalemas y él me ayudará». Y es eso lo que, más que nada, constituye una bajeza, una verdadera bajeza, una vileza consciente.

—Es, en efecto, una vileza consciente —afirmó Lebediev.

—Espera un poco antes de considerarte triunfante —repuso con violencia su sobrino, cuya susceptibilidad habían despertado aquellas palabras—. ¡No te entusiasmes! He venido a visitar a mi tío, príncipe, y le he confesado todo, obrando noblemente, sin disculpar mi conducta, antes bien, calificándola en los términos más severos, como todos los presentes pueden testimoniar. Para ocupar el empleo de que he hablado antes, necesito equiparme un poco, porque ahora ando hecho un harapiento. ¡Mire qué botas! Me es imposible presentarme en la oficina con este atavío, y el caso es que si en el término fijado no acudo, el empleo será adjudicado a otro, y ¿cuándo volveré a encontrar ocasión semejante? He pedido, pues, a mi tío quince rublos en total, comprometiéndome a no apelar más a su ayuda y obligándome a restituirle en un plazo de tres meses el importe íntegro de la deuda. Cumpliré mi palabra. Sé vivir sólo con pan y kvass durante meses enteros, porque soy hombre de

carácter. Mi sueldo de tres meses asciende a setenta y cinco rublos, y el dinero que le pido, unido a otros préstamos anteriores, sumará treinta y cinco rublos. Tendré, pues, lo suficiente para pagarle. Y, además, ¡el diablo me lleve!, que me cobre los intereses que quiera. ¿Acaso no me conoce? Pregúntele, príncipe, si no le he devuelto el dinero que me ha prestado otras veces. ¿Por qué, pues, se niega ahora? Porque dice que he pagado al subteniente: no alega otra razón. Ahí tiene usted lo que es mi tío: un verdadero perro del hortelano.

—¡Y este hombre no quiere irse! —vociferó Lebediev—. ¡Se ha instalado ahí resuelto a quedarse!

—Ya te he dicho que no me iré antes de conseguir lo que te pido. ¿Por qué sonríe usted, príncipe? ¿Me desaprueba usted?

—No sonrío, pero encuentro que no tiene usted razón del todo —dijo Michkin con desagrado.

—Hable francamente y diga sin rodeos que no tengo razón. ¿A qué viene ese «no del todo»?

—Si lo prefiere, le diré que no tiene usted razón en absoluto.

—¡Si, lo prefiero! ¡Pero esto sí que es divertido! ¿Cree usted que no conozco la evidente incorrección de mi proceder? Bien sé que el dinero de mi tío es suyo y que mi actitud constituye una coacción. Pero usted, príncipe…, usted no conoce la vida. A hombres como mi tío, si no se les da una lección no comprenden nudo. Es preciso enseñarles. Mis intenciones son perfectamente honorables. En conciencia, no voy a hacerle perder ni un kopec, puesto que le devolveré el capital con los intereses. Además, le he procurado una satisfacción moral, ya que me he humillado a él. ¿Qué más quiere? ¿Y de qué sirve este hombre a sus semejantes si se niega a prestarles servicio alguno? Piense en cómo obra él. Pregúntele cómo procede con los demás y cómo engaña a la gente. ¿Cómo se ha arreglado para adquirir esta casa? Me corto la cabeza si no le ha enredado a usted en algo y si no proyecta volver a engañarle de nuevo… Veo que sonríe usted. ¿No me cree?

—Lo que creo es que todo eso tiene poca relación con su asunto —repuso Michkin.

—Hace tres días que duermo aquí —dijo el joven, sin atender aquella observación— y no sabe la de cosas que he visto. Figúrese que mi tío sospecha de este ángel, de esta muchacha hija suya y prima hermana mía, y que todas las noches anda buscando en espera de ver si encuentra algún hombre escondido en su habitación. Entra en esta sala sigilosamente y mira debajo del diván que me sirve de cama. La desconfianza le hace perder el sentido: cree ver ladrones en cada rincón. Pasa la noche en pie y se levanta siete veces lo menos para asegurarse de que están bien cerradas puertas y

ventanas, y mira hasta en la estufa… Este hombre que aboga ante los tribunales por los bribones se levanta tres veces por la noche para orar en la sala. Se arrodilla, apoya la frente en el suelo durante media hora y no puede usted ni imaginar por quiénes reza, o mejor dicho, por quiénes deja de rezar. ¡No hay quien no desfile en sus plegarias de beodo! Hasta ha orado por el alma de la condesa Du Barry. Kolia y yo lo hemos oído en persona. ¡Está loco!

—¿Ve cómo me desprestigia, príncipe? —dijo Lebediev, sonrojándose y ya fuera de sí—. Yo podré ser un beodo, un libertino, un malhechor, un ladrón; pero al menos hay una cosa en mi favor. Este embustero no sabe que cuando vino al mundo fui yo quien lo fajó y lo lavó. Mi hermana Anisia había quedado viuda y estaba en la miseria. Yo, que no era menos pobre que ella, pasé noches enteras velándola, cuidando a la madre y al hijo, que se hallaban enfermos los dos. Yo bajaba a robar leña al portero y, muriéndome de hambre como me encontraba en realidad, aún tenía ánimos para cantar y castañetear los dedos, a fin de que el pequeño se durmiese… ¡Le he servido de niñera y ahí le tiene usted burlándose de mí! Si yo me he santiguado u orado por el reposo del alma de la Du Barry, ¿qué te importa? Hace tres días, príncipe, que he leído por vez primera la biografía de esa mujer en un diccionario histórico. ¿Acaso sabes tú quién era la Du Barry?

—No hay nadie más que tú que lo sepa, ¿no es eso? —rezongó el joven con sarcasmo.

—La Du Barry era una condesa que se levantó desde el fango a la posición de una reina y a la que llegó a escribir, de su puño y letra, una gran emperatriz: «Ma chère cousine». Hasta un cardenal, un nuncio del Papa, en ocasión de una «levée du Roi» (¿sabes tú lo que era una «levée du Roi»?) se ofreció a poner en las piernas de la Du Barry sus medias de seda. ¡Un personaje tan elevado consideraba aquello como un honor! ¿Conocías ese detalle? Ya leo en tu cara que lo ignorabas. ¿Y sabes cómo murió? ¡Vamos, contesta!

—¡Déjame! ¡Eres insoportable!

—Pues murió, así: después de tantos honores, después de llegar a ser casi una soberana, fue guillotinada por el verdugo Samson. Era inocente, pero había que matarla para satisfacción de las poissardes de París. Su terror fue tal que no comprendió lo que le sucedía. Cuando Samson le hizo inclinar la cabeza y la sujetó con el pie sobre el tajo, la Du Barry exclamó: «Encore un moment, monsieur le bourreau, encore un moment», lo que significa: «Espere un momento, señor bourreau, uno solo…» Y acaso por esta especie de plegaria, Dios la perdonase, porque es inconcebible mayor misère que esa para un alma humana… ¿Sabe lo que significa la palabra misère? Cuando leí que aquella condesa imploraba «un solo momento» sentí el corazón dolorido como si me lo oprimiesen con unas tenazas. ¿Qué te importa, pues, gusano, que yo,

en mis plegarias nocturnas, haya implorado perdón a Dios para el alma de aquella gran pecadora? Si lo he hecho, ha sido porque sin duda nadie le ha dedicado después de su muerte un recuerdo piadoso. Y en el otro mundo le será grato pensar que en la tierra hay un pecador como ella que ha orado por la salvación de su alma una vez al menos. ¿Por qué te ríes? ¿No crees, ateo? Pero, ¡qué sabes tú! Además, tu relato es inexacto, porque si escuchaste mi plegaria, debieras saber que no oré sólo por la condesa Du Barry, sino que dije así: «Concede, Señor, eterno descanso al alma de la pecadora que fue la condesa Du Barry y a todas las semejantes a ella». Y eso es muy diferente, porque hay muchas grandes pecadoras como la Du Barry, lo mismo que hay muchas otras gentes que conocieron todas las vicisitudes de la fortuna y que ahora, en el otro mundo, sufren, gimen y esperan. He orado también por ti, y por todos los insolentes y desvergonzados semejantes a ti. Ya que te interesas por mis oraciones, entérate de eso.

—Bueno, bueno, basta… ¡El diablo te lleve! Ora por quien quieras —dijo el sobrino con violencia—. ¿No sabía usted, príncipe, que teníamos un erudito en esta casa? —añadió con desganada sonrisa—. Mi tío no hace más que leer toda clase de libros y memorias…

—Su tío, al fin y al cabo, no es un hombre privado de sensibilidad —observó el príncipe, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para dirigirse al joven, que le resultaba profundamente desagradable.

—¡Cómo le lisonjea usted! Mire de qué modo abre la boca y se lleva la mano al pecho. Sus palabras le han emocionado, príncipe. Concedo que no le falte sensibilidad, pero lo malo está en que además es un bribón y para colmo un borracho. Está realmente destrozado por la bebida. Reconozco que quiere a sus hijos y que apreciaba a su mujer, mi difunta tía… Incluso siente afecto por mí y no me ha olvidado en su testamento…

—¡No te dejaré ni un kopec! —gritó el funcionario, colérico.

—Escuche, Lebediev —dijo el visitante con tono firme, apartándose del joven—: yo sé que usted, cuando quiere, es un hombre serio. Tengo poco tiempo disponible, y si usted… Perdone, he olvidado su nombre…

—Ti… Ti… Timofeo…

—¿Qué más?

—Lukianovich.

Todos rompieron a reír.

—¡Es mentira! —gritó el sobrino—. ¡Hasta en eso necesita mentir! No se llama Timofeo Lukianovitch, príncipe, sino Lukian Timofeievich. Di, ¿por qué mientes? Llámeste Lukian o Timofeo, ¿no eres el mismo? ¿Y qué puede

importarle al príncipe que te llames de un modo u otro? Le aseguro que miente sin necesidad, por costumbre…

—¿Es posible que esto sea cierto? —preguntó Michkin con impaciencia.

—Me llamo, en efecto, Lukian Timofeievich —reconoció Lebediev, turbado, bajando humildemente los ojos y llevándose la mano al corazón.

—¡Dios mío! ¿Y por qué me ha contestado usted de ese modo?

—Para rebajarme más —murmuró Lebediev inclinando la cabeza con conmovedora humildad.

—¿Y a qué viene ese rebajamiento? ¡Si sólo me interesa saber dónde encontrar a Kolia! —dijo el príncipe, insinuando un ademán para retirarse.

—Yo le indicaré dónde está Kolia —ofreció el joven.

—¡No, no! —intervino rápidamente Lebediev.

—Kolia ha pasado la noche aquí, y esta mañana ha salido en busca de su padre a quien usted, príncipe, Dios sabe por qué, ha hecho salir de la cárcel pagando sus deudas. El padre prometió ayer venir a hospedarse con nosotros, pero no ha venido. Parece probable que se acostara en la fonda de «Los dos Platillos», que está cerca. Así, pues, Kolia debe estar allí, salvo que haya ido a Pavlovsk, a casa de las Epanchinas. Ya quería ir ayer; precisamente no le falta dinero… Le encontrará seguramente en «Los Dos Platillos» o en Pavlovsk.

—¡En Pavlovsk, en Pavlovsk! Pero vayamos al jardín y tomemos café.

Y Lebediev, asiendo el brazo del príncipe, le arrastró fuera de la sala. Atravesaron el patio y entraron en un jardincillo encantador cuyos árboles ostentaban la plenitud de su follaje estival. Lebediev hizo sentar a Michkin en un banco de madera pintado de verde que se hallaba ante una mesa del mismo color fija en el suelo, y se sentó frente al visitante. Al cabo de un momento trajo el café. El príncipe no se negó a tomarlo. El dueño de la casa le miraba a la cara con expresión de apasionado servilismo.

—No conocía aún su casa, Lebediev —dijo Michkin, con aire de pensar en otra cosa.

—¡Ahora estamos solos en ella! —comenzó Lebediev, imprimiendo a su fisonomía una expresión de tristeza.

Pero se interrumpió. Michkin miraba ante sí con abstracción, sin duda ya olvidado de lo que acababa de decir. Transcurrió un minuto. Lebediev, con los ojos fijos aún en el visitante, esperaba.

Michkin sacudió su abstracción.

—¿Qué decíamos? ¡Ah, sí! Ya sabe usted, Lebediev, de lo que se trata. He

venido a causa de su carta. Hable.

El funcionario se turbó, quiso responder y sólo emitió sonidos ininteligibles. El príncipe aguardó, con una melancólica sonrisa en los labios.

—Creo comprenderle bien, Lukian Timofeievich. Sin duda no me esperaba. No creía usted que yo fuese a abandonar mi retiro a su primer aviso, y me escribió, por lo tanto, sólo para descargar su conciencia. Pero, como ve, aquí estoy. Déjese de tretas y desista de servir a dos señores. Sé que Rogochin lleva aquí tres semanas. ¿Ha conseguido usted relacionarle otra vez con Nastasia Filipovna, o no? Diga la verdad.

—Fue él mismo, ese monstruo, quien la descubrió.

—No le insulte. Veo que tiene usted motivos de queja contra él.

—¡Me ha molido a golpes! —contestó Lebediev con extraordinaria vehemencia—. En Moscú lanzó un perro contra mí. Era un lebrel, un animal terrible, que me persiguió a lo largo de toda una calle.

—Me toma usted por un niño, Lebediev. Dígame seriamente si es verdad que ella abandonó a Rogochin en Moscú.

—Seriamente, seriamente… Y también esta vez en vísperas de la boda. Rogochin estaba ya contando los minutos que faltaban cuando ella huyó a San Petersburgo. En cuanto llegó, vino a buscarme, diciéndome: «Sálvame, Lukian Timofeievich, escóndeme y no lo digas al príncipe». Nastasia Filipovna le teme, príncipe; le teme incluso más que a Rogochin. Es una cosa incomprensible.

Y Lebediev, con aire perplejo, se llevó un dedo a la frente.

—¿Y ahora los ha puesto usted de nuevo en relación?

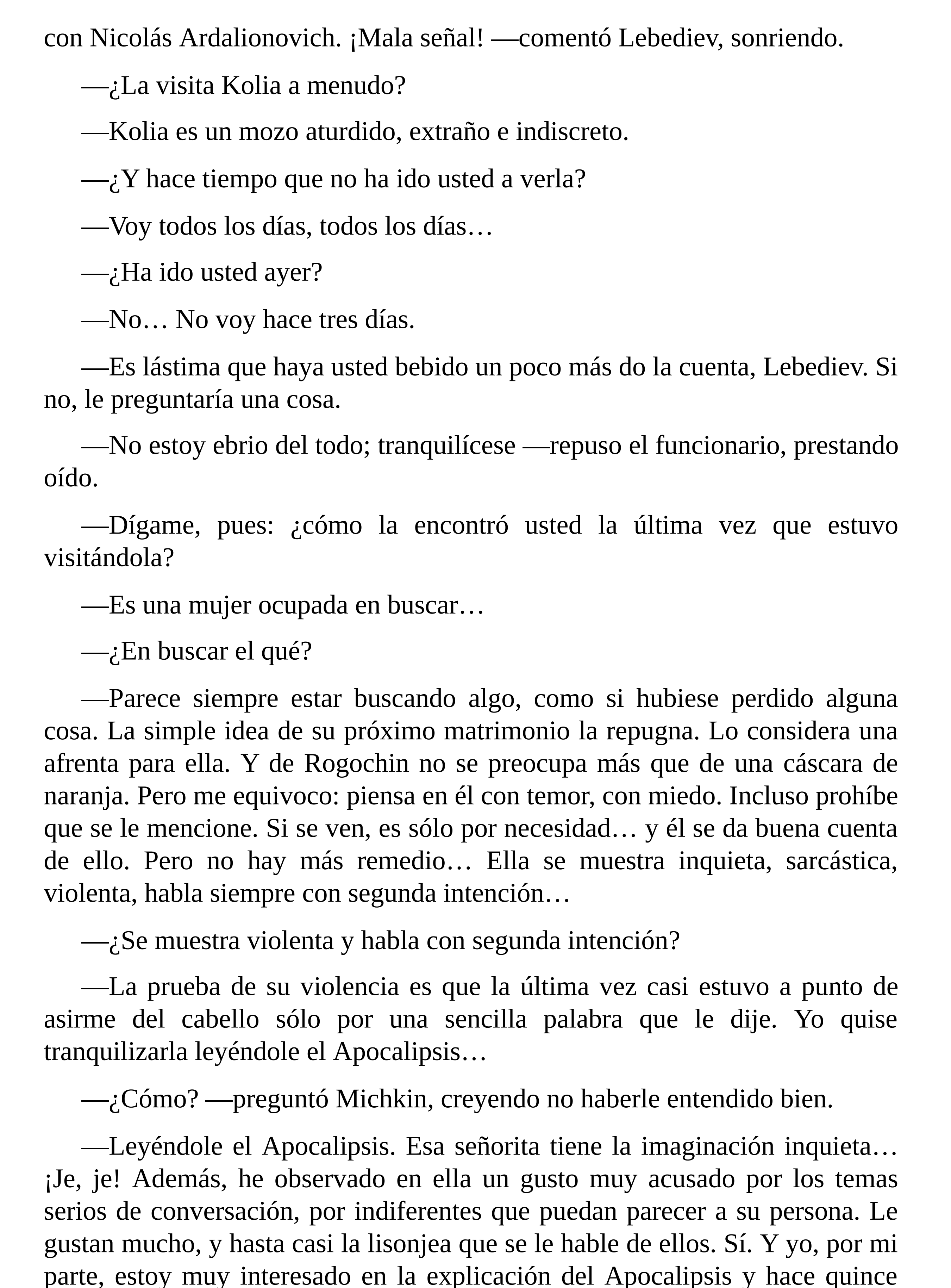
—¿Cómo podía yo, ilustrísimo príncipe…, cómo podía yo impedir que se vieran?

—Bueno, basta; ya lo averiguaré yo todo. Dígame únicamente dónde está ahora Nastasia Filipovna. ¿En casa de Rogochin?

—No, no; nada de eso. Ella vive aún separada de él. Como suele decir, es libre, y usted sabe, príncipe, cuánto insiste en ese punto. Siempre está refiriéndose a su completa libertad. Sigue habitando en la Peterburgskaya, en casa de mi cuñada, como ya le dije en mi carta.

—¿Se hallará ahora allí?

—Sí, a no ser que se haya ido a Pavlosk. Quizá el buen tiempo la haya decidido a marchar al campo, a casa de Daría Alexievna. Como Nastasia Filipovna dice, sigue siendo libre. Aun ayer alardeaba de su libertad hablando



con Nicolás Ardalionovich. ¡Mala señal! —comentó Lebediev, sonriendo.

—¿La visita Kolia a menudo?

—Kolia es un mozo aturdido, extraño e indiscreto.

—¿Y hace tiempo que no ha ido usted a verla?

—Voy todos los días, todos los días…

—¿Ha ido usted ayer?

—No… No voy hace tres días.

—Es lástima que haya usted bebido un poco más do la cuenta, Lebediev. Si no, le preguntaría una cosa.

—No estoy ebrio del todo; tranquilícese —repuso el funcionario, prestando oído.

—Dígame, pues: ¿cómo la encontró usted la última vez que estuvo visitándola?

—Es una mujer ocupada en buscar…

—¿En buscar el qué?

—Parece siempre estar buscando algo, como si hubiese perdido alguna cosa. La simple idea de su próximo matrimonio la repugna. Lo considera una afrenta para ella. Y de Rogochin no se preocupa más que de una cáscara de naranja. Pero me equivoco: piensa en él con temor, con miedo. Incluso prohíbe que se le mencione. Si se ven, es sólo por necesidad… y él se da buena cuenta de ello. Pero no hay más remedio… Ella se muestra inquieta, sarcástica, violenta, habla siempre con segunda intención…

—¿Se muestra violenta y habla con segunda intención?

—La prueba de su violencia es que la última vez casi estuvo a punto de asirme del cabello sólo por una sencilla palabra que le dije. Yo quise tranquilizarla leyéndole el Apocalipsis…

—¿Cómo? —preguntó Michkin, creyendo no haberle entendido bien.

—Leyéndole el Apocalipsis. Esa señorita tiene la imaginación inquieta… ¡Je, je! Además, he observado en ella un gusto muy acusado por los temas serios de conversación, por indiferentes que puedan parecer a su persona. Le gustan mucho, y hasta casi la lisonjea que se le hable de ellos. Sí. Y yo, por mi parte, estoy muy interesado en la explicación del Apocalipsis y hace quince años que trabajo en esa tarea. Nastasia Filipovna ha convenido conmigo en que estamos en la época simbolizada por el caballo negro, es decir, el tercero, y por el jinete que lleva en la mano una balanza, ya que en nuestro siglo todo

reposa sobre la balanza y los contratos, y todos los hombres se esfuerzan en buscar únicamente su derecho: «una medida de trigo por un dinero y tres medidas de cebada por un dinero» … Y, con todo esto, quieren conservar un espíritu libre, un corazón puro, un cuerpo sano y los demás dones de Dios… Pero fundándose sólo en el derecho nunca los conservarán y a continuación vendrá el caballo pálido, y aquel que se llama la Muerte, y después el infierno. Tal es el tema de nuestras conversaciones cuando nos vernos… y por cierto que la han impresionado mucho.

—¿Cree usted en esas cosas? —preguntó el príncipe, dirigiendo a su interlocutor una mirada de extrañeza.

—Las creo y las explico. Yo soy un pobre hombre, un mendigo, un átomo en la circulación humana. ¿Quién aprecia a Lebediev? Sirve de irrisión a todos y puede decirse que no hay quien no le abrume a puntapiés. Pero en esta explicación me igualó a cualquier gran personalidad. ¡Tan grande es el poder del espíritu! Yo he hecho temblar a un alto funcionario, muy arrellanado en su sillón, impresionándole al hacerle sentir el poder del espíritu.

Hace dos años, la víspera de Pascuas, Su Ilustrísima Excelencia Nilo Alexievich, a cuyas órdenes trabajaba yo, quiso oírme y me hizo llamar adrede a su despacho por Pedro Zaharich. «¿Es verdad —me dijo cuando estuvimos a solas— que tú explicas la profecía relativa al Anticristo?». Yo no vacilé en contestar que sí, y empecé a comentar la visión alegórica del apóstol. Él principió por sonreír, pero los cálculos numéricos y las similitudes le hicieron temblar. Me rogó que cerrase el libro, me despidió y puso mi nombre en la lista de recompensas. Esto pasaba en el momento de las fiestas de Pascuas. Ocho días más tarde, Nilo Alexievich entregaba su alma a Dios.

—¿Qué dice usted, Lebediev?

—La verdad. Se cayó de su coche después de comer, dio con la sien contra un guardacantón y murió en el acto. Era un hombre de setenta y tres años, de rostro muy encarnado y cabellos blancos. Se inundaba literalmente de agua perfumada y sonreía siempre como un niñito. Pedro Zaharich recordó después mi conversación con el difunto. «Tú profetizaste esto», me dijo.

El príncipe se levantó. Lebediev quedó sorprendido, al notar que su visitante se marchaba tan pronto.

—Veo que se ha vuelto usted muy indiferente. ¡Je, je, je! —osó comentar, con familiaridad respetuosa.

—En realidad no me encuentro del todo bien. Siento la cabeza pesada, sin duda por efecto del viaje —repuso Michkin, arrugando un tanto el entrecejo.

—¿Y si se fuese usted al campo? —sugirió tímidamente Lebediev.

El príncipe quedó pensativo.

—Yo mismo, ¿sabe?, me voy al campo con toda mi familia de aquí a tres días. La salud de la pequeña exige en absoluto ese traslado. Así, mientras estemos fuera, se harán en casa las reparaciones necesarias. Me voy también a Pavlovsk.

—¿Va usted a Pavlovsk? —preguntó repentinamente Michkin—. ¿Cómo es eso? ¿Es que todos se van este año a Pavlovsk? ¿Tiene usted también una casita de campo allí?

—No es que se vayan todos a Pavlovsk. Por lo que respecta a mí, Iván Ptitzin me ha cedido una de las casas que ha adquirido baratas en aquel lugar, que es, por cierto, una localidad agradable, y alta, y verde, y barata, bon ton, y se oye buena música… Por eso es explicable que tanta gente quiera vivir en Pavlovsk. Yo me instalaré en un pabelloncito. En cuanto a la casa propiamente dicha…

—¿La ha alquilado usted? —preguntó el príncipe con interés.

—No… En realidad, no…

—Alquílemela a mí —dijo Michkin.

Era evidente que Lebediev no había querido sino inducirle a aquella proposición. Hacía tres minutos que tal idea se agitaba en su ánimo. Y ello no se debía a que le fuese difícil encontrar arrendatario. Precisamente en aquel momento la casa de campo estaba habitada por un veraneante, y éste había declarado que acaso la alquilaría. Lebediev sabía bien que aquel «acaso» equivalía a un «con seguridad». Pero pensó en seguida que haría un negocio muy ventajoso alquilando la casa al príncipe, hecho al que le autorizaba el lenguaje vago empleado hasta entonces por el otro veraneante. «Esto toma un aspecto nuevo», pensó el funcionario. La propuesta de Michkin le arrebató de alegría. Cuando el príncipe le preguntó el precio, Lebediev hizo un ademán como para alejar aquella cuestión.

—Bien, bien, como quiera. Ya tomaré informes… No saldrá usted perdiendo nada.

Los dos salían ya del jardín.

—Si usted lo deseara… Yo podría, si usted lo deseara, ilustre príncipe, comunicarle una cosa muy interesante sobre el mismo asunto —murmuró Lebediev, quien, en su satisfacción, rebosaba lisonjas hacia su visitante.

Éste se detuvo.

—Daría Alexievna posee también una casita en Pavlovsk.

—¿Y qué?

—Que hay cierta persona que mantiene amistad con ella y suele, según parece, visitarla en Pavlovsk con cierto objeto.

—¿Quién es esa persona?

—Aglaya Ivanovna.

—Basta, Lebediev —interrumpió Michkin, con una sensación dolorosa—. Todo eso no significa nada para mí… Vale más que me diga cuándo se propone usted marchar. Por mi parte, cuanto antes mejor, pues ahora estoy en un hotel…

Mientras hablaban, habían salido del jardín. Atravesaron el patio sin pasar por la casa y se acercaron a la puerta.

—Lo mejor —opinó Lebediev— es que deje el hotel, se instale desde hoy en mi casa y se vaya con nosotros a Pavlovsk cuando nos marchemos pasado mañana.

—Veremos —dijo Michkin, pensativo.

Y salió. Lebediev le miró alejarse, impresionado por la súbita abstracción del visitante, quien había salido sin acordarse de despedirse ni aun de hacerle un ademán de saludo. Este olvido sorprendía tanto más al funcionario cuanto que le constaba la irreprochable cortesía del príncipe.

III

Pasaba con mucho de las once de la mañana. Michkin sabía que el único miembro de la familia Epanchin a quien podría encontrar en casa era, a lo sumo, el general, probablemente retenido en San Petersburgo por sus deberes oficiales. Si tenía la suerte de hallar a Iván Fedorovich, quizá éste le llevara consigo a Pavlovsk. Pero antes de esta visita, Michkin deseaba hacer otra. Y aun a riesgo de no ver al general decidió ir primero a la que principalmente le interesaba.

En realidad, semejante visita resultaba harto delicada y espinosa. Vaciló, pues, y titubeó mucho antes de decidirse a llevarla a término. Sabía que iba a encontrar la casa en la calle Gorojovaya, no lejos de la Sadovaya. Púsose, pues, en camino hacia allí, pensando que en todo caso podría tomar una resolución definitiva durante el trayecto.

Al llegar al cruce de las dos calles, el príncipe se extrañó de la extraordinaria agitación que sentía. Ni él mismo había previsto que su corazón pudiera latir tan violentamente. Su atención fue atraída en aquel momento por

un edificio bastante alejado, acaso en razón de que ofrecía un aspecto particular. Más tarde Michkin recordó haber pensado: «Sin duda aquella casa es la que busco». Acercóse con extrema curiosidad, para comprobar la justicia de su conjetura, diciéndose a la vez que le sería desagradable haber adivinado. Tratábase de una casa de tres pisos, grande y sombría, sin detalle alguno de gusto artístico y con una fachada de un color verde sucio que entristecía el ánimo. En estas calles de San Petersburgo, donde todo se transforma tan de prisa, subsisten —si bien en corto número— casas semejantes a ésa, construidas a fines del siglo último, que guardan aún su fisonomía primitiva. Esas mansiones, sólidamente edificadas, se distinguen por el espesor de sus muros y la escasez de sus ventanas, las cuales, en los pisos bajos, suelen estar protegidas por una verja y corresponden casi siempre a establecimientos de cambistas. Los propietarios de estas tiendas acostumbran pertenecer a la secta de los skopetz y usualmente habitan encima del local de sus transacciones. Tanto fuera como dentro se nota un ambiente frío, inhospitalario, misterioso. Sería difícil explicar la procedencia de esa impresión. Sin duda radica en el conjunto de las líneas arquitectónicas. Tales casas están casi exclusivamente habitadas por comerciantes. Al acercarse al portón, Michkin vio un rótulo en que se leía: «Casa de Rogochin, comerciante notable hereditario».

Dominando sus vacilaciones, Michkin abrió la puerta vidriera, que se cerró, ruidosa, a sus espaldas y subió al segundo piso por una gran escalera de piedra, oscura y toscamente construida, con las paredes pintadas de rojo. Michkin sabía que Rogochin habitaba con su madre el segundo piso de aquella lóbrega construcción. El criado que salió a abrirle introdujo al visitante sin anunciarle ni preguntar su nombre, y Michkin hubo de andar largo rato en pos de su guía. Atravesaron primero una sala de recibir, de paredes pintadas imitando mármol y de pavimento de madera de encina. La ornaba un pesado mobiliario en el estilo de 1820. Luego se internaron en un laberinto de habitaciones reducidas, situadas a distinto nivel unas de otras. Tenían constantemente que subir o bajar dos o tres escalones.

Al fin llamaron a una puerta. Abrió Parfen Semenovich en persona. Al ver al príncipe palideció y quedó durante un rato como petrificado. Sus ojos le miraron con una fijeza asustada y en la sonrisa que plegó sus labios se leía un estupor infinito. La aparición de Michkin parecía ser para él un acontecimiento increíble, casi un milagro. Y aunque el visitante esperaba algo análogo, no obstante le extrañó.

—Creo que he venido con inoportunidad, Parfen Semenovich. Me iré, pues —dijo con aire turbado.

—No, no; has venido oportunamente —dijo Rogochin, recuperando la conciencia de sí mismo—. Pasa, te lo ruego.

Ahora se tuteaban. Se habían visto en Moscú con frecuencia y algunos de los momentos que pasaron juntos habían dejado en ellos una impresión imborrable. A la sazón se veían después de una ausencia de tres meses.

El rostro de Rogochin continuaba pálido y un tanto crispado. Después de hacer pasar al visitante continuaba presa de una agitación extraordinaria. Michkin, invitado a sentarse junto a la mesa, se volvió por casualidad y descubrió en su amigo una mirada tan extraña, que se detuvo en seco. A la vez cierto reciente recuerdo, sombrío y penoso, acudió a la mente de Michkin. En pie e inmóvil miró durante largo rato los ojos de Rogochin, los cuales, al principio, parecieron brillar más vivamente aún que antes. Al fin Parfen Semenovich sonrió, pero seguía algo turbado y como cohibido.

—¿Por qué me miras con tanta fijeza? —preguntó—. Anda, siéntate.

El príncipe ocupó una silla.

—Parfen Semenovich —dijo—, háblame francamente. ¿Sabías que yo iba a venir hoy a San Petersburgo, o no?

—No dudaba de que vendrías —repuso Rogochin. Y continuó, con una sonrisa agria—: Y ya ves que no me he equivocado. Pero, ¿cómo iba a saber que llegabas hoy?

Pronunció estas palabras con una especie de irritada brusquedad que aumentó más aún la sorpresa y confusión del visitante.

—Aunque supieses que llegaba hoy, ¿por qué enojarte así? —replicó suavemente el príncipe.

—Y tú, ¿por qué me haces esa pregunta?

—Porque al apearme del tren distinguí unos ojos muy parecidos a los que tú clavas en mí en este momento.

—¿Y de quién eran? —inquirió Rogochin.

Michkin creyó notar que Parfen Semenovich se estremecía.

—No lo sé. Los vi entre la gente, y pude sufrir una ilusión. Esto me pasa a veces. Amigo Parfen Semenovich, ahora me siento casi en el mismo estado que hace cinco años, cuando padecía ataques.

—Puedes haberte equivocado; es cierto. ¿Qué sé yo? —dijo Parfen Semenovich, entre dientes.

A pesar de sus esfuerzos para dar a su rostro una expresión afectuosa, la sonrisa que en aquel momento entreabría sus labios contrastaba fuertemente con el resto de su fisonomía.

—¿Vas a volver al extranjero? —dijo. Y luego preguntó de repente—:

¿Recuerdas nuestro viaje en el tren, de Pskov a San Petersburgo, el otoño pasado? ¿Recuerdas tu capote y tus polainas?

Y Parfen Semenovich estalló de improviso en una risa francamente aviesa, como si se sintiera satisfecho de poder dar así rienda suelta a su indudable enojo.

—¿Te has instalado aquí definitivamente? —interrogó el príncipe, recorriendo con los ojos la habitación.

—Sí; ésta es mi casa. ¿Dónde quieres que habite? —Hace tiempo que no nos hemos visto y he oído contar sobre ti cosas muy extrañas.

—¡Se cuentan siempre tantas cosas! —dijo, secamente, Rogochin.

—Pero el caso es que has licenciado tu cuadrilla, que moras en la casa paterna, que no haces locuras… Todo está muy bien… ¿Es tuya la casa u os pertenece en común?

—Es de mi madre. El pasillo separa sus habitaciones de las mías.

—¿Y tu hermano?

—Mi hermano Semen Semenovich habita en el pabellón.

—¿Es casado?

—Es viudo. Pero, ¿qué interés tienes en todo eso?

Michkin le miró sin contestar. Habíase tornado pensativo de repente y ni siquiera oyó la pregunta de Rogochin. Éste esperó, sin repetirla. Siguió un silencio.

—Hace un momento, estando a cien pasos de esta casa, adiviné que era la tuya —dijo el príncipe.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo. Tu casa tiene la fisonomía de tu familia. Los Rogochin, después de residir largo tiempo en ella, parecen haberla marcado con su sello. Pero si me preguntas cómo he llegado a esa conclusión, no podré explicártelo. Sin duda fue en virtud de una especie de delirio. Incluso me asusta ver lo que ello me agitó. Antes no se me hubiera ocurrido pensar que tú vivías en una casa semejante, y, sin embargo, en cuanto la distinguí, me dije: «Ésa debe de ser su residencia».

—Ya, ya… —repuso, con vaga sonrisa, Parfen Semenovich, que no había comprendido apenas el confuso pensamiento del príncipe—. Fue mi abuelo quien hizo construir este edificio —añadió—. Unos skopetz, los Khludiakov, la han habitado siempre, y todavía continuamos teniéndolos por inquilinos.

—¡Qué oscuridad hay aquí! Tu casa no es muy alegre —dijo el visitante, examinando el despacho una vez más.

Era una vasta estancia, alta, sombría y muy embarazada por los muebles que la llenaban. Se veían por doquier grandes mesas de escritorio, pupitres, armarios llenos de papeles y libros de negocios. Había un ancho diván de tafilete rojo que servía sin duda de lecho a Rogochin. En la mesa ante la que Parfen Semenovich hizo sentar a Michkin, éste distinguió dos o tres libros, uno de los cuales, la Historia de Soloviev, se hallaba abierto a la sazón. Una señal marcaba el punto en que el lector había suspendido la lectura. Pendían de las paredes cuadros al óleo, de marcos parcialmente desdorados y tan empañados por el humo que sólo difícilmente cabía reconocer su conjunto. Un retrato de tamaño natural atrajo la atención del príncipe: representaba un hombre de cincuenta años vestido con una levita de corte alemán, de amplio vuelo. El retratado llevaba dos medallas al cuello, tenía la barba blanca, rala y corta, el rostro amarillento y surcado de arrugas, la mirada desafiadora, concentrada y triste.

—¿Era tu padre? —preguntó Michkin.

—Sí, él es —repuso Rogochin, con una sonrisa desagradable, como si creyese que el visitante hacía la pregunta para añadir alguna molesta broma respecto al difunto.

—¿Era un antiguo creyente?

—No. Iba normalmente a la iglesia. Pero es cierto que albergaba preferencias por el antiguo culto. Y apreciaba mucho a los skopetz. Esta habitación era su despacho antes de convertirse en mío. ¿Por qué me has preguntado si era antiguo creyente?

—¿Piensas casarte aquí?

—Sí… —repuso Parfen Semenovich, estremeciéndose, muy sorprendido por la inesperada pregunta.

—¿Y pronto?

—Bien sabes tú que ello no depende sólo de mí.

—Yo no soy enemigo tuyo, Parfen Semenovich, y no quiero estorbarte en nada. Te lo digo ahora, como te lo dije otra vez, en una circunstancia análoga a la de ahora. Ya sabes que no fui yo quien estorbó tu casamiento cuando éste iba a efectuarse en Moscú. La primera vez fue la misma Nastasia Filipovna quien sacó, por decirlo así, la cabeza de debajo de la corona nupcial y quien fue en mi busca rogándome que la «salvara» de ti. Cito sus propias palabras. Más tarde me abandonó también; la encontraste y cuando ibas a conducirla al altar, te dejó plantado y huyó, refugiándose aquí, según dicen. ¿Es verdad?

Lebediev me escribió manifestándomelo y por eso he venido. Respecto a la reconciliación que ha habido ahora entre vosotros dos, no tuve la primera noticia hasta ayer, en el tren, y me la transmitió uno de tus antiguos amigos: Zaliochev. Al venir a San Petersburgo, yo tenía el fin de proponer a Nastasia Filipovna marchar al extranjero, en interés de su salud. Está enferma de cuerpo y de alma y, sobre todo, de la mente, y necesita muchos cuidados. Mi intención no era llevarla conmigo al extranjero: la habría hecho marchar, pero no la hubiese acompañado. Te digo la pura verdad. Pero si, en efecto, os habéis reconciliado, no me presentaré ante ella jamás ni volveré a hacerte visita alguna. Tú sabes que no pretendo engañarte y que he sido siempre sincero contigo. Nunca te he ocultado mi opinión sobre este asunto y te he dicho siempre que vuestro casamiento causará infaliblemente la desgracia de ella. También a ti te será fatal… y acaso más que a Nastasia Filipovna. Celebraría que volvierais a romper vuestro compromiso, pero nada haré para procurarlo. Estate tranquilo, pues, y no sospeches de mí. Además, no ignoras que yo no he sido jamás un rival en el sentido verdadero de la palabra, ni aun cuando Nastasia Filipovna se refugió junto a mí. Ya veo que te ríes: sabía que esto te iba a hacer reír. Pero así es: ella y yo vivíamos allí separados, cada uno en un sitio diferente, y tú no lo ignoras. Ya te he explicado que no la quiero por amor, sino por compasión. Juzgo exacta la definición. Tú me dijiste entonces que comprendías estas palabras. ¿Es cierto? ¿Las comprendes? ¡Oh, qué expresión de odio hay en tu mirada! Pero he venido para tranquilizarte, porque también a ti te quiero mucho, Parfen Semenovich. En fin: me voy y no volveré más. Adiós.

El príncipe se levantó. Rogochin no se movió de su sitio.

—No te vayas aún —dijo con dulzura, apoyando la cabeza en su mano derecha—. ¡Hace tanto que no te he visto!

El visitante se sentó. La conversación quedó momentáneamente interrumpida.

—Cuando no estás ante mí te odio, León Nicolaievich. En estos tres meses durante los cuales no te he visto, yo estaba furioso contra ti y con gusto te habría envenenado. Esa es la verdad. Pero ahora, cuando aún no llevas un cuarto de hora conmigo, todo mi odio desaparece y vuelves a ser para mí tan querido como antes. Quédate un momento más…

—Sí: cuando estoy contigo confías en mí, pero apenas nos separamos la sospecha sucede en tu alma a la confianza. ¡Eres todo el retrato de tu padre! —dijo Michkin con una sonrisa amistosa.

Se esforzaba en ocultar los sentimientos que le invadían.

—Creo en tu voz cuando estamos juntos. Me hago cargo de que no se nos

puede poner al mismo nivel a ti y a mí…

—¿Por qué dices eso? ¡Otra vez te has incomodado! —exclamó Michkin mirando con sorpresa a Parfen Semenovich.

—Pero en este caso, amigo mío, no se requiere nuestro consejo, y todo está decidido sin tener en cuenta nuestra opinión —repuso Rogochin.

Tras un breve silencio, continuó en voz baja:

—Cada uno tenemos nuestro modo peculiar de amar; es decir, que ambos diferimos profundamente el uno del otro. Tú dices que sientes un amor compasivo por Nastasia Filipovna. Y a mí no me inspira sentimiento alguno de ese género. Por otra parte, me detesta infinitamente. Yo sueño con ella todas las noches y me parece verla siempre burlándose de mí con otro. Así es, amigo mío… va a convertirse en mi esposa, y, sin embargo, no le importo más que el zapato que acaba de quitarse. ¿Me creerás si te digo que no la veo hace cinco días porque no me atrevo a visitarla? Sé que sería capaz de preguntarme: «¿Por qué has venido?». Como si no bastara que me hubiese cubierto de ignominia…

—¿Qué dices? ¿Cuándo te ha cubierto de ignominia?

—¡Cómo si no lo supieras! Vamos a ver: me abandonó para huir contigo, se escapó casi ya «de debajo de la corona» … Tú mismo has empleado esas expresiones hace un momento.

—Pero tú no creerás que…

—Y, además, ¿no me deshonró en Moscú con aquel oficial, Zemtiuchnikov? Me consta bien que me puso en ridículo. ¡Y eso después de haber fijado ella misma el día de nuestra boda!

—¡Es imposible! —protestó Michkin.

—Lo sé positivamente —dijo Rogochin con convicción—. Tú dirás que eso no está en su carácter, pero amigo mío, el decirlo es sencillamente absurdo. Contigo no obraría así, y hasta la horrorizaría semejante cosa, pero conmigo procede de otro modo. Puedes tener la certeza de que me tiene por el más despreciable de los gusanos. Su asunto con Keller no fue para ella más que un modo de burlarse de mí. ¡No sabes la mala pasada que me jugó en Moscú! ¡Y el dinero que me he gastado…!

—Y entonces, ¿cómo te casas con ella? ¿Qué vas a hacer después? —exclamó Michkin con horror.

Una siniestra mirada fue la única respuesta de Rogochin.

—Hace hoy cinco días que no he estado en su casa —prosiguió, tras un instante de silencio—. Temo que me ponga en la puerta. «Aun soy dueña de

mí misma —me dice siempre—. Si quiero, te echaré definitivamente de mi casa y me iré al extranjero». ¡Al extranjero! —añadió Rogochin mientras sus ojos se fijaban con peculiar expresión en los del príncipe—. Es verdad que a veces se contenta con asustarme y burlarse de mí. Pero en otras ocasiones arruga el entrecejo, adquiere un aspecto de severidad, no pronuncia una palabra… ¡Y eso es lo que me espanta! Un día resolví no presentarme con las manos vacías. ¡Y ella me acogió con mofas y luego se enfureció! Yo le llevaba un chal como quizá no haya visto uno en su vida, por muy lujosamente que viviera antes. ¿Y sabes lo que hizo? Regalarlo a su doncella Katia. Nunca puedo insinuar ni la menor pregunta sobre cuándo se efectuará nuestro casamiento. ¡Imagina la situación de un prometido que no se atreve a visitar a su novia! Así que me paso el día en casa y cuando no puedo más voy a rondar lo más secretamente posible por los alrededores de la suya. Y para ello tengo que ocultarme en cualquier rincón. Una vez, después de haber permanecido así ante su puerta casi hasta la aurora, me pareció observar algo sospechoso. Ella, a su vez, me vio desde la ventana. «¿Qué harías —me dijo— si descubrieras que te engañaba?». No pude contenerme y respondí: «Bien lo sabes tú».

—¿Qué es lo que sabe?

—¿Acaso lo sé yo tampoco? —repuso Parfen Semenovich, con una risa de sarcasmo—. En Moscú procuré espiarla estrechamente, pero no pude sorprenderla con nadie. Un día le dije: «Has prometido casarte conmigo; vas a entrar en una familia honrada, y ¿sabes lo que eres ahora?» y se lo dije.

—¿Se lo dijiste?

—Sí.

—¿Y qué?

—«Pues entérate —me contestó— de que no sólo no quiero ser tu mujer, sino que no te tomaré ni como lacayo». Yo dije que no me importaba y que no me iría de allí. «Bueno —repuso—; llamaré a Keller, le hablaré y él te pondrá en la puerta». Entonces me lancé sobre ella y la molí a golpes, hasta dejarla amoratada.

—¡No es posible! —exclamó Michkin.

—Te digo la verdad —declaró Rogochin con voz dulce, mientras sus ojos relampagueaban—. Durante treinta y seis horas estuve sin comer sin beber, sin dormir, sin salir de su gabinete, arrodillado ante ella. «Aquí me moriré —dije—; no saldré de aquí hasta que me hayas perdonado. Y si das orden de que me expulsen me arrojaré al río. Porque, ¿cómo voy a vivir sin ti?». Todo aquel tiempo ella estuvo como una loca, ora llorando, ora cogiendo un cuchillo para matarme, ora colmándome de injurias. Llamó a Zahochev, a Keller, a Zemtiuchnikov, etc., y me puso en vergüenza mostrándome a ellos. «Vámonos

todos al teatro, señores, ya que él no quiere salir de aquí. ¡No será eso lo que me impida que yo salga! Voy a mandar que le sirvan el té, Parfen Semenovich. Debe usted de tener hambre, porque lleva todo el día sin comer». Volvió sola del teatro. «Ésos son unos cobardes —me dijo—. Te tienen miedo y se empeñan en asustarme. Me dicen que no te irás y que vas a acabar matándome. Pues bien, para que veas el miedo que te tengo, cuando me vaya a acostar no cerraré la puerta de mi cuarto. Míralo y entérate. ¿Has tomado té?». «No —contesté—, ni tomaré nada tampoco». «Has puesto tu amor propio en perjudicar tu propio estómago —repuso— y no creo que eso te sea muy conveniente». E hizo lo que había dicho: no cerró su puerta. Por la mañana, al salir de su dormitorio, me interpeló riendo: «Estás loco, ¿verdad? ¿Quieres dejarte morir de hambre?». «Perdóname», le rogué. «No quiero perdonarte ni casarme contigo. Lo dicho, dicho. ¿Es posible que hayas pasado la noche entera sin dormir, en ese sillón?». «No; no he dormido». «¡Qué hombre tan inteligente! ¿Y no quieres comer ni tomar el té?». «Ya te he dicho que no tomaré nada; perdóname». «¡Si supieras qué mal te sienta esa actitud! —dijo ella—. Tan mal como una silla de montar en el dorso de una vaca. Crees que vas a asustarme, pero, ¿qué me importa que te prives de alimento? Ya puedes no comer durante el tiempo que quieras. Yo me río de ello». Y se enfureció, pero al poco tiempo ya había empezado otra vez a bromear. Me extrañó verla tan poco encolerizada, porque es una mujer rencorosa y vengativa. Entonces se me ocurrió una explicación: que me despreciaba demasiado para guardarme rencor durante mucho tiempo. Y esa era la verdad. «¿Sabes —me preguntó— quién es el Papa de Roma?». «He oído hablar de él», contesté. «¿No has aprendido la Historia universal, Parfen Semenovich?». «No he aprendido nada». «Pues mira, voy a enseñarte una cosa. Habiéndose enojado justamente un Papa contra un emperador, éste, antes de obtener su perdón, hubo de pasar tres días sin comer ni beber, arrodillado y con los pies desnudos ante el palacio del Papa. Durante los tres días que aquel emperador pasó de rodillas, ¿cuáles crees que fueron sus pensamientos? ¿Qué juramentos formuló en el fondo de su alma? Pero espera —agregó Nastasia Filipovna—; voy a leértelo yo misma». Y corrió a buscar un libro. «Es poesía», me dijo. Y comenzó a leerme un monólogo en verso en el que aquel emperador, colmado de humillaciones, juraba vengarse del Papa. «¿Es posible que esto no te agrade, Parfen Semenovich?». «Lo que acabas de leer es muy justo», respondí. «¡Ah! ¿Te parece muy justo? Entonces es natural que ahora pienses: «Cuando ésa sea mi mujer le haré pagar esto caro». «No sé —dije—; puede que tal sea mi idea, en efecto». «¿No lo sabes?». «No, porque ahora no pienso en eso». «¿Y en qué piensas entonces?». «Pues mira: si te levantas de tu asiento y pasas a mi lado, te contemplo y te sigo con la vista; si oigo el rumor de tu vestido, siento desfallecer mi corazón; si sales del cuarto, recuerdo todas tus palabras y la entonación de cada una de ellas; y durante toda esta noche no he pensado en

nada y no he dejado de escuchar el ruido de tu respiración. Hasta te he sentido dar vueltas dos veces en el lecho». Ella se rio. «Y los golpes que me has asestado, ¿los olvidas? ¿No piensas en ellos?». «No sé: bien puede ser que no piense en ellos». «¿Y si no te perdono y me niego a casarme?». «Ya te he dicho que me tiraré al río». «O acaso me asesines antes», repuso ella, pensativa. Luego se enojó y se fue. Una hora más tarde la vi reaparecer, muy sombría. «Parfen Semenovich —me dijo—, voy a casarme contigo, no porque te tenga miedo, sino porque no me importa arruinar mi vida. Además, tanto vale eso como cualquier otra cosa. Siéntate; te van a traer la comida. Y quiero que sepas que cuando nos casemos te seré fiel. Estate, pues, tranquilo». Calló un instante y luego continuó: «Al fin y al cabo, no eres un lacayo como yo lo había creído hasta ahora». Entonces señaló ella misma el día de nuestra boda. Y a la semana siguiente huyó y se fue a pedir refugio a Lebediev. Cuando volví a encontrarla en San Petersburgo, me dijo: «No renuncio en absoluto a casarme contigo, pero quiero esperar cuanto se me antoje, porque yo sigo siendo dueña de mí misma. Puedes hacer lo mismo, si te parece». Tales son ahora nuestras relaciones… ¿Qué opinas de todo eso, León Nicolaievich?

—¿Qué opinas tú? —preguntó Michkin fijando los ojos en Rogochin, con tristeza.

—¿Que qué pienso yo? —exclamó Parfen Semenovich.

Pero no dijo las palabras que quería añadir. Ninguna palabra hubiese podido expresar el tormento que experimentaba.

El visitante se levantó, dispuesto a retirarse.

—Sea como fuere, no me interpondré en tu camino —dijo en voz baja.

Y aquella frase, expresada con aspecto abstraído, parecía dirigirse no tanto a Rogochin como a un pensamiento propio.

—Voy a decirte una cosa —exclamó de pronto Rogochin, con una exaltación que se evidenciaba en el fulgor de sus ojos—. Y es que no comprendo cómo me la cedes así. ¿Es que has dejado de amarla por completo? Porque antes era bien claro que sufrías. Y luego, has venido precipitadamente a San Petersburgo… ¿Qué la amabas por compasión? ¡Ja, ja!

Y una sonrisa aviesa desfiguró su rostro.

—¿Crees que te engaño? —preguntó Michkin mirándole fijamente.

—No: te creo. Pero no te comprendo. A lo que puedo juzgar, tu compasión es aún más intensa que mi amor.

La alteración de sus rasgos no permitía dudar de la ira que le agitaba.

—En tu alma se mezclan el odio y el amor —dijo el príncipe, sonriendo—.

Pero el amor pasará, y eso será lo más grave. Te predigo, amigo Parfen…

—¿Qué acabaré matándola?

El príncipe se estremeció, y dijo:

—Que la odiarás violentamente a causa del amor que experimentas ahora por ella y de todos los sufrimientos que soportas en este instante. Lo que me extraña infinitamente más que nada es que Nastasia Filipovna consienta en ser tu esposa. Cuando lo supe ayer, me costó trabajo creerlo y me produjo una impresión penosísima. Por dos veces ha rehusado ya casarse contigo, huyendo momentos antes de la bendición nupcial, sin duda en virtud de un pensamiento… ¿Qué le impulsa ahora al matrimonio? ¿Tu dinero? Es absurdo. Además, debes de haber dilapidado ya gran parte de tu fortuna. ¿El mero deseo de casarse? Pero podría elegir a otro. Cualquier otro sería mejor partido para Nastasia Filipovna, porque tú vas a terminar asesinándola y es muy probable que ella lo comprenda así perfectamente, ahora. ¿La violencia de tu amor? Es muy posible que sea eso, en efecto. He oído decir que hay mujeres a las que les agrada ser amadas así, pero…

Y el príncipe, pensativo, no concluyó la frase.

—¿Por qué has vuelto a sonreír mirando el retrato de mi padre? —preguntó Rogochin, que examinaba con viva atención los menores cambios de la fisonomía de su interlocutor.

—¿Por qué he sonreído? Porque se me acaba de ocurrir la idea de que, sin esa malhadada pasión, te habrías convertido en idéntico a tu padre, y ello en muy poco tiempo. Permanecerías enclaustrado en esta casa, solo con una mujer obediente y silenciosa; no abrirías la boca sino de cuando en cuando y para pronunciar algunas palabras severas; desconfiarías de todos y no sentirías nunca la necesidad de confiarte a nadie; vivirías sombrío y taciturno y no pensarías más que en ganar dinero… A lo sumo, cuando llegases al declinar de tu vida, te dedicarías a estudiar los viejos libros y te interesarías en el modo tradicional de santiguarse los antiguos creyentes…

—Búrlate lo que quieras. Lo cierto es que lo que me dices me lo dijo ella, palabra por palabra, últimamente, después de haber contemplado este retrato. Es prodigioso como coincidís en todo los dos…

—¿Acaso Nastasia Filipovna ha venido ya a tu casa? —preguntó Michkin con curiosidad.

—Sí. Examinó largo tiempo el retrato y me interrogó a propósito del difunto. «Así habrías sido tú —terminó diciéndome, con una sonrisa—. Tus pasiones son muy violentas, Parfen Semenovich, y te conducirían pronto a Siberia, condenado a trabajos forzados si no tuvieses inteligencia. Pero eres

muy inteligente». Así lo dijo. Era la primera vez que yo la oía hablar en esa forma. Luego agregó: «Tú renunciarás pronto a las locuras de la juventud y, como eres un hombre sin instrucción, te dedicarás a amasar dinero. Vivirás, como tu padre, en esta casa con tus skopetz; quizá al fin te conviertas tú mismo a su religión, y amarás tanto las riquezas que harás una fortuna, no de dos millones, sino de diez, sin perjuicio de morir de hambre encima de tus sacos de oro, porque eres extremado en todas las cosas». Te repito sus palabras casi textualmente. Nunca se había expresado con un lenguaje parecido. Nunca me habla, y, de hablar, se dedica a burlarse de mí. Y en esta circunstancia comenzó riendo, pero en seguida su rostro se ensombreció. Visitó toda esta casa y parecía asustada, al verla. «Yo lo cambiaré todo —dije—; transformaré completamente este edificio, o compraré otro cuando nos casemos». «No, no —respondió—; no hay por qué hacer cambio alguno. Lo conservaremos todo tal como está. Cuando sea tu mujer quiero vivir con tu madre». La presenté a ésta y Nastasia Filipovna le testimonió un verdadero respeto filial. La pobre vieja está enferma. Hace dos años que sus facultades mentales se hallan alteradas y desde la muerte de mi padre se ha vuelto como una niña. Inválida, siempre silenciosa, se limita a hacer una inclinación de cabeza a quienes la saludan. Creo que si no le diésemos de comer pasaría tres días seguidos sin reparar en ello. Cogí la mano derecha de mi madre y junté sus dedos. «Bendígala, madre —le dije—: va a casarse conmigo». Nastasia Filipovna besó la mano de la vieja. «Tu madre ha sufrido mucho, ciertamente», me dijo. Ese libro que está ahí atrajo su atención. «¡Hola! —exclamó—. ¿Has empezado a leer la historia rusa?». Poco antes me había dicho en Moscú: «Debes instruirte algo. No sabes nada. Lee, por lo menos, la Historia Rusa de Soloviev». Y ahora continuó: «Haces bien. Si quieres, yo misma te daré una lista de obras que debes leer antes que ninguna». Nunca, nunca hasta entonces me había hablado de aquel modo, y su lenguaje me maravilló. Entonces respiré por primera vez como un ser viviente.

—Me alegro mucho, Parfen Semenovich, me alegro mucho —dijo el príncipe, con sincera satisfacción—. ¿Quién sabe si Dios no hará al fin que sea posible la unión entre vosotros?

—¡Eso no sucederá jamás! —dijo Rogochin, con vehemencia.

—Escucha, Parfen Semenovich. Si la amas tanto, ¿es posible que no procures merecer su estima? Y si te lo propones, ¿es posible que no confíes en conseguirlo? Hace poco he dicho que me parecía incomprensible que ella consintiera en casarse contigo; pero, aun cuando no pueda explicarme el hecho, una cosa resulta evidente para mí, y es que su decisión debe tener una causa explicable y racional. Ella está convencida de tu amor y también, seguramente, de que posees ciertas cualidades. ¡No puede ser de otro modo! El relato que acabas de hacerme confirma mi idea. Tú mismo dices que empleó

contigo un lenguaje diferente al acostumbrado. Tú tienes celos y sospechas, acaso porque exageras lo que has encontrado de malo. Desde luego ella no te juzga tan desfavorablemente como dices. De otro modo, el casarse contigo sería, en cierto modo, ahogarse o poner el cuello bajo la cuchilla con conocimiento de causa. ¿Es posible eso? ¿Quién busca la muerte a sabiendas?

Parfen Semenovich escuchó hasta el fin las calurosas palabras de su interlocutor. Una amarga sonrisa plegaba sus labios. Su convicción parecía inquebrantable.

—¡De qué modo tan sombrío me miras! —dijo Michkin, dolorosamente impresionado.

—¡Ahogarse o poner la cabeza bajo la cuchilla! —repuso Rogochin, saliendo finalmente de su mutismo—. Pues bien, Nastasia Filipovna se casa conmigo, esperando, en efecto, morir a mis manos. Verdaderamente, príncipe, ¿es posible que no hayas adivinado lo que pasa?

—No te comprendo.

—¡Qué no comprendes! Pero, en fin, es posible… Se dice que tú… que tú no eres como todos. Ella ama a otro. ¡Esa es la cosa! Le ama tanto como yo la amo a ella. Y ese otro, ¿sabes quién es? ¡Eres tú! ¿No lo sabías?

—¿Yo?

—Sí. Su amor por ti comenzó el día de su cumpleaños. Pero ella considera imposible casarse contigo, porque eso te cubriría de vergüenza y amargaría tu vida. «A todos les consta quién soy», suele decir. Y en ese sentido, su lenguaje no ha cambiado hasta ahora. Ella misma me lo ha dicho en la misma cara, sin rodeos. Teme perderte y deshonrarte; pero respecto a mí no la detiene ningún escrúpulo de ese género. Conmigo puede casarse cualquiera… ¡Ese es el honor que me hace, fíjate en ello…!

—Pero, ¿cómo pudo ser que ella te abandonara para refugiarse conmigo y luego…?

—¿Haya vuelto a mí? Hay que tener en cuenta las fantasías que le acuden de pronto al espíritu. Ahora se halla en una especie de estado febril. Un día me gritó: «¡Me caso contigo como quien se suicida! ¡Casémonos cuanto antes!». Ella misma apresuró los preparativos, fijó la fecha de la ceremonia, y luego, al acercarse el momento, se espantó o se le llenó la cabeza de otras ideas. ¡Bien lo sabe Dios! Y tú mismo lo has visto. Unas veces llora, otras ríe, otras se agita como febril… ¿Por qué te extraña que huyera de ti? Te abandonó porque sabía lo mucho que te amaba. No se sentía capaz de resistir a su pasión. Antes has dicho que yo la busqué en Moscú, y eso es un error, porque fue ella quien, para huir de ti, se refugió a mi lado y me dijo: «Señala la fecha; estoy

preparada. Encarga champaña. ¡Y ahora vayamos con los gitanos!». Puedes tener la certeza de que, de no ser por mí, hace tiempo que se habría suicidado. Si no se tira al río, es porque yo ofrezco menos peligros que el agua. Y si se casa conmigo, será por despecho.

—Pero, ¿cómo tú, entonces…? ¿Cómo tú…? —exclamó el príncipe.

E incapaz de seguir hablando, miró, aterrorizado, a Rogochin.

Éste sonrió.

—¿Por qué no terminas la frase? ¿Quieres que te diga la idea que te acomete en este momento? Es la siguiente: «¿Cómo tú, entonces, te casas con ella? ¿Cómo consientes en ese matrimonio?». Eso es lo que piensas.

—No he venido aquí para hablar de tal cosa, Parfen Semenovich, te lo repito. No es eso lo que yo encerraba en el cerebro.

—Puede que no vinieras para eso ni lo tuvieses en el cerebro; pero ahora es, con toda seguridad, en lo único en que piensas. Vamos, ¿por qué te trastornas de ese modo? ¿Acaso lo que te he dicho ha sido una revelación nueva para ti? ¡Me dejas asombrado!

—Estás celoso, Parfen Semenovich. Lo exageras todo desmesuradamente; es una cosa morbosa —balbució el príncipe, presa de extraordinaria agitación —. ¿Qué te pasa?

—¡Deja eso! —dijo Rogochin.

Y arrancando vivamente de manos de Michkin un cuchillo que el joven había tomado de sobre la mesa, lo puso junto al libro, en el mismo lugar donde había estado antes.

—Yo dudaba si visitarte o no cuando llegué a San Petersburgo. Tenía, por decirlo así, el presentimiento… —empezó el príncipe—. No, no quería venir aquí; quería olvidar todo eso y arrancarlo de mi corazón. En fin, adiós… Pero, ¿qué tienes?

Michkin, mientras hablaba, había vuelto a coger el cuchillo con un movimiento maquinal y de nuevo Rogochin se había apresurado a arrebatárselo de las manos y ponerlo en la mesa. Aquel cuchillo no ofrecía nada de extraordinario. Tenía un mango de cuerno y su longitud alcanzaba poco más de dieciséis centímetros, con una anchura en proporción.

Viendo que la persistencia en quitar el arma de las manos de su amigo había atraído la atención de Michkin, Rogochin, excitado y nervioso, guardó el cuchillo entre dos de las páginas del libro y puso éste en otra mesa.

—Lo empleas para cortar las páginas, ¿verdad? —preguntó Michkin, que no lograba sacudirse el peso de una preocupación obsesionante.

—Sí; para cortar las páginas…

—¿Es un cuchillo de jardinero?

—Sí. ¿No se pueden cortar las páginas de un libro con un cuchillo de jardinero?

—Pero está… está nuevo del todo.

—¿Qué importa? ¿No tengo derecho a comprar un cuchillo nuevo? —replicó Rogochin, en un acceso de ira.

Su irritación crecía a cada palabra del visitante.

Éste sintió un escalofrío y miró a Rogochin con fijeza. Luego, saliendo de pronto de su abstracción, rompió a reír.

—¡Qué absurdos somos! —dijo—. Perdóname, hermano; pero cuando tengo la cabeza pesada, como ahora… Además, siento ya síntomas de mi enfermedad… En fin, padezco abstracciones extrañas. No era nada relacionado con todo esto lo que quería preguntarte, y el caso es que ya no recuerdo en qué consistía la pregunta… Adiós…

—No es por ahí —dijo Rogochin, refiriéndose a la salida.

—Se me ha olvidado el camino.

—Por aquí, por aquí… Yo te conduciré.

IV

Pasaron por las mismas habitaciones que Michkin había cruzado antes. Rogochin iba delante y el príncipe le seguía a poca distancia. Entraron en una vasta estancia de cuyos muros pendían varios cuadros, todos ellos retratos de obispos o paisajes obscurecidos en los que no era posible percibir nada. Encima de la puerta que daba acceso a la cámara contigua se veía una tela de forma extraña, ya que medía sobre dos metros de anchura y una altura no superior a un pie. Representaba el Descendimiento de la Cruz. Al verlo, Michkin pareció recordar alguna cosa, mas no quiso detenerse a examinar el lienzo a causa de la mucha prisa que tenía en salir de aquella casa. Pero Rogochin se detuvo en seco ante la pintura.

—Mi difunto padre —dijo— compró todos estos cuadros en las almonedas por precios ridículos: uno o dos rublos… Le gustaban estas cosas. Un entendido que vino a verlos dijo que todos ellos eran una basura, excepto este de encima de la puerta, que tenía valor aunque mi padre no había pagado

tampoco más de un par de rublos por él. En vida de mi padre hubo quien le ofreció por ese lienzo 350 rublos, e Ivan Dimitrich Saveliev, un mercader muy amante de la pintura, ofreció cuatrocientos. Y la semana pasada dijo a mi hermano Semen Semenovich que llegaría hasta quinientos. Pero yo me guardo el cuadro para mí.

—Es… es copia de un cuadro de Hans Holbein —dijo el príncipe, después de examinar la pintura— y, a lo que puedo juzgar, aunque no sea gran conocedor, se trata de una copia excelente. He visto el original en el extranjero y no lo olvidaré jamás. Pero ¿qué te pasa?

Rogochin, sin hacer más caso del lienzo, se había puesto en marcha repentinamente. Aunque sus extraños modales se hallasen justificados en un hombre tan distraído e irritable como lo estaba Rogochin en aquel momento, Michkin no dejó de encontrar extraño que su amigo suspendiese tan bruscamente una conversación iniciada por él.

—Hace mucho que quería preguntarte una cosa, León Nicolaievich… ¿Crees en Dios o no? —inquirió Rogochin después de dar algunos pasos.

—¡Qué pregunta tan extraña! ¡Y qué mirada tienes! —dijo Michkin sin poder contenerse.

Rogochin guardó silencia por un instante.

—Me agrada mirar ese cuadro —dijo, como si hubiese olvidado su pregunta.

—¡Ese cuadro! —repuso el príncipe—. ¡Ese cuadro! Yo creo que examinándolo puede llegarse a perder la fe.

—Así es —asintió Rogochin, con gran extrañeza de su interlocutor.

Habían llegado a la puerta de salida. Michkin se detuvo.

—¿Qué dices? —protestó—. Yo había pronunciado una frase que era casi una broma y tú la tomas en serio. ¿Por qué me has preguntado si creo en Dios?

—Por nada: mera curiosidad. Es una idea que me preocupaba hace tiempo. Ahora hay muchos incrédulos. No sé quién me ha dicho que en Rusia los ateos son más numerosos que en sitio alguno. ¿Es cierto? Tú, que has vivido en el extranjero, lo debes saber.

Rogochin mostraba en los labios una sonrisa maligna. Después de hablar abrió bruscamente la puerta y, con la mano apoyada en el pestillo, esperó a que el visitante se retirase. Michkin salió, no poco desconcertado. Rogochin le siguió al rellano de la escalera y cerró la puerta. Ambos quedaron frente a frente. Parecían haber olvidado dónde estaban ni lo que tenían que hacer.

—Adiós —dijo el príncipe, tendiendo la mano a Rogochin.

—Adiós —repuso su amigo, apretando con fuerza, pero maquinalmente, la mano que se le tendía.

Michkin bajó un peldaño y se volvió. Notábase que no quería abandonar al otro en aquella forma.

—A propósito de la fe —dijo, sonriendo—, la semana pasada he mantenido en dos días cuatro conversaciones diferentes. Una mañana, en el tren, tuve por compañero de viaje a un tal S., y conversé con él durante cuatro horas. Yo había oído hablar de él y sabía que era un ateo notorio. Se trata de un hombre instruido, un verdadero sabio, así que me alegré de poder hablar con él. Como, además, está perfectamente educado, me habló como si yo fuese igual a él en materia de inteligencia y de cultura. No cree en Dios, pero me impresionó una cosa en él, y es que cuanto dice sobre el tema resulta ajeno al tema mismo. Siempre he realizado análoga observación cuando he hablado con ateos o leído sus libros. Me ha parecido en todos los casos que sus alegatos, aun los más especiosos, no se refieren al tema en sí sino de modo muy superficial. No oculté a S. esta impresión mía, pero debí de expresarme en términos poco claros, porque no me entendió. Por la noche paré en un hotel de provincias. Allí todo el mundo hablaba de un asesinato cometido en la casa la noche anterior. Dos campesinos de edad madura, dos antiguos amigos, ninguno de los cuales estaba beodo, fueron a acostarse, después del té, en la alcoba que habían pedido para ambos. Uno de los viajeros había observado, desde hacía dos días, un reloj de plata, pendiente de una cadena de cuentas amarillas que llevaba su compañero, reloj que él no había conocido hasta entonces. Aquel hombre no era un ladrón, sino una persona honrada y, para campesino, bastante acomodado. Pero este reloj le gustó tanto, sintió tales deseos de poseerlo que, sin poder dominarse, cogió un cuchillo y cuando su amigo le volvía la espalda acercóse a él a paso de gato, alzó los ojos al cielo, se santiguó, y murmuró devotamente esta plegaria: «Señor, perdóname por los méritos de Cristo». Y tras ello degolló a su amigo de un solo golpe, como a un carnero, y le robó el reloj.

Rogochin rompió, en carcajadas. Notábase cierta cosa extraña en aquella súbita hilaridad de un hombre hasta entonces tan sombrío.

—¿Ves? Esa historia me encanta. ¡No puede haber cosa más espléndida! —dijo con voz entrecortada y casi jadeante—. El uno no cree en Dios; el otro cree hasta tal punto, que le implora antes de cometer un asesinato. ¡Nunca se me hubiese ocurrido una cosa así, hermano! ¡Ja, ja, ja! ¡Es formidable!

Cuando las risas de Rogochin se calmaron algo y sólo se percibieron en el temblar convulsivo de sus labios, Michkin prosiguió:

—A la mañana siguiente salí a pasear por la población, y encontré un soldado ebrio tambaleándose sobre las planchas de tabla de la acera. Se me

acercó y me dijo: «Cómprame esta cruz de plata, señor. Te la vendo por veinte kopecs. Es de plata». Llevaba en la mano, pendiente de un cordoncito azul, una cruz que se notaba a primera vista que era de estaño. Tenía ocho puntas y reproducía fielmente el modelo bizantino. Saqué de mi bolsillo veinte kopecs y los di al soldado. Luego me puse la cruz al cuello. En el rostro del hombre se notó la satisfacción de haber engañado a un necio aristócrata. Estoy seguro de que fue a gastarse inmediatamente en la taberna el producto de la venta. Ya entonces, hermano, yo estaba muy impresionado por cuanto veía en Rusia. Antes, yo no comprendía nuestro país: había pasado mi infancia como embebido en mí mismo. Y durante cinco años que viví en el extranjero sólo conservaba de nuestro país memorias que eran fantásticas en cierto sentido. Aquel día continué, pues, mi camino diciéndome: «Antes de condenar a ese Judas, esperaré. ¡Dios sabe lo que se encierra en el fondo del corazón de esos borrachos!». Una hora más tarde, cuando volvía al hotel, encontré una aldeana que llevaba un niño de pecho. La mujer era joven aún; el niño contaría unas seis semanas. Sonreía a su madre por primera vez desde su nacimiento. De pronto vi que la aldeana se santiguaba muy fervorosamente, mucho… «¿Por qué te persignas, madrecita?», le pregunté. (En Rusia me he pasado la vida haciendo preguntas.) Y me contestó: «Una madre se alegra tanto cuando ve la primera sonrisa de su hijo como Dios cada vez que, desde lo alto del cielo, ve a un pecador que le eleva una plegaria ferviente». Esto me lo dijo una mujer del pueblo, casi en los mismos términos que te lo repito. ¡Y es un pensamiento tan profundo, tan delicado, tan verdaderamente religioso! ¡Se encuentra en él de modo tal todo el fondo del cristianismo, es decir, la noción de Dios considerado como nuestro padre! Porque aquí se contiene la idea de que Dios se regocija a la vista del hombre como un padre a la vista del hijo, es decir, el pensamiento esencial de Cristo. ¡Y la que lo expresaba era una simple aldeana! Cierto que era madre, y hasta quizá la mujer de aquel soldado. Y ahora, Parfen Semenovich, ésta es mi contestación a tu pregunta de hace poco: el sentimiento religioso, en su esencia, no puede ser disminuido por ningún razonamiento, por ninguna falta, por ningún crimen, por ninguna credulidad, porque hay en él algo que queda y quedará eternamente fuera de todo eso, una cosa que los ateos no alcanzarán jamás y de la que no hablarán nunca cuando pretendan combatir la creencia. Y lo principal, y esto resume mi conclusión, es que en ninguna parte se nota eso como en Rusia y en el corazón de los rusos. Tal fue una de las primeras impresiones que recogí de nuestra patria. ¡Mucha tarea se nos ofrece en ese sentido, Parfen Semenovich! Mucho hay que hacer en nuestro mundo ruso, créeme… Recuerda las conversaciones que hace tiempo mantuvimos los dos en Moscú… ¡Ah! Ya sabes que yo no quería volver aquí ahora. No contaba encontrarme contigo de esta manera. ¡En fin! Adiós; hasta la vista. Queda con Dios.

Volvió la espalda y empezó a descender lentamente por la escalera.

—¡León Nicolaievich! —gritó Rogochin desde el rellano cuando su amigo estaba en el zaguán—. ¿Llevas la cruz que compraste a aquel soldado?

—Sí.

Y el príncipe se detuvo.

—Enséñamela.

¡Una extravagancia más! Después de reflexionar un instante, Michkin tomó a subir, y, sin quitarse la cruz, la mostró a Rogochin.

—Dámela —dijo Parfen Semenovich.

—¿Por qué? ¿Es que tú…?

Michkin habría preferido no separarse de la cruz.

—Yo la llevaré y te daré la mía en cambio.

—¿Quieres que las cambiemos? Sea, Parfen Semenovich. Puesto que deseas que fraternicemos, yo lo deseo también.

Y Michkin tendió su cruz de estaño a Rogochin, quien le dio la suya de oro. Rogochin continuaba silencioso. Ambos acababan de fraternizar, pero inútilmente. Michkin notaba con dolorosa extrañeza que el rostro de Rogochin expresaba desconfianza todavía y que, al menos a ratos, una sonrisa amarga, casi aviesa, seguía crispando sus labios. Al fin Parfen Semenovich tomó la mano de Michkin, sin decir palabra, pareció vacilar por unos segundos y dijo al cabo, con voz ininteligible:

—Ven conmigo.

Y le arrastró. Atravesaron el descansillo del primer piso y llamaron a una puerta situada frente a aquella por la que habían salido. No tardaron en abrirles. Una anciana encorvada, con un pañuelo negro anudado a la cabeza, se inclinó profundamente y en silencio ante Rogochin. El joven le hizo una presurosa pregunta y, sin esperar siquiera la contestación, introdujo a Michkin en el piso. Seguían varias estancias sombrías, cuya extraordinaria limpieza mostraba un no se sabía qué de glacial. Los muebles, viejos y severos, estaban cubiertos de pulcras fundas blancas. Rogochin, sin hacerse anunciar, pasó con el príncipe a una especie de saloncito dividido en dos partes por un tabique de caoba bruñida, tras el cual parecía hallarse un dormitorio. En un ángulo del salón, junto a la estufa, estaba sentada en un sillón una viejecita que no representaba excesiva edad. Su rostro, bastante redondo y muy agradable, exteriorizaba buena salud. Pero tenía los cabellos completamente blancos y se notaba a primera vista que aquella mujer había recaído en un estado análogo al de la infancia. Vestía un traje de lana negra, llevaba un amplio pañuelo negro al cuello y se tocaba con una cofia blanca muy limpia, guarnecida de cintas de

luto.

Sus pies se apoyaban en un taburete. A su lado hacía punto, en silencio, una mujer de edad avanzada, que, como la otra, vestía de negro y se tocaba con una cofia blanca. Debía de ser una especie de señora de compañía. Según parecía, ambas no cambiaban una palabra jamás. Cuando Rogochin entró con el príncipe, la primera de las mujeres sonrió, y para testimoniar la alegría que le causaba la visita, les saludó repetidas veces con inclinaciones de cabeza.

—Madre —dijo Rogochin, después de besarle la mano—, le presento a mi buen amigo el príncipe León Nicolaievich Michkin. Hemos cambiado nuestras cruces. En Moscú ha sido un verdadero hermano para mí; le debo muchos favores. Bendícele, madre, como si bendijeras a un hijo. Espera, madre. Yo te colocaré los dedos juntos.

Pero antes de que Rogochin le dispusiera debidamente la mano, la anciana la levantó, unió sus tres dedos e hizo por tres veces el signo de la cruz sobre el príncipe. Esta bendición fue acompañada de un nuevo y afectuoso saludo dirigido a Michkin.

—Ea, vámonos, León Nicolaievich —dijo Rogochin—. Sólo te había traído aquí con este objeto. Y añadió, cuando estuvieron en el rellano:

—Mi madre no comprende nada de cuanto se le dice, y no ha entendido, pues, una sola de mis palabras. Sin embargo, te ha bendecido. Quizá tuviese deseos de hacerlo… En fin, adiós: ha llegado el momento de separarnos.

Y abrió la puerta de sus habitaciones.

Michkin fijó, en Rogochin una mirada llena de amistoso reproche.

—Pero, ¡déjame al menos abrazarte antes de separarnos, hombre extravagante! —dijo tendiéndole los brazos.

Rogochin alargó también los suyos, pero casi en el acto los dejó caer. En su interior se libraba una lucha. No quería abrazar al príncipe y no osaba mirarle.

—No temas. Ahora que tengo tu cruz, no te asesinaré por un reloj —murmuró con una risa extraña.

De pronto se produjo en su rostro una transformación completa: púsose terriblemente pálido, sus labios temblaron y sus ojos despidieron llamas. Tendió los brazos, estrechó con fuerza al príncipe contra su pecho y dijo con voz ahogada:

—Que ella sea para ti, puesto que el destino lo quiere. Para ti. Yo te la cedo… Acuérdate de Rogochin…

Y volviéndose sin mirar a Michkin, entró precipitadamente en sus

habitaciones y cerró dando un portazo.

V

A la sazón ya era tarde. Faltaba poco para las dos y media, y Michkin no encontró en casa al general Epanchin. Después de dejar su tarjeta, resolvió ir a la fonda «Los Dos Platillos» y preguntar por Kolia, proponiéndose encargar que entregasen al muchacho una nota suya en caso de no hallarle. En «Los Dos Platillos» manifestaron al príncipe que Nicolás Ardalionovich había salido por la mañana. «Si por casualidad viene alguien preguntando por mi —había indicado al marchar— díganle que probablemente volveré a las tres. Si a las tres y media no estoy, será que habré ido a Pavlovsk, a comer con la generala Epanchina». El príncipe resolvió esperar y para entretener el tiempo pidió de comer.

Dieron las tres y media, y las cuatro y Kolia continuaba ausente. El príncipe salió del hotel y comenzó a caminar sin rumbo fijo. Hacía un día espléndido, como sucede con frecuencia en San Petersburgo a principios de verano. Paseó durante algún tiempo sin finalidad, maquinalmente. No conocía bien la población. A veces deteníase en una esquina, en una plaza, en un puente; incluso entró en una confitería para descansar. A ratos examinaba con viva curiosidad a los transeúntes, pero en general no reparaba en nadie, ni aun en el camino que seguía. Su espíritu inquieto, sometido a una dolorosa tensión, experimentaba a la vez una extraordinaria precisión de soledad. Lejos de intentar esfuerzo alguno para substraerse a aquel suplicio del espíritu, quería estar solo a fin de abandonarse a él pasivamente. Se negaba a resolver los problemas que surgían en su alma y su corazón. «¿Acaso todo lo que ocurre es por culpa mía?», murmuraba para sí, casi inconsciente de sus palabras.

A las seis se encontró en la estación del ferrocarril de Tzarskoie Selo. La soledad le resultaba ya insoportable y un apasionado impulso arrastraba su corazón. Tomó un billete para Pavlovsk, sintiendo extrema impaciencia por partir. Había sin duda alguna cosa que le perseguía, algo que era una realidad y no un fantaseo, como cupiera creer. Cuando iba a subir al tren, arrojó el billete y salió de la estación, turbado y pensativo. Poco después, en la calle, un recuerdo le acudió de súbito a la memoria. Repentinamente advirtió que estaba preocupado por alga de que no se había dado cuenta hasta entonces. Hacía varias horas, en «Los Dos Platillos», o acaso antes de llegar allí, se había puesto a buscar algo en torno suyo. Esto era notorio. Luego no había pensado más en ello; después lo recordó, y así sucesivamente, y tal olvido duraba largo rato, a veces hasta media hora. Y a la sazón se sorprendía al hallarse

dirigiendo en torno suyo miradas curiosas e inquietas por todas partes.

Pero cuando acaba de comprobar en sí este impulso morboso e incluso inconsciente, relampagueó en su memoria otro recuerdo que le interesaba de modo extremado: el de que cuando se había dado cuenta últimamente de estar buscando en torno suyo alguna cosa, se encontraba en una acera, mirando con atención uno de los objetos expuestos en el escaparate de una tienda. Y ahora quería comprobar la exactitud de aquel recuerdo, saber si había estado ante aquel escaparate hacía cinco minutos, o antes. ¿O bien habría soñado? ¿O se confundiría? ¿Existían en realidad la tienda y el objeto que en ella creía haber visto? El hecho era que Michkin se sentía en un estado particularmente inquieto, análogo al que solía preludiar sus ataques de epilepsia. Él sabía que en aquel período preliminar al acceso padecía extraordinarias distracciones, confundiendo a menudo personas y cosas si no les dedicaba un especial esfuerzo de atención. Había, por ende, un motivo concreto que le impelía a asegurarse de la realidad del hecho, y era que entre los artículos que se exhibían en el escaparate de la tienda figuraba uno que él había examinado de manera especial, valorándolo en unos sesenta kopecs, lo que recordaba muy bien, pese a la turbación y desorden de sus ideas. Por consiguiente, si la tienda existía y el objeto figuraba entre los expuestos a la venta, era precisamente tal objeto lo que había inducido a Michkin a detenerse. Precisábase, pues, que tuviera para él un interés muy vivo, cuando había cautivado su atención y fijádose en su memoria en el momento de salir de la estación, es decir, en un instante en que se sentía víctima de una inquietud dolorosísima.

Avanzaba mirando a su derecha con una especie de angustia mixta, de una impaciencia y un desasosiego que hacían latir con fuerza su corazón. ¡Pero allí estaba la tienda! Encontrábase a unos quinientos pasos de distancia de ella cuando se le ocurrió la idea de volver atrás. Y allí aparecía el objeto de sesenta kopecs. «Desde luego no puede valer más», se dijo el príncipe al verlo, rompiendo a reír. Pero era la suya una alegría casi histérica, que le oprimía el ánimo. Ahora recordaba con mucha claridad que al detenerse allí mismo, poco antes, habíase vuelto de pronto con la misma impresión que cuando, por la mañana, sorprendiera, fijos en él, los ojos de Rogochin. Una vez seguro de que no se había equivocado (aunque ya tenía la íntima certeza de no confundirse), se apartó del establecimiento. Todo esto exigía ser considerado sin demora; era evidente que no se había equivocado en la estación, que le había sucedido una cosa muy real y que aquel incidente se relacionaba con el motivo de su inquietud anterior. Pero una vez más un invencible sentimiento de desagrado se adueñó de su alma. Y, sin querer reflexionar en cosa alguna, dirigió sus pensamientos en otro sentido.

Pensó entonces con suma lucidez en un fenómeno que precedía, entre otros, a sus ataques epilépticos cuando se producían en estado de vigilia. En

medio del abatimiento, melancolía, oscuridad y opresión de ánimo que experimentaba el enfermo en tales ocasiones, parecía, a trechos, surgir en su cerebro un rayo de luz y dijérase que todas sus energías vitales se esforzaban de pronto, trabajando al máximo de intensidad. La sensación de vivir, la conciencia de sí mismo, casi se decuplicaban en aquellos instantes fugaces como el relámpago. Una claridad extraordinaria iluminaba su espíritu y su corazón. Todas las agitaciones se calmaban, todas las dudas y perplejidades se resolvían a la vez en una armonía suprema, en una tranquilidad serena y alegre, plenamente racional y justificada. Pero estos momentos radiantes no eran sino el preludio del instante final, tras el que sobrevenía siempre el paroxismo. Aquel instante final era inexpresable. Cuando más tarde, vuelto a la razón, el príncipe reflexionaba en lo sucedido se decía que aquellos instantes fugaces, donde se manifestaba la más alta e intensa vida, no eran debidos más que a la enfermedad, a la ruptura de las condiciones normales y, siendo así, no equivalían a una vida superior, sino a una vida inferior, del orden más mezquino. Ello, no obstante, no le impedía llegar a esta extremadamente paradójica conclusión: «¿Y qué, si esto es enfermedad? ¿Qué importa que se trate de una tensión anormal si su resultado, tal como lo considero y analizo cuando vuelvo a mi estado corriente, contiene armonía y belleza en el máximo grado, y si en ese minuto experimento una sensación inaudita, insospechada hasta entonces, de plenitud, de ritmo, de paz, de éxtasis devoto que me inmerge en la más alta síntesis de la vida?». Tan vagas expresiones parecíanle perfectamente comprensibles, aunque poco definidoras. Que allí existía, en efecto «armonía y belleza», que aquello era realmente «la más alta síntesis de la vida», era cosa de que no quería ni siquiera dudar, no admitiendo ni la menor posibilidad de duda. No tenía en aquellos momentos visiones análogas a los sueños fantásticos del haxix, el vino o el opio, que destruyen la razón y desvían el alma. De esto podía juzgar con toda lucidez cuando el ataque había cesado. Para expresar aquellos instantes con pocas palabras, podía decirse que no se caracterizaban sino por el extraordinario aumento y agudización de su propio yo íntimo, por la sensación inmediata de existir en el más amplio sentido de la palabra. Puesto que en aquel segundo, último momento consciente que precedía al ataque, el enfermo podía pensar can claridad y conocimiento de causa: «Por este instante vale la pena de dar toda una vida», era evidente que tal segundo valía toda una vida. Sin embargo, no insistía en el aspecto dialéctico del asunto, comprendiendo perfectamente que las palmarias consecuencias de aquellos «minutos supremos» eran la atonía mental, el oscurecimiento de las facultades, el idiotismo. Sobre eso no existía discusión posible. Su conclusión, es decir, el juicio que formulaba sobre aquel minuto contenía de cierto un error; pero la realidad de la sensación no dejaba de turbarle bastante. Era, sí, una realidad, mas ¿de qué le valía? En todo caso, la realidad se producía en ocasiones y durante aquel segundo el

príncipe debía confesarse que por la felicidad inmensa y plenamente sentida que comportaba, el instante valía toda una existencia. «En ese momento —decía una vez a Rogochin cuando se vieron en Moscú—, en ese momento me parece comprender la extraordinaria frase: Entonces no existirá más el tiempo». Y añadía, con una sonrisa: «Es sin duda a ese mismo maravilloso segundo al que aludía el epiléptico Mahoma cuando decía que visitaba todas las mansiones de Alá en menos tiempo del que necesitaba su odre para vaciarse de agua». En Moscú había mantenido frecuentes conversaciones con Rogochin, y no era aquél el único tema que trataban. Y ahora pensó: «Rogochin ha dicho antes que yo era un hermano para él: lo ha dicho por primera vez».

Así reflexionaba sentado en un banco, bajo un árbol, en el Jardín de Verano. Eran las siete poco más o menos. La soledad señoreaba el jardín. La temperatura bochornosa presagiaba una tormenta lejana. Una sombra nubló el Sol. La disposición meditabunda en que se hallaba Michkin tenía cierto encanto para él. Hacía que su espíritu se interesase en todos los objetos exteriores y esto le complacía… Esforzábase sin cesar en olvidar algo, muy presente y muy grave; pero a la primera mirada que dirigía en torno volvía a encontrar sin tardanza su sombrío pensamiento, el pensamiento que hubiera querido alejar de sí. Recordó que antes, mientras comía, había hablado con el camarero de la fonda acerca de un extraordinario asesinato que se comentaba mucho. Y apenas hubo recordado esto, un nuevo fenómeno se produjo en su interior.

Era un deseo violento, incontrastable; una especie de tentación contra la que su voluntad carecía de poder. Se levantó, salió del jardín y se encaminó a la Petersburgskaya. Hacía poco, cerca del Neva, había rogado a un transeúnte que le indicase por dónde debía ir hacia allá, pero no había seguido aquel camino. Sabía, además, que era inútil ir aquel día. Tenía la dirección, podía encontrar con facilidad la residencia de la parienta de Lebediev; pero estaba casi seguro de que no hallaría en casa a quien buscaba. «Seguramente se habrá ido a Pavlovsk; de lo contrario, Kolia habría dejado una nota en «Los dos Platillos», según acordamos». Así, al dirigirse allí no era con esperanza de ver a Nastasia Filipovna. Otro objeto le impelía: una curiosidad sombría y punzante. Habíale acudido a la mente una nueva idea.

Le bastaba andar y saber a dónde iba, si bien un minuto más tarde caminaba ya sin reparar en los lugares que recorría. Cualquier ulterior examen de su «repentina idea» habíase convertido de pronto para Michkin en tarea desagradable y casi imposible. Con un doloroso esfuerzo de atención examinaba cuanto se ofrecía a sus ojos: miraba el cielo, el río. Interpeló a un niño a quien encontró de camino. Acaso los síntomas epilépticos se intensificasen cada vez más. Oíanse truenos lejanos; la tormenta que

amenazaba acercábase, aunque lentamente. La atmósfera estaba muy cargada…

Así como a veces nos obsesiona la fatigosa reminiscencia de un motivo musical, del mismo modo estaba Michkin ahora obsesionado por el recuerdo del sobrino de Lebediev, a quien viera por la mañana. Por una extraña asociación de ideas, se representaba al joven con el aspecto del asesino de que le hablara Lebediev al presentárselo. Michkin había leído muy recientemente cosas relativas a aquel asesino. Desde su llegada a Rusia solía leer en los periódicos muchas cosas de aquel género y se informaba de ellas con asiduidad. La conversación con el camarero de la fonda había versado precisamente sobre el asesinato de los Jesmarin. Recordaba que el camarero compartía su propia opinión. Y recordaba igualmente al camarero: no era un necio, sino un hombre circunspecto y reposado. «Aparte eso, Dios sabe cómo será. En un país desconocido, es difícil descifrar el modo de ser de la gente». Y, sin embargo, comenzaba a tener apasionada fe en el alma rusa. Durante aquellos seis meses había hecho descubrimientos que constituían para él sorpresas inauditas. Pero el alma de los demás es un misterio, y en consecuencia, el alma rusa se le aparecía llena de tinieblas. Así por ejemplo, trataba hacía tiempo a Rogochin. Y, esto aparte, ¡qué caos, qué absurdidad, qué cosas tan desagradables a veces en todo aquello! ¡Y qué repulsivo y satisfecho de sí mismo aquel truhan del sobrino de Lebediev! Michkin reaccionó contra sus fantasías: «¿En qué pienso? ¿Acaso es el autor del crimen? ¿Acaso asesinó a esas seis personas? ¡Qué raro, me parece que me confundo! Se me va la cabeza… ¡Y qué rostro tan simpático y encantador el de la hija mayor de Lebediev, aquella que tenía un niño en brazos! ¡Qué fisonomía tan inocente, casi infantil! Es extraño que no haya recordado antes aquella cara: se me había borrado en la memoria. Pero lo positivo, lo tan seguro como que dos y dos son cuatro, es que Lebediev adora a su sobrino».

¿Por qué juzgaba tan a la ligera a aquellas gentes? ¿Podía pronunciarse así tras una sola y primera vista? Lebediev, hoy, le había mostrado un enigma. ¿Cabía esperar un alma semejante en Lebediev? ¿Conocía antes a Lebediev bajo aquel aspecto? ¡Señor! ¡Lebediev y la condesa Du Barry! ¡Qué cosas! Si Rogochin matase a alguien, su crimen al menos no sería una cosa tan monstruosa; no se vería en él tal caos, tanta insensatez. Un arma de modelo especial encargada al efecto y el asesinato de seis personas perpetrado en estado de completo delirio… ¿Tendría Rogochin algún arma encargada también con arreglo a un modelo especial? Pero, ¿tal vez era inevitable y se sabía de cierto que Rogochin fuera a cometer un asesinato? «¿No es un crimen y una villanía por mi parte pensar con esta cínica franqueza en semejante posibilidad?», díjose Michkin con un sobresalto. Y el rubor de la vergüenza sonrojó su semblante. Permaneció estupefacto, inmóvil, como clavado en el suelo. Todo le acudió a la vez a la memoria: los dos incidentes sobrevenidos

antes, el uno en la estación de Pavlovsk, el otro en aquella a que había llegado por la mañana; la pregunta que le había dirigido Rogochin sobre los «ojos»; la cruz de Rogochin que llevaba al cuello; la bendición que Rogochin pidió a su madre para él, y, en fin, aquel vehemente abrazo en la escalera, aquella suprema abnegación… Y, tras todo esto, Michkin se había sorprendido buscando no sabía qué en torno suyo, le habían preocupado una tienda, y un objeto de un escaparate… ¡Qué mezquino todo ello! Y al cabo andaba ahora con un «fin particular», con una «idea súbita». Sintiéndose colmado de desesperación y angustia, quiso regresar inmediatamente sobre sus pasos; pero un minuto después se paró, reflexionó y rehízo su camino en la dirección de antes.

Estaba ya en la Petersburgskaya y se encontraba cerca de la casa que quería buscar. Pero ahora no se aproximaba a ella con el mismo objeto que hacía poco, esto es, con un «fin particular». ¿Cómo había podido suceder así? Sí: era indiscutible que su dolencia volvía; acaso sufriese un ataque antes de que el día concluyera. Era la inminencia del ataque lo que producía aquella «idea», aquel eclipse intelectual. Ahora las tinieblas se disipaban, el demonio era expulsado, las dudas no existían, el júbilo desbordaba en su corazón. No la había visto hacía mucho: necesitaba verla. Hubiera deseado encontrar a Rogochin, tomarle del brazo y visitarla juntos. ¿Acaso Michkin era rival de Rogochin? No: su corazón se mantenía puro. Mañana iría a decir a Rogochin que la había visto; era cierto que había volado a San Petersburgo sólo para verla como decía Rogochin. Quizá la encontrase; no era seguro del todo que estuviese en Pavlovsk…

Urgía concretar con claridad las situaciones respectivas de Rogochin y suya, dejar de tener misterios el uno para el otro, prescindir de abnegaciones sombrías y apasionadas, como la de Rogochin poco antes; hacerlo todo a la luz del día, claramente… ¿No podía el alma de Rogochin soportar la luz? Rogochin afirmaba que no quería a Nastasia Filipovna como Michkin, que no sentía por ella ninguna piedad, «ninguna compasión semejante». Cierto que a continuación había añadido: «Acaso tu compasión sea más fuerte aún que mi amor». Parfen Semenovich se calumniaba, sin duda. ¡Hum! Rogochin se había entregado a la lectura: ¿tal vez no era eso «compasión» también, o, al menos, un principio de «compasión»? La mera presencia de aquel libro, ¿no demostraba que Parfen Semenovich sabía muy bien lo que él era con respecto a ella? ¿Y su relato de antes? Allí existía ciertamente algo más que un arrebato pasional. Y, en fin, ¿acaso el rostro de Nastasia Filipovna no estimulaba otros sentimientos a más del de la pasión? ¿Podía siquiera inspirar pasión ahora? Aquella fisonomía provocaba una impresión de sufrimiento, prendía el alma en su encanto, hacía que… Y un recuerdo doloroso, punzante, traspasó de súbito el corazón del príncipe.

Sí: punzante. Recordó cómo había sufrido cuando, últimamente, creyó ver en ella síntomas de locura. Entonces se sintió casi desesperado. ¿Cómo le había permitido marchar el día que ella le abandonó para refugiarse al lado de Rogochin? Debiera haber corrido en persona tras ella, en vez de esperar que se le diesen noticias de la fugitiva. Pero, ¿era posible que Rogochin no hubiese notado que la joven estaba loca? Rogochin explicaba todo por otras causas, por una supuesta pasión… Y luego, aquellos celos insensatos… ¿Qué significaba el proyecto del que había hablado antes? ¿Qué había querido decir? Michkin enrojeció súbitamente y un temblor agitó su corazón.

Después de todo, ¿de qué servía pensar en todo aquello? La demencia existía por ambas partes. Un amor apasionado del príncipe hacia aquella mujer resultaba casi inconcebible, sería algo lindero con lo inhumano, con lo bárbaro. Sí, sí… Rogochin se calumniaba: tenía en realidad un gran corazón, capaz de sufrir y de compadecer. Cuando supiese toda la verdad, cuando comprendiera lo digna de lástima que era aquella mujer destrozada, demente, ¿no le perdonaría todo el pasado, todo lo que ella le había hecho sufrir? ¿No se convertiría en su servidor y hermano, en su amigo y su providencia? Y esa compasión sería para Rogochin la escuela que le permitiera formarse. La compasión es la principal y acaso la única ley de la existencia humana. ¡Qué imperdonable culpa había cometido con Rogochin, qué vilmente injusto había sido con él! Michkin se repetía que no era el alma rusa la que estaba «llena de tinieblas», sino que era la suya la tenebrosa, puesto que pudo imaginar tal abominación. Por unas simples palabras afectuosas y cordiales dichas en Moscú, Rogochin le llamaba su hermano y, en cambio, él… Pero todo era efecto de la enfermedad, de un delirio, y todo iba a disiparse. ¡Con qué sombrío abatimiento dijo Rogochin que estaba perdiendo la fe! Aquel hombre debía de sufrir cruelmente. Confesaba que le placía contemplar el cuadro de Holbein, y aunque no lo miraba de buen grado, sentía, de todos modos, la precisión de mirarlo. Rogochin no era solamente un alma apasionada, sino un luchador que quería recuperar a viva fuerza la fe perdida, aquella fe cuya falta le producía un tormento insufrible. ¡Oh, creer en algo, creer en alguien! ¡Y qué extraordinario aquel cuadro de Holbein! ¡Ah, la calle! Y el número 16: «casa de la viuda del secretario del colegio Filisov». Allí debía de ser.

El príncipe llamó y preguntó por Nastasia Filipovna.

La dueña de la casa contestóle personalmente que Nastasia Filipovna había salido por la mañana para dirigirse a Pavlovsk, donde pensaba pasar algunos días con Daría Alexievna. La señora Filisova era una mujercita menuda, de unos cuarenta años, de ojos penetrantes y rostro agudo, de tímida y escudriñadora expresión. Preguntó el nombre del visitante, con cierta intencionado aire de misterio. Al principio Michkin no quiso darlo, pero luego rectificó, insistiendo vivamente en que se mencionase su visita a Nastasia

Filipovna. Aquella insistencia atrajo la atención de la señora Filisova, quien exteriorizó en su semblante una idea que parecía querer manifestar: «No se preocupe; le comprendo bien». Era evidente que el nombre del príncipe le había causado una viva impresión. El visitante la contempló, distraído, por un momento, y luego regresó al hotel. Pero cuando salió de casa de la Filisova no era el mismo que había llamado a la puerta. Se había operado en él un cambio extraordinario e instantáneo. Otra vez andaba lento, pálido, débil, agitado, pleno de congoja. Sus rodillas temblaban y una vaga sonrisa contraía sus labios lívidos. Su «idea súbita» se había confirmado y justificado de repente. Michkin volvía a creer en su demonio.

Aunque, ¿por qué, después de todo, estaba confirmada y justificada? ¿De qué provenían aquel temblor, aquel sudor frío y aquella glacial oscuridad de su alma? ¿De que poco antes había vuelto a ver aquellos «ojos»? ¡Pero si había salido del Jardín de Verano exclusivamente para verlos! Ésa había sido su «idea súbita». Sí: estaba absolutamente seguro de que allí, cerca de esta casa, encontraría los «ojos de antes». Ése era el deseo febril que le había llevado a realizar aquella marcha, y, puesto que esperaba ver los ojos, ¿por qué su presencia le había trastornado hasta ese punto? Sí: ahora no cabía dudar de que eran los mismos que por la mañana, entre la multitud, le habían dirigido una mirada llameante en el momento en que se apeaba del tren en Moscú, los mismos, sin duda los mismos que, horas más tarde, en casa de Rogochin, sorprendiera fijos en él a espaldas suyas. Cierto que Rogochin había negado, preguntando a la vez que crispaba el rostro en una forzada sonrisa: «¿A quién pertenecían esos ojos?». Y hacía poco, en la estación de Tzarskoie Selo, cuando Michkin estaba a punto de subir al tren y dirigirse en busca de Aglaya, había vuelto a ver de repente aquellos ojos, por tercera vez en el curso del día, y entonces había sentido vivos deseos de acercarse a Rogochin y decirle a quién pertenecían los ojos en realidad. Pero había huido, confuso y turbado, de la estación, sin lograr recobrar el ánimo hasta delante del escaparate de una cuchillería, donde había valorado mentalmente en sesenta kopecs el coste de un cuchillo con mango de cuerno de ciervo. Un demonio extraño, espantable, se había asido a él definitivamente y no abandonaba su ánimo. Mientras el príncipe meditaba, sentado a la sombra de un tilo en el Jardín de Verano, aquel demonio, le había insinuado, muy quedo: «Puesto que Rogochin se obstina en seguirte desde la mañana, espiando cada uno de tus pasos, es seguro que, al ver que no tomas el tren de Pavlovsk (lo que habrá sido un golpe terrible para él) no dejará de dirigirse allí, a esa casa de la Petersburgskaya, y vigilará si llegas tú, tú que esta mañana misma le has dado palabra de honor de no ver más a Nastasia Filipovna, y le has dicho que no habías venido a San Petersburgo por eso». Luego Michkin se había dirigido a casa de la Filisova. ¿Qué de extraño, pues, que hubiese encontrado allí a Rogochin? No había visto sino a un hombre desgraciado, muy sombrío, sí, pero cuyo estado de

ánimo era fácil de comprender. Además, aquel desgraciado no se ocultaba ya. Cierto que antes había mentido, pero en la estación de Tzarskoie Selo apenas se había preocupado de ocultar su presencia. Si alguno de los dos trató de esquivarse, fue más bien Michkin que Rogochin. Y ahora, junto a la casa, el último permanecía cerca de ésta, en pie en la acera de enfrente, con los brazos cruzados. Era imposible no verle y parecía haberse colocado adrede así. Estaba allí como un acusador, como un juez, y no como…

¿Y no como qué? ¿Por qué causa, cuando Michkin le miró, se apartó como si no le viese, aunque los ojos de los dos se habían encontrado? Porque se habían encontrado, e incluso cambiado una mirada. ¿No se proponía Michkin muy poco antes coger el brazo a Rogochin y subir a visitar, juntos, a Nastasia Filipovna? ¿No se proponía ir al día siguiente a decir a su amigo que había estado en casa de ella? ¿Quizá a mitad de camino de su objetivo no había logrado triunfar de su demonio y sentido una repentina alegría que inundaba de gozo su alma? ¿O había realmente en el conjunto de los actos verificados aquel día por Rogochin, en el total de sus palabras, miradas y movimientos, algo que justificase los horribles presentimientos de Michkin y las odiosas insinuaciones de su demonio? ¿Existía en todo ello ese no se sabe qué que salta a la vista, pero que es difícil de analizar y expresar: esa sensación de la que no cabe hacerse idea exacta y que, sin embargo, impresiona hasta el punto de determinar la convicción?

Pero ¿qué convicción? ¡Cuánto hacía sufrir al príncipe la monstruosidad de aquella convicción y qué reproches se dirigía a sí mismo al experimentarla! Se repetía sin cesar: «Ea, di, si te atreves, en qué consiste esa certeza que sientes, formula todo tu pensamiento, ten el valor de expresarte netamente y con claridad, sin rodeos». Y sonrojado por la vergüenza, airado contra sí mismo, continuaba: «¿Cómo podré desde ahora mirar a la cara de ese hombre? ¡Oh, qué día, Dios mío! ¡Qué pesadilla!».

Así se lamentaba Michkin mientras volvía de la Petersburgskaya. Al llegar al término de aquel largo y penoso camino, experimentó de pronto un imperioso deseo: el de ir sin dilación a casa de Rogochin, esperar su vuelta, abrazarle cuando entrase, decírselo todo, entre turbadas lágrimas, terminar aquello… Pero ya estaba al lado del hotel… ¡Cuánto le habían desagradado aquel hotel, sus pasillos, su alcoba, toda la casa! Ya a la primera ojeada sintió antipatía por el conjunto y varias veces, durante el día, hubo de pensar con contrariedad en la necesidad de volver allí por la noche. «¡Vamos, vamos! —dijo para sí—. Parezco hoy una mujer nerviosa. Creo en toda clase de presentimientos» Mientras se burlaba de sí mismo en esta forma, se detuvo a la puerta del hotel.

Entre los hechos del día figuraba uno que se había grabado en su espíritu más que todos los otros, aunque ahora ya lo mirase a sangre fría, en la plenitud

de su buen sentido y no bajo el influjo de un sueño desvariado. Acababa de recordar de pronto el cuchillo que viera por la mañana en la mesa de Rogochin. «Mas, ¿por qué no ha de poder Rogochin tener en su mesa todos los cuchillos que le plazca?», se dijo el príncipe, muy maravillado de sus sospechas. Igual impresión experimentó al pensar en cuando se había detenido ante el escaparate de la cuchillería. «¿Qué relación puede haber…?», comenzó a razonar mentalmente. Pero no concluyó el pensamiento. Sofocado de vergüenza, sintiéndose al borde de la desesperación, permaneció inmóvil en el lugar en donde se hallaba, junto a la puerta. Esto sucede a veces a los seres humanos: un recuerdo insoportable —sobre todo si es humillante— paraliza, cuando despierta, la actividad física de los individuos. «Soy un hombre sin corazón y un cobarde», se dijo, irritado.

Hizo un movimiento para entrar, pero tornó a detenerse. En el amplio zaguán, nunca muy claro, reinaba ahora una oscuridad profunda. En el preciso momento en que Michkin llegaba al hotel, la nube de tormenta que cubría el cielo se había resuelto en una lluvia torrencial. Cuando el joven, tras aquel minuto de inmovilidad, quiso abandonar el sitio en que se había parado, vio de pronto, en la penumbra, la figura de un hombre que se hallaba en el portal, junto al arranque de la escalera. Aquel hombre, que parecía esperar alguna cosa, desapareció inmediatamente. El príncipe no tuvo tiempo de examinarle y no hubiera podido decir con seguridad quién era. Además, en un hotel hay siempre un vaivén continuo de gentes que entran y salen. Y, con todo, quedó persuadido, de que aquel hombre era Rogochin. Al cabo de un momento, Michkin, con el corazón desfalleciente, se precipitó tras él escalera arriba: «Todo va a aclararse ahora», pensaba.

El tramo de escalones que subía a buen paso conducía a los corredores de los pisos primero y segundo, a lo largo de los cuales se alineaban las habitaciones del hotel. Como en todas las casas viejas, la escalera, angosta y oscura, era de piedra y giraba en torno a una gruesa columna, de piedra también. Al nivel del primer piso, aquella columna presentaba un entrante, especie de nicho de medio metro escaso de anchura y de una profundidad que podía alcanzar hasta un cuarto de metro. Allí podía introducirse fácilmente un hombre. A pesar de la oscuridad, el príncipe, al llegar al rellano, notó una sombra en el nicho. Se propuso pasar a su lado sin mirar a la derecha, pero, después de dar un paso, no supo contenerse y volvió la cabeza.

Su mirada captó en el acto los mismos ojos de antes. El hombre oculto adelantó un paso fuera del nicho. Por un segundo ambos permanecieron frente a frente, tan próximos que casi se tocaban. De improviso Michkin asió a Rogochin por los hombros y le empujó hacia la escalera, para examinar mejor sus facciones.

En los ojos de Rogochin se encendió una luz siniestra, mientras una rabia

contenida se exteriorizaba en su rostro desfigurado por una espantosa sonrisa. Su mano derecha se alzó blandiendo un objeto que brillaba en la oscuridad. Michkin no pensó siquiera en detener la mano que le acometía. Más tarde sólo creyó recordar haber exclamado:

—Nunca hubiese podido creer esto en ti, Parfen Semenovich.

Luego le pareció ver abrirse ante él una perspectiva indefinible y una intensa luz interior alumbró su alma.

Aquello no duró acaso ni medio segundo, pero, sin embargo, Michkin conservó después la memoria, muy nítida, del comienzo del ataque, de los primeros gritos que se escaparon, espontáneos, de su boca, y que todos sus esfuerzos mentales no lograron reprimir. Y en seguida la conciencia de sí mismo se desvaneció, sucediéndola una completa tiniebla.

Era un acceso epiléptico, el primero que sufría desde hacía mucho. Sabido es lo súbitamente que se producen los ataques de esa enfermedad. En un abrir y cerrar de ojos el rostro se descompone de un modo horrible, y la alteración de la mirada resulta espantosa. Las convulsiones que agitan el cuerpo del enfermo crispan todos los músculos de su cara. De su pecho brotan gritos terribles, inimaginables, sin comparación con cosa alguna, gritos que no parecen humanos. Al oírlos parece increíble que los profiera el paciente, más bien se creería que hay en su interior otro ser que es el verdadero vociferante. Tal es, al menos, la impresión que han descrito numerosas personas testigos de crisis epilépticas. En resumen, hay mucha gente que siente un terror indecible, insoportable, casi supersticioso, ante un atacado de epilepsia.

Fue sin duda aquella impresión de espanto, unida a la otra sensación del momento, la que detuvo en seco el brazo de Rogochin, ya alzado sobre el príncipe, este se desplomó de espaldas y rodó a lo largo de la escalera, golpeándose la nuca al caer contra los peldaños pétreos. Rogochin, sin comprender todavía lo que acababa de ocurrir, bajó los escalones de cuatro en cuatro y, una vez abajo, pasando al lado de la postrada figura, salió del hotel como loco, inconsciente de lo que hacía.

El cuerpo del enfermo, agitado por violentas convulsiones, había rodado hasta el pie de la escalera, que contaba desde el primer piso unos quince peldaños. Cinco minutos después, viendo al príncipe en el suelo, se formó un grupo en torno a él. Como la cabeza estaba herida y sangraba copiosamente, se dudó al principio de si se trataba de un accidente o de un crimen. Pero algunos adivinaron en breve que se hallaban ante un caso de epilepsia, y una de las personas de la casa reconoció al herido como a un viajero llegado por la mañana al hotel.

Al fin, una circunstancia afortunada hizo que se aclarara todo lo ocurrido.

Kolia, que prometiera estar en «Los Dos Platillos» a las tres, en vez de hacerlo así se había dirigido a Pavlovsk, pero no aceptó la invitación de la generala Epanchina para que se quedase a comer y de vuelta a San Petersburgo se apresuró a ir a «Los Dos Platillos», donde llegó hacia las siete de la tarde. Averiguando por la nota del príncipe que éste había llegado a la ciudad, se apresuró a encaminarse a la dirección que le daba. Cuando le dijeron que Michkin había salido, Kolia bajó al salón de la fonda y esperó la vuelta de su amigo tomando té y oyendo tocar el órgano. En esto, oyendo hablar casualmente de un accidente sufrido por un viajero, se dirigió al vestíbulo movido por un presentimiento, y reconoció a Michkin. En el acto se adoptaron las medidas necesarias, empezando por la de transportar al herido a su habitación. Michkin volvió pronto de su desmayo, pero transcurrió bastante tiempo antes de que recobrase el conocimiento del todo. El médico llamado para examinar las heridas de la cabeza declaró que eran meras contusiones leves. Una hora después, Michkin comenzó a darse cuenta bastante clara de lo sucedido. Kolia le hizo subir a un coche y le condujo a casa de Lebediev. El funcionario recibió a Michkin con muchas reverencias y manifestaciones de afecto. En atención a él activó los preparativos de marcha, y, dos días más tarde, Michkin y todos los Lebediev se fueron a Pavlovsk.

VI

La casa que Lebediev ocupaba en Pavlovsk no era muy grande, pero sí linda y cómoda. La parte destinada a alquiler había sido recientemente decorada. En la terraza, bastante amplia, que se extendía ante el edificio, había varios naranjos, limoneros y jazmines plantados en grandes macetas de madera verde, que, en opinión de Lebediev, daban al lugar un aspecto fascinador. Algunas de las macetas estaban ya en la terraza cuando él adquirió la casa y, encantado del efecto que producían, se apresuró a comprar otras del mismo estilo para unirlas a las primeras. Una vez colocadas todas en su debido lugar, Lebediev salió repetidamente a la calle para apreciar la vista que ofrecían, y a cada salida resolvía para sí aumentar la suma que pensaba pedir al futuro inquilino.

Michkin, que se sentía extenuado física y moralmente, quedó muy satisfecho de la casita. La mañana del día de la marcha a Pavlovsk había recuperado ya su aspecto de salud, aunque en su interior se hallaba bastante deprimido. Cuantos rostros le rodeaban desde hacía tres días le causaban una impresión agradable. Placíale ver, no sólo a Kolia, su compañero inseparable, sino a toda la familia de Lebediev, salvo el sobrino —que había desaparecido de la casa— y al propio Lebediev. Y también le satisfizo recibir, antes de su

marcha de San Petersburgo, la visita del general Ivolguin. En la tarde de la llegada a Pavlovsk varias personas se reunieron en la terraza de la casita para ver al príncipe. Gania fue el primero en acudir. Tan cambiado y enflaquecido estaba el joven, que a Michkin le costó trabajo reconocerle. Luego aparecieron Varia y Ptitzin, quienes veraneaban en la población. En cuanto al general Ivolguin, no se separaba casi nunca de Lebediev y se había trasladado definitivamente a Pavlovsk, a lo que parecía. Lebediev se esforzaba en mantenerle separado de Michkin, procurando estar con él lo más que le era dable. El funcionario hablaba al general como un íntimo amigo; dijérase que su mutuo conocimiento databa de mucho tiempo atrás. El príncipe observó en aquellos tres días que Ivolguin y Lebediev solían conversar mucho. Oíaseles gritar y discutir. Incluso trataban en ocasiones de asuntos científicos, lo que complacía sobre manera a Lebediev. Éste parecía no poder pasarse sin el general. Lebediev luchaba, no sólo para tener al general apartado del príncipe, sino para apartar también a su propia familia. So pretexto de que Michkin necesitaba reposo, había establecido en torno, suyo un auténtico cordón sanitario. En vano protestaba Michkin contra aquel exceso de precauciones. Lebediev golpeaba el suelo con el pie, increpaba a sus hijas y hacía alejarse a todas, sin exceptuar a Vera, tan pronto como insinuaba el menor movimiento para acercarse a la terraza donde estaba Michkin.

—En primer lugar, no le tendrían respeto si se les dejase libertad, y además el hacerlo sería también inconveniente para ellas —concluyó declarando en respuesta a una pregunta franca de Michkin.

—¿Por qué? —replicó el último—. Esta vigilancia de usted me fatiga… Ya le he dicho varias veces que me aburro de estar solo. Y me disgusta verle agitando siempre las manos y andando constantemente de puntillas en torno mío.

El caso era que Lebediev, tan preocupado de proteger contra todos los demás la tranquilidad del príncipe, no cesaba por su parte de acercarse a él. Generalmente comenzaba por entreabrir la puerta, introducía la cabeza por la rendija y examinaba la habitación como para cerciorarse de que el príncipe no había huido de allí. Luego, andando sobre las puntas de los pies, Lebediev se aproximaba, sigiloso, al sillón de su inquilino, produciéndole a veces verdaderos sobresaltos. Preguntábale, solícito, si necesitaba algo, y cuando Michkin, cansado, le pedía que le dejase en paz, el funcionario obedecía en silencio, giraba sobre sus talones y mientras se dirigía a paso de gato hacia la puerta, ejecutaba ademanes como si indicara que su visita no tenía causa importante, que no hablaría más ni tornaría en largo tiempo. Lo cual no le impedía volver a los diez o quince minutos. Kolia poseía libre acceso a todas horas a la habitación de Michkin, y ello desesperaba a Lebediev, excitándole hasta la ira. Cuando los dos amigos hablaban, el funcionario pasaba a veces

hasta media hora junto a la puerta, escuchándoles. Kolia lo observó y, como era natural, lo participó al príncipe.

—¿Se considera usted mi tutor para guardarme bajo llave y cerrojo? —preguntó entonces Michkin a Lebediev—. En todo caso, deseo vivir aquí de otra manera. Le advierto que me propongo moverme cuanto se me antoje y recibir a quien me plazca.

—Sin duda, sin duda —repuso Lebediev, agitando vivamente los brazos.

El príncipe le miró de pies a cabeza.

—¿Ha traído usted aquel estante pequeño que tenía a la cabecera en su casa de la capital, Lukian Timofeievich?

—No; lo he dejado allí.

—¡Parece mentira!

—No se puede quitar. Habría que hacer una brecha en la pared.

—Pero, ¿no tiene aquí otra cosa parecida?

—La tengo mejor, mucho mejor. Por ello me decidí a adquirir esta casa.

—¡Ah! Y, dígame: ¿quién era el visitante que me buscaba hace una hora y a quien usted negó la entrada?

—Era… el general. Es cierto que no le he dejado pasar. No necesitaba verle para nada práctico. Yo, príncipe, estimo mucho al general… Es un… un gran hombre, ¿no le parece? Sí, sí, pero… sin embargo… En fin, vale más que no le reciba usted, príncipe.

—Permítame que le pregunte el motivo. Y además, ¿por qué se acerca constantemente a mí andando de puntillas, con aire de misterio, como si quisiera decirme algún secreto al oído?

—Soy un ser abyecto, lo reconozco. ¡Abyecto! —dijo insólitamente Lebediev, golpeándose el pecho, con mucha aflicción—. Pero, ¿no le parece, príncipe, que el general sería demasiado… hospitalario para usted?

—¿Hospitalario?

—Sí. En primer lugar, quiso vivir en mi casa. Pase. Pero luego ha tratado de introducirse en la familia. Hemos considerado ya varias veces nuestros parentescos respectivos y ha resultado en limpio que somos parientes en virtud de lejanos enlaces matrimoniales. Parece que también es usted primo segundo suyo, por parte de madre, de modo que, si es usted su primo, ilustre príncipe, de ello se desprende que usted y yo somos parientes. Pasemos por esto, que es, al fin y al cabo, una pequeña debilidad. Pero figúrese que hace poco el general me aseguraba que, desde su nombramiento de alférez hasta el 11 de junio del

año último, sentaba todos los días a su mesa doscientos convidados por lo menos. Finalmente me ha dicho que de esa mesa nunca se levantaba nadie en todo el día, sino que allí se dormía, se cenaba y se tomaba el té durante quince horas consecutivas, lo que persistió treinta años seguidos sin la menor interrupción, de tal modo que apenas quedaba tiempo sino de cambiar los manteles. Cuando se iba un invitado le reemplazaba otro inmediatamente. Los días de fiesta el general tenía a su mesa trescientos invitados y, cuando se celebró el milenario de la fundación del Imperio ruso, llegaron a setecientos. Cuando se oyen cosas así, se comprende que eso es una manía suya, y una manía de muy mal agüero. Tener en casa personas tan hospitalarias no es conveniente, y de aquí que yo me preguntase si el general no sería demasiado hospitalario para usted y para mí.

—¡Pero si, según creo, mantiene usted con él excelentes relaciones!

—Relaciones fraternales, cierto. Pero las tomo a beneficio de inventario. No me importa que él y yo seamos parientes políticos; incluso ello constituye un honor para mí. Y yo, a pesar de las doscientas personas y el milenario del Imperio ruso, considero al general como un hombre muy notable. Hablo con sinceridad. Hace poco, príncipe, me decía usted que yo me acercaba a usted con aire de querer contarle un secreto… Pues bien, tengo uno, en efecto, que comunicarle. Cierta persona me ha hecho saber que desearía mantener con usted una entrevista a solas.

—¿Por qué a solas? De ningún modo. Iré yo a su casa quizá hoy mismo.

—Nada de eso, nada de eso —contestó Lebediev agitando las manos—. Si ella tiene miedo no es a lo que usted cree. A propósito: ¿sabe usted que aquel monstruo viene a informarse diariamente de su salud, príncipe?

—Siempre le llama usted monstruo, y eso me resulta sospechoso.

—No debe usted tener sospecha alguna —repuso prontamente Lebediev—. Sólo quería decirle que la persona que usted sabe no tiene miedo alguno a ese hombre, sino que su temor es muy distinto, muy distinto…

—Pero, ¿qué teme entonces? ¡Dígalo de una vez! —exclamó el príncipe, con impaciencia, viendo los misteriosos ademanes de su interlocutor.

—En eso precisamente consiste el secreto. Y Lebediev sonrió.

—¿Qué secreto?

—El de usted. Usted me ha prohibido, ilustre príncipe, hablar antes de… —y, satisfecho de haber excitado sumamente la curiosidad de Michkin, acabó con decisión—: resumen, tiene miedo de Aglaya Ivanovna.

El príncipe arrugó el entrecejo y calló durante unos instantes.

—Veo, Lebediev —dijo, al cabo—, que habré de concluir por irme de su casa. Y ¿dónde están Gabriel Ardalionovich y los Ptitzin? ¿Les ha prohibido entrar también?

—Ahora vienen, ahora… Incluso dejaré pasar al general. Abriré todas las puertas y haré entrar a todas mis hijas, a todas… En seguida, en seguida… —dijo Lebediev, asustado, en voz baja.

Y corrió de una puerta a otra, con agitados ademanes.

En aquel momento apareció Kolia en la terraza. Venía de la calle, trayendo la noticia de que Lisaveta Prokofievna y sus tres hijas le seguían.

Lebediev, impresionado por esta novedad, se acercó vivamente a Michkin.

—¿Hago pasar a Gabriel Ardalionovich y a los Ptitzin? ¿Hago pasar al general?

—¿Por qué no? ¡Qué pasen cuantos quieran verme! Le aseguro, Lebediev, que padece usted un error continuo. Desde el primer momento ha interpretado mal mi posición. No tengo el menor motivo para ocultarme de nadie —aseguró Michkin jovialmente.

Viéndole reír, Lebediev creyó oportuno hacerle coro. El funcionario, aunque seguía mostrándose muy agitado, experimentaba una visible satisfacción.

Kolia no mentía. Las Epanchinas se presentaron a los pocos instantes. Mientras se acercaban a la terraza, aparecieron otros visitantes, que ya estaban en la casa, pero habían sido retenidos hasta entonces en las habitaciones de Lebediev. Eran los Ptitzin, Gania y Ardalión Alejandrovich.

Las Epanchinas acababan de saber por Kolia la enfermedad del príncipe y su viaje a Pavlovsk. Hasta entonces la generala había permanecido en un estado de penosa incertidumbre. La antevíspera, Ivan Fedorovich comunicó a su familia que el príncipe le había dejado tarjeta. Al saberlo, Lisaveta Prokofievna se persuadió firmemente de que Michkin iría a visitarlas a Pavlovsk sin demora. Las jóvenes se apresuraron a objetar que no había por qué concebir interés semejante en un hombre que no escribía hacía seis meses, y que acaso sólo hubiese ido a San Petersburgo por asuntos propios, pero tales observaciones sólo sirvieron para irritar a su madre, quien afirmaba que el príncipe se presentaría al día siguiente «a más tardar». Y al día siguiente esperó por la mañana, durante la comida y hasta por la tarde, y cuando la noche llegó, Lisaveta Prokofievna, encolerizada, comenzó a querellarse con toda la casa, sin insinuar, naturalmente, una sola palabra sobre el verdadero motivo de su mal humor. Durante el día inmediato guardó idéntico silencio acerca de Michkin. En el curso de la comida una palabra imprudente de

Aglaya motivó un minúsculo incidente.

—Mamá está incomodada porque el príncipe no viene —había dicho de pronto la joven.

Y, contestando el general que no era suya la culpa, Lisaveta Prokofievna se puso en pie y salió del comedor, furiosa.

Por la tarde llegó Kolia contando lo sucedido al príncipe. La generala triunfaba; pero, con todo, Kolia recibió una fuerte recriminación:

—Este chico pasa aquí días enteros, no podemos nunca vernos libres de él y cuando hace falta que venga, no viene. Si no quería molestarse, bien podía habernos enviado aviso.

Kolia se hubiese indignado de buena gana al oír que «no podían verse nunca libres de él», pero resolvió aplazar su enojo para mejor ocasión. Y, de no ser tan ofensiva la frase, incluso le hubiera agradado, a causa de lo mucho que le placía ver la agitación e inquietud que causaba en la generala la enfermedad de Michkin. Lisaveta Prokofievna insistió enérgicamente en la necesidad de enviar un propio a San Petersburgo, para hacer acudir una celebridad médica de primera fila. Sus hijas la disuadieron de tal propósito, pero, sin embargo, resolvieron acompañar a su madre cuando ésta manifestó su intención de visitar al paciente.

—Está en su lecho de muerte —dijo Lisaveta Prokofievna, muy excitada—. ¿Vamos, pues, a andarnos ahora con cumplidos? ¿Acaso no es un amigo de la familia?

—Pero antes quizá conviniera explorar el terreno —sugirió Aglaya.

—No hay por qué. Además, tú puedes quedarte aquí. Precisamente es fácil que venga Eugenio Pavlovich y no habrá nadie para recibirle…

Como es natural, Aglaya, oyendo estas palabras, se apresuró a unirse a su madre y hermanas, como había deseado desde el primer momento. El príncipe Ch., que había acudido a visitar a Adelaida, consintió en acompañar a las señoras. A partir del primer día en su trato con las Epanchinas había oído hablar de Michkin y lo que se decía de éste le había interesado mucho. Resultó que él mismo le conocía, porque tres meses antes se habían encontrado en una pequeña ciudad de provincias y pasado quince días juntos. Ch. contó a las mujeres diversos detalles sobre el príncipe y en general habló de él en los términos más favorables. Aceptó, pues, con sincera satisfacción, la propuesta de hacerle una visita. Ivan Federovich no estaba en Pavlovsk y Eugenio Pavlovich no había llegado aún.

Entre la casa de las Epanchinas y la de Lebediev no mediaban más de trescientos pasos. Al entrar en la última, Lisaveta Prokofievna experimentó

como primera contrariedad la de hallar a Michkin en numerosa compañía, a dos o tres miembros de la cual aborrecía de todo corazón. Luego, en vez de encontrar un moribundo, como esperaba, sorprendióse no poco cuando vio acercarse a ella un joven sonriente, elegante y, a lo que cabía juzgar a primera vista, muy sano. La generala quedó atónita, con viva satisfacción de Kolia. Cierto que éste hubiera podido desengañarla de antemano, pero el malicioso escolar dejó de hacerlo previendo la cómica indignación que causaría a la Epanchina ver a Michkin en tan buen estado de salud. Kolia extremó su indelicadeza hasta jactarse públicamente de su éxito, a fin de concluir de indignar a la generala, con quien, pese a su buena y mutua amistad, se hallaba en constante disputa.

—¡Espera, espera un poco, buen mozo! ¡No eches a perder tu triunfo tan pronto! —le gritó, acomodándose en el sillón que le ofrecía el príncipe.

Lebediev, Ptitzin y Ardalion Alejandrovich se apresuraron a ofrecer asientos a las muchachas. Lebediev acercó otro al príncipe Ch., inclinándose profundamente al hacerlo. Varia, como de costumbre, cambió en voz baja afectuosos saludos con sus tres amigas.

—Verdaderamente, príncipe, creía encontrarte en cama, dado lo muy aumentadas que el temor me hacía ver las cosas. No quiero ocultarte que, en el primer momento, tu buen aspecto casi me ha enfurecido; pero ha sido cosa de un momento, es decir, hasta que tuve tiempo de reflexionar. Cuando reflexiono, siempre hablo y obro muy inteligentemente. Creo que a ti te pasa lo mismo. La verdad es que si yo tuviese un hijo enfermo y lo viera curado, no sentiría más placer que el que siento viéndote curado a ti. Si no lo crees, allá tú. Pero ese travieso muchacho se pasa la vida gastándome bromas de mal gusto. Parece que es tu protégé; mas te advierto que el día menos pensado voy a prescindir del honor y el placer de seguir cultivando más tiempo su amistad.

—¿En qué he faltado yo? —exclamó Kolia—. Si le hubiese dicho que el príncipe estaba casi restablecido, no me habría hecho caso, puesto que era mucho más interesante imaginarlo en su lecho de muerte.

—¿Cuánto tiempo piensas pasar aquí? —preguntó la generala a Michkin.

—Todo el verano y acaso más…

—¿Estás solo? ¿O te has casado?

—No; no me he casado —repuso Michkin, sonriendo ante aquella insinuación, tan ingenuamente formulada.

—¿Por qué sonríes? Casarse es una cosa muy natural… Y ahora dime: ¿por qué no te has instalado con nosotros? Tenemos un pabellón desocupado. Pero en fin, como quieras… ¿Es ése el dueño de la casa? —preguntó a media

voz, señalando con un movimiento de cabeza a Lebediev—. ¿Por qué hace tantas muecas?

Vera, con la niña en brazos, como siempre, salió de la casa en aquel momento y se acercó a la terraza. Lebediev giraba en torno a las sillas, sin saber dónde situarse, pero no se resolvía a irse. Apenas divisó a su hija, se lanzó hacia ella, agitando los brazos, para alejarla de la terraza En su azoramiento, incluso se olvidó de golpear el suelo con el pie.

—¿Está loco? —preguntó la generala.

—No; pero…

—Está borracho, ¿verdad? Tus amistades no son muy selectas —añadió Lisaveta Prokofievna, después de pasear la mirada sobre el resto de los visitantes—. Y esa muchacha tan bonita, ¿quién es?

—Vera Lukianovna, la hija de Lebediev.

—Es muy linda. Quiero conocerla.

Apenas oyó Lebediev aquellas palabras corrió en busca de su hija para presentarla a la generala.

—¡Estamos solos, solos! —exclamó en tono patético, aproximándose—. Y esa niñita que lleva en brazos es huérfana también… Es hermana de Vera, se llama Lubova y es hija de mi legítimo matrimonio con mi difunta esposa Elena que murió de sobreparto, hace seis semanas, por designio de Dios… Sí… Y Vera le sirve de madre, aunque no sea más que su hermana, y nada más… Nada más, nada más…

—Y tú, padrecito, no eres más que un imbécil, y perdóname. ¡Bien lo sabes tú mismo! —dijo la generala, profundamente irritada.

Lebediev se inclinó, respetuoso.

—¡Esa es la pura verdad! —repuso con verdadera convicción.

—Perdone, señor Lebediev —intervino Aglaya—. ¿Es cierto que explica usted el Apocalipsis?

—Desde hace quince años. ¡Es la pura verdad! —He oído hablar de usted. Creo que incluso le han mencionado los periódicos…

—No; los periódicos hablaron de otro comentarista; pero ése murió hace tiempo, y ahora yo le substituyo —dijo Lebediev, satisfechísimo.

—Puesto que somos vecinos, tenga usted la bondad de ir un día a casa y explicarme el Apocalipsis. No entiendo nada de eso…

El general Ivolguin, que se sentaba junto a Aglaya y ardía en vehementes

deseos de hablar, interpeló a la joven.

—Permítame advertirle, Aglaya Ivanovna, que todo eso del Apocalipsis es mero charlatanismo por parte de Lebediev. Sin duda el vivir en el campo implica ciertas originalidades y entretenimientos, y recibir un intrus tan extraordinario para hacerle perorar sobre el Apocalipsis es un capricho como cualquier otro; pero yo… Veo que me mira usted con extrañeza. Tengo el honor de presentarme a usted: soy el general Ivolguin. La he llevado a usted en mis brazos, Aglaya Ivanovna.

—Encantada. Ya conozco a Nina Alejandrovna y Bárbara Ardalionovna —murmuró la joven, esforzándose para no estallar en carcajadas.

Lisaveta Prokofievna enrojeció de indignación. No podía tolerar al general, a quien tratara en otros tiempos, pero con el que había suspendido toda relación.

—Mientes como acostumbras, padrecito. ¡Jamás la has llevado en tus brazos! —dijo al general, con voz enojada.

—Te olvidas, mamá, de que sí me ha llevado en brazos —aseguró Aglaya, de improviso—. Me acuerdo muy bien. Tenía yo seis años entonces y habitábamos en Tver. El general me fabricó un arco y una flecha, me enseñó a manejarlos y maté con ellos un pichón. ¿No se acuerda de aquel pichón que matamos juntos?

—Y yo recuerdo que a mí me llevó un casco de cartón y una espada de madera —declaró, risueña, Adelaida.

—Es cierto —afirmó Alejandra—. Las dos reñisteis a propósito del pichón herido, y se os castigó poniéndoos en un rincón a cada una. Adelaida estuvo de pie en el suyo sin soltar su casco ni su espada.

Al asegurar a Aglaya que la había llevado en sus brazos, el general no creyó decir otra cosa que una palabra cualquiera, como pretexto de conversación; pero esta vez resultó que había dicho la verdad, e incluso una verdad que él había olvidado. Cuando Aglaya recordó el pichón que mataran entre los dos, la memoria del general despertó instantáneamente y, como sucede a menudo a tales edades, todos los detalles del pasado revivieron en su memoria. Será difícil concretar qué era lo que, en sus sueños, pudo afectar tan vivamente al general, quien estaba algo ebrio, como de costumbre; pero, fuese lo que fuera, manifestó una emoción extraordinaria.

—¡Me acuerdo, me acuerdo de todo! —exclamó—. Yo era entonces capitán de Estado Mayor. Y usted era pequeñita, muy mona… Y Nina Alejandrovna… Y Gania… Yo estaba en casa de ustedes; solían invitarme. En cuanto a Ivan Fedorovich…

—Sí: y mira en lo que has venido a parar —replicó la generala—. No has ahogado en la bebida todo sentimiento noble, puesto que ese recuerdo te produce tal emoción. Y, sin embargo, has amargado la vida de tu mujer. En vez de ser un ejemplo para tus hijos, has hecho que te llevaran a la cárcel por deudas. Vete de aquí, padrecito, escóndete en cualquier sitio, en un rincón, detrás de una puerta, y llora. Y puede que Dios te perdone si recuerdas el tiempo en que eras un hombre puro. Vete: te hablo en serio. El mejor modo de corregirse es pensar con remordimiento en el pasado.

No necesitaba insistir. El general poseía la sensibilidad corriente en los beodos habituales y, como todos aquellos a quienes la bebida ha hecho perder una posición brillante, sólo pensaba en el pasado con disgusto. Levantóse, pues, y se dirigió dócil, hacia la puerta. Aquella humildad enterneció a Lisaveta Prokofievna.

—Vamos, Ardalion Alejandrovich, amigo mío —dijo—; quédate un poco más. Todos somos pecadores. Cuando creas que tu conciencia te dirige menos reproches que ahora, ven a nuestra casa y pasaremos un rato juntos, recordando los viejos tiempos. Quizá yo misma tenga cincuenta veces más culpas que tú… Bueno, bueno, adiós… No tienes nada que hacer aquí —concluyó, con repentina inquietud, viéndole volver.

—Por ahora, vale más que no le vigiles —dijo Michkin a Kolia, que se preparaba a seguir a su padre—. Si no, se exaltará de aquí a un momento y desaparecerán todas sus buenas disposiciones presentes.

—Eso es; déjale en paz. Ya irás a buscarle dentro de media hora —apoyó la generala.

—¡Hay que ver lo que es hacer oír la verdad a un hombre, aunque sólo sea por una vez en su vida! ¡Se ha emocionado hasta llorar! —permitióse comentar Lebediev.

Lisaveta Prokofievna le atajó en el acto.

—¡También tú debes ser buena pieza si es verdad lo que he oído decir de ti!

Gradualmente se fue precisando la situación recíproca de las diversas personas reunidas en torno al príncipe. Éste podía ver y apreciar todo el interés que le testimoniaban las Epanchinas. Declaróles, pues, que él, antes de su visita, se proponía ir a verlas, pese a lo avanzado de la hora. Lisaveta Prokofievna, mirando a los visitantes, le contestó que nada le impedía poner en práctica su proyecto. Ptitzin, hombre muy delicado, se apresuró a retirarse al pabellón del funcionario, a quien de buena gana hubiese arrastrado consigo. Lebediev le prometió reunirse con él en seguida. Varia, que hablaba con las jóvenes, no se movió de su asiento. Tanto ella como su hermano estaban muy

contentos de la ausencia de su padre. Gania se retiró poco después que Ptitzin. Durante los pocos minutos pasados en la terraza, bajo las miradas de las Epanchinas, había asumido una actitud modesta y digna, sin perder la serenidad ni aun cuando Lisaveta Prokofievna le midió severamente con los ojos de pies a cabeza. Los que le habían conocido antes le encontraban muy cambiado. Aglaya se sintió satisfecha.

—¿Es Gabriel Ardalionovich el que acaba de salir? —preguntó súbitamente.

Gustábale lanzar en medio de la conversación bruscas preguntas, no dirigidas a nadie en particular.

—Sí —repuso el príncipe.

—No le hubiera reconocido. Está muy cambiado… y favorablemente.

—Me alegro mucho de oírla hablar así —dijo Michkin.

—Gania ha estado muy enfermo —añadió Varia, con acento de conmiseración, mixta de contento.

La observación de Aglaya había sorprendido y casi inquietado a su madre.

—¿En qué sentido ha ganado? —preguntó con irritación—. ¿De dónde sacas eso? No ha ganado nada. ¿Qué encuentras de mejor en él?

—No hay cosa más admirable que el «hidalgo pobre» —intervino Kolia, que se apoyaba en el respaldo del sillón de la generala.

—Lo mismo creo —dijo, riendo, el príncipe Ch.

—Soy de igual opinión —acrecentó Adelaida con solemnidad.

—¿De qué «hidalgo pobre» hablan? —inquirió la generala, molesta. Y mirando con desagrado a todos los que acababan de hablar, continuó, con irritación, al ver que Aglaya se ruborizaba—: ¡Alguna absurdidad debe de ser! ¿Quién es ese «hidalgo pobre»?

Aglaya, con una indignación mezclada de desprecio, respondió:

—¿Acaso es la primera vez que ese mozalbete, favorito tuyo, desvirtúa el sentido de las palabras del prójimo?

La joven tenía excesiva costumbre de estas salidas, pero aun en ellas, tan violentas al parecer, se expresaba un fondo tan infantil que a veces, mirándola, resultaba imposible conservar la gravedad. Esto, naturalmente, aumentaba la exasperación de Aglaya en tales casos, pues no comprendía ni por qué se reían de ella, ni «cómo podían u osaban reírse». En el momento presente, su ira excitó la hilaridad de sus hermanas y del príncipe Ch. Kolia, triunfante, estalló en carcajadas. Aglaya se enfureció definitivamente, y ello le hizo parecer

doblemente hermosa. Su ira y agitación le sentaban maravillosamente.

—¿Acaso —continuó— no ha desvirtuado muchas veces sus palabras?

Kolia replicó con viveza:

—Yo me apoyaba en una opinión manifestada por usted misma. Hace un mes, hojeando usted el «Don Quijote», dijo textualmente: «No hay cosa más admirable que el «hidalgo pobre». No sé de quién hablaba usted, ni si era de Don Quijote, de Eugenio Pavlovich, o de cualquier otro; lo cierto es que se refería a alguien. Luego hubo una larga conversación…

—Veo, querido, que vas demasiado lejos en tus conjeturas —interrumpió, casi colérica, la generala.

—¿Soy el único en hacerlo? —repuso, audazmente, Kolia—. Todos hablaron de ello entonces y hablan aún. Hace un momento, el príncipe Ch., Adelaida Ivanovna y los demás se han declarado admiradores del hidalgo pobre. Luego el hidalgo pobre existe, debe necesariamente existir, y creo que, de no ser por Adelaida Ivanovna, sabríamos todos hace rato quién es.

—¿Qué culpa tengo yo de que no lo sepan? —dijo Adelaida, sonriendo.

—La de no querer pintar su retrato. Aglaya Ivanovna le rogó que reprodujese los rasgos del «hidalgo pobre», y hasta le dio los detalles del cuadro tal corno ella los concebía. ¿Se acuerda del tema? Y usted no quiso…

—Pero ¿cómo hacer un retrato así? ¿A quién iba a representar? Por los datos que teníamos, ese «hidalgo pobre».

De su yelmo la visera

no alzó ante nadie jamás.

¿Qué rostro podía yo pintar, pues? ¿Iba a pintar una visera? ¿Un semblante anónimo?

—No entiendo una palabra de nada. ¿Qué visera es ésa? —dijo la generala, con enfado.

Pero, para sí, comenzaba a adivinar de lo que se hablaba en términos embozados. El «hidalgo pobre» era una denominación convencional que sus hijas tenían costumbre de emplear entre ellas desde hacía tiempo. Aquella broma desagradaba tanto más a Lisaveta Prokofievna cuanto que advertía la turbación de Michkin, que aparecía más confuso a la sazón que un niño de diez años.

—¿Va a durar indefinidamente esa necedad? —prosiguió la generala—. ¿Me explicaréis alguna vez quién es ese «hidalgo pobre» o no? ¿Es un secreto tan terrible que no puede revelarse a nadie?

Sólo obtuvo como contestación nuevas carcajadas. El príncipe Ch. aclaró al fin con notorio deseo de cambiar de conversación:

—Se trata sencillamente de una poesía rusa titulada El hidalgo pobre, un fragmento carente de principio y de fin. Hace un mes, después de comer, mientras hablábamos, se puso sobre el tapete la cuestión de cuál había de ser el tema del futuro cuadro de Adelaida Ivanovna. Usted sabe que ésta es desde hace tiempo tarea común a toda la familia. Todos votaron por el «hidalgo pobre». No recuerdo quién fue el primero en proponerlo…

—¡Aglaya Ivanovna! —exclamó Kolia.

—Tal vez. No lo niego, pero no me acuerdo —repuso el príncipe Ch.—. Unos se rieron de la propuesta, otros dijeron que no cabía encontrar motivo más elevado, pero que para presentar al hidalgo pobre hacía falta buscar un semblante. Se hizo memoria de todas las amistades, mas ninguna convenía, y la cosa quedó en suspenso. Eso es todo. No comprendo cómo Nicolás Ardalionovich ha tenido la ocurrencia de evocar aquel caso. Lo que entonces era divertido y oportuno, ahora no lo es.

—Acaso encierre alguna nueva necedad; alguna nueva broma de mal género —dijo, con severidad, la generala.

—No hay nada de eso, sino una muestra de profundo aprecio —dijo de repente Aglaya, con gravedad inesperada.

Toda huella de su agitación anterior había desaparecido. A juzgar por ciertos indicios, la joven parecía ver con agrado el desenvolvimiento que adquiría la broma. Aquel cambio se produjo en la joven precisamente en el momento en que aumentaba más la confusión de Michkin.

—Primero ríen como locos y luego manifiestan de pronto un aprecio profundo, no sé a quién… ¡Esto no tiene sentido común! ¿Por qué ese aprecio? Contesta en seguida. ¿Qué quieres decir con eso del aprecio profundo? —inquirió, con acento áspero, la generala.

—Repito mis palabras; aprecio profundo —repuso Aglaya con idéntica gravedad—. En ese poema se representa a un hombre capaz de sentir un ideal y de consagrarle toda su vida. Y ello no se encuentra a menudo en nuestra época. El poema no nos dice concretamente en qué consistía el ideal del hidalgo pobre, pero sí se sabe que era una imagen radiante, una imagen llena de «belleza pura». Y también nos consta que el enamorado caballero llevaba un rosario al cuello, en vez de gorguera… Además, existía una divisa enigmática grabada en su escudo: las letras A. N. B.

—A. M. D. —rectificó Kolia.

—Digo A. N. B. y quiero decirlo así —respondió Aglaya, con energía—.

Una cosa resulta clara en todo caso, y es que, quien quiera que fuese su dama, e hiciese lo que hiciera, ello, importaba poco a ese hidalgo pobre. La había elegido, la creía su «belleza pura» y eso bastaba para que no cesase de inclinarse ante ella, para que, puesto que se había declarado su servidor, rompiese lanzas por ella, aun cuando a continuación la viera convertirse, por ejemplo, en una ladrona. Parece que el poeta quiso encarnar así la noción del amor platónico, tal como lo concebían los caballeros de la Edad Media, en un tipo extraordinario. Naturalmente, todo eso es mero ideal. En el «hidalgo pobre», tal sentimiento llega al máximo grado: alcanza el ascetismo. Preciso es confesar que la facultad de amar así habla mucho en pro de quien la posee. Es un rasgo de carácter que denota un alma sublime y, en cierto sentido, es cosa muy loable. El «hidalgo pobre» es un Don Quijote, pero un Quijote serio y no cómico. Al principio yo no comprendía al personaje y me reía de él de buena gana, pero ahora le admiro y sobre todo, respeto sus altas proezas…

Aglaya dejó de hablar. Era difícil saber, mirándola, si había hablado en serio o en broma.

—Bueno, pues ese tipo es un imbécil, y lo mismo digo de sus altas proezas —manifestó la generala—. Y en cuanto a ti, hija mía, te has pasado un buen rato diciendo necedades: ¡nos has dado toda una lección de ellas! Creo que el papel no te va… En todo caso, es incorrecto. ¿Y esos versos? A ver: recítalos. ¡Supongo que los debes de saber! Y yo quiero conocerlos. Nunca he tolerado la poesía, sin duda por un presentimiento; ésta es la verdad… Ten paciencia, príncipe. ¡Por Dios te lo ruego! Es lo único que tú y yo podemos hacer… —añadió, dirigiéndose a Michkin.

Estaba evidentemente muy incomodada.

El príncipe quiso hablar, pero su confusión no le permitió articular palabra. Aglaya, que se había permitido tantas licencias en su «lección», conservaba su seguridad y parecía hasta satisfecha. Dijérase que se hallaba pronta a recitar los versos en cuestión y que sólo esperaba que se la invitase. Siempre seria y grave, se levantó en el acto, colocándose en medio de la terraza, ante el sillón del príncipe. Todos la miraban con sorpresa, y la mayoría —su madre, sus hermanas, el príncipe Ch— veían con desagrado aquella nueva chiquillada, que rezaba desagradablemente la incorrección. Era, sin embargo, notorio que Aglaya encontraba vivo placer en todos aquellos preparativos que habían precedido a la recitación del poema. Lisaveta Prokofievna estuvo a punto de mandarle autoritariamente que se sentara. Pero en el preciso momento en que la joven comenzaba a declamar la célebre poesía, aparecieron en la terraza dos hombres que hablaban en alta voz. Eran Ivan Fedorovich Epanchin y un joven. Su presencia produjo cierta conmoción en los reunidos.

VII

El joven que acompañaba al general aparentaba unos veintiocho años. Era alto y bien formado, con el rostro hermoso e inteligente, y tenía grandes ojos negros que brillaban con malicia y jovialidad. Aglaya, sin volver siquiera la cabeza, prosiguió recitando los versos, fingiendo no mirar sino a Michkin y no declamar más que para él. El príncipe comprendía que la joven hacía todo aquello con alguna finalidad, y advertía que su situación personal era muy molesta. Pero la llegada de los visitantes le permitió modificarla un tanto. Al verles, se levantó, hizo un amable saludo al general y le indicó con un signo que no turbase el recitado. Luego se situó detrás de su sillón, acodándose en el respaldo, lo que le sirvió para escuchar los versos de un modo más cómodo y menos absurdo. Lisaveta Prokofievna, con un ademán imperioso, invitó por dos veces a los visitantes a que se detuvieran.

Michkin miró con particular interés al compañero del general. Preguntábase si aquel joven sería Eugenio Pavlovich Radomsky, del que había oído hablar mucho y en quien pensara más de una vez. Sólo existía un detalle que desconcertaba a Michkin. Había oído decir que Eugenio Pavlovich era militar y el recién llegado vestía traje civil. Mientras duró la declamación, una sonrisa burlona vagó por los labios del joven como si también él hubiese tenido noticias del hidalgo de marras.

«Acaso haya inventado él esto», pensó Michkin.

Pero el caso de Aglaya era diferente. Ponía en sus palabras tal vehemencia, parecía tan profundamente imbuida del espíritu y significado del poema, que hacía olvidar la afectada pomposidad con que comenzó. Pronunciaba cada verso con sincera convicción y acabó cautivando la atención general. Acaso todo fuese efecto de la sincera impresión que causaban en la joven los versos que había resuelto recitar. Sus ojos lanzaban fulgores. Por dos veces recorrió su hermoso rostro un ligero estremecimiento de entusiasmo. El poema decía así:

Había un hidalgo pobre,

sencillo, franco y veraz,

de rostro pálido y triste,

de alma sincera y audaz.

Una radiante visión

que nadie podría pintar

se supo en su corazón
profundamente grabar.
Ardiendo en fuego interior
no miró a mujeres más,
y prometió hasta su muerte
a mujer ninguna hablar.
Siempre ostentaba un rosario
de la gorguera en lugar;
de su yelmo la visera
no alzó ante nadie jamás.
Las letras N. F. B.
quiso en su escudo trazar
con sangre, a su puro amor
y a un dulce sueño leal.
Y cuando en la Palestina
pronunciaba, al pelear,
cada paladín el nombre
de su adorada beldad,
Lumen coeli, sancta Rosa
solía el hidalgo clamar
y el fuego de su amenaza
aterraba al musulmán.
Vuelto a su antiguo castillo,
cual a un retiro claustral,
silencioso, triste y loco
expiró en su soledad…

Más tarde, recordando aquellos momentos, Michkin se atormentó formulándose una pregunta, insoluble para él: ¿Cómo podía unirse un sentimiento tan bello y verdadero a una burla tan maligna y patente? Porque Michkin no dudaba de que se trataba de una burla, y tenía buenas razones sobre las que fundar su convicción. Aglaya, al recitar los versos, había

substituido las letras A. M. D. por N. F. B. El príncipe estaba seguro de haberlas entendido perfectamente, y más adelante pudo comprobarlo así. En todo caso, la burla —porque sin duda lo era, y no poco cruel— se agravaba por la premeditación con que se había preparado. Hacía un mes que todos hablaban del «hidalgo pobre», riéndose de él. No obstante, en vez de subrayar las letras irónicamente, en lugar de hacer que resaltasen ante todos, Aglaya las pronunció con gravedad imperturbable, con una sencillez tan cándida e inocente corno si realmente fueran las que se contenían en el texto. El príncipe sintió una punzada en el corazón. Lisaveta Prokofievna, naturalmente, no notó la variante introducida en el poema. Ivan Fedorovich no reparó sino en que se estaban declamando unos versos. De los demás oyentes, hubo muchos que comprendieron la alusión y se sorprendieron de su atrevimiento y de la insinuación que encerraba. Michkin notó que Eugenio Pavlovich, por el contrario, había comprendido y deseaba hacer ver que había comprendido. Su sonrisa, francamente burlona, no podía tener otro significado.

—¡Qué hermoso es! —exclamó la generala, con admiración, cuando su hija concluyó de recitar—. ¿Quién ha escrito ese poema?

—Puchkin, maman. ¡No nos pongas en evidencia! —dijo Adelaida.

—Lo único raro es que yo no sea más necia aún de lo que soy, teniendo las hijas que tengo —repuso la generala, con acritud Cuando volvamos a casa, dadme el libro en que están esos versos.

—Creo que no tenemos ningún libro de Puchkin en casa.

—Sí: hay dos tomos en muy mal estado, que andan por allí desde tiempo inmemorial —dijo Alejandra.

—Enviad a comprar la obra a San Petersburgo. Que vayan Fedor o Alejo en el primer tren. Mejor Alejo. Ven aquí, Aglaya; abrázame. Has declamado muy bien la poesía. Pero si la recitaste sinceramente —agregó en voz muy baja—, lo siento por ti. Y si se trató de una broma, no puedo aprobar tus sentimientos. En un caso u otro, no has hecho bien. ¿Comprendes? Ea, vete. Podría decirte mucho más, pero no acabaríamos nunca.

Entre tanto Michkin cambiaba los usuales cumplimientos con Radomsky, a quien Ivan Fedorovich acababa de presentarle.

—Le he recogido de camino, ¿sabe? —decía el general—. Llegaba en aquel momento, y cuando ha sabido que yo venía aquí, donde estaba reunida toda mi familia…

—Y también donde estaba usted —interrumpió Eugenio Pavlovich, dirigiéndose a Michkin—. Siendo así que deseaba conocerle hace tiempo, y deseaba igualmente su amistad, no he querido perder el tiempo, y… ¿Ha

estado usted enfermo? Ahora mismo acabo de enterarme…

—Me encuentro muy bien y celebro conocerle —repuso Michkin, tendiendo la mano al visitante—. He oído hablar mucho de usted, y el príncipe Ch. y yo hemos charlado mucho a su propósito.

Tras el cambio de las usuales cortesías, los dos hombres se apretaron la mano, a la vez que cada uno fijaba en el rostro del otro una mirada tan rápida como penetrante. La conversación se hizo general. Michkin, cuya curiosidad estaba muy agudizada, se fijaba en todo y acaso imaginase ver cosas que no existieran realmente. Notó que el traje civil de Radomsky causaba a toda la reunión un asombro extraordinario, hasta el punto de hacer olvidar de momento todo lo demás. Dijérase que aquel cambio de atavío constituía un hecho de excepcional importancia. Adelaida y Alejandra miraban con estupefacción a Radomsky. El príncipe Ch., pariente del joven, parecía muy inquieto. Ivan Fedorovich hablaba con cierta agitación. Sólo Aglaya permaneció impasible, limitándose a mirar por un instante a Eugenio Pavlovich con la mera curiosidad de ver si vestía de uniforme o no. Luego volvió la cabeza y dejó de dedicarle atención. Lisaveta Prokofievna se abstuvo de toda pregunta, aunque no dejase de sentir cierta inquietud. El príncipe creyó notar que Eugenio Pavlovich no gozaba de las simpatías de la generala.

—Me ha dejado sorprendido, trastornado… —decía Ivan Fedorovich en contestación a todas las preguntas acerca de Radomsky—. Cuando le encontré en San Petersburgo no quise creerlo. ¿Por qué ha hecho eso tan de repente? Eso es lo extraño. Eugenio Pavlovich ha sido siempre el primero en decir que en estos casos no hay por qué obrar atropelladamente…

Radomsky recordó a los reunidos que hacía tiempo que albergaba la intención de pedir el retiro. Era verdad; pero como siempre que lo decía parecía hablar en broma, no le creían nunca y ahora la decisión les parecía mucho más seria. Por otra parte, Radomsky hablaba siempre de las cosas más graves con un aire tan burlón, que nunca se sabía a qué atenerse con él, sobre todo si se empeñaba en conseguir aquel efecto.

—Renuncio al servicio provisionalmente; a lo más por unos meses —dijo, riendo.

—Pero, que yo sepa, no tenía usted necesidad alguna de retirarse —repuso el general, con animación.

—¿Y la necesidad de visitar mis propiedades? Usted mismo me lo aconsejó. Además, quiero irme al extranjero…

La conversación tomó pronto otro rumbo, sin que por ello se calmase la agitación general. El príncipe, observador atento de cuanto pasaba en torno suyo, encontraba muy extraña la emoción producida por una circunstancia tan

insignificante. «Debe de encerrarse algo más en el fondo de todo esto», se decía.

—¿De modo —preguntó Radomsky, acercándose a Aglaya— que aún continúa de moda el hidalgo pobre?

Con gran extrañeza de Michkin, la joven miró a Radornsky afectando profunda sorpresa, como dándole a entender que no tenía por qué tratar con él del «hidalgo pobre», y que ni siquiera le constaba a qué se refería.

Kolia afirmaba a Lisaveta Prokofievna:

—Le digo y le diré tres mil veces seguidas que no es momento de enviar a San Petersburgo a buscar un torno de Puchkin. ¡Es muy tarde!

Radomsky, que ya se había separado de Aglaya, ratificó la opinión del escolar.

—Sí. Es muy tarde. Incluso creo que deben de estar cerradas las tiendas en San Petersburgo. Son más de las ocho —dijo después de mirar su reloj.

—Puesto que se ha esperado hasta ahora, bien se puede esperar hasta mañana —apoyó Adelaida.

—Y además —dijo Kolia— es incorrecto que las gentes distinguidas se interesen tanto por la Literatura. Pregunten a Eugenio Pavlovich si no es mucho más elegante poseer un charabán amarillo con ruedas rojas.

—¡Otra vez una cita de cosas leídas, Kolia! —le reprochó Adelaida.

—Nunca habla sino a base de citas de frases que lee en las revistas —declaró Radomsky—. Hace tiempo que tengo el gusto de disfrutar de la conversación de Nicolás Ardalionovich, y lo sé. Sin embargo, esta vez no repite lo que ha leído, sino que alude a mi coche amarillo con ruedas encarnadas. Sólo que ya no tiene razón en lo que dice, porque he cambiado de coche.

Michkin escuchaba lo que Radomsky decía pareciéndole que el joven era correcto, amable y sencillo. A la broma de Kolia había respondido de modo amistoso y como de igual a igual, detalle que agradó al príncipe más que nada.

—¿Qué es eso? —preguntó la generala a Vera, que, en pie ante ella a la sazón, le ofrecía varios volúmenes, todos de gran tamaño, bien encuadernados y casi nuevos.

—Las obras de Puchkin —dijo Vera—. Mi padre me ha mandado que se las traiga.

—¿Cómo? ¿Es posible? —exclamó, sorprendida, Lisaveta Prokofievna.

—No se los regalo, no —dijo precipitadamente Lebediev, apareciendo—.

No me atrevo a tomarme tal libertad. Se los cedo por su justo precio. Es nuestro Puchkin, la colección de nuestra familia, de la edición de Annenkov, que no se encuentra hoy en sitio alguno. Se la doy por lo que vale. Propongo respetuosamente a Vuecencia que me la compre para extinguir la noble sed literaria que la devora.

—¡Ah! ¿Quieres venderlo? Está bien: gracias. No perderás nada; no temas. Pero no hagas extravagancias, padrecito. He oído hablar de ti; dicen que eres muy inteligente. Quiero hablar contigo alguna vez. ¿Por qué no me llevas tú mismo esos libros?

—Con el mayor placer… y respeto —contestó Lebediev, haciendo extraordinarias muecas, hijas de la satisfacción que experimentaba.

Y tomó los volúmenes de manos de su hija.

—Llévalos con respeto o sin él, con tal de que no pierdas ninguno en el camino —repuso Lisaveta Prokofievna—; pero con una condición: que no cruces el umbral de mi puerta, porque hoy no me propongo recibirte. En cambio, puedes mandar cuando te parezca a tu hija Vera. Esta muchacha me agrada mucho.

—¿Por qué no hablar al príncipe de esos hombres que le esperan? —dijo Vera, con impaciencia, dirigiéndose a su padre—. Si no se les anuncia, entrarán de todos modos. Ya empiezan a alborotar. León Nicolaievich —agregó, hablando a Michkin que ya había cogido su sombrero—, hay ahí cuatro hombres que desean verle desde hace rato. Papá no quiere recibirles y no hacen más que renegar.

—¿Quiénes son? —inquirió Michkin.

—Dicen que vienen a hablarle de negocios; pero si no se les deja pasar son capaces de pararle en plena calle. Vale más que los reciba, León Nicolaievich. Así quedará tranquilo después. Grabiel Ardalionovich y Ptitzin están tratando de hacerles entrar en razón, pero inútilmente, pues ellos no quieren hacerles caso.

—¡Es el hijo de Pavlitchev, el hijo de Pavlitchev! ¡Pero no vale la pena de preocuparse, no vale la pena…! —dijo Lebediev, agitando las manos—. No hay por qué hacerles caso. Sería molesto para usted, ilustrísimo príncipe; le desagradaría. ¡Eso es! No merecen que se les escuche.

—¡Dios mío! —exclamó Michkin, muy turbado—; ¡El hijo de Pavlitchev! Ya, ya… Pero yo había encargado de ese asunto a Gabriel Ardalionovich. Y acaba de decirme…

Gania salía de la casa en aquel momento y se presentó en la terraza, seguido por Ptitzin. De la habitación contigua llegaba ruido de voces, entre las

que destacaba la sonora del general Ivolguin, quien parecía empeñado en gritar más que los otros.

—Esto es muy interesante —comentó Radomsky. «Veo que está enterado del asunto», pensó Michkin.

—¿El hijo de Pavlitchev? ¿Y quién es el hijo de Pavlitchev? —preguntó el general Epanchin, sorprendido.

Y mirando con curiosidad a los presentes, notó con extrañeza que era el único en ignorar aquella nueva complicación.

Todos los semblantes reflejaban la expectación; todos los ánimos estaban en suspenso. Michkin no acertaba a comprender cómo un asunto tan personal podía haber despertado ya un interés tan general y vivo.

Aglaya se acercó a él con gravedad.

—Convendría —dijo— que cortase usted, en persona y de modo definitivo, este asunto; pero permítanos asistir a ello. Se le quiere humillar, príncipe. Es preciso que su justificación constituya un triunfo, que yo celebro de antemano.

—Yo quiero también que se haga justicia y se desenmascare esa desvergonzada pretensión —dijo la generala—. Vamos, príncipe, vapuléalos como se merecen: no tengas piedad con ellos. Ya me suenan los oídos de tanto oír mencionar ese asunto y tengo quemada la sangre de pensar en él. Será cosa curiosa verlos. Hazlos pasar; nosotros nos quedaremos. Aglaya ha tenido una buena idea. ¿Ha oído usted hablar de esto, príncipe? —preguntó, dirigiéndose a Ch.

—He oído hablar en casa de usted —repuso Ch—. Y tengo deseos de ver a esos buenos mozos.

—Son nihilistas, ¿verdad?

Lebediev, adelantándose, bastante impresionado también al parecer, explicó:

—No son nihilistas. Forman otro grupo, un grupo particular que, según mi sobrino, es aún más avanzado que el nihilista. Se engaña usted, Excelencia, si cree que su presencia les intimidará. No se dejan intimidar por nada. Entre los nihilistas se encuentran hombres cultos e incluso sabios; pero éstos van más lejos en el sentido de que son hombres de acción. A decir verdad, su grupo es una derivación del nihilismo, pero apenas se le conoce sino indirectamente, porque, para expresarlo de algún modo, no manifiestan sus ideas a través de la Prensa. Van derechos al bulto. Para ellos, por ejemplo, no se trata de demostrar que Puchkin es un imbécil o que hay que dividir Rusia en pedazos, no; pero opinan que si sienten vivo deseo de alguna cosa, no tienen por qué retroceder

ante nada y les asisten todos los derechos. Incluso el de saltar por encima de seis u ocho personas que… En todo caso, querido príncipe, no le aconsejo…

Pero Michkin se había levantado ya para abrir la puerta a los visitantes. —Vamos, Lebediev, no los calumnie —dijo, sonriendo—. Ya veo que la conducta de su sobrino le ha impresionado mucho… No le crea usted, Lisaveta Prokofievna. Les garantizo que gentes como Gorsky o como Danilov no son más que excepciones y que no están otra cosa que… equivocados… No obstante, no me parece oportuno tratar con esa gente ante ustedes. Perdóneme, Lisaveta Prokofievna, pero… En fin, les haré entrar, para que los vean, y luego saldré con ellos. Hagan el favor de acercarse, señores.

En su interior había otra idea que le inquietaba, atormentándole cruelmente: ¿no sería todo aquello un golpe de efecto preparado por alguien? ¿No se habría dado a aquellos individuos la consigna de presentarse en un momento en que Michkin estuviese rodeado de visitas, con la esperanza de que la explicación condujese a su humillación y no al triunfo que dijera Aglaya? Pero el príncipe se reprochó en seguida con amargura su «perversa y monstruosa desconfianza». De haber podido leer alguien en su mente aquel pensamiento, se habría muerto de vergüenza. Y cuando pasaron los nuevos visitantes, Michkin se sentía dispuesto a admitir que él personalmente valía menos que cualquier otra de las personas reunidas en torno suyo.

Entraron cuatro individuos seguidos por el general Ivolguin, quien llegaba muy agitado y hablando con irritación. «El general está de mi parte, sin duda», se dijo Michkin, sonriendo. Kolia se había mezclado al grupo y hablaba con calor a su amigo Hipólito, que era uno de los intrusos y escuchaba a Kolia con la cara contraída en una mueca.

El príncipe ofreció asiento a aquellos señores. Todos eran muy jóvenes, y su extrema juventud comunicaba a la gestión que allí les llevaba un carácter más insolente todavía. Ivan Fedorovich Epanchin, ignorante de todo, se indignó al ver semejantes mozalbetes y a buen seguro hubiera protestado de un modo u otro, de no observar el apasionamiento, desconcertante para él, con que su esposa se interesaba en los asuntos de Michkin. Quedó, pues, presente, en parte por curiosidad y en parte por el deseo altruista de ayudar al príncipe en caso necesario, pensando que, de ser preciso, podía imponer su autoridad a los jovenzuelos. Pero el saludo que en aquel momento le dirigió el general Ivolguin le irritó vivamente y resolvió mantener un silencio absoluto.

Entre los jóvenes figuraba un hombre de unos treinta años, el subteniente retirado que daba lecciones de boxeo y que cuando se incorporó a la banda de Rogochin, en ocasión de apelar a la caridad pública, afirmaba tener la costumbre de regalar, en sus buenos tiempos, quince rublos a cada mendigo que le pedía limosna. Veíase en seguida que se había incorporado a los otros

para prestarles su auxilio moral y, de ser menester, material. El que figuraba como «hijo de Pavlitchev», si bien se presentó con el nombre de Antip Burdovsky, era un joven de veintidós años, delgado, rubio y bastante alto, que parecía el más sobresaliente de sus compañeros. Vestía pobremente y con desaliño. Las mangas de su levita brillaban como un espejo; su grasiento chaleco iba abotonado hasta el cuello, sin dejar ver indicio alguno de camisa; una bufanda de seda negra, increíblemente sucia y anudada como un cordel, rodeaba su garganta. Tenía las manos sin lavar, y su rostro, cubierto de granos, expresaba lo que cabría definir como un sentimiento de ingenua insolencia. En aquel semblante no se apreciaba la menor huella de ironía, ni la más ligera reflexión, ni ninguna otra cosa salvo la inquebrantable convicción de su propio derecho, unido a una extraña necesidad de creerse y sentirse siempre ofendido. Hablaba con agitación, y articulaba las palabras con dificultad y precipitadamente, al punto de que podía parecer tartamudo o bien extranjero, pese a que la sangre que circulaba por sus venas era de indiscutible pureza rusa. Le acompañaban el sobrino de Lebediev, ya conocido del lector, e Hipólito Terentiev. Este último no tenía más de diecisiete o dieciocho años. Su inteligente fisonomía testimoniaba una viva inquietud y una continua agitación. Su delgadez esquelética, su palidez casi lívida, el brillo de sus ojos, las manchas rojas de sus mejillas, todo revelaba en él, en cuanto se le veía, una víctima de la tuberculosis, ya en último grado. A cada palabra y a cada soplo de aire que salía de su pecho seguía un acceso de tos. No parecía posible que pudiera quedarle más de dos o tres semanas de vida a lo sumo. Iba muy fatigado y, mientras sus compañeros, hacían algunos cumplidos, él se dejó caer sin demora en una silla. Todos estaban algo turbados y, en su temor de exteriorizarlo, lo procuraban ocultar bajo un aspecto intimidatorio, tan afectado, que concordaba muy mal con su pretensión de ser hombres que despreciaban por sistema todos los prejuicios y convencionalismos sociales, negándose a admitir lo que no fuera puro interés personal.

—Me llamo Antip Burdovsky —dijo precipitadamente «el hijo de Pavlitchev».

—Vladimiro Doktorenko manifestó, con orgullo, como si su apellido fuese un timbre de gloria, el sobrino de Lebediev.

—Keller —murmuró el ex subteniente.

—Hipólito Terentiev —anunció el último con voz insólitamente chillona.

Los recién llegados tomaron asiento en una hilera de sillas frente al príncipe, arrugaron a la vez el entrecejo y cambiaron de mano sus sombreros, como para adquirir mayor soltura. Todos se preparaban a hablar y todos callaban, esperando no se sabía el qué con un aire de reto que parecía significar: «¡A mí no me engañas, amigo!». Era notorio que a la primera

palabra proferida por alguno romperían a hablar a la vez y a porfía.

VIII

—No esperaba la visita de ninguno de ustedes, señores —principió Michkin—. Hasta hoy me he encontrado enfermo.— Y dirigiéndose a Burdovsky manifestó—: Hace un mes puse el asunto de usted en manos de Gabriel Ardalionovich Ivolguin, como entonces le comuniqué ya. No me niego, por supuesto, a una explicación personal con usted, pero bien comprenderá que a esta hora… No obstante, le propongo pasar a otra habitación, donde le atenderé, siempre que no me exija mucho tiempo. Estoy en este momento acompañado de amigos y…

—Cierto. Está usted con amigos, y es una hora muy avanzada; pero permítame decirle que podía usted haber sido un poco más amable con nosotros y no hacernos pasar dos horas en la antesala —dijo el sobrino de Lebediev con tono enérgico, mas sin levantar la voz aún.

—¡Eso es! ¡Ya veo que se porta como un príncipe! Pero yo… Y usted… usted es un general… ¡Pero yo no soy criado de ustedes! —vociferó Antip Burdovsky, con extraordinaria agitación.

Sus labios temblaban, echaba espumarajos por la boca y se advertía en todo su aspecto la exasperación de un alma desgarrada. Mas hablaba con tal excitación que apenas fue posible comprender dos palabras de su violento ex abrupto.

—¡Sí, se porta como un príncipe! —confirmó Hipólito, con voz chillona.

—Si se hubiese procedido así conmigo… —gruñó el boxeador—. Es decir, si yo, hombre de honor, estuviese en el lugar de Burdovsky, yo…

—Les aseguro, señores, que ignoraba hasta ahora su visita. Sólo me he enterado de ella hace un momento —afirmó el príncipe.

—Sean quienes sean sus amigos, príncipe, no les tememos. ¡Por algo nos asiste la razón!, —declaró el sobrino de Lebediev.

La voz chillona de Hipólito resonó de nuevo:

—Permítame preguntarle con qué derecho somete usted el asunto de Burdovsky al juicio de los amigos de usted. Ese juicio no nos interesa: ¡ya podemos imaginarnos cuál será!

Semejante principio presagiaba una discusión borrascosa. El príncipe, consternado, logró al fin hacerse oír en medio de los clamores de los

visitantes.

—Si usted, señor Burdovsky, no desea hablar aquí —dijo—, renuevo mi proposición de pasar a otra estancia. Y respecto a ustedes en general, repito que sólo he conocido su presencia hace un momento.

—¡Pero usted no tiene derecho, usted no tiene derecho, usted no tiene derecho! ¡Y sus amigos…! ¡Eso es! —vociferó Burdovsky, examinando a todos con aire de desafío y excitándose más cuanto menos seguro se sentía—. ¡No tiene usted derecho!

Se interrumpió bruscamente, e inclinándose mucho hacia adelante fijó en el príncipe la mirada de sus ojos miopes, estriados de rojo. Michkin, asombrado, guardó silencio y miró a Burdovsky abriendo mucho los ojos también.

Lisaveta Prokofievna intervino de improviso.

—Lee esto ahora mismo, León Nicolaievich —dijo—. Se refiere al asunto.

Y con brusco ademán le ofreció un semanario satírico, señalándole un artículo con el dedo. En el momento de entrar los visitantes, Lebediev, obstinado en captarse la simpatía de la generala, se había dirigido vivamente hacia ella y sacado en silencio la publicación del bolsillo de su levita, poniéndola bajo los ojos de Lisaveta Prokofievna e indicándole una columna rodeada con un trozo de lápiz. Lo que la generala había tenido tiempo de leer bastó para trastornarla.

—En vez de leer ahora y en alta voz, ¿no sería preferible… que lo leyese más tarde y a solas? —balbució Michkin, muy conturbado.

Lisaveta Prokofievna arrancó el semanario de manos del príncipe y lo tendió a Kolia, gritándole:

—¡Ea, lee tú… y lee en voz alta, en voz alta! ¡En voz alta, para que se enteren todos!

Lisaveta Prokofievna, mujer impulsiva, tenía a veces la costumbre de levar todas las anclas y hacerse a la mar sin pensar en posibles temporales. Ivan Federovich se estremeció, inquieto. Los demás no sintieron de momento sino curiosidad y extrañeza. Kolia desplegó el semanario e inició en voz alta la lectura del artículo siguiente, que Lebediev se apresuró a señalarle:

«PROLETARIOS Y ARISTÓCRATAS. — UN EPISODIO DE LOS ROBOS DE CADA DÍA Y DE TODOS LOS DÍAS. — ¡PROGRESO! ¡REFORMA! ¡JUSTICIA!

Pasan en verdad cosas harto raras en esta nuestra sedienta Santa Rusia, en esta época de reformas y de grandes compañías, en este siglo de patriotismo en

el que todos los años emigran al extranjero cientos de millones, en el que se estimula la industria y los brazos laboriosos están paralizados, etc. Como no terminaríamos nunca la enumeración, vayamos al grano, señores. Acaba de producirse un curioso episodio con uno de los descendientes de nuestra agonizante aristocracia. (¡De profundis!). Los abuelos de esos nobles descendientes se arruinaron en la ruleta, los padres tuvieron que servir como tenientes o alféreces y a más de uno se le ha visto morir la víspera de que se descubriesen ciertas inocentes ligerezas en el manejo de los caudales públicos. En cuanto a los hijos, unos nacen idiotas, como el protagonista de nuestro relato, otros van a dar a los banquillos de los tribunales, donde son absueltos por el jurado con la esperanza de que se corrijan, y otros terminan mezclados en uno de esos asuntos escandalosos que son la afrenta de nuestro tiempo. Hace seis meses, es decir, el invierno pasado, nuestro aristócrata vástago volvió, a Rusia calzando polainas como un extranjero y tiritando de frío bajo un capote lo peor forrado que cupiera figurarse. Llegaba de Suiza, donde había seguido con fortuna un tratamiento contra el idiotismo (sic). La suerte le favoreció, puesto que, aparte su interesante enfermedad, de la que curó en Suiza (ojo, lectores: ¿qué les parece? ¡Curar el idiotismo!), su caso demuestra la verdad del proverbio ruso: «Sólo los tontos tienen suerte». Y si no, que juzgue el lector: nuestro gran señor era niño de pecho cuando perdió a su padre, el cual murió precisamente poco antes de ser sometido a consejo de guerra por haberse jugado todo el dinero de la compañía en que servía como oficial, aparte de por haber hecho azotar despiadadamente a uno de sus subordinados (¡oh, los antiguos tiempos, señores!). El huérfano fue educado gracias a la generosidad de un rico hacendado ruso. Este personaje, a quien llamaremos P., poseía en los buenos tiempos pasados cuatro mil almas… (¡poseer cuatro mil almas! ¿Comprenden ustedes, señores, esa expresión? Yo no. Es preciso buscar el significado en un diccionario: «la cosa es nueva, sí, pero increíble»). Parece que el tal hacendado era uno de esos holgazanes, de esos parásitos rusos que pasan en el extranjero su existencia ociosa, permaneciendo el verano en los balnearios y en invierno en París, en beneficio de los empresarios de bailes públicos… Puede afirmarse que el gerente del «Châteaux des Fleurs» se ha embolsado (¡oh, hombre feliz!) la tercera parte al menos del dinero que produjeron los siervos rusos a sus propietarios en la época de la esclavitud. Como quiera que fuere, el mencionado P. educó principescamente al huérfano, proporcionándole ayos e institutrices (bonitas sin duda) que hizo venir adrede de París. Pero el aristocrático niño, último vástago de su noble raza, era idiota. Las institutrices reclutadas en el «Château des Fleurs» fracasaron estruendosamente y su discípulo alcanzó la edad de veinte años sin haber aprendido ningún idioma, ni siquiera el ruso. Claro que la ignorancia de este último idioma era lo de menos. Al fin una idea feliz acudió a la mente de P., el rico propietario de siervos rusos: enviar al idiota a

Suiza para que aprendiera a ser inteligente. La idea no podía ser más lógica: un rico ocioso es natural que suponga que todo pueda comprarse con dinero, incluso la inteligencia… y sobre todo en Suiza. El tratamiento, a cargo de un célebre doctor helvético, duró cinco años y costó decenas de miles de rublos. Sobra decir que el idiota no se convirtió en inteligente, pero pudo adquirir la apariencia —aproximada, claro está— de un hombre. Entre tanto, P. murió de repente. Como ocurre con frecuencia, no había hecho testamento y dejó sus asuntos en pleno desorden. Entonces surgió un montón de ávidos herederos que ni siquiera pensaban en últimos vástagos de nobles razas tratados en Suiza a expensas del difunto, a fin de curar su idiotismo hereditario. El vástago, aunque idiota, supo engañar al doctor y éste le trató en Suiza durante dos años más sin cobro alguno, ignorando la muerte de P., que el idiota logró ocultarle. Pero el médico, que era a su vez un viejo pícaro, preocupado al no recibir dinero y asustado, en especial, del buen apetito de su paciente, le calzó unas polainas viejas, le regaló un capote inservible y le envió «nach Russland» en un coche de tercera clase. Cabía creer que la suerte había vuelto la espalda a nuestro héroe. Pero no: la fortuna, que hace perecer de hambre a pueblos enteros, prodigó todos sus dones al joven aristócrata, semejante a la nube de Krilov, que, pasando sin descargar sobre campos sedientos, va a verterse, inútil, en el océano… Casi a la vez que el idiota llegaba a San Petersburgo, moría en Moscú un pariente de su madre —la cual, advirtámoslo, procedía de una familia burguesa—. El nuevo difunto era un viejo comerciante barbudo, un antiguo creyente, soltero y sin hijos, que dejaba varios millones en buen dinero constante, todos los cuales pasaron a nuestro noble, a nuestro caballero de las polainas que venía de ser tratado como idiota en un sanatorio de Suiza. ¡Cambio completo de decoración! En torno a nuestro polainístico aristócrata —quien empezó por enamorarse de una beldad fácil—, se congregó en seguida multitud de amigos. Aparecieron inesperados parientes; infinitas jóvenes distinguidísimas ardieron en deseos de unirse a él mediante legítimo matrimonio… ¿Cabe, en efecto, imaginar partido de más ventaja? ¡Aristócrata, millonario, idiota: todo lo tiene! No se encontraría otro semejante ni buscándolo con la linterna de Diógenes; no se le conseguiría ni de encargo…»

—¡Oh! ¡Esto es demasiado! —protestó Ivan Federovich, en el colmo de la indignación.

—Basta, Kolia —dijo Michkin, con voz implorante.

Se oían exclamaciones por todas partes. Lisaveta Prokofievna, que sólo lograba contenerse a costa de un violento esfuerzo, ordenó:

—¡Qué se lea! ¡Qué se lea, pase lo que pase! Si se suspende la lectura, príncipe, reñimos tú y yo.

«Pero mientras el joven millonario se encontraba, si vale la expresión, en

el Empíreo, sobrevino una circunstancia muy diferente. Un día llegó a su casa un hombre de rostro tranquilo y severo, de aspecto modesto, pero distinguido. Con lenguaje, aunque cortés, digno y justo, el visitante —en quien se evidenciaba, desde luego, un espíritu progresista— expuso el motivo de su presencia: era abogado y venía de parte de un joven cliente que le había confiado cierto asunto. Ese joven era ni más ni menos que el hijo de P., aunque llevase otro nombre. En su juventud, el libertino P. había seducido a una joven pobre y honrada, la cual había recibido una educación a la europea, aunque sólo fuese una sierva en casa de aquél (quien es de suponer que aprovecharía las ventajas de sus derechos señoriales en los viejos días de la servidumbre…) Al notar las inevitables consecuencias de su relación con ella, la casó con un hombre honrado, que amaba hacía tiempo a la muchacha. Dicho hombre era funcionario y trabajaba, además, en el comercio. Al principio, P. ayudó al joven matrimonio, pero pronto cesó tal ayuda, por impedirlo el noble carácter del marido. Gradualmente, el inconsciente hacendado olvidó a la muchacha y al hijo que tuviera con ella y murió sin hacer testamento. El hijo de P., nacido después del casamiento de su madre, halló un padre verdadero en el hombre generoso cuyo nombre ostentaba. Pero, muerto su padre adoptivo, el joven se halló solo para subvenir a sus necesidades y a las de una madre enferma, valetudinaria, inválida de las piernas, que vivía en una provincia lejana. El joven se fue a la capital, y gracias a su honrado trabajo cotidiano se procuró recursos que le permitieron seguir primero los cursos superiores y luego ingresar en la Universidad. Pero ¿de qué sirve dar lecciones en casas de comerciantes rusos, que las pagan a diez kopecs, sobre todo cuando ha de atenderse al sustento de una madre enferma? La muerte de la anciana apenas disminuyó para el joven las dificultades de la vida. Y ahora, una pregunta: si el noble descendiente a que nos referimos fuese un hombre justo, ¿cómo debía razonar? El lector juzgará sin duda que debía decir así: P. me ha colmado de beneficios mientras vivió; gastó decenas de miles de rublos para educarme, procurarme institutrices y mantenerse, en Suiza, en una casa de salud. Y ahora yo poseo millones y el hijo de P., ese joven inocente de las faltas de un padre ligero y olvidadizo, se muere miserablemente de hambre dando lecciones. Cuanto P. hizo por mí, debió, en recta justicia, hacerlo por él. Las sumas enormes que gastó en mi beneficio, no me correspondían en realidad. Sólo me aproveché de ellas por un capricho de la ciega fortuna: pero correspondían al hijo de P. Él debía haberse aprovechado de ellas, no yo, por quien P. se interesó caprichosamente, olvidando sus deberes paternales. Si he de obrar como hombre realmente noble, delicado, justo, debo ceder la mitad de mi herencia al hijo de mi bienhechor. Pero como el dinero, para mí, es antes que todo y como por otra parte sé bien que esa reclamación no es sostenible jurídicamente, no le daré la mitad de mis millones. Mas yo cometería una bajeza demasiado indignante, una infamia en exceso desvergonzada si no

entrego ahora, por lo menos, al hijo de P. las decenas de miles de rublos que éste gastó para curarme de mi idiotismo. Esta es una cuestión de conciencia y de estricta justicia. ¿Qué habría sido de mí si P. no se hubiese encargado de mi educación y, en vez de atenderme, hubiera atendido a su hijo?

Pero no, lectores. Nuestros nobles descendientes no son así. El abogado que sólo por amistad con el joven, a su pesar y casi a la fuerza, se había encargado de los intereses del hijo de P., invocó en vano toda clase de consideraciones de justicia, de delicadeza, de honor y no de mero cálculo. El ex pupilo del sanatorio suizo permaneció inflexible. Y aun todo esto no tendría importancia. Lo realmente imperdonable, lo que ninguna enfermedad, por interesante que sea, puede hacer dispensar, es que ese millonario recién salido de las polainas de su médico no pudo comprender siquiera que el noble joven que se mata a trabajar dando lecciones para vivir no le pedía una caridad, ni un socorro, sino que alegaba un derecho justo, aunque no sea legal, además de que, hablando en puridad, no era él, sino sus amigos, quienes hacían tal gestión en su favor. Con la serena insolencia de un rico muy seguro tras sus millones, el noble descendiente sacó majestuosamente de su cartera un billete de cincuenta rublos y lo envió al joven a manera de humillante limosna. ¿Os asombráis, lectores? ¿Rompéis en gritos de indignación, os escandalizáis, os indignáis? No importa: ese hombre ha obrado así. El dinero, por supuesto, le fue devuelto o, más exactamente, tirado a la cara. Y como el asunto no es de la competencia de los tribunales, no queda sino someterlo al juicio de la opinión pública, que es lo que nosotros hacemos, garantizando al lector la exactitud de todos los detalles que relatamos. Uno de nuestros más conocidos escritores humorísticos ha compuesto un delicioso epigrama, que merece ser conocido, no sólo en los ambientes provincianos rusos, sino en los de la capital. Helo aquí al pie de la letra:

«Durante cinco años, Leoncito

anduvo de Schneider con el capote,

viviendo como un niño y con frecuencia

jugando como un niño… o como un zote.

De polainas volvió a Rusia calzado,

y se halló en heredero convertido,

y de este modo el millonario idiota

expoliador de un estudiante ha sido».

Cuando Kolia terminó la lectura alargó precipitadamente el semanario a Michkin y luego, en silencio, corrió a un rincón y se cubrió el rostro con las manos. Un inexpresable sentimiento de vergüenza se había adueñado de él: su

alma infantil, poco habituada todavía a las mezquindades humanas, se sublevaba infinitamente. Parecíale que acababa de suceder algo extraordinario, una catástrofe repentina, y que él mismo era el causante de todo, por el mero hecho de haber leído el artículo en voz alta.

También todos los demás parecían experimentar una impresión análoga.

Las jóvenes se sentían inquietas y avergonzadas. Lisaveta Prokofievna se esforzaba en contener su violenta indignación y, acaso lamentando su intervención en aquello, permanecía callada. A Michkin le sucedía algo muy frecuente en las personas tímidas, y era que la mala conducta ajena le causaba vergüenza propia. Estaba tan humillado por el innoble comportamiento de sus visitantes, que no se atrevía a mirarles siquiera. Ptitzin, Varia, Gania y hasta Lebediev, parecían muy turbados. Y, lo que era más extraño aún, Hipólito y el «hijo de Pavlitechv» se mostraban un tanto sorprendidos. El sobrino de Lebediev exteriorizaba un notorio descontento. Únicamente el boxeador conservaba una perfecta serenidad, retorcíase los bigotes con acompasada mesura y, si bien bajaba la vista, no era por confusión, sino, a lo que parecía, por caballerosa modestia, como hombre que no quiere abusar de su triunfo.

—Cualquiera diría —murmuró el general Epanchin— que se han reunido cincuenta miserables lacayos para escribir ese artículo.

—Permítame preguntarle, señor, el motivo de que se permita formular suposiciones tan injuriosas —dijo Hipólito, temblando de pies a cabeza.

—Eso, eso, eso… Eso, general, debe usted convenir en que es insultante para un hombre de honor —exclamó el boxeador a su vez, retorciéndose el bigote, mientras contraía el dorso y los hombros.

—En primer lugar no soy para usted ni «usted», ni «general», y en segundo no pienso darle explicación alguna —dijo Ivan Fedorovich con vehemencia.

Y, sin añadir palabra, se levantó, dirigióse a la escalera que comunicaba la terraza con la calle y allí permaneció en pie sobre el primer peldaño, de espaldas a los reunidos. Estaba indignado contra su mujer, que ni aun entonces parecía dispuesta a retirarse.

—¡Señores, señores, déjenme hablar! —exclamó el príncipe con anhelosa agitación—. Les ruego que hablemos de modo que podamos entendernos. Prescindo del artículo, señores, y me limito a decirles que es falso del principio al fin, como ustedes saben muy bien. Es una cosa vergonzosa. Les aseguro que me extraña que lo haya escrito uno de ustedes.

—Yo ignoraba hasta ahora la existencia de ese artículo —dijo Hipólito— y no lo apruebo.

—Yo sabía que había sido escrito, pero… no hubiese aconsejado su

publicación, por prematura —declaró el sobrino de Lebediev.

—Yo lo sabía, pero… yo tengo el derecho de… —comenzó el «hijo de Pavlitchev»

—¿Ha sido usted quien ha redactado todo eso? —dijo Michkin, mirando con curiosidad a Burdovsky—. ¡No es posible!

—Se podría discutir el derecho de usted a formular semejantes preguntas —sugirió el sobrino de Lebediev.

—Me sorprende que el señor Burdovsky haya podido… Pero lo que yo quería decir era esto: que me sorprende que, una vez dada por ustedes publicidad al asunto, se molestasen ante la posibilidad de mencionarlo ante mis amigos.

—¡Es el colmo! —exclamó Lisaveta Prokofievna, irritada.

Lebediev, sin poder contenerse más, se adelanté entre las sillas, casi febril:

—Olvida usted, príncipe —dijo—, que, si ha consentido en recibir y atender a esta gente, sólo ha sido en virtud de la bondad de su corazón, que es incomparable. Porque no tienen derecho alguno a exigir nada. Y además había usted confiado el asunto a Gabriel Ardalionovich, lo que ha sido por parte de usted otra inmensa muestra de bondad. Usted olvida también, ilustre príncipe, que estando rodeado de un grupo de amigos muy distinguidos, no tiene derecho a sacrificarlos a estos hombres y que sólo depende de su voluntad ponerlos en la puerta inmediatamente. Como dueño de la casa, yo tendría el mayor placer en…

—¡Muy bien dicho! —apoyó con calor el general Ivolguin.

—Basta, Lebediev, basta… —empezó Michkin, Pero sus palabras quedaron sofocadas bajo un verdadero estallido de indignación.

—No, príncipe, no basta —dijo el sobrino de Lebediev, logrando dominar el tumulto con su voz—. Es preciso exponer el asunto con claridad, porque veo que no lo comprenden así. Ya se hace intervenir aquí la cuestión jurídica, y en nombre de ella se amenaza con ponernos en la puerta. Realmente, ¿nos cree usted tan necios que no conozcamos que nuestra reclamación no posee fundamento jurídico y que desde el punto de vista legal no tenemos derecho a reclamar un rublo? Pero sabemos, en cambio, que si el derecho positivo está contra nosotros, tenemos en cambio a favor el derecho humano, el derecho natural, el derecho del buen sentido y de la conciencia, cuyas prescripciones, aunque no figuren en los mezquinos códigos de los leguleyos, no por eso dejan de obligar a todo hombre sincero y honrado, es decir, a todo hombre de sano juicio. Si hemos venido sin temor de que se nos pusiese en la puerta (con lo que se nos ha amenazado hace un instante) en virtud del carácter imperativo

de nuestra reclamación y de la visita a tal hora (aunque no era tal cuando vinimos y lo es a causa de nuestra larga espera en la antesala), si hemos entrado, repito, sin temor, ha sido precisamente porque contábamos encontrar en usted un hombre de buen sentido, esto es, de honor y de conciencia. Es verdad que no nos hemos presentado humildemente, como sus parásitos y aduladores, sino con la cabeza alta, como conviene a hombres independientes, y que no hemos formulado una petición, sino una intimación orgullosa y abierta (porque fíjese en que no solicitamos, sino que exigimos). Nosotros le preguntamos, con toda energía y franqueza: ¿cree usted tener razón en el asunto de Burdovsky? ¿Reconoce usted que Pavlitechv le colmó de beneficios y hasta acaso le salvó de la muerte? Si lo reconoce así, lo que es superfluo preguntar, ¿no encuentra usted ajustado a la equidad indemnizar al desgraciado hijo de Pavlitechv, aun cuando lleve el nombre de Burdovsky? ¿Sí o no? Si es «sí», o, en otras palabras, si usted posee lo que en el lenguaje de ustedes se llama honor y conciencia y nosotros, con más precisión, llamamos, en el nuestro, buen sentido, entonces satisfaga nuestra demanda y asunto terminado. Atiéndanos sin ruegos ni agradecimientos por nuestra parte, y no espere nada de nosotros, porque lo que haga no será por nosotros, sino por la justicia. Si se niega usted a satisfacernos, si dice «no», nos retiraremos y el asunto quedará terminado también. Pero entonces le diremos en la cara, ante todos los presentes, que es usted un hombre de espíritu grosero y de un desenvolvimiento moral ínfimo y le negaremos el derecho de hablar en adelante de su honor y su conciencia, puesto que será un derecho que querrá comprar muy barato. He concluido. La cuestión está planteada. Expúlsenos, si se atreve. Puede hacerlo, porque ello está en su mano. Pero recuerde que exigimos y no imploramos. ¡Exigimos, no imploramos!

Y pronunciadas estas palabras con extraordinaria vehemencia, el sobrino de Lebediev guardó silencio.

—¡Exigimos, exigimos, exigimos y no imploramos! —tartamudeó Burdovsky, rojo como una langosta.

A raíz del discurso del sobrino de Lebediev, se produjo en los reunidos cierta conmoción. Oyéronse murmullos; pero todos, excepto Lebediev, cada vez más excitado, procuraban no inmiscuirse en el asunto. Era de notar que el funcionario, aunque estuviese de parte del príncipe, parecía orgulloso de la elocuencia de su sobrino. Al menos paseó sobre la concurrencia una mirada en que se traslucía cierta vanidosa satisfacción familiar.

—Creo —comenzó Michkin, con un tono moderado— que tiene usted razón, señor Doktorenko, en la mitad de cuanto ha dicho. Incluso consentiría en darle la razón en absoluto, si no olvidase usted cierto aspecto del asunto. Lo que ha olvidado es que no puedo definirle con precisión, pero es cosa indudable que para que su lenguaje sea justo le falta algo. Mas, dejando eso y

yendo al grano, ¿quieren decirme, señores, por qué han publicado ese artículo? No contiene una palabra que no sea una calumnia, y además, en mi opinión, con él han cometido ustedes una vileza.

—¡Perdón, pero…!

—¡Señor mío…!

—¡Esas palabras! —exclamaron a la vez todos los excitados visitantes.

—Respecto al artículo —dijo Hipólito, con voz chillona—, ya le he dicho que ni los demás ni yo lo aprobamos. ¡Miren quién lo ha escrito! —agregó, señalando al boxeador, que se hallaba sentado junto a él—. Reconozco su estilo, en el que prescinde del buen lenguaje y de la corrección. ¡Es cosa muy propia de un hombre de su calaña! Convengo en que este hombre es un imbécil mixto de truhan y no me muerdo la lengua para decírselo en su cara todos los días. Pero, aun así, tiene razón en parte. La publicidad es un medio al que todos tienen derecho, y, por tanto, Burdovsky también. Respecto a la otra parte, que el autor responda de sus absurdidades. En cuanto a la protesta que yo he formulado antes contra la presencia de sus amigos, considero necesario aclarar que sólo he protestado con miras a afirmar nuestro derecho; pero ahora declaro que en realidad deseamos que haya testigos. Antes de entrar aquí, los cuatro estábamos de acuerdo en ese punto. Que los testigos fuesen amigos de usted, era cosa que no nos importaba. Y puesto que no pueden dejar de reconocer el derecho de Burdovsky, derecho que es de una exactitud matemática, es preferible que los testigos sean amigos de usted, porque así la verdad se impondrá con mayor evidencia.

—Es verdad: todos estamos de acuerdo en eso —apoyó el sobrino de Lebediev.

—Pues entonces —dijo Michkin, con extrañeza—, ¿por qué comenzaron por entrar de aquel modo?

El boxeador, que experimentaba una excitación creciente, y que ardía en deseos de intervenir (e incluso parecía que la presencia de las mujeres obraba en él como un fuerte e inequívoco estimulante) tomó la palabra:

—Respecto al artículo, príncipe, reconozco ser su autor, aunque mi amigo (a quien suelo perdonar muchas cosas en razón a su mal estado de salud) acabe de criticarlo tan acerbamente. Lo escribí y publiqué en el periódico de un amigo en forma de carta. Lo único no mío son los versos, debidos en realidad a un escritor satírico. Sólo lo leí a Burdovsky, aunque no completo, y él me autorizó en el acto a publicarlo. Usted convendrá que yo podía haberlo hecho imprimir incluso sin su consentimiento. El derecho a la publicidad es un derecho de todos, y un derecho conveniente y útil. Creo, príncipe, que es usted lo bastante progresista para osar negarlo…

—No niego nada; pero reconozca que ese artículo…

—¿Quiere usted decir que es duro? Tal vez; pero, en cierto modo, el interés de la sociedad lo exige así, como usted mismo admitirá, sobre todo en un caso flagrante como el presente. Será lamentable para los culpables, sí; pero beneficioso para la sociedad. En cuanto a alguna pequeña inexactitud, a alguna exageración, por decir así, ¿no es cierto que lo importante es el fin, la intención, la iniciativa? En principio se trata de un ejemplo moral, tras el que cabe examinar los casos particulares. Y en cuanto al estilo, se trata de un artículo humorístico y no me negará usted que todo el mundo escribe así. ¡Ja, ja, ja!

—Yo les aseguro, señores —declaró Michkin—, que han seguido ustedes un camino erróneo. Usted ha publicado el artículo en la certeza de que yo no consentiría en dar satisfacción al señor Burdovsky y, fundándose en ello, ha insertado ese ataque para intimidarme y vengarse de mi presunta negativa. Pero, ¿qué sabían ustedes respecto a mis intenciones? Podía ser que yo hubiese decidido atender al señor Burdosky. Y es más: les declaro ahora sin rodeos, en presencia de testigos, que pienso hacerlo así…

—Esas son palabras nobles e inteligentes propias de un hombre inteligente y nobilísimo —proclamó el boxeador.

—¡Dios mío! —se lamentó Lisaveta Prokofievna.

—¡Es intolerable! —rezongó Epanchin.

—Permítanme, señores, permítanme —rogó el príncipe—. Les voy a exponer el asunto. Hace cinco semanas recibí la visita del señor Tchebarov, apoderado del señor Burdovsky. Usted, señor Keller —intercaló Michkin, volviéndose al ex oficial, con una sonrisa— hace en su artículo una descripción muy halagüeña de Tchebarov, pero a mí no me agradó extraordinariamente. Desde el primer momento comprendí que Tchebarov era el alma de todo esto y que, hablando francamente, había abusado de la ingenuidad del señor Burdovsky para promover esta reclamación.

—¡Usted no tiene… derecho! ¡Yo no soy… un ingenuo! —balbució Burdovsky, agitadísimo.

—No tiene usted el derecho de sugerir tales apreciaciones —declaró, con tono de autoridad, el sobrino de Lebediev.

—Lo que dice usted es infinitamente ofensivo —clamó Hipólito—. Se trata de una suposición gratuita, hiriente y fuera de lugar.

—Perdonen, señores —se apresuró a excusarse Michkin—. Les ruego que me dispensen. He creído mejor obrar por ambas partes con entera sinceridad; pero si prefieren que se obre de otro modo… Respondí a Tchebarov que, como

no estábamos en San Petersburgo, yo iba a encargar a un amigo que aclarara el asunto, del cual yo enviaría más adelante noticias a usted, señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que fue la intervención de Tchebarov en este caso lo que me hizo sospechar que se trataba de un engaño. No se ofendan de mis palabras, señores. ¡No sean tan susceptibles, por amor de Dios! —exclamó el príncipe, viendo que Burdovsky se irritaba de nuevo y que los otros comenzaban a protestar otra vez—. Si les digo que consideraba el asunto como un engaño, nada en ello les afecta personalmente. Yo no conocía a ninguno de ustedes; ignoraba sus nombres, y sólo formé opinión sobre Tchebarov. Hablo en general… ¡Si supiesen la cantidad de engaños de que me han hecho objeto desde que heredé los bienes que poseo!

—Sí; es usted asombrosamente cándido, príncipe —observó, irónico, el sobrino de Lebediev.

—Y, con todo, es príncipe y millonario. Quizá tenga usted, en efecto, un corazón sencillo y bondadoso, pero no puede eximirse a la ley general —dijo Hipólito.

—Es posible, es posible —admitió Michkin—, aunque no sé a qué ley general se refiere usted. Continúo. Pero no se ofendan sin motivo, porque les aseguro que no me propongo afrentarles en modo alguno. Y veo que no puede decirse una sola palabra sincera sin que ustedes se irriten. En primer lugar, quedé muy asombrado cuando Tchebarov me mencionó un hijo de Pavlitchev cuya existencia yo desconocía, así como que se encontrara en situación tan dolorosa. Pavlitchev había sido mi bienhechor y amigo de mi padre… Y a propósito, señor Keller: ¿con qué fundamento imputa usted a mi padre hechos absolutamente indemostrados? Estoy positivamente convencido de que no dilapidó dinero alguno de la compañía ni maltrató a ningún subordinado suyo. ¿Cómo ha podido escribir usted semejante cosa? Y en lo que concierne a Pavlitchev, sus afirmaciones son intolerables. De un hombre tan noble no han vacilado ustedes en hacer un libertino, acusándole de serlo con tanta certeza como si dijesen la verdad, cuando lo cierto es que jamás ha existido en el mundo hombre de conducta más morigerada. Era, además, un verdadero sabio, mantenía correspondencia con diversas celebridades científicas y gastó mucho dinero en bien de la ciencia. En cuanto a su corazón y sus buenas acciones… Bien, en eso ha tenido usted razón escribiendo que yo era entonces casi idiota y que no era capaz de comprender nada (aunque sí entendía y hablaba el ruso); pero ahora comprendo cuanto Pavlitchev hizo por mí y le doy su verdadero valor.

—Dispénseme —intervino Hipólito—. ¿No le parece demasiado sentimentalismo? No somos niños, ¿sabe? Acuérdese de que son más de las nueve. Vayamos, pues, directamente a los hechos.

—Bueno, bueno, señores —repuso Michkin—. Los hechos son que acogí la noticia al principio con desconfianza; pero luego pensé que acaso me equivocara y Pavlitchev hubiera, en efecto, dejado un hijo. Sólo me sorprendió la facilidad con que ese hijo revelaba el secreto de su nacimiento y deshonraba así a su madre. Tchebarov, en su primera conversación conmigo, me amenazó ya con la publicidad…

—¡Qué necio! —exclamó el sobrino de Lebediev.

—¡No tiene usted el derecho… no tiene usted el derecho! —protestó Burdovsky.

—El hijo no es responsable de las inmoralidades de su padre, y la madre no tiene culpa alguna —añadió Hipólito, con fogosidad.

—Lo cual —observó tímidamente Michkin— me parece una razón más para evitarle…

—Veo, príncipe, que no sólo es usted cándido, sino que rebasa los límites de la candidez —declaró el sobrino de Lebediev, con despectiva expresión.

—Y, además, ¿qué derecho tenía usted…? —insistió Hipólito, con voz más forzada que antes.

—Ninguno, ninguno —se apresuró a confesar el príncipe—. En eso tiene usted razón. Juzgué de aquel modo involuntariamente y en seguida pensé que no me asistía el derecho de atenerme en este caso a mis sentimientos personales, así como que, si creía justo atender los deseos del señor Burdovsky en consideración a la memoria de Pavlitchev, debía hacerlo a todo evento, esto es, tanto si el señor Burdovsky despertaba mi estimación como en el caso contrario. Si he mencionado eso, señores, fue para hacerles comprender que me pareció poco natural que un hijo divulgase así los secretos de su madre. Sí: eso me llevó a considerar que Tchebarov era un miserable que había sabido engañar al señor Burdovsky para formular aquella demanda.

—¡Es intolerable! —exclamaron los visitantes, varios de los cuales se levantaron de sus asientos.

—Fue precisamente por eso, señores, por lo que opiné que el señor Burdovsky debía ser un hombre ingenuo, desvalido, fácil instrumento en manos de granujas, y por lo que me creí en la obligación de ayudarle en su calidad de «hijo de Pavlitchev», empezando por sustraerle a la influencia de Tchebarov y convirtiéndome luego en un guía afectuoso y adicto para él… Decidí, además, darle diez mil rublos, importe a que ascienden, según mis cálculos, los gastos que Pavlitchev pudo hacer conmigo.

—¡Solamente diez mil! —exclamó Hipólito.

—Creo, príncipe, que o no está usted muy fuerte en aritmética… o lo está

demasiado, aunque finja ser un bendito de Dios —manifestó el sobrino de Lebediev.

El boxeador se inclinó hacia Burdovsky por detrás del respaldo de la silla de Hipólito y aconsejó a su amigo, en un rápido cuchicheo:

—¡Acepta, Antip! Toma eso por ahora y después ya veremos.

—Permítame decirle, señor Michkin —expuso Hipólito con voz fuerte— que nosotros no somos los imbéciles lisos y rasos que usted se figura y se figuran todos los presentes, incluyendo a estas señoras que nos miran con sonrisas tan despreciativas, y a ese gran señor —y señalaba a Eugenio Pavlovich—, a quien no tengo el gusto de tratar, aunque creo haber oído hablar de él…

El príncipe le interrumpió, muy agitado:

—Dispénsenme una vez más, señores, porque una vez más no me han comprendido. En primer lugar, señor Keller, usted exagera mucho en su artículo la importancia de mis bienes. Lejos de tener millones, mi herencia acaso no pasará de la octava o décima parte de lo que usted presume. En cuanto a mi estancia en Suiza no pudo costar decenas de miles. Schneider percibía seiscientos rublos por año, y mi pupilaje sólo se pagó durante los tres primeros. En cuanto a las bellas institutrices que Pavlitchev hacía venir de París, no existieron nunca sino en la imaginación del señor Keller. ¡Una calumnia más! En mi opinión, el conjunto de las cantidades gastadas conmigo está muy por debajo de los diez mil rublos, pero aun así me atuve a esa cifra, y ustedes convendrán conmigo en que, si se trataba de saldar una deuda, no podía ofrecer más al señor Burdovsky, por muy bien dispuesto que me sintiera hacia él. Y aunque quisiera hacerlo, mi delicadeza me lo impediría, porque era tanto como darle una limosna. ¡No comprendo, señores, cómo no lo ven así! Por otra parte, no contaba con que mi interés por el desgraciado señor Burdovsky terminase con esto, sino que me proponía seguir interesándome amistosamente en mejorar su suerte. Era notorio que le habían engañado, porque, si no, no habría podido consentir en una bajeza como la de que el señor Keller divulgara la vergüenza de su madre… Pero, ¿por qué vuelven a indignarse, señores? ¡Así no acabaremos de entendernos jamás! Y ahora los hechos me han dado la razón. Acabo de convencerme por mis propios ojos de que mi suposición era justa.

Michkin insistía en persuadir a los visitantes, en calmar su excitación, y no reparaba en que sólo conseguía hacerla crecer. Le interpelaron a coro, airados:

—¿Convencerse de qué?

—En primer lugar, he podido formarme una idea exacta de quien es el señor Burdovsky; es decir, he podido cerciorarme del carácter que tiene… Es

un hombre ingenuo, a quien cualquiera sería capaz de engañarle. Un hombre desventurado, desvalido… y por lo tanto debo disculparle… En segundo lugar, Gabriel Ardalionovich, en la entrevista que ha tenido conmigo hace una hora, me ha puesto al corriente de todos los designios de Tchebarov, me ha dicho que posee todas las pruebas de la maldad de sus planes y me ha confirmado que Tchebarov es precisamente lo que yo suponía. Sé, señores, que mucha gente me considera como un idiota. Fundándose en mi reputación de hombre que afloja fácilmente los cordones de la bolsa, Tchebarov ha juzgado posible engañarme, explotando principalmente el buen recuerdo que conservo de Pavlitchev. Pero lo principal… ¡Déjenme acabar, señores! Lo principal es que ha resultado que el señor Burdovsky no es hijo de Pavlitchev. Gabriel Ardalionovich me ha comunicado antes ese descubrimiento y asegura que posee pruebas definitivas. ¿Qué les parece? ¿No es cierto que tal cosa se creería imposible después de cuanto se ha dicho aquí? Pero observen que existen, a lo que creo, pruebas positivas… No es que yo lo crea todavía, e incluso diría resueltamente que no lo creo, ya que Gabriel Ardalionovich no ha tenido tiempo de darme detalles completos. Pero de que Tchebarov es un canalla no puedo seguir dudando ya. Ha engañado al infeliz señor Burdovsky y a todos ustedes, señores, que han acudido caballerosamente en apoyo de su amigo (quien, ya lo comprendo, necesita, en efecto, apoyo), complicándoles a todos en una estafa, pues este asunto en el fondo no es otra cosa.

—¡Una estafa! ¡Qué no es el «hijo de Pavlitchev»! ¡No es posible!

Aquellas palabras sólo expresaban muy débilmente la estupefacción en que las palabras de Michkin habían sumido a todo el grupo de Burdovsky.

—Sí: una estafa. Puesto que el señor Burdovsky no es hijo de Pavlitchev, su reclamación no constituiría ni más ni menos que una tentativa de estafa, en el supuesto de que él hubiese conocido la verdad. Pero le han engañado e insisto en este punto para justificarle y repito que su ingenuidad le hace digno de compasión y de apoyo. De ser de otro modo, figuraría en este asunto como un granuja. Mas estoy seguro de que no se da cuenta de lo que sucede. Yo me hallaba en una situación parecida a la suya antes de ir a Suiza; balbucía, como él, palabras incoherentes; quería expresar mi pensamiento y no podía… Me hago cargo de eso, y por ello estoy en mejor situación para compadecer al señor Burdovsky. Como me he encontrado en idéntico estado que él, tengo motivos para hablar de ello. De modo que, aun cuando no haya nada parecido a que el señor Burdovsky sea hijo de Pavlitchev, y aunque todo resulte ser un engaño, no cambiaré y estoy dispuesto a darle diez mil rublos en memoria de Pavlitchev. Antes de recibir la reclamación del señor Burdovsky me proponía dedicar esa cantidad a fundar una escuela para honrar la memoria de mi bienhechor; pero la honraré de igual modo ofreciendo esos diez mil rublos al señor Burdovsky, puesto que, si no es «hijo de Pavlitchev», ha sido tratado por

él casi como un hijo. Esa circunstancia fue la que permitió a un canalla engañarle, haciéndole creer sinceramente que era «hijo de Pavlitchev». Atiendan, pues, señores a Gabriel Ardalionovich. Vamos, no se irriten, no se inquieten: siéntense… Gabriel Ardalionovich va a explicárnoslo todo inmediatamente. Yo mismo, lo reconozco, ardo en deseos de conocer el asunto en todos sus detalles. Gabriel Ardalionovich dice que incluso ha visitado a su madre, en Pskov, señor Burdovsky. Su madre, que no ha muerto, aunque así lo diga el periódico… Siéntense señores, siéntense…

El príncipe se sentó y logró que le imitase todo el grupo de Burdovsky. En el curso de los diez o veinte últimos minutos, Michkin, impacientado por las continuas interrupciones, había levantado la voz y hablado con más energía, por lo que a la sazón lamentaba ciertas palabras que se le habían escapado en el calor de la peroración. De no haberle apremiado los visitantes de tal modo, no se habría permitido expresar tan abiertamente ciertas suposiciones. Y cuando calló, punzantes remordimientos laceraban su alma. Además de ofender a Burdovsky declarando ante testigos que le creía víctima de la enfermedad de que él se había curado en Suiza, se reprochaba como una grosera indelicadeza el haberle ofrecido diez mil rublos en presencia de todos. Y pensaba: «Debí esperar hasta mañana y ofrecerle ese dinero cuando nos hallásemos a solas. Ahora ya no hay remedio: el mal está hecho. Sí, soy un idiota, un verdadero idiota», concluyó Michkin para sí, en un paroxismo de vergüenza y disgusto.

Hasta entonces Gania se había mantenido apartado de todos sin hablar. Al interpelarle Michkin, se colocó al lado de éste y con voz clara y reposada comenzó a explicar el desarrollo de la gestión que se le había confiado. Todas las conversaciones se interrumpieron. Los reunidos, y en particular el grupo de Burdovsky, escuchaban con viva curiosidad.

IX

—No negará usted —empezó Gania, dirigiéndose a Burdovsky, que le escuchaba con atención, abriendo mucho los ojos, en un estado de agitación extraordinario—, no negará usted en serio, digo, que su nacimiento tuvo lugar dos años después del matrimonio de su madre con su padre, el secretario del colegio, señor Burdovsky. Nada más sencillo que establecer con hechos la fecha de su nacimiento, por lo cual sólo puede ser un capricho de la mente del señor Keller la sugestión, tan ultrajante para la madre de usted, que ha dado motivo a todo este revuelo. Cierto que su fin, al alterar así la verdad, era servir mejor a usted, presentando su derecho como más legítimo. El señor Keller

afirma que le leyó ese artículo previamente, mas no completo. Seguramente omitió ese párrafo…

—No se lo leí, en efecto —interrumpió el boxeador—, pero los hechos me habían sido comunicados por una persona enterada, y…

—Perdón, señor Keller —atajó Gania—. Déjeme hablar. Le aseguro que en el momento oportuno hablaremos de su artículo y entonces podrá usted explicarse. Pero por ahora es innecesario anticipar los hechos. De un modo casual, por intermedio de mi hermana, Bárbara Ardalionovna Ptitzina, obtuve de su íntima amiga, la viuda Vera Alexievna Zubkona, una carta escrita a esta señora hace veinticuatro años por Nicolás Andrievich Pavlitchev, quien estaba entonces en el extranjero. Una vez en relación con Vera Alexievna, me dirigí, en virtud de sus indicaciones, al coronel retirado Timoteo Fedorovich Viazovkin, pariente lejano y antiguo amigo íntimo del señor Pavlitchev. El coronel me entregó otras dos cartas de Pavlitchev, escritas también desde el extranjero. Estos tres documentos, sus fechas y los hechos que mencionan, demuestran del modo más irrefutable que dieciocho meses antes del nacimiento de usted, señor Burdovsky, Nicolás Andrievich se fue al extranjero, donde pasó tres años consecutivos. Y usted sabe, señor Burdovsky, que su madre no ha salido nunca de Rusia. Es muy tarde y considero superfluo leer ahora esas cartas; me limito a testimoniar su existencia. Pero si usted quiere, señor Burdovsky, vaya mañana a mi casa, con todos los testigos que quiera, y con peritos en grafología, y me comprometo a probarle la plena exactitud de cuanto le comunico. Y desde ese momento, naturalmente, la cuestión quedará zanjada.

Las palabras de Gabriel Ardalionovich produjeron hondo asombro. En medio de una excitación general, Burdovsky volvió a levantarse.

—Siendo así, he sido engañado, engañado… hace mucho tiempo… Pero no por Tchebarov… No quiero peritos… no quiero ir a su casa… no quiero los diez mil rublos… Renuncio a todo. Adiós…

Cogió su sombrero y empujó hacia atrás su silla, para retirarse. Gania le dijo amablemente:

—Le ruego que espere cinco minutos si le es posible, señor Burdovsky Debo revelar ciertos hechos de la mayor importancia, en especial para usted. Por lo menos, hechos muy curiosos. Considero indispensable que los conozca y seguramente no lamentará usted que este asunto llegue a su total esclarecimiento.

Burdovsky volvió a sentarse en silencio e inclinó la cabeza, cual un hombre sumido en profundas meditaciones. El sobrino de Lebediev, que se había levantado para acompañar a su amigo, se sentó, también. Doktorenko no

había perdido su confianza en sí mismo, ni su presencia de ánimo, pero se le notaba cierto desasosiego. Hipólito parecía anonadado y, en apariencia, muy sorprendido. En aquel momento sufrió un violento acceso de tos, llevóse el pañuelo a la boca y lo retiró manchado de sangre. El boxeador estaba casi aterrorizado.

—Antip —dijo con cierto reproche—, ya te advertí anteayer que acaso en realidad no fueses hijo de Pavlitchev.

Se oyeron risas sofocadas. Dos o tres de los presentes rieron más fuertemente que los demás.

—Lo que acaba usted de comunicarnos tiene mucho valor, señor Keller —declaró Gabriel Ardalionovich—. Ahora bien, los rigurosos datos que poseo me autorizan a creer que el señor Burdovsky, aunque perfectamente informado de la fecha de su nacimiento, desconocía esa permanencia de Pavlitchev en el extranjero, donde pasó casi toda su vida, no viniendo a Rusia sino para estancias muy cortas. Además, el viaje de que se trata es un hecho lo bastante insignificante en sí para que los amigos de Pavlitchev lo recuerden con precisión después de veinte años. Con mayor razón, pues, debe ignorarlo el señor Burdovsky, que no había nacido. Claro que, como se acaba de probar, no es imposible hallar la prueba de la ausencia de Pavlitchev. Pero debo reconocer que mis gestiones fueron facilitadas por la casualidad, sin la cual acaso no hubieran tenido éxito. Realmente era casi imposible para los señores Burdovsky y Tchebarov el informarse en debida forma, aun suponiendo que hubieran tenido la idea de realizarlo. Pero acaso no pensaron en ello siquiera…

Hipólito, súbitamente, interrumpió a Gania diciendo con irritación:

—Permítame, señor Ivolguin. ¿A qué viene todo esto? El asunto está claro y nosotros damos por cierto el hecho principal. ¿Para qué, pues, entrar en detalles penosos y tristes? ¿Acaso quiere usted jactarse de la habilidad de sus pesquisas y alardear ante el príncipe y ante nosotros de ser un hábil «detective»? ¿O se propone disculpar a Burdovsky acreditando que se ha visto envuelto en este asunto por ignorancia? Eso es una insolencia, señor Ivolguin. Burdovsky, como puede usted comprender, no necesita que usted le exculpe. Ello constituye una ofensa para Burdovsky, y su situación es ya bastante dolorosa y delicada sin necesidad de que usted la agrave. ¿Cómo no se hace cargo de ello?

—Calma, señor Terentiev, calma —respondió Gania—. Tranquilícese y no se irrite. Creo que no se encuentra usted bien, ¿verdad? Lo siento… Si usted quiere, terminaré resumiendo brevemente lo que, según mi opinión, no sería inútil expresar con todo detalle. —Y notando entre los oyentes una agitación semejante a la impaciencia, añadió—: Deseo únicamente hacer constar, para

informe de todos los interesados, que si el señor Pavlitchev se mostró tan benévolo con la madre del señor Burdovsky, fue únicamente porque dicha señora era hermana de una joven de la que Pavlitchev había estado enamorado en su primera juventud, y con la que sin duda se hubiese casado si ella no hubiese muerto de repente. Poseo pruebas de que esta circunstancia, absolutamente cierta, no ha dejado sino un recuerdo muy confuso, o, con más exactitud, nulo del todo. Podría explicarles cómo su madre, señor Burdovsky, fue recogida, cuando sólo contaba diez años, por Pavlitchev, quien atendió a su educación y más tarde le dio una dote importante. Esta cariñosa solicitud inquietó a los numerosos parientes de Pavlitchev, los cuales llegaron a suponer en él intenciones de casarse con su protegida. Pero el caso fue que, en fin de cuentas, la joven, al llegar a los veinte años, se casó por amor, como puedo acreditarlo del modo más indiscutible, con un funcionario público, un agrimensor, llamado Burdovsky. De los datos recogidos por mí resulta que dicho señor Burdovsky, al recibir los quince mil rublos que constituían la dote de su mujer, abandonó el empleo para lanzarse a empresas comerciales y, como era un hombre sin espíritu práctico, le engañaron, perdió cuanto tenía y se entregó a la bebida para olvidar sus desgracias. Sus excesos acortaron su existencia, y murió a los ocho años de casado. Su viuda, según declaración de ella misma, quedó en la miseria y habría muerto de hambre de no ser por la generosa ayuda de Pavlitchev, quien le asignó una pensión mensual de seiscientos rublos. Hay innumerables testimonios, señor Burdovsky, de que Pavlitchev se mostró muy cariñoso con usted desde que era usted un niño muy pequeño. De esos testimonios, ratificados por la aserción de su madre, resulta que Pavlitchev le quería, sobre todo, porque era usted tartamudo, enclenque y enfermizo. Y Nicolás Andrievich, como se me ha demostrado, ha sentido siempre predilección por todos los infelices de ese género, en especial si eran niños. A mi juicio, ello tiene mucha importancia en este caso concreto. Finalmente, y para acabar de hacer ostensibles mis talentos de investigador, les diré que he llegado a descubrir un detalle fundamental, y es que, viendo el vivo afecto que Pavlitchev demostraba hacia usted, señor Burdovsky, porque gracias a él cursó usted los estudios superiores y le enseñó de un modo especial, los parientes y criados de Nicolás Andrievich acabaron persuadiéndose gradualmente de que era usted hijo suyo y de que el difunto señor Burdovsky no había sido más que un esposo engañado. Pero notemos que esa idea no se convirtió en creencia positiva y general sino en los últimos años de la vida de Pavlitchev, es decir, cuando sus parientes temían perder la herencia, cuando los hechos primitivos se habían olvidado y cuando no existía modo de aclarar directamente las cosas. Sin duda usted mismo, señor Burdovsky, se informó de aquella suposición y no vaciló en admitirla como una verdad. Su madre, a quien he tenido el honor de conocer recientemente, estaba informada de todos esos rumores, pero aun hoy ignora (y yo se lo he

ocultado) que usted los acogiese con tanta complacencia. Yo, señor Burdovsky, he encontrado en Pskov a su muy honorable señora madre, sumida, efectivamente, en la miseria en que cayó a raíz de la muerte de Pavlitchev, y ella me ha informado, con lágrimas de reconocimiento, de que sólo vive gracias a la ayuda de su hijo… Espera mucho y cree sinceramente en sus éxitos futuros…

—¡Acabemos! —dijo el sobrino de Lebediev, con vehemencia—. ¡Es insoportable! ¿A qué viene toda esta novela?

—¡Es indignante e increíble! —acrecentó Hipólito, con un violento ademán.

Burdovsky calló y permaneció inmóvil.

—¿A qué viene? —repitió, con burlona sorpresa, Gabriel Ardalionovich—. En primer lugar, supongo que ahora el señor Burdovsky estará convencido de que Pavlitchev le quería por magnanimidad, no por sentimiento paterno. Urgía informar de ello al señor Burdovsky, quien hace muy poco, después de la lectura del artículo que saben, aprobó y sostuvo al señor Keller. Hablo de esta manera, señor Burdovsky, porque le considero un hombre honrado. En segundo lugar, resulta evidente que en todo el caso no ha habido intento de estafa, ni aun por parte de Tchebarov, lo que es importante para mí hacer constar, porque en el calor de sus palabras el príncipe ha sugerido que yo había descubierto las maquinaciones ilegales de Tchebarov. Por el contrario, todos han procedido de buena fe, y aunque bien puede ocurrir que Tchebarov sea un perfecto granuja, en este caso ha obrado como un abogado hábil e inteligente. Ha visto aquí un asunto que podía dejarle mucho dinero, y no ha calculado mal, porque contaba por una parte con el desinterés del príncipe y su respetuoso agradecimiento hacia el difunto Pavlitchev, y por otra con el punto de vista caballeresco desde el cual considera el príncipe los deberes impuestos por el honor y la conciencia. En cuanto al señor Burdovsky, dadas ciertas ideas que profesa, puede afirmarse que se ha lanzado a este asunto sin ningún pensamiento de lucro personal, sino instigado por Tchebarov y los que le rodeaban y creyendo firmemente lo que le decían, esto es, que se trataba de hacer un servicio a la justicia, al progreso y a la humanidad. En resumen, llego a la conclusión de que el señor Burdovsky es, aunque las apariencias le condenen, un hombre irreprochable, y el príncipe puede con razón ofrecerle su amistad y el auxilio en metálico que le ha prometido poco antes, cuando habló de la escuela y de Pavlitchev…

—Calle, Gabriel Ardalionovich, calle —interrumpió Michkin, realmente disgustado.

Pero era tarde. Burdovsky vociferó, con indignación:

—¡Ya he dicho no sé cuántas veces que no quiero ese dinero! No lo tomaré porque… porque no quiero… Y ahora me voy…

Ya se alejaba precipitadamente de la terraza cuando el sobrino de Lebediev le detuvo cogiéndole por el brazo y cuchicheándole unas palabras al oído. Burdovsky volvió bruscamente sobre sus pasos, sacó del bolsillo un envoltorio sin abrir, en el que se veía escrita una dirección, y lo arrojó sobre una mesita que se hallaba al lado de Michkin.

—¡Ahí tiene su dinero! ¡Su dinero! ¿Cómo se atrevió… cómo…?

—Son los doscientos cincuenta rublos que le envió usted por intermedio de Tchebarov aclaró Doktorenko.

—¡Y en el artículo se habla de cincuenta! —exclamó Kolia.

El príncipe se acercó a Burdovsky.

—Perdone, señor Burdovsky, la culpa es mía… No obré bien con usted, lo reconozco, pero no le envié esa cantidad como una limosna. Me reprocho ahora… y debí reprocharme antes…

Michkin, muy emocionado, parecía abatido por la fatiga y apenas pronunciaba más que palabras incoherentes.

—He hablado de estafas y de granujas, pero mis palabras… no se referían a usted… Me he equivocado… He dicho que usted estaba… enfermo como yo… Pero usted no es como yo… Usted… usted da lecciones; mantiene a su madre… He dicho que deshonraba usted el nombre de su madre… Pero usted la quiere: ella misma lo dice… Perdóneme… Gabriel Ardalionovich no me había explicado… Me he atrevido a ofrecerle… diez mil rublos… Pero he hecho mal… Debí proponérselo de otro modo… Y ahora, ya no hay remedio… Y usted me desprecia…

—¡Esta es una casa de locos! —exclamó la generala.

—Una verdadera casa de locos, sí —apoyó Aglaya, ásperamente.

Aquellas palabras se perdieron en el bullicio general. Todos hablaban a la vez: unos disputaban, otros comentaban, algunos reían. Iván Fedorovich, indignado hasta el extremo, mostrando el severo aspecto de la dignidad ultrajada, sólo esperaba, para marcharse, a que se le reuniese su mujer. El sobrino de Lebediev tomó la palabra:

—Hay que hacerle justicia, príncipe. Sabe usted sacar muy buen partido de su… digamos de su enfermedad, por emplear una expresión cortés. Usted se las ha arreglado para ofrecer su amistad y su dinero de modo tan hábil, que ahora es imposible para un hombre honrado aceptar ni una ni otro. Es usted muy cándido… o muy inteligente… Usted sabe mejor que nadie cuál de las

dos palabras es aplicable en este caso.

—Dispensen, señores —dijo Gania, que había abierto entre tanto el envoltorio—. Aquí sólo hay cien rublos y no doscientos cincuenta. Lo quiero hacer notar así, príncipe, para evitar equívocos.

—Deje, deje —dijo Michkin, haciendo signo a Gania de que callase.

—No, no «deje» —atajó vivamente el sobrino de Lebediev—. Su «deje», príncipe, es muy ofensivo para nosotros. Nosotros no tenemos por qué ocultar nada; obramos a la luz del día. Es verdad que ahí van cien rublos y no doscientos cincuenta, lo que no es igual.

—No, no es igual —dijo Gania con ingenua extrañeza.

—No me interrumpa señor abogado. No somos tan tontos como usted cree —repuso el sobrino de Lebediev, con despecho—. Es claro que entre doscientos cincuenta y ciento existe una diferencia, pero aquí lo importante es el principio, la iniciativa. La falta de ciento cincuenta rublos es un mero detalle. Lo importante, excelentísimo príncipe, es que Burdovsky no acepta su limosna y se la tira a la cara. Desde este punto de vista lo mismo da que haya ahí cien rublos o doscientos cincuenta. Acaba usted de ver que Burdovsky ha rehusado diez mil rublos. Y de no ser un hombre honrado, no le habría devuelto los cien rublos. Los ciento cincuenta que faltan han sido dados a Tchebarov para compensarle de los gastos que tuvo que hacer cuando fue a visitar al príncipe. Puede usted burlarse de nuestra torpeza e inexperiencia en los negocios: es igual, porque ya nos ha puesto bastante en ridículo. Pero le aconsejo que no nos acuse de hombres sin honradez. Esos ciento cincuenta rublos, señor mío, los reuniremos entre todos para reembolsarlos al príncipe, y pagaremos la deuda íntegra, con los intereses, aunque sea rublo a rublo. Burdovsky es pobre y no millonario, y Tchebarov le pasó la cuenta después de su viaje. Y nosotros contábamos salir con éxito de esta empresa… ¿Quién no hubiera hecho lo mismo en nuestro lugar?

—¡Vaya una ocurrencia! —exclamó el príncipe Ch.

—¡Aquí acabaré perdiendo la cabeza! —dijo la generala.

—Esto me recuerda —comentó Eugenio Pavlovich, riendo— la célebre defensa reciente de un abogado que, queriendo justificar a un asesino que había matado a seis personas para robarles, invocaba la pobreza de su defendido como una atenuante. «Es muy natural (concluyó el defensor) que, dada la miseria en que se encontraba, mi patrocinado resolviese matar a seis personas. ¿Quién de nosotros, señores, no habría pensado lo mismo en su lugar?».

—¡Basta! —rugió Lisaveta Prokofievna, temblorosa de ira—. Ya es hora

de poner término a esta insensatez…

Y, presa de espantosa sobreexcitación, echó la cabeza hacia atrás y su mirada relampagueante, preñada de amenazas y retos, fulminó a todos los presentes, en quienes, en su exaltación, no distinguía, sin duda, los amigos ni los adversarios. Su cólera, largo tiempo contenida, sentía la imperiosa necesidad de descargar sobre alguien. Los que conocían a Lisaveta Prokofievna comprendieron que su indignación rebasaba todos los límites. Al día siguiente, su marido decía solemnemente al príncipe Ch.: «Mi mujer suele padecer accesos nerviosos, pero casi nunca como el de ayer. Pueden producirse una vez cada tres años, pero no tan a menudo, no tan a menudo…»

—Déjeme en paz, Ivan Fedorovich —exclamó Lisaveta Prokofievna—. ¿A santo de qué se le ocurre ofrecerme el brazo ahora? Usted es marido y cabeza de familia: su deber era haberme sacado de aquí aunque fuese arrastrándome por los pelos si yo cometía la necedad de negarme a marchar. Al menos, pudo usted pensar en sus hijas… Pero ahora sabremos volver solas; no se preocupe. ¡Tengo bastante vergüenza encima para todo un año! Esperen: quiero dar las gracias al príncipe. Sí, príncipe, muchas gracias por el placer que nos has procurado. Me has permitido escuchar a esos jóvenes. ¡Oh, qué infinita bajeza! ¡Qué escándalo y qué caos! ¡Parece una pesadilla! ¿Es posible que haya otros tipos como éstos? ¡Silencio, Aglaya! ¡A callar, Alejandra! Esto no es cosa vuestra. No dé vueltas a mi alrededor, Eugenio Pavlovich; me es usted insoportable… Y tú, querido —y ahora se dirigía a Michkin—, ¿vas a pedirles perdón, verdad? ¡Claro! ¿Qué menos puedes hacer sino rogarles que te perdonen después de que les has hecho la ofensa de ofrecerles una fortuna? —Y mirando al sobrino de Lebediev, vociferó—: ¿Puede saberse de qué te ríes, charlatán? «Nosotros no solicitamos: exigimos; nosotros rechazamos los diez mil rublos…» ¡Cómo si no supieses muy bien que mañana este idiota irá en busca vuestra para ofreceros otra vez su amistad y su dinero! ¿Verdad que irás, príncipe? ¿Verdad que sí? Vamos, habla: ¿irás o no?

—Iré —repuso Michkin, con dulzura y humildad, pero firmemente.

—Ya lo has oído. Y tú contabas con ello —prosiguió la generala, interpelando al sobrino de Lebediev—. Tú estás ahora tan seguro del asunto como si tuvieses el dinero en el bolsillo, y aun pretendes alardear de magnánimo, para echarnos arena a los ojos… ¡No, hijo mío: a otras con ésas! ¡A mí no me engañas con tus cuentos! ¡Te comprendo muy bien!

—¡Lisaveta Prokofievna! —imploró Michkin.

—Vayámonos, Lisaveta Prokofievna; ya es hora. Nos llevaremos al príncipe con nosotros —dijo Ch., sonriendo, con la voz más tranquila que pudo.

Las jóvenes, realmente asustadas, se mantenían aparte de los demás. Su padre estaba aterrorizado. El lenguaje de su mujer había dejado estupefactos a todos. Algunos, fuera del grupo, sonreían a escondidas. El rostro de Lebediev expresaba un verdadero éxtasis.

—Escándalos y caos como éste, señora, se encuentran en todas partes —repuso Doktorenko, procurando dominar el desconcierto que le poseía.

—¡Cómo éste, no! ¡Cómo éste con que nos has obsequiado, no, padrecito! —bramó histéricamente generala—. ¿Quieren dejarme en paz de una vez? —dijo con violencia a los que se esforzaban en tranquilizarla—. Si como acaba de contar usted, Eugenio Pavlovich, un abogado ha dicho en pleno tribunal que la miseria justifica el asesinato de seis personas, ello demuestra que nos aproximamos al fin del mundo. ¡No había oído aún tal enormidad! Ahora lo comprendo todo, ¿acaso creen que este sietemesino —y señalaba al anonadado Budovsky— no acabará cometiendo algún asesinato? ¡Apuesto a que lo comete! Es posible que rechace el dinero del príncipe, porque su conciencia sin le permita tomarlo, pero luego irá a robarle por la noche y se apoderará de sus rublos después de asesinarle. Y robará con plena tranquilidad moral. No lo considerará como una deshonra, sino como un estallido de «noble indignación», o como «una protesta», o Dios sabe como qué… ¡Qué asco! Todo está revuelto, todo anda trastornado… A lo mejor se encuentran muchachas que han sido cuidadosamente educadas en la casa paterna y que de pronto, en plena calle, saltan a un fiacre y dicen: «Mamá: me he casado el otro día con Fulano o Mengano: adiós». ¿Y esto les parece bien? ¿Es digno y natural un proceder así? ¿Constituye también una parte de los derechos de la mujer? El otro día este mocoso —y señalaba a Kolia— me hablaba de «la cuestión feminista». ¡Pero aunque la madre de ese tipo de Burdovsky sea una imbécil, su deber de hijo es respetarla! ¿Qué es eso de presentarse insolentemente aquí, de noche cerrada, con esa cara dura y decir a este necio del príncipe: «Concédenos todos los derechos, y ojo con rechistar en presencia nuestra. Muéstranos el más profundo respeto o te trataremos peor que al último criado»? En su artículo le han calumniado como villanos, y, sin embargo, se jactan de hombres que luchan por la verdad y la justicia. «No imploramos: exigimos; no te daremos las gracias: bástete la satisfacción de tu conciencia». ¡Qué magnífica moral! Pero si vosotros creéis que el príncipe no tiene derecho a vuestro agradecimiento, con igual razón puede él no sentir ninguno hacia Pavlitchev. Vosotros no le habéis prestado dinero; no os debe nada. ¿En qué podéis fundaros sino en el agradecimiento? Y puesto que apeláis a ese sentimiento en los otros, ¿por qué vosotros os consideráis con derecho a no ser agradecidos? ¡Están locos! Consideran a la sociedad bárbara e inhumana porque desprecia a una joven seducida. Pero, si es cierta, esa barbarie consiste en hacer sufrir a la mujer a causa del desprecio de la sociedad. ¡Y para arreglar las cosas proclamáis la deshonra de la mujer en los

periódicos, de modo que sufra más aún! ¡Locos! ¡Insensatos! ¡No creen en Dios; no creen en Cristo! Pero yo os predigo que, en la vanidad y la soberbia que os roen, acabaréis devorándoos los unos a los otros. ¿No es esto caótico, no es absurdo, no es infame? ¡Y pensar que después de todo lo ocurrido este desgraciado les pide perdón! ¿Es posible que haya otros individuos como éstos? ¿Por qué sonríe usted? ¿Por qué me rebajo a hablarle? Pero ya me he rebajado y no hay remedio… —Y volviéndose a Hipólito, continuó—: ¡Basta de muecas, saco de huesos! ¡Está casi en la agonía y aun se dedica a pervertir al prójimo! Tú has maleado a este chiquillo —y señalaba a Kolia otra vez—, tú le has trastornado la cabeza, tú le enseñas a ser un incrédulo, tú no crees en Dios, cuando, por tu edad, aun necesitarías unos buenos azotes… ¡Maldito chicuelo! Príncipe León Nicolaievich: ¿piensas ir mañana a casa de estos hombres?

—Sí.

—Bueno, pues no vuelvas a presentarte ante mí jamás. —Y tras un brusco movimiento para retirarse, se volvió de pronto—: ¿Vas a ir a casa de este ateo?

Señalaba a Hipólito. De repente, con un espantoso alarido, se lanzó hacia el muchacho, cuya sonrisa burlona la exasperaba.

—¡Lisaveta Prokofievna! ¡Lisaveta Prokofievna! ¡Lisaveta Prokofievna! —se oyó gritar por todas partes.

—¡Qué vergüenza, maman! —exclamó Aglaya.

La generala había asido el brazo del joven y lo oprimía con violencia, mientras le miraba con ojos fulgurantes de cólera.

—No se preocupe, Aglaya Ivanovna —dijo Hipólto serenamente—. Su madre no es capaz de agredir a un moribundo. Y, si ella me lo permite, explicaré el motivo de mi sonrisa.

Un fuerte acceso de tos que se prolongó más de un minuto le impidió terminar la frase.

—¡Está agonizando y aun habla y habla! —clamó Lisaveta Prokofievna, soltando el brazo de Hipólito, aterrada al ver la sangre que acudía a los labios del joven—. ¿Por qué te empeñas en perorar? ¡Más te valdría irte a la cama, desgraciado!

—Es lo que pienso hacer —dijo él, con voz ronca—, en cuanto vuelva a casa. Sé muy bien que no he de vivir más de quince días. El propio Botkin me lo ha dicho la semana pasada. Y por esta razón, si usted me lo permite, quisiera pronunciar dos palabras de despedida.

—¿Estás loco? ¡Lo que necesitas es cuidarte! ¿A qué viene hablar más en este momento? ¡Pronto, a la cama! —dijo la generala, más aterrorizada cada

vez.

—Cuando guarde cama será para no levantarme más —dijo Hipólito, sonriendo—. Ayer me proponía ya acostarme para morir, pero, puesto que mis piernas podían sostenerme aún, resolví concederme dos días de tregua… a fin de acompañar a éstos… Mas estoy muy fatigado…

—Siéntate, siéntate… ¿Por qué estás de pie?

Y Lisaveta Prokofievna acercó una silla al enfermo.

—Gracias —dijo él, suavemente—. Siéntese usted frente a mí y hablemos. Es preciso que hablemos, Lisaveta Prokofievna —añadió, volviendo a sonreír—. Hágase cargo de que me encuentro por última vez al aire libre y en compañía, ya que dentro de dos semanas no estaré ya en este mundo con toda certeza. Así que mis palabras son en cierto modo mi última despedida a la naturaleza y a los hombres. No soy, ciertamente, un sentimental, y, sin embargo, me complace que esto suceda en Pavlovsk. Al menos se contempla el verdor y…

—No hables, muchacho —dijo Lisaveta Prokofievna, muy asustada—. ¿No ves que tienes fiebre? Te has pasado el tiempo gritando y ahora no puedes ya ni respirar. ¡Estás exhausto!

—Ya descansaré luego. ¿Por qué no satisfacer mi último deseo? Hace mucho tiempo que deseaba conocerla, Lisaveta Prokofievna; Kolia, el único ser viviente que está casi siempre a mi lado, me ha dicho muchas cosas de usted. La considero una mujer original, incluso extravagante, como acabo de comprobar ahora mismo. Y, sin embargo, eso es lo que me ha hecho simpatizar con usted.

—¡Y yo que he estado a punto de darle un golpe, Dios mío!

—No lo hizo gracias a Aglaya Ivanovna, ¿verdad? ¿No es esa joven su hija Aglaya Ivanovna? Tan bella es que, a pesar de no haberla visto nunca, la he reconocido en cuanto llegué aquí. Déjeme contemplar, siquiera una vez en mi vida, semejante belleza —dijo Hipólito, forzando una sonrisa—. Está usted acompañada por el príncipe, por su esposo, por sus amigos… ¿Por qué negarme la satisfacción de un último deseo?

—¡Una silla! —pidió la generala.

Y, cogiéndola ella misma, se sentó frente al joven, y ordenó a Kolia:

—Llévale luego a su casa tú mismo. Mañana, yo le visitaré.

—Si me lo permiten, pediré al príncipe una taza de té. ¡No puedo más! Creo, Lisaveta Prokofievna, que quería usted llevar al príncipe a tomar el té en su casa. ¿Sabe lo que se podía hacer? Quedarse usted aquí, pasar la velada

todos juntos y tomar el té que seguramente el príncipe encargará para todos. Perdóneme que no ande con cumplidos. Yo sé que usted es buena… y el príncipe lo es también. Realmente, todos somos buenas personas. ¡Es gracioso!

Michkin se levantó para dar órdenes. Lebediev salió a toda prisa, seguido de Vera.

—Eso es cierto —declaró, tajante, la generala—. Habla, pero despacio y sin exaltarte. Me has conmovido… Príncipe, no mereces que yo tome el té en tu casa; pero, no obstante, me quedaré. Mas no pienso presentar excusas a nadie. ¡A nadie! ¡Sería absurdo! De todos modos, príncipe, si te he ofendido, perdóname…, si quieres perdonarme, por supuesto… Además, no obligo a nadie a que se quede —dijo volviéndose a su esposo e hijas con aspecto tan irritado como si le hubiesen inferido alguna grave injuria—. ¡Sé volver sola a casa perfectamente!

No la dejaron concluir. Todos se congregaron en torno suyo. Michkin instó a los reunidos para que tomasen el té y se excusó por no habérsele ocurrido la idea antes. Epanchin contestó con algunas frases corteses y preguntó a su mujer si no tenía frío en la terraza. Casi estuvo a punto de interrogar a Hipólito si concurría a la Universidad, pero no llegó a hacerlo. Eugenio Pavlovich y el príncipe Ch. se mostraron súbitamente joviales y amables. Adelaida y Alejandra parecían extrañadas aún; pero sus semblantes expresaban satisfacción.

En resumen todos se alegraban de que la crisis de la generala hubiese pasado. Tan sólo Aglaya conservaba su expresión sombría y procuraba mantenerse al margen de los demás.

Los demás visitantes se quedaron también. Nadie quiso retirarse, ni aun el general Ivolguin. Lebediev, al pasar, cuchicheó a éste unas palabras, probablemente no muy agradables, porque Ivolguin se apresuró a disimularse en un rincón. El príncipe invitó también a Burdovsky y sus amigos a tomar el té. Murmuraron, con aspecto cohibido, que esperarían a Hipólito, y se sentaron, juntos, en el más lejano extremo de la te Traza. Lebediev debía haber mandado preparar el té hacía rato, porque fue servido inmediatamente. Daban las once.

X

Tras humedecer los labios en el vaso de té que lo ofreció Vera Lebediev, Hipólito lo dejó en la mesa y miró en torno suyo con cierto embarazo.

—Fíjese, Lisaveta Prokofievna —comenzó con extraña precipitación—: este servicio de té, que parece de auténtica porcelana, no ha sido usado nunca y está siempre guardado en el aparador de Lebediev. Su mujer se lo aportó en dote y él lo guarda celosamente bajo llave. Pero ahora nos ha servido el té en esta vajilla, en honor de usted, y sintiendo mucha satisfacción en hacerlo.

Se proponía decir algo más, pero se interrumpió.

—Está cohibido, como yo suponía —cuchicheó Radomsky al oído de Michkin—. Es mala señal, ¿no cree? Estoy seguro de que ahora su despecho le hará prorrumpir en alguna salida de tono que ponga a Lisaveta Prokofievna fuera de sí.

Michkin le miró, interrogativo.

—Veo que eso no le preocupa, príncipe —prosiguió Radomsky—. Le confieso que a mí tampoco. Incluso deseo esa salida de tono de que hablo. Conviene que Lisaveta Prokofievna reciba un castigo hoy mismo, inmediatamente… Y hasta que no lo reciba, no quisiera irme… Pero crea que está usted febril…

—Sí; no estoy bien… Luego hablaremos —repuso el príncipe con impaciencia, sin atender apenas a Radomsky.

Acababa de oír a Hipólito pronunciar su nombre.

—¿No lo cree usted? —decía el enfermo, con risa nerviosa—. Lo comprendo… Pero el príncipe no vacilará en creerlo, ni se asombrará lo más mínimo…

—¿Oyes, príncipe, oyes? —dijo Lisaveta Prokofievna, volviéndose a Michkin.

Sonaban risas en el grupo. Lebediev gesticulaba animadamente ante la generala.

—Dicen —continuó Lisaveta Prokofievna— que este payaso, el dueño de tu casa, se encargó de corregir el artículo en que se hablaba de ti, príncipe.

Michkin miró con sorpresa a Lebediev.

—¿Por qué no hablas? —exclamó la generala, golpeando el suelo con el pie.

—Ya veo —dijo Michkin, que continuaba examinando a Lebediev— que, en efecto, se han encargado de corregirlo.

—¿Es verdad? —preguntó la generala al funcionario.

Éste se llevó la mano al corazón.

—Es la pura verdad, excelencia —declaró sin el menor titubeo.

La generala, al oír aquella contestación, expuesta con toda firmeza, estuvo a punto de dar un salto.

—¡Pues no se envanece de ello encima! —exclamó.

—Soy muy vil, muy vil… —comenzó a balbucir Lebediev, inclinando la cabeza con humildad y golpeándose el pecho.

—¿Y a mí qué me importa que lo seas? El miserable imagina que con decir «soy muy vil», se zafa del asunto. Y tú, príncipe (te lo pregunto una vez más), ¿no te avergüenzas de convivir con semejantes canallas? No te lo perdonaré nunca.

Lebediev, con acento enternecido y de convicción, afirmó:

—El príncipe me perdonará.

Keller, levantándose repentinamente de su asiento, se aproximó a Lisaveta Prokofievna.

—Hasta este momento, señora —dijo con sonora voz— he guardado silencio por hidalguía, ocultando el hecho de esta corrección, aunque el propio que la hizo nos amenazara antes con ponernos en la puerta. A fin de hacer resplandecer la verdad, debo decir que he utilizado en efecto sus servicios y que se le han pagado seis rublos por ellos. Pero no le encargué de corregir mi estilo, sino de que me informara, en calidad de hombre bien enterado, de cosas que me eran desconocidas casi en absoluto. Los detalles de las polainas, del apetito del príncipe en el sanatorio suizo, la cifra de cincuenta rublos en substitución de la de doscientos cincuenta, son todos obra de este hombre, y por ellos ha cobrado sus seis rublos. Pero conste que el estilo no lo ha corregido.

—Quiero advertir que sólo corregí la primera parte del artículo —dijo Lebediev, con una especie de impaciencia febril, que despertó la hilaridad de los presentes—. Al llegar a la mitad del trabajo, no nos pusimos de acuerdo sobre cierto concepto y, por consecuencia, no conozco la segunda parte del escrito. No cabe, pues, atribuirme las numerosas incorrecciones de forma que se hallan en él…

—¡Fíjense en lo que le preocupa! —exclamó Lisaveta Prokofievna.

—Permítame preguntarle —dijo Eugenio Pavlovich a Keller— cuándo fue corregido ese artículo.

—Ayer por la mañana —respondió Keller— celebramos una entrevista que todos prometimos por nuestro honor mantener secreta.

—¡Y entre tanto este gusano se arrastraba ante ti y te aseguraba su

adhesión, príncipe! ¡Qué gentuza! Ya puedes guardarte tu Puchkin, ¿lo oyes, tú? Y que no se le ocurra a tu hija poner los pies en mi casa.

La generala hizo un movimiento para levantarse, pero, viendo reír a Hipólito, le preguntó con irritación:

—Has querido ponerme en ridículo, ¿verdad?

—No lo permita Dios —dijo él, con forzada sonrisa—. ¡Me sorprende mucho su extraordinaria originalidad, Lisaveta Prokofievna! Si le he mencionado la doblez de Lebediev, ha sido a propósito, porque sabía el efecto que iba a causarle. A causarle sólo a usted, porque el príncipe lo perdonará todo o, mejor dicho, ya lo ha perdonado. De seguro ha buscado y encontrado mentalmente una excusa para Lebediev. ¿No es así, príncipe?

A cada palabra que pronunciaba, la excitación del muchacho crecía. Respiraba con inmensa dificultad.

—¿Y qué? —preguntó la generala, extrañada por el acento del joven.

—He oído contar acerca de usted, Lisaveta Prokofievna, muchas cosas parecidas, que me han producido viva satisfacción y me han acostumbrado a apreciarla —continuó Hipólito.

Hablaba de un modo que parecía querer significar lo contrario de lo que expresaba. Adivinábase en él una intención irónica y a la vez se le notaba vivamente agitado. Miraba en torno suyo con desasosiego, se turbaba y perdía a cada instante el hilo de sus ideas. Todo esto, unido a su rostro de tuberculoso y a la expresión extraviada de sus ojos encendidos, atraía forzosamente la atención sobre él.

—Podría extrañarme (aunque empiezo por confesar que no conozco nada del mundo), no sólo el que permaneciese usted tanto tiempo en compañía de gentes como nosotros, que no somos de su ambiente, sino que dejase a estas… señoritas oír hablar de un asunto tan escandaloso, incluyendo la lectura del artículo de marras. Ya supongo, eso sí, que habrán visto cosas parecidas en las novelas… Desde luego, no sé bien… y además no acierto a expresarme…, pero ¿quién si no usted, señora, hubiese accedido a la petición de un muchacho (sí, de un muchacho; lo reconozco) relativa a que pasase la velada con él y se tomase… interés por todo esto, es decir… por una cosa de la cual seguramente se avergonzará usted mañana? Insisto en que no me expreso adecuadamente. Todo esto es para mí muy estimable y respetable, aunque la cara de Su Excelencia (me refiero a su marido, Lisaveta Prokfievna) indique bien lo incorrecto que le parece este conjunto de cosas. ¡Ja, ja!

Rompió a reír y de súbito le acometió un acceso de tos que le impidió durante un par de minutos seguir hablando.

—¡Se ahoga literalmente! —dijo la generala, mirándole con fría curiosidad—. Basta, hijo, basta. Nosotros nos marchamos…

Ivan Fedorovich, harto ya, tomó, la palabra.

—Permítame indicarle, señor —dijo con irritación—, que mi mujer está aquí en casa del príncipe León Nicolaievich, nuestro común amigo, y que en todo caso no es usted quién, joven, para juzgar los actos de Lisaveta Prokofievna, como no es usted quién tampoco para expresar públicamente en presencia mía la opinión que le merece la expresión de mi rostro. Esto es. Y si mi mujer está aquí —continuó el general con creciente enojo—, se debe a una curiosidad muy comprensible hoy día para todos: el interés de comprobar el extraño modo de ser de ciertos jóvenes… Yo mismo me he quedado acá como me paro a veces en la calle, para contemplar algo que se puede considerar como…, como…

Eugenio Pavlovich, viendo navegar al general en busca de una comparación que no lograba asir, acudió en su ayuda, diciendo:

—Como una rareza.

—Exacto y verdadero —repuso Ivan Fedorovich, satisfecho—; como una rareza. Pero, en todo caso, lo más asombroso para mí, lo más aflictivo, si la gramática autoriza en este caso tal expresión, es que usted, joven, no haya sabido comprender que Lisaveta Prokofievna ha consentido en quedar a su lado simplemente porque le ve enfermo (usted mismo dice que está moribundo), esto es, a causa de una compasión producida en ella por sus palabras de queja, señor. Y, además, me extraña igualmente que no comprenda usted que el nombre, carácter y posición de mi esposa la ponen por encima de cualquier bajeza. ¡Lisaveta Prokofievna —concluyó, rojo de ira—, si quieres venir, despidámonos de nuestro amigo el príncipe, y si no…!

—Gracias por la lección, general —dijo Hipólito, con gravedad insólita, mirando, pensativo, a Ivan Fedorovich.

—Vámonos, maman. ¡Es demasiado! —exclamó Aglaya con impaciencia, incorporándose.

—Permítame dos minutos más, Ivan Fedorovich —dijo la generala, con dignidad—. Creo que el muchacho tiene mucha fiebre y delira; lo leo en sus ojos. No podemos dejarle volver a San Petersburgo en ese estado. ¿No podría quedarse en tu casa, León Nicolaievich? ¿Se aburre usted, querido príncipe? —añadió dirigiéndose al príncipe Ch.—. Ven aquí, Alejandra. Estás despeinada. Practicó en el cabello de su hija un leve arreglo innecesario y la besó, lo cual era el motivo real de haberla llamado.

—Yo les creía capaces de elevarse un poco —declaró Hipólito, saliendo de

su especie de ensueño. Y con la alegría de quien acaba de recordar una cosa olvidada, agregó—: Eso es lo que yo quería decir. Vean. Burdovsky ha querido con toda sinceridad defender a su madre. Y aquí se opina que la deshonra. El príncipe quiere ayudar a Burdovsky y le ofrece su amistad y una buena suma de dinero. Acaso sea el único de ustedes que no siente desdén por Burdovsky. Y, sin embargo, ahí los tienen, hostiles como verdaderos enemigos. ¡Ja, ja, ja! Todos ustedes aborrecen a Burdovsky porque su modo de obrar, respecto a su madre les extraña y repele. ¿Verdad que sí? ¿No es cierto? ¿No es cierto? Todos ustedes son esclavos de la elegancia y la distinción de formas. Sólo les preocupa eso, ¿no? Hace mucho que me lo figuraba. Pues, no obstante (¡entérense!) es posible que ninguno de ustedes haya querido a su madre como Burdovsky a la suya. Ya sé, príncipe, que usted ha enviado dinero secretamente a esa anciana por intervención de Ganetchka. Pues bien: creo que Burdovsky juzga indelicado ese proceder. ¡Je, je, je! —rio histéricamente—. ¡Eso es! ¡Ja, ja, ja!

Su respiración volvió a entrecortarse. Rompió a toser.

—¿Has acabado ya? ¿Has acabado ya de una vez? Anda y vete a acostarte. Tienes fiebre —dijo, impaciente, Lisaveta Prokofievna, cuya mirada inquieta no se separaba del enfermo—. ¡Dios mío! Aun va a hablar más…

—Me parece que se ríe usted. ¿Por qué se burla de mí? He notado que no deja usted de reírse a mi costa —dijo Hipólito, con acento irritado, a Eugenio Pavlovich, que reía, en efecto.

—Sólo quería preguntarle, señor Hipólito; perdón, pero he olvidado su apellido.

—Señor Terentiev —dijo Michkin.

—Eso es. Gracias, príncipe; lo había oído antes, pero no me acordaba. Quería preguntarle, señor Terentiev, si es cierto lo que he oído decir de usted: y es que, caso de poder hablar a la gente desde una ventana durante un cuarto de hora, se juzga capaz de convencer a cuantos pasen y ganarlos a sus ideas.

—Es posible que lo haya dicho así —repuso Hipólito, tras un rato de parecer buscar en sus recuerdos—. ¡Sí: lo he dicho! —exclamó de pronto con animación, fijando en Eugenio Pavlovich una mirada de confianza.

—¿Qué deduce usted de eso?

—Nada en absoluto. Sólo se lo preguntaba a título de informe complementario.

Radomsky no dijo más, pero Hipólito continuó mirándole, esperando con impaciencia otras palabras.

—¿Has concluido, padrecito? —preguntó la generala a Eugenio Pavlovich

—. Termina pronto: ¿no ves que el muchacho necesita acostarse? ¿O es que no tienes nada que decirle? —concluyó muy enfadada.

—Añadiré algo más —repuso Radomsky sonriendo—. Creo, señor Terentiev, que lo que usted y sus amigos acaban de exponer con tan indiscutible elocuencia se refiere a esta tesis: el triunfo del derecho ante todo, con independencia de todo, con exclusión de lo restante y acaso incluso antes de haber averiguado en qué consiste el derecho. ¿Me equivoco?

—Por supuesto que se equivoca. Ni siquiera le comprendo. ¿Qué más?

Eleváronse murmullos, incluso en el rincón de los amigos de Burdovsky. El sobrino de Lebediev murmuró algunas palabras en voz baja.

—Ya he terminado casi —siguió Radomsky Sólo quería observar que de esas premisas se desprende fácilmente la posibilidad de deducir el derecho de la fuerza, esto es, el derecho de los puños del capricho personal. Por lo demás, ya se ha alcanzado esta conclusión antes de ahora. Proudhon ha llegado a admitir el derecho de la fuerza. Durante la guerra de Norteamérica algunos de los más avanzados liberales se declararon partidarios de los plantadores alegando que la raza negra es inferior a la blanca y que, por tanto, el derecho de la fuerza estaba en los blancos.

—¿Y qué más?

—¿No niega usted el derecho de la fuerza?

—¿Qué más?

—Parece que es usted consecuente. Pero quería hacerle observar que del derecho de la fuerza al de los tigres o los cocodrilos, o al de los Danilov o los Gorsky, no media ni un paso.

—No lo sé. ¿Qué más?

Hipólito no escuchaba apenas a Radomsky. Profería sus «¿Qué más?», maquinalmente, por costumbre de hablar, sin el menor interés en la pregunta.

—Nada más. Eso es todo.

—Le advierto que no estoy enojado contra usted —dijo súbitamente Hipólito.

Y, sin darse apenas cuenta de lo que hacía, tendió la mano a Radomsky y hasta sonrió. Tal arranque dejó asombrado de momento a Eugenio Pavlovich. Pero, sin embargo, tocó con grave talante la mano que se le ofrecía en signo de perdón.

—Debo decirle —manifestó luego con el mismo equívoco aire de gravedad— que le agradezco la benevolencia con que me ha consentido

explicarme, ya que, nuestros liberales tienen la costumbre de no permitir a los demás poseer una opinión propia, y se apresuran a contestar a sus antagonistas con injurias, cuando no recurren a argumentos más desagradables aún.

—Es muy cierto —comentó Ivan Fedorovich.

Y, cruzándose las manos a la espalda, se dirigió, con airado aspecto, a la escalera de la terraza, donde permaneció en pie, temblando de cólera.

—Vamos, basta. ¡Me carga usted! —dijo Lisaveta Prokofievna a Radomsky.

Hipólito se levantó, inquieto, casi asustado.

—Es muy tarde —dijo mirando a todos con turbación—. Les he entretenido mucho y tengo que dejarles. Quería explicárselo todo… Pensaba que todos… tratándose de la última vez… Pero era una fantasía…

Era notorio que le asaltaban aislados arrebatos de animación durante los cuales salía de su especie de sueño. Y entonces, devuelto por unos instantes a la plena conciencia de sí mismo, el enfermo hablaba, recordando las ideas que le poseían en sus largas y dolientes noches de insomnio.

—¡Adiós! —exclamó bruscamente—. ¿Creen que es fácil para mí decirles «adiós»? ¡Ja, ja!

Sonrió de ira al darse cuenta de lo torpe de la pregunta. Y, como furioso de no acertar a decir nunca lo que quería, prosiguió en voz fuerte e irritada:

—Excelencia, tengo el placer de invitarle a mi entierro, si se digna honrarlo con su presencia. Extiendo a todos ustedes, señores, la misma invitación que al general.

Y rio con la risa de un demente. Lisaveta Prokofievna, inquieta, acercóse a él y le tomó por un brazo. Él la miró fijamente, sin dejar de reír. Al cabo, su rostro adquirió una expresión seria.

—¿Sabía usted que he venido aquí para ver los árboles? —Y señalaba a los del parque—. ¿Es ridículo? Dígame, ¿lo es? —preguntó con insistencia a Lisaveta Prokofievna.

Y se tornó pensativo. Un momento después alzó la vista y la dirigió al grupo, como si buscase a alguien. Aquel alguien era Eugenio Pavlovich, que seguía en el mismo sitio, a la derecha del muchacho. Pero Hipólito, olvidando su objeto, siguió paseando la mirada sobre toda la reunión. Al fin distinguió a Radomsky y le dijo:

—¿No se había marchado? Hace poco se reía usted pensando en mi propósito de arengar a la gente desde una ventana durante un cuarto de hora. ¿Sabe usted que no tengo todavía dieciocho años? Pues bien, acostado en mi

lecho o en pie ante la ventana, he pasado mucho tiempo reflexionando en todas las cosas, y… En fin: un muerto no tiene edad, ya lo sabe… La pasada semana, una noche que desperté a altas horas, estuve pensando y comprendí… ¿Sabe usted lo que temen ustedes más en el mundo? Nuestra sinceridad, aunque nos desprecien. Esa idea se me ocurrió aquella noche. Lisaveta Prokofievna, ¿ha creído antes que pretendía burlarme de usted? Le aseguro que toda idea de mofa estaba muy lejos de mi ánimo. Lo que quería era elogiarla. Kolia me ha dicho que el príncipe la consideraba como una niña… Pero… Yo tenía algo más que decirle…

Se cubrió la cara con las manos para concentrar sus ideas.

—Ya lo sé. Cuando ha querido usted irse, he pensado de repente: «A todas estas personas reunidas aquí no volverás a verlas jamás, jamás… Es también la última vez que ves los árboles. Desde ahora no tendrás ante tu vista, más allá de tu ventana, sino una pared de ladrillos encarnados: la casa Meyer. Diles, pues, todo esto… Ahí hay una linda joven; tú en cambio eres un muerto. Preséntate como tal, háblales como y de todo lo que un cadáver les podría hablar, y no habrá quien pueda encontrar incorrecta semejante cosa». ¡Ja, ja! ¿Se ríen? —añadió paseando en torno suyo una mirada inquieta—. Les aseguro que en mis noches, con la cabeza en la almohada, han acudido a mí muchas ideas. Y he adquirido la convicción de que la naturaleza es muy irónica. Antes decían ustedes que yo era un ateo; pero, ¿no saben ustedes que esta naturaleza…? ¿Por qué se ríen otra vez? ¿Cómo son tan crueles? —añadió dirigiendo a sus oyentes una mirada de melancólico reproche. Y con acento grave, convencido, muy distinto al anterior, acabó—: ¡Yo no he pervertido a Kolia!

—¡Cálmate! —dijo la generala, dolorosamente emocionada—. Nadie se burla de ti. Mañana te visitará otro doctor. El primero se ha equivocado. Pero siéntate; no puedes tenerte en pie. Estás delirando. ¿Qué haríamos por él? —exclamó angustiada, haciéndole sentarse en un sillón.

Una lágrima surcó las mejillas de Lisaveta Prokofievna. Al observarlo, Hipólito quedó sobrecogido de estupor. Luego, alargando la mano hacia el rostro de la generala, tocó aquella lágrima con el dedo y sonrió de un modo infantil.

—Yo… usted… —comenzó, alegre—. Usted no sabe cómo yo… ¡Kolia me ha hablado siempre de usted con tal entusiasmo…! Por ese entusiasmo es por lo que me agrada. Yo no le he pervertido jamás. Voy a abandonarle también, como a todos. Y era mi único amigo. Quisiera haberle dejado todos mis amigos; pero no he tenido ninguno… ¡Cuántas cosas he querido hacer! Y tenía el derecho de hacerlas… Pero ahora ya no deseo nada, renuncio a toda voluntad; lo he jurado. ¡Qué los hombres busquen la verdad sin mí! Sí: la

naturaleza es irónica. Si no —añadió, con insólita vehemencia—, ¿por qué crea hombres superiores para burlarse de ellos a continuación? Cuando algún ser ha sido reconocido como perfecto en la tierra, la naturaleza le ha dado por misión decir cosas capaces de producir tales torrentes de sangre que, vertidos de una vez, hubiesen ahogado a la humanidad entera. Más vale que yo muera. Porque, si no, acabaría diciendo alguna espantosa mentira. ¡Ya se encargaría de ello la naturaleza! No he corrompido a nadie. Aspiré a vivir para procurar la dicha de todos los hombres, para buscar y difundir la verdad. Miraba por la ventana la casa Meyer y juzgaba que me bastaría un cuarto de hora de hablar desde allí para convencer a todos, a todos. Y para una vez que entro en contacto, no con la multitud, sino con ustedes, ¿qué ha resultado? Nada. ¡Ha resultado que me desprecian! Y no habré conseguido dejar el menor recuerdo de mí. Ni un acto, ni una voz, ni una huella, ni una sola idea propagada. No se burlen de este imbécil. Olvídenle, olvídenle para siempre. ¡No tengan la crueldad de acordarse de él! ¿Saben que, si no estuviera tuberculoso, me mataría?

Parecía desear seguir hablando; pero calló de repente, se desplomó en un sillón y, tapándose el rostro con las manos, se puso a llorar como un niño pequeño.

—¡Dios mío! ¿Qué hacemos con él? —exclamó Lisaveta Prokofievna, lanzándose hacia el enfermo, y estrechando contra su pecho aquella cabeza agitada por los sollozos—. Vamos, vamos, vamos, basta ya. No llores. Veo que eres un buen muchacho. Dios te perdonará considerando tu inexperiencia. Sé hombre. Luego te arrepentirás de haber llorado…

—En casa —dijo Hipólito, levantando la cabeza— tengo un hermano y hermanas. Son niños pequeños, pobres, inocentes. Ella acabará pervirtiéndolos… Es usted una santa, es usted… una niña… Sálvelos: quíteselos a ella. Es una mujer sin pudor… Ayúdelos, socórralos… ¡Dios le devolverá ciento por uno! ¡Hágalo por amor de Dios… por amor de Cristo!…

—Ivan Fedorovich —estalló la generala— haz algo, di lo que hacemos, rompe ese mayestático silencio… Si no decides algo, te aseguro que me quedaré aquí a pasar la noche. ¡Estoy harta de que me tiranices con tu despotismo!

La generala hablaba con exaltada ira, esperando una contestación inmediata. Pero en casos así, los oyentes, por numerosos que sean, suelen contentarse todos con callar, reservando para más tarde el expresar sus opiniones. Entre las personas allí reunidas había varias —como, por ejemplo, Bárbara Ardalionovna— que hubieran permanecido hasta la mañana siguiente sin proferir palabra. La hermana de Gania no había abierto la boca en todo el tiempo, acaso porque tuviese especiales razones para callar.

—Mi opinión, querida —dijo el general—, es que una enfermera sería mucho más útil que tú, con tu agitación. Acaso tampoco estuviese de más buscar un hombre de confianza… En todo caso, hay que consultar al príncipe y dejar descansar al enfermo. Mañana podremos ocuparnos de él.

—Nosotros nos vamos. Es casi medianoche —dijo Doktorenko a Michkin, con tono enojado—. ¿Se va Hipólito con nosotros o se queda con usted?

—Si quieren, pueden quedarse con él. Sitio no falta —repuso Michkin.

Con gran asombro de todos, Keller adelantó vivamente hacia el general.

—Excelencia —dijo—, si se requiere un hombre seguro, de confianza, para velar a Hipólito por la noche, cuenten conmigo. Estoy dispuesto a sacrificarme por mi amigo. ¡Tiene un alma tan elevada! Hace mucho que le considero como un gran hombre, excelencia. Reconozco que mi instrucción ha sido descuidada; pero los pensamientos de este joven son perlas, verdaderas perlas, excelencia.

El general se apartó, lleno de desesperación.

—Encantado con que se quede —contestó Michkin a las vehementes instancias de Lisaveta Prokofievna—. Sin duda le será difícil volver a San Petersburgo.

—Pero, ¿te dormirás? Porque ya ves su estado… Si no quieres que se quede aquí, le llevaré a mi casa… ¿Qué te sucede a ti? ¡Si apenas puede sostenerse en pie, Dios mío!

Al no encontrar a Michkin en su lecho de muerte, Lisaveta Prokofievna, juzgando por el buen aspecto del príncipe, le había creído mejor de lo que estaba en realidad. Pero su reciente dolencia, los penosos recuerdos a ella referentes, las emociones de la tarde, el incidente del «hijo de Pavlitchev» y ahora el de Hipólito, habían excitado al príncipe al extremo de reducirle a un estado casi febril. En aquel momento, además, se leía un nuevo temor y una nueva preocupación en sus ojos. Contemplaba a Hipólito con inquietud, como si esperase alguna nueva ocurrencia del muchacho.

De pronto Hipólito se incorporó. Su rostro, espantosamente pálido y descompuesto, revelaba una infinita vergüenza lo que se manifestaba sobre todo en la mirada horrible, casi desesperada, que paseó sobre los reunidos, y en la sonrisa que crispó, con extravío, sus temblorosos labios. Bajó los ojos y con paso vacilante fue a reunirse a Burdovsky y Doktorenko, que esperaban a la entrada de la terraza, decidido a marcharse con ellos.

—¡Lo que yo temía! —gritó Michkin—. ¡Lo que había de suceder!

Hipólito se volvió súbitamente a él, presa de una rabia frenética que hacía temblar todos los músculos de su rostro.

—¡Lo que usted temía! ¡Lo que había de suceder, según usted! Pues óigame: si a alguien aborrezco de los que hay aquí (¡y los odio a todos, a todos!) —gritó con voz ronca y sibilante, que brotaba de su boca entre una granizada de saliva—, es a usted. ¡A usted, alma jesuítica, espíritu de almíbar, millonario filantrópico, idiota! ¡Le odio más que a todos! Hace tiempo que le he comprendido y odiado: desde que oí hablar de usted empecé a detestarle con todas las fuerzas de mi corazón. ¡Es usted quien ha provocado todo esto, usted quien ha motivado el acceso que sufro! Usted ha impelido a un moribundo a deshonrarse; usted, usted, usted ha sido la causa de mi cobarde pusilanimidad… Si yo no muriese, le mataría. No necesito sus bondades; ni aceptaré nada de nadie; ¿lo oye? Antes he delirado; no tenga la audacia de creerse triunfador… ¡Les maldigo a todos de una vez para siempre!

Hubo de callar; le faltaba el aliento.

—Se avergüenza de sus lágrimas —dijo Lebediev, en voz baja, a la generala—. No podía ser de otro modo. ¡Qué hombre ese príncipe! Había leído en su alma…

Lisaveta Prokofievna no se dignó contestar al empleado. Con el busto orgullosamente erguido, la cabeza hacia atrás, examinaba a aquella «gentuza» con curiosidad desdeñosa. Por su parte, cuando Hipólito dejó de hablar, el general se encogió de hombros. Su mujer le examinó de arriba abajo como pidiéndole una explicación de su ademán, y luego se volvió hacia Michkin.

—Gracias, príncipe, gracias extravagante amigo de nuestra familia, por la agradable velada que nos ha procurado a todos. Tengo la seguridad de que ahora está satisfecho al haber conseguido asociarnos a sus extravagancias. No nos son necesarias más, mi querido amigo. Gracias en todo caso por habernos ofrecido una oportunidad de conocerle bien.

Con mano temblorosa de cólera, empezó a arreglarse el chal, esperando la marcha de aquella «gentuza». En aquel momento llegó el coche de alquiler que por orden de Doktorenko, había ido a buscar quince minutos antes el hijo menor de Lebediev. El general Epanchin se juzgó obligado a reforzar las palabras de su mujer.

—La verdad, príncipe, es que yo no hubiera esperado nunca semejante cosa, teniendo en cuenta que… dadas nuestras amistosas relaciones… Además, Lisaveta Prokofievna…

—¿Cómo ha podido ocurrírsele esto? ¡Parece mentira…! —dijo Adelaida acercándose rápidamente al príncipe y tendiéndole la mano.

Michkin sonrió a la joven, turbado. En aquel momento sintió un cuchicheo junto a su oído.

—Si no pone usted a esa chusma en la puerta, le aborreceré toda mi vida —decía la voz sorda de Aglaya.

Hablaba como en un frenesí. Pero antes de que Michkin pudiese mirarla, volvió el rostro. Por otra parte, ya no había oportunidad de poner en la puerta a nadie, dado que en el intervalo Hipólito había sido instalado, mal o bien, en el coche, y éste había partido.

—¿Hasta cuándo vamos a estar aquí, Ivan Fedorovich? ¿Qué te parece? ¿Hasta cuándo voy a tener que soportar a estos chicuelos mal educados?

—Estoy dispuesto, querida… ¡No faltaba más! Y el príncipe…

No obstante, el general tendió la mano a Michkin; pero luego, sin esperar que éste se la estrechase, se unió a su mujer, quien se retiraba ya evidenciando vivísima indignación. Adelaida, el novio de ésta y Alejandra se despidieron de Michkin con sincera cordialidad. Eugenio Pavlovich, único que conservaba su jovialidad, les imitó.

—Ha sucedido lo que yo preveía. Lo único lamentable, querido príncipe, es que haya pagado usted las consecuencias —murmuró con amable sonrisa.

Aglaya salió sin despedirse.

Pero aquella velada debía terminar con un último lance. Lisaveta Prokofievna estaba destinada a tener aún otro encuentro inesperado. En el momento en que la generala, descendiendo la escalera, se aproximaba al camino que circuía el parque, un magnífico carruaje tirado por dos caballos pasó al galope ante la casa de Michkin. En el carruaje iban sentadas dos damas elegantísimas. Como diez pasos más allá, los caballos se detuvieron de repente, obligados por el cochero, y una de las damas volvió la cabeza de pronto, tal que si acabase de ver por casualidad un rostro conocido.

—¿Eres tú, Eugenio Pavlovich? —gritó una voz melodiosa y fresca cuyo sonido hizo estremecerse al príncipe y acaso a alguien más—. ¡No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado! Te envié dos propios a San Petersburgo. ¡Se han pasado todo el día buscándote!

Eugenio Pavlovich se quedó inmóvil en la escalera. Aquellas palabras le habían producido el efecto de un latigazo. Lisaveta Prokofievna se detuvo también, aunque no experimentase el espanto y el estupor que clavaban a Radomsky en el mismo sitio en que fuera interpelado. El orgullo, el frío desdén con que antes examinara la generala a la «gentuza» reaparecieron en su rostro cuando distinguió a la insolente, y cuando, un instante después, miró, a Radomsky. —Hay novedades —siguió la voz cantarina—. No te preocupes de los pagarés que firmaste a Kupfer. He conseguido que Rogochin los rescatara por treinta mil rublos. Así que tienes tres meses de tranquilidad. Con Biskup y

toda esa gentecilla ya nos arreglaremos. Son conocidos. Así que las cosas van bien. ¡Alégrate, hombre! ¡Hasta mañana!

El coche reanudó la marcha y en breve desapareció.

—¡Está loca! —exclamó Pavlovich, rojo de ira, mirando en torno suyo con extravío—. ¡No comprendo una palabra de lo que dice! ¿A qué pagarés se refiere? ¿Y quién es?

Lisaveta Prokofievna le contempló con fijeza durante un par de segundos. Luego, con súbito movimiento, tomó el camino de su casa, seguida por los demás. Un minuto después, Michkin vio llegar a la terraza a Eugenio Pavlovich, agitadísimo.

—Con franqueza, príncipe. ¿Sabe usted lo que ha significado todo eso?

—No sé nada en absoluto —repuso el príncipe, que parecía trastornado—. ¿No?

—No.

—Pues yo menos —dijo Eugenio Pavlovich con una repentina risotada—. Le aseguro que no tengo nada que ver con pagaré alguno. Le doy mi palabra de honor. Pero, ¿qué le pasa? ¿Se siente mal?

—No, no; de verdad que no…

XI

Tres días transcurrieron antes de que se calmara la cólera de las Epanchinas. Aunque Michkin, como de costumbre, se atribuyese gran parte de la culpa y se creyera realmente merecedor de castigo, no había supuesto que Lisaveta Prokofievna hablase seriamente y más bien la juzgaba furiosa consigo misma. Así, tan largo lapso de animosidad hízose sentir, al tercer día, una sombría y dolorida sorpresa. Aun había otras circunstancias que contribuían a confundirle, y una, en especial, adquirió gradualmente a los ojos de Michkin una importancia enorme, excitando aún más su sensibilidad. Hacía tiempo que venía observando en sí mismo, con harto disgusto, dos tendencias opuestas, tan exageradas la una como la otra; de una parte su excesiva, inoportuna e insensata inclinación a confiar demasiado en la gente; de otra una tenebrosa desconfianza. En resumen, el incidente de la extravagante mujer que interpelara desde su coche a Eugenio Pavlovich había alcanzado en el espíritu de Michkin alarmantes y misteriosas proporciones. Para él, el fondo del enigma se reducía a esta pregunta: ¿era él, hablando en rigor, digno de censura por aquella nueva «monstruosidad», o era…? Pero no acertaba con quién

podría ser. Respecto a las letras N. F. B., no veía en ellas más que una broma inocente, la más pueril de las chanzas. Y se hubiese reprochado casi como deshonroso el atribuir importancia a cosa semejante.

De todos modos, al día siguiente de la fatal velada cuya responsabilidad se reprochaba a Michkin tan amargamente, recibió por la mañana la visita de Adelaida y el príncipe Ch., quienes habían salido juntos a dar un paseo «y acudían principalmente para informarse de la salud» de su amigo. Poco antes, Adelaida había descubierto en el parque un árbol maravilloso, de crispadas ramas y fronda perenne, y quería dibujarlo por encima de todo, hasta el extremo de que no habló de otra cosa durante la media hora que se prolongó la visita. El príncipe Ch. se mostró amable y cortés como de costumbre, encarriló la conversación sobre cosas lejanas y evocó las circunstancias de su primer encuentro con León Nicolaievich. Apenas se habló, por lo tanto, de los sucesos del día anterior. Adelaida acabó por confesar, sonriendo, que los dos habían ido de incógnito, y aunque no dijo más, aquel incógnito daba a entender que la familia (es decir, Lisaveta Prokofievna principalmente) estaban mal dispuestos hacia el príncipe. Los novios no hablaron ni una sola palabra del general, de su esposa o de Aglaya. Cuando se despidieron de Michkin para proseguir su paseo, no le instaron a que les acompañase, ni le invitaron a visitarles en casa. Adelaida dejó escapar incluso una expresión sintomática. Al hablar de una de sus acuarelas, manifestó el repentino deseo de mostrarla a Michkin, y dijo:

—¿Cómo me arreglaré para enseñársela pronto? ¡Ya! Se la enviaré hoy por Kolia, que irá a visitarnos, y si no, mañana, cuando salga a pasear con el príncipe, yo misma se la traeré.

Y parecía encantada de haber hallado aquella solución.

Al ir los visitantes a retirarse, el príncipe Ch. pareció recordar alguna cosa.

—¿Sabe usted, querido León Nicolaievich —preguntó—, quién era aquella persona que interpeló ayer en voz alta a Eugenio Pavlovich?

—Nastasia Filipovna —repuso Michkin—. ¿La desconocía usted? Pero no sé quién estaba con ella.

—Sé que era Nastasia Filipovna, puesto que estuve presente —dijo el príncipe Ch.—. Pero, ¿qué quería decir con aquellas palabras? Confieso que para mí…, y para otros, son un enigma.

Y parecía muy intrigado al asegurarlo así.

—Habló de ciertos pagarés que Rogochin había rescatado en favor de Eugenio Pavlovich —contestó sencillamente Michkin— y aseguró que Rogochin concedería tres meses de espera a Eugenio Pavlovich.

—Ya lo oí, ya, querido príncipe, pero no puede ser exacto. Es imposible que Eugenio Pavlovich, que es rico, haya firmado pagarés. Cierto que antaño, a causa de su atolondramiento, atravesó ciertas dificultades pecuniarias… Yo mismo le he sacado de algunas… Pero que, en su situación, haya aceptado pagarés a un usurero y que tenga en consecuencia motivos de preocupación… es inadmisible. Tampoco puede tutearse con Nastasia Filipovna, y ésta es, sobre todo, la clave del problema. El asegura que no lo comprende, y le creo. Pero quisiera preguntarle, príncipe, si sabe usted algo. Es decir, que, si por alguna casualidad, no había llegado a sus oídos algún rumor…

—No sé nada y le aseguro que no he intervenido para nada en eso.

—¡Príncipe, por Dios! ¡No le reconozco! ¿Cómo iba yo a suponerle cómplice de semejante cosa? ¡No está usted hoy en sus cabales!

Y abrazó a Michkin con efusión.

—¿Semejante cosa? Yo no veo que eso pueda calificarse de «semejante cosa».

—Sí, porque sin duda esa persona ha querido perjudicar a Eugenio Pavlovich atribuyéndole ante testigos malas cualidades que él no tiene ni puede tener —repuso, harto secamente, el príncipe Ch.

Michkin, turbado, miró a su interlocutor como pidiéndole explicación de sus palabras; pero Ch. calló. Entonces Michkin insistió con cierta impaciencia:

—¿Acaso no se trataba de meros pagarés? ¿No fue eso lo que dijo literalmente?

—Pero le repito (y usted mismo puede juzgarlo), ¿qué puede haber de común entre esa mujer y Eugenio Pavlovich… y sobre todo entre éste y Rogochin? Además, Radomsky es muy rico; me consta. Y tiene en perspectiva la herencia de su tío. Nastasia Filipovna se ha propuesto únicamente…

El visitante se interrumpió. Sin duda no quería hablar de aquella mujer ante Michkin. Tras un instante de silencio, éste indicó:

—Lo que creo que prueba lo de ayer es, en todo caso, que ambos se conocen.

—Han podido conocerse antes, porque Eugenio Pavlovich es muy ligero de cascos. Pero, de conocerse, debe ser cosa que se remonta a hace dos o tres años. Por entonces él trataba a Totzky. Además, en ningún caso cabe que mantuvieran relaciones que autorizasen el tuteo. Usted sabe, en fin, que ella no estaba aquí; había desaparecido. Hay muchos que aún ignoran su regreso. Sólo hace tres días que yo vi su coche.

—¡Qué es soberbio! —ponderó Adelaida.

—Sí, soberbio.

Después, los visitantes se separaron de Michkin en los términos más afectuosos, y hasta se podría decir más fraternales.

Su marcha dejó muy preocupado a Michkin. Cierto que desde la noche precedente (y acaso desde antes) había sospechado diversas cosas; pero hasta esta visita no había tenido plena certeza de lo que pudiese existir de fundado en sus temores. Ahora el príncipe Ch. acababa de confirmárselos. Se engañaba, sin duda, en la interpretación del hecho; mas aun así, Ch. no estaba lejos de la verdad al adivinar en todo aquello una intriga. «Por ende —se decía Michkin— acaso él se dé perfecta cuenta de la realidad, y haya querido esconderla ante mis ojos». Un punto indudable era que sus visitantes (o al menos el príncipe Ch.) habían ido a su casa con la intención de obtener aclaraciones, y, pues era así, le imaginaban directamente complicado en la intriga. Y, además, si aquello tenía tal importancia, Nastasia Filipovna perseguía notoriamente un fin y un fin terrible. Pero, ¿cuál? La pregunta espantaba al príncipe. ¿Cómo impedírselo? «Cuando esa mujer resuelve una cosa, nadie es capaz de conseguir evitar que la ponga en práctica». Michkin lo sabía por experiencia. «¡Está loca, loca!».

Aquel día se produjeron otras muchas circunstancias enigmáticas, todas las cuales requerían aclaración urgente. Michkin, pues, sentíase muy disgustado. La visita de Vera Lebedieva, que acudió con Lubochka, le procuró alguna distracción. Ambos hablaron alegremente de muchas cosas. Después de Vera llegó su hermanita, y más tarde el hijo de Lebediev, que concurría al instituto. El muchacho aseguró que, según la interpretación de su padre, la estrella que en el Apocalipsis cae «sobre las fuentes de las aguas», simbolizaba la red de ferrocarriles extendidos sobre Europa. El príncipe no quiso creer que tal fuese la explicación de Lebediev y resolvió preguntárselo a la primera oportunidad. Vera añadió que Keller se había instalado en la casa desde la víspera y que, según todas las apariencias, no se proponía abandonarla en bastante tiempo. Por lo pronto ya había estrechado sus relaciones con el general Ivolguin, y declarado que no se quedaba entre ellos sino para completar su instrucción. Michkin cada vez tomaba más cariño a los hijos de Lebediev. Kolia no apareció en todo el día; habíase ido a San Petersburgo temprano, de mañana. Lebediev, requerido por ciertos asuntillos, estaba fuera de casa desde muy pronto también. El príncipe esperaba con impaciencia la visita de Gabriel Ardalionovich, que se había ofrecido a entrevistarse con él aquel día sin falta.

Gania llegó, en efecto, después de la comida, a cosa de las seis. A la primera mirada que le dirigió Michkin se dijo que el visitante debía conocer todos los detalles del asunto. ¿Y cómo no, si podía informarse cerca de personas tan bien enteradas como su hermana y Ptitzin? Pero las relaciones que los dos hombres mantenían eran de una naturaleza muy particular: así, por

ejemplo, el príncipe había puesto el asunto de Burdovsky en manos de Gabriel Ardalionovich, y esta muestra de confianza no era la única que le diera. Mas existían ciertos extremos sobre los que ambos evitaban hablar por una especie de acuerdo tácito. Parecíale a veces a Michkin que Gania hubiese deseado más franqueza y cordialidad en su trato mutuo. Ahora, por ejemplo, Michkin creyó advertir, cuando vio entrar al joven, que éste juzgaba llegado el instante de romper el hielo. Por otra parte, Gabriel Ardalionovich tenía prisa, ya que su hermana le esperaba en casa de los Lebediev y ambos habían de hacer algunas cosas.

Pero si Gania esperaba toda una serie de preguntas impacientes, de confidencias involuntarias, de expansiones amistosas, se hallaba extraordinariamente equivocado. Durante los veinte minutos que su visitante estuvo con él, el príncipe permaneció pensativo, distraído, sin formular una sola de las preguntas que Gania esperaba. Y éste resolvió entonces atenerse a igual reserva. Mientras hablaron, charló sin cesar, bromeó jovialmente, con ligereza y gracia, y se abstuvo de tocar el punto esencial.

Gania contó, entre otras cosas, que Nastasia Filipovna sólo llevaba cuatro días en Pavlovsk y ya había atraído la atención general. Moraba con Daría Alexievna en una mala casa de la calle Matrossky; pero tenía el mejor carruaje de Pavlovsk. Nastasia Filipovna se comportaba correctamente y vestía bien. Sin lujo, pero con un gusto que producía tanta envidia a las demás mujeres como su belleza y su coche. Infinidad de adoradores, jóvenes y viejos, giraban en torno suyo. Cuando paseaba en su carruaje, iba escoltada a veces por señores a caballo. Nastasia Filipovna era, como siempre, muy caprichosa en la elección de sus amigos y sólo recibía a los que se le antojaba. Y, con todo, la rodeaba un verdadero regimiento de ellos. De necesitarlos, hubiéranle sobrado defensores. Un señor que veraneaba en una villita había roto ya con una joven a la que estaba prometido, y un general anciano habíase querellado con su hijo por Nastasia Filipovna. Ésta salía a pasear frecuentemente con una encantadora joven de dieciséis años, pariente lejana de Daría Alexievna. La muchachita cantaba muy bien y ello atraía muchos visitantes a las veladas de la casa.

—El extravagante incidente de ayer ha sido premeditado, sin duda, y no hay que tomarlo en consideración —opinó Gania, antes de concluir—. Para encontrar alguna falta a Nastasia Filipovna habrá que espiar mucho o calumniarla, lo que, desde luego, no tardará en suceder.

Gania esperaba que su interlocutor le preguntase el motivo de que pudiera considerarse como premeditado el incidente con Radomsky y por qué no tardaría en ser calumniada Nastasia Filipovna. Pero Michkin no preguntó nada.

Sin ser interrogado, Gania habló ampliamente a propósito de Eugenio Pavlovich. A juicio de Gabriel Ardalionovich, Radomsky no podía conocer mucho a Nastasia Filipovna, ya que le había sido presentado incidentalmente cuatro días antes, y probablemente no había estado nunca en su casa. Respecto a los pagarés, no constituían una cosa imposible: Gania sabía que la fortuna de Eugenio Pavlovich era vasta, pero algunos asuntos relacionados con ella estaban un poco confusos. Gania interrumpióse súbitamente al hablar de esto.

Y en cuanto al sorprendente episodio del día anterior, no hizo otra alusión que la señalada.

Bárbara Ardalionovna se presentó en busca de su hermano y sólo permaneció un momento en las habitaciones del príncipe. Este no trató de hacerla hablar; pero ella le dijo que Eugenio Pavlovich pasaba en San Petersburgo todo aquel día y acaso el siguiente, y que Ptitzin estaba en San Petersburgo también, probablemente en relación con los asuntos de Eugenio Pavlovich, lo que demostraba que algo había sucedido en realidad. Añadió que Lisaveta Prokofievna se encontraba de pésimo humor y que Aglaya había reñido con toda su familia, incluso sus dos hermanas, lo que «no podía ser buena señal». Después de dar estos informes, el último de los cuales pareció muy significativo al príncipe, Varia se fue con su hermano. Gania, por falsa modestia, o acaso para no herir los sentimientos de Michkin, no pronunció una palabra sobre el asunto del «hijo de Pavlitchev». De todos modos, Michkin le dio las gracias por su intervención en tal asunto.

Satisfecho al hallarse solo, el príncipe salió de la terraza, cruzó el camino y entró en el parque. Se proponía meditar sobre un proyecto que acababa de acudir a su mente. Pero era un proyecto de esos que exigen un arranque, porque no resisten a una reflexión madura. Michkin acababa de sentir el súbito deseo de abandonarlo todo, de volver al remoto lugar de que viniera, de hundirse en una lejana soledad, de desaparecer en el acto, sin despedirse de nadie. Preveía que, de aplazar su marcha sólo unos pocos días, quedaría definitivamente afincado en aquel ambiente y no podría desprenderse de él jamás. Mas le bastaron menos de diez minutos para reconocer que una fuga así era imposible, que incluso representaba una cobardía y que ante él se presentaban problemas que se hallaba en la obligación de solucionar. Y así, hostigado de estos pensamientos, volvió a su casa tras un paseo de un cuarto de hora escaso, sintiéndose auténticamente desdichado en aquellos instantes.

Lebediev no había vuelto aún. Hacia el caer de la noche, Keller logró introducirse en el cuarto de Michkin y, aunque no se hallaba ebrio, abrumó al príncipe con sus confidencias y expansiones. Declaró en primer lugar que deseaba contar a Michkin toda su vida, y que sólo para ello se había quedado en Pavlovsk. No había modo de desembarazarse de él o inducirle a irse. Keller llevaba preparado un largo discurso; pero tras algunas palabras incoherentes a

guisa de preámbulo, saltó a la conclusión, manifestando que, como consecuencia de haber dejado de creer en el Omnipotente, había perdido «toda huella de moralidad», convirtiéndose en un verdadero ladrón.

—¿Lo cree? ¿Le parece posible?

—Escuche, Keller —dijo el príncipe—: no tiene por qué confesar semejante cosa, no siendo en caso de necesidad absoluta. Pero creo que se calumnia usted adrede.

—Se lo digo a usted, a usted solo, y únicamente pensando en mi mejora moral. No lo he dicho a nadie, ni lo diré; mi secreto me acompañará a la tumba. Pero, ¡si usted supiese, príncipe, qué difícil es en nuestra época procurarse dinero! ¿Dónde encontrarlo, dígame? La contestación es siempre la misma: «Tráiganos garantía en oro o diamantes y le haremos un préstamo». Es decir, que me proponen precisamente lo que no puedo hacer. ¿Es concebible semejante cosa? Una vez me enfadé y dije: «¿No me prestaría también dinero sobre esmeraldas?». «También sobre esmeraldas», me contestaron. «Bien», repuse. Tomé el sombrero y salí. ¡Malditos bribones!

—¿Tenía usted esmeraldas?

—¡Tener yo esmeraldas! ¡Con qué cándida serenidad, bucólica casi, considera usted aún la vida, príncipe!

Michkin comenzaba a sentir desazón y disgusto pensando en aquel hombre y preguntábase si no se podría hacer algo por él, sometiéndole a una buena influencia. No confiaba precisamente en su influencia propia, y no porque la despreciase por humildad, sino porque tenía un modo especial de ver las cosas. Gradualmente, la conversación se animó e hízose tan interesante que ninguno de los interlocutores pensaba en terminarla. Keller confesó con extraordinaria naturalidad actos de los que nadie se hubiera reconocido culpable. A cada nuevo relato que iniciaba se afirmaba arrepentido y «deshecho en lágrimas íntimas»; pero luego, relatando, parecía jactarse de sus malas acciones. A ratos se explicaba de un modo tan cómico, que el príncipe y él acabaron riendo como locos.

—Lo notable es que hay en usted una confianza extraordinaria e infantil —dijo Michkin, al final—. ¿Sabe que eso le redime de muchas cosas?

—Soy noble, noble, caballerescamente noble —repuso Keller—, pero esta nobleza, príncipe, no existe sino en sueños, como un ideal, y no se manifiesta jamás en la práctica. ¿Por qué? No acierto a comprenderlo.

—No desespere. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que me ha contado usted al detalle toda su existencia. Al menos, me parece imposible que usted pueda añadir nada a lo ya relatado. ¿Verdad?

—¡Imposible! —exclamó, con aire compasivo, el ex subteniente—. ¡Oh, príncipe! ¡Qué completamente «á la Suisse» interpreta usted la naturaleza humana!

—¿Cree —dijo el príncipe, extrañado y tímido— que se pueden añadir más cosas a las que me ha contado? Y ahora, Keller, dígame con franqueza lo que esperaba de mí y por qué ha venido a hacerme esas confesiones.

—¿Lo que esperaba de usted? En primer lugar, el agradable espectáculo de su bondad. El mero hecho de hablar con usted es mi placer por sí solo. Con usted se tiene la certeza de hablar con un hombre muy virtuoso… Y además, además…

Parecía turbado. Viéndole vacilar, el príncipe acudió en su ayuda.

—¿Deseaba pedirme dinero?

Pronunció aquellas palabras con mucha sencillez, en tono grave y casi tímido.

Keller se estremeció, miró bruscamente y exteriorizando sorpresa el rostro de Michkin y asestó en la mesa un fuerte puñetazo.

—Eso, príncipe, es lo que me aniquila y me derrota por completo. Es usted de una bondad y una inocencia que no se han conocido ni en la edad de oro, y a la vez lee usted en el alma humana como el psicólogo más perspicaz. Pero todo esto exige alguna explicación, porque me siento muy confuso. Mi fin, en resumen, era pedirle un préstamo; pero usted me hace esa pregunta como si mi objeto no tuviese nada de reprensible, como si fuera lo más natural…

—En usted es muy natural.

—¿Y no le indigna?

—¿Por qué ha de indignarme?

—Atiéndame, príncipe. Me he quedado aquí desde ayer, en primer término, porque tengo muy particular estima por el arzobispo francés Bourdalone (cuyos escritos hemos estado saboreando en la habitación de Lebediev hasta las tres de la madrugada) y en segundo, y principal (le juro por lo más sagrado que digo la verdad pura), porque quería, haciendo ante usted una confesión cordial y completa, favorecer mi desarrollo moral. Tal era mi idea, que me hizo deshacerme en llanto cuando me dormí, a las cuatro de la madrugada. Si quiere creer en la palabra de un hombre de honor, en el minuto preciso en que me dormía, colmado de lágrimas (y externas, porque recuerdo perfectamente que me quedé dormido sollozando), se me ocurrió una idea diabólica: «¿Y si después de tu confesión le pidieses dinero?». De modo que toda la confesión ha sido un ardid para asegurar el éxito del golpe y conseguir al final que me prestase usted ciento cincuenta rublos. ¿No le parece esto una

bajeza?

—No habla usted con exactitud. Una cosa se ha mezclado a otra y nada más. Las dos ideas se han confundido, lo que pasa muy a menudo. Lo mismo me sucede siempre a mí. Por lo demás, el experimentarlo no es cosa conveniente y usted sabe, Keller, que soy el primero en reprochármelo. Cuando usted hablaba antes, me parecía oír mi propia historia. A veces he llegado a pensar que toda la gente debía ser así —continuó el príncipe, a quien el tema parecía interesar sumamente— y esto me consolaba en parte, haciéndome admitir la imposibilidad de luchar contra esas ideas mixtas, aunque yo lo haya ensayado. ¡Sólo Dios sabe cómo se originan semejantes pensamientos! Y usted, al hablar de este caso, lo califica rotundamente de bajeza. Desde ahora tales ideas van a producirme temor. De todos modos, no soy yo el llamado a juzgarle, pero me parece que calificar de bajeza su acción es ir demasiado lejos. ¿Qué le parece? Ha empleado usted una astucia para pedirme dinero; pero usted jura que, independientemente del motivo, su confesión es sincera. En cuanto al dinero lo quiere usted para bebérselo, ¿verdad? Y ello, después de su confesión, es, realmente, una cobardía. Pero, ¿cómo renunciar en un instante al hábito de beber? Es imposible. ¿Qué hacer, pues, en este caso? Lo mejor es dejarlo al juicio de su propia conciencia. ¿Qué le parece?

Michkin miraba a Keller con viva curiosidad. Era evidente que la cuestión de las ideas mixtas o dobles le preocupaba desde hacía tiempo.

—¡No comprendo cómo, después de oírle, puede calificársele de idiota, príncipe! —exclamó el boxeador. Michkin se ruborizó ligeramente.

—El mismo predicador Bourdalone no habría justificado a todos los hombres, y, sin embargo, usted me justifica, me juzga humanamente. Para castigarme y probarle que me ha conmovido, no le aceptaré los ciento cincuenta rublos. Deme sólo veinticinco y me bastarán. No necesito más, al menos en dos semanas. Antes de quince días no volveré a pedirle dinero. Quería hacer un regalo a Agachka, pero en realidad no lo merece. ¡Dios le bendiga, querido príncipe!

Entró Lebediev, que volvía de San Petersburgo. El ver un billete de veinticinco rublos en la mano del boxeador le hizo arrugar el entrecejo; pero Keller, sintiéndose ya opulento, no tardó en desaparecer. Cuando hubo salido, Lebediev comenzó a criticarle.

—Es usted injusto con él. Está sinceramente arrepentido —atajó el príncipe.

—¿Y en qué consiste ese arrepentimiento? Le pasa lo mismo que a mí ayer cuando decía: «¡Soy muy vil, muy vil!». Pero todo se queda en palabras.

—¿Sólo en palabras? Yo creía lo contrario.

—Le diré la verdad. Pero a usted solo, porque usted sabe adivinar el pensamiento de los hombres. En mí, hechos y palabras, verdad y mentira, todo se mezcla y todo es sincero en absoluto. La verdad y el hecho es que siento un arrepentimiento real. Créalo usted o no lo crea, el hecho es así; se lo juro. Pero palabras y mentiras me son dictadas por un pensamiento infernal, siempre presente en mí: la idea de engañar a la gente empleando en algo útil mis lágrimas de arrepentimiento. ¡Se lo aseguro! A otro no se lo diría, para no concitarme su burla o su execración. Pero usted, príncipe, sabe juzgar humanamente.

—Eso mismo, palabra por palabra, se me decía hace un momento —exclamó Michkin—. Y tanto Keller como usted parecen jactarse de ser así. Los dos me asombran por igual, pero Keller es más sincero, mientras usted convierte esos sentimientos en un verdadero modo de traficar. Vamos, no ponga esa expresión tan desconsolada. No se lleve la mano al corazón, Lebediev… ¿No venía a decirme algo?

Lebediev comenzó a hacer muecas.

—Todo el día le he esperado para formularle una pregunta. Hágame el favor de contestar la verdad por una vez en su vida, sin rodeos. ¿Ha intervenido usted en el incidente de ayer? Hablo de lo del coche.

Nuevas muecas de Lebediev. Luego comenzó a reír, se frotó las manos, y hasta emitió algunos sonidos guturales, pero no dijo una palabra.

—Ya veo que ha intervenido usted en ello.

—Indirectamente, sólo indirectamente. Le digo la pura verdad. Me he limitado a hacer saber oportunamente a cierta persona el hecho de que estaban reunidos en mi casa ciertos señores y señoras…

—Me consta que ha enviado usted su hijo a decirlo: él mismo me lo ha contado antes. Pero, ¿a qué viene toda esta intriga? —exclamó el príncipe, con impaciencia.

—No soy yo quien la ha urdido —afirmó Lebediev, agitando los brazos como para rechazar una amenaza—, no soy yo. La han maquinado otros. Y, hablando en rigor, más bien es una fantasía que una intriga.

—Pero, ¿de qué se trata? ¿No comprende cuánto me afecta este asunto? ¿No ve que se ha arrojado una mácula sobre Eugenio Pavlovich?

El rostro de Lebediev volvió a contraerse.

—¡Príncipe! ¡Ilustre príncipe! No me deja usted decir toda la verdad. Varias veces he querido hacérsela saber; pero nunca me ha permitido usted

continuar…

El príncipe calló y quedó pensativo. Era notorio que se libraba en su ánimo una violenta lucha. Al fin articuló penosamente:

—Bien: diga toda la verdad.

—Aglaya Ivanovna… —comenzó Lebediev, bajando la voz.

—¡Silencio, silencio! —gritó Michkin, ruborizándose, lleno de ira y acaso de vergüenza también—. Todo eso es imposible y absurdo. Sólo usted u otros locos como usted pueden haberlo inventado. ¡Qué no le vuelva a oír decir una palabra sobre ese asunto!

Eran más de las diez de la noche cuando Kolia llegó de San Petersburgo, cargado de noticias: unas de San Petersburgo; otras de Pavlovsk. Relató, premioso, lo esencial de las noticias de San Petersburgo (muchas de ellas relativas a Hipólito y a la escena del día antes) y pasó a las noticias de Pavlovsk, pensando insistir después en las primeras. Kolia había tornado tres horas antes de la capital, yendo primero a visitar a las Epanchinas. «¡Aquello es terrible!», comentó. En primer plano estaba el incidente del carruaje; pero había sucedido algo más, ignorado por Michkin.

—Naturalmente —dijo Kolia—, no he hecho preguntas ni tratado de olfatear nada. Se me ha recibido, y mejor de lo que esperaba; pero de usted no se habló una sola palabra, príncipe.

Lo más importante era que Aglaya se había incomodado con su familia a causa de Gania. Kolia ignoraba los detalles del asunto: sólo sabía que, por absurdo que pareciese, Gania figuraba en él para algo. La disputa, por lo violenta, debía de tener un motivo grave. El general había aparecido tarde y malhumorado, mas Eugenio Pavlovich, que le acompañaba, fue acogido muy afectuosamente y por su parte se mostró amable y jovial. Pero lo más impresionante de todo era que Lisaveta Prokofievna había enviado a buscar a Bárbara Ardalionovna, que estaba con sus hijas, y, cortésmente, pero con decisión, le había prohibido para siempre volver a pisar su casa.

—La misma Varia me dijo que la prohibición fue en términos amables —aclaró Kolia.

Varia hubo de dejar la casa, y cuando se despidió de las hermanas, éstas no sabían que estaban diciéndole adiós por última vez.

—¡Pero si Bárbara Ardalionovna ha estado aquí a las siete! —exclamó Michkin, sorprendido.

—Y fue despedida a las ocho, o poco antes. Lo siento por Varia y por Gania; pero la verdad es que se pasan la existencia urdiendo intrigas. Al parecer, no pueden vivir sin ellas. Nunca he podido saber lo que traman… ni

me importa. Aun así, le aseguro, querido príncipe, que Gania es hombre de corazón. Sin duda muy corrompido en ciertos aspectos, pero tiene cualidades que se le descubren en cuanto se buscan… Jamás me perdonaré no haberle comprendido antes… No sé si debo seguir visitando a las Epanchinas después de lo sucedido con Varia. Aunque me he situado allí desde el principio en una independencia completa respecto a mi familia, debo pensar la cosa.

—No tiene por qué sentir tanto lo de su hermano —dijo Michkin—. Si las cosas han llegado a ese extremo, es que Gabriel Ardalionovich parece peligroso a Lisaveta Prokofievna, lo cual indica que sus esperanzas están en vías de realizarse.

—¿Qué esperanzas? —inquirió Kolia con extrañeza—. ¿Cree usted que Aglaya…? ¡No es posible! Michkin calló.

—Es usted un terrible escéptico, príncipe —declaró Kolia—. Observo que desde hace algún tiempo no cree en nada y sospecha de todo… Pero no he empleado con justeza la palabra «escéptico» …

—Creo que sí, aunque tampoco estoy muy seguro.

—¡No! Retiro la palabra. ¡He hallado otra explicación! —gritó Kolia—. ¡No es usted escéptico, sino celoso! Los sentimientos de Gania por cierta orgullosa señorita le producen unos celos infernales.

Y Kolia, levantándose súbitamente, rompió a reír como no riera en su vida. El rubor que cubrió el rostro de Michkin acrecentó la hilaridad del escolar. Le divertía enormemente la idea de que el príncipe pudiera sentir celos a causa de Aglaya. Pero su risa se cortó, en cuanto pudo observar que disgustaba a Michkin. Tras esto, ambos mantuvieron una conversación muy seria, que se prolongó por una hora o más.

Al día sucesivo, un asunto urgente obligó a Michkin a pasar parte de la jornada en San Petersburgo. Eran más de las cuatro cuando, al disponerse a volver a Pavlovsk, encontró en la estación al general Ivan Fedorovich. Éste asió en seguida el brazo del príncipe y tras mirar a su alrededor con inquietud, le hizo subir a un coche de primera clase, proponiéndole hacer el viaje juntos, ya que quería hablarle de cosas de alguna importancia.

—Ante todo, querido príncipe, no te enfades conmigo. Si estás molesto por algo, olvídalo. Por mí, te hubiese visitado ayer mismo, pero no sabía cómo podría tomarlo mi mujer… Mi casa se ha convertido en un infierno. Parece haberse instalado allí una inescrutable esfinge y por vueltas que se den a las cosas no se puede sacar nada en limpio. A mi juicio, tú eres menos culpable de lo que pasa que cualquiera de nosotros, aunque gran parte de ello haya sucedido por causa tuya. Mira, príncipe, es agradable ser filántropo; pero no conviene exagerar la nota. Acaso te hayas dado cuenta de lo que te digo. Me

gusta, por supuesto, la bondad; estimo a mi mujer; pero…

El general siguió hablando mucho tiempo en parecida forma, con no poca incoherencia en sus palabras. Se le notaba turbado por alguna cosa incomprensible para él. Al fin se expresó con más claridad.

—Para mí es indudable que tú no has intervenido en nada de esto; pero te ruego, como amigo, que no vayas a casa en algún tiempo, hasta que no cambien los vientos que corren allí. En lo que concierne a Eugenio Pavlovich —aseguró, acalorándose lo que se ha dicho de él es una insensata calumnia, la más calumniosa calumnia que cabe imaginar. Se trata de una impostura y una intriga encaminada a echar abajo nuestros planes mutuos y a indisponernos. Entre nosotros, príncipe, puedo decirte que Eugenio Pavlovich no ha pronunciado una sola palabra aún, ¿comprendes? Hasta ahora, nada nos une. Pero la palabra puede ser pronunciada, y acaso pronto, y acaso en seguida… ¡Y se ha querido impedirlo! Ignoro por qué y para qué. Esa mujer es desconcertante, excéntrica; me asusta hasta el punto de quitarme el sueño… Y luego ese carruaje, esos caballos blancos… Son realmente «chic». Sí, «Chic», como se dice en francés. ¿Quién la mantiene con ese boato? Anteayer formulé un juicio temerario: pensé que podría ser Eugenio Pavlovich. Pero él me ha demostrado la imposibilidad de semejante cosa. Y entonces, ¿qué interés tiene Nastasia Filipovna en provocar una ruptura entre nosotros? ¡Ese es el problema! ¿Se propone reservarse a Eugenio Pavlovich para sí? Pero te repito, te juro por la santa cruz, que los dos no se tratan y que esos pagarés son una invención. ¡Y con qué desvergüenza le tutea en plena calle! ¡Se trata de una maniobra evidente! Claro que nosotros debemos rechazarla con desprecio y duplicar la estima que profesamos a Eugenio Pavlovich. Así lo he dicho a Lisaveta Prokofievna. Y ahora te confesaré lo que pienso en el fondo: que Nastasia Filipovna obra así por rencor personal contra mí. A causa del pasado, ¿sabes?, aunque yo nunca le haya hecho nada. Sólo al pensarlo, me avergüenzo. Y ahora, ya la tenemos otra vez en escena, cuando yo la creía desaparecida definitivamente. Y ¿dónde está Rogochin?, ¿quieres decírmelo? Yo creía que ella era hace mucho tiempo mujer de Rogochin…

En resumen, el general estaba desorientado en absoluto. En la hora larga que duró el viaje, hizo preguntas, contestólas lo mismo, estrechó la mano de Michkin, y convenció a éste de que no le juzgaba complicado ni remotamente en el incidente del coche. Esto era lo principal para Michkin. El general terminó con algunas palabras referentes al tío de Eugenio Pavlovich, jefe de un departamento ministerial de San Petersburgo:

—Ocupa un buen cargo, cuenta setenta años, y es un viveur, un gourmand, un viejo que sigue al pie del cañón… ¡Ja, ja! Sé que ha oído hablar de Nastasia Filipovna y que incluso ha pretendido conseguir sus favores. Fui a visitarle hace poco; pero se hallaba enfermo y no recibía. Es rico, muy rico, tiene muy

buena posición y… Dios le dé muchos años de vida, claro; pero el caso es que su fortuna irá a parar a Eugenio Pavlovich. Sí… sí… Y, no obstante, temo algo, no sé el qué; pero una cosa que me asusta. Me parece notar algo amenazador que se cierne en el aire, como un murciélago… y tengo miedo, tengo miedo…

Sólo al tercer día, como ya dijimos, se produjo la reconciliación formal de las Epanchinas con León Nicolaievich.

XII

Eran las siete de la tarde. El príncipe se disponía a salir al parque cuando vio aparecer en la terraza a Lisaveta Prokofievna. Iba sola.

—Ante todo —principió la generala—, no te figures que vengo a pedirte perdón. ¡Nunca! Toda la culpa es tuya.

El príncipe quedó silencioso.

—¿Eres culpable o no?

—Tanto como usted. Por lo demás, ninguno hemos procedido con mala intención. Anteayer me creía culpable; pero ya me he convencido de que me engañaba.

—¡Eres el mismo de siempre! Vamos, escucha y siéntate, porque no me propongo estar aquí en pie.

Se sentaron.

—En segundo lugar, ni una palabra sobre aquellos descarados mozalbetes. Sólo puedo dedicarte diez minutos. Aunque acaso imaginases Dios sabe el qué, sólo he venido aquí a pedirte un informe. Y si haces una sola alusión a aquellos chicuelos, me voy y todo ha terminado entre nosotros.

—Bien —repuso Michkin.

—Permíteme una pregunta: ¿has escrito una carta, hace dos meses o dos meses y medio, sobre Pascua poco más o menos, a mi hija Aglaya?

—Sí.

—¿Con qué objeto? ¿Qué decías en esa carta? ¡Enséñamela!

Los ojos de la generala relampagueaban. Todo su cuerpo se estremecía de impaciencia.

—No la tengo —contestó Michkin con timidez—. Si esa carta no ha sido

destruida, está en poder de Aglaya Ivanovna.

—No eludas la cuestión. ¿Qué le decías?

—No eludo nada, y no temo nada. No veo por qué no había de escribirle…

—¡Cállate! Ya hablarás después. ¿Qué decías en la carta? ¿Por qué te has ruborizado?

Michkin reflexionó un instante.

—No sé lo que piensa usted, Lisaveta Prokofievna; pero veo que esa carta le desagrada mucho. Reconozca que podría negarme a contestar a semejante pregunta. Mas para probarle que no temo nada como consecuencia de mi carta, y que no deploro haberla enviado, y que no me ruborizo de ella —mientras hablaba su rubor iba acentuándose más cada vez—, voy a repetírsela, porque creo recordarla de memoria.

Y el príncipe reprodujo, casi palabra a palabra, su epístola a Aglaya Ivanovna.

—¡Qué cantidad de insensateces! ¿Quieres decirme lo que significan esas tonterías? —preguntó severamente Lisaveta Prokofievna, que había escuchado con extraordinaria atención.

—No lo sé a punto fijo ni yo mismo. Sólo sé que las escribí a impulsos de un sentimiento sincero. Yo experimentaba entonces momentos de vida intensa y de ardientes esperanzas.

—¿Qué esperanzas?

—Me sería difícil explicarlas; pero no eran las que usted puede suponer. Yo esperaba… En una palabra, yo forjaba sueños de porvenir y de dicha; esperando que acaso alguna vez llegase a no ser un extraño allí donde vivía. Sentíame repentinamente satisfecho de estar en mi país. Una mañana de sol, tomé la pluma y escribí la carta. ¿Por qué a Aglaya Ivanovna? No lo sé… A veces siente uno la necesidad de saberse querido, y tal vez atravesara yo uno de esos momentos —concluyó Michkin, tras de una pausa.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad?

—No. Le escribí como a una hermana. Incluso firmé: «Su hermano».

—Hum… Eso, como es fácil de comprender, lo hiciste a propósito.

—Me resulta penoso contestar preguntas así, Lisaveta Prokofievna.

—Lo sé; pero me tiene sin cuidado. Escucha y dime la verdad como si estuvieses ante Dios: ¿Me estás mintiendo o no?

—No miento.

—¿Y es verdad que no estás enamorado de mi hija?

—Creo que es absolutamente verdadero.

—¡Crees! ¡Confiaste tu carta a un chiquillo!

—Pedí a Nicolás Ardalionovich…

—¡Te digo que a un chiquillo!

Michkin contestó firmemente, aunque sin alzar la voz:

—No a un chiquillo, sino a Nicolás Ardalionovich.

—Bien, hijo, bien… Lo tendré en cuenta… —Y tras un minuto en el que la generala se esforzó en recobrar el aliento y calmar su agitación, siguió—: ¿Y qué es eso del «hidalgo pobre»?

—No lo sé, ni creo que sea nada. Debe tratarse de una broma.

—Me alegra enterarme de ello de una vez… Pero, ¿es posible que Aglaya sienta inclinación por ti? Siempre te califica de demente, de idiota…

—Podría usted haber prescindido de decírmelo —repuso el príncipe, con acento de reproche, si bien casi en voz baja.

—No te enfades. Es una chica voluntariosa, una loca, una niña mimada. Cuando se le antoja se burla de la gente en voz alta ante sus mismas barbas. Yo era lo mismo a su edad. Pero no te envanezcas, querido: Aglaya no está enamorada de ti ni lo estará nunca. ¡No puedo creerlo! Te lo advierto para que obres en consecuencia desde ahora. Oye: júrame que no te has casado con esa mujer.

Michkin casi dio un salto de sorpresa.

—¿Qué dice usted, Lisaveta Prokofievna?

—¿No has estado a punto de casarte?

—He estado a punto de casarme —contestó él, inclinando la cabeza.

—Y estás enamorado de ella, ¿verdad? ¿Y has venido aquí por ella?

—No he venido aquí para casarme, se lo aseguro —replicó Michkin.

—¿Hay alguna cosa sagrada para ti en el mundo?

—Sí.

—Pues júrame que no has venido para casarte con esa mujer.

—Se lo juro por lo que usted quiera.

—Te creo. Abrázame. ¡Menos mal que puedo respirar al fin! Pero te advierto que Aglaya no te quiere y que no se casará contigo mientras yo viva.

¿Entiendes?

—Sí.

El príncipe, en su confusión, no osaba mirar a la cara a la Epanchina.

—Toma nota de ello. Yo esperaba tu regreso como si fueras mi providencia (¡y eso que no te lo mereces!), lloraba por las noches, empapando la almohada de lágrimas… Naturalmente que no por ti, puedes estar seguro… Tengo también otro disgusto, un disgusto perenne y siempre el mismo. Pero si te esperaba con tal impaciencia es porque sigo creyendo que Dios te ha enviado a mí como amigo y hermano. No trato con nadie excepto con la vieja Bielokonsky, que de momento está ausente. Además, la mucha edad la ha vuelto tan loca como una cabra. Ahora contéstame sencillamente sí o no: ¿sabes por qué esa mujer ha dado anteayer aquel escándalo?

—Le doy mi palabra de honor de que no he participado en eso, ni sé nada.

—Te creo. Yo también he cambiado de opinión sobre el asunto. Anteayer, desde luego, acusaba a Eugenio Pavlovich. Ahora ya no puedo dejar de compartir su criterio de que se le ha hecho víctima de una burla infame. ¿Por qué y para qué? Es cosa problemática y se presta a muchas y desagradables suposiciones. En todo caso, Radomsky no se casará con Aglaya: te lo digo yo. Es posible que sea un hombre intachable; pero no importa. Hasta ahora he dudado, mas ya estoy resuelta. Hoy he dicho a mi marido: «Empieza por ponerme en el ataúd y enterrarme. Después de eso, tu hija se casará con quien quieres». ¿Ves cuánta confianza tengo en ti?

—Sí, y la estimo en lo que vale.

Lisaveta Prokofievna examinó, escudriñadora, a Michkin. ¿Querría observar el efecto que le causaba el informe relativo a Eugenio Pavlovich?

—¿Sabes algo acerca de Gabriel Ardalionovich?

—Mucho.

—Entonces, no ignorarás que mantiene correspondencia con Aglaya.

La noticia causó al príncipe tan profundo estupor que incluso le hizo sobresaltarse.

—Lo ignoraba en absoluto —dijo—. ¿Qué Gabriel Ardalionovich está en correspondencia con Aglaya Ivanovna? ¡Es imposible!

—Desde hace poco tiempo, lo está. Su hermana le ha abierto el camino durante todo el invierno mediante un trabajo de zapa…

—No lo creo —repuso Michkin, tras unos momentos de reflexión—. De ser así, lo sabría yo.

—¿Te figuras que él hubiese venido a confesártelo llorando y estrechándote contra su corazón? ¡Qué inocente eres! Todos te engañan como… como… ¿No te da vergüenza confiar en él? Ya veo que se ha burlado de ti como ha querido.

—Sé que a veces me engaña a medias —dijo Michkin, en voz baja y como a su pesar—, y él no ignora que lo sé… —añadió, interrumpiéndose bruscamente.

—¿De modo que lo sabes y esperabas, sin embargo, que te hiciese confidencias? ¡No faltaba más! Claro que en ti todo es natural. ¿Cómo puede extrañarme nada? ¡Vamos! ¿Y sabes que ese Gania o esa Varia la han puesto en relación con Nastasia Filipovna?

—¿A quién?

—A Aglaya.

—¡No lo creo! ¡No es posible! ¿Para qué?

Y se levantó precipitadamente.

—Tampoco yo lo creo, aunque tengo pruebas convincentes. Es una muchacha caprichosa, fantástica, loca… ¡Una mala hija! ¡Sí, sí, sí! Lo repetiré durante mil años, si hace falta. Todas son mis hijas, lo son ahora, hasta esa pava mojada de Alejandra. Pero Aglaya resaba todos los límites. ¡Y de todos modos no lo creo! ¡Acaso porque no quiero creerlo! —añadió, como para sí, la generala, que prosiguió después, dirigiéndose al príncipe con brusquedad—: ¿Por qué no has ido a vernos? ¿Por qué no pasas por casa desde hace tres días? —concluyó con impaciencia.

Michkin comenzó a exponer sus razones; pero Lisaveta Prokofievna le interrumpió:

—¡Todos te consideran un imbécil y te engañan! Ayer has ido a San Petersburgo: apuesto a que has visitado a aquel bribón y te has puesto de rodillas ante él para que aceptase tus diez mil rublos.

—No se me ocurrió siquiera hacerlo así. No le he visto. Y además no es un bribón. He recibido carta de él.

—¡A verla!

Michkin sacó una hoja de su cartera y la ofreció a la generala. La carta rezaba así:

«Muy señor mío: A juicio de la gente, yo no tengo, sin duda, derecho a poseer amor propio. En opinión del mundo soy demasiado insignificante para eso. Pero lo que es cierto a los ojos de los demás hombres no lo es a los de usted. Me he convencido, señor, de que acaso vale usted mucho más que los

otros. Respecto a esto estoy en desacuerdo absoluto con Doktorenko; y me he separado de él, por lo tanto. Jamás aceptaré de usted ni un kopec; pero usted ha socorrido a mi madre y le estoy agradecido, aunque ello sea una flaqueza. En todo caso, he cambiado de opinión sobre usted, y me considero obligado a comunicárselo. Pero estimo, a la vez, que no pueden existir entre nosotros relaciones de ninguna clase.

Antip Burdovsky.

P. S. —Los doscientos rublos que le debo le serán debidamente abonados más adelante».

—¡Qué necedad! —dijo la generala, devolviendo la carta a Michkin con brusco ademán—. ¡No valía ni la pena de leer eso! ¿Por qué sonríes?

—Confiese que esa lectura le ha complacido.

—¿El qué? ¿Leer esa colección de tonterías vanidosas? ¿No ves que todos esos tipos están atiborrados de orgullo y vanidad?

—Pero el caso es que Burdovsky ha reconocido su error, incluso en contra de Doktorenko. Y puesto que es vanidoso, más mérito tiene que haya dominado su vanidad. ¡Es usted una niña, Lisaveta Prokofievna!

—¿Quieres que te dé una bofetada?

—No, de ningún modo. Pero, ya que la carta le agrada, ¿por qué lo oculta? ¿Por qué se avergüenza de sus sentimientos? ¡Siempre es usted la misma!

—¡Ahora sí que no volveré a permitirte poner los pies en casa jamás! —dijo ella, levantándose, pálida de ira—. ¡No quiero respirar el mismo aire que tú!

—Y de aquí a tres días vendrá a pedirme que la visite. No se avergüence de esos sentimientos, que son lo mejor de su alma. No hace usted más que atormentarse en vano.

—¡Así me muera si vuelvo a visitarte otra vez! ¡Olvidaré hasta tu nombre! ¡Ya lo he olvidado!

Y se alejó bruscamente del príncipe.

—Antes de esa prohibición, ya se me había vedado visitarla —le gritó Michkin.

—¿Queeeé? ¿Quién te lo había prohibido?

Y se volvió de repente, con un movimiento tan vivo como si se hubiese pinchado con una aguja. Michkin, comprendiendo que acababa de hablar más de la cuenta, titubeó.

—¿Quién te ha prohibido ir a nuestra casa? —insistió con irritación, Lisaveta Prokofievna.

—Aglaya Ivanovna.

—¿Cuándo? ¡Habla!

—Esta mañana me ha informado de que no debo volver a pisar su casa.

Lisaveta Prokofievna, aunque casi paralizada por el estupor, se esforzó en reunir sus ideas.

—¿Cómo te lo ha hecho saber? ¿A quién te ha enviado? ¿A ese chiquillo para que te lo dijera? ¿O te ha buscado otra persona? —preguntó precipitadamente.

—He recibido carta suya —repuso Michkin.

—¿Dónde está? ¡Dámela ahora mismo!

Tras un momento de reflexión, el príncipe sacó del bolsillo de su chaleco, no una carta, sino un trocito de papel en el que se veían escritas las líneas siguientes:

«Príncipe León Nicolaievich: Si después de todo lo sucedido se propone usted asombrarme presentándose en nuestra casa, tenga la certeza de que no figuraré entre aquellos a quienes complazca su visita.

Maya Ivanovna».

La generala meditó un instante, luego se lanzó hacia Michkin, le aferró el brazo y le arrastró consigo.

—¡Pronto! ¡Ven! ¡Es absolutamente necesario que vengas en seguida! —dijo con energía, manifestando una impaciencia y una agitación extraordinarias.

—Pero me expone usted…

—¡Dios mío, qué necio! ¡No parece un hombre! Vamos: quiero verlo yo misma, con mis propios ojos…

—Déjeme, siquiera, coger el sombrero…

—Toma tu horroroso sombrero, y vámonos. ¡Ni siquiera has sabido elegirlo de una forma un poco más elegante! ¡Aglaya ha escrito eso! ¡Lo ha escrito después de lo sucedido anteriormente! —balbucía Lisaveta Prokofievna, mientras caminaba llevando al príncipe sujeto por el brazo y obligándole a seguirla—. Antes te he defendido y he dicho que obrabas como un imbécil no visitándonos… De otro modo, ella no habría escrito esa carta estúpida, incorrecta, indigna de una joven distinguida, bien educada,

inteligente… ¡Hum! —continuó—. ¿Será que acaso…? ¿Acaso que está ofendida porque no vas? Pero no ha comprendido que no se puede escribir así a un idiota, ya que lo tomará todo al pie de la letra, como ha sucedido… ¿Por qué me escuchas con tanto interés? —le interpeló, comprendiendo que había hablado demasiado—. Aglaya necesita un tipo corno tú para reírse de él. Hace tiempo que no ha tratado otro semejante y por eso desea volver a verte. Y yo me alegraré mucho, ¡mucho!, de que ella se burle de ti… ¡Muchísimo! ¡Te lo mereces! Y ella sabrá ponerte en ridículo, ten la certeza…

****

TERCERA PARTE

I

En Rusia no se oyen sino quejas constantes relativas a la falta que padecemos de personas prácticas. Tenemos plétora de políticos y generales; incluso se encuentran hombres de negocios de todas clases en un caso dado; pero no poseemos hombres prácticos, o al menos siempre estamos deplorando su carencia. Dícese a todas horas que nos faltan ferroviarios eficientes; que no es posible encontrar una compañía naviera bien administrada. Con frecuencia oímos hablar de choques de trenes y de hundimiento de puentes en líneas de nueva construcción. Otras veces se trata de convoyes detenidos por la nieve en pleno campo y que permanecen parados durante cinco días, cuando el viaje debió terminar en pocas horas. O de toneladas de mercancías que se pudren durante dos o tres meses antes de ser expedidas. Y he oído decir (aunque no me parece verosímil) que el empleado de una casa comercial, al insistir en sus reclamaciones al efecto, recibió un puñetazo que le asestó en una oreja el encargado de facturaciones, quien justificó su acto diciendo que el reclamante le había hecho perder la paciencia. Existen tantas oficinas gubernativas, que uno siente vértigos al pensar en su número: todos han servido, sirven o se proponen servir al Estado, y, sin embargo, no se logra dirigir razonablemente una vía férrea o una línea de vapores.

A esto suele darse una respuesta tan sencilla que la explicación parece casi increíble. Cierto es, se nos dice, que todos han servido o sirven al Estado ruso, y que el sistema ha sido seguido durante doscientos años y con arreglo al mejor modelo alemán, de abuelos a nietos; pero los funcionarios son la gente menos práctica de todas, y las cosas han alcanzado extremo tal que un carácter puramente teórico y una falta total de conocimientos prácticos han llegado a considerarse, incluso en los medios oficiales, casi como la calificación y

recomendación más altas. Pero aquí no se trata de discutir esos medios, sino de ceñirnos al asunto de los hombres prácticos. No hay duda alguna que la desconfianza y la carencia absoluta de iniciativa han sido consideradas siempre como los signos principales de que un hombre es práctico y siguen siendo juzgadas así. Y si opinión tal es sostenida por acusatoria, ¿por qué censuramos únicamente a nosotros mismos? Desde el principio de las cosas, la falta de originalidad ha sido apreciada en el mundo entero como la principal característica y mejor recomendación en favor de un hombre activo y práctico, y al menos el noventa y nueve por ciento de los miembros sostienen desde siempre esta opinión, mientras sólo el uno por ciento, como máximo, propugna la contraria.

Inventores y hombres geniales no han sido considerados cosa mejor que locos en los inicios de su carrera, y muy frecuentemente a su fin también. Esta es cosa familiar y palmaria a todos. Si, por ejemplo, tras centenares de años en que las gentes han depositado sus fondos en los Bancos, al cuatro por ciento, la Banca dejase pronto de existir, esos capitales se perderían infaliblemente, invertidos en especulaciones, aun las más disparatadas, o pasando a poder de los timadores…, lo que sin duda está muy de acuerdo con las normas de la propiedad y de la decencia. Sí: de la decencia, porque una adecuada desconfianza y una completa carencia de originalidad han sido, repitámoslo, universalmente aceptadas como las características esenciales del hombre práctico, del caballero; y una transformación súbita sería, pues, absolutamente anticaballeresca y casi indecente. ¿Qué tierna y abnegada madre no se estremecería de terror si pensase en que su hijo o hija había de apartarse un solo pelo del camino trillado? «No, más le vale ser feliz y vivir con comodidad y sin originalidad», pensarán todas mientras mecen la cuna. Y nuestras niñeras opinan lo mismo: «Al niñito le veremos cubierto de oro, llevando una charretera de general, es el hombre original, o, en otras palabras, el general ha sido considerado en Rusia como el pináculo de la dicha humana y alcanzado la categoría de la más popular idea nacional respecto a lo que debe ser una vida tranquila y feliz. Y en efecto: ¿qué ruso, después de sufrir, sin distinguirse, un examen, no puede, pasados treinta y cinco años de servicio, obtener el grado de general y tener una cuenta en el Banco? De este modo, el ruso alcanza la posición de hombre práctico e importante sin el menor esfuerzo. La única persona, entre los rusos, que puede fracasar en el intento de llegar a general, es el hombre original, o, en otras palabras, el hombre de espíritu inquieto. Acaso haya en ello algún error; pero, generalizando, lo dicho se considera verdadero, y la sociedad rusa se muestra perfectamente correcta cuando define de tal modo al hombre práctico.

Pero casi todo esto es superfluo. En realidad sólo me propongo decir algunas palabras explicatorias acerca de nuestros amigos, los Epanchin. Esta familia, o al menos los miembros más reflexivos de ella, sufrían perennemente

al notar en su carácter una peculiaridad común a todos ellos: su absoluta oposición a las virtudes que hemos examinado en los párrafos anteriores. Aunque no apreciasen claramente el hecho, a causa de que es difícil apreciarlo en uno mismo, no dejaban de sospechar a veces que las cosas no marchaban en su casa como en las demás. Mientras todos sus conocidos llevaban una existencia apacible, rutinaria, uniforme, la de los Epanchin estaba pletórica de turbulencias; mientras todos corrían como sobre rieles, ellos estaban siempre descarrilados. En otras casas todos eran correctamente discretos; pero en la suya, no. Tal vez fuese Lisaveta Prokofievna la única que hiciera tan ingratas observaciones, ya que las muchachas, a las que no les faltaba, de cierto, penetración ni causticidad, eran jóvenes aún, y el general tenía una mente perspicaz, si bien un tanto tortuosa. En los casos difíciles que se presentaban en su vida familiar solía contentarse con decir: «Hum…», dejando la solución de los problemas a su mujer. A ella, pues, le incumbía también la responsabilidad, y no era que aquella familia se distinguiese por iniciativa particular alguna, ni que sus contratiempos tuviesen por causa una tendencia consciente a la originalidad, lo que hubiera sido muy incorrecto. No, en su proceder no existía meditación, y, pese a ello, la familia Epanchin, aunque estimada, no era en absoluto lo que debe ser una familia rodeada de la consideración social. Hacía tiempo que había arraigado en la cabeza de la generala la idea de que todo dependía de ella y de su «desgraciado» carácter, convicción que aumentaba su disgusto. Maldecía, pues, sin cesar su excentricidad «estúpida e inconveniente», y siempre inquieta, siempre alerta, en espera de imaginarias complicaciones, viviendo en perenne perplejidad, no sabía cómo proceder en los asuntos más comunes de la vida.

Dijimos al principio de nuestro relato que los Epanchin gozaban de la consideración general. Ivan Fedorovich, a pesar de su oscuro origen, era recibido con respeto en todas partes. Lo merecía en realidad, por su fortuna y su elevada posición, y además porque era un hombre muy correcto, aunque no tuviese un talento muy poderoso. De otra parte, cierta torpeza mental parece muy indicada, si no para todo hombre público, al menos sí para todo funcionario público. Por ende el general tenía buenas maneras, era modesto, sabía callar cuando convenía y a la vez no se dejaba atropellar de nadie, no por ser general, sino por ser hombre honrado. Finalmente, lo que era más importante aún, gozaba de altas protecciones. Lisaveta Prokofievna, como sabe el lector, descendía de una familia aristocrática. Cierto que en nuestra Rusia se consideran más las buenas relaciones que el nacimiento; pero la generala era querida y apreciada por personas cuyo ejemplo se convierte en ley para la sociedad. Superfluo es decir que sus preocupaciones familiares no tenían fundamento alguno, o al menos que su imaginación las agrandaba de un modo ridículo. Mas si uno tiene una verruga en la frente o en la nariz, se figura que esa verruga atrae la atención general, que nadie se ocupa sino en burlarse

de ella, y que a causa de ese defecto se le condena a uno aunque haya descubierto América. Era cierto que Lisaveta Prokofievna pasaba en sociedad por una «original», y aunque no por eso se la estimaba menos, la pobre mujer había terminado creyendo en la inexistencia de tal estima, y ésta era su mayor desventura. Al pensar en sus hijas, decíase con dolor qué estaba perjudicando su porvenir, que tenía un carácter grotesco, incorrecto, insoportable. Naturalmente, la culpa no podía ser sino de los que la rodeaban, y de aquí que de mañana a noche disputase con su marido y sus hijas, a pesar de que los quisiera de un modo que llegaba hasta el olvido de sí misma, hasta la pasión.

Lo que más la disgustaba era la sospecha de que sus hijas se convertían gradualmente en tan originales como ella misma, y la certeza de que no resultaba natural que hubiese, ni debiera haber, mujeres semejantes en el mundo. «Se están volviendo unas nihilistas. ¡Eso es!», repetíase a cada instante. Un año que tal idea le torturaba cotidianamente a la generala. «Ante todo, ¿por qué no se casan? —preguntábase sin cesar—. Por disgustar a su madre. ¡No tienen otra finalidad en la vida! No, no puede ser otra cosa. Son las ideas nuevas, la maldita cuestión feminista. ¿Pues no quiso Aglaya, hace seis meses, cortarse esa magnífica cabellera que tiene? ¡Cuándo ni yo en mis tiempos la poseía igual! Ya tenía las tijeras en la mano y hube de arrodillarme ante ella para hacerla renunciar a tal locura. Admito que obrase por maldad, por disgustar a su madre, porque es una muchacha mala, caprichosa, una niña mimada, pero sobre todo mala, mala, mala… Pero ¿no quería también esa loca de Alejandra cortarse igualmente el pelo, sólo porque Aglaya le había asegurado que así dormiría mejor y no sufriría jaquecas? ¡Y cuántos partidos, cuántos, se les han presentado en estos cinco años últimos! Y algunos buenos, muy buenos inclusive… ¿Qué esperan? ¿Por qué no se casan? Sólo por molestar a su madre. No tienen otra razón; absolutamente ninguna».

Al fin el sol pareció iluminar un tanto su maternal corazón al ver que una de sus hijas, Adelaida, estaba comprometida. «Al menos eso será una tranquilidad para mí», declaró cuando vino el caso de manifestar su criterio en voz alta, aun cuando en su interior se sirviese de expresiones mucho más tiernas. Y ¡qué feliz y correctamente se había convenido todo! En sociedad no se hablaba de aquella boda sino con franca aprobación. El novio era un hombre decente, conocido, príncipe, rico y, por ende, agradable a su futura. ¿Qué más podía pedirse? Pero Lisaveta Prokofievna se había inquietado siempre menos por Adelaida que por sus otras dos hijas, aunque las inclinaciones artísticas de la joven no dejasen de causarle cierta aprensión. «En cambio, tiene buen carácter y muy buen sentido; una muchacha nunca se pierde cuando es así», decíase siempre al final la generala, tranquilizándose con tal reflexión. Lo que la inquietaba más era el porvenir de Aglaya. Respecto a Alejandra, no sabía si preocuparse o no. A veces su hija mayor le parecía un «caso desesperado»: ya tenía veinticinco años. ¿Se quedaría para

vestir imágenes? ¡Y con aquella belleza! La desgraciada madre pasaba las noches llorando, mientras quien motivaba aquellas inquietudes dormía con el más tranquilo de los sueños. «¿Qué será? ¿Una nihilista o meramente una tonta?». Lisaveta Prokofievna sabía muy bien que lo último era inexacto. Tenía en alta estima la inteligencia de Alejandra y le solía pedir consejo con frecuencia. Pero el que su hija era «una pava mojada», no ofrecía duda alguna. «Tiene una tranquilidad tal, que no la inmuta nadie… Y el caso es que las «pavas mojadas» no suelen tener nada de tranquilas. No entiendo una palabra…» Alejandra Ivanovna inspiraba a su madre una especie de inexpresable compasión que la generala no experimentaba por Aglaya en la misma medida, aunque la última fuese su ídolo. Pero los arranques de mal humor con que Lisaveta Prokofievna solía manifestar su solicitud materna, los epítetos análogos al de «pava mojada», no provocaban más que la hilaridad de Alejandra. A veces, las cosas más insignificantes exasperaban a la generala, la ponían fuera de sí. Alejandra, por ejemplo, solía dormir mucho y normalmente tenía sueños; pero sueños de candidez semejante a los de un niño de siete años. Y la inocencia misma de aquellos sueños irritaba a su madre. Una vez la joven soñó con nueve gallinas, lo cual motivó una discusión cuya causa sería imposible decir. Otra vez —la única, es cierto— soñó con un monje encerrado en una celda obscura en la que ella temía penetrar. Aglaya y Adelaida, entre grandes risas, fueron a contarlo a su madre, quien se enojó y trató a sus tres hijas de necias. «Hum… Está tan plácida como una imbécil; es una verdadera «pava mojada»; no la emociona nada, y, sin embargo, parece triste. Hace días que da pena verla. ¿Por qué estará triste, por qué?». A veces la generala planteaba la cuestión a su marido, y ello febrilmente, en tono de amenaza, como tenía por costumbre. Ivan Fedorovich fruncía el entrecejo, se encogía de hombros, y al fin expresaba su opinión abriendo mucho los brazos y diciendo:

—Necesita un marido.

Lisaveta Prokofievna estallaba como una bomba:

—¡Dios permita que no sea un hombre como tú, Ivan Fedorovich; con sentimientos tan groseros como los tuyos Ivan Fedorovich!

El general se iba y Lisaveta, tras aquella «explosión», se calmaba. Aquella misma tarde mostrábase ya extraordinariamente solícita, dulce y afable con Ivan Fedorovich. Porque no había dejado de quererle, estaba realmente enamorada de él, y él por su parte estimaba mucho a Lisaveta Prokofievna.

El mayor tormento de la madre, y un tormento continuo, lo constituía Aglaya. «Es como yo, mi vivo retrato —decía la generala—: un diablo despótico y malvado. Una nihilista, una original, una insensata, una loca, loca, loca… ¡Oh, Señor, qué desgraciada va a ser!».

Como dijimos, la seguridad de que Adelaida se casaba fue un bálsamo para

Lisaveta Prokofievna. Durante un mes olvidó sus inquietudes. El inmediato casamiento de Adelaida motivó que en sociedad se hablase por entonces bastante de Aglaya. Y la joven se portaba tan bien, tenía modales tan gratos, una actitud tan inteligente y un encanto tan subyugador… Hasta su orgullo parecía en ella una gracia más. Hacía un mes que se mostraba amable y cortés con la generala. («Claro que es preciso tomarse tiempo para conocer mejor a ese Eugenio Pavlovich y estudiarle a fondo. Además, Aglaya no parece mirarle con mejores ojos que a los demás», se decía Lisaveta Prokofievna.) Lo esencial era el admirable cambio surgido en el carácter de la joven. Y luego era tan hermosa, tan hermosa… «¡Sí, parece embellecer de un día a otro, Dios mío!». Y ahora…

Ahora aquel miserable principillo, aquel idiota, no hacía más que aparecer y lo echaba todo a rodar, trastornando la casa.

En realidad, ¿qué había sucedido?

Para otras personas, nada seguramente. Pero Lisaveta Prokofievna tenía la peculiaridad de descubrir en las circunstancias más comunes de la vida detalles y concatenaciones que la atemorizaban al punto de hacerla casi enfermar. Júzguese lo que debió sentir cuando, en medio de sus inquietudes quiméricas, vio producirse un incidente de real gravedad y justificativo de serias preocupaciones.

«¿Quién y cómo se habrá atrevido a escribirme esa maldita carta anónima en que se me dice que aquella mujerzuela está en relación con Aglaya?», pensaba la generala por el camino, arrastrando a Michkin con ella.

Y cuando, llegada a su casa, hizo sentar al príncipe ante la mesa redonda en torno a la cual se reunía toda la familia, Lisaveta Prokofievna recayó en sus reflexiones: «¿Cómo se habrán atrevido a eso? Me moriría de vergüenza si creyese una sola palabra de esa carta o si la enseñase a Aglaya. ¡Cómo se burla la gente de nuestra familia! Y la culpa de todo, de todo, la tiene Ivan Fedorovich. ¿Por qué nos iríamos de Elaguin? ¡Bien lo propuse yo! Quizás haya sido Varia quien escribió la carta, o tal vez… No sé; pero la culpa de todo la tiene Ivan Fedorovich. ¡Tuya es la responsabilidad de esto, Ivan Fedorovich! Esa mujer lo ha imaginado todo para burlarse de él. En recuerdo de su antigua relación ha querido ponerle en ridículo, como ya le puso cuando lo de las perlas… Pero también nosotras, tus hijas y yo, estamos mezcladas en esto, Ivan Fedorovich. ¡Y son señoritas de la mejor sociedad, muchachas casaderas! Y estuvieron allí, se quedaron allí, lo oyeron todo, se enteraron de la historia de aquellos mozalbetes… ¡Vamos, Ivan Fedorovich, ya puedes estar satisfecho! ¡Estaban allí y se enteraron de todo! No se lo perdono a ese principillo; no se lo perdonaré jamás. ¿Y por qué tiene Aglaya desde hace tres días tanta excitación nerviosa? ¿Por qué ha reñido con sus hermanas, incluso

con Alejandra, a quien besaba a diario con tanto respeto como si fuese su propia madre? ¿Por qué hace tres días que se muestra como un enigma para todos? ¿Y qué tiene que ver Gabriel Ardalionovich con esto? ¿Por qué estuvo ayer Aglaya hablando tan bien de él, y por qué lloró luego? ¿Por qué se habla en el anónimo de ese maldito «hidalgo pobre», y por qué Aglaya no enseñó a sus hermanas la carta recibida del príncipe? ¿Y por qué… por qué he corrido a casa de él como una loca y le he arrastrado conmigo? ¡Qué de tonterías acabo de hacer! ¡Estoy loca, Señor! ¡Hablar a un hombre joven de los secretos de mi hija! Y, además, de secretos que en cierto modo se refieren a él mismo. ¡Dios mío! Menos mal que es de confianza… e idiota… ¿Es posible que Aglaya se interese por cretino semejante? ¿En qué pienso, Señor? ¡Qué tipos los de esta familia… empezando por mí! Se nos podía poner bajo un fanal y exhibirnos por diez kopecs… ¡No te lo perdonaré nunca, Ivan Fedorovich, no te lo perdonaré nunca!… ¿Y por qué Aglaya no se burla de ese idiota? Había prometido burlarse de él y no lo hace. ¡Con qué atención le mira! ¡Qué pálido está! ¡Y ese maldito charlatán de Eugenio Pavlovich, que no para de hablar un momento! No deja meter la cuchara a nadie: monopoliza la conversación. En cuanto consiga hacerles cambiar de tema, lo sabré todo».

El príncipe, en efecto, estaba muy pálido. Parecía muy a disgusto y, sin embargo, había momentos en que un éxtasis inefable e incomprensible se adueñaba de su alma. ¡Cómo temía mirar cierto rincón desde donde le contemplaban los ojos negros, tan conocidos! A la vez se sentía feliz de encontrarse en medio de aquella familia y oír aquella voz, pese a lo que se le escribiera. ¿Qué se le ocurriría a Aglaya decirle ahora? En cuanto a él, atento a las ocurrencias de Eugenio Pavlovich, no había proferido una sola palabra. Pocas veces había parecido Radomsky más satisfecho y elocuente que aquella tarde. Michkin le escuchaba, es cierto, pero pasó bastante tiempo antes de que entendiese lo que el joven decía. Toda la familia estaba presente, excepto el general, que no había vuelto aún de San Petersburgo. El príncipe Ch. se hallaba también en la casa. Sin duda la reunión se proponía ir a oír música antes del té. A poco, surgió Kolia en la terraza. «De modo que continúan recibiéndole», se dijo Michkin.

La casa de los Epanchin era una hermosa villa con aspecto de chalet suizo. Se veían flores y verdor por doquier. Un jardín, pequeño pero bien cuidado, rodeaba el edificio. Como en casa del príncipe, todos estaban sentados en la terraza, que era mayor y ofrecía una perspectiva más bella.

Al llegar Michkin, la conversación versaba sobre un tema que parecía desagradar a algunos. Notábase que acababa de tener lugar una viva discusión. Todos hubiesen preferido hablar de otra cosa, pero Eugenio Pavlovich, en su vehemencia, no lo advertía. Y aún se animó más cuando apareció Michkin. Lisaveta Prokofievna arrugó el entrecejo, si bien aún no sabía de qué se

trataba. Aglaya, algo aparte, no se retiró. Escuchaba, encerrándose en un obstinado silencio.

—Dispénseme —declaró con calor Radomsky— pero no he dicho nada contra el liberalismo en general. Yo sólo ataco al liberalismo ruso, y si lo ataco, es porque el liberal ruso no es un liberal ruso, sino un liberal anti-ruso. Muéstrenme un liberal ruso y le abrazaré ante todos ustedes.

—Si él se deja abrazar —dijo Alejandra, muy excitada, como lo daba a entender el vivo color de sus mejillas.

«Una mujer tan flemática, que no hace más que comer y dormir, que no se altera por nada, se ha excitado con esto. ¡Es incomprensible!», pensó la generala.

Michkin creyó notar que el tono de Radomsky distaba de agradar a Alejandra Ivanovna. Ésta creía que el joven trataba demasiado a la ligera un tema serio, ya que, a pesar del fuego que ponía en sus palabras, tenía verdaderamente el talante de bromear.

—Yo sostenía hace un momento, cuando ha entrado usted, príncipe —dijo Eugenio Pavlovich—, que en Rusia los liberales se han reclutado hasta ahora exclusivamente entre los propietarios de siervos y las familias de popes. Lo mismo pasa con los socialistas. Y como las dos castas citadas son cosas al margen de la nación, y cada vez más independientes de ella, resulta que cuanto hacen es siempre no-nacional.

—¿Así que los progresos obtenidos en Rusia son anti-rusos? —protestó Ch.

—Son no-nacionales. Rusos, pero no nacionales. Nuestros liberales no son rusos, ni nuestros conservadores tampoco. Y pueden estar seguros de que la nación no aceptará nunca lo que hagan los señores territoriales ni los estudiantes de seminario.

—¡Es demasiado! ¿Cómo puedes sostener esa paradoja y hacer afirmaciones contra los propietarios rusos? ¡Si tú mismo lo eres! —objetó con energía el príncipe Ch.

—No hablo de los propietarios rusos en el sentido en que tú lo tomas. Esa clase es muy respetable, tanto más cuanto que ha dejado de ser casta y, sobre todo, dado que yo pertenezco a ella…

—¿Así que cree usted que tampoco la literatura rusa es nacional? —dijo Alejandra.

—No soy autoridad en literatura; pero aun así creo que la literatura rusa no es nacional, exceptuando acaso a Gogol, Lomonosov y Puchkin.

—No está mal. Sólo que uno de ellos era un campesino y los otros dos propietarios —dijo Alejandra, riendo.

—Cierto, pero no cante victoria. Pues que ésos, entre todos los escritores rusos, han sido quienes han dicho algo propio, no tomado de ajenos, son, por ese solo hecho, nacionales. Cualquier ruso que hable o escriba cosas que se le ocurran espontáneamente, sin tomarlas o plagiarlas de los demás, es inevitablemente nacional, aunque no se exprese en buen ruso. Esto me parece un axioma. Pero antes no hablábamos de Literatura, sino de los liberales y socialistas rusos, y yo decía que no hay un solo socialista ruso, ya que todos son propietarios de siervos o gentes de formación seminarística. Todos los socialistas confesados, en Rusia y fuera de ella, no son más que liberales procedentes de la nobleza territorial de la época de la servidumbre. ¿Por qué se ríen? Muéstrenme sus libros, teorías y tratados y, aunque no soy un crítico literario, les haré la crítica literaria más acabadamente demostratoria de que cada página de sus libros, libelos y memorias, ha sido escrita por un propietario ruso al antiguo estilo. Sus iras, sus protestas, su humorismo, son típicas de los de su clase y anteriores a la época de Famusov. Sus arrebatos, sus lágrimas, sus éxtasis pueden ser auténticos; pero son lágrimas, arrebatos y éxtasis de gran propietario rural o de seminarista. ¿Se ríen otra vez? ¿También usted, príncipe? ¿No está de acuerdo conmigo?

En realidad las palabras de Radomsky habían provocado la hilaridad general. El mismo Michkin sonreía.

—No puedo decirle si soy de su opinión o no —declaró el príncipe, dejando de sonreír. Su azorada fisonomía parecía la de un colegial sorprendido en falta—. Pero le aseguro que le escucho con vivo placer.

Hablaba con ahogada voz. Un frío sudor perlaba su frente. Era la primera vez que despegaba los labios desde su llegada. Quiso mirar en torno, pero no se atrevió. Eugenio Pavlovich, notándolo, esbozó una sonrisa.

—Voy a citarles un hecho, señores —continuó Radomsky con aquella mezcla de acaloramiento y expresión risueña que siempre hacían presumir irónicas sus palabras, por sinceras que pareciesen—. Un hecho cuyo descubrimiento tengo el honor de reivindicar para mí. A menos nadie, que yo sepa, lo ha descubierto antes. En él se revela todo el fondo del liberalismo ruso a que me refiero. ¿Qué es, hablando en general, el liberalismo sino un ataque (que tenga razón o no es cosa distinta) al orden de cosas establecido? Es eso, ¿no? Pues el descubrimiento realizado por mí consiste en que el liberalismo ruso no es un ataque al estado de cosas existentes, sino a las cosas mismas, es decir, al país. El liberal que yo considero es un ser que odia a Rusia, que maltrata, pues, a su madre… Toda desgracia de Rusia le embriaga de júbilo. Odia las costumbres nacionales, la historia rusa, todo… Su excusa, si alguna

tiene, es que no sabe lo que hace y que su aversión a Rusia le parece la más profunda muestra de liberalismo. Aquí encontrarán ustedes con frecuencia liberales a quienes aplauden los reaccionarios y que son, sin saberlo, los conservadores más absurdos, obtusos y peligrosos de todos. Algunos de nuestros liberales confundían hasta hace poco el odio a Rusia con el verdadero amor a la patria y se jactaban de comprender ese sentimiento mejor que los demás. Pero ahora son más francos, la mera palabra «patriotismo» los avergüenza, y rechazan el concepto como molesto y despreciable. Trátase de un fenómeno de que ninguna época ni país ha proporcionado ejemplo. ¿Cómo se produce entre nosotros? Por la razón que he dado antes: la de que el liberal ruso es un liberal no-ruso. A mi juicio no hay otra explicación.

—Todo lo que has dicho es una broma, Eugenio Pavlovich —repuso, con gravedad, el príncipe Ch.

—No he tratado a todos los liberales y no puedo juzgarlos —añadió Alejandra Ivanovna—, pero me indigna oírle. Toma usted un caso particular y lo erige en norma general. De modo que su acusación es calumniosa.

—¿Un caso particular? ¡Ya se ha pronunciado la palabra! ¿Qué le parece, príncipe? Lo que afirmo, ¿se refiere o no a un caso particular?

—Debo decirle —repuso Michkin— que he tratado y visto pocos liberales; pero creo que puede usted tener razón en parte y que ese liberalismo ruso de que usted habla se inclina, en cierta medida, a odiar a Rusia y no sólo a sus instituciones. Pero ello, por supuesto, sólo es verdad en un sentido, y no resultaría justo extender tal juicio a todos…

Se interrumpió, confuso. Su turbación no le vedaba sentir un gran interés en lo que se discutía. Una de las peculiaridades de Michkin, era la extraordinaria y cándida atención con que prestaba oído a cuanto le interesaba, así como la seriedad con que respondía si se le preguntaba en aquellos casos. Su expresión, su aspecto eran el de un hombre de buena fe incapaz de suponerse objeto de burla. Eugenio Pavlovich, que hasta entonces sonriera de un modo particular mirando al príncipe, quedó sorprendidísimo de su contestación y le examinó con gravedad.

—¿Cómo? ¿Qué decía? ¿Me ha contestado en serio, príncipe?

—¿Acaso no me ha interrogado usted en serio? —dijo Michkin, con extrañeza.

Todos rompieron a reír.

—No le haga caso —intervino Adelaida Ivanovna—. Eugenio Pavlovich tiene la costumbre de burlarse de la gente. ¡Si supiese las cosas que cuenta a veces con la mayor seriedad!

—Opino que esta conversación es desagradable y habría valido más no comenzarla —observó Alejandra, con acritud. Se había hablado de dar un paseo…

—Vayamos a darlo —convino Eugenio Pavlovich—. Pero para probarles que esta vez he hablado con seriedad y para probarlo sobre todo al príncipe… (Porque me ha interesado usted mucho, príncipe, y le juro que, aunque frívolo, no lo soy tanto como debo parecerle.) Para probarlo, digo, haré, señores, si me lo permiten, una última pregunta al príncipe. Y con eso concluiremos. Se trata de una mera curiosidad privada. Esa pregunta se me ha ocurrido mentalmente como a propósito (ya ve, príncipe, que también pienso a veces en cosas serias) y la he contestado; pero me gustaría saber la opinión del príncipe. Hace un momento hablábamos del «caso particular». Esas dos palabritas suenan muy a menudo en Rusia. Últimamente la prensa y el público se han ocupado en ese horrendo asesinato de seis personas por un… joven, y del curioso discurso del defensor; quien dijo, entre otras cosas, que, dada su pobreza, el inculpado debía sentir «naturalmente» el impulso de cometer seis asesinatos. La frase literal del abogado no fue ésa, pero el sentido sí. A mi juicio, al hablar de tal modo, el defensor estaba convencido de pronunciar las palabras más progresistas, liberales y humanitarias que se puedan decir en nuestra época. ¿Qué le parece, pues? Esa perversión de ideas y convicciones, la posibilidad de un modo de ver las cosas tan notoriamente falso, ¿es un caso particular o general?

Siguió un nuevo estallido de hilaridad.

—Particular, por supuesto —dijeron, riendo, Alejandra y Adelaida.

—Permíteme recordarte, Eugenio Pavlovich —dijo el príncipe Ch.—, que esa broma está ya muy gastada.

—¿Cuál es su opinión, príncipe? —insistió Radomsky, sin hacerle caso, al sentir fija en él la mirada seria de León Nicolaievich—. ¿Es un caso particular o genera!? Confieso que me lo he preguntado acordándome de usted.

—No, no es un caso particular —repuso Michkin, en voz baja pero firme.

—¡Por Dios, León Nicolaievich! —exclamó, casi enojado, el príncipe Ch.— ¿No ve que la pregunta es un ardid que le tienden?

Michkin se sonrojó.

—Creí que Eugenio Pavlovich hablaba en serio —dijo, bajando la vista.

—Acuérdese, querido príncipe —continuó Ch.—, de la conversación que usted y yo tuvimos hace tres meses. Nos referíamos precisamente al gran número de abogados distinguidos con que cuenta el foro desde la reforma de los tribunales y citamos varios prudentes veredictos emitidos por nuestros

jurados. ¡Cuánto celebraba usted tal estado de cosas y qué satisfacción me causaba su alegría! Decíamos ambos que ello justificaba un orgullo legítimo. Esa torpe defensa, ese argumento absurdo no es más que una casualidad, una excepción entre miles de ejemplos contrarios.

Michkin reflexionó unos instantes, y luego, con aspecto de honda convicción, aunque en voz baja y casi tímida, repuso:

—Sólo quería decir que la perversión de las ideas (para emplear la expresión de Eugenio Pavlovich) se encuentra muy a menudo, siendo, desgraciadamente, un caso mucho más general que particular. De no estar tan difundida esa perversión no se verían crímenes tan increíbles como…

—¿Crímenes increíbles? Yo le aseguro que crímenes así y todavía más espantosos, sucedían también antes, y han sucedido siempre, no sólo en Rusia, sino en todas partes. Y, a mi juicio, seguirán sucediendo durante mucho tiempo. Pero antes no existían nuestros medios de publicidad y hoy la gente se ocupa de los criminales, comenta sus hechos y gestos con la pluma o de palabra, y por ello los delitos así parecen constituir un hecho nuevo en la sociedad. Su error, príncipe, consiste en eso, y le aseguro que es un error muy ingenuo —acabó, con sonrisa algo burlona, el príncipe Ch.

—Sé muy bien que antaño se han cometido crímenes tan espantosos como los de ahora. Recientemente he visitado cárceles y he trabado conocimiento con detenidos, tanto preventivos como condenados. Existen criminales mucho más terribles que ese del que tratamos, gentes que han asesinado a diez personas y no se arrepienten de ello. Pero lo que he visto en mi trato con esos delincuentes es que el asesino más endurecido, el más inaccesible a los remordimientos, sabe que es un criminal, es decir, que cree en conciencia haber obrado mal, aun cuando no se arrepienta de sus actos. Todos son así mientras que aquellos a los que se refería Eugenio Pavlovich se niegan a reconocerse culpables, opinan que estaban en su derecho y que han procedido bien… Tal es, poco más o menos, su convicción. Eso, a mi criterio, representa una diferencia terrible. Y observé que todos son jóvenes, o sea que están en la edad en que la perversión de ideas se produce más fácilmente.

El príncipe Ch., dejando de reír, miró a Michkin con sorpresa. Alejandra Ivanovna, que desde bastante rato atrás se proponía hacer una observación, guardaba silencio y parecía tener un motivo particular para callarse. Eugenio Pavlovich, francamente extrañado, miraba al príncipe, y esta vez su rostro no mostraba huellas de burla.

—¿Por qué le mira con ese asombro? —exclamó Lisaveta Prokofievna—. No le creía tan inteligente como usted, ¿verdad? ¿Le juzgaba incapaz de razonar?

—No es eso lo que me sorprende —repuso Eugenio Pavlovich—. Pero entonces, príncipe (y perdóneme), si ve usted las cosas tan claramente, ¿cómo puede ser que en ese asunto (¡perdón una vez más!) … en ese asunto de Burdovsky no haya encontrado usted esa misma perversión de las ideas y las convicciones morales? Porque el caso es idéntico. Y entonces no me pareció que usted opinara nada de lo que hoy dice.

—Vamos, padrecito —interrumpió la generala— todos hemos notado lo mismo y no alardeamos de nuestra sagacidad ante el príncipe. Pero éste ha recibido hoy una carta de uno de aquellos individuos, el principal, el del rostro granujiento, ¿te acuerdas, Alejandra? Ese hombre, en su carta al príncipe, le pide perdón (claro que a su manera) y dice que disiente de aquel otro compañero. ¿Te acuerdas, Alejandra? Y añade que cree en la razón del príncipe. De modo que nosotros, que no hemos recibido cartas semejantes, haríamos bien en no vanagloriamos y darnos importancia ante el príncipe.

—Hipólito ha venido ya a vivir al campo, con nosotros —anunció Kolia en aquel momento.

—¿Cómo? ¿Ya está aquí? —inquirió Michkin, verdaderamente alarmado.

—Llegó conmigo en el momento en que acababa usted de salir con Lisaveta Prokofievna.

—Apuesto —dijo con súbita ira la generala, olvidando que un momento antes había tomado la defensa de Michkin—, apuesto a que el príncipe ha ido a buscar a ese miserable mozo en su chiribitil, le ha pedido perdón de rodillas y le ha suplicado que se trasladase aquí. ¿Le has visitado ayer? ¿Le visitaste ayer? ¡Confiésalo! ¿Es verdad? ¿Te has arrodillado ante él?

—Nada de eso —intervino Kolia—. Al contrario. Hipólito, ayer, tomó la mano del príncipe y la besó por dos veces. Yo he sido testigo. A eso se limitó toda la explicación, aparte que el príncipe le dijo sencillamente que estaría mejor en el campo. Hipólito contestó que iría cuando su estado se lo permitiera.

—Hace usted mal en contar todo eso, Kolia —exclamó Michkin levantándose y cogiendo su sombrero.

—¿Adónde vas? —preguntó la generala.

—No se moleste, príncipe —dijo Kolia con vehemencia—. Hipólito está descansando de la molestia del viaje y creo que su presencia le turbaría más que otra cosa. Mañana le verá. Esta mañana me ha dicho que hace seis meses que no se sentía tan bien y tan fuerte. Y en realidad tose tres veces menos.

Michkin notó que Aglaya, abandonando su lugar anterior, se acercaba a la mesa. No osó dirigirle la mirada, pero adivinaba que ella le estaba mirando,

acaso con talante amenazador, y que seguramente los ojos negros de la joven relampagueaban y su rostro estaba cubierto de púrpura.

—Me parece, Nicolás Ardalionovich, que ha hecho usted muy mal en traerle a Pavlovsk…, si se refiere usted a ese muchacho tuberculoso que el otro día lloraba y nos invitaba a su entierro —comentó Eugenio Pavlovich—. Habló con tanta elocuencia de la pared frontera a su casa, que seguramente tendrá nostalgia de ella, créame…

—Eso es cierto: disputará contigo, te armará un escándalo y se irá. ¡Eso es lo que te espera!

Y sin hacer caso de que todos se habían levantado ya para salir de paseo, Lisaveta Prokofievna, con digno ademán, atrajo hacia sí la cesta que contenía su labor.

—Recuerdo que pronunció muchas frases a propósito de aquella pared —continuó Eugenio Pavlovich. Sin ella no podrá morir elocuentemente, lo que es muy importante para él.

—Si usted —dijo Michkin— no quiere perdonarle, morirá lo mismo sin su perdón… Ahora viene aquí para ver los árboles y…

—Por lo que a mí respecta, se lo perdono todo. Puede decírselo.

—Lo que he dicho no debe considerarse en tal sentido —murmuró Michkin en voz baja y como a su pesar, con la mirada fija en tierra—. Es necesario también que acceda usted a recibir su perdón.

—¿Qué le he hecho yo? ¿En qué le he perjudicado?

—Si usted no lo comprende… Pero sí lo comprende… En ese caso, él quisiera bendecirle y recibir su bendición. Nada más.

El príncipe Ch., algo inquieto, cambió una mirada con algunos de los presentes; y dijo:

—Querido príncipe, no es fácil conseguir el paraíso en este mundo. Y me parece que se hace usted ilusiones en sentido contrario. El paraíso es cosa difícil de hallar, príncipe, mucho más difícil de lo que juzga su buen corazón. Más vale que dejemos las cosas como están. Si no, habrá desasosiego para todos y luego…

—Vayamos a oír la banda —decidió bruscamente Lisaveta Prokofievna, levantándose de su asiento.

Y los demás la imitaron.

II

Michkin se dirigió súbitamente a Radomsky.

—Eugenio Pavlovich —díjole con insólita vehemencia, estrechándole la mano—, tenga la certeza de que le considero a pesar de todo, como el mejor y más noble de los hombres…

En su asombro, Radomsky retrocedió un paso. Luchó por un instante contra un vivo deseo de reír; pero luego, mirando detenidamente a pareciόle notar que éste no tenía conciencia de sus actos, o al menos se hallaba en un estado muy especial.

—Apuesto, príncipe —dijo—, a que no quería usted decirme eso, ni tal vez dirigirme la palabra. Pero ¿qué le pasa? ¿Se siente mal?

—Acaso… Es muy posible. Ha notado usted con mucha perspicacia que yo me proponía no hablarle.

Y al pronunciar tales palabras el príncipe tenía en los labios una sonrisa extraña, casi absurda. Prosiguió con calor:

—No me recuerde mi comportamiento de anteayer. Me siento profundamente avergonzado; sé que soy culpable…

—Pero, ¿qué crimen tan horrible cree usted haber cometido?

—Ya veo que debe usted, Eugenio Pavlovich, estar más avergonzado de mí que nadie. Se ruboriza usted, lo que delata que tiene buen corazón. Pero voy a marcharme en seguida; esté usted seguro.

—¿Qué le pasa? ¿No se inician así los ataques del príncipe? —preguntó, aterrorizada, la generala a Kolia.

—No se asuste, Lisaveta Prokofievna: no voy a sufrir ningún ataque. Pero sí a irme. Sé que soy… un anormal. Desde mi nacimiento hasta que cumplí los veinticuatro años he estado enfermo. Consideren mi actitud como cosa de un hombre enfermo aún. Voy a marcharme en seguida; no lo duden. No estoy avergonzado (sería absurdo avergonzarse de ello, ¿no es cierto?); pero me siento fuera de mi centro en la sociedad.

No hablo así por amor propio. He reflexionado mucho en estos tres días y he decidido que debía hablarles clara y francamente. Existen ciertas ideas elevadas de las que no me es permitido hablar, porque hago reír a todos. El príncipe Ch. me lo ha recordado hace muy poco. No tengo los ademanes adecuados, ni el sentido de la ponderación; mi lenguaje no responde a mi pensamiento, y, así, al hacerme portavoz de esas ideas las ridiculizo. Además, no tengo el derecho… Poseo una sensibilidad morbosa y… Sé que nadie se

propone herir mis sentimientos en esta casa y que se me estima aquí más de lo que merezco; pero sé (lo sé del modo más positivo) que una enfermedad de veinticuatro años de duración ha debido dejar huellas forzosamente, y, por lo tanto, es imposible no burlarse de mí… a veces… ¿No es cierto?

Y miró en torno, como aguardando respuesta. Sus oyentes, penosamente sorprendidos, no sabían qué pensar de aquel lenguaje insólito, inesperado, morboso, sin motivo aparente. Pero la extraña ocurrencia del príncipe produjo un episodio no menos extraño.

—¿Por qué dice usted eso aquí? —gritó de repente Aglaya—. ¿Y por qué lo dice a éstos? ¡A éstos, a éstos!

La joven parecía indignada en extremo: sus ojos lanzaban llamas. Michkin enmudeció al oírla y se puso muy pálido.

—Aquí no hay nadie que merezca tales palabras —estalló Aglaya—. ¡No hay ni uno que valga lo que un dedo meñique de usted, lo que su alma o su corazón! ¡Es usted más honrado que todos, más noble que todos, mejor que todos, más inteligente que todos! Cuantos hay aquí son indignos de recoger el pañuelo que pueda usted dejar caer. ¿Por qué se humilla y se rebaja así? ¿Por qué ha destruido usted cuanto posee de bueno? ¿Por qué no tiene orgullo?

—¡Quién podía esperar esto, Dios mío! —exclamó la generala golpeándose las manos.

—¡El hidalgo pobre! ¡Hurra! —gritó Kolia con entusiasmo.

—¡Cállate! Y tú, ¿cómo permites que me injurien así en tu casa? —increpó la joven a su madre. Se hallaba ya en ese estado histérico en que no se mide el alcance de las palabras—. ¿Por qué me atormentan todos desde hace tres días? ¡Desde hace tres días, príncipe, no dejan de perseguirme por culpa suya! ¡Pero yo nunca me casaré con usted por nada del mundo! ¡Sepa que no consentiría en ser su esposa bajo ningún pretexto! ¡Sépalo! ¿Cómo casarme con un hombre tan ridículo? Mírese a un espejo y verá el aspecto que tiene. ¿Por qué me torturan repitiéndome sin cesar que voy a casarme con usted? ¡Debe usted saberlo! Está de acuerdo con ellos.

—Nadie te ha torturado con nada —repuso Adelaida, inquieta.

—Nunca se ha hablado de ello, ni pensado siquiera —añadió Alejandra Ivanovna.

—¿Quién la ha torturado? ¿Cuándo? ¿Quién ha podido hablarle de tal cosa? ¿Se habrá vuelto loca? —preguntaba la generala dirigiéndose a todos y temblando de ira.

—¡Todos, todos, hasta el último, llevan tres días machacándome los oídos con ello! ¡Pero jamás me casaré con él! ¡Jamás!

Y tras esta exclamación, Aglaya se deshizo en llanto. Tapóse el rostro con el pañuelo y se dejó caer en una silla.

—Pero si no ha pedido aún tu…

—No he pedido su mano, Aglaya Ivanovna —dijo Michkin, involuntariamente.

—¿Cóoooomo? ¿Qué dice? —exclamó la generala, arrastrando las sílabas, con sorpresa, indignación y espanto, sin dar crédito a sus oídos.

—He querido decir… he querido decir —repuso el príncipe, balbuciente— … deseaba sólo manifestar a Aglaya Ivanovna… tener el honor de explicarle que yo no tenía la intención… el honor de pedir su mano… nunca… Le aseguro, Aglaya Ivanovna, que la culpa no es mía, que no soy culpable de nada… Jamás he pensado en eso, nunca se me ha ocurrido tal idea ni se me ocurrirá. Ya lo verá: puede usted estar segura. Sin duda me ha calumniado ante usted algún malvado. ¡Tranquilícese!

Y diciendo esto se acercó a Aglaya. Ella retiró el pañuelo con que se había cubierto la cara, miró a Michkin, que parecía profundamente inquieto, recordó las palabras que acababa de dirigirle y rompió repentinamente a reír. Aquella hilaridad contagió primero a Adelaida, quien, después de contemplar un momento al príncipe, se aproximó a su hermana, la besó y dióse a reír no menos alegremente que ella. Michkin, mirándolas, sonrió también y exclamó:

—¡Loado sea Dios, loado sea Dios!

Ahora fue Alejandra quien no supo contenerse y estalló en risas, como sus hermanas. Aquella risa se prolongaba; parecía infinita.

—¡Están locas! —rezongó Lisaveta Prokofievna Primero le asustan a uno y al minuto siguiente…

Todos reían ya: el príncipe Ch., Eugenio Pavlovich, Kolia, el mismo Michkin…

—Vayámonos a pasear juntos y que el príncipe nos acompañe —propuso Adelaida—. No tiene razón alguna para negarnos su compañía, amigo mío. ¿Verdad que es muy simpático, Aglaya? ¿Verdad, maman? No tengo más remedio que besarle para… para recompensar su explicación con Aglaya hace un momento. Querida maman, ¿me permite besarle? ¿Me permites, Aglaya, besar a tu príncipe?

Y hablando así aproximóse a Michkin y le besó en la frente. Él le tomó la mano, apretóla hasta casi arrancar a la joven un grito de dolor, la contempló con inmensa alegría y luego, con rápido movimiento, llevóse aquella mano a los labios y la besó tres veces.

—Vamos —dijo Aglaya—. Usted me acompañará, príncipe. ¿Qué te parece, maman? Un acompañante que no quiere nada conmigo… Porque ha rehusado usted a mi mano en definitiva, ¿verdad, príncipe? Pero no se da así el brazo a una dama. ¿No sabe usted cómo? Ea, así… Vamos, vamos. Nosotros los primeros. ¿No le gusta ir de este modo, téte á téte?

Hablaba sin interrumpirse, riendo nerviosamente.

—¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios! —repetía Lisaveta Prokofievna, sin saber a punto fijo de qué se regocijaba.

«Esta gente es muy curiosa», pensaba el príncipe Ch., acaso por centésima vez desde que conocía a los Epanchin. Pero, curiosa o no, aquella gente le agradaba. No nos atreveríamos a afirmar que sintiese lo mismo respecto a Michkin. Cuando emprendieron el paseo, Ch. parecía algo preocupado y sombrío, Eugenio Pavlovich parecía de muy buen humor. Durante todo el camino hasta la estación del ferrocarril habló alegremente con Alejandra y Adelaida, quienes reían de tal modo oyendo su charla, que él llegó a pensar que no le escuchaban siquiera. Tal pensamiento, sin que él mismo supiera explicarse por qué (seguramente porque tal era su carácter), hízole reír a su vez. Las dos jóvenes no separaban los ojos de Aglaya y Michkin, que marchaban delante. Era notorio que las desconcertaba el modo de proceder de su hermana menor. El príncipe Ch., acaso para cambiar el curso de la conversación, esforzábase en hablar de cosas triviales con la generala, sin otro resultado que aburrirla lo indecible. Lisaveta Prokofievna parecía desconcertada, contestando las preguntas sin interés y a veces de ningún modo. Aglaya, por su parte, planteó más enigmas aún durante aquel día. El último estuvo reservado a Michkin. Cuando se hallaban a cien pasos de la casa, la joven dijo a su compañero, que no pronunciaba palabra:

—Mire a la derecha.

Él volvió los ojos en aquella dirección.

—Mire más atentamente. ¿Ve aquel banco verde, junto a esos tres árboles grandes?

El príncipe dijo que sí.

—¿Le gusta el lugar? Pues a veces, a las siete de la mañana, mientras todos duermen, yo voy ahí y me siento, sola…

Michkin balbució que el lugar le encantaba.

—Ahora déjeme; suélteme el brazo… O, si no, siga dándomelo, pero no hable.

No quiero que turbe mis pensamientos.

La indicación era, desde luego, superflua, porque para guardar silencio durante todo el paseo el príncipe no había necesitado que nadie se lo ordenase. Su corazón latió con violencia cuando Aglaya le habló del banco; pero tras un minuto de reflexión alejó de su mente la absurda idea que acababa de ocurrírsele.

Sabido es que el público que acude a oír la banda en Pavlovsk los días laborables es más «selecto» que el de los domingos o días festivos, en los cuales afluyen desde San Petersburgo visitantes «de todas clases». Las señoras, los días laborables, aparecen vestidas con elegancia. Se considera distinguido congregarse allí en torno a la música. La banda es acaso la mejor de las de su estilo en Rusia y a menudo toca partituras nuevas. Las leyes de la corrección se observan estrictamente, aunque todos estén allá, en cierto modo, como en familia. Quienes veranean en Pavlovsk van en gran número a oír la música; pero no tanto por la música en sí como por encontrar a sus amigos. Son poco frecuentes las escenas desagradables, aunque no dejen de ocurrir alguna vez que otra; incluso los días laborables. Pero eso, ¿quién podría impedirlo?

La tarde era magnífica; había mucho público en el parque. Como todos los lugares próximos a la banda estaban ya ocupados, el grupo se sentó a la izquierda de la salida que comunicaba con la estación. La gente, la música distrajeron algo a la generala y a sus hijas: cambiaban miradas con los conocidos insinuaban desde lejos amables saludos, examinaban los vestidos, descubrían ciertas extravagancias en ellos y las comentaban con sonrisas burlonas. Eugenio Pavlovich saludaba muy a menudo. Varios repararon en Michkin y Aglaya, que continuaban juntos. En breve se acercaron a las Epanchinas varias personas de su amistad, y algunas quedáronse para entablar conversación. Todos eran amigos de Eugenio Pavlovich. Entre ellos iba un joven oficial muy gallardo, de muy buen humor y de trato agradable. Este hombre se apresuró a interpelar a Aglaya, haciendo los mayores esfuerzos para cautivar la atención de la joven, quien le correspondió con mucha gentileza. Eugenio Pavlovich indicó al príncipe su deseo de presentarle aquel amigo, y aunque Michkin apenas se dio cuenta de lo que le decían, se realizó la presentación. Ambos hombres, pues, se estrecharon la mano. El amigo de Radomsky dirigió una pregunta a Michkin, quien masculló unas palabras de modo tan extraño, que el oficial no pudo por menos de examinarle con atención y extrañeza. Después miró a Eugenio Pavlovich, y comprendió por qué Radomsky había querido presentarlos. El oficial sonrió ligeramente y volvió a hablar con Aglaya. Únicamente Radomsky observó que la joven se había ruborizado durante aquella escena.

Michkin, lejos de notar que otros platicaban con Aglaya en términos galantes, casi no se daba cuenta de que se hallaba al lado de la joven. Había

ocasiones en que deseaba desaparecer definitivamente, irse a algún lugar desierto, melancólico, si hubiera podido encontrarse en alguna parte un sitio donde poder hallarse a solas con sus pensamientos. Y ahora, ya que otra cosa no, quería hallarse en su casa, en su terraza, solo, sin ver a nadie, ni aun a Lebediev o a sus hijos. De buena gana hubiese pasado treinta y seis horas tendido en un diván, con el semblante hundido en el cojín. A ratos soñaba en las montañas, y sobre todo en cierto punto de ellas, su lugar preferido cuando moraba en Suiza. Desde allí había salido contemplar la aldea, las nubes blancas, las ruinas de un antiguo castillo, la cascada semejante a un hilo blanco casi invisible. ¡Cuánto habría dado por hallarse allí, pensando en una sola cosa, siempre grata de imaginar aun cuando viviese mil años! Aquí le era igual que se le olvidara en absoluto. Incluso le parecía preferible. Habría querido que nadie le tratara jamás, que todas las visiones de aquellos instantes fueran sólo un sueño. Y en realidad, ¿no lo eran? A veces contemplaba a Aglaya sin apartar de ella los ojos en cinco minutos, con extraña mirada. Parecía que mirase a la joven como si se tratara de un objeto situado a dos verstas de él, o como un retrato y no una persona viviente.

—¿Por qué me mira así, príncipe? —preguntó ella, de pronto, dejando de reír y de hablar con los que la rodeaban—. Me asusta usted. En estos casos pienso siempre que va usted a tender el dedo y tocarme el rostro para convencerse de que soy real. ¿Verdad que lo parece, Eugenio Pavlovich?

Michkin, sorprendido de que le hablasen, escuchó, trató de comprender y no debió conseguirlo, porque no contestó una sola palabra. Pero viendo que Aglaya y los demás reían, abrió la boca y se asoció a la general hilaridad. Ello redobló las risas. El oficial, que debía de ser hombre muy alegre, se contorsionaba. Aglaya, irritada, murmuró para sí:

—¡Idiota!

—¿Es posible que esté enamorada de semejante…? ¿Es posible que esté tan rematadamente loca? —gruñó la generala.

Alejandra se inclinó hacia su madre y le habló al oído.

—Es una broma, una broma como la del otro día con el «hidalgo pobre», y nada más —aseguró— la joven Aglaya no quiere más que mortificarle, pero exagera un poco. Hay que terminar con esto, maman. Antes Aglaya ha estado fingiendo para asustarnos…

—Menos mal que se le ha ocurrido obrar así con un idiota… —murmuró Lisaveta Prokofievna, algo tranquilizada.

Michkin oyó que le calificaban de idiota y se estremeció, no a causa del calificativo (que olvidó casi en el acto), sino porque, no lejos del lugar donde estaba sentado, percibió al mismo tiempo un rostro pálido, de cabellos oscuros

y rizados, con una sonrisa y una mirada que él conocía bien. Aquella visión fue fugaz como un relámpago; podía incluso ser una alucinación. Sólo le quedaba el recuerdo de una sonrisa torcida, de dos ojos y de una presuntuosa corbata de color verde pálido. ¿Dónde estaba ahora el hombre a quien pertenecía la corbata? ¿Se había perdido entre el público o entrado en la estación? Michkin no supo decidirlo.

Un minuto después comenzó a dirigir inquietas miradas en torno. Aquella aparición debía presagiar otra. ¿Cómo no se le había ocurrido la posibilidad de cierto encuentro cuando fue a oír la música con las Epanchinas? Cierto que, en su turbación, salió de casa de Lisaveta Prokofievna sin saber a dónde iba. De hallarse en situación de hacer observaciones, hubiese advertido desde quince minutos antes la inquietud de Aglaya, quien paseaba entre el gentío miradas inquisitivas, como buscando algo o a alguien. A medida que crecía la agitación de Michkin se tornaba más visible también la de la joven. Y lo que ambos esperaban con tal ansiedad no tardó en producirse.

En la entrada junto a la cual se habían acomodado las Epanchinas y sus acompañantes, apareció un grupo como de una docena de personas. Delante caminaban tres damas, dos de ellas de notable belleza, lo que no hacía extraño que las siguiesen tantos adoradores. Pero había algo peculiar en el conjunto del grupo, algo que lo diferenciaba de todo el resto de aquel público congregado en torno a la música. La gente reparó en ellos, la mayoría fingió no verles y sólo algunos jóvenes cambiaron entre sí sonrisas y palabras a media voz. No obstante, era difícil desentenderse de la presencia de los recién llegados, porque hablaban y reían harto alto y fuerte para poder pasar inadvertidos. Era presumible que entre ellos iban algunos beodos. Aunque ciertos miembros del grupo eran hombres vestidos con elegancia, otros ostentaban trajes de extraña apariencia, tenían un extraño aspecto y mostraban rostros extrañamente excitados. Había entre ellos varios militares y algunos hombres maduros. No faltaban entre los forasteros personas con ropas de excelente corte, anillos y botonaduras soberbias, patillas y cabellos relucientes y bien peinados, y rostros de una dignidad majestuosa. Pero eran, con todo, personas de esas de las que la sociedad huye como de la peste. Entre nuestros lugares de placer de las cercanías de la capital hay sin duda algunos que se distinguen por su respetabilidad y tienen una reputación de buen tono perfectamente justificada; pero el hombre más precavido no puede garantizar que en un momento dado no caiga sobre su cabeza una teja desprendida de una techumbre. Y esta teja era la que acababa de precipitarse sobre el distinguido público congregado allí para oír la música.

Para pasar de la estación al lugar en que se reunía el auditorio en torno a la orquesta, había que descender tres escalones. Al llegar a éstos, el grupo se detuvo y todos titubearon. Una mujer comenzó a bajar y sólo dos hombres

osaron seguirla. Uno era un caballero maduro, de talante modesto y aspecto bastante bueno en todos los sentidos, si bien parecía una de esas personas que no conocen a nadie y a quienes nadie conoce. El otro audaz era hombre de aspecto equívoco y ropas casi haraposas. A excepción de estos dos fieles, nadie más siguió a la excéntrica dama; mas ella descendió los peldaños sin mirar atrás, como indiferente a que la acompañasen o no. Como hasta entonces, hablaba y reía en alta voz. Vestía muy bien y con muy buen gusto, si bien con una elegancia algo exagerada. Pasó ante el tablado y se dirigió al extremo del recinto. Se dirigía, sin duda, al carruaje, situado al borde de la calzada.

Hacía más de tres meses que Michkin no la había visto. Desde su llegada a San Petersburgo propúsose todos los días ir a visitarla; pero acaso un secreto presentimiento se lo impidió. No sabía prever tampoco lo que podría suceder cuando se encontrase con ella y, a veces, ensayaba, no sin aprensión, el representárselo. Sólo una cosa resultaba curiosa: que tal encuentro le sería penoso. Varias veces en aquellos seis meses había evocado la primera impresión que le produjo, no ya aquella mujer, sino su retrato, y recordaba muy bien que la impresión fue dolorosa. El mes pasado en provincias, viendo casi a diario a Nastasia Filipovna, habíale colmado de tales torturas, que en ocasiones el príncipe deseaba olvidar aquella época. En el rostro de esta mujer existía un algo que a Michkin le parecía desgarrador y que procuraba traducir, hablando a Rogochin, con las palabras «compasión infinita». Y era verdad: sólo el ver el retrato de Nastasia Filipovna le había henchido el corazón de una piedad rayana en el sufrimiento. Aquella simpatía dolorosa, punzante, persistía aún, más fuerte que nunca. Pero Michkin descubrió ahora una laguna en las palabras que dijera a Rogochin: sólo hoy, cuando Nastasia Filipovna aparecía ante él de improviso, advertía acaso, por una intuición inmediata, que no lo había dicho todo a Rogochin. Debía haber añadido que a su compasión se unía el horror. Sí: el horror. En este momento comprendía plenamente, se hallaba seguro, por razones que él conocía, de que Nastasia Filipovna estaba loca. Supóngase que amando a una mujer como a nada en el mundo, se la viese cubierta de cadenas, tras una verja de hierro, bajo el bastón de un celador, y se tendría una idea de las sensaciones que agitaban al príncipe en aquel momento.

Aglaya le miró, tocóle ingenuamente el brazo y murmuró con voz rápida:

—¿Qué le pasa?

Michkin se volvió a su amiga y advirtió en sus ojos negros una luz cuyo significado no supo comprender. Quiso sonreír a Aglaya; pero de súbito, como olvidando la presencia de la joven, tomó los ojos hacia la derecha, buscando la extraordinaria visión que le fascinaba desde hacía unos instantes. Nastasia Filipovna pasó entonces ante las sillas ocupadas por las jóvenes. Eugenio

Pavlovich seguía hablando con mucha volubilidad, contando a Alejandra Ivanovna algo que debía de ser muy divertido e interesante. Michkin recordó después que Aglaya había cuchicheado: «¡Vaya una…!», reprimiéndose en el acto y dejando sin acabar aquella frase vaga, indefinible.

Pero había bastado. Nastasia Filipovna, que avanzara hasta entonces sin fijarse en nadie, se volvió bruscamente hacia las Epanchinas y pareció reparar por primera vez en la presencia de Eugenio Pavlovich.

—¡Ah! ¡Si está aquí! —exclamó, deteniéndose—. ¡Ya podía una enviarte recados! ¿Cómo iba a encontrársele si está donde menos se esperaba? Yo te creía en casa de tu tío.

Eugenio Pavlovich, enrojeciendo, dirigió a Nastasia Filipovna una furiosa mirada. Luego volvió apresuradamente la cabeza. Ella siguió:

—Pero ¿no lo sabes? ¡Figúrense! ¡No lo sabe! ¡Si se ha matado! Tu tío se ha saltado esta mañana la tapa de los sesos. No lo supe hasta hace dos horas; pero ahora ya lo conoce medio San Petersburgo. Según unos, tu tío deja un descubierto de trescientos cincuenta mil rublos; otros hablan de quinientos mil. Yo había esperado siempre que tú heredarías de él una buena fortuna, pero se la ha comido toda. Era un viejo libertino… Ea, adiós, y bonne chance. ¿No te vas? ¡Has acertado, sin querer, al retirarte a tiempo del servicio! Pero no; ¡es imposible que no lo supieras! ¡Tenías que saberlo; quizá ya desde ayer!…

No podía caber duda ya de que el proclamar con tan pública insolencia su intimidad con aquel hombre perseguía algún propósito. No obstante, Eugenio Pavlovich se había propuesto al principio no contestar a aquella actitud sino con el desdén. Pero las palabras de Nastasia Filipovna le fulminaron como un rayo. Al oír hablar de la muerte de su tío púsose blanco como una sábana y se volvió hacia su informadora. En aquel momento la generala se levantó con precipitación y, seguida por el grupo que la rodeaba, salió casi a la carrera. Michkin y Eugenio Pavlovich fueron los únicos que no se decidieron a marchar en el acto. El primero parecía irresoluto; el segundo no había recobrado aún su serenidad. Mas apenas las Epanchinas habían dado veinte pasos, se produjo una escena escandalosa. El oficial que hablara con Aglaya, y que resultó ser amigo íntimo de Radomsky (quien al parecer le había hecho anteriores confidencias), indignóse en grado extremo y dijo casi a gritos:

—Aquí se impone una buena tanda de latigazos. ¡Sin eso nunca acabaremos con esta individua!

Nastasia Filipovna se volvió hacia él con ojos relampagueantes de cólera. A dos pasos de ella estaba un joven a quien no conocía y que tenía un junquillo entre las manos. Nastasia Filipovna se lo arrancó y golpeó con él, con toda su fuerza, el rostro del que la había ofendido. Todo sucedió en un

segundo. El oficial, fuera de sí, se precipitó sobre la joven, no protegida ya por ninguno de sus guardias de corps. El hombre maduro se había eclipsado y el andrajoso, apartándose, reía a mandíbula batiente. Sin duda la policía habría intervenido un momento después; pero tarde, de seguro, para evitar a Nastasia Filipovna un duro maltrato, a no haber surgido antes un inesperado socorro. Michkin, que estaba a dos pasos de la joven, asió por detrás los brazos del oficial. Éste forcejeó y dióle un empujón que hizo retroceder tres pasos al príncipe derribándole sobre una silla. Mas ya surgían nuevos defensores de Nastasia Filipovna. Cuando el oficial iba a lanzarse sobre ella, sobrevino el boxeador que pertenecía a la partida de Rogochin y redactara el artículo sobre el caso Eurdovsky.

—Keller, ex subteniente del ejército —anunció con serenidad—. Si siente usted el deseo de un pugilato, capitán, tendré mucho gusto en sustituir al sexo débil. El boxeo inglés no tiene secretos para mí. No se excite, capitán: me hago cargo de que ha recibido usted una afrenta en público; pero no puedo permitirle que ejercite sus puños con una mujer y ante gente. Si usted, como caballero y hombre de honor, prefiere otro procedimiento… No tengo más que decirle, capitán: ya me comprende.

El capitán, dueño ya de sí, no escuchaba a Keller. Rogochin salió en aquel instante de entre el gentío, tomó el brazo de Nastasia Filipovna y la hizo alejarse. Parfen Semenovich estaba pálido y tembloroso y parecía muy emocionado. Antes de irse se fijó en el rostro del golpeado y exclamó, con risa maligna de plebeyo jubiloso:

—¡Anda! ¡Le ha bañado la cara en sangre! ¡Anda!

El oficial se había cubierto la cara con un pañuelo. Sereno ya, y comprendiendo bien con quién debía tratar y con quién no, dirigióse cortésmente al príncipe, que acababa de levantarse de la silla en que había caído.

—Hablo al príncipe Michkin, a quien he tenido hace poco el honor de ser presentado, ¿verdad?

—¡Está loca, demente, se lo aseguro! —exclamó el príncipe con voz agitada, tendiendo al oficial sus manos temblorosas en un movimiento maquinal sin duda.

—Seguramente. No puedo jactarme de estar informado sobre el asunto. Pero deseaba recordar su nombre, señor.

Saludó con una inclinación de cabeza y se fue. La policía apareció a los cinco segundos justos de haber desaparecido los actores de la precedente escena. El escándalo no había durado más de un par de minutos. Algunos de los presentes se levantaron y salieron; otros, limitáronse a cambiar de lugar.

No faltó gente a quien agradase el asunto, que al menos daba pábulo a vivas y animadas conversaciones. En resumen todo terminó como si no hubiese pasado nada. La banda comenzó a tocar otra vez. Michkin se creyó obligado a reunirse un las Epanchinas. Si cuando el oficial le empujó hubiese mirado a la izquierda de la silla en que fue a caer, Michkin habría podido ver a Aglaya, quien, sorda a los requerimientos de su madre y hermana, se había detenido para asistir a la tumultuosa escena. El príncipe Ch. dirigiéndose a ella, la persuadió al fin de que se marchase. Cuando la joven se reunió a su familia. Lisaveta Prokofievna, advirtiendo su agitación, creyó que su hija no había entendido siquiera lo que pasara ante sus ojos. Pero dos minutos después, al entrar en el parque, Aglaya dijo, con su habitual acento indiferente y caprichoso:

—Quería ver el desenlace de la comedia.

III

Aquel escándalo había casi colmado de terror a la generala y sus hijas. Lisaveta Prokofievna, inquieta y alarmada, volvió a casa con las jóvenes a paso de carrera. De acuerdo con sus nociones e ideas, había pasado algo tan grave y héchose luz sobre tantas cosas, que su cerebro, aun en su turbación, empezaba a formular ciertos pensamientos muy definidos. Las jóvenes comprendían, como su madre, que había ocurrido un hecho importante y que, acaso por fortuna, estaba a punto de descubrirse un grave secreto. Pese a todas las afirmaciones del príncipe Ch., Eugenio Pavlovich, ahora, había sido desenmascarado, y quedado públicamente convicto de mantener relaciones con aquella mujer. Así pensaban la generala y sus hijas mayores. Pero ello no aclaraba cosa alguna. Aunque ambas estuviesen un tanto indignadas contra su madre por aquella marcha, tan precipitada que se asemejaba a una huida, no osaron exteriorizar su disgusto, en la turbación de los primeros momentos. Por otra parte, parecíales que su hermana Aglaya estaba mucho más al corriente de la razón de lo ocurrido que todas ellas, incluso su madre. El príncipe Ch., sombrío como la noche, parecía absorto en profundos pensamientos. Durante todo el trayecto Lisaveta Prokofievna no le dirigió palabra, sin que él reparase, aparentemente, en el silencio de la generala. Adelaida quiso hacerle hablar.

—¿Qué tío es ese del que hablaban y qué ha sucedido en San Petersburgo?

Pero él, con rostro enojado, contestó vagamente que urgía hacer averiguaciones y que todo ello debían de ser cosas absurdas.

—Sin duda —repuso Adelaida, desistiendo de interrogar a su prometido.

Aglaya conservaba toda su serenidad. Mientras volvían hizo observar que no era necesario correr tanto. Volviendo la cabeza descubrió a Michkin, que se esforzaba en alcanzarlos. Viendo su precipitación, la joven sonrió con burla y no tornó más la cabeza para mirarle. Cerca ya de la casa, encontraron al general que, llegando de San Petersburgo y no hallando a su familia, había salido a su encuentro. Lo primero que hizo el general fue pedir noticias de Eugenio Pavlovich. Lisaveta Prokofievna, cuyo rostro había adquirido una expresión amenazadora, pasó junto a su marido sin dignarse responderle ni aun mirarle. El aspecto de sus hijas y del príncipe Ch., hicieron comprender al general que corrían tiempos tempestuosos. Él mismo parecía víctima de una agitación insólita. Tomó vivamente por un brazo al príncipe Ch. y le retuvo un momento a la puerta de la casa. Los dos hombres conversaron un momento a media voz y cuando aparecieron en la terraza y se acercaron a Lisaveta Prokofievna, los rostros de ambos delataban que habían recibido alguna noticia extraordinaria. Gradualmente todos fueron subiendo al gabinete de la generala, y sólo quedó en la terraza Michkin, quien, sentado en un rincón, parecía esperar no se sabía qué. Pero él mismo no sabía lo que esperaba, ni por qué permanecía allí, ni siquiera por qué no se retiraba en vista del trastorno que cundía en la familia. Era como si, olvidando el universo entero, estuviese dispuesto a echar raíces en cualquier lugar para continuar allí dos años seguidos sin moverse. Llegaban desde arriba los ecos de una animada conversación. ¿Cuánto tiempo pasó a solas? Él mismo no habría sabido decirlo. Pero era tarde ya y obscurecía cuando Aglaya compareció en la terraza. La joven parecía tranquila, aunque un tanto pálida. Viendo a Michkin, a quien evidentemente no esperaba hallar en una silla en un rincón de la terraza, sonrió, con cierta perplejidad.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó acercándose a él.

El príncipe, confuso, tartamudeó una turbada respuesta y se incorporó precipitadamente. Pero Aglaya se sentó a su lado y él volvió a instalarse en la silla. Después de contemplarle con atención, la joven miró distraídamente hacia la ventana y volvió a fijar la vista en Michkin.

«Acaso quiera burlarse de mí —pensó el príncipe—. Pero no: lo había hecho ya».

—¿Quiere que pida té? —dijo ella tras un silencio.

—No… No sé.

—¿Cómo puede no saberlo? Oiga otra cosa: si alguien le provocase a un desafío, ¿qué haría usted? Quería preguntárselo antes, pero…

—Si… si, nadie va a desafiarme.

—Supongamos que le desafía. ¿Qué haría usted? ¿Asustarse?

—Creo que sí. Tendría miedo…

—¿En serio? ¿Es usted cobarde?

—No, acaso eso fuera decir demasiado —repuso el príncipe. Y tras un momento de reflexión añadió, sonriendo—: El cobarde es quien tiene miedo y huye; pero quien tiene miedo y no huye no es un cobarde.

—¿Y usted no huiría?

—Tal vez no —repuso él, jovial.

Las preguntas de Aglaya terminaron por hacerle reír.

—Yo, aunque soy una mujer, creo que no huiría —comentó ella, con talante casi ofendido—. Pero, como de costumbre, usted se burla de mí y hace muecas, como suele, para parecer más interesante. Dígame, ¿no es verdad que lo corriente es batirse a doce pasos, e incluso a diez? Siendo así, necesariamente tiene que resultar uno de los dos muerto o herido.

—Opino que la gente muere pocas veces en duelo.

—¿Sí? ¿Y Puchkin?

—Tal vez una casualidad…

—Nada de eso. Era un duelo a muerte y murió uno de los duelistas.

—La bala le hirió muy bajo y sin duda Dantes apuntó hacia arriba. Nadie dispara en otra forma. Por consecuencia, lo más probable es que Puchkin fuese herido por casualidad. Lógicamente no debió haber sido tocado. Así me lo han dicho personas competentes.

—Pues a mí, un soldado con quien hablé una vez, me dijo que, según las ordenanzas militares, cuando se despliega en guerrilla hay que apuntar a medio cuerpo. Así me lo dijo: «a medio cuerpo». No al pecho ni a la cabeza. Luego pregunté a un oficial y me confirmó lo dicho por el soldado.

—Pero eso es debido, probablemente, a que en la guerra se dispara a mucha distancia.

—¿Sabe usted tirar?

—No he tirado nunca.

—Y a lo mejor no sabe usted ni cargar una pistola.

—En efecto, no lo sé. Es decir, me hago cargo de cómo se hace, pero no he probado jamás.

—Entonces es como si no supiese, porque lo esencial es la práctica. Escúcheme, pues, y entérese: en primer lugar compre buena pólvora, no

húmeda, sino muy seca, que es la mejor, según dicen. Pídala fina, pólvora de pistola y no de la que se emplea para cargar cañones. Las balas creo que las preparan los mismos armeros. ¿Tiene usted pistolas?

—No, ni las necesito —rio el príncipe.

—¡Qué tontería! No deje de comprarlas. Elíjalas francesas o inglesas que, según dicen, son las mejores. Luego coja un dedal de pólvora, o acaso dos, y póngala en la pistola. Más vale que ponga un poco más. Atáquela con pelote (el pelote es necesario según dicen, aunque no sé por qué). Puede encontrarlo en cualquier sitio y, en caso necesario, sacarlo de un colchón. También hay puertas que tienen los burletes de pelote. Una vez introducido el pelote, mete la bala. ¿Entiende? La pólvora primero, la bala después. Si no, no dispara. ¿Por qué se ríe? Deseo que se ejercite diariamente en el manejo de las armas de fuego y aprenda a tirar bien. ¿Lo hará?

El príncipe comenzó a reír. Aglaya, enojada, golpeó el suelo con el pie. La gravedad con que hablaba la joven sorprendió a Michkin. Pensaba confusamente que debía informarse, preguntar y, en todo caso, hablar de cosas más serias que del modo de cargar una pistola. Pero todo había huido de su mente. No sabía sino que Aglaya se encontraba sentada ante él y que ambos se miraban. Dijérale ella lo que le dijese, al príncipe le era poco más o menos lo mismo.

Apareció en la terraza Ivan Fedorovich, que salía con rostro grave, anheloso y resuelto.

—¡Ah! ¿Eres tú, León Nicolaievich? ¿Adónde vas? —preguntó, aunque Michkin no daba la menor señal de proponerse cambiar de sitio—. Ven conmigo. Quiero hablarte dos palabras.

—Hasta la vista —dijo Aglaya, tendiendo la mano a Michkin.

La oscuridad que invadía la terraza ocultaba la expresión del rostro de la joven. Un minuto después, fuera ya de la casa y en compañía del general, Michkin se ruborizó de repente y apretó con fuerza su propio puño derecho.

Al parecer, Epanchin llevaba el mismo camino que él. Pese a lo avanzado de la hora, parecía tener prisa y necesidad de ir a discutir algún asunto con alguien. Se puso a hablar a Michkin con mucha volubilidad y no poca incoherencia, mencionando frecuentemente el nombre de Lisaveta Prokofievna. De haber prestado Michkin más atención, habríale parecido que el general se proponía sondearle o hablarle francamente acerca de alguna cosa, pero que, no atreviéndose, daba rodeos en torno al tema. Desgraciadamente, el príncipe estaba tan absorto que al principio no entendió siquiera las palabras del general y cuando éste, parándose ante su interlocutor, le dirigió una pregunta a boca de jarro, Michkin hubo de reconocer que no había

comprendido lo que se le decía.

El general se encogió de hombros.

—¡Qué personas tan raras son todos ustedes! —comenzó—. No puedo entender los terrores y las ideas de Lisaveta Prokofievna. Sufre ataques de nervios, llora, dice que hemos sido deshonrados y puestos en ridículo… ¿Por quién? ¿Cómo? ¿Cuándo y por qué? Confieso que yo puedo ser censurado en algún sentido, pero, en el caso peor, es fácil poner coto a las insolencias de esa mujer, recurriendo en último extremo a la policía. Uno de estos días me propongo hablar con alguien que… Espero, además, que todo se arregle por las buenas, sin violencias ni escándalos. Convengo también en que se presentan muchas posibilidades oscuras para el porvenir y que tampoco faltan complicaciones en el presente; que hay una intriga en todo esto… Y el caso es que si aquí no se sabe nada, y allí tampoco, y si ni tú, ni yo, ni un tercero, ni un cuarto, ni un quinto, conocemos una palabra acerca de todo esto, ¿a quién preguntarlo? ¿Quieres decírmelo? A no ser que la mitad de ello sea fantástico, irreal, reflejo, como, por ejemplo, la luz de la luna, u otra cosa por el estilo…

—Está loca —murmuró Michkin, recordando con pena la escena de antes.

—Si te refieres a esa mujer, te diré que yo he tenido la misma idea poco más o menos, y que eso no me quita el sueño ciertamente. Pero ahora creo que tu apreciación es justa y no insensata. Es una mujer sin sentido común, cierto; pero no una loca. Lo que ha dicho hoy sobre Kapiton Alexievich lo acredita. Cierto que lo ha contado, con malignidad, tendiendo a miras particulares…

—¿Quién es Kapiton Alexievich?

—¡Dios mío, León Nicolaievich! ¡No te enteras de lo que digo! Te he estado hablando de Kapiton Alexievich hace un momento. ¡Estoy tan conmovido, que aun me tiemblan los brazos y las piernas! Por eso he venido tan tarde de San Petersburgo. Kapiton Alexievich Radomski, el tío de Eugenio Pavlovich…

—¿Qué? —preguntó el príncipe.

—Se ha matado a las siete de esta mañana. Un anciano, un hombre considerado, un septuagenario, un epicúreo… Y lo que ella ha dicho es muy verdadero: el suicida deja un fuerte desfalco en la caja pública que tenía a su cargo.

—¿Y cómo ella…?

—¿Lo sabe? ¡Ja, ja! ¿No ves que desde su llegada tiene en torno todo un estado mayor de admiradores? ¡Si supieras los personajes que la visitan y piden el «honor» de serle presentados! Y esos visitantes, naturalmente, han podido informarla, porque a estas horas todo San Petersburgo conoce lo

ocurrido, y la mitad de Pavlovsk, si no todo también, está al cabo de la calle. Y ¡con qué sagacidad ha sabido insinuar que Eugenio Pavlovich había dejado el servicio previendo esto! ¡Qué diabólica sugestión! Eso no es muestra de locura. Claro que me niego a creer que Eugenio Pavlovich supiese de antemano que tal día, a las siete… Pero ha podido presentirlo. Y yo, y todos nosotros, y el príncipe Ch., esperábamos que Eugenio Pavlovich heredase una fortuna. ¡Es horrible! Desde luego, no acuso de nada a Eugenio Pavlovich, pero, de todos modos, parece sospechoso… El príncipe Ch. ha quedado impresionadísimo. ¡Una cosa tan extraña!

—¿Qué encuentra usted de sospechoso en Eugenio Pavlovich?

—Nada. Su conducta es muy honorable. No aludo a nada. Creo que su fortuna está intacta. Pero mi esposa no quiere ni oír hablar de él… Lo malo son todas estas catástrofes domésticas, estas menudencias o como las queramos llamar… Tú, León Nicolaievich, eres un amigo de la familia, en toda la extensión de la palabra, y se te puede explicar… ¡Figúrate que, según parece, y a lo que acabamos de averiguar, Eugenio Pavlovich se declaró hace un mes a Aglaya y fue rechazado!

—¡Es imposible! —exclamó. Michkin con vehemencia.

El general, en su asombro, quedó de pronto como clavado en el suelo.

—¿Es que sabes algo? —preguntó—. Acaso, amigo mío, haya hecho mal en hablarte con esta franqueza, pero ha sido porque tú… como eres un hombre tan excepcional… Dime, ¿sabes algo?

—No sé nada respecto a Eugenio Pavlovich —balbució el príncipe.

—Tampoco yo. En cuanto a mí, hijo mío, parece que todos quisieran verme muerto y enterrado. Nadie piensa que una situación así es insoportable para cualquier hombre. Hace un momento ha habido una escena espantosa. Te hablo como a un hijo. Lo más grave es que Aglaya se burla literalmente de su madre. Como acabo de decirte, hace un mes que tuvo una explicación con Eugenio Pavlovich y le rechazó abiertamente… Al menos eso han dicho sus hermanas, y, si bien lo exponen a título de conjetura, creo que han acertado. Aglaya es la mujer más fantástica y despótica que puedes imaginarte. Concedo que posee grandeza de alma e inmejorables cualidades de espíritu y de corazón; pero además es caprichosa, se burla de todos y, en una palabra, tiene un carácter infernal y también lleno de fantasías. Se ha mofado hace poco, en las barbas de todos, de su madre, de sus hermanas, del príncipe Ch… Ya no hablo de mí, porque rara vez me perdona en sus burlas… Pero, en fin, la quiero mucho y me gusta casi más cuando me toma el pelo. Y creo que es por eso por lo que esa diablilla me quiere más que a los otros. Apuesto a que también se ha mofado de ti. Acabo de encontraros juntos, después de la

tempestad que hemos tenido arriba, y estaba tan serena como si no hubiese sucedido nada.

Michkin más ruborizado todavía, apretó el puño con fuerza otra vez, no dijo una sola palabra.

—Mi querido y bondadoso León Nicolaievich —continuó, Epanchin en un repentino arranque de sensibilidad—, yo… Y también Lisaveta Prokofievna, que te ha devuelto toda su estimación y que me estima más a mí a causa tuya, aunque yo no comprenda el motivo… En resumen, ella y yo, te queremos y estimamos sinceramente, pese a todas las apariencias. Pero reconocerás, querido amigo, que lo que ahora se plantea… Figúrate que hace un momento esa muchacha ha dicho fríamente… Estaba en pie ante su madre con aspecto de no conceder el menor valor a nuestras preguntas. Y sobre todo a las mías, porque, ¡el diablo me lleve!, se me ocurrió hablarle con tono severo, como cabeza de familia… ¡Qué necedad! Pues, como te digo, esa brujilla, con la sonrisa en los labios, nos ha dirigido esta insólita tirada: «Esa loca… (Me extraña que haya coincidido en esto contigo. Y lo peor es que luego agregó: «¿Cómo no os habíais dado cuenta hasta ahora de que lo está?») esa loca se propone casarme, cueste lo que cueste, con el príncipe León Nicolaievich». No ha dicho más, no ha explicado más, y se ha puesto a reír. Y mientras nosotros quedábamos con la boca abierta, ha salido dando un portazo. Luego he sido informado de lo que antes pasó entre vosotros dos y… Escucha, príncipe, yo… yo creo que tú eres hombre poco susceptible y muy razonable. Bien: pues me ha parecido… no te ofendas… Me ha parecido que Aglaya se burla de ti. No hay que tomárselo a mal, porque lo hace inocentemente, como una niña; pero es así; se burla de ti como de todos nosotros. En fin, adiós… Tú ya sabes nuestros sentimientos, nuestros sinceros sentimientos respecto a ti, ¿verdad? Son invariables y nada podrá modificarlos… nunca. Ea: tengo que dejarte. ¡Hasta la vista! Nunca he estado tan sobre ascuas (¿se dice así?) como ahora… ¡Y luego se elogian los encantos del veraneo! ¡Vaya un día!

Una vez solo, el príncipe miró en torno suyo, atravesó rápidamente la calle y se acercó a una casa que tenía la ventana iluminada. Entonces desdobló un trozo de papel que había apretado en la mano derecha durante toda su conversación con el general y, a la débil luz, leyó:

«Mañana, a las siete de la mañana, estaré en el banco verde, en el parque, y le esperaré. Tengo que hablarle de una cosa muy importante y que le concierne directamente.

P. S. Espero que no enseñe usted esta nota a nadie. Me cuesta mucho trabajo hacerle esta recomendación, pero no me parece superfluo, dado su absurdo carácter, que me llena de rubor mientras escribo estas líneas.

P. P. S. El banco verde a que me refiero es el que antes le indiqué. Debía

caérsele la cara de vergüenza viendo que tengo necesidad de estas explicaciones».

La nota había sido escrita precipitadamente y plegada de cualquier modo, sin duda un momento antes de que Aglaya bajase a la terraza. Michkin, presa de una agitación inexpresable, casi temerosa, se apartó de la ventana como un ladrón al verse descubierto. Y en su brusco movimiento de retroceso tropezó con un hombre que estaba tras él.

—He venido siguiéndole, príncipe —dijo aquel hombre.

—¿Es usted, Keller? —repuso, sorprendido y algo alarmado, Michkin.

—Le buscaba, príncipe. Le esperé junto a la casa de Epanchin, donde yo, naturalmente, no puedo entrar. Y le he seguido cuando salió con el general. Disponga como quiera de Keller, príncipe. Estoy a sus órdenes y dispuesto a sacrificarme y a morir por usted.

—¿Morir? ¿Por qué?

—Porque puede usted tener la certeza de ser desafiado. El teniente Molovtzov, a quién conozco muy bien… Personalmente no, pero… En fin, no es hombre que soporte una injuria. Respecto a Rogochin y a mí es posible que nos considere gente baja, y acaso no le falte razón, y, por lo tanto, usted es el único que puede responderle de la ofensa. Usted tendrá que pagar los vidrios rotos, príncipe. He oído decir que Molovtzov ha tomado informes sobre usted, y es seguro que mañana enviará a su casa algún amigo… si es que éste no está esperándole ya en ella. Si me honra usted eligiéndome como testigo, estoy dispuesto a correr el riesgo de ser enviado a servir como soldado raso. Y para decírselo le buscaba, príncipe.

—¿También usted viene a hablarme de duelos? —exclamó el príncipe.

Y, con gran sorpresa de Keller rompió a reír. El boxeador, incierto aún de si su oferta sería aceptada, sentíase muy excitado y casi le ofendió aquella risa.

—Usted ha cogido a ese oficial por los brazos, príncipe. Un hombre de honor difícilmente puede tolerar ser ofendido así en público.

—En cambio él me ha dado un golpe en el pecho —rio Michkin— y ésa no es razón para que nos batamos. Yo me excusaré y todo concluido. Pero si no hay más remedio que batirse, me batiré. ¡Casi prefiero que me lleven al terreno! ¡Ja, ja! Ahora ya sé cargar una pistola. ¿Sabe usted cargarlas, Keller? Ante todo hay que comprar pólvora, y elegirla seca y fina, es decir, diferente a la que se emplea para cargar cañones. Se pone la pólvora en la pistola, se saca pelote del burlete de una puerta y después se introduce la bala, teniendo cuidado de poner la pólvora antes de la bala, porque si, no, no sale el disparo. ¿Oye, Keller? ¿Sabe usted que siento deseos de abrazarle, Keller? ¡Ja, ja, ja!

¡De qué modo tan repentino ha aparecido usted hace un momento a mis espaldas! ¡Ande, venga a beber champaña conmigo! ¡Nos embriagaremos todos! ¿No sabe que tengo doce botellas de champaña en la bodega de Lebediev? Me las vendió anteayer. Llegaron a sus manos no sé de qué manera y se las adquirí todas. Voy a reunir un grupo de amigos. ¿Piensa usted dormir esta noche?

—Como siempre, príncipe.

—Pues le deseo sueños felices. ¡Ja, ja, ja!

Michkin atravesó la calle y se perdió en el parque, dejando muy intrigado a Keller. El boxeador no había visto nunca al príncipe en un estado tan raro y no le cabía imaginarle bajo aquel aspecto.

«Acaso tenga fiebre, ya que es muy nervioso y todas estas cosas le han impresionado; pero no siente miedo. Esta gente no suele ser cobarde —pensaba Keller ¡Hum! ¡Champaña! Doce botellas… No está mal… ¡Una docenita! Apuesto a que a Lebediev se las han regalado. Realmente este príncipe es muy amable. Me gusta la gente así. En fin, no hay que perder tiempo: si se trata de tomar champaña, el momento es éste».

Michkin, que, en efecto, estaba febril, erró largo tiempo a través del parque y al fin «se encontró» caminando a lo largo de un paseo de árboles. Más tarde recordó haber paseado unas treinta o cuarenta veces desde el banco de la cita de Aglaya a un elevado y añoso árbol situado cien pasos más lejos. Pero jamás hubiese podido, por mucho que se lo propusiera, recordar lo que pensó durante aquel paseo de una hora como mínimo. Además se descubrió dando mentalmente vueltas a una idea que provocó de repente su hilaridad, aunque la idea en sí no tuviese nada de cómica. Mas él experimentaba deseos de reír. Decíase que la suposición de un duelo no había podido surgir sola, de la mente de Keller, y que la charla sobre el modo de cargar las pistolas podía no ser a su vez meramente casual. Después otra idea atravesó su mente, como un rayo de luz: «Antes, Aglaya ha bajado a la terraza donde yo estaba sentado en un rincón y se ha mostrado muy sorprendida al verme allá. Luego se rio, preguntándome si quería té… Pero ya llevaba esta nota en la mano, de modo que sabía que yo estaba en la terraza. ¿A qué vino su sorpresa? ¡Ja, ja, ja!».

Sacó el papel del bolsillo y lo besó, pero un momento después se tornó pensativo. «¡Es extraño!», díjose tristemente al cabo de un minuto. En sus momentos de alegría intensa experimentaba siempre una tristeza inexplicable. Miró atentamente en torno suyo y se preguntó cómo había llegado hasta allí. Sintiéndose muy cansado se acercó al banco para sentarse. Reinaba en torno profundo silencio. Ya no tocaba la música. Quizá no hubiese nadie en el parque: debían de ser sobre las once y media. Era una de esas noches claras, tibias, serenas, no raras en San Petersburgo a primeros de junio; pero en la

avenida de umbrosos árboles donde Michkin se había sentado reinaba una oscuridad profunda.

Si alguien en aquel momento le hubiese dicho que estaba enamorado, apasionadamente enamorado, habríase sorprendido ante la idea, rechazándola con indignación. Y si se le dijera que la carta de Aglaya contenía una cita de amor, Michkin se habría ruborizado oyendo tal lenguaje y acaso hubiera desafiado a quien lo empleara. Todo esto era perfectamente sincero. Respecto a ello no experimentaba duda alguna; no admitía ni la más mínima idea «mixta» acerca de la posibilidad de un amor entre Aglaya Ivanovna y él. Semejante pensamiento, la hipótesis de que «un hombre como él» pudiese ser amado, se le antojaba monstruosa. De haber algo en aquello debía de ser, según imaginaba, una broma de la joven, no obstante lo cual aceptaba la idea con perfecta indiferencia, como cosa absolutamente normal. Lo que le preocupaba era cuestión muy distinta. Antes el general, en su agitación, había dejado escapar la apreciación de que Aglaya se mofaba de todos y de Michkin en particular. Y Michkin admitía esta opinión y no se sentía lastimado por ello: así debía ser, a su juicio. Pero lo importante era que mañana la vería, se sentaría en el banco, a su lado, la contemplaría, oiríale contar cómo se carga una pistola. No deseaba otra cosa. Una o dos veces se preguntó también cuál sería aquel importante asunto que ella deseaba comunicarle y que le concernía tan directamente. No dudó un solo momento de la existencia real de semejante asunto; pero no pensó en él para nada, ni siquiera sintió el deseo de pensar.

Un rumor de pasos rápidos en la arena le hizo levantar la cabeza. Un hombre, cuyo rostro resultaba impreciso en la oscuridad, llegó al banco y se sentó junto a Michkin. Éste se acercó en brusco movimiento al recién llegado y reconoció el rostro pálido de Parfen Semenovich.

—Hace tiempo que te buscaba. Ya sabía yo que andarías vagando por algún sitio así —dijo Rogochin, entre dientes.

Era la primera vez que se hallaban cara a cara después de su encuentro en el corredor del hotel. Sorprendido por aquella aparición imprevista, Michkin permaneció unos instantes sin poder coordinar sus ideas, mientras una sensación cruel despertaba en su corazón. Rogochin adivinó sin duda el efecto que producía su presencia y, aunque desconcertado al principio, adoptó en seguida un aire desenvuelto que Michkin estimó artificial. Pero pronto notó que no lo era, y que Rogochin no experimentaba realmente embarazo alguno al hablar. Si en sus gritos y palabras había cierta turbación, ésta no pasaba de la superficie. Aquel hombre no cambiaba jamás.

—¿Cómo me has… encontrado aquí? —preguntó el príncipe, por decir algo.

—He ido a tu casa, Keller me ha dicho que estabas paseando por el parque

y pensé: «Bien; lo encontraré allí».

Estas palabras inquietaron a Michkin.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz alarmada.

Rogochin se sonrojó, pero no agregó explicaciones…

—Recibí tu carta, León Nicolaievich… Todo es inútil… Tiempo perdido… Pero ahora vengo a buscarte de parte de ella. Quiere hablarte por encima de todo; necesita decirte una cosa urgente. Y me ha ordenado que fuese a tu casa esta noche misma.

—Iré a verla mañana. Ahora me vuelvo a casa. ¿Quieres venir?

—¿Para qué? Ya te he dicho todo lo que tenía que decirte. Adiós.

—¿Por qué no vienes? —preguntó el príncipe con dulzura.

—Eres un hombre asombroso, León Nicolaievich.

Es imposible no admirarte de verdad —repuso Rogochin con amarga sonrisa.

—¿Por qué? ¿Qué motivos tienes ahora para odiarme así? —replicó Michkin con entristecido acento—. Bien sabes ahora que tus suposiciones son falsas. Desde luego, yo sabía que continuabas odiándome. ¿Y sabes por qué? Precisamente porque quisiste atentar contra mi vida. Pero te aseguro que el único Parfen Semenovich a quien recuerdo es aquel con quien he fraternizado una vez cambiando nuestras cruces. Ya te decía en mi carta de ayer que no pensases en aquel delirio, y no eludieses mi presencia. ¿Por qué te apartas de mí? ¿Por qué retiras la mano? Te repito que todo aquello es un delirio para mí. Me consta en qué estado te encontrabas aquel día. Lo que te imaginas no existió ni puede existir. ¿Por qué ha de persistir nuestra enemistad?

—¿Qué enemistad puede tenerse contigo? —contestó Rogochin, pagando con una risotada las afectuosas palabras del príncipe.

Y hablando así, se había retirado, en efecto, dos pasos y mantenía las manos escondidas. Añadió pausadamente, con grave acento:

—Es imposible que yo vaya ahora a tu casa.

—¿Tanto me aborreces?

—No te quiero, León Nicolaievich, ésa es la verdad. ¿Para qué, pues, voy a ir a tu casa? Pareces, príncipe, un niño encaprichado con un juguete… Pero no te haces cargo de las cosas. Lo que me dices, ya lo manifestabas en tu carta. ¿Y juzgas que no te creo? Creo en todas tus palabras, sé que no me has engañado ni me engañarás nunca, y a pesar de todo no te quiero. Me decías que todo está olvidado, que no recuerdas otro Rogochin sino aquel con quien

fraternizaste y no el que alzó un cuchillo sobre ti. Pero —y Rogochin sonrió de nuevo—, ¿qué sabes tú lo que siento yo? Acaso yo no me he arrepentido nunca de lo que he hecho y tú en cambio me envías tu perdón fraternal. Bien puede ser que hoy mismo yo pensara de otro modo y que…

—¡Lo hayas olvidado! —atajó Michkin—. Estoy seguro. Apuesto a que te apresuraste a tomar el tren de Pavlovsk, que en cuanto llegaste fuiste al lugar de la música y que buscaste a Nastasia Filipovna por todas partes, entre la gente, exactamente lo mismo que hoy. ¡Y crees asombrarme diciéndome…! Pero yo estoy seguro de que, de no hallarte en un estado que no te permitía pensar en otra cosa, no hubieses alzado el puñal sobre mí. Aquel día, por la mañana, mirándote, lo presentí. ¡No sabes el estado en que te encontrabas! Acaso la idea empezara a agitarse en mi cerebro cuando cambiamos nuestras cruces. ¿Por qué me llevaste a ver a tu madre? Era una precaución que tomabas contra ti mismo, ¿verdad? Lo hiciste sin darte cuenta, por una especie de instinto, como yo dudé de ti por instinto también. Los dos sentimos la misma impresión en aquel momento. Si tú no hubieses alzado la mano (que Dios detuvo) sobre mí, yo habría sido muy culpable al haber sospechado en la forma que sospeché. No arrugues el entrecejo. ¿Por qué te ríes? Dices que no estás arrepentido. Pero es que no lo estarías aunque quisieras, porque me odias. Y aun suponiendo que yo procediese contigo tan ingenuamente como un ángel, tú no podrías sufrirme jamás mientras creyeses que ella me prefería en perjuicio tuyo. Todo eso no son más que celos. Mas yo, Parfen Semenovich, voy a decirte la opinión que me he formado durante estos ocho días: que ella te ama quizá como a nadie. ¿No lo sabías? Incluso te diré que cuanto más te tortura, más te ama. No te lo dice, pero se adivina. ¿Por qué, en resumen, quiere casarse contigo? Alguna vez te lo dirá ella misma. Hay mujeres que gustan de ser amadas así, y ella es una. Deben de impresionarle mucho tu carácter y tu pasión por ella. ¿No sabes que una mujer es capaz de atormentar cruelmente a un hombre, de someterle a crueles sarcasmos, sin experimentar un solo remordimiento de conciencia, sólo porque se dice para sí: «Es verdad que le hago sufrir lo indecible; pero más tarde le compensaré con mi amor»?

Rogochin, tras escuchar a Michkin hasta el final, rompió a reír.

—¿Acaso has encontrado una mujer semejante, príncipe? He oído algo por el estilo, pero no quería creerlo.

—¿Cómo? ¿Qué has oído decir? —exclamó Michkin, turbado y estremecido.

Rogochin seguía riendo. Había escuchado a su interlocutor con cierta curiosidad, quizá no exenta de satisfacción, porque había sido una sorpresa y un consuelo para él oír las palabras cálidas, afectuosas, persuasivas, de

Michkin.

—No he oído gran cosa —dijo—, pero ahora veo que era verdad. Si no, ¿cuándo has hablado como acabas de hacerlo? Es un lenguaje muy poco corriente en tu boca… De no haber sabido algo semejante sobre ti, no habría salido a buscarte ni me hallaría en el parque a estas horas.

—No te comprendo, Parfen Semenovich.

—Hace tiempo que Nastasia Filipovna me ha hablado de eso, y hoy he podido observarlo personalmente cuando te vi sentado junto a aquella mujer, ante la orquesta. Ayer y hoy Nastasia Filipovna me ha asegurado que estás enamorado como un loco de Aglaya Ivanovna Epanchina. Pero eso no me importa, príncipe. Si tú no estás enamorado ya de…, ella lo sigue estando de ti. Bien sabes que está empeñada en casarte con la Epanchina. Se ha jurado conseguir ese matrimonio. ¡Ja, ja! Me ha dicho: «No nos casaremos hasta que ellos no hayan ido a la iglesia antes». No lo comprendo: si te ama… y te ama con un amor infinito…, ¿por qué quiere que te cases con otra? Siempre me dice: «Deseo verle feliz». Y, por consiguiente, te ama.

—Ya te he dicho y escrito que Nastasia Filipovna tiene… tiene el cerebro perturbado —repuso el príncipe, que sufría cruelmente oyendo las palabras de Rogochin.

—¡Dios sabe! Acaso seas tú el que te equivoques. En fin, hoy, cuando me la llevé después del escándalo, me fijó el día de la boda: de aquí a tres semanas, y acaso antes, me ha asegurado que la conduciré a la iglesia. Lo ha jurado besando un icono. Así que todo depende de ti, príncipe. ¡Ja, ja, ja!

—¡Qué insensatez! En cuanto a lo que se refiere a mí, lo que dices no sucederá nunca. Mañana iré a veros, y…

—¿Dices que está loca? —interrumpió Rogochin—. Entonces, ¿por qué todos la juzgan normal y sólo tú la miras como una alienada? ¿Y sus escritos? De estar loca, se notaría en sus cartas.

—¿Qué cartas? —preguntó Michkin, anheloso.

—Las que escribe a Aglaya Ivanovna. ¿No lo sabías? Pues ya lo averiguarás: te las enseñará ella misma.

—¡Es imposible! —exclamó el príncipe.

—¡Vamos, León Nicolaievich! Ya veo que sólo estás empezando a recorrer tu sendero. Pero cuando te adentres más acabarás teniendo vigilantes a sueldo, pasarás en vela noche y día, espiarás cuanto suceda en torno a la que quieres y…

—¡No me hables más de eso! —interrumpió vivamente Michkin—.

Escucha, Parfen: poco antes de tu llegada, yo paseaba solo y de pronto me puse a reír. ¿De qué? No lo sé; sólo he recordado que mañana es mi cumpleaños precisamente. Y ahora es casi medianoche. Ven a mi casa para esperar, juntos, la llegada del día. Tengo vino: beberemos y tú desearás para mí lo que yo no sé desear personalmente. Yo, en cambio, haré votos por tu dicha. Si no quieres, devuélveme mi cruz. ¡No me la enviaste al día siguiente de aquello! ¿La llevas aún sobre ti?

—Sí —respondió Rogochin.

—Bueno. Acompáñame. Quiero que asistas al principio de mi nueva vida. ¡Porque voy a inaugurar una existencia nueva! ¿No sabes, Parfen, que hoy ha empezado una vida nueva para mí?

—Lo veo y advierto que ha comenzado. No dejaré de decírselo a ella. No te hallas en tu estado normal, León Nicolaievich…

IV

Cuando se acercaba a su casa, Michkin quedó no poco maravillado al ver una numerosa y alegre reunión en su terraza, muy iluminada. Sonaban joviales risas, altas voces; incluso se advertían señales de animada discusión. No era difícil comprender que los reunidos pasaban el tiempo de un modo muy agradable. Al subir a la terraza encontraron, en efecto, a todos bebiendo champaña. Algunos estaban ya medio beodos, lo que daba a entender que la orgía había empezado rato atrás. Los circunstantes en su totalidad eran conocidos de Michkin; pero resultaba raro que hubiesen acudido de consuno, ya que él no había invitado a nadie y sólo por casualidad recordó poco antes que era el día de su cumpleaños.

—Has dicho que invitabas a champaña y estos tipos, han acudido en tropel —gruñó Rogochin, mientras ascendían a la terraza—. Los conozco. No hay que llamarlos a grandes voces para que aparezcan —añadió con acritud delatora de que recordaba un pasado harto reciente.

Michkin fue acogido con gritos y enhorabuenas. Todos, unos muy vehementes, otros mucho más tranquilos, le rodearon, anhelosos de felicitarle, ya que todos sabían que aquél era el aniversario de su natalicio. La presencia de ciertos visitantes, Burdovsky, sobre todo, asombró a Michkin, pero lo que le maravilló casi hasta el espanto fue ver a Eugenio Pavlovich entre los reunidos. Casi no concedía crédito a sus ojos. Lebediev se apresuró a acercarse al príncipe para darle explicaciones. Estaba muy rojo y no parecía del todo dueño de su serenidad. A través de sus confusas palabras, el príncipe

comprendió que aquella gente se había congregado allí del modo más natural que pudiera darse. El primero en llegar, por la tarde, había sido Hipólito, quien, hallándose mucho mejor, resolvió esperar en la terraza, tendido en un diván, el regreso de Michkin. Sucesivamente se habían reunido en torno suyo Lebediev, con toda su familia; el general Ivolguin; Burdovsky, que acompañaba a Hipólito; Gania y Ptitzin, que cruzaron casualmente ante la casa (su llegada había coincidido con la escena de Nastasia Filipovna y el oficial); Keller, quien manifestó lo del cumpleaños y reclamó el champaña ofrecido, y, en fin, Eugenio Pavlovich, quien sólo llevaba allí media hora. Kolia, uniendo sus instancias a las de Keller, había insistido en que se celebrase a toda costa una pequeña fiesta. Lebediev, así apremiado, apresuróse a servir vino.

—¡Pero del mío, del mío! —aseguraba a Michkin—. Yo convido. Además tomaremos un bocado: mi hija lo está preparando ya. ¿Sabe lo que estamos discutiendo, príncipe? ¿Recuerda la frase de «Hamlet»: «Ser o no ser»? Un tema contemporáneo, moderno… Preguntas y contestaciones. El joven Terentiev está muy animado. No quiere acostarse. No ha bebido más que champaña, y eso no puede perjudicarle. Acérquese, príncipe, y corte la discusión. Todos le esperaban, todos echaban de menos su luminosa inteligencia…

Michkin percibió la bondadosa y dulce mirada de Vera Lukianovna Lebedieva, que avanzaba hacia él abriéndose camino entre los reunidos, y le tendió la mano antes que a nadie. Ella, enrojeciendo de contento, le deseó «una vida feliz a partir de aquel mismo día». Luego corrió hacia la cocina, donde los preparativos de la colación exigían su presencia. Ya desde antes de que llegara Michkin había abandonado la cocina tantas veces como pudo, para escuchar las charlas que tenían lugar en la terraza, aunque en general versasen sobre temas abstractos y harto extraños a la joven. En la habitación contigua, la hermana de Vera dormía sobre un baúl, con la boca abierta. En cambio, el hijo de Lebediev, que se sentaba entre Hipólito y Kolia, habría pasado con gusto dos horas escuchando. La animación de su rostro mostraba su interés en lo que en torno suyo se debatía.

—Le esperaba con interés y celebro verle llegar tan satisfecho —dijo Hipólito a Michkin, quien, tras recibir la felicitación de Vera, se había aproximado al enfermo para estrecharle la mano.

—¿Por qué sabe que estoy tan «satisfecho»? —preguntó el príncipe.

—Se le nota en la cara. Salude a esos señores y venga luego a sentarse a mi lado. Le esperaba con especial impaciencia —dijo Hipólito, con acento significativo.

Habiendo manifestado Michkin su temor de que una velada tan larga pudiese hacer daño al enfermo, éste contestó que le asombraba recordar que

tres días antes había deseado morir, y que nunca se había sentido tan bien como esta noche.

Burdovsky, incorporándose en su silla, manifestó que «sólo había venido para acompañar a Hipólito», que en su carta de días atrás reconocía haber escrito «muchas necedades», y que ahora se encontraba «sencillamente muy contento» … Y, sin acabar, estrechó con efusión la mano del príncipe y volvió a sentarse.

Una vez que hubo cambiado cumplidos con todos, Michkin se acercó a Eugenio Pavlovich, quien le tomó por el brazo, diciéndole a media voz:

—Quisiera hablarle dos palabras a solas… Es un asunto muy importante. Separémonos un momento.

—¡Dos palabras! —cuchicheó otra voz al oído de Michkin, mientras otro brazo se deslizaba bajo el que el príncipe conservaba libre.

Michkin distinguió, con sorpresa, un rostro muy encarnado, que reía y guiñaba los ojos bajo una despeinada masa de cabellos. Reconoció en el acto a Ferdychenko, el bufón, que surgía ahora de nuevo, Dios sabía de dónde.

—¿Recuerda usted a Ferdychenko?

—¿De dónde sale usted? —dijo el príncipe, extrañado.

—¡Se ha arrepentido! —clamó Keller, acercándose—. Estaba escondido y no quería presentarse ante usted. Pero se reconoce culpable y se arrepiente.

—¿Culpable? ¿De qué?

—Yo soy quien le he encontrado, príncipe; yo quien le he traído… Es uno de mis mejores amigos. ¡Y se arrepiente!

—Mucho gusto, señores… Siéntense con los demás… Ahora mismo estoy con ustedes —dijo Michkin, deseoso de librarse de ellos para hablar a solas con Radomsky.

—Realmente uno se divierte mucho en su casa, príncipe —empezó Eugenio Pavlovich cuando quedaron solos y aparte—. He pasado media hora muy grata aguardándole. Lo que quería decirle, León Nicolaievich, es que he arreglado el asunto de Kurmichev, y por ello he venido a tranquilizarle. No se preocupe por nada. Kurmichev toma la cosa razonablemente…, aparte que, a mi juicio, empieza por no tener razón.

—¿A qué Kurmichev se refiere?

—A aquel oficial a quien antes sujetó, los brazos. Estaba tan furioso que quería enviarle los testigos mañana mismo, príncipe.

—¡Qué sandez!

—Una sandez era, sin duda, y como tal habría terminado; pero hay personas que…

—¿No le trae a usted otro motivo, Eugenio Pavlovich?

—Por supuesto, no es eso sólo por lo que venía —rio Radomsky—. Mañana a primera hora tengo que irme a San Petersburgo con motivo de ese lamentable asunto de mi tío. Imagine, querido príncipe, que cuanto se ha dicho es verdad. ¡Y todos lo sabían menos yo! Tanto me ha asombrado la noticia, que ni siquiera he visitado a la familia del general Epanchin, ni podré visitarla mañana, ya que estaré en San Petersburgo, ¿comprende? Puede que no vuelva hasta dentro de tres días. Para abreviar, le diré que mis cosas marchan bastante mal. Aunque no se trate de un asunto muy grave, he creído necesario mantener una franca explicación con usted, sin pérdida de tiempo, es decir, antes de marcharme. Si usted me lo permite, me quedaré aquí hasta que se vayan sus visitantes. No tengo nada que hacer y me hallo tan agitado que no lograría dormirme… Además, y aunque sea incorrecto molestar a una persona sin andarse con cumplidos, le diré con franqueza, querido príncipe, que he venido con el propósito de apelar a su amistad. Usted es un hombre sin par, o sea, en otras palabras, que no miente usted a cada momento… y acaso no haya mentido nunca. Y yo necesito, en determinado asunto, un consejero y un amigo, porque, a decir verdad, puedo contarme ahora entre las gentes desafortunadas…

Y volvió, a reír.

—Lo malo es —dijo Michkin, tras un momento de reflexión— que sólo Dios sabe cuándo se marcharán esos amigos. ¿No sería mejor que saliésemos a dar una vuelta por el parque? Que me esperen y nada más. Ya les pediré que me excusen.

—No, no. Por especiales razones, no deseo que se crea que hemos tenido una conferencia extraordinaria y misteriosa. Hay aquí gente que se interesaría mucho por conocer el trato que nos une. ¿No lo sabía, príncipe? Más vale que mi visita se explique meramente ante su opinión como resultado de nuestras relaciones afectuosas y que no se figuren… qué sé yo. ¿Me entiende? Dentro de un par de horas se retirarán, y entonces, le ruego que me conceda veinte minutos o media hora.

—Con mucho gusto. Celebro mucho oírle decir que median entre nosotros relaciones afectuosas. Le agradezco mucho su amabilidad. Pero usted me dispensará si me nota algo distraído. Como observará fácilmente, no consigo concentrarme en nada en este momento.

—Ya lo veo —murmuró Eugenio Pavlovich con una leve sonrisa.

Parecía hallarse de un humor muy jovial.

—¿Qué es lo que ve usted? —exclamó el príncipe, con un sobresalto.

Radomsky no contestó directamente. Continuó sonriendo y dijo:

—Supongo, príncipe, que no pensará que he venido a engañarle… y de paso a hacerle hablar, ¿verdad?

Michkin acabó, por reír también.

—Que ha venido usted a hacerme hablar, es cosa evidente —repuso—, y quizá lo sea igualmente que a engañarme un poquito también. Pero no le temo y, aunque no lo crea, ahora todo me da lo mismo. Y como, después de todo, es usted un hombre excelente, creo que terminaremos siendo buenos amigos. Me es usted muy simpático. Eugenio Pavlovich; es usted un hombre… muy correcto, verdaderamente correcto, según me parece.

—En todo caso, es muy grato tratar con usted, sea por el motivo que fuere —concluyó Eugenio Pavlovich—. Ea, voy a vaciar una copa a su salud. Me alegro mucho de hacerle esta visita. ¡Ah! —añadió, deteniéndose—. Ese joven, Hipólito Terentiev, ¿ha venido a vivir con usted?

—Sí.

—Parece que no va a morir lo pronto que se creía.

—¿Y…?

—Nada. He pasado media hora charlando con él…

Mientras ambos hablaban aparte, Hipólito, en espera de Michkin, no había dejado de observar a éste y a Eugenio Pavlovich. Cuando ambos se acercaron a la mesa, el enfermo manifestó una nerviosidad febril. Estaba agitado, excitado, tenía la frente perlada de sudor. Sus ojos inquietos y brillantes expresaban una difusa impaciencia; su mirada vagaba de un sitio a otro sin fijarse en nada concreto. Aunque tomaba parte en la conversación general, su animación era puramente febril. No escuchaba lo que se decía, sus palabras eran incoherentes, irónicas y negligentemente paradójicas; no desarrollaba las ideas hasta el fin y a veces abandonaba de repente el tema que tratara con entusiasmo un minuto antes. Michkin supo, con sorpresa y disgusto, que le habían permitido beber dos copas grandes de champaña y que tenía ante sí una tercera copa. Pero el príncipe no se informó de ello sino mucho más tarde. En aquel momento no estaba en condiciones de reparar en nada.

—Celebro que sea hoy precisamente el día de su cumpleaños —declaró Hipólito.

—¿Por qué?

—Ahora se lo diré… Pero siéntese… En primer lugar, porque toda su gente está reunida aquí. Yo lo esperaba así y, por primera vez en mi vida, no

he sido defraudado en mis esperanzas. Pero siento no haber sabido que era su cumpleaños, pues, de saberlo, habría venido con algún regalo. Aunque acaso se lo haya traído de todos modos. ¡Ja, ja, ja! ¿Cuánto falta para que amanezca?

—De aquí a un par de horas apuntará el sol —dijo Ptitzin, después de mirar su reloj.

—¿Y qué necesidad hay de sol cuando tenemos tanta claridad que hasta podríamos leer aquí mismo? —comentó alguien.

—Quiero ver salir el sol. Debíamos beber a la salud del sol, ¿no le parece, príncipe?

Hipólito hablaba a todos con imperiosidad y altanería, pero al parecer no se daba cuenta de ello.

—Bebamos. Pero usted debía irse a descansar, Hipólito, ¿no es cierto?

—No hace usted más que insistir en que me acueste. Es usted una verdadera niñera para mí. En cuanto salga el sol y «comience a resonar» en el cielo… ¿Qué poeta ha dicho: «En el cielo comienza el sol a resonar»? Es una cosa sin sentido, pero bella… Pues cuando resuene el sol en el cielo me iré a descansar. Lebediev, ¿será el sol la fuente de la vida? ¿Qué significa en el Apocalipsis la expresión «las fuentes de la vida»? ¿Ha oído usted hablar de la estrella del Apocalipsis, príncipe?

—He oído decir que Lebediev ve en esa estrella la red ferroviaria que cubre Europa.

Comenzaron a sonar risas por todas partes. Lebediev se levantó de pronto.

—No, no, perdón; aquí no se trata de eso —dijo, agitando los brazos, como para contener la hilaridad—. Con estos señores… porque todos estos señores… —quiso aclarar, dirigiéndose a Michkin—, sobre ciertas cosas… Eso es…

Y dio dos puñetazos en la mesa, lo que aumentó las risas generales.

Lebediev se hallaba en su estado habitual de todas las noches, pero acababa de tener una discusión «científica» que le había irritado bastante. Y en casos tales solía prodigar a sus adversarios las muestras del más hondo desprecio.

—¡No es eso! Hace media hora, príncipe, se convino que nadie interrumpiría, que nadie reiría, que cada uno podría exponer su pensamiento libremente y que luego podrían aducirse réplicas y objeciones, incluso por parte de los ateos que pudiese haber aquí. Y hemos otorgado la presidencia al general. ¡Eso es! De otro modo, cabe poner en ridículo a cualquiera, incluso al que desarrolle la idea más profunda y más alta…

—Hable, hable; nadie le interrumpirá —exclamaron varias voces.

—Hable, pero no divague.

—En primer lugar, ¿qué estrella era ésa? —indagó uno.

—No tengo la menor idea —repuso el general Ivolguin, que desempeñaba la presidencia con toda la dignidad propia del cargo.

—Me gustan mucho estas discusiones, príncipe —murmuraba entre tanto Keller, quien, muy bebido por cierto, se movía sin cesar en su silla—. Y también las políticas —y añadió interpelando a Radomsky, que se sentaba a su lado—. Me encanta leer en los periódicos las sesiones del Parlamento inglés, ¿sabe? No es que me interesen los debates, porque yo no soy un político, ¿comprende?, pero me parece admirable el modo que tienen de hablar esas gentes entre sí: «el noble vizconde que se sienta frente a mí; el noble conde que comparte mi opinión; mi noble adversario cuya moción ha admirado a Europa…» Todas esas expresiones, ese parlamentarismo de un pueblo libre, es lo que me seduce, príncipe. Le juro, Eugenio Pavlovich, que en el fondo he sido siempre un artista.

—¿Así que, según usted —exclamó Gania— los ferrocarriles son una maldición, constituyen la perdición de la humanidad, el veneno caído sobre la tierra para envenenar las «fuentes de la vida»?

Aquella noche Gabriel Ardalionovich, parecía bastante animado y, a lo que estimó, Michkin, evidenciaba en su talante una especie de aspecto triunfal. La pregunta dirigida a Lebediev era pura broma, desde luego, sin más fin que acalorar al funcionario, pero acabó acalorándose él también.

—¡Los ferrocarriles no! —rebatió Lebediev, con un sentimiento mixto de satisfacción intensa y violenta cólera—. Los ferrocarriles, considerados en sí mismos, aisladamente, no corrompen las fuentes de la vida; pero todo aquello de que forman parte es lo que considero maldito en conjunto: toda esta tendencia de los últimos siglos, en su aspecto científico y práctico, es lo que probablemente puede considerarse maldito, en efecto.

—¿Maldito con certeza, o sólo probablemente? Es importante discernirlo —intervino Eugenio Pavlovich con seriedad.

—¡Es maldito, maldito, maldito con toda certeza! —replicó, con vehemencia, Levediev.

—¡Prudencia, Levediev! Por las mañanas está usted mucho más ponderado —sonrió, Ptitzin.

—Pero por las noches soy más franco. ¡Por las noches soy más franco y más sincero! —afirmó fogosamente el empleado—. Sí: más cándido, más preciso, más honrado, más respetable… Y aunque con esto le descubra mi

punto débil, me tiene sin cuidado. Y yo desafío a todos los ateos a contestarme: ¿cómo salvarán ustedes al mundo? ¿En dónde le encontrarán un camino normal, ustedes, hombres de ciencia y de industria, partidarios de la cooperación, de los salarios y de todo lo demás? ¿En el crédito? ¿Y qué es el crédito? ¿A qué les conducirá el crédito?

—¡No pregunta usted poco! —observó Radomsky.

—Mi opinión es que quien no se interese en tales cuestiones no es más que un chenapan, por distinguido que sea.

—El crédito, por lo menos, conduce a la solidaridad general y al equilibrio de los intereses —sentenció Ptitzin.

—¿Y conseguirá usted eso sólo con el crédito? ¿Sin recurrir a ningún principio moral? ¿Fundándose exclusivamente en el egoísmo privado y la satisfacción del bienestar material? ¿La paz y la felicidad universales dependen sólo de la satisfacción de las necesidades? ¿Debo entenderlo así, señor mío?

—La necesidad universal de vivir, comer y beber, y la convicción plena y científica de que sólo se satisfarán esas necesidades mediante la asociación general y la solidaridad de intereses, es, me parece, una idea lo bastante sólida para ofrecer un punto de apoyo y una «fuente de vida» a la humanidad en los siglos venideros —dijo Gania, con calor.

—La necesidad de comer y beber… o sea únicamente el instinto normal de conservación…

—¿Y no basta? El instinto de conservación personal es la ley común de la humanidad.

—¿Quién le ha dicho semejante cosa? —intervino súbitamente Eugenio Pavlovich—. Esa es una ley, sin duda, pero una ley no más ni menos normal que la de la destrucción, e incluso la de la destrucción personal. ¿Acaso la única ley normal de la humanidad consiste en el instinto de personal conservación?

—¡Ah! —exclamó Hipólito de repente.

Y contempló a Radomsky con extraña mirada. Pero notando que Radomsky reía, rio él también, tocó a Kolia con el codo y le preguntó nuevamente la hora. Después, cogió él mismo el reloj de plata de su amigo y examinó las manecillas con ansiedad. Luego, como olvidándolo todo, Hipólito se tendió en el diván, púsose las manos cruzadas tras la cabeza y miró al cielo. Medio minuto más tarde se incorporó, sentóse en una silla ante la mesa y prestó oído a las palabras de Lebediev, que rebatía apasionadamente la paradoja de Eugenio Pavlovich.

—¡Es una idea pérfida y burlona, una idea insidiosa e hiriente! —vociferaba el funcionario—. Ha sido lanzada aquí como una manzana de discordia… y, sin embargo, es justa… Usted, oficial de caballería e irónico hombre de mundo, a pesar de lo cual no está desprovisto de inteligencia, no sabe bien lo verdadera y profunda que su idea es. ¡Sí: la ley de conservación personal y la de destrucción personal son igualmente poderosas en el mundo! El diablo seguirá conservando su imperio de siempre sobre la humanidad hasta un momento y un límite que nos son desconocidos todavía. ¿Se ríe? ¿No cree usted en el diablo? Pues yo le digo que la incredulidad en el diablo es una idea francesa, y un concepto frívolo. ¿Sabe usted quién es el diablo? ¿Sabe cómo se llama? Pues, no obstante, sin saberlo, se burla usted de su forma, a ejemplo de Voltaire, de sus patas ganchudas, de su cola, de sus cuernos, de todo eso que ustedes han inventado. En realidad, el demonio es un espíritu amenazador y potente y no tiene cuernos ni cola: ustedes son quienes le atribuyen esos detalles. ¡Pero ahora no se trata de él!

—Y, ¿por qué sabe usted que no se trata de él ahora? —preguntó Hipólito, con una risa convulsiva.

—La idea es sutil e invita a pensar —aceptó Lebediev—; pero tampoco se trata de eso. Se discutía si hemos debilitado o no las fuentes de la vida con la extensión…

—¿De los ferrocarriles? —sugirió vivamente Kolia.

—No precisamente de los ferrocarriles, impetuoso joven, sino en general con la tendencia de la que los ferrocarriles pueden ser considerados símbolo y expresión. Se nos asegura que ellos, al apresurarse, al precipitarse, al correr, trabajan por la dicha humana. «La humanidad es ya demasiado industrial y demasiado agitada», deplora un pensador solitario. «Sí, pero el fragor de los vagones que llevan pan a la humanidad hambrienta vale más que la tranquilidad de espíritu», replica triunfalmente otro pensador, del que hallamos ejemplares en todas partes. Y después continúa su camino, satisfecho. Pero yo, el despreciable Lebediev, no creo en los vagones que transportan pan para la humanidad. Porque, si les falta un principio moral de la acción, los vagones que transportan pan, pueden, fríamente, privar de él a parte de la humanidad, como ya se ha visto que sucede a veces…

—¿Son los vagones los que privan fríamente? —insinuó uno.

Lebediev no se dignó atender la interrupción.

—Se ha visto ya —repitió—. Malthus se consideraba un amigo de la humanidad. Pero, cuando tiene principios morales inciertos, el más amigo de la humanidad es un antropófago, aun prescindiendo de hablar del desprecio con que la mira. Si quieren verlo, hieran la vanidad de uno de esos

innumerables filántropos y verán como, para vengar su minúsculo amor propio, será capaz de prender fuego al mundo por sus cuatro costados. Y para ser justos, hemos de confesar que todos somos lo mismo. Yo personalmente soy el más infecto de todos: sería capaz de acarrear el combustible y huir luego para ponerme a salvo. ¡Pero tampoco se trata de eso!

—Pues entonces, ¿de qué?

—¡Es usted un cargante!

—Se trata de la anécdota siguiente, una anécdota de antaño, porque creo absolutamente necesario citar una ocurrencia de otros tiempos. En nuestra época, en nuestra patria, que, según creo, señores, ustedes aman tanto como yo, y por la cual, en lo que me concierne, estoy dispuesto a verter hasta la última gota de mi sangre…

—¡Al grano, al grano!

—En nuestra patria, como en Europa, terribles y generales hambres visitan la humanidad a épocas fijas. A lo que puedo recordar, ahora no se presentan sino cada cuarto de siglo, o, en otros términos, una vez cada veinticinco años. No discuto la exactitud absoluta de la cifra: lo esencial es que esas hambres son relativamente raras…

—¿Relativamente, a qué?

—A las del siglo doce y a los anteriores y posteriores a él. Porque entonces, según aseguran los historiadores, las grandes escaseces sobrevenían cada dos o tres años, hasta el punto de que, dado tal estado de cosas, el hombre solía recurrir hasta la antropofagia, si bien, eso es cierto, a escondidas. Pues bien, uno de esos caníbales, al llegar a una edad avanzada, declaró espontáneamente y sin que le obligasen, que en el curso de su larga y mísera vida había personalmente dado muerte y devorado en el más profundo secreto a sesenta monjes y a algunos niños seglares. El número de éstos no pasaba de seis, es decir, que resultaba insignificante en comparación al enorme número de eclesiásticos consumidos por aquel hombre. Respecto a los adultos seglares, se supo que no los tocaba jamás.

—¡Es imposible que eso sea cierto! —exclamó el general, casi enojado—. Suelo discutir con Lebediev a menudo, señores, y siempre sobre cosas de ese jaez, y no hace nunca sino contar absurdidades que molestan a todos los oídos. Lo que ha dicho no tiene la menor apariencia de verdad.

—Pues, ¿y tu asedio de Kars, general? Y ustedes señores, deben saber que mi anécdota es rigurosamente verídica. Quiero advertirles, de paso, que la realidad, aunque sometida a leyes invariables, casi siempre parece inverosímil. A veces una cosa es tanto más real cuanto más inverosímil parece.

—¿Cómo puede nadie comerse sesenta monjes? —exclamaron riendo, los oyentes.

—De una sola vez, claro que no; pero el hombre los devoró en un lapso de quince o veinte años. La cosa así, resulta perfectamente comprensible y natural…

—¿Natural?

—¡Natural! —insistió Lebediev con tenacidad y suficiencia—. No veo por qué aquel hombre no podía atraer a sus víctimas a un bosque o a cualquier lugar misterioso y hacer allí lo que he dicho. Tampoco discuto que la cantidad de muertos no sea extraordinaria y no acredite gula…

—Eso puede ser cierto, señores —observó el príncipe, de improviso.

Hasta entonces había escuchado en silencio, sin intervenir en la conversación. A menudo reía de corazón con todos los demás, notoriamente satisfecho de ver que la gente se divertía, hablaba con animación y bebía en abundancia. Acaso no hubiese dicho una palabra en toda la noche de no ocurrírsele aquella inesperada salida. Ya la sazón habló con tal seriedad que todos le miraron, curiosos.

—Quiero decir, señores, que antaño había grandes hambres con mucha frecuencia. Así lo tengo entendido, aunque no conozco bien la historia. Y creo que no podía ser de otro modo. Cuando yo vivía en Suiza miraba con estupor las ruinas de antiguos castillos feudales encaramados sobre rocas escarpadas, a media versta de altura como mínimo en línea vertical, lo que significa varias millas de senderos tortuosos para llegar hasta ellos. Ya saben lo que es un castillo: una montaña de piedras. ¡Un trabajo tremendo, increíble! Los que los construían eran los siervos. Además, debían pagar toda clase de impuestos y mantener a sus señores. ¿De qué vivirían, pues, y cuándo encontrarían tiempo para dedicarse a las labores de la tierra en provecho propio? Es seguro que pocos debían cultivarla y que los más debían perecer de hambre. Lo que yo me pregunto con frecuencia es cómo la gente ha podido resistir, sin ser aniquilada, tanta miseria. Lebediev no se ha engañado ciertamente al decir que entonces debía de haber antropófagos, y en gran número. Pero, esto admitido, quiero preguntarle: ¿cuál es su conclusión, Lebediev?

Hablaba con seriedad al dirigirse al funcionario, de quien todos se mofaban, y su tono, exento de toda ironía. Contrastaba cómicamente con el de los demás. De seguir así, corría el riesgo de que incluso se burlasen de él, mas no lo advertía. Radomsky se inclinó hacia Michkin y le cuchicheó al oído:

—¿No ve usted que ese hombre está loco, príncipe? Antes me ha dicho que le atrae la profesión forense y que piensa examinarse de abogado. ¡Habrá que verlo!

—Mi conclusión —dijo Lebediev, con voz tonante— contiene la respuesta a uno de los mayores problemas de antaño y de hogaño. El culpable concluyó entregándose a las autoridades. Dadas las costumbres de entonces, ¿qué torturas no le esperaban, qué instrumentos de suplicio no se ofrecían ante él? ¿Qué le impulsó a denunciarse? ¿Por qué no se detuvo meramente en la cifra de sesenta víctimas, ocultando el secreto hasta la hora de su muerte? ¿No podía dejar en paz a los monjes e ir a hacer penitencia en un desierto? Pero ésta es la clave del enigma. Para él había algo más fuerte que los suplicios, la rueda, el fuego, el potro, algo más fuerte que una costumbre de veinte años. Un sentimiento íntimo más poderoso que todas las calamidades de entonces como el hambre, las torturas, la lepra; una idea que, guiando los corazones y ampliando las fuentes de la vida, hacía soportable a la humanidad aquel infierno. Pues bien, muéstrenme algo semejante en nuestro siglo de vicios y de ferrocarriles… Ya sé que debía decirse «en nuestro siglo de vapores y de ferrocarriles»; pero yo digo «en nuestro siglo de vicios y de ferrocarriles», porque puedo estar borracho, pero tengo razón. Señálenme una sola idea que ligue entre sí a los hombres con la mitad de fuerza que aquélla los unía en tales siglos. ¡Y aún se atreven ustedes a sostener que las fuentes de la vida no se han debilitado y corrompido bajo esa «estrella», dentro de esa red en que los hombres se encuentran apresados! No me hablen de prosperidad, de riquezas, de la rareza de las carestías, de la rapidez de los medios de transporte… Hoy hay más riquezas, pero menos fuerza. Ya no existe idea alguna que una los corazones: todo se ha ablandado y relajado, todo está lisiado y nosotros también. ¡Todo, todos! Pero en fin, no se trata tampoco de eso, respetable príncipe. Se trata ahora de prepararnos para la colación que vamos a ofrecer a nuestros visitantes.

Las palabras de Lebediev habían indignado a varios de los concurrentes (debe advertirse que en el intermedio se habían descorchado varias botellas más), pero su inesperada conclusión apaciguó los ánimos por completo. El propio Lebediev definió tal modo de terminar su perorata como «un hábil procedimiento abogacil de hacer cambiar de aspecto un asunto». El buen humor de los visitantes se manifestó con nuevas risas. Todos, levantándose, comenzaron a pasear por la terraza para desentumecer los miembros. Sólo Keller se manifestó descontento y extremadamente agitado cuando Lebediev acabó su discurso. Iba de uno a otro, exclamando con fuerte voz:

—¡Es monstruoso! Ataca la cultura, elogia el atraso del siglo doce, hace espavientos a todo y, sin embargo, ¿es un hombre puro? ¿Quieren decirme cómo se ha arreglado para comprar esta casa?

En otro rincón, el general Ivolguin peroraba ante un grupo de oyentes, dirigiéndose en particular a Ptitzin, a quien había cogido por un botón de la levita.

—He conocido —decía— a un verdadero intérprete del Apocalipsis: el difunto Gregorio Semenovich Burmistrov. Era un hombre que traspasaba los corazones como un dardo de fuego. Poníase lentes, abría un enorme libro encuadernado en negro, y ello, y su barba blanca, y las dos medallas que pregonaban sus actos caritativos, añadían más prestigio a su persona. Comenzaba a hablar en tono severo. Los generales se inclinaban ante él, las damas se desmayaban. Pero este tipo concluye su discurso con el anuncio de un ágape. ¡Eso rebasa todos los límites!

Ptitzin, cuando calló el general, hizo ademán de buscar su sombrero; pero, si había pensado marcharse ello fue una idea fugaz, ya que no la llevó a efecto. Antes de que los reunidos se levantaran de la mesa, Gania había dejado de beber y apartado su vaso. Una sombra se extendía sobre su rostro. Luego, levantándose también, fue a sentarse junto a Rogochin. Dijérase que existían entre los dos las más amistosas relaciones. Rogochin, que al principio había estado a punto de marcharse sin que los demás lo notaran, permanecía ahora sentado, inmóvil, con la cabeza baja, olvidado de su proyecto de irse. Durante toda la velada no bebió una gota de vino y se le veía sumido en hondas reflexiones. Sólo de cuando en cuando alzaba la vista y examinaba a los presentes. Parecía como si esperase algo muy importante para él y dijérase que únicamente tal espera le había decidido a no retirarse.

Michkin sólo había bebido dos o tres vasos de champaña y en consecuencia no se encontraba sino muy moderadamente alegre. Al levantarse de la mesa sus ojos hallaron los de Radomsky, y, recordando la explicación que debía tener con él, sonrió con gentileza. Eugenio Pavlovich hízole una indicación con la cabeza, mostrándole a Hipólito que dormía tendido en el diván.

—Dígame, príncipe, ¿por qué este condenado mozo ha venido a su casa? —preguntó Radomsky, con evidente malicia—. Apuesto a que trama alguna cosa.

—He observado, o al menos creído observar —repuso Michkin—, que usted, hoy, se preocupa mucho de Hipólito. ¿Es así, Eugenio Pavlovich?

—A lo que puede añadirse que, dada mi situación personal, debía preocuparme de otras cosas. Yo mismo me extraño de que esa desagradable fisonomía atraiga invenciblemente mi atención desde el principio de la noche.

—Yo opino que tiene una cabeza muy hermosa…

—Mire, mire… —exclamó Radomsky, asiendo el brazo del príncipe—. ¡Mire!

Michkin examinó a su interlocutor con redoblada extrañeza.

V

Hipólito, que se había dormido cuando Lebediev llegaba al fin de su discurso, despertó de pronto como si alguien le hubiese descargado un golpe en el pecho. Se estremeció, incorporóse, miró en torno suyo y palideció. Sus ojos se pasearon por los rostros de los circunstantes con cierta expresión de inquietud, y cuando la memoria y la reflexión volvieron a su mente, no fue ya inquietud, sino terror, lo que reflejó su semblante.

—¿Se van ya? ¿Ha terminado todo? ¿Sí? ¿Ha salido el sol? —inquirió ansiosamente, tomando el brazo de Michkin—. ¿Qué hora es? ¡Dígamelo, por el amor de Dios! ¿He dormido mucho? ¿Cuánto tiempo? —añadió con desesperación, como si el dormirse le pusiera en riesgo de perder algún negocio de que dependiese todo su destino.

—Sólo ha dormido usted siete u ocho minutos —contestó Radomsky.

—¡Ah! ¿Sólo eso? Entonces yo…

Y respiró hondamente, como si quedase aliviado de una carga penosa. Acababa de comprender que no había «terminado todo», que aún no era de día, que los presentes no se levantaban para irse, sino para hacer colación y que si algo había concluido era únicamente la perorata de Lebediev. Sonrió, pues, y las manchas rojas sintomáticas de la tuberculosis animaron sus mejillas.

—Veo que ha contado usted los minutos de mi sueño, Eugenio Pavlovich —dijo, con mofa—. Ya he notado o que desde el principio de la velada no me quita usted la vista de encima. ¡Ah, Rogochin! Le he visto hace unos instantes en sueños —murmuró al oído de Michkin, señalándole a Parfen Semenovich, que se sentaba ante la mesa. Y pasando sin transición a una idea diferente, preguntó—: ¿Y el orador? ¿Dónde está Lebediev? ¿Ha terminado de hablar? ¿Qué decía? ¿Es cierto, príncipe, que ha asegurado usted en una ocasión que la belleza salvaría al mundo»? Señores —exclamó, dirigiéndose a todos—, el príncipe afirma que la belleza salvará al mundo. Y yo afirmo, a mi vez, que la causa de que tenga ideas tan curiosas, es que está enamorado. ¡Está enamorado, señores! En cuanto le he visto entrar me he convencido de ello. No se ruborice, príncipe: ¡va usted a darme lástima! ¿Qué clase de belleza será la que salve el mundo? Kolia me lo ha dicho… ¿Es usted cristiano ferviente? Kolia me asegura que sí…

Michkin le miró con atención, en silencio.

—¿Por qué no me contesta? ¿Cree usted que le aprecio mucho? —preguntó bruscamente Hipólito.

—No lo creo. Opino que no me aprecia nada.

—¿Cómo? ¿Ni después de nuestra entrevista de ayer? ¿No he sido franco con usted ayer?

—Ayer ya sabía que usted no me apreciaba.

—¿Por qué? Porque estoy celoso de usted y le tengo envidia, ¿verdad? Siempre lo ha creído usted así, y lo cree ahora, pero… En fin, no sé por qué he hablado de esto. Quiero champaña. ¡Una copa, Keller!

—No puede usted beber más; no lo permitiré.

Y Michkin se apresuró a apartar la copa que el enfermo tenía ante sí.

—En realidad no le falta razón —reconoció Hipólito, pensativo—. ¿Qué se diría, después? Aunque, en rigor, ¿qué importa lo que digan? ¿No es cierto, no lo es? Que digan después lo que quieran, ¿verdad, príncipe? ¿Por qué inquietarnos, yo y todos los demás, por lo que sucede después? Estoy medio dormido aún. Y he tenido un sueño espantoso: ahora lo recuerdo… No le deseo semejantes sueños, príncipe, aunque acaso no le estime en verdad. Pero que no se estime a un hombre no es razón para desearle mal, ¿eh? ¿Y por qué haré estas preguntas? ¡Me paso la vida preguntando! Deme la mano; quiero estrechársela con calor; así… ¡Me ha tendido usted la mano! ¿De modo que sabía que yo iba a estrechársela sinceramente? Bien: no beberé más. ¿Qué hora es? Pero no es preciso que me lo digan: bien sé la hora que es. ¡Ha llegado la hora! ¡Éste es el momento! ¿Van a servir la comida en aquel rincón? ¿Queda libre esta mesa? ¡Muy bien! Señores, yo… Veo que no escuchan. Me proponía leerles una cosa, príncipe. La comida es sin duda muy interesante; pero…

Y de pronto, entre la sorpresa general, Hipólito sacó del bolsillo de su levita un fajo de papel, cerrado con un enorme sello rojo y lo puso en la mesa, ante sí.

Aquella insólita circunstancia produjo mucho efecto. Los reunidos esperaban algo raro, pero no de tal estilo. Eugenio Pavlovich se agitó en su silla. Gania se precipité hacia la mesa y Rogochin hizo lo mismo, con una expresión como de airado enojo, tal que si le constara la finalidad de la escena. Lebediev, que estaba junto a Hipólito, se acercó más, mirando el fajo de papel con sus ojillos curiosos, cual si quisiera adivinar de qué se trataba.

—¿Qué le pasa? —preguntó Michkin al joven, con inquietud.

—Cuando salga el sol descansaré, príncipe; ya lo he dicho. ¡Palabra de honor! —repuso Hipólito—. ¡Ya lo verá! Pero ¿es posible que no se me crea capaz ni de abrir este paquete? —añadió, paseando indistintamente sobre todos una mirada de desafío.

Michkin notó que el pobre muchacho estaba algo tembloroso.

—Ninguno de nosotros lo supone así —manifestó—. ¿Cómo se le ocurre una idea tan extraña? ¿Qué sucede, Hipólito?

—¿Qué le pasa? ¿Qué ocurre? —inquirían los visitantes.

Y todos se acercaron, a pesar de que algunos habían empezado ya a comer. El paquete y su sello rojo parecían ejercer un influjo magnético sobre todos.

—Yo he escrito esto ayer, después de prometerle venir a su casa, príncipe. Este trabajo me ha ocupado todo el día de ayer y parte de la noche. Lo terminé por la mañana. Me dormí poco antes de alborear, y tuve un sueño…

—¿No valdría más dejarlo para mañana? —sugirió el príncipe con timidez.

—¡Mañana no habrá tiempo! —e Hipólito rio histéricamente—. Pero no se preocupen: mi lectura sólo durará cuarenta minutos o, a lo sumo, una hora. Fíjense cómo se ha despertado la curiosidad general: todos se acercan, miran el envoltorio… Si yo no hubiese puesto el escrito bajo sobre, el efecto habría sido nulo. ¡Lo que es el misterio! ¿Lo abro o no, señores? —interrogó, riendo como antes—. ¡Un secreto, un secreto! ¿Recuerda príncipe, quien dijo que «ya no habría tiempo»? Lo profetizó en el Apocalipsis un ángel grande y poderoso.

—Vale más no leer eso —declaró Radomsky, con inquieta expresión que extrañó a algunos.

—No lo lea —apoyó Michkin, poniendo la mano sobre los papeles.

—No es momento de lecturas —comentó alguien—. Ahora vamos a comer.

—¿Un artículo destinado a alguna revista? —inquirió otro.

—Seguramente será aburrido —acrecentó un tercero.

—Pero ¿qué es? —preguntaban los demás.

La inquietud que revelaba el ademán de Michkin pareció contagiar al propio Hipólito.

—Así, ¿no leo? —dijo al príncipe en voz baja, con una sonrisa forzada que crispó sus labios lívidos—. ¿No leo? —insistió envolviendo a todos en una mirada donde se leía el ardiente deseo de desahogarse. Y luego, dirigiéndose otra vez a Michkin, interrogó—: ¿Tiene usted miedo?

—¿De qué? —replicó el interrogado, cuya expresión cambió de un modo evidente.

Hipólito se alzó bruscamente, como si le hubiesen arrancado de su asiento.

—¿Hay quien tenga una pieza de veinte kopecs, o una moneda pequeña cualquiera? —preguntó.

—Tome —repuso Lebediev, ofreciendo una a Hipólito, y pensando que el joven debía haber enloquecido.

—Vera Lukianovna —dijo Hipólito con animación—, tome esta moneda y arrójela al aire, sobre la mesa. Vamos a decidir a cara o cruz. Si sale cruz, leo.

La joven, alarmada, miró sucesivamente la moneda, a Hipólito y a su padre. Luego hizo lo que le decían, muy turbada y levantando los ojos, como si fuese cosa prohibida mirar la moneda. Ésta cayó sobre la mesa: era cruz.

La decisión de la suerte pareció consternar a Hipólito.

—¡Hay que leer! —exclamó, pálido como si acabase de serle notificada su sentencia de muerte. Guardó silencio durante unos segundos y luego, estremeciéndose y mirando con singular expresión de franqueza a quienes le rodeaban, continuó—: ¿Qué es esto? ¿Es posible que yo acabe de jugar mi suerte a cara o cruz? ¡Es una particularidad psicológica sorprendente! —exclamó hablando a Michkin con acento delator de una extrañeza profunda. Y, como una persona que recobra la conciencia de sí misma, prosiguió, con animación—: Es… es inconcebible. Tome nota de esto, príncipe, ya que usted, según me han dicho, recoge datos relativos a la pena de muerte. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué absurdo, Dios mío!

Se sentó en el diván, acodóse en la mesa y apoyó la cabeza en las manos.

—Es casi una vergüenza… Pero, ¿qué más da que lo sea? —añadió, casi en el acto, levantando el rostro. Y en seguida, con súbita resolución, anunció —: Voy a rasgar el sobre, señores. Pero conste que no obligo a nadie a escuchar.

Sus manos temblaban de emoción mientras abría el paquete, del que sacó varias hojas pequeñas de papel de cartas cubiertas de una apretada escritura. Una vez puestas ante él, comenzó a ordenarlas.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? ¿Qué va a leernos? —murmuraban algunos, malhumorados.

Los demás callaban. Todos atendían con curiosidad. Acaso esperasen realmente algo extraordinario. Vera, inmóvil tras la silla de su padre, casi lloraba de temor. Kolia no estaba menos inquieto que la joven Lebediev, que ya se había sentado, incorporóse a medias, y acercó las luces a Hipólito para que leyese mejor.

—Ahora verán lo que es esto, señores —dijo el muchacho iniciando la lectura—: «Explicación necesaria» Lema: Après moi le déluge.

—¡El diablo me lleve! —exclamó vivamente, con un movimiento tal como el que haría de haberse quemado—. ¿Es posible que se me haya ocurrido un lema tan tonto? Atención, señores… Les aseguro que, en resumen, puede que esto no sea sino una colección de monstruosas sandeces. Se trata sólo de ideas personales… Si creen ustedes que hay aquí algo de misterioso, de… en una, palabra, de prohibido…

—Lee sin más preámbulos —atajó Gania.

—¡Cuánta afectación! —añadió otro.

—¡Demasiadas palabras! —apoyó Rogochin, hablando por primera vez en aquella noche.

Hipólito le miró. Cuando los ojos de ambos se encontraron, Rogochin sonrió con amargura y pronunció con voz lenta las siguientes extrañas palabras:

—Ése no es el camino oportuno, muchacho, no es el camino…

Nadie, de cierto, comprendió bien lo que Rogochin quería decir, mas, aun así, su frase produjo una rara impresión en el auditorio. A todos se les ocurrió en el instante la misma idea. Las palabras de Rogochin causaron en Hipólito un efecto tremendo: acometióle tal temblor que Michkin hubo de alargar el brazo para sostenerle, y seguramente habría estallado en gritos, de no ahogársele la voz en la garganta. Durante un minuto no consiguió articular una palabra, ni dejó de mirar a Rogochin. Al fin pudo pronunciar:

—¿Así que era usted… era usted…?

—¿Yo? ¿Yo, qué? —repuso Rogochin, perplejo.

Hipólito, presa de repentina ira, enrojecido el rostro, clamó, con vehemencia:

—¡Era usted quien entró en mi cuarto la semana pasada, por la noche, entre una y dos de la madrugada, el día en que yo le visité por la mañana! ¡Era usted! ¡Confiéselo! ¿Era usted?

—¿La semana pasada? ¿Por la noche? ¿Te has vuelto loco, muchacho?

Hipólito, sin hablar, llevóse el índice a la frente y reflexionó por un instante. De improviso, la débil y temerosa sonrisa que crispaba sus labios adquirió una expresión maligna, casi triunfal.

—¡Era usted! —repitió, casi en un murmullo, mas con intensa convicción —. Usted entró en mi cuarto y se sentó, sin hablar, en una silla, junto a la ventana. Allí permaneció una hora o más, porque llegó hacia las doce o la una y eran más de las dos cuando se fue. ¡Era usted, usted! Pero lo que no puedo comprender es por qué fue a espantarme, a torturarme…

Y en su rostro se pintó, una expresión de odio inmenso. Su cuerpo se estremecía de pies a cabeza.

—Van a saberlo todo… ahora mismo, señores… Porque yo…

Asió precipitadamente su manuscrito. Las hojas no estaban en orden y no consiguió intercalarlas debidamente sino con mucho trabajo. Le temblaban las manos terriblemente.

—Está loco, o delira —dijo Rogochin a media voz.

Al fin comenzó la lectura, titubeante y poco inteligible durante los primeros cinco minutos a causa de la emoción que obstruía la garganta del lector; luego clara y distinta cuando su voz se afirmó. En ocasiones, fuertes accesos de tos le interrumpían. Estaba muy ronco cuan do llegó a la mitad de su artículo. A medida que avanzaba en la lectura se animaba más y los oyentes experimentaban una impresión cada vez más penosa. El trabajo rezaba así:

«UNA EXPLICACIÓN NECESARIA

Après mois le déluge.

»Ayer por la mañana el príncipe vino a mi casa y en el curso de nuestra conversación me propuso ir a vivir con él en su villa. Yo sabía que él habría de insistir en tal sentido, y estaba seguro de que, para persuadirme a aceptar su oferta, me diría: «La muerte le será más dulce en el campo, entre personas y árboles», porque es así como se suele expresar. Pero hoy no pronunció la palabra «muerte», sino que dijo: «La vida le será más dulce…» lo cual, dada mi situación, viene a ser, poco más o menos, lo mismo para mí. Le pregunté qué importancia atribuía a esos «árboles» de que tanto me hablaba y que se pasa la vida poniéndome ante los ojos. Su contestación me hizo conocer algo que me sorprendió: parece que yo mismo dije la otra tarde que había ido a Pavlovsk para ver los árboles por última vez. Le contesté que en el momento de la muerte era igual tener a la vista árboles o un muro de ladrillo y que, para quince días, no merecía la pena andar con tanto cumplido. El príncipe no se negó a reconocerlo; pero dijo que, a su juicio, el aire puro y el verdor producirían en mí sin duda un cambio físico. Creía también que mi agitación y «mis sueños» no serían iguales en el campo, y que acaso resultaran menos penosos. Le hice notar, riendo, que su lenguaje trascendía a la legua a materialismo, a lo que me contestó con su sonrisa habitual que él había sido siempre un materialista. Como no miente nunca, comprendí que no decía palabras vanas. Su sonrisa —que ahora he observado bien— es muy agradable. No sé si le estimo o no; me ha faltado tiempo para quebrarme la cabeza con esa pregunta. Sólo quiero hacer constar una cosa: el odio que le profesé desde hace cinco meses se ha desvanecido por completo en estas últimas semanas. ¿Quién sabe si no fui a Pavlovsk sólo para verle? ¿Por qué,

si no? ¿Y por qué, de todos modos, salí de mi alcoba de enfermo? Un condenado a muerte no debe moverse de su rincón. Y de no haber tomado ahora mi decisión final, de no haber resuelto aguardar hasta el último instante, no abandonaría mi cuarto por nada en el mundo y no aceptaría la oferta de ir a casa del príncipe, en Pavlovsk.

»Necesito apresurarme para concluir de hoy a mañana esta «explicación». No voy a tener el tiempo de releer y corregir mi trabajo. La segunda lectura que haga de él será la que realice mañana ante el príncipe y las dos o tres personas que cuento encontrar en su casa. Y como en esto no habrá una sola palabra falsa, sino que todo será verdad, la última y pura verdad, tengo la curiosidad de saber qué impresión producirá sobre mí mismo en la hora y momento en que vuelva a leer lo que escribo. Por lo demás era perfectamente inútil escribir «última verdad», ya que si no vale la pena el vivir cuando sólo se tienen quince días ante uno, tampoco vale la pena el mentir para tan poco tiempo. Y ésta es la mejor prueba de que no voy a escribir sino la verdad. (Nota: no olvidar esta idea: Actualmente, ¿no estaré loco, al menos a ratos? Me han dicho que, a veces, en la última fase de su dolencia, los tuberculosos pierden a menudo momentáneamente la razón. Comprobarlo mañana observando la impresión que la lectura causa en los oyentes. No dejar de aclarar por completo este punto, pues sin ese esclarecimiento previo no es posible actuar.)

»Creo que acabo de escribir una tremenda tontería; pero ya he dicho que no tengo tiempo de corregir. Aunque observe que me contradigo de una línea a otra, no haré la menor corrección. No cambio nada, adrede, porque deseo comprobar mañana si sigo un curso lógico en mis pensamientos y si reparo en mis errores. De ser así, puedo dar por exactas todas las conclusiones que he formulado razonando desde hace seis meses en esta habitación. En otro caso, sabré que no son más que delirios.

»Si hace dos meses fuera, como ahora, a dejar en definitiva esta habitación y despedirme del muro de Meyer, tengo la certeza de que me habría entristecido. Pero ahora no siento nada, aunque mañana voy a abandonar para siempre la habitación y el muro. Así, pues, mi convicción de que, para dos semanas que faltan, no merece la pena lamentar nada ni entregarse a una impresión cualquiera, ha triunfado de mi carácter y acaso desde ahora domine todos mis sentimientos. Pero ¿es esto verdad? ¿Es cierto que mi carácter y naturaleza están totalmente vencidos? Si en este momento me sometieran a tortura, sin duda comenzaría a gritar en vez de decir que el sufrimiento es insignificante cuando sólo quedan quince días de vida.

»Ahora bien, ¿es cierto que sólo me quedan quince días de vida? La otra tarde, en Pavlovsk, falté a la verdad. Botkin no me dijo nada, ni me reconoció nunca. Hace una semana me visitó un estudiante de medicina llamado

Kislorodov, hombre materialista, nihilista e incrédulo. Por eso precisamente quise saber su opinión: yo deseaba hallar una persona que me dijese la verdad sin rodeos. Y, en efecto, me dijo, no sólo sin rodeos, sino incluso con visible satisfacción (lo que me pareció demasiado), que me quedaba como un mes de vida, y acaso algo más en circunstancias favorables, pero que también podía acabar mucho antes. Según él, puedo morir de repente en cualquier momento: por ejemplo, mañana. «Se han visto casos así —me dijo—. Anteayer mismo, en Kolomno, una señora joven, tuberculosa, en condiciones muy semejantes a las de usted, se sintió repentinamente mal en el momento en que iba a salir al mercado para hacer la compra; se tendió en un diván, exhaló un suspiro y murió». Kislorodov me habló en el tono más indiferente que pudiera pensarse, y parecía darme un testimonio de aprecio al expresarse así. A sus ojos, yo parecía ser un hombre superior, tan al margen de todo que no le preocupaba en nada la vida. Sea como fuera, una cosa es cierta: que sólo me queda un mes de vida. Estoy seguro de que Kislorodov, en eso, no me ha engañado.

»Me ha sorprendido antes oír hablar al príncipe de mis «malos sueños». ¿Cómo los habrá adivinado? Me dijo literalmente que en Pavlovsk «mi agitación y mis sueños» se modificarían. O es médico, o posee una inteligencia extraordinaria, que le permite adivinar muchas cosas, aunque no quepa duda que, en fin de cuentas, es un «idiota». Precisamente cuando él vino hacía una hora que yo había tenido un hermoso sueño (análogo a cientos de otros semejantes que suelo tener ahora). Al dormirme, soñé que me encontraba en un cuarto que no era el mío. La pieza era más clara, más espaciosa, más alta de techo y mejor amueblada que mi alcoba. Había en ella una cómoda, un armario, un diván y un lecho. Este último, ancho y grande, estaba cubierto por una colcha de seda verde. Mas en la misma habitación percibí un espantoso animal, una especie de monstruo. Se asemejaba a un escorpión, pero no lo era, sino un ser mucho más horrible que me producía la impresión de ser el único de su especie. Parecíame que había surgido expresamente para mí y esta circunstancia se me figuraba lo más misterioso de todo. Pude examinarle bien: era un reptil de unos cuatro verchoks de longitud, cubierto de un caparazón castaño oscuro. La cabeza tenía el grosor de dos dedos, y el cuerpo se adelgazaba paulatinamente hasta la cola, cuyo extremo no alcanzaba un décimo de verchok. A un verchok de distancia de la cabeza surgían dos patas, una a la izquierda y otra a la derecha, formando con el cuerpo un ángulo de cuarenta y cinco grados. Medían como un par de verchoks, lo que daba al animal, visto desde arriba, la forma de un tridente. No pude observarle bien la cabeza, pero sí advertí en ella un par de antenas, semejantes a dos agujas gruesas, y también de color castaño. Al extremo de la cola y de cada pata surgían otras dos antenas iguales, de modo que tenía ocho en total. La bestia corría muy rápidamente por la habitación, apoyándose en las patas y en la cola, que se retorcían como minúsculas serpientes, a pesar de su caparazón.

Esto era lo más horroroso de ver. Yo temía mucho ser picado por aquel animal, porque se me había dicho, no sé cuándo, que era venenoso; pero aún sentía una preocupación mayor: la de saber quién lo había puesto en mi cuarto. «¿Qué me quieren hacer y qué secreto se encierra en esto?», me preguntaba con ansiedad. El animal se ocultaba bajo la cómoda y el armario, y se deslizaba en los rincones, en el asiento. El reptil cruzó el cuarto rápidamente y desapareció no sé dónde, cerca de mi silla. Yo le busqué con los ojos, muy asustado, si bien, dada la forma en que me había puesto, esperaba que no pudiese alcanzarme. De pronto sentí un ruidillo seco tras de mí, muy cerca de mi nuca. Volvíme y vi al reptil trepando el muro. Había llegado a la altura de mi cabeza, y su cola, que se movía con rapidez, me rozaba ya los cabellos. Me levanté bruscamente y el animal desapareció. No me atrevía a acostarme, temeroso de que se deslizase bajo la almohada. Mi madre entró en la alcoba, acompañada de un conocido, y ambos empezaron a perseguir al reptil, aunque estaban tranquilos y no experimentaban temor alguno. Cierto que no comprendían nada… De pronto el monstruo salió de su escondite y se dirigió a la puerta. Esta vez se movía muy lentamente, sin ruido. Aquella lentitud, que parecía deliberada, era más repugnante que todo lo demás. Mi madre abrió la puerta y llamó a «Norma», nuestra perra, una terranova enorme de pelo negro y rizado, que murió hace cinco años. «Norma» se precipitó en el cuarto y se detuvo en seguida, como petrificada, ante el reptil. Éste se paró, pero seguía retorciéndose. Las extremidades de su pata y su cola continuaban resonando en el pavimento. Si no estoy engañado, los animales no sienten el terror de lo desconocido. Y, sin embargo, yo creí notar entonces en la perra algo de extraordinario, como si presintiese en aquella aparición el terror de una cosa misteriosa, abominable. «Norma» retrocedió lentamente ante el reptil, y éste avanzó con precaución hacia su enemigo, como si sólo esperase el momento de lanzarse sobre él y picarle. La perra temblaba intensamente, pero, pese a su espanto, miraba al monstruo con ojos de odio. De pronto abrió sus terribles mandíbulas, mostró su ancha y roja boca y, decidiéndose, apresó entre los dientes al reptil. Éste hizo un tremendo esfuerzo para liberarse, y «Norma» hubo de atraparle otra vez al vuelo. Oí quebrarse el caparazón entre los dientes del terranova. La cola y la cabeza del reptil, que salían de entre los dientes de la perra, se agitaban frenéticamente. De pronto «Norma» lanzó un doloroso quejido: el monstruo había logrado picarle en la lengua. Gimiente y aullante, la pobre perra abrió las mandíbulas, y vi al reptil que, partido por la mitad, se agitaba aún, vertiendo de su cuerpo roto, sobre la lengua del terranova, un líquido blanco semejante al que sale de una cucaracha aplastada… entonces me desperté y el príncipe entró…»

Hipólito, confuso, se interrumpió súbitamente.

—Señores —dijo—, no he vuelto a releer este escrito y temo haber anotado en él muchas cosas inútiles. Este sueño…

—No dices más que la verdad —se apresuró a indicar Gania.

—Reconozco que hay demasiados detalles personales, quiero decir, demasiadas cosas que sólo se refieren a mí…

Hipólito, al hablar, se enjugaba con el pañuelo el sudor que cubría su frente. Estaba, al parecer, cansado y exhausto.

—Sí, usted se ocupa demasiado de sí mismo —dijo Lebediev, con voz sibilante.

—Repito, señores, que no exijo la atención de nadie. Si alguno no quiere escuchar, puede irse.

—¡Pone a la gente a la puerta de una casa que no es la suya! —rezongó Rogochin.

—¿Cómo vamos a hacerlo? ¿No ve que entonces nos iríamos todos? —intervino Ferdychenko, que hasta entonces no había vuelto a hablar.

Hipólito bajó la cabeza y empuñó su manuscrito. Pero, casi inmediatamente, volvió a levantar la cabeza, sus ojos relampaguearon y en sus mejillas se acentuaron las dos manchas rojas.

—Ya veo que no me estima usted —dijo, contemplando a Ferdychenko con fijeza.

Sonaron risas. Sin embargo, los más no rieron. El joven se ruborizó intensamente.

—Hipólito —aconsejó Michkin— deme el manuscrito y no lea más. Va usted a acostarse en mis habitaciones. Antes de dormirnos charlaremos y mañana también; pero quede bien entendido que en el futuro no volverá a pensar en ese trabajo. ¿Quiere?

—¿Lo cree posible? —repuso Hipólito, con aspecto de profunda extrañeza. Y añadió, con animación febril—: Señores, éste ha sido un lance tonto; no he sabido comportarme. No volveré a interrumpir la lectura. Quienes quieran, que escuchen.

Bebió apresuradamente un trago de agua, se acodó en la mesa, inclinando la cabeza para sustraerse a las miradas de los demás y, a despecho de todo, comenzó a leer. Su confusión desapareció en seguida.

»La idea de que no vale la pena vivir por unas semanas —prosiguió— principió, sino me equivoco, a invadir mi espíritu hace un mes, es decir, cuando me quedaban cuatro semanas de existencia; pero no se adueñó de mí por completo hasta hace tres días, o sea a raíz de la velada transcurrida en Pavlovsk. La primera vez que me sentí plenamente penetrado de ese pensamiento fue en la terraza del príncipe, en el momento en que yo

imaginaba hacer un último ensayo de vida. Entonces quise ver gente, mirar los árboles, y hasta parece que lo dije; me acaloré, sostuve el derecho de Burdovsky; soñé con que todos me abrieran sus brazos y me estrecharan contra sus corazones; imaginé que habría entre ellos y yo no sé qué perdones mutuos, y, en resumen, terminé como un imbécil. Y en aquellos precisos instantes se produjo también en mí la «convicción definitiva». Hoy me pregunto cómo pudo hacerse esperar seis meses enteros. Me sabía positivamente víctima de una dolencia implacable, y no me hacía ilusión alguna, pero experimentaba el deseo de vivir tanto más ardientemente cuanto con más claridad me daba cuenta de mi estado: me asía a la vida, deseaba vivir, costase lo que costara. Admito que pude entonces irritarme contra el destino ciego y sordo que, sin motivo, quería aplastarme como a una mosca; pero ¿por qué no me atuve a esa ira? ¿Por qué comencé a vivir, sabiendo que no valía la pena de comenzar; por qué intenté el ensayo cuya inutilidad de antemano reconocía? Ni siquiera podía leer un libro hasta el fin, y había renunciado a la lectura, porque, ¿a qué leer ni instruirse para sólo seis meses? Este pensamiento me hizo tirar lejos de mí, más de una vez, el libro que tenía entre manos.

»¡Qué historia podría contar de ese muro de la Casa Meyer! ¡Cuántas cosas he advertido en él! No había en aquella sucia pared una sola mancha que yo no conociera. ¡Maldito paredón! Y, con todo, me es más querido que los árboles de Pavlovsk, es decir, lo sería si actualmente no me diese todo lo mismo.

»Recuerdo ahora el ávido interés con que entonces comencé a seguir la vida de los demás, cosa que nunca me interesara en el pasado. A veces, cuando me sentía tan mal que no podía salir de casa, esperaba a Kolia con impaciencia. Las menores bagatelas, las historias más insignificantes me apasionaban a tal extremo que creo haber llegado hasta a ser chismoso. No comprendía, por ejemplo, cómo esos hombres que tienen ante sí tanta vida no se apresuran a enriquecerse, cosa que, por lo demás, tampoco comprendo ahora. Yo conocía a un pobre hombre que, según supe después, ha acabado muriendo de hambre, y recuerdo que tal noticia me puso fuera de mí. De haber podido resucitar a ese desgraciado, creo que yo habría sido capaz de darle muerte. A veces he tenido mejoría de semanas enteras, y entonces hubiera podido salir de mi habitación; pero la calle me exasperaba y permanecía encerrado días y días, aunque hubiese podido salir como todos. Me era insufrible la multitud agitada, atareada, triste, llena de preocupaciones, que se cruzaba conmigo en las aceras. ¿A qué se debe la eterna melancolía de esa gente, su continua agitación, esa sombría ira de todos sus instantes? Porque están furiosos, furiosos… ¿Quién tiene la culpa de que sean desgraciados y no sepan vivir cuando les espera una perspectiva de sesenta años de vida? ¿Por qué Zarnitzin se ha dejado morir de hambre teniendo sesenta años de vida ante él? Y todos exhiben sus harapos, sus manos callosas y exclaman: «Trabajamos

como bueyes, sufrimos, estamos hambrientos como perros. Otros, en cambio, no trabajan, no sufren y son ricos». ¡Lo de siempre! Al lado de esa gente recorre las aceras de mañana a noche un desgraciado azotacalles, hombre de «noble cuna», que trabaja como recadero, Ivan Fomich Surikov, que vive en nuestra casa, encima de nosotros. Todo el día anda yendo y viniendo, con los codos rotos y los botones colgando… Si se le habla cuenta que es pobre, mísero, mendigo; que su esposa falleció porque él no tenía para comprarle medicamentos; que su hijo menor murió, helado de frío, este invierno; que su hija mayor es una entretenida… Y así se pasa la vida gimiendo y quejándose. Pero declaro con orgullo que ni antes ni ahora he tenido compasión de tales imbéciles. ¿Por qué no es un Rothschild, con muchos millones, montañas de relucientes imperiales y de napoleones de oro? Puesto que vive, todo está en su mano. ¿Quién tiene la culpa de que él no lo comprenda?

»Ahora todo me es igual, y no merece la pena ni siquiera enfadarse, pero entonces me crispaba de ira, y, en mi rabia, mordía la almohada y desgarraba las sábanas con los dientes. ¡Qué sueños tenía entonces! ¡Cómo hubiese deseado verme a los dieciocho años en plena calle, medio desnudo, sin hogar, sin trabajo, sin pan, sin familia, sin amigos, solo en una inmensa ciudad, hambriento, maltratado (y cuanto más, mejor), siempre que tuviese salud! Porque entonces habría demostrado…

»¿Qué habría demostrado? Supongan, si quieren, que ignoro cuánto, sin esa ocurrencia, me he rebajado ya en mi «explicación». ¿Quién no me considerará como un chiquillo ignorante de la vida sin pensar que tengo más de dieciocho años y que en estos seis meses me he convertido en un viejo? Pero pueden mofarse y considerar todo eso como fantasía… De fantasías me he mantenido realmente. Tal era la ocupación de mis noches de insomnios; las recuerdo con toda precisión.

»Pero ¿a qué repetir ahora mis sueños, cuando, incluso para mí, ha pasado ya el tiempo de las fantasías? Y, sin embargo, era feliz con ellas aun cuando yo veía claramente que no podía ni estudiar la gramática griega, como una vez pensé. «Me moriré antes de llegar a la sintaxis», me dije a la primera página. Y tiré el libro sobre la mesa. Allí sigue aún. He prohibido a Matrena que se lo lleve.

»La persona en cuyas manos caiga mi explicación y tenga la paciencia de leerla hasta el fin me considerará un loco, o acaso un colegial; pero lo más probable es que me vea como un condenado a muerte quien, naturalmente, juzga que todos los hombres, excepto él, no aprecian la vida en lo que vale, dilapidándola sin darse cuenta de su valor, gozando de ella premiosamente y, por lo tanto, mostrándose indignos de ella. Pero yo declaro que mi lector se equivoca y que mi situación de condenado a muerte no influye para nada en mi convicción. Preguntad a los hombres únicamente esto: en qué hacen

consistir su felicidad; todos ellos, desde el primero al último. Tened la certeza de que si Colón se sintió feliz alguna vez no fue después de descubrir América, sino cuando estaba luchando para descubrirla; estad seguros de que su ventura alcanzó el punto culminante probablemente tres días antes de descubrir el Nuevo Mundo, cuando los marineros, sublevados, querían, en su desesperación, virar de bordo y regresar a Europa. ¿Qué importaba el Nuevo Mundo? Colón no lo había visto apenas cuando murió y en el fondo ignoraba lo que había descubierto. ¡Lo importante es la vida, sólo la vida! ¿Qué vale un descubrimiento cualquiera en comparación al descubrimiento eterno y siempre renovado de la vida? Mas ¿a qué vienen estas frases? Temo que cuanto yo diga aquí tenga tales características de lugar común que se me considere como un colegial incipiente esforzándose en componer un ejercicio sobre el «nacimiento del sol». O acaso se diga que he tratado de expresar alguna cosa, sin conseguir «explicarme» a pesar de todo mi deseo. Pero debo observar que en todo pensamiento genial, nuevo, o meramente serio, que brota de un cerebro humano, hay siempre algún elemento que no se puede comunicar a los demás. Ya se pueden escribir volúmenes completos y dar vueltas a la idea durante treinta y cinco años, que, aun así, siempre quedará en ella algo que, pese a todos los esfuerzos, no querrá salir jamás de la mente y allí permanecerá en definitiva. Probablemente moriréis sin haber transmitido a nadie el mejor de vuestros conceptos. Y si también yo soy incapaz ahora de manifestar cuanto me ha atormentado durante esos seis meses, se comprenderá, por lo menos, a través de mis palabras, que acaso he pagado muy cara la «convicción definitiva» a que he llegado en este momento. Eso es lo que, en virtud de ciertas razones propias, he querido poner en claro en esta «explicación». Continúo.

VI

»No quiero mentir. En estos seis meses, no siempre me he evadido al engranaje de la vida real. Incluso a veces la actividad plástica me distraía de tal modo, que yo olvidaba mi condenación, o al menos no quería pensar en ella. De paso indicaré cuáles eran entonces mis condiciones de vida. Hace ocho meses, cuando mi enfermedad se convirtió en grave, rompí toda relación con el exterior y dejé de ver a mis antiguos compañeros. Como yo había sido siempre muy taciturno, mis amigos me olvidaron rápidamente, lo que no hubiesen dejado de hacer aun sin tal circunstancia. En casa me organicé una existencia solitaria. Hace cinco meses me encerré definitivamente en mi cuarto y rompí toda relación con mi «familia». Se me obedecía y nadie osaba entrar en mi habitación, salvo a las horas reglamentarias de limpiarla y de llevarme la

comida. Mi madre recibía mis órdenes temblando, sin atreverse a pronunciar palabra en presencia mía en las raras ocasiones en que yo la autorizaba a verme. Ella azotaba mucho a mis hermanos para que no hiciesen ruido y no turbasen mi reposo. Me he quejado de ellos tan a menudo que literalmente no me olvidarán ahora… También creo haber atormentado no poco al «fiel Kolia», como yo le llamo. Últimamente me ha pagado en la misma moneda. Es natural: los hombres han nacido para atormentarse mutuamente. Yo notaba que él, al tolerar mi mal carácter, lo hacía pensando en mi dolencia, y ello me irritaba. Incluso creo que quería imitar la «humildad cristiana» del príncipe, lo que resulta en él, por cierto, un tanto ridículo. Kolia es un muchacho joven y entusiasta que, por supuesto, imita siempre el ejemplo de los demás; pero yo creo que ya es hora de que muestre su personalidad propia. Le quiero mucho. He atormentado también a Surikov, el vecino de arriba, que se pasa la existencia corriendo, como mandadero, de un lado a otro. Yo procuraba siempre demostrarle que él tenía la culpa de ser pobre, hasta que al fin no se atrevió a seguir visitándome. Es un hombre muy humilde, un modelo de humildad. (Nota: Se asegura que la humildad es una gran fuerza. Habrá que preguntárselo al príncipe, que es quien lo afirma.) En el mes de marzo pasado subí a su casa para ver a su hijo menor, que, según su padre, había «muerto helado». Yo sonreí ante el cadáver del niño y principié, una vez más, a demostrar a Surikov que la culpa era suya. De pronto los labios del desgraciado comenzaron a estremecerse. Me asió del hombro con una mano y, señalándome la puerta, me dijo en voz baja: «¡Váyase!». De momento este proceder me agradó y me sentí encantado viéndome despedido de tal manera; pero después recordé las palabras de Surikov con un sentimiento penoso y, a mi pesar, experimenté por él una compasión extraña, despectiva. ¡Ni siquiera bajo la impresión de una ofensa tal (pues comprendí que le ofendía, aun cuando no me lo propusiera) sabía enfadarse aquel hombre! Porque juro que el temblor de sus labios, entonces, no se debía a ira, como tampoco estaba irritado cuando me cogió por el hombro y pronunció su mayestático: «¡Váyase!». Había a en él dignidad, mucha incluso, y una dignidad que no le sentaba nada bien, hasta el punto de producir un efecto ridículo; pero no cólera. Acaso sintiera repentino desprecio por mí. Desde entonces, cuando lo encuentro en la escalera, lo que ha ocurrido dos veces o tres, él siempre se quita el sombrero, lo que no hacía antes, pero pasa de largo, confuso al parecer. En todo caso, si me desprecia lo hace a su modo, con un «desprecio humilde». Acaso no haya que considerar su saludo más que como el respeto temeroso de un deudor ante el hijo de su acreedora, ya que debe dinero a mi madre y le es imposible pagárselo. Esta conjetura es la más probable de todas. Al principio quise tener una explicación con él, seguro de que a los diez minutos me pediría perdón, pero luego juzgué preferible dejarle en paz.

»Hace diez días, Rogochin estuvo en mi casa para pedirme informes sobre

un asunto que creo innecesario detallar aquí. Yo no había visto nunca a ese hombre, aunque sí oído hablar de él. Le dije cuanto quería saber, y se retiró. No me sentí obligado a devolverle su visita, puesto que me había ido a ver sólo por asuntos y no por cortesía; pero Rogochin me interesó mucho y pasé todo el día ocupado en extraños pensamientos, hasta el extremo de que resolví visitarle a la siguiente mañana. Rogochin me recibió con mal disimulado descontento, y me dio a entender delicadamente que no existía razón alguna para que hubiesen entre él y yo relaciones continuas. No obstante pasé con él una hora muy interesante para mí y creo que también para él. Nuestro mutuo contraste era harto fuerte para que no lo notásemos ambos, y yo sobre todo. Yo soy un hombre que tiene los días contados, mientras él, por el contrario, goza plenamente de la vida, no necesita hacer cómputos como yo y carece de toda preocupación que no sea su chifladura… Que el señor Rogochin me perdone esta expresión, hija de la torpeza de un literato inexperto. Pese a su poco amable acogida me pareció hombre inteligente y capaz de comprender las cosas bien, aunque no se interese por lo que no le afecta directamente. No le hablé palabra sobre mi «convicción definitiva», pero creo que la adivinó sólo con oírme. Les extrêmes se touchent, le dije antes de retirarme, añadiendo la traducción del proverbio en ruso, para que Rogochin lo comprendiese, y explicándole que, pese a la diferencia existente entre nosotros, era muy probable que él no estuviese tan lejos de mi «convicción definitiva» como lo parecía. Me contestó con una mueca agria, fingiendo creer que me marchaba, se levantó, me dio el sombrero y, so capa de acompañarme por cortesía, me puso bonitamente en la puerta de su sombría casa. Dicha casa me asustó: parecíame una tumba. Pero a él le agrada, y es natural, porque tiene tanta vida en él que no necesita hallar más a su alrededor.

»Esta visita a Rogochin me fatigó mucho. Toda aquella mañana me había sentido mal y a la tarde, encontrándome muy débil, me acosté. El cuerpo me ardía; en ciertos momentos incluso deliré. Kolia estuvo conmigo hasta las once. Recuerdo bien, a pesar de mi estado, todo lo que hablamos. Pero a veces yo sentía una niebla ante los ojos e imaginaba ver a Ivan Fomich convertido en millonario. No sabía qué hacer de su fortuna, se quebraba la cabeza para resolver el problema, temblaba ante el temor de verse robado y, al fin, resolvía enterrar sus millones. Yo le hacía notar que obraba mal enterrando inútilmente tantas riquezas. «Haría usted mejor —le aconsejaba— mandando fundir todo ese oro y construir con él un ataúd para su niño, el que ha muerto helado, exhumando su cuerpo previamente». Surikov recibía con lágrimas de agradecimiento aquel sarcástico consejo y se apresuraba a salir para ponerlo en práctica, mientras yo, solo ya, escupía. Cuando recuperé el sentido completamente, Kolia me aseguró que yo no había dormido un solo instante, y que en todo aquel tiempo había estado hablándole de Surikov. Mi agitación a veces era tan grande que Kolia, cuando se retiró, iba muy inquieto. Cuando

salió, me levanté para cerrar la puerta, y entonces recordé un cuadro que había visto en uno de los más sombríos aposentos de la casa de Rogochin, sobre una puerta. Él me lo había mostrado al pasar y creo que permanecí cinco minutos ante aquel lienzo. Aunque no ofreciese nada notable desde el punto de vista artístico, no dejó de turbarme de un modo extraño.

»El cuadro representa a Cristo en el momento de ser descendido de la cruz. Creo haber notado que los pintores que muestran a Jesús crucificado o descendido suelen representarle con un rostro extraordinariamente bello, esforzándose en conservarle esa belleza aun en medio de los más crueles suplicios. En el lienzo de Rogochin no hay nada semejante: allí se ve realmente un cadáver que antes de morir ha sufrido infinitamente, que ha sido golpeado por los soldados y el populacho, que llevó su cruz y sucumbió bajo su peso, que soportó luego seis horas (al menos así lo calculo) la terrible tortura de la crucifixión. En verdad, el semblante de ese Cristo es el de quien acaba de ser descendido de la cruz, es decir, que no ofrece rigidez alguna, y presenta aún signos de calor y de vida, y una expresión dolorosa tal como si el muerto experimentase todavía el dolor de su suplicio. El artista ha captado eso muy bien. En cambio, el rostro es de un realismo implacable: allí se ve un cadáver cualquiera con la expresión propia del que ha padecido previos tormentos. Me consta que, según la creencia adoptada por la Iglesia desde los primeros siglos del cristianismo, Cristo no sufrió sólo simbólicamente, sino en realidad y, por consecuencia, su cuerpo en la cruz estuvo plenamente sometido a la ley de la naturaleza. El semblante representado en el cuadro está tumefacto y cubierto de laceraciones; los ojos, dilatados, aparecen vidriosos y turbios…

»Pasé hora y media después de la marcha de Kolia pensando en todo eso: acaso deliré. A veces mis ideas revestían una forma plástica. En mi alcoba hay siempre encendida por las noches una lamparilla ante el icono. Esa luz, aunque débil, permite distinguir todos los objetos. A su pie incluso se puede leer. Creo que debía de ser medianoche. Yo no dormía y tenía los ojos abiertos. De pronto se abrió la puerta de mi alcoba y entró Rogochin.

»Franqueó el umbral, cerró la puerta y me miró en silencio. Luego se encaminó, sin ruido, hacia una silla situada en un rincón, bajo la lámpara. Yo le miré, extrañado y suspenso. Rogochin se acodó en la mesita y me contempló sin pronunciar una palabra. Así transcurrieron dos o tres minutos y recuerdo que el silencio del visitante me desagradó vivamente. ¿Por qué no hablaba? A mí me parecía raro que se presentase allí tan tarde, pero si he de decir la verdad no me sentía extraordinariamente sorprendido. Al contrario, por la mañana yo no le había revelado mi idea, pero me constaba que él la supo comprender con medias palabras, y desde luego era de tal naturaleza que podía justificar el que Rogochin me visitase para hablar de ella, incluso tan a

deshora. Pensé, pues, que había acudido por eso. Por la mañana nos habíamos separado muy poco amistosamente. Él me miró incluso por dos veces con aspecto de viva burla. Ahora yo advertía en su mirada la misma expresión burlona y me sentía herido. En cuanto al hecho de que la figura que veía era Rogochin en persona y no una imagen engendrada por el delirio, no tenía la menor duda de ello. Él no se movía de su sitio, contemplándome con la misma mirada sarcástica. Furioso, me volví en la cama, acodándome sobre el almohadón, resuelto a callar también aunque la situación se prolongase indefinidamente. Estaba decidido a no hablar el primero. Debieron de transcurrir así unos veinte minutos. De pronto se me ocurrió una idea. ¿Y si no fuese Rogochin, sino una aparición?

»Yo no he visto una aparición jamás, ni estando enfermo ni estando sano; pero en mi infancia e incluso recientemente, he creído que, pese a mi absoluto escepticismo respecto a las apariciones, me moriría de terror si viese una. Y, con todo, no me aterré al pensar que lo que veía pudiese ser un espectro y no Rogochin. Diré más: esa posibilidad no produjo otro efecto sino el de irritarme. Y aún se dio otra particularidad extraña, y fue que la cuestión de si mi visitante era un fantasma o un ser de carne y hueso me dejó mucho más indiferente de lo que pudiera creerse. Incluso pensé en otras cosas según creo. Me preocupaba, por ejemplo, el que Rogochin, a quien yo había visto antes en traje de casa y pantuflas, llevase ahora frac, corbata y chaleco blanco. Además me preguntaba: «Si es una aparición y no la temes, ¿por qué no te levantas para comprobar que lo es?». Acaso, en realidad, fuese el temor lo que me lo impedía. Pero apenas se me ocurrió tal idea, sentí que me temblaban las rodillas y que un frío glacial me recorría la espalda. En aquel momento, Rogochin, como si advirtiera mi terror, apartó la mano en que apoyaba la cabeza, se irguió, miróme fijamente y abrió la boca como si fuese a reír. En mi furia, sentí el deseo de arrojarme sobre él; pero, como me había jurado no ser el primero en hablar, me quedé donde estaba. Además continuaba preguntándome interiormente si sería Rogochin o una sombra lo que tenía ante mi vista. No puedo decir cuánto duró esto. Ni siquiera recuerdo si me dormí entonces algún rato. Al cabo, Rogochin se levantó, me contempló larga y atentamente, como hiciera desde su entrada, aunque esta vez sin sonreír, y luego se dirigió lentamente a la puerta, abrióla y salió, cerrándola tras sí. No me levanté; tampoco podría decir cuánto tiempo seguí acostado, con los ojos abiertos, pensando Dios sabe en qué… Tampoco sé cómo me dormí. Por la mañana, después de las nueve, desperté al oír llamar a la puerta. Es norma en casa que, si yo no he pedido el té antes, Matrena llame en mi puerta a las nueve. Cuando abrí, me hice la siguiente reflexión: «¿Cómo pudo entrar Rogochin, estando la puerta cerrada?». Pregunté y adquirí la convicción de que era imposible que Rogochin hubiese entrado en casa, ya que todas las puertas se cierran con llave.

»Fue este caso particular narrado con tantos detalles lo que constituyó la causa determinante de mi decisión, a la que no me condujeron la lógica ni el razonamiento, sino un sentido de repulsión. No puedo seguir viviendo cuando la vida asume, para herirme, formas tan extrañas. Esa aparición me ha humillado… Y sólo cuando al declinar el día hube adoptado mi resolución final, me sentí mejor. Pero aquélla era sólo la primera fase; para que se produjese la segunda hube de ir a Pavlovsk. Antes he explicado eso suficientemente.

VII

»Yo poseía una pistolita de bolsillo, que me procuré de niño, a esa edad absurda en que se deleita uno con historias de duelos y de salteadores y en que uno imagina que puede ser provocado a desafío y se siente dispuesto a afrontarlo con valentía. Examiné la pistola hace un mes, y vi que se hallaba en buen estado. La caja que la guarda contiene dos balas y un cuernecillo de pólvora con cantidad suficiente para tres cargas. Es un arma deleznable, con la que nunca se hace blanco, ni alcanza a más de quince pasos; pero útil, sin duda, para saltarse los sesos si se aplica el cañón a la sien.

»He decidido morir en Pavlovsk, al salir el sol. Para no dar un escándalo aquí, iré a matarme al parque. Mi «explicación» aclarará suficientemente mi muerte a la policía. Los psicólogos, y en general todo el que quiera, pueden sacar de este escrito las conclusiones que gusten. Pero no deseo que sea dado a la publicidad. Ruego al príncipe que haga copia de él y la conserve, y que envíe otra a Aglaya Ivanovna. Tal es mi voluntad. Lego mi esqueleto a la Facultad de Medicina en provecho de la ciencia.

»No reconozco a hombre alguno el derecho a juzgarme y sé que ningún castigo podrá infligírseme. No hace mucho formulé una hipótesis que me divirtió: «Si ahora se me ocurriese matar a alguien, asesinar, por ejemplo, a diez personas, cometer el más horrendo crimen del mundo, ¿qué podría hacer, dada la abolición de la tortura, un tribunal en presencia de un acusado al que sólo quedan dos o tres semanas de vida? Yo moriría cómodamente en el hospital, donde, bien caliente, atendido por un médico celoso, estaría sin duda mejor que en mi casa». No comprendo cómo no se les ocurre esa idea, al menos en calidad de broma, a las personas que se encuentran en mi situación. Pero acaso la piensen. Hay mucha gente de buen humor, incluso en Rusia.

»Mas, aunque ningún tribunal pueda nada contra mí ni yo le reconozca tal derecho, sé que se me juzgará cuando sólo sea un acusado sordo y mudo. No quiero, pues, irme sin pronunciar unas palabras de defensa, de una defensa

voluntaria, no forzada, no tendente a justificarme ni a pedir perdón a nadie, sino debida a que deseo exponerla y nada más. Y mi última explicación es ésta: si muero, no es porque me falten energías para soportar otras tres semanas. Me siento bastante fuerte para eso y, de querer, siempre encontraría valor en el sentimiento de la injuria que el destino me hace al forzarme a morir tan joven… Hasta una mosca participa también en el banquete de la vida, concurre al concierto de todas las cosas y es feliz. Sólo yo soy un paria… Pero no quiero consolarme de esa manera. En mi acto encuentro un aspecto más seductor: al limitar mi vida a tres semanas, la naturaleza restringe de tal modo mi esfera de acción que acaso el suicidio sea el único acto que mi voluntad pueda presidir íntegramente, del principio al fin. Y quizá quiera aprovechar esa última posibilidad de acción. A veces una protesta dista mucho de ser un acto minúsculo…

****

Había terminado la «explicación». Hipólito se interrumpió.

En ciertos casos excepcionales, un hombre nervioso, irritado, fuera de sí, llega a tal grado de franqueza cínica que no tiene miedo de nada y produce, incluso con satisfacción, el más monstruoso escándalo. Entonces es capaz de precipitarse sobre cualquiera, albergando en su interior la intención vaga, pero firme, de tirarse un momento después desde lo alto de una torre, substrayéndose así a las consecuencias que su loca conducta pudiera originarle. El agotamiento físico es ordinariamente el signo precursor de tal estado. Hipólito había llegado a él bajo el influjo de la sobreexcitación anormal que le sostuviera hasta entonces. Por sí mismo, aquel mozo de dieciocho años, extenuado por la enfermedad, parecía tan débil como la hoja que, estremecida, se desprende de un árbol; pero, aun así, cuando, por primera vez después de una hora, miró uno a uno a los presentes, sus ojos y su sonrisa expresaban el más ofensivo y altanero desprecio. Le urgía provocar a sus oyentes. Éstos, por su parte, ardían de indignación. Todos se levantaron con un arranque tumultuoso y airado al que el vino, el cansancio y la tensión nerviosa infundían una vehemencia maligna.

Hipólito se levantó también, como a impulsos de un resorte.

—¡Ha salido el sol! —gritó viendo las copas de los árboles bañadas en luz y mostrándolas al príncipe, como si fuesen un portento—. ¡Ha salido!

—¿Pensaba usted que no saldría? —dijo Ferdychenko.

—Creo que va a hacer hoy un calor horrible —bostezó Gania, con acento de despectivo enojo, estirándose y cogiendo el sombrero—. ¿Nos vamos, Ptitzin?

Hipólito oyó aquellas palabras con estupefacción profunda. Palideció

súbita y profundamente y comenzó a temblar.

—Finge usted indiferencia adrede, para ofenderme —dijo, con los ojos clavados en el rostro de Gania—. ¡Es usted un granuja!

—¡Es el colmo! —gruñó Ferdychenko—. ¡En mi vida he visto cobardía más fenomenal que la de este muchacho!

—Es sencillamente un imbécil —declaró Gania.

Hipólito procuró dominarse.

—Señores —comenzó, temblando como antes e interrumpiéndose casi a cada palabra—, reconozco que merezco su resentimiento personal… y lamento haberlos enojado con esas lucubraciones —y señalaba el manuscrito —… aunque en realidad lo que lamento es no haberlos enojado… más completamente —al decir esto sonrió de un modo estúpido e interpeló a Radomsky—: ¿He sido muy pesado, Eugenio Pavlovich? ¿Sí o no? Dígamelo.

—El escrito era un poco largo, pero…

—¡Dígalo todo! ¡Sea sincero por una vez en su vida! —exigió Hipólito, más tembloroso cada vez.

—Todo ello, a decir verdad, me tiene sin cuidado. Le ruego que me deje en paz —repuso Radomsky, volviéndole la espalda desdeñosamente.

—Buenas noches, príncipe —dijo Ptitzin a Michkin.

—Pero ¿en qué piensan? ¿No ven que va a pegarse un tiro? ¡Mírenle! —gritó Vera. Y llena de inquietud se lanzó hacia Hipólito y le sujetó los brazos —. ¿En qué piensan? ¿No han oído que iba a saltarse los sesos al salir el sol?

—No se los saltará —murmuraron malignamente varias voces, entre ellas la de Gania.

—¡Cuidado señores! —exclamó Kolia, cogiendo también el brazo de Hipólito—. ¡Mírenle, por Dios! ¡Príncipe, príncipe, atiéndale!

Vera, Kolia, Keller y Burdovsky se habían agrupado en torno a Hipólito, sujetándole.

—Tiene el derecho… el derecho… —balbucía Burdovsky, que parecía también fuera de sí.

—Perdóneme, príncipe, pero ¿qué disposiciones va usted a tomar? —dijo Lebediev, muy ebrio ya, con enojo rayano en la insolencia.

—¿Disposiciones?

—Permítame; pero yo soy el dueño de la casa, dicho sea sin faltarle al respeto. Admito que usted también es el amo aquí, pero como propietario de la

casa no quiero en ella cosas semejantes. Eso es…

—No se matará. El condenado chico está bromeando —dijo de repente, con indignado aplomo, el general Ivolguin.

—¡Bien, general! —aprobó Ferdychenko.

—Sé que no se matará, general, amado general; pero, no obstante, soy el dueño de la casa, y…

—Escuche, señor Terentiev —dijo Ptitzin, tendiendo la mano a Hipólito, tras despedirse de Michkin—: creo que en su escrito se habla de legar un esqueleto a la Facultad de Medicina. ¿Se trata de su esqueleto? ¿Son sus huesos los que lega?

—Sí, mis huesos.

—Entonces, nada. Temía haberme equivocado. Creo haber oído hablar de otro caso semejante.

—¿Por qué se burla usted de él? —intervino Michkin, vivamente.

—Le ha hecho llorar —añadió Ferdychenko.

Pero Hipólito no lloraba. Hizo un ademán para abandonar su sitio y los cuatro que le rodeaban le sujetaron. Oyéronse risas.

—Ya contaba él con que le impidiesen moverse. Y por eso ha escrito ese mamotreto —comentó Rogochin—. Adiós, príncipe. ¡Me duelen los huesos de tanto estar sentado!

—Si tenía usted en realidad la intención de matarse, Terentiev —dijo Radomsky, riendo—, yo, en su lugar, en vista de semejante acogida, no me mataría, para fastidiar a todos.

—¡Tienen un deseo terrible de ver cómo me agujereo la sien! —repuso Hipólito, amarga y agresivamente—. Y les disgusta que ello no suceda.

—¿Así que cree usted que no sucederá? No hablo para ofenderle: por lo contrario, creo muy posible que se suicide usted. Pero tranquilícese, aquí lo importante es no perder la calma —dijo Eugenio Pavlovich con acento protector.

—Hasta ahora no me había dado cuenta del gran error cometido al leer esa explicación —repuso Hipólito, mirando a Eugenio Pavlovich con expresión franca, como si solicitase consejo a un amigo.

—La situación es absurda; en realidad no sé qué decirle… —declaró Radomsky, sonriendo.

Su interlocutor le examinó severamente, con singular fijeza. Parecía perder

de momento en momento toda conciencia de sí mismo.

—¡Qué manera de hacer las cosas! —exclamó Lebediev—. ¡Suicidarse en el parque para no producir escándalo en la casa! ¡Cómo si el matarse a tres pasos de distancia no trajese complicaciones para nadie de aquí!

—Señores… —empezó Michkin.

—Dispénseme, estimado príncipe —interrumpió Lebediev con energía—. Usted mismo ve que no se trata de una broma. La mitad de los presentes piensan como yo: después de las palabras que ese joven ha pronunciado aquí, el honor le obliga a saltarse la tapa de los sesos. Por lo tanto, y como dueño de la casa, declaro ante testigos que requiero la ayuda de usted.

—Estoy dispuesto a ayudarle. ¿Qué quiere que hagamos?

—Primero, quitarle la pistola y las municiones de que nos ha hablado hace poco. Con esta condición, y por respeto a su estado de salud, consiento en que pase la noche aquí, sometido a mi vigilancia, desde luego. Pero mañana, y perdóneme, príncipe, es absolutamente necesario que se vaya. Si se niega a entregarnos su arma, yo le cogeré de un brazo, el general de otro y enviaremos a llamar a la policía, para que se entienda con él. El señor Ferdychenko nos hará un favor de amigo yendo a avisar al puesto policíaco.

Siguió una confusión en la terraza. Lebediev, acalorándose, perdía los estribos, Ferdychenko se disponía a ir en busca de la policía, Gania aseguraba que no había miedo de que nadie se matara, y Eugenio Pavlovich permanecía silencioso.

—¿Se ha tirado usted alguna vez desde lo alto de un campanario, príncipe? —preguntó ingenuamente el interpelado.

—¿Y cree usted que yo no había previsto esta explosión de odio? —prosiguió en el mismo tono de voz, Hipólito, cuyos ojos centelleaban, mirando a Michkin como si realmente aguardase una respuesta. Y dirigiéndose a todos en general, exclamó—: ¡Basta! La culpa es mía más que de nadie. —Y sacando un anillo de acero del que pendían tres o cuatro llavecitas, dijo—: Aquí está la llave, Lebediev. Es la penúltima. Kolia le enseñará. ¡Kolia! ¡Kolia! —su amigo estaba ante él, pero Hipólito no le veía— … ¡Ah, sí! Kolia le enseñará… Él me ayudó a guardar mis cosas. Vete con él, Kolia. En el cuarto del príncipe, debajo de la mesa… Mi maleta… Con esta lleve abres una caja… Está en el fondo… Y en la caja… están mi pistola y un cuerno de pólvora. Kolia me ha hecho la maleta, señor Lebediev; él le enseñará… Pero a condición de que mañana por la mañana, cuando yo regrese a San Petersburgo, me devuelva usted la pistola. ¿Me entiende? Hago esto por el príncipe y por usted.

—Más vale así —repuso Lebediev, con maligna sonrisa, cogiendo la llave y encaminándose al aposento inmediato.

Kolia quiso hacer una observación, pero Lebediev, sin atenderle, le arrastró consigo.

Hipólito miraba a los presentes, que reían. Michkin notó que el enfermo rechinaba los dientes, como si tiritase.

—¡Qué malos son todos! —murmuró Hipólito, exasperado, al oído del príncipe.

Siempre que interpelaba a Michkin bajaba la voz y le hablaba inclinándose hacia él.

—Déjelos… Está usted muy débil.

—Sí: voy a retirarme. En seguida… en seguida. Repentinamente, rodeó con sus brazos el cuerpo de Michkin.

—¿Acaso me cree usted loco? —le preguntó, mirándole y riendo extrañamente.

—No; pero…

—En seguida, en seguida… Ahora cállese, no diga nada… Espere: quiero mirarle a los ojos. Así: quiero mirarle y decir adiós a un hombre…

Y miró, durante diez segundos, inmóvil y silencioso, el rostro de Michkin. El suyo estaba muy pálido; el sudor humedecía sus sienes. Sujetaba reciamente la mano del príncipe, como temeroso de que éste quisiera escapar.

—Hipólito, Hipólito, ¿qué le pasa? —exclamó Michkin.

—En seguida… Basta; voy a descansar. Quiero beber una copa a la salud del sol. Lo quiero, lo quiero… Déjeme.

Cogió una copa de sobre la mesa, abandonó el lugar en que estaba y se dirigió a la entrada de la terraza. Michkin quiso correr hacia el enfermo, pero en aquel instante, coma adrede, Radomsky le tendió la mano para despedirse de él. Transcurrió un segundo. Súbitamente estallaron gritos por todas partes. Siguió un momento de extrema confusión.

Había sucedido lo siguiente: Hipólito, parándose junto a la escalera, con la copa de champaña en la mano izquierda, había hundido la derecha en el bolsillo lateral de su levita. A lo que contó después Keller, el muchacho tenía ya la mano en aquel bolsillo durante su conversación con Michkin, a quien había estrechado con su brazo izquierdo, lo que despertó las primeras ligeras sospechas del boxeador, según éste. Fuese como fuera, una cierta inquietud le hizo correr hacia Hipólito. Pero llegó tarde. Sólo vio brillar un objeto en la

mano de Hipólito y en seguida percibió una pistolita de bolsillo aplicada a la sien del joven. Keller quiso asirle la mano, pero Hipólito oprimió el disparador. Oyóse el seco chasquido del gatillo en la cazoleta, mas ninguna detonación lo siguió. Keller cogió a Hipólito entre sus brazos y el muchacho se dejó caer en ellos privado de conocimiento, al parecer. Acaso se creyera muerto. Keller aferró la pistola, e hizo sentar a Hipólito en una silla. Todos se apiñaron en torno, preguntando. Se había oído el chasquido del gatillo, y sin embargo, el suicida estaba vivo, sin un solo arañazo. Hipólito, sin comprender lo que sucedía, miraba, desde su asiento, los rostros de todos, con una expresión absorta. Lebediev y Kolia llegaron corriendo.

—¿Ha fallado el arma? —inquirían algunos.

—¿No estaba cargada? —sugerían otros.

—Lo estaba —repuso Keller, examinando la pistola—, pero…

—¿Cómo ha fallado el tiro entonces?

—Porque no había fulminante —explicó el boxeador.

Sería difícil relatar la lamentable escena que se produjo. Al temor del primer momento sucedieron grandes carcajadas. La hilaridad de algunos revelaba cierta aviesa satisfacción. Hipólito, sollozando como en un ataque de nervios, retorciéndose los puños, iba de un lado a otro, se aproximó incluso a Ferdychenko, le asió las manos y le juró que había olvidado, «olvidado en absoluto», colocar el fulminante; que ello era pura inadvertencia y no deliberación; que tenía (y los mostró a todos) diez fulminantes en el bolsillo de su chaleco; que no lo había colocado antes por temor a que la pistola le estallara en el bolsillo y que había contado poner el detonador en el momento necesario, olvidándose de hacerlo a última hora. El joven dio iguales explicaciones a Michkin y a Radomsky, y pidió a Keller que le devolviese el arma. Quería probar a todos, y en el acto, que «su honor, su honor…» Ahora estaba «deshonrado para siempre».

Finalmente se desmayó. Lleváronle al departamento de Michkin, y Lebediev, ya completamente despejado, envió a buscar un médico, y quedó a la cabecera del paciente con su hija, su hijo, Burdovsky y el general. Cuando condujeron a Hipólito desvanecido, Keller, en pie en medio del cuarto, en un ataque de notoria inspiración, declaró en alta voz para que todos pudieran oírlo, recalcando mucho cada palabra:

—¡Caballeros! Si cualquiera de ustedes se permite insinuar en mi presencia que el fulminante fue olvidado a propósito y que ese desgraciado joven ha querido representar una comedia… el que lo insinúe tendrá que vérselas conmigo.

Pero nadie le contestó. Al cabo todos se retiraron casi a la vez. Gania, Ptitzin y Rogochin se fueron juntos. Michkin se extrañó al ver que Eugenio Pavlovich, que había expresado antes el deseo de explicarse con él, se marchaba sin hablarle.

—¿No quería usted hablar conmigo cuando se fueran los demás? —le preguntó.

—En efecto —repuso Eugenio Pavlovich, tomando una silla y haciendo sentar a Michkin junto a él—. Pero ahora prefiero dejar esa conversación para más adelante. Le confieso que estoy un poco agitado. Y usted lo está también. Tengo un gran desorden mental… Por otra parte, lo que quiero decirle es muy importante para mí y para usted. Una vez en mi vida, príncipe, he querido realizar una cosa completamente honrada, es decir, sin reservas mentales. Pero creo que ahora no me hallo en condición de hacer una cosa completamente honrada… y acaso usted tampoco… Aplacemos la explicación. Si esperamos mi regreso de San Petersburgo, será más clara por ambas partes. Voy a la capital ahora y estaré allí hasta pasado mañana.

Y se levantó, aunque sólo se hubiese sentado un minuto antes. Michkin creyó advertir que su interlocutor estaba insatisfecho e irritado. En su mirada, muy diversa a la de antes, había una expresión hostil.

—Y a propósito, ¿va a ir al lado del enfermo?

—Sí; estoy inquieto por él —dijo Michkin.

—Tranquilícese; vivirá lo menos seis semanas, y hasta puede que recobre la salud aquí. Pero hará usted bien en ponerle en la puerta mañana mismo.

—¿No pudiera ser que yo, con mi silencio, le impulsara a lo que ha hecho, creyendo que yo también dudaba de su decisión? ¿Qué le parece?

—No se preocupe. Es usted demasiado bondadoso. He oído hablar de casos semejantes; pero en la práctica nunca he visto a nadie que se disparase un tiro adrede para obtener elogios o por despecho de no conseguirlos. Nunca hubiera creído que se pudiese manifestar abiertamente semejante flaqueza. De todos modos, despídalo mañana.

—¿Cree que volverá a intentar matarse?

—No; no reincidirá. Pero hay que tener cuidado con estos tipos. Es un asesino en ciernes. Le aseguro que el crimen es con frecuencia la salida de estas nulidades ambiciosas, rebeldes e impotentes.

—¿Le considera así?

—Creo que el mozo es de esa manera, aunque tal vez el destino le haya reservado otra misión. Usted verá si ese señor es, o no, capaz de degollar diez

o doce personas, aunque sólo sea por «bromear», como decía antes de su «explicación». Esas palabras van a quitarme el sueño…

—Acaso se inquiete usted demasiado.

—Es usted admirable, príncipe. ¡No creerle capaz de matar diez personas ahora!

—No me atrevo a contestarle. Todo esto es muy extraño, pero…

—Como quiera, como quiera… —repuso Radomsky, con cierta irritación —. Además, es usted un hombre muy valeroso. ¡Con tal de que no sea uno de los diez!

—Lo más probable es que Hipólito no mate a nadie —dijo Michkin, mirando, pensativo, a Eugenio Pavlovich.

Éste rio agriamente.

—Adiós; ya es hora de que me vaya. ¿Ha notado usted que el tipo legaba una copia de su confesión a Aglaya Ivanovna?

—Sí; lo noté, y he pensado en ello.

—Claro: eso da que pensar… Acuérdese de las diez personas —dijo Eugenio Pavlovich, riendo otra vez, y saliendo.

Una hora después, entre tres y cuatro de la madrugada, el príncipe bajó al parque. Había tratado de dormir, pero no lo consiguió. Le latía el corazón con loca fuerza. En la casa todo estaba tranquilo: Hipólito descansaba y el médico que le había visitado dictaminó que el desmayo no era grave. Lebediev, Kolia y Burdovsky se habían acostado en la alcoba del enfermo para vigilarle por turno. No había, pues, nada que temer. Pero, sin embargo, la inquietud del príncipe era cada vez más viva. Paseaba por el parque dirigiendo en torno distraídas miradas, y se sorprendió al llegar a la placita que se abre ante la estación y verse frente a las hileras de sillas y el tablado de la banda. Aquel lugar le desagradó y parecióle terriblemente desolado. Alejóse por el camino que siguiera el día anterior, acompañando a las Epanchinas, y al llegar al banco donde Aglaya le diera cita, se sentó y dejó escapar una risa que le hizo indignarse consigo mismo un minuto después. Su melancolía no le abandonaba: experimentaba el deseo de alejarse, de ir no sabía adónde… En el árbol inmediato cantaba un pajarillo. Michkin le buscó con los ojos. Entonces recordó la frase de Hipólito: «Hasta una mosca que vuela bajo un rayo de sol participa también en el banquete de la vida, concurre al concierto de las cosas, y es feliz; sólo yo soy un paria». Tales palabras, que antes impresionaran mucho a Michkin, le acudieron repentinamente a la memoria. Un recuerdo olvidado hacía mucho comenzó a despertar en él y adquirió repentinamente una forma concreta.

El hecho había sucedido en Suiza, en el primer año —y, más concretamente, en los primeros meses— de su tratamiento. En aquella época él seguía estando todavía absolutamente idiota, costábale trabajo expresarse y a veces ni siquiera entendía lo que le hablaban. Un día de tiempo muy despejado salió a pasear por las montañas y anduvo mucho tiempo, con el corazón oprimido por una sensación penosa, aunque indefinible y vaga. Sobre él se extendía el cielo radiante, espejeaba un lago a sus pies y el paisaje soleado se ensanchaba hasta perderse de vista. Largo trecho estuvo contemplando el panorama con extraña melancolía. Recordaba muy bien que incluso había llorado y tendido los brazos hacia el infinito azul, torturado por la idea de que para él no existía nada de aquello. ¡Oh, aquel festín universal, aquel interminable regocijo que le atraía desde su infancia, y del que siempre había quedado al margen! Cada mañana salía el mismo sol esplendente, cada mañana se pintaban sobre la cascada los colores del arco iris, cada tarde se teñía de púrpura aquella cima nevada que se erguía en los confines del horizonte; todos, hasta las moscas, participaban en el banquete de la vida, en el concierto de todas las cosas. Sí: hasta la menor brizna de hierba vivía y era feliz. Todo ser tenía su camino, lo conocía, lo emprendía y lo concluía cantando con júbilo, mas sólo él no sabía nada, no comprendía nada, ni los hombres, ni su lenguaje. Era extraño a todo, era el desecho de la naturaleza. Cierto que entonces el príncipe no había acertado, sin duda, a expresar todas aquellas palabras y su sufrimiento había sido mudo; pero ahora le parecía haberlas pronunciado textualmente y hasta pensaba que Hipólito había tomado de él su expresión sobre «la mosca». Su corazón latió a este pensamiento… Al fin el sueño le sorprendió en el banco; pero no por eso acudió el reposo a su espíritu. Un momento antes de dormirse recordó que, según Radomsky, Hipólito acabaría matando a diez personas, y sonrió, ante idea tan absurda. En torno suyo reinaban la paz y la serenidad. El rumor de las frondas, único que turbaba el silencio, acrecentaba aquella sensación de calma. Michkin soñó mucho. Todos sus sueños fueron inquietantes; algunos incluso le hicieron estremecerse. Al fin soñó que una mujer avanzaba hacia él. La conocía, la conocía bien… Incluso podía designarla por su nombre. Y, sin embargo, parecíale apreciar en ella un rostro muy diferente al que tenía antes, y Michkin sólo podía aceptar con gran esfuerzo la noción de que era la misma mujer. Viendo la expresión de terror y arrepentimiento que mostraban las facciones de aquella persona, se la creería culpable de algún crimen horroroso, que acababa de cometer. Una lágrima temblaba en su pálida mejilla. Llamó a Michkin con un ademán, y se puso un dedo sobre los labios, como para advertirle que debía acercarse sin ruido. El corazón del príncipe desfallecía. Por nada en el mundo hubiese querido ver en ella a una culpable, pero presentía que iba a suceder un hecho terrible, que afectaría de rechazo a toda su vida. Parecíale que la mujer deseaba mostrarle algún lugar del parque, no

lejos de aquel sitio. Michkin se levantó, para acercarse a la mujer. Y entonces resonó una risa argentina y fresca, y una mano rozó la suya. El príncipe asióla, la estrechó con fuerza y despertó. Ante él, riendo con todo su corazón, estaba Aglaya.

VIII

Ella, aunque reía, estaba indignada.

—¡Dormido! ¿Se había usted dormido? —exclamó con despectivo asombro.

—Sí —repuso Michkin, soñoliento aún, reconociendo, con sorpresa, a la joven—. ¡Ah, ya! La cita… Me he dormido, sí.

—Ya lo he visto.

—¿No me ha despertado otra persona? ¿Está usted sola? Creía que estaba aquí… otra mujer.

—¿Había aquí otra mujer?

Las ideas de Michkin comenzaron a aclararse.

—Ha sido un sueño —contestó, pensativo—. Es extraño tener en tal momento un sueño así. Siéntese…

Tomóla por la mano y la hizo acomodarse en el banco. Él se sentó también y meditó. Aglaya miraba atentamente al príncipe, sin hablar palabra. Él la miraba también, pero a veces parecía no verla. La joven se ruborizó.

—¿Sabe —dijo él con un escalofrío— que Hipólito se ha disparado un pistoletazo?

—¿Cuándo? ¿En su casa? —dijo ella, no testimoniando, sin embargo, una sorpresa excesiva—. Porque ayer noche vivía aún. —Y con súbita vivacidad añadió—: ¿Y ha podido usted dormirse después de eso?

—¡Si no ha muerto! Marró el tiro.

Instado por Aglaya, el príncipe hubo de contar la historia con bastante detenimiento. La joven parecía tener prisa de ver terminado el relato, pero, pese a sus exhortaciones para que Michkin lo abreviase, interrumpíale a cada momento con preguntas casi siempre fuera de lugar. Entre otras cosas, oyó con mucha curiosidad lo referente a las palabras pronunciadas por Eugenio Pavlovich y varias veces hizo preguntas acerca de ellas.

—Bien; basta. El tiempo apremia —dijo cuando Michkin hubo terminado—. Sólo podemos pasar juntos una hora, ya que a las ocho debo estar en casa para que no sepan que he venido a sentarme aquí. Tengo muchas cosas que contarle. Pero lo malo es que ha hecho usted perder el hilo de mis ideas. Respecto a lo de Hipólito, no me extraña nada de lo sucedido: son cosas muy propias de él. Pero ¿está usted seguro de que quería realmente suicidarse y que no hubo en todo ello una farsa?

—Absolutamente ninguna.

—También ello me parece verosímil. Dice usted que expresó por escrito su deseo de que se me diese una copia de su confesión. ¿Por qué no me la ha traído?

—Porque no ha muerto. Pero puedo hablarle, para…

—No necesita pedirle permiso para traérmela. No deje de hacerlo. Seguramente le agradará mucho, porque acaso no haya querido pegarse un tiro, sino para forzarme a leer su confesión. Le ruego que no se ría, León Nicolaievich. Es muy posible que no quisiera suicidarse más que por eso.

—No me río, con tanta más razón cuanto que estoy seguro de que hay mucha verdad en su conjetura.

Aquellas palabras causaron a Aglaya profunda sorpresa.

—¿Lo cree así? ¿Es posible que también tenga usted esa idea? —preguntó vivamente.

Hablaba con cierta brusquedad, rápidamente, formulando interrogaciones que a veces, por turbación al parecer, dejaba sin terminar. A cada instante hacía a Michkin observaciones insistentes y, en resumen, se mostraba poseída de una agitación extraordinaria y dijérase que, a pesar de su talante seguro, casi provocativo, experimentaba cierto temor interno. No había esmerado su atuendo para acudir a la cita; vestía un trajecillo muy modesto, que le sentaba muy bien. Con frecuencia se estremecía y se ruborizaba. Sólo apoyaba su cuerpo en el borde del banco. Cuando oyó a Michkin confirmar su suposición referente al motivo de que Hipólito hubiera querido darse un pistoletazo, quedó muy sorprendida.

—Aparte de por usted —continuó el príncipe—, Hipólito quería despertar también nuestras alabanzas.

—¿Sus alabanzas? No lo entiendo.

—No sé cómo decírselo. Es difícil de explicar. En todo caso, contaba obtener por nuestra parte testimonios de amistad y estima. Creía sin duda que íbamos a rodearle, conmovidos, suplicándole que no se matase. Es muy posible que pensara en usted más que en nadie, puesto que la mencionaba en

un momento así. Pero también puede ser que no se diera cuenta de que pensaba en usted principalmente.

—No comprendo una palabra. ¿Pensaba en mí sin saberlo? No obstante, se me figura entreverlo todo. ¿Sabe usted que yo, a los trece años, imaginé más de treinta veces envenenarme y dejar una carta explicando a mis padres los motivos de mi resolución? Yo pensaba también en el efecto que produciría tendida en el ataúd; me figuraba a mis padres inclinados sobre mi cuerpo, deshechos en lágrimas y reprochándose la dureza que habían mostrado conmigo. ¿Por qué vuelve usted a sonreír? —preguntó vivamente, arrugando el entrecejo—. ¿En qué piensa usted cuando se halla solo? Acaso imagine usted ser mariscal de campo y vencer a Napoleón en batalla.

—¡Palabra de honor que es siempre lo que pienso, especialmente cuando estoy dormido! —repuso, riendo, Michkin—. Pero no bato a Napoleón, sino a los austriacos.

—No tengo ganas de bromear con usted, León Nicolaievich. Pienso ver a Hipólito y entre tanto ruego a usted que le aconseje bien. Pero encuentro mal el lenguaje que usted emplea, porque me parece brutal considerar así las cosas y juzgar un alma humana como juzga usted la de Hipólito. No siente usted la ternura: sólo siente la justicia, y, por consecuencia, es injusto.

Michkin reflexionó.

—Creo —dijo por fin— que es usted quien me considera injustamente. Yo no reprocho a Hipólito el haber tenido esa idea, porque todos suelen inclinarse a pensar así. Además, ello pudo ser un deseo que tuviese sin confesárselo… Quería tratar una última vez con los hombres, ganar su estima y su afecto… Ello acredita buenos sentimientos es verdad. Por desgracia, el resultado no ha respondido. La culpa es de la enfermedad y, por añadidura, de otra cosa. Además, hay gentes a quienes todo les sale bien, mientras otras no llegan a conseguir más que tonterías…

—¿Piensa usted en sí mismo al decirlo? —preguntó Aglaya.

—En efecto —contestó el príncipe, sin reparar en el sarcasmo de la insinuación.

—Pues yo, en su lugar, no me habría dormido ahora. Si se duerme usted de ese modo en cualquier sitio, nadie podrá decir que eso es una cosa correcta.

—Es que no he cerrado los ojos en toda la noche. Después de lo que le he contado, anduve mucho y vine a donde la música…

—¿Qué música?

—A donde la música tocaba ayer. Luego seguí hasta este lugar, y mientras reflexionaba, sentado en el banco, el sueño se apoderó de mí.

—¿Sí? Entonces el caso es más perdonable… ¿Y por qué fue a donde tocaba la orquesta?

—No lo sé. Por nada…

—Bueno, bueno, luego me dirá… ¡No hace usted más que interrumpirme! ¿Qué me importa que fuese usted allí o no? ¿Con qué mujer soñaba usted?

—Con… Usted la ha visto…

—Comprendo, comprendo…, Usted la… ¿Cómo la vio en sueños? ¿Qué hacía? Aunque, en realidad, no quiero saber nada de eso —exclamó Aglaya de repente, con enojo—. ¡No me interrumpa!

Se detuvo por un instante, ya para tomar aliento, ya para dejar a su ira tiempo de calmarse. Luego añadió:

—Le he citado sólo para proponerle que seamos amigos. ¿Por qué me mira usted así?

Michkin, en efecto, examinaba a la joven con mucha atención, observando que su rostro empezaba a tornarse del color de la púrpura. Y en los ojos brillantes de Aglaya se leía claramente que cuanto más se ruborizaba más furia sentía contra sí misma. Por regla general, en casos tales solía descargar sobre su interlocutor la indignación que contra sí misma la embargaba. Conocedora de lo fácilmente que perdía la paciencia, Aglaya solía ser más taciturna que sus hermanas, incluso con exceso. Pero cuando no podía callar, se dirigía a sus interlocutores con una arrogancia que parecía desafiar a quien interpelaba. Siempre presentía el momento en que iba a comenzar a ruborizarse.

—¿No quiere usted aceptar mi proposición? —preguntó a Michkin con altivo talante.

—¡Oh, sí, desde luego! Pero —respondió él, confuso— no me parecía necesario formularla…

—¿Qué está usted pensando? ¿Por qué cree que le he invitado a venir aquí? ¿Qué se figura? Puede que me considere usted una locuela, como todos los de casa…

—No sabía que se la considerase de ese modo, y no comparto tal opinión.

—¿No la comparte? Eso demuestra mucha inteligencia por su parte. Y sobre todo lo ha dicho con ingenio.

—A mi juicio —continuó Michkin— acaso usted sea incluso muy inteligente en ocasiones. Hace unos instantes ha hablado usted en términos muy sensatos. Ha dicho: «No siente usted más que la justicia, y por consecuencia es usted injusto». No olvidaré esa frase; he de pensar mucho en ella.

Aglaya se ruborizó, ahora de placer. Cambios así se producían en ella de modo tan sincero como repentino. Michkin, satisfecho también, rio alegremente, mirándola.

—Escuche —dijo la joven—, llevo mucho tiempo esperando poder decirle todo esto. Espero desde que me envió aquella carta, e incluso desde mucho antes. Ayer le dije la mitad de lo que quería decirle. Le considero un hombre muy recto y honrado, más honrado y recto que nadie, y aunque se diga que su mente… que está enfermo del cerebro, yo juzgo lo contrario, y sostengo mi opinión contra todos. Porque, aun cuando tuviese usted enferma la mente (y le ruego que me perdone, porque sólo hablo en un sentido elevado), en cambio la inteligencia esencial está más desarrollada en usted que en el resto de los hombres y la posee usted en grado que los otros no han entrevisto jamás ni aun en sueños. Digo inteligencia esencial, porque hay dos inteligencias: la esencial y la secundaria. ¿No es eso? ¿No lo cree?

—Acaso pueda ser así, en efecto —logró articular Michkin, cuyo corazón latía con extraordinaria violencia.

—Ya sabía yo que usted me comprendería —dijo ella con gravedad—. El príncipe Ch. y Eugenio Pavlovich no entienden una palabra respecto a esas dos inteligencias. Alejandra tampoco. Y en cambio (¡pásmese!) mamá sí.

—Usted se parece mucho a Lisaveta Prokofievna.

—¿Es posible? —exclamó, con extrañeza, la joven.

—Se lo aseguro.

—Gracias —repuso ella, tras un momento de reflexión—. Me agrada mucho parecerme a maman. ¿La aprecia usted mucho? —añadió, sin reparar en la ingenuidad de la pregunta.

—Mucho, y me alegro de que lo haya comprendido usted tan pronto.

—También me alegro yo, porque he notado, a veces… que no falta quien se mofe de ella. Escuche lo más importante de todo: he reflexionado mucho tiempo y al fin mi elección se ha fijado en usted. No quiero que en casa se burlen de mí, que me consideren como una tontuela, que se rían de mis cosas. Y por pensarlo así, he rechazado de plano a Eugenio Pavlovich. ¡No quiero que mi familia se pase la vida pensando en casarme! Y quiero… quiero… En fin, quiero huir de casa… y le he elegido a usted para que me ayude.

—¡Qué quiere huir de su casa! —exclamó Michkin.

—¡Sí, sí, huir de mi casa! —afirmó la joven airadamente—. No quiero, no, no quiero que me hagan ruborizarme a cada momento. No quiero ruborizarme ante mi familia, ni ante el príncipe Ch., ni ante Eugenio Pavlovich, ni ante nadie. Y por eso le he elegido a usted. Quiero poderle decir todo, todo,

hablarle incluso de las cosas más importantes cuando se me ocurra; quiero también que usted no tenga tampoco secretos para mí. Quiero un hombre con el que poder hablar como conmigo misma. Todos han comenzado a decir de repente que yo estaba enamorada de usted, que le esperaba… Y ello antes de que usted llegase, y a pesar de que no les había enseñado su carta. Ahora otra vez empiezan, y con más calor. Quiero ser audaz y no temer a nada. No deseo pasar la vida en bailes, como mis hermanas: quiero ser una mujer útil. Hace mucho que sueño en huir. Veinte años hace que vivo encerrada, sin que se piense en otra cosa que en casarme. A los catorce años, por boba que yo fuese entonces, ya tenía la idea de huir. Ahora lo he calculado todo. Y deseo pedirle informes sobre los países extranjeros. No he visto una sola catedral gótica… Y me propongo ir a Roma, visitar los centros culturales, seguir cursos en París. Durante un año he leído multitud de libros, especialmente los prohibidos. Alejandra y Adelaida pueden leer todo lo que se les antoja y a mí, en cambio, aún me vigilan las lecturas. No quiero disputar con mis hermanas, pero hace tiempo ya que declaré a mis padres mi propósito de cambiar de condición social. He resuelto ocuparme en cuestiones de educación y me he interesado en hablar con usted, porque sé cuánto ama a los niños. ¿No podríamos dedicarnos ambos a la enseñanza, si no ahora mismo, en el porvenir? Unidos, podemos ser útiles. No quiero seguir siendo una joven ociosa, de buena familia… Dígame: ¿es usted muy culto?

—Nada de eso.

—Es lástima. Yo le creía muy instruido. ¿Cómo se me habrá puesto esa idea en la cabeza? Pero no importa: usted me guiará, ya que le he elegido.

—¡Pero eso es absurdo, Aglaya Ivanovna!

—¡Quiero huir de casa! ¡Lo quiero! —replicó ella con vehemencia, relampagueantes los ojos—. Si no consiente en eso, me casaré con Gabriel Ardalionovich. No quiero que en casa me consideren una mala mujer y me acusen de Dios sabe qué cosas…

—¡Está usted loca! —exclamó Michkin, a quien, en su emoción, le faltó poco para dar un salto—. ¿De qué le acusan? ¿Quién le acusa?

—Todos: mi madre, mis hermanos, mi padre, el príncipe Ch… ¡Hasta ese odioso Kolia! Si no lo dicen francamente, al menos lo piensan. Y yo lo he dicho así a todos, lo he declarado en la cara a mi padre y a mi madre. Maman ha estado mala todo el día; al siguiente Alejandra y papá me dijeron que yo no sabía el significado de las palabras que empleaba. Le contesté que lo comprendía muy bien y que no era ninguna niña pequeña. Y añadí: «Hace dos años ya que leí dos novelas de Paul de Kock, precisamente para comprenderlo todo». Maman, al oír esto, estuvo a punto de desmayarse.

A Michkin se le ocurrió de súbito una idea extraña. Miró a Aglaya y sonrió. Parecíale increíble que la mujer que estaba ante él fuese la misma orgullosa joven que leyera con tanto desprecio la carta de Gania. ¿De modo que aquella altanera belleza era tal vez una niña que no sabía el significado de las palabras que empleaba? ¿No lo sabría quizá ni siquiera ahora?

—¿Ha vivido usted siempre en su casa, Aglaya Ivanovna? —preguntó—. Quiero decir si no ha estado alguna vez en un colegio, en un internado.

—Yo no he ido nunca a ningún sitio; he estado siempre metida en casa, como en una redoma, y estaba destinada a pasar directamente de la redoma al matrimonio… ¿Por qué se ríe? Me parece que usted se burla también de mí y se pone en contra mía —añadió la joven, con acento amenazador, frunciendo las cejas—. No me encolerice; ¡bastante irritada estoy ya! Estoy segura de que ha acudido usted aquí en la certeza de que le amaba y le había dado una cita de amor… —acabó, enojada.

—Ayer —confesó cándidamente el príncipe, no poco confuso— lo temía, pero hoy me he persuadido de que…

—¡Cómo! —exclamó Aglaya, cuyo labio inferior comenzó a temblar repentinamente—. ¿Temía usted que yo…? ¿Se atrevía usted a pensar que…? ¡Cielos! ¿Acaso pensaba usted que al citarle le tendía un lazo para que nos sorprendiesen aquí y nos obligaran a casarnos?

—¿No le da vergüenza, Aglaya Ivanovna? ¿Cómo ha podido germinar en su corazón puro e inocente un pensamiento tan innoble? Apuesto a que usted misma no cree una palabra de lo que me ha dicho y que… no se da cuenta de sus palabras.

Aglaya permanecía con los ojos bajos, como asustada de su propio lenguaje.

—No siento vergüenza alguna —repuso—. ¿Y por qué sabe usted que mi corazón es inocente? Y en ese caso, ¿cómo se ha atrevido a escribirme una carta de amor?

—¿Una carta de amor? ¡Mi carta una carta de amor! Brotó de mi corazón en el momento más doloroso de mi vida, y no podía ser más respetuosa. Entonces pensé en usted como en una luz, y…

—Bueno, bueno… —interrumpió la joven, bruscamente, con acento que no era ya el de un momento antes, sino que sonaba como arrepentido y en cierto modo como asustado.

Incluso se inclinó hacia el príncipe, trató de fijar sus ojos en él y se propuso tocarle en el hombro para insinuarle más apremiantemente a que no se enfadara. Añadió, bastante confusa:

—Reconozco que me he servido de una expresión bastante torpe. Era para… probarle. Dela por no dicha. Y si le he ofendido, perdóneme. No me mire a la cara. Vuélvase, se lo ruego. Ha dicho usted que mi pensamiento era innoble; pues bien, lo he hecho a propósito, para molestarle. A veces me asusta lo que voy a decir y de pronto lo digo. Asegura usted que escribió aquella carta en el momento más doloroso de su vida. Ya sé a qué momento alude usted.

Pronunció tales palabras en voz baja, fijando otra vez la vista en el suelo.

—¡Si usted supiera!

—Lo sé todo —repuso ella con súbita fogosidad—. Sé que ha vivido usted un mes entero al lado de esa mala mujer con la que huyó.

Al hablar así Aglaya, de roja que estaba, se había vuelto lívida. Levantóse de improviso con movimiento que parecía maquinal y casi en seguida, recuperando la conciencia de sí misma, volvió, a sentarse. Su labio siguió temblando durante largo tiempo. Hubo unos instantes de silencio. El insólito arranque de la joven dejó atónito a Michkin, que no sabía a qué atribuirlo.

—Cónstele que no le amo —declaró ella bruscamente.

Michkin no contestó. Se produjo otro silencio de un minuto.

—Amo a Gabriel Ardalionovich —dijo Aglaya con voz casi ininteligible, inclinando aún más la cabeza.

—No es verdad —repuso Michkin, bajando también la voz.

—¿Miento, entonces? Pues es verdad; le he dicho que sí anteayer, en este mismo banco.

—No es verdad —repitió con decisión—. Acaba usted de inventar todo eso.

—¡No se puede ser más cortés! Pues entérese de que Gania se ha transformado y me ama más que a su vida. Sólo para probármelo, se quemó la mano ante mis propios ojos.

—¿Se quemó la mano?

—Sí, la mano. Si no lo cree, me tiene sin cuidado. El príncipe reflexionó antes de contestar. Aglaya no bromeaba y parecía enfurecida.

—Si ello sucedió aquí, Gabriel Ardalionovich debió de traer una bujía. Si no, no veo como…

—Sí; la trajo. ¿Qué hay de inverosímil en ello?

—¿Una bujía entera, o un cabo en un candelero?

—Sí… no… La mitad de una bujía… un cabo. Una bujía entera… Pero ¿qué más da? Y, si quiere saberlo, le diré que también trajo cerillas. Encendió la vela y pasó media hora con el dedo expuesto a la llama. ¿Acaso es un imposible?

—Le he visto ayer y no tenía quemaduras en las manos.

Aglaya rompió a reír.

—¿Sabe por qué acabo de contar esa mentira? —dijo con ingenuidad infantil, mientras una mal reprimida hilaridad hacía temblar sus labios aún—, pues porque, cuando se inventa una historia, si se desliza en ella adrede un detalle extraordinario, extravagante, inaudito, la mentira parece más verosímil. Siempre lo he notado. Pero el procedimiento ha sido un fracaso, porque no he sabido…

Recordó, y su alegría se extinguió en un momento.

—Si el otro día le recité el poema del «hidalgo pobre» —continuó, mirando a Michkin, seria y casi sombría— fue, sin duda, para elogiar a usted en cierto sentido; pero también para criticar su conducta y demostrarle que yo estaba al corriente de todo.

—Es usted muy injusta conmigo y con la desgraciada a quien antes ha calificado tan duramente, Aglaya Ivanovna.

—Me he expresado así porque lo sé todo. Sé que hace seis meses usted, públicamente, le ofreció su mano. No me interrumpa: cito hechos, sin comentarios. Luego ella se fue con Rogochin; después vivió usted con ella no sé si en una ciudad o en el campo, y más tarde ella se fue con otro —y el rostro de Aglaya se cubrió de rubor—. Más adelante, esa mujer ha vuelto con Rogochin, que la ama como… como un loco. Finalmente usted, que es un hombre no menos sensato, se apresuró a venir aquí cuando supo que ella había regresado a San Petersburgo. Ayer por la tarde salió usted en defensa de esa mujer y hace un momento estaba soñando con ella. Ya ve que lo sé todo. ¿Verdad que ha sido por ella por lo que ha venido usted a Pavlovsk?

Michkin, hundido en una melancólica meditación, fijaba los ojos en tierra, sin reparar en la penetrante mirada que la joven clavaba en él.

—Sí, por ella —repuso en voz baja—; pero sólo para saber… No creo que sea dichosa con Rogochin, aunque… En fin, no sabía cómo podría serle útil; pero vine, de todos modos…

Y con un estremecimiento miró a Aglaya, que le había escuchado con reconcentrada ira.

—Si ha vuelto sin saber por qué, es que la ama mucho —dijo ella.

—No —contestó Michkin—, no la amo. ¡Si supiese usted los crueles recuerdos que guardo de la época que pasé a su lado!

Temblaba de pies a cabeza al hablar.

—Cuéntemelo todo —ordenó Aglaya.

—No hay nada que no pueda usted oír. ¿Por qué quería contárselo a usted, y precisamente a usted sola? No lo sé; acaso porque, en efecto, la amo a usted mucho. Esa desgraciada tiene la convicción de que es la persona más degenerada y vil de la Tierra. No la vilipendie usted, no la escarnezca… ¡Harto torturada está por la sensación de su deshonra inmerecida! ¿Y de qué es culpable, Dios mío? Constantemente grita con rabia que es una víctima de los hombres, que no tiene ninguna falta de qué acusarse, que toda la culpa ha sido de un malvado libertino. Pero, por mucho que lo diga, tenga la certeza de que no lo cree. No: en el fondo de su alma se juzga culpable. Cuando yo trataba de disipar su error, se ponía en un estado tal, me ofendía de tal modo, que nunca se cicatrizarán las heridas que entonces recibió mi corazón. Siempre conservaré el recuerdo de esos horribles instantes. Desde entonces, tengo traspasado el corazón. ¿Y sabe usted por qué huyó de mi lado? Sólo para probarme que era una miserable. Pero lo más terrible de todo es que ella lo ignoraba y no sabía que su fuga tenía el móvil íntimo de cometer una acción deshonrosa para poder decirse luego: «Te has deshonrado una vez más. Eres una mujer infame». Acaso no comprenda usted esto, Aglaya. No sabe usted que en esa conciencia de su deshonra, que la atormenta sin cesar, tal vez experimente ella un placer abominable, anómalo, algo como la satisfacción de un rencor implacable. A veces he conseguido hacerle ver las cosas, por un momento, tal como son, pero inmediatamente volvía a exaltarse, me colmaba de amargos reproches, me decía que yo trataba de abrumarla bajo mi superioridad (en lo que no tenía la menor razón) y por fin, cuando le propuse casarnos, me repuso que no deseaba la compasión altanera de nadie ni necesitaba que ningún hombre la elevase hasta él. Usted la vio ayer. ¿Cree que es feliz y se encuentra en su elemento en medio de aquella gente? No sabe usted el desarrollo mental que tiene esa mujer y lo capaz que es de comprender las cosas. A veces incluso me ha maravillado.

—¿Solía usted dirigirle sermones por el estilo de éste?

Michkin no advirtió el acento burlón de la pregunta.

—No —repuso con melancolía—. Generalmente, guardaba silencio. A menudo hubiese querido hablarle, pero realmente no sabía qué decirle. Ya ve usted que en ciertos casos vale más callar. La he amado, la he amado mucho… pero luego… luego… creo que ella adivinó…

—¿Qué adivinó?

—Que yo la compadecía, pero ya no la amaba.

—¿Qué sabe usted? Acaso ella estuviera enamorada de ese propietario con quien…

—No; lo sé todo. No hacía más que burlarse de él.

—¿Y de usted no?

—No. Reía sarcásticamente, me colmaba de violentos reproches cuando se enfadaba… y sufría. Pero después…, ¡Oh, no me haga recordarlo!

Y Michkin escondió el rostro entre las manos.

—¿Sabe usted que me escribe todos los días?

—¿De modo que es verdad? —exclamó el príncipe, aterrado—. Me lo habían dicho, pero yo no quería creerlo.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Aglaya con sobresalto.

—Rogochin, ayer; pero sin explicarme claramente.

—¿Ayer? ¿Por la mañana? ¿O a qué hora? ¿Antes de la escena del concierto o después?

—Después: hacia las once de la noche.

—Ya: si fue Rogochin… ¿No sabe de qué me habla esa mujer en sus cartas?

—No me sorprenderá, sea lo que sea. Está loca.

—Aquí están —dijo Aglaya, sacando tres cartas cada una en un sobre diferente y mostrándoselas al príncipe—. Desde hace ocho días me pide con encarecimiento que me case con usted. Esa mujer… Sí, es inteligente, aunque loca. Tiene usted razón al creerla más inteligente que yo. Me dice que me quiere mucho, que a diario busca ocasión de verme, aunque sólo sea de lejos. También asegura que usted me ama, que lo ha notado hace mucho tiempo, que cuando vivían juntos usted le hablaba mucho de mí. Quiere verle feliz y está segura de que yo puedo darle la felicidad. ¡Son unas cartas tan raras! No las he enseñado a nadie; esperaba a hablar con usted. ¿Sabe lo que significan? ¿Lo ha adivinado?

—Significan la locura y prueban que está loca —dijo Michkin, cuyos labios comenzaron a temblar.

—¿Llora usted?

—No, Aglaya, no lloro —contestó él, mirando a la joven.

—¿Qué hago? ¿Qué me aconseja? No puedo seguir recibiendo esas cartas.

—No se lo impida, se lo ruego —impetró Michkin—. ¿Qué le va usted a hacer? ¿No ve que está loca? Haré todo lo posible por mi parte para que no vuelva a escribirle.

—Entonces es usted un hombre sin corazón —exclamó violentamente Aglaya—. ¿No ve que no es a mí a quien ella quiere, sino a usted? ¿Es posible que usted, que la ha estudiado tan bien, no lo haya comprendido? ¿Sabe usted lo que denotan estas cartas? ¡Celos! ¿Cree usted que se casará con Rogochin, como dice aquí? ¡Se matará la mañana de nuestra boda!

El príncipe se estremeció. La sangre se heló en su corazón. Miró a Aglaya con sorpresa, asombrado al descubrir una mujer en aquella niña.

—Dios es testigo, Aglaya, de que yo daría mi vida para asegurar el reposo y la tranquilidad de esa mujer. Pero no puedo volver a amarla, y ella lo sabe.

—Pues sacrifíquese usted. ¡Muy propio de su carácter! ¡Un filántropo así! Y no vuelva a decirme «Aglaya» a secas. Antes lo ha dicho también… Debe volver con ella, volverla a la vida, devolver la calma y la tranquilidad a su corazón. ¡Y además la ama!

—Yo no puedo sacrificarme, aunque lo haya querido antes… y quizá lo quiera aún. Si la dejo es porque sé positivamente que conmigo estaría perdida. Debía de haberla visitado hoy a las siete, pero ahora es posible que no vaya. Ella, en su orgullo, no me perdonará nunca mi amor… y los dos no conseguiríamos sino ser desgraciados ambos. Cierto que no es cosa natural, pero en este asunto todo es contrario a la naturaleza. Dice usted que ella ama, pero ¿acaso eso es amor? ¿Puede hablarse de amor después de lo que ha sufrido? No; aquí hay una cosa distinta al amor.

—¡Qué pálido está usted! —comentó Aglaya con inquietud.

—No tiene importancia. He dormido poco y me siento débil. Es…, es verdad que los dos hemos hablado de usted, Aglaya.

—¿Sí? ¿Es posible que le hablase de mí? ¿Y cómo podía usted amarme cuando sólo me había visto una vez?

—No sé cómo. En las tinieblas en que yo me hallaba entonces soñé… o creí ver levantarse una aurora nueva. No puedo explicarme cómo empecé a pensar en usted al principio. No he mentido al escribirle que no lo sabía. Todo ello no era sino un sueño en medio de circunstancias penosas. Luego estuve ocupado… Yo no contaba volver aquí hasta dentro de tres años.

—¿Y volvió por ella? —preguntó Aglaya con voz temblorosa.

—Sí, por ella.

Durante unos minutos reinó un silencio sombrío. La joven se levantó.

—Si usted cree —dijo con voz insegura— que esa… que su mujer… está loca, no tengo por qué intervenir en sus extravagancias. Le ruego, León Nicolaievich, que tome estas tres cartas y se las devuelva de mi parte. Y —exclamó Aglaya de pronto— si osa volver a escribirme una sola línea, dígale que me quejaré a mi padre y éste la hará encerrar en un correccional.

Michkin levantóse de un salto y miró con temor el rostro de la muchacha. Parecióle que una niebla velaba sus ojos.

—¿Verdad que no siente lo que dice? —balbució.

—¡Lo siento! ¡Es la pura verdad! —vociferó Aglaya, casi fuera de sí.

—¿Qué es la verdad? ¿Qué pura verdad es ésa? —exclamó, junto a ellos, la voz de una persona alarmada.

Y Lisaveta Prokofievna apareció ante los dos.

—¡Es verdad que me caso con Gabriel Ardalionovich! ¡Qué le quiero y que mañana mismo huiré con él! —repuso Aglaya con violencia—. ¿Ha oído? ¿Está satisfecha de su curiosidad? ¿Le basta?

Y emprendió, corriendo, el camino de su casa. Michkin quiso alejarse pero la generala le detuvo.

—No, padrecito; ahora no te vas. Hazme el favor de venir a casa para explicarme… ¡Qué disgustada estoy! No he dormido en toda la noche.

Michkin la siguió.

IX

Al llegar a su casa, Lisaveta Prokofievna se dejó caer, extenuada, en un diván del primer aposento, sin invitar siquiera a Michkin a sentarse. La estancia donde habían penetrado era una sala grande centrada por una mesa. Veíase una chimenea, multitud de flores ornando las ventanas y, al fondo una puerta vidriera, que daba al jardín. Alejandra y Adelaida sobrevinieron en seguida y viendo a Michkin con su madre, los ojos de ambas revelaron viva sorpresa. Normalmente, estando en el campo, las hermanas solían levantarse a las nueve; pero Aglaya había adquirido desde hacía dos o tres días la costumbre de levantarse más temprano y pasear por el jardín, no desde luego, a las siete, pero sí a las ocho o algo más tarde. Lisaveta Prokofievna, desvelada aquella noche en virtud de sus preocupaciones, habíase levantado a las ocho, pensando reunirse a su hija en el jardín. Al no encontrarla allí ni en su alcoba, la madre, muy inquieta, despertó a sus otras dos hijas y preguntó a

las sirvientas, quienes le dijeron que Aglaya había salido al parque antes de las siete. Aquella ocurrencia de su hermana hizo asomar una sonrisa a los labios de ambas jóvenes, quienes hicieron notar a su madre que buscar a Aglaya en el parque provocaría un enfado de la muchacha. Sin duda se hallaba a la sazón, con un libro en la mano, en el banco verde de que hablara tres días atrás y respecto al cual había discutido con el príncipe Ch., quien no encontraba nada pintoresco en el lugar donde estaba emplazado dicho banco. Lisaveta Prokofievna quedó muy asustada cuando vio a su hija hablando con Michkin y oyó las sofocadas palabras de Aglaya; pero, a raíz de ordenar a Michkin que la acompañase a su casa, empezó a preguntarse si no habría obrado con alguna precipitación. «Después de todo —se decía—, ¿por qué no puede Aglaya encontrarse en el parque con el príncipe, e incluso citarle de antemano?».

—No creas, príncipe —dijo, airada contra sí misma—, que te he traído aquí para someterte a un interrogatorio. Después de lo de ayer, bien hubiese podido no desear verte en mucho tiempo…

Se interrumpió. El príncipe dijo, con calma:

—¿A no ser porque desea usted conocer el motivo de habernos entrevistado hoy Aglaya Ivanovna y yo?

—¡Sí: lo deseo! —repuso la generala, ruborizándose repentinamente—. No me importa hablar con franqueza, porque no ofendo ni quiero ofender a nadie…

—Nada hay en eso de ofensivo. Su curiosidad es muy natural: es usted madre. Aglaya Ivanovna y yo nos hemos encontrado hoy en el banco verde a las siete en punto de la mañana. Ayer me escribió diciéndome que deseaba verme para tratar de un asunto grave. Hemos tenido, pues, una entrevista, y durante una hora hemos hablado de cosas que conciernen exclusivamente a Aglaya Ivanovna, y nada más.

—Desde luego nada más, padrecito. ¡No cabe duda! —repuso la generala, con dignidad.

—¡Admirable, príncipe! —dijo Aglaya entrando de súbito—. Usted me ha creído incapaz de rebajarme a mentir. Se lo agradezco de todo corazón. ¿Le basta eso, maman, o quiere continuar el interrogatorio?

—Sabes muy bien que nunca he tenido que ruborizarme de nada antes, aun cuando ello te hubiese agradado seguramente —replicó, solemne, Lisaveta Prokofievna—. Adiós, príncipe, y perdóname el haberte molestado. Espero que tengas la firme certeza de mi invariable aprecio hacia ti.

Michkin se inclinó ante las mujeres y salió sin decir una palabra más. Alejandra y Adelaida cambiaron en voz baja algunos comentarios

acompañados de sonrisas. Su madre las miró severamente.

—Maman —dijo Adelaida, riendo—, nos limitábamos a observar que el príncipe se ha retirado de un modo muy elegante. A veces me parece un verdadero torpe; pero hoy se ha retirado como… como pudiera haberlo hecho Eugenio Pavlovich.

—La delicadeza y la dignidad nacen del corazón, sin necesidad de aprenderlas con maestros de baile —repuso, sentenciosa, la generala.

Y, sin hablar siquiera a Aglaya, se retiró a su aposento.

Cuando Michkin entró en su casa, a eso de las nueve, halló en la terraza a Vera Lukianovna y a la sirvienta, quienes estaban barriendo y limpiando, cosa no poco precisa después de la desordenada noche anterior.

—Gracias a Dios, hemos podido concluir antes de que usted llegara —dijo Vera, jovial.

—Buenos días. Estoy un poco mareado. No he dormido nada… Voy a ver si descabezo un sueño.

—¿En la terraza, como ayer? Bueno. Diré a todos que no le molesten. Papá ha salido.

La criada se retiró. Vera hizo ademán de seguirla, pero luego rectificó y acercóse al príncipe, con aire inquieto.

—Príncipe, tenga piedad de ese… desgraciado y no le ponga en la puerta hoy. —Cierto que no. Puede continuar aquí, si le parece bien.

—No hará más locuras… No sea severo con él.

—¿Por qué había de serlo?

—Y, sobre todo, no se burle de él.

—No tema que lo haga.

Vera se ruborizó.

—Soy una tonta hablando así a un hombre como usted… ¿Sabe —agregó, riendo y conteniendo un nuevo impulso de marcharse— que tiene usted ahora una mirada muy clara… muy feliz?

—¿Es posible? —exclamó Michkin con animación, riendo alegremente.

Pero la joven, que era tan sencilla y franca como un niño, se sintió repentinamente confusa, ruborizóse más y se alejó a toda prisa, sin dejar de reír.

«¡Qué buena muchacha es!», pensó Michkin. Y a continuación la olvidó.

En un ángulo de la terraza había un diván al lado de una mesita. Sentóse allí, se tapó el rostro con las manos y permaneció diez minutos en tal posición. De pronto, con ademán inquieto, sacó del bolsillo las tres cartas. En aquel momento volvió a abrirse la puerta y entró Kolia. Michkin volvió a guardar las cartas en el bolsillo, feliz de aquella distracción ocasional, que aplazaba un momento penoso para él.

Kolia se acomodó en el diván.

—¡Qué cosas! —empezó, yendo derecho al asunto, como todos los muchachos—. ¿Cómo juzga a Hipólito? ¿Ha dejado de estimarle?

—¿Por qué razón? Pero estoy fatigado, Kolia… Más valdrá no insistir en un asunto tan doloroso… ¿Cómo está Hipólito?

—Está durmiendo y seguramente dormirá otras dos horas… Ya sé que no se ha acostado usted en casa. Ha ido a pasear por el parque, sintiéndose nervioso. ¡No era para menos!

—¿Cómo sabe que he ido a pasear al parque?

—Me lo ha dicho Vera ahora mismo. Me recomendó que le dejase descansar, pero el deseo de verle un momento ha sido más fuerte que mi voluntad. He pasado dos horas junto al enfermo; ahora me sustituye Kostia Lebediev. Burdovsky se ha ido. Ea, príncipe, acuéstese; buenas…, digo, no; buenos días. ¡Estoy trastornado!

—Claro: todo esto…

—No, príncipe: lo que me trastorna es la «Explicación» … Aquellas ideas gigantescas.

Michkin miró afectuosamente a su joven amigo, quien sin duda sentía deseos de discutir con él aquellas «ideas gigantescas».

—Lo menos importante en este caso son las ideas en sí mismas. Lo principal son las circunstancias en que se han producido. De haberlas leído en Voltaire, Rousseau o Proudhon, no me habrían extrañado absolutamente nada. Pero que hable así un hombre que sabe positivamente que sólo le quedan diez minutos de vida… Ello demuestra orgullo, independencia y dignidad personal llevadas al extremo; un desafío a todo… ¡Qué colosal potencia de ánimo! Y decir, después de eso, que Hipólito no puso, adrede, fulminante en el arma, es una bajeza y un absurdo. Ayer, ¿sabe?, mi amigo fue muy astuto, y nos engañó a todos: quien empaquetó sus cosas fue él y yo no le ayudé a hacer la maleta ni vi su pistola. ¡Pero me sentí tan estupefacto oyéndole hablar así! Vera dice que usted consiente en que se quede con nosotros. Le juro que ya no hay que temer. Además todos estamos a su lado…

—¿Quién le ha velado esta noche?

—Burdovsky, Kostia, Lebediev y yo, por turno. Keller estuvo también un momento, pero luego se fue con Lebediev, porque no había cama para él en el cuarto donde estábamos. Ferdychenko durmió en las habitaciones de Lebediev y se fue a las siete. Mi padre permaneció también con Lebediev, pero ahora ha salido. Acaso Lebediev venga a verle, príncipe. Le buscaba hace un momento, no sé para qué: ha preguntado dos veces si había regresado usted ya. ¿Le digo que pase, o quiere usted descansar? Yo voy a acostarme. ¡Ah, otra cosa! Mi padre me ha extrañado mucho esta mañana. A las seis me despertó Burdovsky, a quien yo debía sustituir en el turno. Salí un momento y encontré a mi padre, tan beodo que no me reconoció de momento. Pasó un rato mudo como un poste y al fin, recobrándose algo, me preguntó: «¿Cómo está el enfermo? Venía a enterarme…» Le satisfice. «Está bien —dijo—, pero sobre todo he venido a advertirte (y me he levantado expresamente para ello) que tengo motivos para creer que no se debe hablar de todo ante Ferdychenko y que hay que tener cuidado con la lengua». ¿Comprende usted, príncipe?

—¿Es posible? Pero en fin, ¿qué nos importa?

—No nos importa, ¿pero somos masones para andar con esos sigilos?… A mí me sorprendió que mi padre quisiera despertarme sólo para tal cosa.

—¿Dice usted que Ferdychenko se ha marchado?

—A las siete. Vino un momento a mi lado, cuando yo estaba de turno con Hipólito, y me dijo que iba a terminar la noche en casa de Vilkin, un famoso borracho. Me voy… Mire: ahí está Lukian Timofeivich. Váyase, Lukian Timofeivich; el príncipe quiere dormir.

Lebediev, al entrar, saludó con grave compostura.

—Sólo estaré un momento, respetado príncipe. Vengo para tratar un asunto que considero importante —dijo a media voz con afectado tono.

Acababa de llegar y no había tenido tiempo de entrar en sus habitaciones, por lo cual conservaba su sombrero en la mano. En su fisonomía, preocupada, se advertía una acentuada expresión de dignidad. Michkin le invitó a sentarse.

—Ha preguntado usted dos veces por mí, ¿no? ¿Está inquieto por lo de ayer?

—¿Quiere usted decir por ese mozo de ayer? No; ayer mis ideas estaban en desorden, pero hoy no me propongo «contrecarrar» a usted en ninguno de sus propósitos.

—¿Contre…? ¿Qué?

—«Contrecarrar», he dicho. Es una palabra francesa de tantas como han entrado en la composición de la lengua rusa. Pero no insisto en ella, si le desagrada.

—¿Cómo está usted tan serio, Lebediev? —preguntó Michkin, sonriendo.

—Nicolás Ardalionovich —dijo Lebediev, dirigiéndose a Kolia con voz casi conmovida—, siendo así que debo hablar al príncipe de un asunto muy personal, que…

—¡Claro, claro: estorbo! Hasta luego, príncipe —dijo Kolia.

—Me gusta este muchacho porque tiene comprensión rápida —contestó Lebediev, siguiéndole con la vista—. Por inoportuno que sea, es un chico de viva inteligencia. Respetado príncipe: he sufrido una desgracia extraordinaria anoche o esta mañana… No sé cuándo a punto fijo.

—¿Qué le ha pasado?

—He perdido cuatrocientos rublos que llevaba en el bolsillo de la levita.

—¿Cuatrocientos rublos? Es lamentable.

—Sobre todo para un hombre pobre que vive honradamente de su trabajo.
—Sin duda, sin duda… ¿Y cómo ha sido?

—Por culpa del vino. Le hablo como a la Providencia, estimadísimo príncipe. Ayer, a las cinco de la tarde, recibí de un deudor la suma de cuatrocientos rublos y volví aquí en ferrocarril. Yo llevaba la cartera en el bolsillo del uniforme. Cuando cambié éste por el traje de casa, me eché el dinero al bolsillo de la levita, esperando, por la noche… Porque yo esperaba a mi agente de negocios.

—A propósito, Lukian Timofeivich: ¿es cierto que ha puesto usted un anuncio en los periódicos diciendo que presta dinero con garantía de objetos de oro o plata?

—Lo he hecho por intermedio de un agente de negocios. El anuncio no menciona mi nombre. Siendo así que poseo un capitalito sin importancia y deseando aumentar los ingresos de mi familia… Usted convendrá que un interés honrado…

—Sí, sí; no era más que por saberlo. Perdone la interrupción.

—Mi agente de negocios faltó a la cita. En esto apareció ese desgraciado joven. Yo acababa de cenar y estaba regularmente bebido. Llegaron los visitantes; se bebió té y… para desgracia mía, me excedí un poco. Cuando vino ese Keller y dijo que usted deseaba celebrar su cumpleaños ofreciendo champaña, entonces, querido y muy estimado príncipe, yo que tengo el corazón, no ya sensible, pero sí agradecido (seguramente lo habrá notado usted, porque lo merezco), y que me enorgullezco de esa cualidad, creí que en una circunstancia tan solemne no debía vestir mi levita vieja, y que, para felicitarle personalmente, era mejor vestirme el uniforme que me había

quitado al llegar a casa. Y así lo hice, como usted vería, príncipe, puesto que estuve de uniforme toda la velada. Al ponérmelo olvidé la cartera en mi levita vieja. Dios ciega al que quiere perder… Esta mañana, a las siete y media, me desperté inquieto: salté de la cama y busqué en la levita. ¡El bolsillo estaba vacío!

—Es desagradable.

—Desagradable: no puede decirse mejor. Ha encontrado usted con verdadero tacto la palabra adecuada —repuso Lebediev, con cierta intención.

—Sin embargo, ¿cómo…? —murmuró el príncipe, realmente impresionado y pensativo—. Porque eso, en verdad, es cosa seria…

—Cierto, príncipe, seria. Ha encontrado usted la palabra justa para caracterizar…

—Vamos, Lukian Timofeivich déjese de eso. ¿Qué importan las palabras? Lo esencial es otra cosa. ¿Cree usted haber podido, en su embriaguez, dejar caer la cartera del bolsillo?

—Sí. En estado de embriaguez, como usted dice francamente, es posible todo, respetado príncipe. Pero fíjese en esto: de haber dejado caer la cartera, se habría encontrado en el suelo. ¿Dónde está?

—¿No la habrá guardado en algún cajón?

—Todo ha sido examinado de arriba abajo; pero no guardé la cartera en ningún sitio, ni abrí cajón alguno. Lo recuerdo muy bien.

—¿Y el armario…?

—Es lo primero que miré. Y he vuelto a mirar varias veces en el día. Pero, ¿cómo podría habérseme ocurrido guardar la cartera allí, apreciadísimo príncipe?

—Me inquieta el caso, Lebediev. ¿De modo que ha habido alguien que ha cogido la cartera del suelo?

—¡O de mi bolsillo! Sólo cabe una de estas dos suposiciones.

—¿Quién puede ser el culpable? Porque esa es la cuestión.

—Ésa es, sin duda. Encuentra usted las palabras y conceptos justos con una precisión admirable, excelentísimo príncipe. Imposible concretar más claramente la situación.

—Déjese de burlas, Lebediev. Aquí, la casa…

—¡Burlas! —protestó el funcionario, golpeándose las manos.

—Ea, ea, no me enfado por eso. Pero aquí la cuestión es otra. Lo siento por

los visitantes. ¿De quién sospecha usted?

—La cuestión es delicada y muy compleja. No puedo sospechar de la criada, que estaba en la cocina… de mis hijos tampoco…

—¡No faltaría más!

—De modo que ha sido uno de los visitantes.

—¿Es posible?

—Es sobradamente imposible, imposibilísimo; pero no puede ser de otro modo. No obstante, quiero admitir, y admito, que el robo no ha sido cometido por la noche cuando nos hallábamos todos reunidos, sino más tarde, o esta mañana, por uno de los que quedaron en casa.

—¡Dios mío!

—Dejo fuera de dudas a Burdovsky y a Nicolás Ardalionovich, a causa de que no entraron en mi pabellón.

—¡Y aun cuando hubiesen entrado! ¿Quién más estuvo allí?

—Incluyéndome, somos cuatro los que hemos pasado la noche en habitaciones contiguas: el general, Keller, el señor Ferdychenko y yo. Por consecuencia hemos sido uno de los cuatro.

—Querrá decir de los tres. Pero ¿cuál?

—Me he contado yo, para ser justo y no omitir a nadie; pero convendrá, príncipe, que no iba a robarme a mí mismo, aunque se han dado casos…

—¡Qué pesado es usted, Lebediev! —interrumpió Michkin, con impaciencia—. ¡Al grano y déjese de rodeos!

—Quedan, pues, tres, y el primero de todos Keller, hombre de poca confianza, aficionado a la bebida y liberal en ciertos aspectos. Quiero decir en lo que concierne a la bolsa, porque en las otras cosas tiene más bien las tendencias de un caballero de la Edad Media que las de un liberal. Primero se instaló en la habitación del enfermo y sólo a una hora muy avanzada de la noche se trasladó a mi pabellón, so pretexto de que no podía dormir en el suelo.

—¿Sospechó de él?

—Sí. A las siete y media, después de saltar de la cama como un loco y de haberme golpeado la frente con las manos, desperté al general, que dormía con el sueño de los justos. Teniendo en cuenta la extraña desaparición de Ferdychenko, hecho que me pareció bastante raro, resolvimos los dos registrar en el acto las ropas de Keller, que a la sazón dormía como… bueno, roncando mucho… Registramos sus bolsillos con el mayor cuidado: no tenía ni un

kopec y el forro no estaba roto. Todo lo que vimos sobre sus ropas fueron un pañuelo de algodón azul a cuadros, en mal estado, una carta de amor de una cocinera pidiéndole dinero y dirigiéndole amenazas, y algunos fragmentos del artículo que usted conoce. El general le consideró inocente. Para cercioramos, le despertamos (lo que nos costó zarandearle con violencia) y apenas comprendió de qué se trataba. Nos miró con la boca muy abierta, con la inocencia pintada en su rostro de beodo. Parecía la estupidez personificada. No, no ha sido él.

El príncipe exhaló un suspiro de alivio.

—Me alegro. Temía que…

—¿Temía? ¿Tenía, pues, motivos para temer? —preguntó Lebediev, parpadeando.

—No; he hablado sin pensar lo que decía —contestó Michkin, confuso—. Acabo de decir una tremenda estupidez. Le ruego, Lebediev, que no lo repita a nadie.

—¡Príncipe, príncipe! Sus palabras permanecerán en mí como en un pozo. ¡Cómo en un sepulcro! —dijo Lebediev con convicción, apretando el sombrero contra su pecho.

—Entonces, ¿Ferdychenko? Quiero decir si sospecha usted de Ferdychenko.

—¿De quien otro si no? —repuso el empleado en voz baja, mirando fijamente a Michkin.

—Sí, claro… naturalmente… Sólo queda él. Pero ¿tiene usted pruebas?

—Las tengo. Primero, su desaparición a las siete de la mañana.

—Lo sé. Kolia me ha dicho que Ferdychenko anunció su propósito de terminar la noche en casa de… Uno de sus amigos: he olvidado el nombre.

—Vilkin. ¿Así que Kolia le ha hablado ya?

—No me ha dicho nada del robo.

—No lo sabe, porque hasta ahora he conservado el secreto. Así, pues, Ferdychenko se va a casa de Vilkin, lo que a primera vista no tiene nada de extraño. ¿Qué hay de particular en que un beodo busque a uno de sus congéneres aunque sea a primera hora de la mañana? Pero ya aquí se insinúa una pista: al marcharse, deja su dirección. ¿Por qué va adrede a buscar a Nicolás Ardalionovich, que estaba en la otra casa, y le dice que se propone terminar la noche con Vilkin? ¿Qué interés puede tener para nadie saber que Ferdychenko va a dirigirse a casa de Vilkin? ¿A qué viene noticia semejante? En esto hay una astucia, una astucia de ladrón. Da a entender que, puesto que

dice dónde se marcha, ¿cómo acusarle de robo? ¿Diría un ratero adónde se va? En resumen, eso parece un exceso de precaución, un modo de alejar las sospechas, de borrar sus huellas en la arena. ¿Me comprende, querido príncipe?

—Le comprendo muy bien; pero en todo esto no hay nada acreditativo.

—Segunda prueba: la pista resulta falsa e inexacta la dirección. Una hora después, a las ocho, he ido a llamar a casa de Vilkin. Vive en la calle Quinta; le conozco. No ha visto a Ferdychenko ni por asomo. En realidad, la criada, que es sorda y apenas me entendía, me ha informado, bien o mal, de que una hora antes estuvieron llamando a la puerta, y con tanta fuerza que rompieron el cordón de la campanilla. Pero la criada no abrió, por no despertar al señor Vilkin, y acaso por no abandonar ella la cama. Esto es.

—¿Y esas son sus pruebas? No tiene usted ninguna.

—Entonces, príncipe, ¿de quién puedo sospechar? —dijo Lebediev, confidencial, con una sonrisa astuta en los labios.

Michkin, perplejo, reflexionó durante algunos minutos, y dijo:

—Debe usted buscar mejor en los cajones y armarios.

—¡Lo he mirado todo! —gimió Lebediev.

—Hum… ¿por qué se quitó la levita? —exclamó Michkin, airado, descargando un puñetazo en la mesa.

—Recuerdo un personaje de comedia que hace la misma pregunta. Pero observo, bondadoso príncipe, que toma usted la desgracia demasiado a pecho. No vale la pena. Quiero decir que no valdría la pena si sólo se tratase de mí. Pero ¿tiene usted también compasión del culpable, de ese tan poco interesante señor Ferdychenko?

—Sí, sí. La verdad es que me ha disgustado usted —repuso Michkin, descontento—. ¿Qué piensa hacer… si está persuadido de que el culpable es Ferdychenko?

—¿Quién podría ser si no, estimado príncipe? —contestó Lebediev, cada vez más untuoso—. No se puede sospechar de otra persona, y esa imposibilidad absoluta constituye, por decirlo así, un tercer cargo o prueba contra Ferdychenko. Porque, lo repito, de no ser él, ¿quién pudo ser? A menos que sospechásemos de Burdovsky. ¡Je, je, je!

—Es absurdo.

—O del general. ¡Ja, ja, ja!

—¡Qué ocurrencia! —dijo Michkin, irritado, moviéndose con desasosiego

en el diván.

—Claro que sí. Me da risa. ¡Hacer eso el general! Antes hemos ido juntos a buscar a Ferdychenko. Y debo decirle que el general quedó tan impresionado como yo cuando le desperté al observar la desaparición de mi cartera. Le vi cambiar de expresión, ruborizarse, palidecer, y al fin manifestar una noble indignación cuya violencia me dejó asombrado. ¡Ese hombre rebosa nobleza! Miente sin cesar, a pesar suyo, pero está dotado de los más elevados sentimientos y, además, es tan poco inteligente que su inocencia salta a la vista. Le repito, respetado príncipe, que no sólo tengo cierta debilidad por él, sino incluso cariño. Figúrese que se para en medio de la calle y, desabrochándose la levita, se descubre el pecho y me dice: «Regístrame. Puesto que has registrado a Keller, la justicia exige que me registres a mí». Sus miembros temblaban y su rostro tenía una palidez espantosa. «Escucha, general —le contesté, riendo—, si otro me dijera eso de ti, con mis propias manos me cortaría la cabeza y la pondría en una bandeja para presentarla a todos los desconfiados, diciéndoles: «¿Veis esta cabeza? Pues bien, respondo con ella del general». Al oír estas palabras se deshizo en lágrimas, me abrazó, todo ello en plena calle, y me estrechó contra su pecho casi hasta ahogarme. «Eres el único amigo que me queda en mi desgracia», dijo. Es hombre muy sensible. Por el camino, desde luego, me contó una anécdota adecuada a las circunstancias, diciéndome que en su juventud había sido objeto de sospechas con motivo de un robo de quinientos mil rublos. Al día siguiente se declaró un incendio en casa del conde que sospechaba de él, y él salvó del fuego al conde y a su hija, Nina Alejandrovna, entonces joven y soltera. Y de ese modo acabó casándose con Nina Alejandrovna. Veinticuatro horas después, se descubrió entre los escombros de la casa incendiada la caja de acero, de fabricación inglesa, que contenía los quinientos mil rublos. La caja se había deslizado a través del suelo sin que nadie lo notase y, de no ser por el incendio, aún permanecería allí. No hay una sola palabra de verdad en toda la historia; pero el caso es que hablando de Nina Alejandrovna, el general se puso a lloriquear. Y Nina Alejandrovna es señora muy estimable, a pesar de que no me mire con buenos ojos.

—¿No la conoce usted?

—Apenas. Y eso que desearía conocerla, aunque sólo fuese para justificarme ante ella. Nina Alejandrovna me acusa de pervertir a su marido y de tener la culpa de que beba. Pero en vez de pervertirle ejerzo sobre él una influencia saludable, impidiéndole frecuentar amistades peligrosas. Además, es muy amigo mío y yo le acompaño a dondequiera que va, pues estoy persuadido de que sólo con sensibilidad se puede obrar sobre él. Ahora ha cesado completamente de visitar a su amiga, la viuda del capitán, aun cuando en el fondo sigue amándola y a veces se duele de su separación. Por la

mañana, al ponerse las botas, es, no sé por qué, cuando piensa en esa mujer con más melancolía. La desdicha es que no tiene dinero. Le es imposible presentarse en su casa con las manos vacías. ¿No le ha pedido dinero, estimado príncipe?

—No, no me lo ha pedido.

—No se atreve. No le faltan las ganas, y hasta me ha dicho que pensaba dirigirse a usted; pero vacila, porque dice que le ha prestado usted algo no hace mucho tiempo y que espera una negativa por su parte. Me lo ha dicho en confianza.

—Y usted, ¿no le da dinero?

—¡Príncipe, respetado príncipe! No dinero, sino incluso la vida daría yo por ese hombre… No quiero exagerar: no daría la vida, pero sí consentiría en padecer una fiebre, un ataque o un reuma si ello fuese absolutamente necesario para su bien, porque le considero un gran hombre, aunque caído. ¡No sólo dinero: cualquier cosa le daría!

—Entonces, ¿se lo da?

—No… No se lo he dado; pero él sabe bien que lo hago por su bien, por su propio interés. Ahora va a acompañarme a San Petersburgo, donde sé positivamente que se halla Ferdychenko. Esta persecución apasiona al general, pero estoy convencido de que en cuanto lleguemos correrá en busca de su amada… Por mi parte procuraré no retenerle. Para estar más seguros de atrapar a Ferdychenko, hemos convenido que nos separemos al llegar a la ciudad y cada uno la recorrerá por un lado. Dejaré, pues, partir a Su Excelencia, y en seguida iré a buscarle a casa de su amante a fin de afearle la conducta que observa tanto como padre de familia cuanto como hombre en general…

—¡No arme escándalos, por amor de Dios, Lebediev! —dijo Michkin, con inquietud.

—No. No quiero más que dejarle confuso y ver la cara que pone. De la expresión del rostro se pueden deducir muchas cosas, ilustre príncipe, y con más motivo en un hombre como él. Por grande que sea mi disgusto presente, no renuncio a pensar en mi amigo y en el modo de reformar sus costumbres. He de pedirle un gran favor, apreciadísimo príncipe: confieso que por ello más que por nada he entrado a molestarle. Usted conoce a la familia Ivolguin, y hasta ha vivido en su casa. Si usted consintiera, excelentísimo príncipe, en acudir en mi ayuda, en interés del propio general, por su bien…

Y Lebediev juntó las manos.

—¿Qué ayuda espera usted de mí? Tenga la certeza de que ardo en deseos

de comprenderle bien, Lebediev.

—Precisamente porque tengo esa convicción he venido a importunarle. Podríamos obrar por intermedio de Nina Alejandrovna, y así cabría vigilar a Su Excelencia en el seno de su propia familia. Desgraciadamente, yo no estoy en relación… Además, Nicolás Ardalionovich, que le adora con todo el entusiasmo de su juvenil corazón, podría ayudar…

—No lo quiera Dios… ¡Mezclar a Nina Alejandrovna en este asunto! Y a Kolia tampoco. Además, acaso no le haya comprendido bien, todavía, Lebediev.

—¡Pero si no hay nada que comprender! —repuso Lebediev, dando literalmente un salto en su silla—. Sensibilidad y ternura, y nada más… Ése es el remedio que necesita el enfermo. ¿Me permite usted, príncipe, considerarle como un enfermo?

—Ello demuestra que es usted hombre delicado y de corazón.

—Le aclararé mi pensamiento con un ejemplo que, para mejor comprensión, tomaré de la realidad. Ya sabe qué hombre es el general: ahora su único disgusto consiste en que, sin llevarle dinero, no puede ver a la mujer por quien se interesa. Y me propongo sorprenderle en casa de esa mujer… por su bien. Pero, suponiendo que aquí no se tratase solamente de sus relaciones con la viuda del capitán, e imaginando que él hubiera cometido un verdadero delito, o al menos una falta contraria a su honor (de lo que le juzgo absolutamente incapaz), aun en ese caso, repito, sólo procediendo con él con lo que yo llamaría una generosa ternura, se lograría saberlo todo, ya que es hombre muy sensible. Antes de cinco días, créame, se traicionará, se deshará en lágrimas y confesará de plano… sobre todo si se obra con una mezcla de nobleza y de habilidad, si la vigilancia de su familia y la de usted se ejercen, digamos, sobre cada uno de sus pasos. ¡Por Dios, bondadoso príncipe —exclamó con calor Lebediev—, yo no afirmo positivamente que él haya…! ¡Cómo he dicho antes, estoy dispuesto a verter ahora mismo toda mi sangre por él! Pero convendrá usted que el desorden, la embriaguez, la viuda del capitán… todo eso, reunido, puede conducir muy lejos al general.

Michkin se incorporó.

—Con un objeto así estoy dispuesto, desde luego, a unir mis esfuerzos a los suyos; pero le confieso, Lebediev, que experimento una perplejidad tremenda… Dígame: ¿cree de verdad…? En una palabra, ¿no me ha dicho usted mismo que sospechaba de Ferdychenko?

El funcionario volvió a juntar las manos.

—¿De quién puedo sospechar, si no? ¿De quién, sincero príncipe? —

replicó, con almibarada sonrisa. Michkin arrugó el entrecejo.

—Un error aquí, Lukian Timofievich, sería terrible. Ese Ferdychenko… No quiero hablar mal de él, pero ese Ferdychenko… ¿Quién sabe? Acaso él… Quiero decir que acaso fuera más capaz de eso que… otro.

Lebediev abrió los ojos y aguzó los oídos. Michkin, con el entrecejo cada vez más arrugado, comenzó a pasear de un lado a otro de la terraza, evitando la mirada de su interlocutor.

—Mire —dijo, con creciente turbación—, se me ha dicho que el señor Ferdychenko era hombre ante el que acaso no conviniese hablar mucho, al que no estuviera de más vigilar… ¿Comprende? Se lo digo para hacerle notar que acaso pueda ser más capaz que otro… para que no surjan confusiones. Porque lo esencial es esto, ¿entiende?

—¿Quién le ha dicho eso acerca de Ferdychenko? —preguntó Lebediev con viveza.

—Se me ha confiado en secreto… pero no lo creo. Me disgusta verme en la precisión de decírselo, y le aseguro que personalmente lo juzgo absurdo y no lo creo. ¡Qué tontería he cometido!

—Escuche, príncipe —repuso Lebediev, muy agitado—: aquí lo importante no es la noticia concerniente a Ferdychenko, aunque sea importante de por sí. Lo esencial es conocer cómo ha llegado a oídos de usted.

Mientras hablaba, Lebediev corría tras el príncipe, se esforzaba en alcanzarle y en cerrarle el paso. Continuó:

—Ahora, príncipe, escuche una cosa, más. Cuando he ido a casa de Vilkin con el general, éste, después de contarme la anécdota del incendio, me insinuó, con voz, naturalmente, llena de indignación, que Ferdychenko era hombre de quien no cabía fiarse. Pero las palabras de mi amigo resultaban tan poco concordes, que no puede dejar de hacerle ciertas preguntas contra mi propio deseo. Y las respuestas me demostraron que todo ello era invención de Su Excelencia. En todo caso, hasta eso acredita su buen natural, ya que sus mentiras nacen de que no sabe refrenar su emoción. Ahora bien, si mentía, de lo que estoy seguro, ¿cómo ha llegado lo mismo a conocimiento de usted? Comprenda, príncipe, que el general inventó esa historia bajo la inspiración del momento. Por lo tanto, ¿cómo puede usted saberla? Eso es lo importante, lo importantísimo y, por decirlo así…

—Acaba de decírmelo Kolia, quien lo oyó a su padre, al que encontró en el vestíbulo entre seis y siete, en ocasión de que el muchacho había salido no sé a qué…

Y Michkin lo relató detalladamente todo.

—¡Eso es lo que se llama una pista! —exclamó Lebediev, frotándose las manos y riendo con una risita silenciosa—. ¡Lo que yo pensaba! Eso significa que el general ha interrumpido a las seis su beatífico sueño, expresamente para despertar a su hijo y advertirle del extraordinario peligro que representaba la compañía del señor Ferdychenko. ¡Claro! ¡Su Excelencia precisa que Ferdychenko sea hombre peligroso! ¡Qué paternal solicitud la del general!

—Escuche, Lebediev —dijo Michkin, turbadísimo—, escuche: proceda sin escándalo. Se lo ruego, Lebediev; le conjuro a ello. De ser así, le ayudaré: le doy mi palabra. Pero que nadie se entere, que nadie se entere…

—Esté seguro de ello, bondadoso y nobilísimo príncipe —contestó Lebediev con gran exaltación—. Tenga la certeza de que todo ello quedará sepultado en mi noble corazón. Obraremos cautelosamente y juntos. Yo daría la última gota de mi sangre por… Excelentísimo príncipe, mi corazón y mi alma son igualmente bajos; pero interrogue, no ya a un hombre bajo, sino a un truhan, si prefiere tratar con truhanes o con hombres de noble corazón como usted, y su elección no será dudosa: siempre preferirá al hombre de corazón noble. Eso demuestra la grandeza de la virtud… Hasta luego, apreciadísimo príncipe. Obraremos cautelosamente… cautelosamente… ¡y juntos!

X

Michkin comprendió ahora por qué había sentido un frío interior cada vez que su mano se había posado sobre aquellas tres cartas y por qué quiso esperar hasta la tarde para leerlas. Por la mañana, antes de decidirse a repasarlas, se había dormido en el diván con un sueño pesado y mientras dormía, en sus penosas visiones se le había aparecido de nuevo aquella «culpable», mirándole con las mismas lágrimas de antaño en sus largas pestañas y llamándole a su lado. Como anteriormente, él despertó con idéntica expresión de sufrimiento. Pensó dirigirse en el acto a casa de ella, pero no se resolvió y al fin, casi desesperado, tomó las cartas y comenzó a leerlas con toda atención.

Parecían también un sueño. A veces se tienen sueños raros, imposibles, en contradicción con las leyes de la naturaleza. Al despertar se recuerda con claridad y asombro el hecho extraño vivido en ellos. Primero se acuerda uno de haber conservado el discernimiento durante todo aquel desfile de imágenes fantásticas; se recuerda asimismo el haber obrado con una destreza y una lógica extraordinarias cuando le rodeaban a uno los asesinos, cuando se esforzaban en enmascarar sus intenciones y cuando, prestos a degollarnos a la primera ocasión, nos prodigaban sus pruebas de amistad. Nos recordaban también con qué ingeniosa estratagema logramos burlarlos y esquivarlos.

Luego dudamos de que no conocieran nuestro ardid y pensamos que fingían ignorar el lugar de nuestro escondite. Entonces se ha usado otra vez de la astucia para engañar a los perseguidores. Uno recuerda todo eso perfectamente y, sin embargo, ¿cómo pudo ser que nuestra razón aceptase todos aquellos absurdos, aquellas inverosimilitudes notorias que llenaban el sueño? Uno de los asesinos se transformó en mujer ante nuestros ojos, luego esa mujer se metamorfoseó en un veneno horroroso, repugnante, y nosotros creíamos que ello sucedía en verdad, lo aceptamos sin la menor sorpresa, mientras, a la par, nuestra inteligencia desplegaba una potencia insólita realizando maravillas de astucia, de penetración y de lógica. ¿Por qué pues, al despertar y tornar al mundo real, se advierte casi siempre, y a veces con rara viveza de impresión, que el sueño, al alejarse, se lleva con él una especie de enigma inadivinado? La extravagancia del sueño nos impele a sonreír, y a la vez presentimos que todo ese conjunto de absurdos contiene una idea, una idea real, perteneciente a nuestro mundo verdadero, una cosa que existe y ha existido siempre en nuestro corazón. Nos parece encontrar en ese sueño una profecía que esperamos, y creemos experimentar una fuerte sensación, o alegre o lúgubre, pero positiva, aunque no sabemos comprenderla ni volverla a vivir.

La lectura de aquellas cartas produjo en Michkin una impresión semejante. Ya antes de dirigir sus ojos a ellas advertía que el mero hecho de que existiesen, incluso su posibilidad, equivalían por sí solos a una pesadilla. ¿Cómo se habría decidido Nastasia Filipovna a escribir a Aglaya? Así se preguntaba el príncipe mientras paseaba solo, durante la tarde, olvidando con frecuencia incluso el lugar en que se encontraba. ¿Cómo habría escrito sobre tal tema, y cómo una fantasía tan insensata pudo acudir a su cerebro? Pero el sueño se había realizado y —lo cual sorprendía a Michkin más que todo lo restante— mientras leía aquellos escritos él mismo creía en la posibilidad, y hasta en la razón de ser, de aquel sueño. Tratábase, cierto, de un sueño, de una pesadilla, de una locura, pero existía también un elemento cruelmente real, dolorosamente justo, que autorizaba tal sueño, tal pesadilla, tal locura. Durante varias horas consecutivas, el príncipe quedó como aniquilado por lo que había leído. Ciertos pasajes de las cartas acudían a su mente sin cesar, y entonces los ponderaba profundamente. Quería, a veces, decirse que había abandonado todo aquello hacía mucho, e incluso le parecía haber leído semejantes escritos largo tiempo atrás. Era como si todos los sufrimientos, temores y angustias experimentados desde entonces tuviesen su origen en aquellas cartas leídas antaño, imaginariamente, por él.

«Cuando abra usted este pliego —comenzaba la primera carta— mire primero la firma. Ella se lo dirá todo, le explicará todo. Es inútil, pues, que me justifique ante usted y que le dé explicaciones. Si en el más remoto sentido ambas fuésemos iguales, podría usted encontrar un insulto en mi audacia; pero ¿quién soy yo y quién es usted? Somos verdaderos antípodas y la distancia

entre ambas es tal, que yo no podría ofenderle, aunque quisiera».

En otro lugar, Nastasia Filipovna decía:

«No vea en mis palabras la exaltación morbosa de un espíritu enfermo, si le digo que yo la considero como una perfección. La he visto y la veo todos los días. No la juzgo: no es el raciocinio el que me ha llevado a considerarla una perfección. Éste, para mí, es sencillamente un artículo de fe. Pero yo obro mal con usted en un sentido: la quiero. La perfección no puede amarse, sino sólo admirarla, ¿verdad? Y, sin embargo, estoy prendada de usted. Aun cuando el amor iguala a los hombres, le niego que no tema: no la rebajo hasta mí, ni aun en lo más íntimo de mi pensamiento. He escrito: «no tema». ¿Acaso puede usted temer? Si ello fuera posible, yo besaría el suelo que pisan sus pies. ¡No, no quiero igualarme a usted! ¡Mire, mire la firma; mírela pronto!».

«Observo, sin embargo (escribía en otra carta), que aun cuando uno el nombre de usted al de él, ni una sola vez le pregunto si usted le ama, en cambio, se enamoró de usted en cuanto la vio. Pensaba en usted como en una «luz». Tal fue la expresión textual que oí de sus propios labios. Pero tampoco necesitaba sus palabras para saber que era usted su luz. He vivido un mes a su lado y he comprendido entonces que usted le amaba también. Los dos han sido hechos el uno para el otro».

«¿Es posible? (decía luego). Pasé ayer junto a usted y me pareció que se ruborizaba. No, no es posible: debo de haberlo imaginado. Aun cuando se la condujera al más infame de los lugares y se le mostrasen los más viles vicios, usted no tendría por qué sonrojarse: está por encima de toda afrenta. Puede usted odiar a los hombres bajos y cobardes, pero sólo por las ofensas que causen a los otros, ya que a usted no puede alcanzarle ninguna. ¿Sabe que yo creo que usted debía quererme también a mí? Usted es para mí lo que para él: un ángel de luz. Y un ángel no puede odiar, ni amar siquiera. Me he preguntado a menudo si es posible amar a todos nuestros prójimos. Pero es evidente que no se puede, que ello es incluso antinatural. El amor abstracto de la humanidad se resuelve casi siempre en egoísmo. Pero lo que para nosotros es imposible no lo es para usted. ¿Cómo podría usted dejar de amar fuese a quien fuere, cuando se mueve usted en una región inaccesible a toda ofensa, a toda irritación personal? Sólo usted puede amar sin egoísmo; sólo usted puede, al amar, prescindir de sí misma y no pensar sino en aquel a quien ama. ¡Qué doloroso me sería saber que usted sentía vergüenza y enojo al recibir mis cartas! Ello resultaría ruinoso para usted misma, porque se pondría, al hacerlo, a igual nivel que yo».

«Ayer, después de verla, volví a casa e imaginé una escena pictórica. Los pintores representan siempre a Cristo en alguna escena evangélica; pero yo no la representaría así. En el cuadro que imaginé, Él estaría solo (hay que tener en

cuenta que sus discípulos se separaban de él a veces). A su lado sólo pondría un niñito. El niño ha ido a jugar junto a Jesús, o bien a contarle alguna cosa, con la inocencia de su edad. Cristo, después de escucharle, ha quedado meditabundo, olvidando la mano sobre la cabecita del pequeño. Mira al horizonte lejano, en sus ojos se adivina un pensamiento grande como el mundo y su rostro está triste. El niño, dejando de hablar, se ha acodado en las rodillas de Jesús, apoyando la mejilla en la mano y mirando fijamente a Cristo con ese aire pensativo que se ve en los niños algunas veces. El sol se pone… Tal sería mi cuadro. Usted es inocente y toda su perfección consiste en su inocencia. ¡No recuerde más que esto! ¿Qué le importa mi cariño por usted? Usted será mía para siempre. Toda mi vida estará usted a mi lado… Y moriré muy pronto».

En la última carta se leían las siguientes palabras:

«No piense nada de mí, por amor de Dios. No crea que me humillo por escribirle así, o que soy de esos seres que encuentran placer en el rebajamiento y hasta se rebajan por orgullo. No, yo tengo también mis consuelos, si bien me sería difícil explicárselos. Casi no comprendo yo misma cuáles son. Pero sé que no me puedo humillar, ni aun por orgullo. Y soy incapaz de sentir la humildad de un corazón puro. Por consecuencia, no me humillo en nada.

»¿Por qué quiero unirlos a los dos? ¿Por usted o por mí? Por mí, desde luego. Todas mis dificultades quedarían resueltas así; hace tiempo que lo he pensado… Sé que hace meses su hermana Adelaida, viendo mi retrato, dijo que una belleza tal podía revolucionar el mundo. Pero he renunciado al mundo. Le parecerá absurdo que escriba tales palabras… yo, a quien siempre ha visto cubierta de encajes y diamantes, rodeada de una reunión de truhanes y beodos. No pongo atención en eso. Yo no existo ya, y lo sé. ¡Dios sabe quién habita mi cuerpo en vez de mi verdadera personalidad! Y leo esa certeza en la mirada de dos ojos, de dos ojos terribles que me espían sin cesar incluso cuando el semblante a que pertenecen no se halla ante mí. En este momento esos ojos callan (¡callan siempre!), pero yo conozco su decreto. La casa de ese hombre es sombría, lúgubre y encierra un misterio entre sus muros. Estoy segura de que él guarda en alguna parte una navaja de afeitar envuelta en seda como ese célebre asesino de Moscú, que también vivía con su madre y había envuelto en seda una navaja de afeitar con la que se proponía degollar a unas personas. Siempre que estoy en casa de este hombre pienso que debajo del pavimento debe de haber un cadáver, acaso escondido allí por su padre, como en el caso del asesino de Moscú, me figuro que ese cadáver debe estar envuelto en un hule y, también, rodeado de frascos de líquido «Chadanov» … ¡Casi podría mostrarle el lugar en que yace el cadáver! Este hombre no dice nada, pero sé que dado lo que me ama, es imprescindible que me odie. El casamiento de usted y el nuestro se celebrarán a la vez. Así lo hemos

convenido él y yo. No tengo secretos para él, pero con gusto le mataría. ¡Me inspira tanto temor! Pero antes me habrá matado él. Hace poco, hablándole así, se ha puesto a reír y me ha dicho que yo deliraba. Sabe que le escribo…»

Idénticas expresiones delirantes aparecían en otros párrafos de las cartas. La segunda de ellas, muy clara, cubría dos pliegos de papel de tamaño doble, llenos de una letra muy fina.

Michkin salió del parque después de haber errado largo rato por él, como la víspera. La noche, clara y transparente, le pareció aún más clara que de costumbre. «¿Es posible que sea tan temprano?». Se había olvidado de sacar el reloj. Percibió los sonidos de una música lejana. «Está tocando la banda. Ellas no deben de haber acudido hoy al concierto». Mientras formulaba ese pensamiento se dio cuenta de que se hallaba muy cerca de la casa del general Epanchin. Sabía de antemano que acabaría dirigiéndose a ella. Entonces subió a la terraza. Le desfallecía el corazón. No había nadie. Aguardó un momento y luego abrió la puerta de la sala. «Nunca cierran esta puerta», pensó. La sala estaba vacía y obscura. De pronto se abrió otra puerta y entró Alejandra Ivanovna, con una bujía en la mano. Al distinguir al visitante, la joven se detuvo y le miró, sorprendida. Era notorio que atravesaba la habitación para dirigirse a otra y no esperaba hallar a nadie en aquel lugar.

—¿Cómo es que está usted aquí? —preguntó al fin.

—Pasaba junto a la puerta… y he entrado.

—Maman no se siente bien y Aglaya tampoco. Adelaida se ha ido a acostar y yo voy a hacer lo mismo. Hemos pasado la velada solas. Papá y el príncipe están en San Petersburgo.

—He tenido… he venido… porque…

—¿Sabe qué hora es?

—No.

—Las doce y media. A esta hora siempre solemos estar acostados. —¡Ah! Yo creía que… eran las nueve y media…

Alejandra estalló en risas.

—¡Tiene gracia! Pero ¿por qué no ha venido antes? Podíamos haber estado aguardándole y…

—Yo creía… —balbució él, iniciando la marcha.

—Hasta la vista. ¡Lo que van a reírse todos mañana cuando cuente esto!

Michkin volvió a su casa siguiendo el camino que bordeaba el parque. Sus ideas estaban trastornadas, el corazón le latía violentamente, todas las casas

asumían, en torno suyo, aspectos fantásticos. De pronto se ofreció a sus ojos la visión que por dos veces se le apareciera en sueños. La misma mujer salió del parque, y se detuvo en el camino ante Michkin. Se dijera que le esperaba. Él, tembloroso, interrumpió su marcha, y ella, asiéndole la mano, se la estrechó con fuerza. «No —pensó Michkin—, ésta no es una aparición».

Ella estaba frente a él, a solas por primera vez desde su separación, y le hablaba. Pero él la miraba en silencio, con el corazón rebosante y dolorido. Jamás desde entonces pudo olvidar aquel encuentro, ni nunca lo recordó sino con infinita congoja. De pronto Nastasia Filipovna, como una demente, se arrodilló ante Michkin, que retrocedió, espantado. La joven tomó su mano, para besársela. Como en sueños, el príncipe vio pender dos lágrimas de las largas pestañas de Nastasia Filipovna.

—¡Levántate, levántate! —exclamó, esforzándose en hacer que se incorpora—. ¡Levántate en seguida!

—¿Eres feliz? ¿Feliz? —preguntó la mujer—. Dime una sola palabra: ¿Eres feliz ahora? ¿Lo eres en este instante? ¿Has estado con ella? ¿Qué te ha dicho?

Continuaba de rodillas, sin atenderle. Las preguntas se agolpaban a sus labios y surgían precipitadas, como si alguien la persiguiese y ella, sabiéndolo, estuviera inquieta y ansiosa.

—Me voy mañana, como me has ordenado. No volveré a escribir más. Ésta es la última vez que te veo… ¡La última! ¡Ésta sí que es la última vez!

—¡Cálmate y levántate! —gritó él, desesperado.

Nastasia Filipovna le cogió los brazos y le contempló con anhelo. Luego se incorporó y alejóse a toda prisa, diciendo:

—Adiós…

Michkin vio aparecer a Rogochin de improviso, tomar el brazo de Nastasia Filipovna y desaparecer con ella.

—Espera un momento, príncipe —instóle Parfen Semenovich—. Vuelvo contigo antes de cinco minutos.

En efecto, cinco minutos más tarde Rogochin volvía al lugar donde Michkin le aguardaba.

—La he dejado en el coche, que espera ahí cerca desde las diez —expuso —. Ella sabía que tú pasarías la velada en casa de esa otra mujer. Le transmití exactamente el contenido de la carta que me dirigiste. Nastasia Filipovna no volverá a escribir más cartas a esa amiga tuya y, como lo deseas, mañana mismo se irá de Pavlovsk. Ha querido verte por última vez a pesar de tus

negativas de entrevistarte con ella. Te esperamos aquí, en ese banco. Así sentíamos la seguridad de verte cuando regresaras.

—¿Y te ha traído consigo?

—¿Por qué no? —repuso Rogochin, sonriendo—. No he visto más de lo que ya sabía. ¿Has leído sus cartas?

—¿Es posible que tú las hayas leído también? ¿Es verdad? —exclamó Michkin, transido de espanto ante tal pensamiento.

—¡Pero si me las ha enseñado todas! ¿Has visto lo que dice de la navaja? ¡Ja, ja!

—¡Está loca! —exclamó Michkin, retorciéndose las manos.

—¿Quién sabe? Quizá no… —murmuró Rogochin en voz baja y como para sí. El príncipe no le contestó.

—Adiós —dijo Parfen Semenovich—. También yo me voy mañana. No me guardes rencor… —Y volviéndose bruscamente, agregó—: Amigo mío, no has contestado a la pregunta de Nastasia Filipovna: ¿eres feliz o no?

—¡No, no, no! —exclamó Michkin, con inexpresable tristeza.

—Ya me lo figuraba —repuso Rogochin.

Y, riendo sarcásticamente, se alejó sin volver la cabeza.

****

CUARTA PARTE

I

Había transcurrido una semana desde la entrevista de Michkin y Aglaya Ivanovna en el banco verde. Una hermosa mañana, a eso de las diez y media, Bárbara Ardalionovna Ptitzina, que había salido para hacer determinada visita, volvió a casa entregándose a reflexiones bastante sombrías.

Existen ciertas personas a quienes es difícil describir por completo en sus aspectos característicos y típicos. Estas gentes son las que usualmente llamamos «corrientes» o «la mayoría». Los más de los escritores intentan en sus cuentos y novelas elegir y representar vívida y artísticamente tipos que raramente se encuentran, completos, en la vida real, aun cuando sean más reales a veces que la propia vida. Podkoliozin, por ejemplo, acaso sea

exagerado como tipo pero no es del todo irreal. Hay muchas personas inteligentes que, después de conocer a Podkoliozin gracias a Gogol, descubren que docenas y centenares de conocidos suyos son extraordinariamente parecidos a aquel personaje de comedia. Antes de leer a Gogol les constaba ya que tales amigos tenían las características de Podkoliozin, sólo que no sabían qué nombre darles. En la vida real son extremadamente escasos los novios que huyen saltando por una ventana momentos antes de la boda, en virtud, sobre todo, de que tal procedimiento no es un medio práctico de fugarse. Y, sin embargo, ¡cuántos y cuántos hombres —y entre ellos muchos muy virtuosos e inteligentes— se han sentido la víspera del día de su boda, en el fondo de su alma, en la misma situación de ánimo de Podkoliozin! No todos los maridos exclaman, llegado el caso: Tu l'as voulu, Georges Dandini! Pero ¡cuántos millones y billones de veces ha surgido este grito del corazón en el interior de infinitos maridos una vez pasada la luna de miel, y aun, en ocasiones, el día de la boda!

Sin entrar en más hondas consideraciones, basta dejar asentado que en la vida normal existen características típicas perfectamente susceptibles de ser descritas en literatura, así como los Georges Dandini y los Podkoliozines viven y se mueven ante nuestros ojos diariamente, si bien en forma menos condensada. Y aún hemos de hacer una reserva: que un Georges Dandini en plena perfección tal como lo ha pintado Moliere, puede existir también en la vida real, aunque no con tanta frecuencia. Con esto concluiremos nuestras reflexiones, que comienzan a tomar el cariz de una crítica de periódico.

¡Y, sin embargo, la cuestión persiste! ¿Qué puede hacer un autor con gentes corrientes en absoluto, y cómo conseguir que sus lectores se interesen por ellas? Es, por otra parte, imposible dejarlas al margen de las obras novelescas, puesto que las personas vulgares son en cada momento los más numerosos y esenciales eslabones en la cadena de los asuntos humanos y, por lo tanto, si se prescinde de ellas, se quita a la narración toda apariencia de verdad. Llenar una novela completamente con tipos y caracteres extraños e inverosímiles la convertiría en irreal y aun en poco interesante. A nuestro juicio, el escritor debe buscar rasgos instructivos y de interés incluso entre las personas más comunes. Cuando, por ejemplo, la verdadera naturaleza de ciertas personas vulgares consiste en su perpetua e invariable vulgaridad, o, mejor aún, cuando, a pesar de sus vigorosos esfuerzos para escapar a la vulgaridad y a la rutina diaria, permanecen siempre encadenadas a ellas vulgaridad y rutina, tales personas adquieren un carácter típico y propio: el carácter de un ser vulgar en absoluto y empeñado en substraerse a la vulgaridad por encima de todo, sin la menor posibilidad de conseguirlo.

A esta clase de personas vulgares o corrientes pertenecen ciertos personajes de mi novela, cuyos caracteres, he de confesar, no, han sido

debidamente explicados al lector. Tales eran, por ejemplo, Bárbara Ardalionovna Ptitzina, su marido, Ptitzin, y su hermano, Gabriel Ardalionovich.

No hay cosa más enojosa que ser hombre de buena familia, de agradable apariencia, bastante inteligente y de buen carácter y, sin embargo, no tener talento alguno, ninguna especial facultad, ninguna peculiaridad, ninguna idea propia de uno mismo: ser, en suma, como los demás… Poseer una fortuna, pero no la de Rothschild; ser de familia distinguida, pero que nunca se ha ilustrado en ningún aspecto; tener una agradable apariencia que no expresa nada en particular; disfrutar de una esmerada educación y no saber cómo utilizarla; atesorar inteligencia, pero ninguna idea personal; tener buen corazón, pero ninguna grandeza de alma, y así sucesivamente. Existe en el mundo extraordinaria multitud de personas así: una multitud mucho mayor de lo que parece. Como las demás, estas personas pueden dividirse en dos clases: gentes de limitada inteligencia y gente de inteligencia mucho más despejada. Los primeros son más felices. Nada es más fácil para la gente vulgar de inteligencia limitada que suponerse excepcionales y originales y vivir en esta ilusión sin el más leve desengaño. A algunas señoritas rusas les basta cortarse el cabello, ponerse gafas azules y calificarse de nihilistas para suponer, en el acto, que han adquirido «convicciones» propias. A ciertos hombres les basta percibir en su alma el más tenue rayo de amabilidad hacia sus semejantes y de emoción para persuadirse definitivamente de que nadie siente como ellos y que figuran en la cúspide de la emocionalidad y la ilustración humanas. A algunos les basta oír alguna idea ajena o leer una página determinada para convencerse de que lo oído o leído es su propia opinión, espontáneamente brotada de su cerebro. La impudicia de esta ingenuidad, si cabe expresarse así, es sorprendente en casos de este orden. Por increíble que parezca, tales casos se encuentran muy a menudo. Esta impudicia de la ingenuidad, esta firme confianza del hombre estúpido en sí mismo y en sus talentos, han sido soberbiamente descritas por Gogol en el maravilloso carácter de su teniente Pirogov. Pirogov no siente la menor duda de que es un genio superior a todos los genios. Tan seguro está de ello, que ni siquiera lo somete a discusión. Por eso no discute ni pregunta nunca nada. El gran escritor se ve forzado a castigar a su héroe en el desenlace, para satisfacer el ultrajado sentimiento moral del lector; pero, en vista de que el gran hombre, después del castigo, se limita a restaurar sus energías consumiendo una empanada, el autor alza las manos, desolado, y deja a sus lectores que extraigan la mejor conclusión posible de la moraleja. Yo he lamentado siempre que Gogol eligiese para protagonista a un hombre de tan humilde calidad, porque Pirogov estaba tan contento de sí mismo, que nada le hubiese sido más fácil que imaginarse, a medida que con la edad aumentara en grado, un genio de la guerra, o, mejor dicho, no imaginárselo, sino darlo por hecho. ¡Puesto que era general, necesariamente

habría tenido que ser un astro de la estrategia! ¡Y cuántos hombres así han sufrido terribles errores en el campo de batalla! ¡Cuántos Pirogov ha habido entre nuestros escritores, nuestros sabios y nuestros propagandistas! Digo «ha habido», pero, desde luego, los hay aún.

Gabriel Ardalionovich Ivolguin pertenecía a la segunda de las categorías mencionadas, es decir, a la de los más inteligentes. Mas estaba infectado de pies a cabeza de su deseo de ser original. Como ya observamos, esta segunda clase es más infortunada que la primera, porque el hombre vulgar inteligente, aun cuando en ocasiones, y aun siempre, se juzgue genial y originalísimo, siente roerle el corazón el gusano de la duda, y ello le sume a veces en amarga desesperación. Aun si logra someter esa duda, el veneno de ésta acaba por emponzoñarle. Pero estamos extremando las cosas. En la mayoría de los casos, estas personas no terminan tan trágicamente. En los últimos años de su vida estas personas suelen enfermar del hígado y nada más. Pero antes de esto, muchos de tales hombres hacen incontables locuras durante años, en su afán de mostrarse originales. Incluso se dan ejemplos curiosos: hay hombres honrados dispuestos a cometer cualquier vileza con tal de acreditar originalidad. A veces esos hombres infortunados son, además de honestos, buenos, obran como el ángel tutelar de su familia, mantienen con su trabajo, no sólo a sus parientes, sino a sus amigos y, con todo, no se encuentran satisfechos nunca en su vida. La idea de que han cumplido bien sus deberes no los consuela ni anima. Antes al contrario, los enoja: «En esto he malgastado mi vida —comentan—; esto me ha ligado de manos y pies, impidiéndome realizar alguna empresa grande. Yo no había nacido para esto; yo estaba predestinado a descubrir… la pólvora o América, o no sé exactamente el qué. Pero estaba llamado a descubrir algo». Lo más característico de estos señores es que nunca saben a punto fijo lo que van a descubrir o realizar, aunque se mueven desde luego en el área de los descubrimientos y las realizaciones. Pero sus sufrimientos y su ansia de descubrir hubieran sido más que suficientes para un Colón o para un Galileo.

Gabriel Ardalionovich había dado los primeros pasos en este camino, pero aún no había hecho más que comenzar y le quedaban, pues, en la vida, largos años de cometer necedades. Una profunda y continua conciencia de su falta de talento y a la vez un devorador deseo de probarse a sí mismo que era hombre de gran independencia moral, se debatían en su corazón casi desde la niñez. Era un joven de violentos impulsos, que parecía haber nacido ya con los nervios en tensión. Tomaba la violencia de sus deseos por fuerza de voluntad. Su inmoderado afán de distinguirse le había conducido a veces al borde de las más locas acciones, pero siempre, en el último momento, nuestro hombre se encontraba lo bastante sensato para no realizarlas. Esto le colmaba de desesperación. Muchas veces, con tal de obtener lo que soñaba, habríase lanzado a cualquier acto por vil que fuera; pero parecía ser su destino que en el

momento final se reconociese harto honrado para cometer una gran bajeza. No así respecto a las pequeñas, a las que siempre se sentía dispuesto. La pobreza en que había caído su familia le humillaba e irritaba. Trataba a su madre con desprecio, a pesar de que sabía que siempre podría facilitarle mucho su ulterior carrera el respeto de que gozaba en todas partes Nina Alejandrovna. Al comenzar a trabajar con el general Epanchin, se había dicho: «Puesto que hay que ser vil, seámoslo hasta el final, siempre que nos dé provecho». No sabemos por qué presumía la necesidad de ser vil. Y, además, no lo era casi nunca. Aglaya le asustó al principio, pero no por ello prescindió de considerarla como una posibilidad, si bien nunca creyó seriamente que ella acabase descendiendo a ser suya. Después, cuando surgió el asunto de Nastasia Filipovna, Gabriel Ardalionovich imaginó repentinamente que el dinero era el medio de conseguirlo todo. Y se repetía a diario, una y otra vez con presuntuosa seguridad, no exenta de cierto temor: «Puesto que hay que ser bajos, seámoslo de una vez. La gente vulgar vacila, pero yo no».

Al perder a Aglaya y verse aplastado bajo las circunstancias, se descorazonó del todo y, como sabemos, entregó a Michkin el dinero que una loca había recibido de un loco y le regalaba. Mil veces lamentó después haber reintegrado aquel dinero, aun cuando se enorgulleciera a cada instante de haber hecho «lo que no todos hubieran sido capaces de hacer». Durante los tres días que Michkin permaneció entonces en San Petersburgo, Gania desahogó su tristeza con él, aun cuando no dejara de aborrecerle viendo la compasión que el príncipe le tenía. Pero le era forzoso reconocer (y tal confesión le hería muy cruelmente) que todo su disgusto provenía de sentir lesionado sin cesar su amor propio. Sólo muy tarde se dio cuenta de que con una mujer tan inocente y original como Aglaya las relaciones que había deseado con ella hubiesen podido tomar un sesgo serio. Entonces, abrumado de recriminaciones contra sí mismo, renunció a su puesto con el general y cayó en una profunda melancolía.

A la sazón, Gania vivía con su madre y su padre en casa de Ptitzin. No ocultaba su desprecio por aquel hombre que le daba hospitalidad, pero, no obstante, atendía sus consejos y aun era lo bastante razonable para pedírselos. Una cosa que le irritaba mucho era observar que Ptitzin no aspiraba a ser un Rothschild. «Puesto que eres usurero —decíale—, explota a las gentes, hazles sudar todo el dinero posible y conviértete en el rey de los judíos». Ptitzin, siempre suave y modesto, se contentaba con sonreír. Sin embargo, una vez se explicó claramente con Gania y no dejó de poner cierta dignidad en su explicación. Demostró, en efecto, a su cuñado, que no hacía nada deshonesto y que era injusto acusarle de judío. Él no tenía la culpa de que el dinero tuviese tanto valor y, por ende, él no obraba sino como una especie de intermediario. Eso aparte, gracias a su destreza en los negocios se había procurado muy buenas amistades y el círculo de sus operaciones se ensanchaba de día en día.

«No llegaré a ser un Rothschild, no hay razón para que lo sea —añadió, riendo —, pero sí llegaré a tener una casa en la Litinaya, y acaso dos, y entonces me daré por satisfecho». «Quizá llegue a tres. ¿Por qué no?», agregó para sí. Tal era su sueño, pero un sueño que no confiaba íntegro a nadie.

La naturaleza gusta de personas así y las favorece. Seguramente acabará recompensando a Ptitzin no con tres, sino con cuatro casas, precisamente por haber comprendido desde su niñez que nunca llegaría a ser un Rothschild. Cierto que en ese límite se detendrá la buena suerte de Ptitzin y que, pase lo que pase, nunca tendrá más de cuatro casas.

Bárbara Ardalionovna no se parecía en nada a su hermano. Cierto que sentía también vivos deseos, pero con menos impetuosidad y más testarudez. Mostraba tanta prudencia en el alcance de sus proyectos como en el modo de ponerlos en práctica. Era, sí, una de esas personas vulgares que sueñan en ser originalísimas; pero habiendo reconocido muy pronto que no existía en ella ni un átomo de verdadera originalidad, no se disgustaba gran cosa y hasta —¿por qué no?— quizá se enorgulleciese de ello en cierto sentido. Cuando hizo su primera concesión a las realidades de la vida práctica, fue al acceder a casarse con Ptitzin, y entonces, desde luego, no se dijo: «Admitamos la bajeza puesto que conduce al fin deseado», como hubiese hecho Gania, y como acaso hizo emitir su opinión sobre el matrimonio en su calidad de hermano mayor. Muy por el contrario, Bárbara Ardalionovna fue al matrimonio convencida de que se casaba con un hombre agradable, sencillo, casi ilustrado y que nunca cometería una vileza por nada del mundo. En cuanto a las vilezas menudas, eran naderías de las que Bárbara Ardalionovna no se preocupaba. ¿Acaso no se encuentran en todas partes? Sería absurdo buscar el ideal. Además, sabía que casándose aseguraba techo y alimento a su familia. Viendo infortunado a Gania, deseaba serle útil a pesar de todas sus querellas anteriores.

Ptitzin, siempre en tono animoso, exhortaba a Gania a veces a entrar en el servicio, «pues ya verás como «todos ellos» terminan siendo generales. Si Dios te da vida, lo verás». «¿Y de dónde sacan en limpio que desprecio al generalato y a los generales?», pensaba Gania, irónico.

Fue precisamente queriendo ser útil a su hermano por lo que Bárbara Ardalionovna reanudó su amistad con las hijas de Epanchin, con quienes jugara de niña. La joven no habría sido quien era si en sus visitas a aquellas muchachas persiguiese la realización de un sueño fantástico. No, su proyecto no tenía nada de fantasía, dado el carácter de aquella familia y muy en especial de Aglaya. Los esfuerzos de Bárbara Ardalionovna tendían a un solo fin: restablecer las relaciones entre su hermano y Aglaya. Acaso llegara a tal resultado, o acaso se equivocase suponiendo que su hermano iba a dar de sí más de lo que podía. Sea como fuere, maniobró muy diestramente entre las Epanchinas. Pasaba semanas enteras sin mencionar el nombre de Gania,

mostraba siempre una franqueza y una corrección extremadas, y observaba una actitud modesta, pero digna. Buceando en el fondo de sus sentimientos, no encontraba nada reprensible en su conducta, y ello le estimulaba a persistir en su designio. Pero a veces Bárbara Ardalionovna se daba cuenta de que poseía mucho amor propio y ese amor propio resultaba herido, y nunca lo advertía con mayor claridad que cuando regresaba de casa de las Epanchinas.

Precisamente volvía de casa de ellas aquella mañana en que, como dijimos, se encontraba de un humor bastante sombrío. En su abatimiento no faltaba un atisbo de amarga ironía. Ptitzin tenía en Pavlovsk una casa de madera, fea, pero amplia, que se erguía en una calle polvorienta. Aquel edificio debía pasar en breve a ser propiedad suya y ya proyectaba venderlo. Cuando subía la escalera, Bárbara Ardalionovna oyó, gran estrépito en el piso superior. Reconoció las voces exaltadas de su padre y su madre. Al entrar en la sala distinguió a su hermano, que recorría el aposento a grandes zancadas, pálido de ira y, al parecer, a punto de mesarse los cabellos.

Varia arrugó el entrecejo y, sin quitarse ni siquiera el sombrero, se dejó caer lánguidamente en un diván. Comprendiendo que si no preguntaba a su hermano las causas de su irritación, le enojaría más aún, se apresuró a inquirir:

—¿La historia de siempre?

—¿Qué dices? —exclamó Gania—. ¡La de siempre! No, hoy no es la de siempre. ¡El diablo sabe lo que pasa! El viejo está exasperado, mamá deshecha en lágrimas… ¡Palabra, Varia, que voy a echar a ese hombre, digas lo que quieras… o a marcharme yo! —añadió, recordando quizá que no le era posible arrojar a una persona de una casa que no le pertenecía.

—Hay que ser indulgente —murmuró Varia.

—¿Indulgentes con quién? ¿Y con qué cosas? —repuso Gania, rojo de ira —. ¿Con las bellaquerías de ese hombre? No; digas lo que quieras, esto no puede continuar así. ¡Es imposible, imposible, imposible! ¡Es tremendo! Quien ha faltado es él, y aún tiene humos… «Si no le basta la puerta, echa abajo la muralla». ¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

—No importa la cara que yo pueda tener —dijo ella, malhumorada.

Gania la contempló con curiosidad.

—¿Has estado en aquella casa? —preguntó repentinamente.

—Sí.

—Escucha. ¡Otra vez gritan! ¡Qué vergüenza! ¡Y en un momento como éste!

—¿Un momento como éste? No veo que sea un momento distinto a los

demás.

—¿Has sabido algo? —preguntó Gania, mirándola con redoblada atención.

—Nada inesperado. Me he informado de que todo era cierto. Mi marido ha visto más claro que tú y yo. Lo que predijo desde el principio, se ha realizado. ¿Dónde está?

—Ha salido. ¿Qué es lo que se ha realizado?

—El príncipe ha sido formalmente aceptado como novio oficial. Es cosa concluida. Me lo han dicho las hermanas mayores. Aglaya ha dado su consentimiento. Hasta ahora andaban con misterios, pero ya han renunciado a las ocultaciones. El casamiento de Adelaida se ha retardado para que las dos bodas se celebren a la vez. Muy poético, ¿verdad? En lugar de correr por la sala como un loco, valdría más que redactases un epitalamio. La princesa Bielokonsky va a visitarlos esta noche. Ha llegado muy a punto. También habrá más personas. Presentarán el prometido a la princesa, aunque ya se conocen. Parece que se quiere dar cierta solemnidad a esa presentación… El único temor que existe es que, al entrar en el salón, el apuesto novio rompa alguna cosa o mida el suelo con las espaldas. Cosas así son muy corrientes en él.

Gania escuchaba muy atentamente. Con gran sorpresa de Varia, aquella noticia, que destruía las esperanzas del joven, no le causó ninguna emoción aparente.

—Está claro —dijo, tras un instante de reflexión—. Es cosa concluida, naturalmente.

Y sonrió de un modo extraño. Miró a su hermana con expresión reticente y reanudó, con más calma, sus paseos por la habitación.

—Celebro mucho que tomes con filosofía lo ocurrido —observó Varia.

—Una preocupación menos. Sobre todo para ti.

—Creo haber trabajado sinceramente en favor tuyo, sin molestarle con preguntas. Nunca traté de saber, por ejemplo, qué felicidad esperabas encontrar en Aglaya.

—¿Acaso yo buscaba felicidad en Aglaya?

—No filosofes, ¿quieres? La cosa ha concluido, sí, y nosotros hemos quedado con un palmo de narices. Te confieso que nunca tomé en serio este asunto. Sólo quería divertirte y jamás conté con otra cosa que con el carácter absurdo de esa muchacha. Había noventa probabilidades contra diez de que fracasase la cosa. Éste es el día en que no sé aún lo que esperabas.

—Ahora lo que espero es que tu marido y tú me instéis a buscar un

empleo, que me sermonees constantemente asegurándome que la voluntad y la perseverancia lo vencen todo, que no hay por qué despreciar los beneficios modestos, pero seguros, etc. Me lo sé de memoria —dijo Gania, riendo.

«Ya tiene otra idea en la cabeza», pensó Varia.

—¿Y los padres? Encantados, ¿no? —preguntó el joven.

—No mucho… me parece. Además, tú mismo puedes hacerte cargo. No obstante, Ivan Fedorovich está satisfecho, Lisaveta Prokofievna tiene miedo. Todos saben que siempre le ha desagradado considerar al príncipe como posible esposo de su hija.

—No hablo de eso. Ya se sabe que el príncipe es un novio absurdo. Lo que me interesa es conocer el estado de cosas. ¿Ha consentido Aglaya formalmente?

—Hasta ahora no ha dicho «no»; pero en ella eso es lo más que se puede esperar. Aglaya es muy tímida y vergonzosa. Acuérdate de que cuando, de niña, había visitantes en su casa, se encerraba en un armario dos o tres horas, hasta que los extraños se iban; pues al crecer ha seguido siendo la misma. Yo he llegado a creer que no es indiferente al príncipe. Todos dicen que se burla de él de mañana a noche, pero sin duda encuentra medio de decirle diariamente alguna palabrita dulce al oído, porque él está radiante, como en la gloria… Ellas mismas me han dicho que resulta cómico… Y, además, me ha parecido que las dos mayores se burlaban de mí en mi misma cara.

El rostro de Gania comenzó a oscurecerse. Tal vez Varia hubiese insistido tanto en el tema para sondear los verdaderos sentimientos de su hermano. En aquel momento resonaron arriba nuevos gritos.

—¡Voy a echarle a la calle! —rugió Gania, contento de poder encontrar un desahogo a su cólera.

—Y entonces irá a ponernos en ridículo en todas partes, como ayer.

—¿Cómo ayer? ¿Cómo…? ¿Qué? ¿Qué ha hecho ayer? —preguntó el joven vivamente, presa de súbito Espanto.

—¿Es posible que no lo sepas? —exclamó Varia.

—¿De modo que es cierto que se ha presentado allí? —vociferó Gania, rojo de vergüenza y de ira—. ¡Dios mío! Tú vienes de aquella casa; ¿te han dicho algo? ¿Ha ido el viejo allí? ¿Sí o no?

Mientras hablaba se precipitó hacia la puerta. Varia corrió hacia él y le sujetó por los brazos.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas? —le reprochó—. Si le echas ahora, hará cosas peores. No dejará una sola casa conocida por visitar.

—¿Qué fue a hacer allá? ¿Qué dijo?

—No han sabido explicármelo. No le comprendieron. Pero asustó a todos. Quería ver a Ivan Fedorovich y, como éste se hallaba ausente, preguntó por Lisaveta Prokofievna. Primero le suplicó que le procurase un empleo, que le ayudase a reingresar en el servicio… Luego se deshizo en recriminaciones. Se quejó de mí, de mi marido, de ti en especial… Un escándalo…

—¿No sabes lo que ha dicho concretamente? —inquirió Gania, con los nervios en una tensión insoportable, temblando de pies a cabeza, cual en un acceso histérico.

—¿Qué va a decir? Es posible que ni él mismo lo supiera… Y también cabe que ellas no me lo contasen todo.

Gania, oprimiéndose la cabeza entre las manos, se acercó a una ventana. Varia se sentó junto a otra.

—Esa absurda de Aglaya —añadió repentinamente— me paró cuando me iba y me dijo: «Transmita a su familia la seguridad de mi personal estimación. Uno de estos días procuraré ir a visitar a su papá». Lo dijo con un tono muy serio. Es realmente extraño…

—¿No se burlaba? ¿Estás cierta de que no se trataba de una burla?

—No. Y eso es lo más raro de todo.

—¿Conoce la hazaña del viejo o no? ¿Qué te parece?

—Para mí es indudable que en aquella casa lo ignoran. Pero ahora me das que pensar… Acaso Aglaya lo sepa. En todo caso, debe ser ella sola, porque sus hermanas han quedado muy sorprendidas cuando la han oído darme tan seriamente recuerdos para papá. ¿Por qué habrá pensado precisamente en él? Si conoce el caso, lo conoce por el príncipe.

—No hace falta ser muy inteligente para adivinarlo… ¡Un ladrón! ¡Eso nos faltaba! Un ladrón en la casa. ¡Y el cabeza de familia!

—Vamos, déjate de eso —repuso Varia con energía—. Todo ello es una historia de borrachos y nada más. ¿Quién ha concebido tal cosa? Lebediev y el príncipe. Personas de un cerebro muy despejado, ¿no? Yo no doy a semejante historia más importancia de la que tiene.

—El viejo es un ladrón y un borracho —insistió Gania, con amargura—; yo, un mendigo; el marido de mi hermana, un usurero… ¡Era una perspectiva tentadora para Aglaya! ¡En qué magnífica familia iba a entrar!

—Ese marido de tu hermana, ese usurero, te…

—Mantiene, ¿verdad? No andes con cumplidos, te lo ruego.

—No te pongas así —contestó Varia—. Tienes el espíritu de un colegial. ¿Crees que todo eso podía perjudicarte ante Aglaya? No conoces su carácter: sería capaz de rehusar el más espléndido partido para huir con un miserable estudiante que no pudiese ofrecerle más que hambre y un desván. ¡Ése es su ideal! Nunca llegarás a comprender lo mucho que le hubieras interesado de haber sabido aceptar nuestra posición con orgullo y energía. El príncipe le ha gustado, en primer lugar, porque no se ha preocupado de hacerle el amor, y en segundo, porque todos le tienen por idiota. El solo hecho de que esa boda disguste a su familia, basta para que le encante a ella. ¡No entiendes nada!

—Ya lo veremos —repuso Gania, enigmático—. Pero, con todo, no me agrada que se haya enterado de la proeza del viejo. Yo esperaba que el príncipe no la contase. Ha ordenado silencio a Lebediev, e incluso a mí no quería relatármela, aunque le insté mucho…

—Entonces habrá sido otro, porque ya ves que la historia se ha divulgado. ¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Qué esperas? Si alguna esperanza quedase sería la de que aparecieses como un mártir ante los ojos de Aglaya.

—No; por romántica que sea, temería el escándalo. Es muy fácil despreciar los prejuicios de palabra; pero siempre hay un límite que no se rehúsa. Todas sois lo mismo.

Varia miró a su hermano con desprecio.

—¿Temer Aglaya nada? —contestó con energía—. ¡Qué alma tan mezquina tienes! Todos los hombres sí que sois iguales. Aglaya puede ser absurda y extravagante, pero tiene más generosidad que cualquiera de nosotros.

—Bueno, bueno, no te incomodes por tan poco —repuso Gania, conciliador.

—Lo único que me inquieta en ese cuento sobre papá —prosiguió Varia— es el miedo de que llegue a oídos de nuestra madre.

—Ya lo conoce —contestó Gania.

De haber obedecido Varia a su primer arranque habría subido corriendo a las habitaciones de Nina Alejandrovna. Pero después de levantarse para salir se detuvo y miró fijamente a su hermano.

—¿Quién ha podido decirle tal cosa?

—Seguramente Hipólito. Supongo que apenas instalado en nuestra casa habrá encontrado un perverso placer en contarlo todo a mamá.

—Pero ¿cómo pudo saberlo, dime? El príncipe y Lebediev han resuelto no hablar a nadie. Ni siquiera Kolia está enterado.

—Hipólito se habrá enterado solo. No puedes imaginar lo astuto que es ese individuo, lo chismoso que se muestra y cuánto le gusta divulgar toda clase de bellaquerías e historias escandalosas. Puedes creerlo o no, pero yo estoy seguro de que se las ha arreglado para participar la novedad a Aglaya, y, de no haberlo hecho, no será por falta de ganas. Ya lo hará después. Rogochin está también en relaciones con él. ¿Cómo no se dará cuenta Michkin de estas cosas? Luego, ese muchachuelo se complace en sembrarme de obstáculos el camino. Hace tiempo que me he dado cuenta de que me considera como un enemigo personal. ¿Por qué se meterá en mis asuntos, ni qué pueden importarle cuando está a las puertas de la muerte? ¿Qué le va ni le viene en ellos? No lo comprendo… Pero yo le daré una lección. Ya veremos quién se lleva el gato al agua.

—Si, como parece, le aborreces tanto, ¿por qué te comprometiste a traerlo aquí? ¿Crees que vale la pena preocuparse de él?

—Tú misma me aconsejaste que lo trajese.

—Creí que nos sería útil. ¡Ah! ¿Sabes que está enamorado de Aglaya y que le ha escrito? Me han preguntado por él… Hasta puede que haya escrito también a Lisaveta Prokofievna.

—En ese sentido no es peligroso —contestó Gania con sarcástica risa—. Creo que te engañas. No niego que se haya enamorado, puesto que es un chiquillo. Pero no me parece que haya dirigido anónimos a la vieja. ¡Es un mediocre tan rencoroso, una nulidad tan pagada de sí misma! Estoy seguro que me ha presentado ante Aglaya como un intrigante. Reconozco que al principio obré como un necio y dejé escapar algunas palabras de más al hablar con él, pensando que, aun cuando sólo fuese por rencor contra el príncipe, serviría mis intereses. ¡Cómo es un tipo tan falso! ¡Ahora le conozco bien! Y respecto al robo, puede haberlo sabido por su madre. Si el viejo ha hecho eso, ha sido por ella. Hipólito, a quemarropa y sin rodeos, me dijo que el general había prometido cuatrocientos rublos a su madre. Entonces lo comprendí todo. Al darme ese informe me miraba a los ojos, rebosando satisfacción en todo su aspecto. Es seguro que se lo ha dicho a mamá, por el mero placer de disgustarla. ¿Y por qué no se morirá de una vez? Se había comprometido a morir en un plazo de tres semanas, y, por el contrario, ha engordado desde que está aquí. Ya no tose. Él mismo ha dicho ayer que llevaba veinticuatro horas sin escupir sangre.

—Échale a la calle.

—Es que no le odio; le desprecio —respondió Gania, con orgullo. Y de repente, en un súbito arrebato de furia, gritó—: ¡Sí, sí! ¡Le odio! Y se lo diré en la cara, en sus últimos momentos, cuando se encuentre en su lecho de muerte… Si leyeses su confesión… ¡Dios mío, qué cándida impudicia! Es un

teniente Pirogov. Un Nozdrev en trágico… y sobre todo es un chicuelo. ¡Con qué gusto le hubiese aplastado aquel día para darle una buena sorpresa! Y como fracasó ante nosotros, quiere vengarse… Pero ¿qué es eso? ¿Más ruido aún? ¡Qué atrocidad! ¡Es insoportable! Ptitzin —dijo dirigiéndose a su cuñado, que llegaba en aquel momento—, ¿no es posible vivir en paz en esta casa? Esto es… esto es…

El estruendo se acercaba cada vez más. De pronto se abrió la puerta violentamente y Ardalion Alejandrovich, tembloroso, rojo de ira, fuera de sí, se abalanzó hacia Ptitzin. Le seguían Nina Alejandrovna, Kolia y, en último lugar, Hipólito.

II

Hacía cinco días que Hipólito se había trasladado a casa de Ptitzin. Ello se produjo naturalmente, sin explicaciones, sin disputas entre Michkin y su huésped, y la separación, al menos en apariencia, fue amistosa. Gabriel Ardalionovich, tan mal dispuesto hacia Hipólito el día del cumpleaños del príncipe, había ido a visitar al muchacho por la mañana, sin duda obedeciendo a una súbita inspiración. También Rogochin visitó al enfermo. Al principio, el propio Michkin opinó que valía más para Hipólito el trasladarse. Cuando Hipólito se marchó de casa del príncipe, hizo saber que iba a aprovechar la amable oferta de Ptitzin y no mencionó a Gania para nada, aun cuando había sido éste quien insistiera en que su cuñado le admitiese. Gania consideró la omisión harto extraña para no ser intencionada y se sintió muy ofendido. No había faltado a la verdad al hablar a su hermana del alivio del doliente. Hipólito, en efecto, parecía mejor que antes. Bastaba una mirada para notarlo.

Hipólito entró en la habitación en pos de los demás. Una sonrisa malévola contraía sus labios. Nina Alejandrovna aparentaba un tremendo espanto. En aquellos meses había cambiado mucho, y estaba harto más delgada. Desde que vivía en casa de Ptitzin no se mezclaba jamás, al menos ostensiblemente, en los asuntos de sus hijos. Kolia parecía preocupado e inquieto. Ignorante de las causas reales de aquella nueva tempestad doméstica, no comprendía en qué pudiera consistir lo que allí se llamaba «la locura del general»; pero asistía a las terribles escenas que su padre provocaba continuamente. Y estaba seguro de que en su progenitor se había operado un cambio profundo. Otra cosa inquietaba al muchacho. Hacía tres días que su padre había dejado de beber y por ende se había querellado con Lebediev y con Michkin. Kolia acababa de entrar en casa llevando media botella de vodka que había comprado con su dinero.

—Maman —había asegurado a Nina Alejandrovna antes de bajar a la sala —, vale más que beba. Hace tres días que no prueba una gota y se siente excitado, naturalmente. Le conviene un poco de vodka. Cuando estaba en la cárcel le sentaba muy bien.

El general, cruzando la puerta, detúvose en el umbral y se dirigió, impetuoso, a Ptitzin.

—Señor —gritó con voz tonante—, si es cierto que ha resuelto usted sacrificar en favor de un boquirrubio y un ateo a un anciano respetable, padre de usted o al menos de su mujer, a un hombre que ha servido a su emperador, estoy resuelto a abandonar esta casa inmediatamente. Elija, señor, elija inmediatamente: o yo, o este… tornillo… ¡Sí: tornillo! Lo he dicho sin pensarlo, pero es verdad, porque se hunde en mi alma como un tornillo, lacerándola sin el menor respeto.

—¿No querrá usted decir como un sacacorchos? —sugirió Hipólito.

—No: un tornillo; porque yo para ti soy un general y no una botella. Yo poseo condecoraciones, distinciones honoríficas, y tú no tienes ninguna. ¡O él o yo! ¡Elija, señor, y pronto! —añadió furiosamente dirigiéndose a Ptitzin.

Kolia acercó una silla a su padre, quien se dejó caer en ella como abrumado de cansancio. Ptitzin, anonadado, balbució:

—Valdría más que… que se acostase.

—¡El viejo aún se permite amenazar! —dijo Gania a su hermana, en un cuchicheo.

—¡Acostarme! —rugió Ivolguin—. Me insulta usted, señor; no estoy beodo. Ya veo —continuó, levantándose— que aquí todos se ponen en contra mía. Todos y todo. Me voy… Pero antes, señor, sepa…

No le dejaron acabar y le hicieron sentarse, suplicándole que se calmara. Gania, furioso, se apartó a un rincón. Nina Alejandrovna sollozaba convulsivamente.

—Pero ¿qué le he hecho yo? ¿De qué se queja? —inquirió Hipólito, riendo.

—¿Todavía lo pregunta? —exclamó vivamente Nina Alejandrovna—. Debería darle vergüenza. Es inhumano atormentar así a un viejo… y más aún en la situación en que usted se halla.

—Ante todo, ¿a qué situación se refiere usted, señora? Siento hacia usted un profundo respeto particular, pero…

—¡Es un tornillo! —clamó el general—. Un tornillo que me penetra en el alma y en el corazón. ¡Se empeña en convertirme al ateísmo! Entérate,

boquirrubio, de que antes que tú nacieses ya estaba yo colmado de honores. No eres más que un gusano roído por la envidia, aplastado, muerto de tos, chorreando por todas partes perversión e impiedad. ¿Por qué te ha traído Gania aquí? Todos están contra mí: los extraños, mis hijos…

—Déjese de ponerse trágico —intervino Gania—. Más valdría que no nos hubiese deshonrado ante toda la ciudad.

—¿Qué te deshonro, boquirrubio? ¿A ti? Lo único que podré hacer en todo caso es honrarte.

Y el general se levantó de un brinco. Era imposible contenerle. Gania estaba también fuera de sí.

—¡Aún habla de honra! —exclamó el joven con amargura.

—¿Qué dices? —exclamó el general, palideciendo y dando un paso hacia su hijo.

—Me bastaría abrir la boca para… —comenzó Gania con tono que no cedía en violencia al de su padre. Pero se interrumpió. Los dos, frente a frente, ardían de cólera.

—¿Qué haces, Gania? —gritó Nina Alejandrovna, los ojos en lágrimas, lanzándose hacia delante para contener a su hijo.

—Tan absurdo es el uno como el otro —declaró Varia, indignada—. Déjalos, mamá —añadió pasando el brazo por el talle de Nina Alejandrovna.

—¡Me callo por respeto a mi madre! —exclamó Gania con dramático acento.

—¡Habla! —tronó el general, frenético—. ¡Habla, so pena de la maldición paterna! ¡Habla!

—Me tiene sin cuidado su maldición. ¿Quién tiene la culpa de que esté usted como un loco desde hace ocho días? Ocho: sé bien la fecha en que eso ha empezado. Ándese con cuidado y no me excite, porque lo diré todo. ¿Qué fue a hacer ayer en casa de Epanchin? ¡Usted, un viejo, un hombre de cabellos blancos, un padre de familia! ¡Parece mentira!

—¡Cállate, Gania! —gritó Kolia—. ¡Cállate, imbécil!

—¿De qué me acusa? ¿Es que le he faltado? —preguntó Hipólito con tono de zumba—. ¿Por qué me califica de tornillo? Es él quien me busca, él quien ha ido a hablarme hace un rato para relatarme ciertas cosas a propósito de un tal capitán Eropiegov. Yo no me intereso por las personas de su clase, general. Hasta la fecha, he procurado rehuir su trato. ¿Qué me importa el capitán Eropiegov? ¡Compréndalo! No he venido aquí para hablar del capitán Eropiegov. Y me he limitado a expresar mi opinión, a saber: que acaso ese

capitán no haya existido nunca. Y entonces el general se ha puesto como un loco.

—Cierto: no ha existido nunca tal Eropiegov —concordó enérgicamente Gania.

El general, desconcertado por un momento, paseó en torno suyo una mirada perpleja. En su estupor no supo ni siquiera rechazar el mentís formal de su hijo.

—¿Lo oye? —exclamó Hipólito, triunfante—. Su propio hijo dice que no ha existido jamás el capitán Eropiegov.

Ivolguin intentó recuperar la palabra y dijo, trabajosamente:

—No he hablado del capitán Eropiegov, sino de Kapitón Eropiegov, un oficial retirado. Kapitón Eropiegov.

—¡No ha existido tal Kapitón! —repuso Gania, exasperado.

—¿Por qué no? —contestó el general, sonrojándose.

—Basta, basta —repetían Varia y su marido.

—¡Cállate, Gania! —insistió Kolia.

Al verse apoyado por otros, el general recobró parte de sus ánimos y dijo amenazadoramente a su hijo mayor:

—¿Cómo que no ha existido? ¿Por qué no?

—Porque no ha existido y nada más. Concluya esta comedia.

—¡Qué lo diga mi hijo, mi propio hijo, a quien yo…! ¡Dios mío! ¡Decir que no ha existido Erochka Eropiegov!

—¿No era Kapitochka? —mofóse Hipólito—. ¿Cómo es Erochka ahora?

—Kapitochka, señor, Kapitochka… Kapitón Alexievich, oficial retirado… que se casó con María… María Petrovna… Su… ¡Mi amigo y camarada! María Petrovna Sutugov… Ingresamos juntos en el ejército… Un compañero ante quien puse el pecho para salvarle. Y me hice herir… me hice matar. ¡Qué no ha existido Kapitochka Eropiegov! ¡Qué no ha existido!

La ira del general parecía poco proporcionada a la insignificancia que la había motivado. En otra ocasión, el indicarle que Kapitón Eropiegov no había existido nunca no hubiese despertado en él tan inmensa cólera. Habría, sí, dado una escena, gritando y alborotando, y concluido por irse a acostar. Pero ahora, por una de esas rarezas propias del corazón humano, una mera duda concerniente a la existencia de Eropiegov había hecho desbordar el vaso. El viejo se puso rojo como la púrpura y, alzando los brazos, gritó:

—¡Basta! ¡Os maldigo! ¡Me voy de esta casa! Trae mi maleta, Nicolás. Me voy…

Y salió de la sala, furioso. Nina Alejandrovna, Kolia y Ptitzin se precipitaron tras él.

—¡La has hecho buena! —dijo Varia a su hermano—. Ahora se irá de verdad y nos pondrá en ridículo.

—¡Más le valía no robar! —replicó el joven, con voz sofocada por la ira. Pero en aquel momento miró a Hipólito y se estremeció—. En cuanto a usted, señor —le dijo—, podía haber recordado que no estaba en su casa, en vez de abusar de la hospitalidad que le conceden, para irritar a un anciano que está loco sin duda alguna.

El rostro de Hipólito se contrajo. Pero supo dominar en el acto su emoción.

—No soy de su opinión respecto a la pretendida locura de su padre —respondió con calma—. Por el contrario, entiendo que, lejos de haber experimentado disminución, su inteligencia es más despejada desde hace algún tiempo. ¿No le parece? Se ha vuelto muy circunspecto, muy desconfiado, lo medita todo, lo pondera todo… Al hablarme de ese Kapitochka perseguía un fin, porque quería llevarme a tratar de…

—¿Y qué me importa lo que quisiera llevarle a tratar? —interrumpió Gania, airado—. No bromee conmigo, ¿me oye? Si conoce usted la causa real de que el viejo se encuentre en ese estado (y debe saberlo, puesto que lleva cinco días aquí ejerciendo de espía), no habría debido irritar a… un desgraciado, y disgustar de ese modo a mi madre exagerando las cosas, porque todo eso en resumen no significa nada; es una simple historia de borrachos y nada más. Ni siquiera está demostrada y no le doy más valor que el que tiene. Pero necesitaba usted espiar y ofender porque es usted un… un…

—¡Un tornillo! —acabó Hipólito, sonriendo.

—¡Un ser abyecto! Usted, señor, ha pasado media hora desempeñando una farsa y haciendo creer a la gente que iba a suicidarse con una pistola descargada. Es usted un embustero, un saco de bilis ambulante, un tipo que no sabe ni suicidarse sin mentir. Yo le he dado hospitalidad, ha engordado usted, se le ha quitado la tos, y, en recompensa…

—Permítame sólo dos palabras. En primer lugar estoy en casa de Bárbara Ardalionovna y no en la suya. Usted, pues, no me ha concedido su hospitalidad y, si no me equivoco, es, como yo, huésped del señor Ptitzin. Hace cuatro días he pedido a mi madre que buscase un alojamiento en Pavlovsk y se trasladase aquí, porque, en efecto, me siento mejor, aunque no haya engordado y siga tosiendo. Ayer noche mi madre me informó que la casa

estaba dispuesta y por mi parte me apresuro a comunicarles que hoy mismo, después de dar las gracias a su mamá y hermana, me iré a mi casa, a lo que ya estaba decidido desde ayer. Pero perdóneme: le he interrumpido y creo que aún tenía usted muchas cosas que decirme.

—Sí, es así —principió Gania, agitado.

—Sí es así, me permitirá usted que me siente, ¿verdad? Al fin y al cabo soy un enfermo —dijo Hipólito, tranquilamente, ocupando la silla que había dejado libre el general—. Ahora ya estoy en disposición de escucharle, tanto más cuanto que ésta es nuestra última conversación y casi de seguro nuestra última entrevista.

Gania se sintió avergonzado.

—Puede estar seguro —dijo— de que no me rebajaré exigiéndole explicaciones, y si usted…

—Hace mal en ponerse así —atajó Hipólito—. Por mi parte, yo, el mismo día de mi llegada a esta casa, decidí decirle todas las verdades con absoluta franqueza. Y me propongo darme esa satisfacción, una vez que usted haya hablado, por supuesto.

—Y yo le ruego que salga de esta habitación.

—Vale más que hable usted. Si no, lamentará luego no haber dicho lo que sentía.

—Basta, Hipólito —dijo Varia—. Basta, se lo suplico. Todo esto es vergonzoso. El enfermo se levantó.

—Por respeto a una dama —dijo, sonriendo— consentiré, Bárbara Ardalionovna, en ser conciso; pero no puedo acceder a más, pues urge cierta explicación entre su hermano y yo. No habrá fuerza en el mundo capaz de hacerme marchar antes de exponer ciertas cosas tal como son.

—¡O sea —vociferó Gania— que no es usted otra cosa que un chismoso y se empeña, a toda costa, en contar chismes antes de marcharse!

—¿Ve? —observó Hipólito con frialdad—. Ya está usted fuera de sí. Le repito que si no dice todo lo que guarda en el corazón se arrepentirá después de su silencio. Vuelvo a cederle la palabra; espero.

Gania calló y a su semblante asomó una expresión de menosprecio.

—Veo que no quiere hablar y que está resuelto a sostener su papel hasta el fin. Como guste. Por mi parte seré lo más breve que pueda. Hoy me ha echado en cara dos o tres veces su hospitalidad, y eso no es justo. Al invitarme a venir a su casa, quería usted que yo contribuyese a su juego, juzgando que yo debía vengarme del príncipe. Además, usted ha oído decir que Aglaya Ivanovna ha

testimoniado cierto interés por mí y ha leído mi «explicación». Pensando, pues, que yo iba a hacer causa común con usted, esperaba encontrar un aliado en mí. No necesito entrar en explicaciones más detalladas. Además, no exijo que confirme ni reconozca la verdad de mis palabras. Me basta dejarle frente a frente con su conciencia y saber que ahora hemos llegado a comprendernos mutuamente muy bien.

—¡Dios mío, qué conclusiones saca usted de las cosas más triviales! —exclamó Varia.

—Ya te he dicho que es un chismoso y un chicuelo —observó Gania.

—Permítame continuar, Bárbara Adalionovna. Naturalmente, yo no puedo querer ni respetar al príncipe, pero reconozco que es un hombre esencialmente bueno… aunque un poco ridículo. En todo caso, no tengo razones concretas para odiarle. Cuando su hermano me instigaba contra él, yo guardaba silencio, esperando ser el último en reír al desenlazarse todo. Estaba seguro de que Gabriel Ardalionovich, al hablar conmigo, no sabría refrenar su lengua y me haría las más imprudentes confesiones. Y así ha sucedido… Callaré ciertas cosas… sólo por respeto a usted, Bárbara Ardalionovna. Una vez explicado cómo no fue fácil hacerme caer en una trampa, le diré por qué he engañado a su hermano. No vacilo en confesar que lo he hecho por odio. Al morir (porque voy a morir, a pesar de haber engordado, según ustedes), al morir me parece que ascenderé más tranquilo al Paraíso si logro antes poner en ridículo al menos a uno de los representantes de esa numerosísima clase de hombres que me ha hecho imposible siempre la existencia, a los que he aborrecido durante toda mi vida, y de los que su muy estimado hermano encarna maravillosamente el tipo. Le odio, Gabriel Ardalionovich, aun cuando le parezca asombroso, únicamente porque es usted el modelo, encarnación, personificación y cúspide de la vulgaridad más insolente, más pagada de sí misma, más trivial y más repugnante. Simboliza usted la vulgaridad pomposa, la vulgaridad que no duda de nada y se siente dueña de sí en su olímpica serenidad. ¡Representa usted la quintaesencia de la vulgaridad! Está usted predestinado a que nunca, ni en su cerebro ni en su corazón, nazca una sola idea o un solo sentimiento personal. Y por ello es usted envidioso. Aun teniendo la firme convicción de que es usted un genio, la duda acude a su ánimo en ciertos momentos sombríos y entonces siente usted una cólera y una envidia inconmensurables. En su horizonte hay todavía puntos oscuros, pero desaparecerán cuando se convierta usted en un necio completo, lo que no tardará en ocurrir. En todo caso, se presenta ante usted un camino largo y variado, aun cuando no puedo decir que alegre, lo cual me complace mucho. En primer lugar, no conseguirá a cierta persona…

—¡Esto es insoportable! —protestó Varia—. ¿Cuándo va usted a callar, lengua de víbora?

Gania, pálido y tembloroso, no profirió una palabra. Hipólito calló, miróle largo rato con jubiloso aspecto y luego, volviendo la mirada a Varia, saludó, sonrió y se fue sin añadir más.

Gania, al parecer, tenía justos motivos en aquel momento para quejarse de la suerte. Durante varios minutos paseó por el salón a largas zancadas. Varia no osaba hablar ni mirarle. Al fin el joven se asomó a una ventana, volviendo la espalda a Bárbara Ardalionovna. Arriba volvió a sentirse tumulto. Varia se levantó.

—¿Te vas? —preguntó Gania, volviéndose bruscamente hacia ella—. Mira esto primero.

Y arrojó ante ella, en una silla, un papelito plegado como una carta.

—¡Dios mío! —exclamó Varia, golpeándose las manos.

La nota sólo contenía siete líneas:

«Gabriel Ardalionovich: Segura de los buenos sentimientos que tiene hacia mí, me decido a pedirle consejo en un asunto muy importante. Quisiera verle mañana por la mañana, a las siete en punto, en el banco verde. No está lejos de nuestra casa. Bárbara Ardalionovna, que es necesario que le acompañe, conoce bien el sitio. —A. I. E.».

—¡Cualquiera la entiende! —comentó Varia alzando los brazos.

Por poco jactancioso que se sintiera Gania en aquel momento, no pudo reprimir una sonrisa de triunfo ante aquella circunstancia que parecía desmentir las sombrías predicciones de Hipólito. La misma Bárbara Ardaliovna correspondió con un aspecto radiante a la expresión de orgullo de su hermano.

—¡Y el día de la presentación oficial del novio! ¿Quién entiende esto?

—¿De qué querrá hablarme mañana? —preguntó Gania.

—Eso no importa. Lo esencial es que, por primera vez desde hace seis meses, Aglaya manifiesta deseos de hablarte. Escucha, Gania: pase lo que pase, pónganse las cosas como se pongan, lo esencial es eso. ¡Muy esencial! No vuelvas a cometer fanfarronadas ni disparates, no repitas las necedades anteriores; pero, aparte eso, no temas, no vaciles… ¡Mucho cuidado! ¿Podía ella dejar de adivinar por qué he estado visitándola estos seis meses? Y, sin embargo, hoy no me ha dicho una sola palabra. Estaba como si tal cosa… Me han recibido a escondidas de la vieja, que, si llega a verme, es capaz de ponerme en la puerta. Pero me he expuesto a ese riesgo porque, costase lo que costara, quería saber…

Oyéronse nuevos gritos en el piso superior, seguidos de las pisadas de

varias personas que descendían la escalera. El espanto se adueñó de Varia.

—¡No podemos dejarle irse ahora por nada del mundo! —gritó—. Hemos de impedir hasta una sombra de escándalo. ¡Vete a pedirle perdón!

Pero el general estaba ya en la calle, seguido de Kolia, que llevaba su maleta. Nina Alejandrovna, en pie en lo alto de la escalera, lloraba y quería precipitarse hacia su marido. Ptitzin la retenía.

—No serviría sino para excitarlo más —aseguraba el esposo de Varia—. No tiene ningún sitio adonde ir y de aquí a media hora le traeremos a casa… Yo he hablado a Kolia y… Déjele llevar adelante su locura.

—¿Qué tonterías hace usted? ¿Adónde va? —gritó Gania por la ventana—. Bien sabe que no tiene adónde…

—Vuélvase, papá —suplicó Varia—. ¿No ve que los vecinos…?

El general se detuvo, dio media vuelta y extendió los brazos.

—¡Mi maldición sobre esa casa!

—¡Siempre teatral! —rezongó Gania, cerrando la ventana con violencia.

Los vecinos, en efecto, vigilaban la escena. Varia salió precipitadamente de la habitación. Ya solo, Gania se llevó la carta a los labios, produjo un chasquido con la lengua y dio una cabriola.

III

En otras circunstancias, los borrascosos episodios que acabamos de señalar no hubiesen tenido consecuencias. Ardalion Alejandrovich había atravesado ya crisis semejantes, aunque raras veces, porque era hombre bastante tranquilo y de inclinaciones más bien buenas que malas. Quizás unas cien veces hubiera tratado de reaccionar contra los hábitos disolutos contraídos en aquellos últimos años. Entonces recordaba súbitamente que era «padre de familia» y reconciliándose con su mujer vertía sinceras lágrimas. Respetaba hasta la adoración a Nina Alejandrovna, que le perdonaba silenciosamente tantas cosas y que continuaba amándole por el estado de degradación en que él había caído. Pero aquella noble lucha contra el vicio no duraba nunca mucho tiempo. El general era, a su modo, un hombre «impulsivo», y así la vida tranquila y arrepentida entre los suyos no tardaba en hacérsele insoportable y se sublevaba con ella. Sufría accesos de ira que probablemente se reprochaba en el mismo momento, pero que no lograba dominar; discutía con los que le rodeaban, pronunciaba frases grandilocuentes, exigía respeto infinito a su persona y, al

fin, desaparecía de la casa, adonde no regresaba, en ocasiones, sino después de transcurrido bastante tiempo. Hacía dos años que había renunciado a toda intromisión en los asuntos familiares, que sólo conocía de oídas.

Pero esta vez su crisis no se asemejó a las precedentes. Todos parecían saber alguna cosa grave y ninguno se atrevía a hablar de ella. Sólo tres días antes había tornado Ardalion Alejandrovich al seno de la familia; pero, en lugar de reaparecer con la humildad de un pecador arrepentido, como tenía por invariable costumbre en casos semejantes, había demostrado desde su regreso una irritabilidad excepcional. Inquieto, animado en cierto modo, hablaba a cuantos encontraba delante, cayendo sobre ellos como sobre una presa. Pero sus charlas versaban sobre asuntos tan insólitos y heterogéneos que resultaba imposible averiguar las verdaderas causas de su inquietud. Tenía momentos de jovialidad, pero en general se hallaba pensativo, sin que fuese posible saber en qué meditaba. A veces comenzaba a relatar algo —sobre las Epanchinas, sobre Michkin, sobre Lebediev— y bruscamente enmudecía sin terminar su relato. Cuando se le preguntaba el fin de la anécdota, contestaba con una sonrisa absorta, sin entender siquiera las preguntas que se le dirigían. Había pasado la noche anterior suspirando y gimiendo, hasta el punto que su mujer, creyéndole enfermo, pasó la noche en pie, preparándole cataplasmas. El general se durmió al alborear, despertando, cuatro horas después, en un estado de excitación que concluyó con la disputa con Hipólito y la «maldición» que ya registramos. En aquellos tres días se le había notado un amor propio excesivo y una susceptibilidad extraordinaria. Kolia aseguraba a su madre que el general estaba deprimido por falta de bebida y acaso también porque no se veía con Lebediev y con el príncipe. Kolia pidió informes a éste y acabó pensando que sucedía alguna cosa que Michkin no le quería comunicar. Si, como Gania suponía con muchos visos de verosimilitud, había habido una conversación privada entre Hipólito y Nina Aleiandrovna, parecía raro que el enfermo no se hubiese dado el morboso placer de transmitir también sus noticias a Kolia. Acaso Hipólito no fuese el perverso chicuelo que Gania suponía, o quizá su maldad perteneciera a otro género. No era menos dudoso que hubiese puesto a Nina Aleiandrovna en autos de lo sucedido, por la mera y malsana complacencia de «lacerarle el corazón». No olvidemos que los motivos de los actos humanos son de ordinario infinitamente más complejos y varios que lo que se supone una vez producidos. A veces lo mejor para el narrador es limitarse a la simple exposición de los hechos. Así procederemos al explicar la catástrofe sobrevenida al general.

Después de ir a San Petersburgo con el propósito de buscar a Ferdychenko, Lebediev había regresado en compañía de Ardalion Alejandrovich y no comunicó a Michkin ninguna novedad especial. De haber sido el príncipe menos distraído y estar menos absorto por sus preocupaciones personales, habría notado con facilidad que Lebediev, al día siguiente y al subsiguiente, no

le daba informe ulterior alguno y aun parecía eludir su presencia. Habiendo al fin aquel detalle llamado la atención de Michkin, éste recordó con extrañeza que en aquellos dos días, cuando había encontrado por casualidad a Lebediev, le parecía siempre muy animado, a más de estar casi constantemente en compañía del general. Ambos amigos no se separaban un momento. A veces Michkin oía cerca de él alegres y vivas conversaciones, discusiones acaloradas mezcladas con risas. Incluso en una ocasión, a una hora bastante avanzada de la noche, llegaron a sus oídos los acordes de una canción entre báquica y guerrera entonada por la ronca voz de bajo del general. De repente el cantante se detuvo en seco. Durante una hora más, percibióse una conversación muy entretenida, cuyos aislados fragmentos, al llegar a oídos de Michkin, daban a entender que los dos interlocutores se hallaban beodos. En un momento dado, Michkin supuso que ambos se abrazaban y uno se deshacía en llanto. A esto siguió el tumulto de una violenta disputa y, finalmente, el silencio se adueñó de la noche.

Kolia, en el intervalo, estaba muy preocupado. Michkin pasaba casi todo el día fuera de casa y a veces no volvía hasta muy tarde. Al volver, le informaban siempre de que Kolia había comparecido varias veces para buscarle. Pero cuando se encontraban, el muchacho no sabía decir sino que estaba «disgustado» por la conducta actual de su padre. Este y Lebediev, según decía el joven, «andaban siempre juntos, se emborrachaban en una taberna próxima, se abrazaban, escandalizaban en la calle, daban escenas ridículas y no sabían separarse jamás». Cuando Michkin le hacía notar que lo mismo había sucedido siempre, Kolia no sabía qué responder, ni cómo concretar el motivo de su presente inquietud.

Al día siguiente de aquel que el general entonara una canción báquica y disputara con Lebediev, Michkin, que se preparaba a salir (pues eran sobre las once de la mañana), vio aparecer ante él a Ardalion Alejandrovich, extremadamente agitado, casi tembloroso.

—Hace tiempo que buscaba la ocasión y el honor de verle, muy estimado León Nicolaievich —dijo, apretando la mano del príncipe hasta hacerle daño—. Hace tiempo, mucho…

Michkin le invitó a sentarse.

—No, no me siento… Va usted a salir… Otra vez. Al parecer, puedo felicitarle por… haber conseguido los anhelos de su corazón.

El príncipe se sintió turbadísimo. Ciego como todos los enamorados, imaginaba que nadie veía, comprendía ni conjeturaba su estado de ánimo.

—¿A qué anhelos se refiere? —inquirió.

—¡Tranquilícese, tranquilícese! No pretendo herir sentimientos tan

delicados. Ya sé por experiencia que no gusta que un tercero meta la nariz en… O sea, como dice el proverbio, que se meta donde no le llaman. Todos los días siento la misma impresión… Pero he venido por otra cosa. Es un asunto importante, muy importante, príncipe.

Michkin insistió en que se sentara, y le dio ejemplo.

—Un minuto nada más. He venido a pedirle consejo. Sé que no tengo, desde luego, fin práctico alguno en mi vida; pero, como me respeto a mí mismo… y estimo ese espíritu práctico de que tanto carecemos en Rusia por desgracia, desearía situarme… así como a mi esposa e hijos, en una posición que… En resumen, príncipe, necesito consejo.

Michkin aprobó con efusión los propósitos del general, quien le interrumpió bruscamente.

—Todo eso son tonterías. No era eso lo que le quería decir, sino una cosa más importante. He resuelto, León Nicolaievich, franquearme con usted, ya que le considero hombre que, por su nobleza de sentimientos y sinceridad de proceder, puede… puede… ¿No le extrañan mis palabras, príncipe?

Michkin miraba a su interlocutor, si no con mucha extrañeza, al menos con inmensa atención y curiosidad. El general estaba algo pálido, sus labios temblaban levemente de cuando en cuando, y sus manos se movían sin cesar, inquietas. Aunque sólo llevaba sentado pocos minutos, se había levantado ya dos veces para volver a dejarse caer en la silla. Era palmario que ejecutaba todos aquellos movimientos sin darse cuenta. Encima de la mesa había varios libros. Tomó uno, lo abrió, hojeólo, lo dejó en su sitio para coger otro y no abrió éste siquiera, conservándolo, cerrado, en la mano derecha, que agitaba sin parar.

—Basta —exclamó de repente—. Ya veo que le molesto.

—¡En absoluto! ¡Parece mentira! Le atiendo con mucho gusto y quisiera saber…

—Yo, príncipe, deseo colocarme en una situación honorable… Quiero poder estimarme a mí mismo para que… mis derechos…

—Desde el momento en un hombre siente tales deseos es digno ya de la mayor consideración.

Era una frase tomada de un cuaderno de escritura, pero Michkin juzgó que en el estado de ánimo en que se encontraba el general un aforismo cualquiera, de una sonoridad huera, pero agradable, podría ejercer una acción sedante sobre su espíritu. Y el general, en efecto, se sintió muy complacido. Lisonjeado y lleno de emoción, cambió inmediatamente de acento y se extendió, de modo solemne, en prolijas explicaciones. Pero, a pesar de la

atención que Michkin le prestó, le fue imposible entender nada en absoluto. Durante diez minutos Ivolguin se expresó con volubilidad extrema, como desbordado por la profusión de conceptos que quería exponer. Al final, incluso asomaron lágrimas a sus ojos. Desgraciadamente sus frases no tenían pies ni cabeza: eran raudales de palabras incoherentes e ininterrumpidas.

—Basta ya —acabó, levantándose—. Usted me ha comprendido. Estoy tranquilizado, pues. Un corazón como el de usted no puede dejar de comprender a un hombre afligido. ¡Es usted noble como un ideal, príncipe! ¿Qué vale el resto de los hombres, comparados con usted? ¡Es usted joven! ¡Acepte mi bendición! En resumen, he venido a pedirle hora para poder celebrar con usted una entrevista seria y grave, en la que hago reposar todas mis esperanzas. No busco más que amistad y simpatía, príncipe. Me lo exigen los impulsos de mi corazón.

—¿Por qué no hablar ahora? Estoy dispuesto a escucharle.

—No, príncipe, no —atajó el general vivamente—. Ahora no. Es inútil imaginarlo. Es demasiado importante, demasiado importante. Esa hora de conversación decidirá mi suerte… Será mi hora, y no quiero que en tan sagrado momento el primer recién llegado, un insolente cualquiera, pueda interrumpirnos… —E inclinándose al oído del príncipe continuó en voz baja, con acento extraño, misterioso, casi de temor—: Un insolente que no vale ni para descalzarle, príncipe, respetadísimo príncipe… No digo «descalzarme», porque me respeto demasiado para… Pero usted, sólo usted, puede comprender que al no hablar en este momento de descalzarme a mí, acaso revelo un orgullo y una dignidad extraordinarios. Salvo usted, nadie puede comprender esto. Y él menos que nadie. Él no comprende nada, príncipe. Es absolutamente incapaz de comprender. ¡Absolutamente! Para comprender hay que tener corazón.

Michkin, casi aterrado sin saber el motivo, indicó al general que podían hablar a solas a la misma hora del día siguiente. Ivolguin se retiró muy confortado y consolado. Por la tarde, entre seis y siete, Michkin mandó recado a Lebediev diciendo que tendría mucho gusto en hablar dos palabras con él.

Lebediev compareció muy satisfecho, «estimando la cita como un honor», según dijo. No podía caber la menor duda, juzgando por su aspecto y obsequiosidad, que había estado eludiendo a Michkin tres días seguidos. Sentóse en el borde de una silla, sonriendo, haciendo muecas, guiñando los ojos, frotándose las manos. Su semblante era el de un hombre que se prepara ingenuamente a informarse de una gran noticia desde mucho atrás esperada y ya adivinada por todos. Michkin volvió a sentirse desazonado. Advertía que la gente esperaba oírle contar algo y felicitarle con efusión. Todos se le acercaban con sonrisas, medias palabras, guiños significativos. Keller había

comparecido ya en tres ocasiones, impelido por el evidente deseo de felicitar al príncipe; pero siempre, tras iniciar un cumplido ditirámbico y vago, no acertaba a terminar y se iba sin haber dicho nada en concreto. Últimamente se dedicaba a beber con mayores bríos aún que de costumbre y era punto fuerte en las salas de billar. El propio Kolia, pese a su inquietud, había en dos ocasiones, hablando con el príncipe, insinuado algunas alusiones.

Michkin, sin preámbulos y con tono ligeramente irritado, preguntó a Lebediev qué opinión tenía sobre el estado presente del general y por qué Ardalion Alejandrovich se hallaba tan preocupado. Y en breves palabras relató la escena anterior.

—Cada uno tiene sus preocupaciones, príncipe, y más en nuestro siglo absurdo e inquieto —repuso Lebediev con cierta sequedad, exteriorizando visibles despecho y disgusto.

—¡Qué filósofo está usted hoy! —sonrió Michkin.

—¡Buena falta hace la filosofía en nuestra época, sobre todo en sus aplicaciones prácticas! Pero lo malo es que no se la tiene en cuenta. Por mi parte, muy respetado príncipe, he podido ser honrado con la confianza de usted en cierto caso que usted sabe, pero sólo hasta cierto punto y sólo cuando las circunstancias se referían directamente a ese caso único… Pero me hago cargo de todo y no me quejo.

—Parece usted enfadado conmigo, Lebediev.

—¡Ni lo más mínimo, respetado y espléndido príncipe! —exclamó Lebediev exaltadamente, llevándose la mano al corazón—. Muy al contrario, he comprendido bien que ni mi posición en el mundo, ni mis antecedentes, ni mi sabiduría, nada, en fin, me hacen acreedor a su confianza. Sé bien que si en algo puedo servirle es sólo como esclavo, como mercenario, y no de otra manera… No estoy incomodado, sino entristecido.

—¡Vamos, vamos, Lukian Timofeievich!

—Sí, señor. Y ahora mismo lo veo. Al acercarme a usted, concentrando todas las energías de mi alma y mi corazón en usted, venía pensando: «Sé que no tengo el derecho de esperar noticias de amigo a amigo, puesto que soy indigno de ellas; pero acaso como dueño de la casa reciba, en el momento oportuno, que debe ser ahora, una orden o una advertencia relativas a ciertos acontecimientos que son de esperar para en breve».

Y, hablando así, Lebediev fijaba sus ojillos en el rostro del príncipe, quien le contemplaba con sorpresa. Lukian Timofeievich esperaba todavía ver satisfecha su curiosidad.

—Le aseguro que no entiendo una palabra —afirmó Michkin, casi molesto

—. ¡Es usted… un intrigante de mil demonios! —exclamó de repente, estallando en una carcajada.

Lebediev le hizo coro. Sus ojos relampaguearon. Aguardaba, esperaba ver satisfechas en el acto sus esperanzas.

—¿Sabe lo que voy a decirle, Lebediev? ¡Pero no se incomode! Pues bien, admiro su candidez y le aseguro que no es usted el único que me asombra. Siente usted en este momento un ansia tan ingenua de saber algo, que deploro sinceramente no tener nada que decirle. ¡Se lo juro! ¿Qué le parece? —acabó Michkin, riendo de nuevo.

Lebediev asumió un talante de digna compostura. Su curiosidad se manifestaba, en ocasiones, de manera importuna e inocente; pero, por otra parte, era hombre astuto y sabía, en ciertos casos, guardar un maquiavélico silencio. Viendo que no arrancaba confidencia alguna a su inquilino, casi sintió odio hacia él en aquel momento. Seguramente Michkin no se mostraba más comunicativo en razón a lo delicado del tema sobre el que formulaba alusiones Lebediev. Hacía aún muy poco tiempo que el príncipe consideraba un delito albergar sueños semejantes. Pero Lebediev interpretó su reserva como una ofensiva falta de confianza; se creyó desdeñado y los celos le mordieron el corazón al reflexionar que no sólo Kolia y Keller, sino incluso su propia hija Vera, participaban más que él de la confianza de Michkin. Si en aquel momento hubiera tenido alguna importante noticia que comunicar al príncipe, algo del mayor interés y que le agradara transmitirle, el rencor le habría impedido manifestárselo.

—¿En qué puedo servirle, pues, apreciado príncipe? ¿Para qué me ha mandado llamar? —preguntó tras una pausa.

Michkin dejó transcurrir un minuto antes de responder:

—Quería hablarle del general… y de ese robo de que ha sido usted víctima.

—¿Qué robo?

—Vamos, ¿por qué finge? ¿Cómo le gustan tanto las farsas? ¡El dinero, el dinero! Los cuatrocientos rublos que perdió usted el otro día, en una cartera, y de los que me habló usted aquella mañana, antes de marchar a San Petersburgo. ¿Comprende?

—¡Ah! ¿Aquellos cuatrocientos rublos? —exclamó Lebediev con el tono de quien acaba de comprender algo que no recordaba—. Gracias por su sincero interés, príncipe; me lisonjea mucho ver cómo se preocupa por mí, pero… los encontré, y hace bastantes días.

—¿Los encontró? ¡Dios sea loado!

—Su exclamación indica un corazón muy noble, porque cuatrocientos rublos no son un costal de paja para un hombre que vive de un penoso trabajo y ha de mantener una numerosa familia.

—No me refiero a eso —contestó Michkin—. Desde luego celebro que haya usted encontrado su dinero; pero ¿cómo fue?

—De un modo muy sencillo: la cartera estaba debajo de la silla donde yo había colocado mi levita, así que debió deslizarse desde el bolsillo al suelo.

—¿Bajo la silla? No es posible: me dijo usted que había buscado en todas partes y en todos los rincones. ¿Cómo no miró, pues, en el primer sitio que era lógico mirar?

—¡Pero si miré! ¡Me acuerdo muy bien de haber mirado! Anduve por el suelo a cuatro patas, toqué todos los rincones, moví la silla, no creyendo en el testimonio de mis propios ojos. No encontré nada, en el suelo no había más cartera que la que pudiese haber en mis manos y, sin embargo, me harté de tocarlo todo. Es una costumbre tonta esa que todos tenemos cuando experimentamos una pérdida dolorosa y sensible. Aunque no se vea nada, se empeña uno en tocar por todas partes, en mirar veinte veces seguidas…

—Pero, ¿cómo pudo suceder una cosa así? —exclamó Michkin, perplejo —. Según usted, no había nada y luego la cartera ha aparecido de pronto.

—Sí, de pronto.

Michkin miró a Lebediev con extrañeza.

—¿Y el general? —inquirió de repente.

—¿El general? —repuso Lebediev, fingiendo no comprender.

—¡Dios mío! Le pregunto lo que dijo el general cuando supo que usted había encontrado la cartera bajo la silla. Porque antes la habían buscado ustedes dos.

—Antes sí. Pero esta vez, lo confieso, callé, prefiriendo que ignorase que yo había encontrado la cartera por mí mismo.

—¿Por qué? Y el dinero, ¿no había desaparecido?

—No faltaba un solo rublo.

—Debió usted decírmelo —observó Michkin, pensativo.

—Temí importunarle, príncipe, dadas sus impresiones, y si me permite la expresión, extraordinarias de este momento. He procedido como si no hubiese encontrado nada. Una vez seguro de que la cantidad estaba intacta, cerré la cartera y la puse otra vez bajo la silla.

—¿Para qué?

—Para llevar la investigación hasta el fin —repuso Lebediev, riendo y frotándose las manos.

—¿Y sigue allí desde anteayer?

—No. Sólo ha permanecido veinticuatro horas. Yo deseaba, ¿sabe?, que el general la encontrara también. Pensaba que si yo había terminado por descubrir la cartera, también podría encontrarla el general, ya que es un objeto que salta a los ojos y se ve perfectamente bajo la silla. Incluso he cambiado de sitio ésta repetidas veces, para que el general no pudiese dejar de observar la cartera, pero no la ha visto a pesar de haber estado expuesta allí veinticuatro horas. Al general se le notaba muy distraído, parecía no darse cuenta de nada, hablaba, relataba historias, reía y de pronto se indignaba conmigo sin que yo supiese la causa. Al salir de la habitación dejé abierta la puerta a propósito para que reparase en la cartera. Y él estaba desconcertado, inquieto; acaso temiese por la suerte de la suma… De pronto se enfureció y guardó silencio. Apenas dimos dos pasos en la calle, me dejó plantado y se fue en dirección opuesta a la mía. Por la noche nos encontramos en la taberna.

—Pero al fin guardó usted la cartera de nuevo, ¿no?

—No. Por la noche volvió a desaparecer de debajo de la silla.

—¿Y dónde está ahora, entonces?

Lebediev se incorporó y miró jovialmente a Michkin.

—Aquí —repuso riendo—, en el faldón de mi levita. Ha vuelto a aparecer de improviso aquí. Mire, mire; toque…

En el faldón izquierdo de la levita se advertía al tacto una cartera de cuero, sin duda deslizada hasta allí a través de un bolsillo agujereado.

—La he sacado para registrarla. Los cuatrocientos rublos siguen intactos. La he puesto en el mismo sitio, y desde ayer por la mañana la llevo así, golpeándome las piernas.

—¿Y él no ha observado nada?

—Nada, ¡je, je, je! Figúrese, muy apreciado príncipe (aun cuando el asunto no sea muy digno de su atención), que mis bolsillos estaban en buen estado. ¡Y en una noche aparece semejante agujero! He examinado el interior y he visto que la abertura estaba practicada con un cortaplumas. ¡Parece increíble!

—¿Y… el general?

—Ha seguido furioso todo el día. Hoy continúa de muy mal humor. A veces manifiesta una alegría alcohólica o una sensibilidad lacrimosa, y a lo

mejor se indigna hasta un punto que me espanta. Yo, príncipe, no soy hombre de armas tomar. Ayer estábamos juntos en la taberna. De pronto el general observa el faldón de mi levita, abultado por la cartera, y se enoja. Hace mucho que no me mira a la cara, no siendo cuando está muy ebrio o muy conmovido, pero ayer me miró de un modo que dióme escalofríos. Mañana me propongo informarle del encuentro de la cartera, pero antes pasaré hoy una veladita en la taberna con él.

—¿Por qué le atormenta así? —preguntó Michkin.

—No le atormento, príncipe, no le atormento —repuso, con calor, Lebediev—. Le quiero sinceramente… y le estimo. Además, créalo usted o no lo crea, ahora le quiero más que nunca. ¡Le aprecio mucho más que antes!

Pronunció aquellas palabras en tono tan serio y con tal apariencia de sinceridad, que el príncipe no pudo oírlas sin indignarse.

—¿Le quiere y le hace padecer así? Fíjese: se ha arreglado para que usted encuentre lo perdido, lo ha colocado bajo la silla y en su levita. Con eso le da bien a entender que no quiere disputar con usted y que le ruega sinceramente que le perdone. ¡Sí, le pide perdón! Es decir, que cuenta con la delicadeza de los sentimientos de usted y, por lo tanto, cree en su amistad. ¡Y usted rebaja de tal modo a un hombre tan… honrado!

—Muy honrado, príncipe, muy honrado —repitió Lebediev, con los ojos brillantes—. Sólo usted, nobilísimo príncipe, era capaz de pronunciar palabra tan justa. Sólo por ello le veneraré toda mi vida, príncipe, por muy corrompido que yo sea. ¡Me he decidido! Voy a encontrar la cartera ahora mismo, no mañana. La sacaré de la levita ante sus propios ojos, príncipe. Aquí la tiene, con todo el dinero. Guárdemela hasta mañana, noble príncipe: Mañana o pasado mañana se la pediré.

—No, vaya a decirle sin rodeos que la ha encontrado. Primero procure que él se fije en que no lleva usted el faldón abultado. Con eso comprenderá.

—¿No valdría más decirle que la he encontrado y fingir que no he tenido nunca duda alguna?

—No —dijo el príncipe, tras un momento de reflexión—. Es muy tarde ya: sería peligroso. Más vale que calle. Muéstrese amable con él… sin exagerar… Ya sabe…

—Lo sé, príncipe, lo sé… Es decir, sé que no ejecutaré bien el proyecto, porque para eso hace falta un corazón como el suyo… Además, yo mismo estoy disgustado. A veces el general me abraza sollozando, luego me humilla y me colma de desprecios. Ea, voy a hacer que repare en el faldón de mi levita… ¡Ja, ja! Hasta luego, príncipe. Le molesto, le distraigo de sentimientos

muy interesantes, si vale la expresión.

—Pero, por amor de Dios, ni una palabra sobre lo pasado…

—Seré silencioso…, silencioso…

Aun cuando el asunto hubiese concluido, Michkin quedó más preocupado que antes. Y esperó con impaciencia la entrevista que debía tener al día siguiente con el general.

IV

La cita era al mediodía, pero el príncipe se retardó insólitamente y cuando volvió a casa halló al general esperándole ya. Michkin notó en seguida que Ivolguin estaba descontento, acaso con motivo de la espera. El príncipe se sentó y presentó excusas al visitante. Pero sentía una extraña timidez. Dijérase que el general era de porcelana y que él tenía miedo de romperlo. Hasta entonces la presencia de Ivolguin no le había intimidado nunca; ni siquiera se le ocurrió jamás que ello pudiera suceder, mas ahora observó que su visitante era un hombre muy distinto al de la víspera: Ardalion Alejandrovich no estaba turbado ni distraído; parecía dueño de sí y su rostro evidenciaba una resolución definida. No obstante, aquella calma era más aparente que real. Pero, en todo caso, hoy todo unía en él una especie de dignidad reprimida a la naturalidad aristocrática de sus maneras. Acogió incluso con cierta altiva indulgencia las disculpas del príncipe, a las que contestó en términos amables, pero sin disimular cierto disgusto de hombre orgulloso e injustamente ofendido.

—Le he traído el libro que me prestó el otro día —dijo señalando un folletón que había puesto sobre la mesa—. Gracias.

—¿Lo ha leído? ¿Qué le parece? Curioso, ¿verdad? —preguntó Michkin, satisfecho de poder llevar la conversación sobre temas indiferentes.

—Curioso, si usted quiere, pero tosco y, sin duda, absurdo. Tal vez no sea más que una trama de embustes —dijo el general con seguridad, engolando mucho la voz.

—Me parece un relato muy cándido. Las impresiones de un soldado veterano testigo ocular de la estancia de los franceses en Moscú… Algunos detalles resultan encantadores. Esas memorias de testigos presenciales son siempre de interés, sea quien sea el narrador. ¿No es verdad?

—En el puesto del director, yo no habría publicado eso. El público, cuando se trata de descripciones de testigos oculares, suele creer mejor en las mentiras

desvergonzadas de un embustero que en los relatos verídicos de un hombre que ha merecido bien de su país. Conozco ciertas memorias sobre el año 1812 que… He tomado una resolución, príncipe: dejar esta casa, la casa del señor Lebediev —dijo de repente el general, mirando significativamente a Michkin.

—Tiene usted habitación en Pavlovsk en… en casa de su hija —comentó el príncipe, no sabiendo qué decirle y recordando que el general se proponía hablarle de un importante asunto del que dependía su suerte.

—Perdón: en la de mi mujer. En otras palabras, en mi casa, que es también la de mi hija.

—Excúseme… Yo…

—Abandono esta casa, querido príncipe, porque he reñido con Lebediev. He roto anoche, lamentando no haberlo hecho antes. Soy muy considerado en todo, príncipe, y deseo que las personas a quienes, en cierto modo entrego mi corazón me paguen en la misma moneda. He sabido dar mi corazón a menudo y casi siempre he sido defraudado. Ese hombre es indigno de mí…

—Es algo extravagante —observó discretamente Michkin—: tiene ciertas facetas… Pero, a pesar de todo, se advierte en él corazón, un espíritu ingenioso y un carácter divertido…

El príncipe medía sus expresiones y hablaba con acento respetuoso, lo cual halagaba al general, quien, sin embargo, no dejaba de mirar a veces a su interlocutor con desconfianza. Pero el tono de Michkin era tan natural y sincero que no autorizaba sospecha alguna.

—Soy el primero en reconocer —contestó el general— que posee algunas buenas cualidades. Sólo por eso concedí mi amistad a semejante individuo. Pero poseo una familia y no necesito su hospitalidad ni su casa. No pretendo carecer de defectos; soy intemperante, bebía mucho vino en su compañía, y acaso sea yo mismo el primero en deplorarlo ahora. Pero (y perdone esta brutal franqueza a un hombre enojado), ¿acaso yo le trataba sólo por amor al vino? No: me habían seducido en él precisamente las cualidades que acaba usted de señalar. Mas hay un límite a todo, y cuando Lebediev tiene el descaro de sostener que en 1812, siendo niño, perdió la pierna izquierda y la hizo enterrar en el cementerio Vagankovsky en Moscú, ¿no lo hace para faltarme al respeto? ¿No constituye tal atrocidad una verdadera insolencia?

—Sería una broma. Lo diría para hacer reír.

—Me hago cargo. Una mentira inocente contada para despertar la risa no puede ofender a nadie. Incluso hay gentes que mienten por afecto, para divertir a sus interlocutores. Pero si se muestra que se toma al oyente por un imbécil, si con tal desatino se trata de indicar al interesado que se está harto de su

amistad, entonces un hombre de honor no puede hacer sino una cosa: llamar al orden al desvergonzado y suspender su relación con él.

El general estaba rojo de indignación.

—Lebediev no pudo estar en Moscú en 1812. Es demasiado joven… La anécdota es ridícula.

—Eso en primer lugar. Pero, suponiendo que ya hubiese nacido entonces, ¿cómo admitir que un «chasseur» francés le apuntó con un cañón y le arrancó la pierna para divertirse y cómo creer que él recogió la pierna y la hizo inhumar en el cementerio Vagankovsky? Añade que en el lugar donde está enterrada hizo erigir un mausoleo en uno de cuyos lados se lee: «Aquí yace la pierna del secretario del colegio Lebediev», y en el otro: «Reposad, queridos restos, en espera del día de la resurrección». Hasta asegurar que hace decir una misa anual por ella (lo cual es un sacrilegio) y que todos los años va a Moscú a fin de asistir a la ceremonia. Para probarme la verdad de sus palabras me invita a ir a Moscú y asistir a la misa, así como ver el cañón que, según él, fue tomado luego por los rusos y se halla en el Kremlin. Es el decimoprimero a partir de la puerta, un antiguo falconete francés.

—¡Y, además, Lebediev tiene las dos piernas, o, al menos, lo parece! —rio Michkin—. No se enfade con él. Es una broma inocente.

—Permítame sostener mi opinión. Lo de las dos piernas que parece tener no sería lo más grave, porque, según afirma, una de ellas es un miembro ortopédico articulado.

—Según dicen, con una pierna artificial de las inventadas por Chernozvitov se puede hasta bailar.

—Lo sé muy bien. Cuando Chernozvitov la inventó se apresuró a venir a enseñármela. Pero no la inventó hasta mucho después de 1812. Para colmo, Lebediev asegura que su difunta esposa ignoró durante todo su matrimonio que él tenía una pierna artificial. «Si tú eras en 1812 paje de Napoleón —me dijo cuando le hice observar los absurdos de su relato—, no te asiste el derecho de extrañarte de que yo tenga una pierna enterrada en el cementerio Vangankovsky».

—¿Pero usted…? —comenzó el príncipe, muy turbado.

Ivolguin pareció algo confuso también. Mas se repuso en seguida y miró a Michkin con aire irónico.

—Acabe, príncipe, acabe —dijo con excepcional dulzura—. Yo soy indulgente: dígalo todo. Le asombra que un hombre a quien ve en tal estado de degradación… e inutilidad, haya podido ser testigo de vista de… de grandes acontecimientos. ¿No es así? ¿No le ha venido ese hombre con habladurías?

—Lebediev, si se refiere a él, no me ha dicho nada.

—Ya… Yo creía lo contrario… Ayer, estando juntos, hablamos de ese folletón absurdo que acabo de devolver a usted. Yo indiqué sus inexactitudes, y como he sido testigo personal… ¿Sonríe usted, príncipe? Porque noto que me mira a la cara.

—No: yo…

—Parezco bastante joven —prosiguió el general con naturalidad—, pero soy algo más viejo de lo que parezco. En 1812 yo contaba diez o doce años. Nadie sabe mi edad a punto fijo, ni yo mismo. En mi hoja de servicios no está indicada tampoco. Siempre he tenido la debilidad de hacerme pasar por más joven.

—No me extraña, general que estuviese en 1812 en Moscú. Y sin duda puede narrar sus recuerdos como todos los que estuvieron entonces allí. Uno de esos autobiógrafos moscovitas ha contado que él, en 1812, era niño de pecho y los soldados franceses le hicieron comer un trozo de pan.

—Mi caso, desde luego, se sale de lo corriente —dijo el general, benévolo —. Y sin embargo, no tiene nada de extraordinario en sí. La verdad, muy a menudo, parece imposible. ¡Paje de Napoleón! Sin duda eso parece una cosa muy rara. Pero la aventura de un niño que podría contar sobre diez años se explica precisamente por su edad. A los quince años no habría sucedido por la poderosa razón de que a los quince años yo no hubiese huido de casa para presenciar la entrada de Napoleón en Moscú, sino que habría quedado junto a mi madre, que sorprendida por la irrupción del enemigo, permanecía, temblando de miedo, en nuestra casa de madera de la Staray Basmanaya. A los quince años yo hubiese tenido miedo, pero a los diez no lo tenía y por eso, abriéndome camino a través de la multitud apiñada ante el palacio, llegué a la escalera en el momento en que Napoleón se apeaba.

—Con razón dice usted que un niño de diez años puede no tener miedo de nada —asintió Michkin, muy mortificado al notar que se ruborizaba.

—Sin duda, y por ello todo se desarrolló del modo más sencillo y natural, como sólo en la realidad sucede. Si un novelista lo cuenta, lo colma de detalles disparatados, inverosímiles.

—Así es —se apresuró a reconocer el príncipe—. Ya se me ha ocurrido esa idea hace algún tiempo. Los periódicos han hablado de un asesinato que tuvo por objeto robar un reloj sin valor. Si un escritor hubiese inventado tal cosa, los críticos y las personas que se juzgan conocedoras del carácter humano dirían que era inverosímil. Y, no obstante, los detalles de ese crimen llevan el sello auténtico de la realidad rusa. Su observación es muy justa, general —concluyó el príncipe con vehemencia, satisfecho de poder engañar a Ivolguin

sobre la causa de su rubor.

—¿Verdad que sí? —exclamó el general, radiante de alegría—. Un chiquillo, un niño ignorante de todo se atreve sin duda a deslizarse entre el gentío para ver un cortejo brillante, uniformes y un hombre ilustre del que ha oído hablar mucho. Porque hacía varios años que no se hablaba de otra cosa que de él. El mundo estaba lleno de aquel nombre; yo lo había, por decirlo así, bebido en el seno de mi madre. Napoleón, al pasar junto a mí, me miró por casualidad, y, como yo vestía muy bien, con mis ropitas de «bartchenok», se fijó en mí. Yo, ostentosamente ataviado, entre aquella turba, solo, tan niño… Usted comprenderá…

—Sin duda. Debió de impresionarse, además, ver que no todos habían abandonado la población, y que incluso quedaba en ella gente distinguida.

—¡Justo, justo! Quería atraerse a la nobleza. Cuando su mirada de águila se fijó en mí, probablemente vio encenderse una llama en mis ojos, porque dijo: «Voilà un gaillard bien eveillé!». Y luego me preguntó: «Qui est ton père?». Yo le respondí con voz casi sofocada por la emoción: «Un general que ha caído en el campo de batalla defendiendo su patria». «Le fils d'un boyard et d'un brave par-dessus le marché! J'aimes les boyards. M'aimes tu, petit?». La respuesta brotó, espontánea, de mis labios: «Un corazón ruso sabe distinguir entre el grande hombre y el enemigo de su patria». No recuerdo si me expresé así literalmente, puesto que era un niño; pero fue tal el sentido de mis palabras. E impresionaron mucho a Napoleón, porque dijo a quienes le rodeaban: «Me gusta el orgullo de este niño. Pero si todos los rusos piensan como él…» Y, sin decir más, entró en el palacio. Le seguí, mezclado con la escolta, que viéndome tratado así por él me consideraban ya favorito suyo. Todo pasó en un instante. Recuerdo que al entrar en el primer salón el emperador se detuvo ante el retrato de la emperatriz Catalina, lo miró largamente, pensativo, y al fin exclamó: «¡Era una gran personalidad!», tras lo cual siguió adelante. Dos días después, todos me conocían ya en el palacio y en el Kremlin y me llamaban «le petit boyard». Yo no volvía a casa más que a la hora de acostarme, y por cierto que allí todo andaba desquiciado. Dos días después murió el paje de cámara de Napoleón, el barón de Bazancourt, que no pudo resistir las fatigas de la campaña. Napoleón se acordó de mí y me envió a buscar. Me condujeron a palacio sin decirme el motivo y, una vez allí, me vistieron el uniforme del muerto, que era un niño de doce años, y en tal forma me llevaron al emperador. Éste me hizo un leve signo de cabeza. Después me informaron de que su Majestad se había dignado nombrarme paje de cámara. Me sentí encantado, porque experimentaba por él hacía mucho tiempo viva simpatía. Y además un uniforme bello es cosa siempre agradable a un niño. Llevaba un frac verde oscuro, faldones largos y estrechos, botones dorados, ribetes rojos y adornos de oro en las bocamangas y faldones; un cuello alto, rígido, abierto;

calzón corto blanco de gamuza, chaleco blanco de seda, medias de seda y zapatos de hebilla. Cuando estaba de servicio y había de acompañar al emperador en sus paseos a caballo, usaba botas de montar a la escudera. Aunque la situación no era muy buena y se presentían grandes desastres, la etiqueta no se rebajaba en lo más mínimo, e incluso era más rigurosa cuando se advertían síntomas de malos momentos.

—Claro, claro —murmuraba el príncipe, anonadado—. Sus memorias serían… muy interesantes.

El general no hacía sino repetir lo que contara la víspera a Lebediev, y sus palabras fluían por sí solas; pero en aquel instante volvió a dirigir a su interlocutor una mirada suspicaz.

—¿Mis memorias? —repuso con más dignidad aún—. ¿Escribir mis memorias? Nunca me ha tentado tal cosa, príncipe. En realidad, ya están escritas, pero no han salido de mis gavetas. No me opongo a que se publiquen cuando yo esté enterrado. Y entonces sin duda serán traducidas a varias lenguas, no por su mérito literario, sino por los grandes sucesos que relatan y de los que fui testigo presencial. Cierto que yo entonces no era más que un niño, pero merced a ello pude penetrar en la intimidad del gran hombre, e incluso en su alcoba. Por las noches yo escuchaba los gemidos del «Titán angustiado», ya que él no tenía motivos para ocultar sus ansiedades y sus lágrimas a un niño. Lo que más le desolaba era el silencio del emperador Alejandro.

—Sí… Napoleón le escribía… proponiendo negociaciones de paz —balbució Michkin.

—No se sabe a punto fijo qué proposiciones contenían sus cartas, pero escribía sin cesar, a todas horas; enviaba emisario tras emisario. Estaba muy inquieto… Una noche, hallándonos solos, yo, que le quería mucho, me lancé hacia él llorando. «Pedid perdón al emperador Alejandro», pero como niño que era, expresé ingenuamente mi pensamiento. Él, que paseaba a lo largo del aposento, me contestó (porque parecía haber olvidado que yo era un niño y le gustaba departir conmigo): «Hijo mío, estoy dispuesto a besar los pies del emperador Alejandro, pero al rey de Prusia y al emperador de Austria los odiaré eternamente… En fin, tú no entiendes de política». De pronto pareció darse cuenta de a quién hablaba y calló. Pero sus ojos siguieron brillando de fiereza durante largo rato… Bien, príncipe: si yo cuento por escrito todos esos hechos, los grandes hechos de que fui testigo, si los entrego a la publicidad, entonces vendrían todos esos críticos, todas esas vanidades, todas esas envidias, todos esos partidos políticos, y… No, príncipe, ese riesgo no lo corre este respetuoso servidor.

—Respecto a eso, tiene usted razón evidentemente —contestó Michkin,

tras una pausa—. Últimamente he leído el libro de Charasse sobre la campaña de Waterloo. Es sin duda un libro serio, y, según los especialistas, no deja nada que desear. Pero en todas las páginas se evidencia la alegría que el autor experimenta en el fracaso de Napoleón; y si se pudiese discutir a éste todo talento militar incluso en sus restantes campañas, se observa que Charasse se sentiría dichoso. De modo que el espíritu partidista echa a perder una obra tan seria. Y diga: ¿le entretenía mucho tiempo su… servicio al emperador?

Aquel lenguaje produjo al general vivo contento. Oyendo al príncipe expresarse con tan ingenua seriedad, sintió que se disipaban los últimos restos de su desconfianza.

—¡Ese autor! También yo me he indignado. Incluso le escribí y… No me acuerdo de más en este momento. ¿Me preguntaba usted si el servicio me daba muchas ocupaciones? No. Aunque nombrado paje de Cámara, yo no lo tomé en serio. Napoleón perdió muy pronto las esperanzas de granjearse las simpatías de los rusos y como me había tomado a su servicio por razones políticas, sin duda habría concluido olvidándome… de no haberme tomado mucho afecto. Puedo decirlo con justicia. También yo lo experimentaba por él. El servicio se reducía a poca cosa: ir a veces a palacio y acompañar al emperador cuando paseaba a caballo. Yo montaba bastante bien. Napoleón salía generalmente antes de comer. Solíamos acompañarle Davout, yo, el mameluco Roustan…

—Constant —rectificó Michkin casi involuntariamente.

—No. Constant no estaba entonces en Moscú. Había marchado con una carta para… la emperatriz Josefina. Pero había en su lugar dos ordenanzas y algunos lanceros polacos, que completaban el séquito, aparte, naturalmente, los generales y mariscales, quienes acompañaban a Napoleón para explorar los contornos y tratar de la disposición de las tropas. Casi siempre iba con él Davout. Aún me parece verle: era un hombre recio, flemático, con gafas, de extraños ojos… El emperador le consultaba con mucho interés y se dejaba llevar mucho por sus opiniones. Recuerdo que celebraron consejo durante varios días. Davout acudía mañana y noche, y a menudo discutía con Napoleón. Este, al fin pareció aceptar la opinión de su consejero. Yo estaba en el aposento donde se celebraba la entrevista, pero nadie hacía caso de mi presencia. De pronto la mirada de Napoleón se fijó en mí. Y me dijo repentinamente: «Niño, ¿qué te parece? Si me convierto a la religión rusa y liberto los siervos, ¿se aliarán los rusos a mí?». «¡Nunca!», exclamé indignado. La palabra impresionó a Napoleón. «La llama patriótica que acaba de encenderse en los ojos de este niño —exclamó— me revela el pensamiento de todo el pueblo ruso. ¡Basta, Davout! Todo eso son fantasías. Explíqueme su otro plan».

—El proyecto no estaba mal imaginado —dijo Michkin, que escuchaba al general con gran interés al parecer—. ¿Atribuye usted la idea a Davout?

—Al menos se habló de ella durante aquella reunión. Era sin duda una idea de águila, una idea muy napoleónica. Pero tampoco el otro plan era ningún absurdo. Fue el famoso conseil de lion, como el propio emperador llamó a aquella idea de Davout. Consistía en lo siguiente: matar todos los caballos, salarlos, requisar todo el trigo posible, fortificar el Kremlin e invernar en él. Llegada la primavera, las tropas francesas se abrirían paso entre los rusos. El proyecto seducía a Napoleón. A diario dábamos la vuelta al Kremlin a caballo y Napoleón indicaba las obras defensivas necesarias: lunetas, medias lunas, blocaos… La cosa, no obstante, estaba semiparalizada, y Davout insistía en que se acordase definitivamente. Tuvieron, pues, una nueva conferencia, a la que asistí también. Napoleón paseaba por la estancia con los brazos cruzados. Mi corazón latía con fuerza, mis ojos no podían apartarse del emperador. «Me voy», dijo Davout. «¿Adónde?», preguntó Napoleón. «A mandar salar los caballos», repuso el mariscal. Napoleón se estremeció; su suerte iba a decidirse. «Niko —me interrogó repentinamente—, ¿qué opinas de nuestro plan?». Naturalmente me hacía tal pregunta lo mismo que a veces, en un momento culminante, el hombre más inteligente se juega el porvenir a cara o cruz. En vez de contestar a Napoleón, me dirigí a Davout: «General —le dije con acento en el que había auténtica inspiración—, vuélvase a su país». Y se abandonó el proyecto de quedarse en Moscú. Davout se encogió de hombros y salió rezongando: Bah!, il devient superstitieux! Al día siguiente se dispuso la retirada.

—Todo eso es interesantísimo —comentó Michkin en voz baja—, si es que ha sucedido así… Quiero decir… Entiéndame…, —se apresuró a decir, temeroso de haber ofendido al general.

Pero Ardalion Alejandrovich, excitado por su relato, no parecía dispuesto a detenerse ni aun cuando hallara en su interlocutor la más extrema incredulidad.

—¡«Todo eso», príncipe! ¡Pero si hay mucho más! Hasta ahora sólo he contado miserias, cosas políticas… Pero le repito que he sido testigo de lágrimas y gemidos nocturnos del gran hombre. ¡Y eso no lo ha visto nadie más que yo! Hacia el fin, es cierto, ya no lloraba, pero gemía con frecuencia y su rostro se ensombrecía cada vez más. Era como si la eternidad le sombrease ya con sus alas. Por la noche pasábamos horas enteras juntos y silenciosos, mientras el mameluco Roustan roncaba en la habitación contigua. Aquel hombre dormía con un ruido infernal, pero Napoleón lo toleraba porque, según solía decir, era muy adicto al emperador y a la dinastía. Una vez sentí tal compasión que las lágrimas acudieron a mis ojos. El emperador, notándolo, me contempló con ternura y dijo: «Te duele mi suerte… Acaso haya otro niño

que llora por mí: mi hijo, le roi de Rome. El resto de los hombres me odian y, en mi desgracia, mis hermanos son los primeros en traicionarme». Me precipité hacia él, sollozando. Él no pudo contenerse y ambos nos abrazamos y mezclamos nuestras lágrimas. «Escribid una carta a la emperatriz Josefina», le dije entre sollozos. Napoleón estremecióse y, tras un momento de reflexión, repuso: «Gracias, amigo mío, por haberme recordado un tercer ser que me ama». Y, sentándose a la mesa, escribió a Josefina. Al día siguiente, Constant salió con la carta.

—Hizo usted bien —dijo Michkin— sugiriéndole un buen sentimiento cuando se abandonaba a sus pensamientos sombríos.

—Justo, príncipe. A eso quería yo llegar. Ha comprendido usted por intuición cuál era mi propósito —exclamó el general entusiasmado, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos—. Sí, príncipe: fue un espectáculo admirable. ¿Sabe que estuve a punto de seguirle a París? Y entonces sin duda hubiese compartido su cautiverio en aquella isla terrible… Pero, ¡ah!, el destino nos separó. Él partió hacia la isla donde quizá recordara, en momentos de lacerante tristeza, las lágrimas del pobre niño que le abrazaba despidiéndose de él en Moscú, y yo fui enviado al cuerpo de cadetes, donde no encontré más que una disciplina brutal, camaradas toscos y… ¡Qué lejos está todo eso! El día de su marcha, estando ya en el caballo, me dijo: «No quiero separarte de tu madre, pero me gustaría hacer algo por ti». Yo, tímidamente, viéndole agitado y sombrío, repuse: «Escribidme algo, como recuerdo, en el álbum de mi hermana». Él pidió una pluma y cogió el álbum. «¿Qué edad tiene tu hermana?», preguntó, ya con la pluma en la mano. «Tres años», respondí Petitte fille, alors. Y escribió en el álbum estas palabras: Ne mentez jamais. —Napoleón, votre ami sincere. Reconocerá, príncipe, que tal consejo y en tal momento…

—Sí; es muy significativo.

—Mientras vivió mi hermana (que murió de parto) aquel autógrafo figuraba en una pared de su salón, bajo un cristal enmarcado en oro. Luego no sé lo que ha sido de él. ¡Dios mío, las dos! ¡Cómo le he entretenido, príncipe! ¡Es imperdonable!

Y el general se levantó.

—Nada de eso —aseguró Michkin—. Me ha interesado usted mucho. ¡Es tan interesante todo esto! En fin: le estoy muy reconocido.

Ivolguin estrechó la mano de su interlocutor hasta hacerle daño y fijó en él una mirada entusiasta. Luego agregó, a impulsos de una idea súbita que acababa de acudir a su mente:

—Príncipe, es usted tan bueno, tiene un corazón tan ingenuo, que a veces

casi me da lástima. Me conmueve usted… ¡Dios le bendiga! ¡Así comience para usted una nueva vida y florezca… en amor! La mía ha terminado… Perdone, perdone.

Cubrióse el rostro con las manos y se retiró a toda prisa. Michkin no podía dudar de la sinceridad de la emoción de aquel hombre. No dejaba por ello de comprender que Ivolguin se iba ebrio de alegría por su triunfo, aun cuando Michkin sospechaba que el general pertenecía a esa clase de mentirosos que nunca se ilusionan sino a medias sobre la credulidad de sus oyentes. En el presente caso podía muy bien ocurrir que a su exaltación sucediese pronto en el ánimo del general una vergüenza extraordinaria, en cuyo caso miraría como ofensa la comprensiva atención con que su interlocutor le escuchara. «¿Habré hecho mal en dar vuelos a su manía?», díjose Michkin con inquietud. De pronto, súbitamente presa de la hilaridad, rompió en carcajadas durante diez minutos. Poco le faltó para que se reprochase sus risas; pero en seguida comprendió también que nada tenía que reprocharse, ya que sólo una inmensa compasión le había dictado la conducta que demostrara con el general.

Los hechos confirmaron sus pensamientos. La misma tarde recibió una desconcertante carta en la que Ivolguin le informaba que no quería prolongar su relación con él, que le apreciaba y le estaba reconocido, pero que se negaba a aceptar «testimonios de compasión humillantes para la dignidad de un hombre que ya sin eso era bastante desgraciado». Cuando Michkin supo que Ardalion Alejandrovich se había reunido con su mujer, se sintió casi tranquilizado. Pero, como sabe el lector, el general fue a ver a Lisaveta Prokofievna y se comportó allí de una forma lamentable. Sin necesidad de contar detalladamente aquel episodio, diremos que el visitante escandalizó a la generala y despertó su indignación con las acerbas alusiones que hizo relativas a Gania. Así, pues, le pusieron ignominiosamente en la puerta. Por eso Ivolguin pasó una noche tan agitada, por eso se levantó de un humor tan endiablado y por eso salió de su casa en un estado vecino a la locura.

Kolia, que no sabía nada de las causas de aquello, creyó necesario evidenciar cierta severidad.

—¿Y qué? ¿Adónde vamos ahora? ¿Qué le parece, padre? No quiere usted ir a casa del príncipe; ha reñido usted con Lebediev; no tiene usted dinero, y nos hallamos en plena calle. ¡Estamos lucidos!

—Más vale estar lucidos que estar bebidos —rezongó el general—. Con ese retruécano, yo… obtuve un… éxito enorme… en un círculo de oficiales, el año… cuarenta y cuatro…, mil… ochocientos cuarenta y cuatro… No me hagas recordarlo… «¿Do está mi juventud? ¿Do está mi lozanía?». ¿De quién es eso, Kolia?

—De Gogol, en «las almas muertas» —repuso Kolia, mirando a hurtadillas

a su padre, con viva inquietud.

—¡Las almas muertas! Sí, muertas… Cuando me entierres, escribe sobre mi tumba: «Aquí yace un alma muerta». ¿Te acuerdas? «El oprobio me persigue…» ¿De quién es eso?

—No lo sé, papá.

El general se detuvo por un instante.

—¡Qué no ha existido Eropiegov! ¡Erochka Eropiegov! —exclamó con arrebato—. ¡Y es mi propio hijo quien…! Eropiegov, un verdadero hermano para mí durante once meses, un amigo por quien me he batido en duelo… El príncipe Vigorietzky, nuestro capitán, le preguntó una vez, estando bebiendo: «¿Dónde has ganado tu cruz de Santa Ana, Gricha? ¡Contesta!». «En los campos de batalla de mi patria; ahí la he ganado». Yo exclamé «¡Bravo, Gricha!». Hubo un duelo, claro… Después se casó con María Petrovna Su… Sutuguin, y murió en el campo de batalla. Una bala rebotó en la cruz que yo llevaba en el pecho y fue a herirle en plena frente. «Nunca te olvidaré», exclamó y cayó para morir… He servido con honor, Kolia, he servido con nobleza. Pero el oprobio… «El oprobio me persigue». Nina y tú iréis a visitar mi tumba… «¡Pobre Nina!». Yo la llamaba así, Kolia, en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, y a ella le gustaba oírlo… ¡Nina, Nina! ¡Qué desgraciada te he hecho! ¿Cómo has tenido paciencia para soportarme? Tu madre es un ángel, Kolia, un ángel… ¿Lo oyes?

—Ya lo sé, querido papá. Ande; volvamos a casa, con mamá. Antes ella ha salido corriendo detrás de nosotros. ¿Por qué no me hace caso? ¡Ni que no me entendiera! Pero ¿está usted llorando?

Kolia, hablando así, lloraba también y besaba las manos de su padre.

—¿Me besas las manos? ¡A mí!

—Sí, a usted… ¿Qué hay de extraño en ello? Dígame: ¿cómo usted, un general, un militar, no se avergüenza de llorar en plena calle? Ande, venga.

—Dios te bendiga, hijo mío, por el respeto que guardas a un infame, a un viejo deshonrado, a tu padre… ¡Así tengas un hijo que se parezca a ti…! Le roi de Rome… ¡Oh! ¡Maldición sobre esta casa!

—Pero ¿qué pasa? —exclamó Kolia, impaciente—. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no quiere usted venir a casa? ¿Se ha vuelto loco?

—Voy a explicarme… lo sabrás todo. Te lo diré todo… Pero no grites: podrían oírnos… Le roi de Rome… ¡Oh, qué triste me siento! «Niania, ¿dónde está tu tumba?». ¿Quién escribió eso, Kolia?

—No lo sé, no lo sé… Volvamos a casa en seguida, en seguida… Si es

preciso yo mismo romperé los huesos a Gania… Pero ¿adónde va usted?

El general, sin atenderle, le arrastraba hacia la escalera de una casa próxima.

—¿Dónde va? ¡Si no vivimos aquí!

—Inclínate un poco, inclínate —balbució el general—. Acerca la cabeza; te lo diré al oído.

—Pero ¿qué tiene usted? —exclamó Kolia, inquieto, obedeciéndole.

—Le roí de —balbució el general, temblando de pies a cabeza.

—¿Qué? ¿A qué viene tanto hablar de le roi de Rome? ¿Qué hay?

—Yo —murmuró el general, asiéndose con fuerza al hombro de su hijo—, yo… te lo diré todo… María… María Petrovna. Su… su… su…

Kolia se desasió, asió los hombros de su padre y le miró loco de terror. El general tenía el rostro color de púrpura, sus labios se amorataban, ligeras convulsiones contraían su rostro. De pronto se inclinó y comenzó a abandonarse lentamente en los brazos de Kolia.

El joven comprendió lo que pasaba y gritó con voz que retumbó en toda la calle:

—¡Un ataque de apoplejía!

V

Bárbara Ardalionovna había exagerado un tanto, en su conversación con su hermano, la certeza de los informes concernientes al compromiso de Michkin con Aglaya. Acaso, como mujer previsora, adivinase lo que iba a suceder en un futuro inmediato; acaso, desolada al ver disiparse un sueño largamente acariciado, y en el que por otra parte, nunca había creído, se sintiese inclinada, por un impulso muy humano, a exagerar el disgusto de un hermano a quien, sin embargo, quería sinceramente. En todo caso no había podido obtener de su visita a las Epanchinas sino alusiones, medias palabras y silencios enigmáticos. Tal vez las hermanas de Aglaya hubiesen procurado también insinuar ciertas cosas para hacer hablar a su amiga de la infancia, o para atormentarla un poco, ya que era difícil que no hubiesen acabado por entrever lo que ella se proponía con sus visitas. En cuanto a Michkin, al asegurar a Lebediev que no tenía nada que decirle y que ningún cambio se había producido en su vida, no faltaba, desde luego, a la verdad; pero tal vez se equivocase en cierta medida. En realidad había sucedió una cosa bastante

extraña para todos: sin que hubiese pasado nada de nuevo, la situación se había modificado mucho. Bárbara Ardalionovna, gracias a su instinto femenino, había descubierto la verdad.

Difícil sería explicar cómo los miembros de la familia Epanchin adquirieron súbitamente la convicción de que había sobrevivido un acontecimiento fundamental que iba a decidir la suerte de Aglaya. Pero cuando la idea imbuyó sus espíritus, todos pretendieron haberla previsto, haberla notado muchos días antes. Sí, la cosa era notoria hacía mucho tiempo, desde lo del «hidalgo pobre» y aún mucho antes. Sólo que no querían creer cosa tan absurda. Así hablaban Alejandra y Adelaida. En cuanto a Lisaveta Prokofievna, lo había adivinado todo también antes que los demás, y por ello tenía «el corazón dolorido». Fuese falsa o verdadera tal aserción respecto al pasado, actualmente el pensar en Michkin le resultaba insoportable y le hacía perder la cabeza. El asunto sugería una pregunta que reclamaba inmediata contestación; y no sólo la pobre generala no podía resolverla, sino que, pese a todos sus esfuerzos, no llegaba siquiera a formulársela con la claridad precisa. Se trataba de resolver esta delicada cuestión: ¿Era el príncipe un partido ventajoso, o no? Estas cosas que sobrevenían, ¿eran buenas o malas? Y si eran malas (de lo que no cabía dudar), ¿por qué lo eran? Y si eran buenas (lo que tampoco resultaba imposible), ¿por qué lo eran también?

Ivan Fedorovich, por su parte, empezó por sorprenderse, pero a continuación declaró que «también él esperaba hacía tiempo alguna cosa por el estilo…» Una severa mirada de su mujer le cortó la palabra; mas por la noche, cuando volvió a encontrarse con ella y se vio de nuevo en la precisión de hablar, expresó de repente, con cierta seguridad, algunas inesperadas ideas: «Y, después de todo, ¿qué…? (Silencio.) «Todo esto es, sin duda, muy raro, no lo discuto; pero…» (nuevo silencio). «Y, por otra parte, mirándolo bien, el príncipe, en realidad, es muy buen muchacho… y… y… lleva un nombre que es el nuestro. Incluso levantaremos nuestro apellido con ese enlace… a los ojos del mundo, claro, quiero decir a los ojos del mundo, porque… el mundo es el mundo. Y, además, el príncipe no carece de fortuna, si no queremos reconocer que no es bastante rico… y… y…» (Prolongado silencio y mutismo definitivo del general.) Las palabras de su marido llevaron la ira de la generala mucho más lejos de cuanto pudiera expresarse.

Según ella, todo lo sucedido constituía «una necedad imperdonable, incluso criminal, una fantasía loca y absurda». En primer lugar aquel principillo estaba aquejado de idiotismo y, además, era… un imbécil. No tenía conocimientos del mundo, ni trato social. ¿A quién presentarle? ¿Dónde situarlo? Era insoportablemente demócrata, no tenía situación alguna… y… ¿qué diría la vieja Bielokonsky? Por ende, ¿era aquél el marido que ellos habían soñado para Aglaya? Este último argumento, naturalmente, pesaba más

que ninguno. El corazón materno de Lisaveta Prokofievna se desgarraba a este pensamiento y, sin embargo, no podía dejar de oír una voz secreta que le preguntaba: «¿Qué es lo que encuentras de malo en el príncipe?». Esto último producía a la generala mayor turbación que cualquiera otra de sus ideas.

La perspectiva de tener a Michkin por cuñado no desplacía a las hermanas de Aglaya, ni tampoco les parecía demasiado absurdo aquel proyecto matrimonial. Poco les faltaba incluso para apoyarlo. Pero habían resuelto no intervenir. Se sabía por experiencia en la familia que cuanto más hostil se mostraba la madre a una idea, tanto más la aceptaba en el fondo de su corazón. Alejandra Ivanovna se vio muy pronto en el caso de quebrantar su mutismo. Su madre había tomado la costumbre de consultarla en todo y ahora la llamaba con frecuencia para solicitar su opinión y, sobre todo, para apelar a sus recuerdos mediante preguntas de este estilo: «¿Cómo ha sucedido todo eso? ¿Cómo no lo sabía nadie? ¿Por qué no se hablaba de ello? ¿Qué significaba ese maldito «hidalgo pobre»? ¿Por qué había de ser ella sola quien cargase con todas las preocupaciones y cuidados domésticos, mientras los demás se pasaban la vida pensando en las musarañas?», etcétera. Alejandra, de momento, se mantuvo reservada, limitándose a decir que creía, como su padre, que el casamiento del príncipe Michkin con una hija del general Epanchin no tendría nada de desventajoso desde el punto de vista mundano. A poco, la joven se acaloró y dijo que Michkin no era un imbécil ni lo había sido nunca, y que, respecto a su falta de situación oficial, sería interesante saber si de allí a algunos años la importancia de un hombre no se mediría en Rusia más que por su situación en el servicio público. A esto la madre contestó acusando a Alejandra de «nihilista» y fulminando nuevos anatemas contra aquella «maldita cuestión feminista» que tenía la culpa de todo. Media hora después se fue a la ciudad, y, ya allí, se encaminó a Kamenny Ostrov para visitar a la princesa Bielokonsky, madrina de Aglaya, y que se hallaba a la sazón en San Petersburgo. La «vieja princesa» escuchó las confidencias, desesperadas y febriles, de Lisaveta Prokofievna sin manifestar enternecimiento alguno ante sus lágrimas. Por el contrario, la miraba con aire burlón. Aquella princesa era mujer muy despótica y no olvidaba jamás su rango en la vida. Aunque hacía treinta y cinco años que trataba a Lisaveta Prokofievna, seguía considerándola como su protégée y no le perdonaba su carácter independiente. Así, pues, empezó por advertir que probablemente Lisaveta Prokofievna y los suyos habían exagerado las cosas, convirtiendo en elefante una hormiga, según su costumbre. De lo que acababa de oír no deducía que hubiese nada serio entre los dos jóvenes. ¿No valía más, por tanto, aguardar los acontecimientos? En su opinión, el príncipe era un muchacho muy correcto, si bien enfermo, estrafalario e insignificante. Y, a su juicio, lo peor de todo era que mantenía una amante públicamente.

Lisaveta Prokofievna comprendió que la Bielokonsky estaba algo irritada

por el fracaso de Eugenio Pavlovich, a quien ella había presentado a los Epanchin. La generala volvió a Pavlovsk aún más furiosa que antes y se consagró a increpar a su familia: «Habéis perdido la cabeza; las cosas no se hacen así en ninguna parte; esto no se ve más que en esta casa… Al fin y al cabo, ¿a qué viene tanto revuelo? ¿Qué ha pasado aquí, después de todo? Por mucho que examine las cosas no veo que haya ocurrido nada. Vale más esperar los acontecimientos. ¿Qué importancia tiene lo que Ivan Fedorovich haya creído notar? Estáis haciendo un elefante de una hormiga», etc.

Aquello parecía abocar a la conclusión de que procedía calmarse y esperar los sucesos con serenidad y fríamente. Pero, ¡ay!, la calma no duró diez minutos y la generala comenzó a inquietarse otra vez al tener noticia de las cosas que habían sucedido en su ausencia. Recuérdese que Michkin había aparecido en casa de los Epanchin a las doce y treinta de la noche, creyendo que eran las nueve y media. Y fue al día siguiente de aquella extraña visita cuando Lisaveta Prokofievna se encaminó a Kamenny Ostrov. Las hermanas de Aglaya respondieron con todo detalle a las impacientes preguntas de Lisaveta Prokofievna.

No había pasado nada. Había venido el príncipe y Aglaya tardó media hora en aparecer. Las primeras palabras que le habían dirigido fueron para proponerle jugar al ajedrez. Y como él no entendía nada de aquel juego, fue derrotado en seguida, lo que complació mucho a Aglaya. Se mofó de la ignorancia del príncipe de un modo que daba pena verlo. Luego le propuso jugar al tonto, y aquí las cosas cambiaron. Él jugaba a las cartas muy bien, como un maestro. En vano Aglaya se dedicó a hacer desvergonzadas trampas, pues perdió pese a ello cinco partidas seguidas. Ella, furiosísima, lanzó al príncipe un chubasco de palabras desagradables e hirientes, hasta el punto que él dejó de reír y se puso muy pálido cuando ella le dijo al final: «No pondré los pies en esta habitación mientras esté usted en ella. Es una desvergüenza venir a esta casa, y a medianoche, después de todo lo que ha ocurrido». Y con esto había salido dando un portazo. A pesar de todos los esfuerzos de las jóvenes para consolarle, el príncipe se había ido con cara de funeral. Al cabo de un cuarto de hora, Aglaya había salido a la terraza, y tan de prisa, que ni siquiera tuvo tiempo de secarse las lágrimas que se notaban en su rostro. Y salía así porque había llegado Kolia trayendo un erizo. Las muchachas examinaron el animal y Kolia les dijo que no era suyo, sino de un compañero del gimnasio, Kostia Lebediev, a quien había dejado en la calle; Kostia no se atrevía a subir porque llevaba un hacha, la cual, así como el erizo, acababa de comprar a un labriego que encontraron en el camino. El campesino les ofreció el erizo por cincuenta kopecs y ellos lo compraron y luego, pareciéndoles el hacha muy hermosa, decidieron también adquirirla. Aglaya, una vez oído el relato, insistió con el muchacho para que éste le revendiese el erizo y, en su afán de persuadirle, llegó a tratarlo de «querido Kolia». Éste resistió largo

tiempo, y al fin, viéndose tan apremiado, fue a hablar con su compañero, a quien compareció, portador del hacha y no poco confuso. Mas entonces resultó que el erizo no le pertenecía, pues era propiedad de otro compañero, un tal Petrov, quien les había entregado fondos para que le comprasen una «Historia» de Schlosser, de la cual deseaba desprenderse un cuarto escolar. Kolia y Kostia se disponían a realizar la compra por cuenta de su amigo, cuando, hallando encantadores el hacha y el erizo, habían resuelto invertir el dinero en tan interesante adquisición. Y en este momento llevaban erizo y hacha al estudiante en lugar de la «Historia» de Schlosser. Pero Aglaya les instó de tal modo que al fin accedieron a venderle el animal. Cuando el erizo hubo entrado en su posesión, Aglaya lo colocó en una cestita de mimbre, la cubrió con una servilleta y la entregó a Kolia, diciéndole:

—Lleva esto al príncipe de parte mía, y dile que se lo regalo como prueba de mi profundo aprecio.

Kolia, muy contento, prometió desempeñar tal comisión, pero añadió:

—¿Qué significa un regalo semejante? Porque regalar un erizo…

Aglaya contestó que eso no le interesaba a él. Kolia insistió:

—Estoy seguro de que este obsequio quiere decir algo.

A esto la joven replicó, enfadada, que Kolia era un «chicuelo». El muchacho reaccionó con prontitud.

—Si no me contuviese mi respeto a las mujeres y mis principios, yo le probaría ahora mismo que sé contestar a tal insulto.

De todos modos, Kolia se fue con el erizo, sintiéndose muy satisfecho de su encargo, y Kostia le siguió. La ira de Aglaya se disipó muy pronto. Viendo que Kolia agitaba demasiado violentamente la cesta que contenía el animal, dijo, con tanta naturalidad como si no acabasen de tener una discusión un tanto violenta:

—Ten cuidado de no dejarlo caer, querido Kolia.

Kolia, a su vez, no pareció conservar resentimiento alguno, ya que dijo, deteniéndose:

—No tema, Aglaya Ivanovna: no lo dejaré caer.

Y continuó su camino. Aglaya estalló en risas y se retiró a su cuarto. Durante todo el día había seguido mostrándose muy alegre.

Tales noticias asombraron a Lisaveta Prokofievna. Lo del erizo, en especial, la confundía en extremo. ¿Qué significaba aquel erizo? ¿Qué ocultaba el fondo de aquel asunto? ¿Se trataría de un signo convenido, de una clave? El desventurado Ivan Fedorovich, que se encontraba allí casualmente,

no hizo, con sus respuestas, sino echar leña al fuego. A su juicio, en todo ello no había ni sombra de clave, el erizo era meramente un erizo y, de significar alguna cosa, sería amistad, reconciliación y olvido de las ofensas. En conjunto todo era una chiquillada, muy inocente y perdonable además. Advertiremos de paso que el general acertaba. Michkin, que había vuelto a su casa en plena desesperación, estaba sumido en lúgubres pensamientos cuando Kolia llegó con el erizo. Las nubes se disiparon en el acto, el corazón del príncipe revivió. Interrogaba a Kolia, bebía ávidamente sus palabras, le hacía repetir veinte veces la misma cosa, reía como un niño y apretaba sin cesar las manos de los dos estudiantes, que reían igualmente, mirándole con sus ojos claros. Era notorio que Aglaya le perdonaba y que Michkin podía volver a su casa aquella misma tarde, y eso era para él, no lo principal, sino el todo.

—Somos unos chiquillos, Kolia… ¡y qué agradable es serlo! —exclamó, en su feliz embriaguez.

—Está enamorada de usted y nada más, príncipe —declaró, sentencioso, Kolia.

Michkin enrojeció y guardó silencio. Kolia, riendo, dio una palmada. Michkin rio también. La tarde le pareció larguísima. Cada cinco, minutos consultaba el reloj.

En tanto, la agitación de la generala crecía visiblemente. Pese a la opinión de su esposa e hijas, quiso mandar llamar a Aglaya y hacerle una última pregunta, para obtener de ella una respuesta clara y perentoria «a fin de concluir aquel asunto de una vez y no ocuparse en él jamás. De otro modo —concluyó—, me consumiría viva». Sólo entonces su familia se dio cuenta de las proporciones absurdas que había adquirido el incidente. Aglaya fingió sorpresa, se indignó, rióse, pero, aparte de burlas acerca de Michkin y de cuanto le preguntaba, incomodada, se tendió en su lecho y sólo lo dejó a la hora del té, en que era presumible que Michkin apareciese. La generala esperaba temblando aquel momento y poco le faltó para sufrir un ataque de nervios cuando vio aparecer al príncipe. En cuanto a éste, entró con timidez, casi a tientas. Miró a todos los presentes plegando los labios en una extraña sonrisa, y pareciendo preguntarles, cuál era el motivo de que Aglaya no se hallara en la habitación, circunstancia que le parecía asaz alarmante. Aquel día no estaban en casa más que los miembros de la familia. El príncipe Ch. se hallaba en San Petersburgo, donde tenía que resolver ciertos asuntos concernientes al difunto tío de Radomsky. «¡Lástima que no esté! Nos orientaría en algo», pensó Lisaveta Prokofievna. Ivan Fedorovich parecía muy preocupado. Alejandra y Adelaida estaban serias y parecían deliberadamente silenciosas. La generala no sabía de qué hablar. De repente inició un ataque a fondo contra los ferrocarriles y miró a Michkin, desafiadora. Pero la ausencia de Aglaya anonadaba al príncipe, hacíale perder la cabeza. Inició, con voz

insegura, una frase acerca de la utilidad de los ferrocarriles, y viendo que Adelaida rompía a reír se turbó aún más. En aquel instante apareció Aglaya, tranquila y grave. Después de devolver ceremoniosamente al visitante el saludo que éste le dedicó, fue a sentarse con talante solemne en el lugar más ostensible de los que había en torno a la mesa. A continuación fijó en Michkin una mirada inquisitiva y le preguntó con voz firme y casi irritada:

—¿Ha recibido usted mi erizo?

Todos comprendieron que se avecinaba una explicación. Michkin se sintió desfallecer.

—Sí —contestó ruborizándose.

—Diga en el acto qué le parece esa ocurrencia. Es necesario que lo diga para tranquilidad de mamá y de toda la familia.

—Escucha, Aglaya… —intervino el general, inquieto.

—¡Es el colmo! —exclamó Lisaveta Prokofievna, indignada.

—¿De qué colmos habla usted, maman? —replicó la joven con viveza—. He enviado un erizo al príncipe y deseo saber lo que opina. Hable, príncipe.

—¿Lo que opino, Aglaya Ivanovna?

—Sí, sobre el erizo.

—Perdone, pero supongo… que usted quiere saber cómo… he recibido el erizo… o, más bien, cómo he tomado… el envío de un erizo… En ese caso le diré… En una palabra, yo…

Hubo de interrumpirse, sofocado. Aglaya esperó unos instantes y dijo:

—No ha explicado usted gran cosa. En fin, accedo a prescindir del erizo, pero deseo concluir de una vez para siempre con los equívocos que hay planteados aquí. Permítame preguntarle personalmente si se propone pedirme en matrimonio o no.

—¡Dios mío! —exclamó la generala.

Michkin se estremeció y dio un paso atrás. El general quedó petrificado. Alejandra y Adelaida arrugaron el entrecejo.

—No disimule, príncipe: diga la verdad. Se me ha sometido a interrogatorios muy raros. ¿Tienen razón de ser las preguntas que me han dirigido? ¿Sí o no?

—No he pedido su mano, Aglaya Ivanovna —repuso el príncipe animándose repentinamente—; pero yo la amo, como sabe, y creo que usted…

—Mi pregunta es ésta: ¿pide usted mi mano, sí o no?

—Pido su mano —repuso él, más muerto que vivo, despertando con sus palabras una conmoción general.

—No es así, hija, no es así… ¡no es así! —observó el general muy confuso—. Una cosa en esa forma… es imposible, Glacha… perdona, querido príncipe… —Y se volvió a su mujer en demanda de apoyo—: Lisaveta Prokofievna, habría que pensar…

—Me niego a pensar nada —dijo ella, con un gesto de viva repulsión.

—Perdone, maman, que hable yo. Creo que en este asunto tengo voz y voto. Los presentes momentos son capitales en mi existencia —Aglaya empleó estas palabras textualmente—, y debo resolver por mí misma. Además, celebro que ello ocurra ante testigos. Permítame una pregunta, príncipe: puesto que alberga tales intenciones, ¿piensa asegurar mi felicidad…?

—No sé, en verdad, cómo contestarle, Aglaya Ivanovna… ¿Qué le puedo decir? Y además, ¿es necesario?

—Me parece usted un poco turbado. Tranquilícese. Beba un poco de agua… Aunque le van a traer el té ahora mismo.

—La amo, Aglaya Ivanovna, la amo mucho, no amo a otra mujer y… Le ruego que no se burle… La amo mucho.

—Pero este es un asunto grave, no somos niños ya y ha de considerarse el asunto desde el punto de vista positivo. Haga el favor de decirme a cuánto asciende su fortuna.

—¡Por Dios, por Dios, por Dios, Aglaya! ¿En qué piensas? ¡No es así! —exclamó el general, espantado.

—¡Qué vergüenza! —rezongó su esposa en voz bastante alta para que la oyesen.

—¡Está loca! —comentó Alejandra.

—¿Mi fortuna? ¿Habla usted de mi dinero? —preguntó Michkin, sorprendido.

—Exactamente.

—Poseo en este momento… ciento treinta y cinco mil rublos —balbució él, ruborizándose.

—¿Nada más? —dijo Aglaya, con manifiesta extrañeza, sin enrojecer en lo más mínimo—. Pero, en fin, eso es lo de menos, siempre que se viva con economía. ¿Se propone usted ingresar en el servicio público?

—Pienso prepararme para profesor particular.

—¡Gran idea, no cabe duda! Aumentará mucho nuestros ingresos… ¿No piensa también hacerse gentilhombre de cámara?

—¿Yo? Nada de eso.

Aquello era demasiado. Alejandra y Adelaida estallaron en risas. La segunda había notado hacía tiempo que su hermana menor contraía el rostro y hacía esas muecas delatadoras de una risa reprimida con gran esfuerzo. Viendo reír a sus hermanas, Aglaya quiso asumir un talante amenazador, pero su seriedad no duró ni un segundo, siendo substituida por una hilaridad loca, casi histérica. Finalmente se incorporó de un salto y salió de la estancia.

—Ya sabía yo que todo era una broma —exclamó Adelaida—. Todo una broma, desde lo del erizo.

—No permito esto, no puedo permitirlo… —protestó, airada, Lisaveta Prokofievna, precipitándose en pos de Aglaya.

Sus hijas mayores la siguieron. Michkin y el general quedaron solos.

—¿Podías… podías imaginarte cosa semejante, León Nicolaievich? —dijo Ivan Fedorovich casi sin darse cuenta de lo que preguntaba—. ¿Es posible, posible que… en serio?

—Veo que su hija se ha burlado de mí —repuso Michkin con tristeza.

—Espera un poco, amigo mío, espera un poco… Tengo prisa, pero tú… Te ruego, León Nicolaievich, que me digas cómo se ha producido todo esto y qué significa en conjunto, si vale la palabra… Soy padre, amigo mío, pero, por padre que sea, no comprendo una sola palabra. Explícame, pues…

—Yo amo a Aglaya Ivanovna y ella lo sabe… y creo que hace tiempo.

El general se encogió de hombros.

—¡Muy raro, muy raro! ¿La quieres mucho?

—Mucho.

—Es extraño, sorprendente. Ha sido una sorpresa tan grande para mí, que… Escucha, querido, no es que te hable de tu fortuna (aun cuando la creía mayor, desde luego), pero… ¿eres capaz de procurar… la felicidad de mi hija? Y ¿qué es… esto? ¿Una broma o una cosa seria? No hablo de ti, sino de mi hija.

Sonó tras la puerta la voz de Alejandra llamando a su padre.

—Espera un momento, amigo mío, espera… Vuelvo en seguida. Espera y reflexiona… —dijo él.

Y salió en busca de Alejandra con precipitación y casi con inquietud. Halló

a su mujer y a su hija menor abrazadas y sollozando. Eran lágrimas de felicidad, de ternura, de reconciliación. Aglaya besaba las manos, las mejillas, los labios de su madre, y las dos permanecían estrechamente enlazadas.

—Mírala, Ivan Fedorovich: aquí la tienes —dijo Lisaveta Prokofievna.

Aglaya alzó la cabeza, que hasta entonces reclinara en el pecho de su madre y, estallando otra vez en una risa, alzó hacia su papá su carita feliz, aún húmeda de lágrimas. Luego corrió hacia el general, lo estrechó entre sus brazos, le colmó de besos y al fin, volviendo a su madre, recostó su cabeza en el pecho materno y tornó a llorar. Lisaveta Prokofievna cubrió a su hija con el extremo de su chal.

—¡Cuántos disgustos nos has dado, chiquilla cruel! —dijo la generala con tono de reproche y a la par alegre y satisfecha. Parecía que se hubiese librado al fin de una carga pesada.

—¡Cruel, sí, cruel! —reconoció Aglaya—. ¡Soy muy mala, soy una niña mimada! ¡Dígaselo a papá! ¡Ah, pero si está aquí! ¿Está usted aquí, papá? —preguntó, riendo a través de sus lágrimas.

Ivan Fedorovich, radiante de satisfacción, besó la mano de su hija.

—Hijita mía, tesoro mío —empezó—, ¿es posible que ames… a ese joven?

Aglaya alzó bruscamente la cabeza.

—¡No, no, no! No puedo soportar a… ese joven. ¡No puedo! —repitió con insólita violencia—. Si se atreve usted de nuevo, papá… Le hablo seriamente, ¿oye?, seriamente…

No parecía bromear. Su rostro estaba muy encarnado y sus ojos lanzaban llamas. El general se asustó; pero su esposa le hizo un signo discreto y él comprendió que le aconsejaba suspender toda pregunta.

—Como quieras, ángel mío; eres libre… Pero él está esperando a solas. ¿No convendría indicarle delicadamente que se vaya?

Y el general guiñó el ojo a su mujer.

—No, no, es inútil. Aquí la delicadeza está de más. Vuelva con él. Yo iré en seguida. Quiero pedir perdón a… ese joven. Reconozco que le he ofendido.

—Y gravemente —observó con profunda seriedad el general.

—Entonces… Pero vale más que se queden aquí y yo entre sola primero. Conviene que entren ustedes también en seguida.

Avanzó hacia la puerta y desanduvo lo andado.

—Veo que voy a reírme, a morirme de risa —dijo, disgustada.

Pero en el acto se volvió otra vez y corrió hacia Michkin.

—¿Qué es eso? ¿Qué opinas? —se apresuró a preguntar el general a su mujer.

—No me atrevo a decirlo —repuso ella, con no menor precipitación—, pero creo que está bastante claro.

—Lo mismo opino. Claro como la luz. Está enamorada.

—¡Y locamente! —añadió Alejandra—. ¿Pero de quién?

—¡Dios la bendiga, puesto que tal es su destino! —murmuró la generala, santiguándose piadosamente.

—Su destino, su destino… —concordó el general—. Nadie escapa a su destino.

Y entonces se dirigieron al salón, donde les aguardaba una nueva sorpresa. Aglaya se acercaba a Michkin, no riendo, sino con cierta timidez.

—Perdone a una niña mimada, a una muchacha mala y torpe… —empezó, tomándole la mano—. Y tenga la seguridad de que le estimo infinitamente. Me he permitido poner en ridículo su noble y bondadosa ingenuidad, es cierto; pero le ruego que no lo considere más que como una chiquillada. Perdóneme el haber insistido sobre una bobada que no puede tener, en modo alguno, la menor consecuencia —concluyó con acento significativo.

Padre, madre y hermanas llegaron al salón a tiempo de ver y oír todo aquello: «una bobada que no puede tener la menor consecuencia». Todos notaron la seriedad con que Aglaya pronunciaba semejante frase. Los presentes se miraron unos a otros, como preguntándose el significado de aquella expresión. En cambio, Michkin parecía estar en la gloria, cual si no comprendiese lo que la joven le daba a entender.

—¿Por qué dice eso? —balbució—. ¿Por qué me pide… perdón?

Quería decir que no merecía la pena de pedírselo. No juraríamos que no hubiese advertido también la intención de las frases de Aglaya, pero acaso aquel hombre extraño se regocijase incluso de lo que habría debido desolarle. Fuese como fuera, no cabía duda de que se sentía feliz por el mero hecho de ver de nuevo a Aglaya, poder hablarle, sentarse a su lado, pasear con ella. Tal vez se contentara toda su vida con tal cosa. Una pasión tan poco exigente quizá contribuyese a inquietar a la generala más aún. Había adivinado en Michkin un enamorado platónico. Lisaveta Prokofievna pensaba muchas cosas temibles que se reservaba para sí.

Inmensas fueron la animación y jovialidad del príncipe durante aquella velada. Según dijeron más tarde las hermanas de Aglaya, la alegría del joven

era contagiosa. Habló mucho, lo que no le había ocurrido jamás desde su primera visita a los Epanchin seis meses antes, el día de su llegada a la capital. Desde su regreso a San Petersburgo, Michkin había observado como regla el guardar silencio y últimamente incluso había declarado públicamente al príncipe Ch. que prefería callar por no poner en ridículo ideas que no sabía expresar debidamente. Pero esta vez fue casi el único que habló durante toda la velada. Contó muchas cosas y respondió clara y minuciosamente a cuantas preguntas se le hicieron. Sus palabras no tenían un carácter galante, sino que eran serias y aun elevadas. Expuso ciertas opiniones personales, ciertas observaciones propias, y todo ello habría resultado ridículo de no estar «tan bien expuesto», según opinó después el auditorio. El general gustaba de las conversaciones serias, pero él y su esposa encontraban en su fuero interno que el príncipe parecía demasiado sabiondo, por lo cual, al fin, acabaron sintiéndose taciturnos. Mas, antes de despedirse, el príncipe narró algunas anécdotas muy cómicas, riendo tan alegremente que los demás le hicieron coro, no tanto por lo contado en sí, como por la jovialidad del narrador. Aglaya apenas pronunció palabra en toda la noche. Escuchaba con atención las palabras de Michkin, o más bien que escucharle, observaba.

—No le ha quitado ojo en todo el tiempo —dijo después la generala a su marido—. Parecía estar pendiente de su boca. ¡Y pensar que si se le dice que le ama se enfurece!

—¿Qué le vamos a hacer? ¡Es el destino! —repuso el general, encogiéndose de hombros.

Y repitió varias veces aquella palabra, dilecta suya. Añadamos que, como hombre práctico, el general encontraba mucho que censurar en el presente estado de cosas, y lo que más le contrariaba en él era su vaguedad. Pero de momento había decidido callarse y observar… a su esposa.

A aquella bonanza sucedieron nuevos huracanes. Al día siguiente Aglaya volvió a reñir con el príncipe, y lo mismo aconteció las tardes sucesivas. El pobre enamorado pasaba horas enteras sirviendo de blanco a las burlas de su amada. Cierto que a veces los dos jóvenes pasaban una hora en el jardín a solas al lado de un seto, pero podía observarse que en tales ocasiones él se ocupaba en leer a Aglaya el periódico o algún libro.

—¿Sabe —interrumpió ella un día, mientras él leía el periódico— que me parece usted muy ignorante? Si se le pregunta en qué año ocurrió tal o cual suceso, qué hizo tal personaje o de qué libro ha sido tomado cuál concepto, suele quedar con la boca abierta o poco menos. Es deplorable.

—Ya le he dicho —repuso Michkin— que carezco de instrucción.

—Y entonces, ¿de qué no carece? Siendo así, ¿cómo puedo estimarle?

Continúe… Aunque no; es inútil. Deje de leer.

La tarde de aquel mismo día se produjo un incidente que pareció notable a las Epanchinas. El príncipe Ch. volvió de San Petersburgo y Aglaya, muy amablemente, preguntó por Eugenio Pavlovich. Michkin no había llegado aún. Entonces el príncipe Ch. insinuó algo respecto a un «próximo nuevo acontecimiento en la familia», aludiendo a una frase que la generala pronunciara por inadvertencia, diciendo que convendría aplazar el casamiento de Adelaida para celebrar «las dos bodas juntas». Aglaya no pudo contenerse al oír aquellas «absurdas suposiciones» y, en su ira, dijo, entre otras cosas, que no tenía intención, por el momento, de «substituir a la amante de nadie».

Aquello anonadó a todos, y en especial a sus padres. Lisaveta Prokofievna mantuvo una conversación a solas con su marido y le instó a que exigiese de Michkin una explicación categórica acerca de su situación con Nastasia Filipovna.

Ivan Fedorovich declaró que aquello había sido un mero «arranque» hijo de la «delicadeza» de Aglaya, y que si el príncipe Ch. no la hubiese excitado con sus alusiones matrimoniales, ella no habría tenido semejante salida, ya que la joven sabía muy bien que ello era una calumnia de gentes aviesas y nada más, que Nastasia Filipovna iba a casarse con Rogochin, que el príncipe no sólo no tenía con ella las relaciones de que le acusaban, sino que, por ende, no las había mantenido jamás.

Michkin continuaba disfrutando de una dicha exenta de toda inquietud.

A veces sorprendía, sin duda, en los ojos de Aglaya una expresión impaciente y sombría, pero él, atribuyéndola a otros motivos, no le daba importancia. Cuando se convencía de algo era inquebrantable en su convicción. Acaso hiciera mal en vivir tan despreocupado. Así, al menos, opinaba Hipólito, quien, hallándose un día por casualidad en el parque, le interpeló:

—¿Qué? ¿No tenía yo razón para decirle que estaba enamorado?

Michkin, tendiéndole la mano, le felicitó por su «buen aspecto».

En efecto, el enfermo, como sucede a menudo a los tuberculosos, había mejorado en apariencia.

Hipólito había abordado a Michkin proponiéndose embromarle un poco acerca de su cara de felicidad, pero, cambiando de idea repentinamente, comenzó a hablar de sí mismo, extendiéndose en recriminaciones difusas y bastante incoherentes.

—No puede usted imaginar —acabó— hasta qué punto es toda esa familia de Ivolguin irascible, egoísta, mezquina, vanidosa, ordinaria. ¿Sabe que me

habían recibido en su casa sólo a condición de que me muriese lo antes posible? Ahora están furiosos porque no me muero, sino que mejoro… ¡Qué farsantes! Apuesto a que no me cree.

Michkin no contestó.

—A veces —continuó Hipólito con negligencia— se me ocurre incluso pensar en volver a su casa, príncipe… ¿No cree usted capaces a aquellas personas de ofrecer hospitalidad a un hombre a condición expresa de que muera cuanto antes?

—Yo pensaba que tenían otros propósitos al invitarle.

—Ya veo que no es usted tan ingenuo como se suele decir. No tengo tiempo ahora: si no le revelaría ciertas cosas concernientes a ese Gania y a sus esperanzas. Están minándole el terreno, príncipe, se lo están minando. Es una compasión verle tan tranquilo… Pero no podía suceder de otro modo.

—Veo que me compadece usted —rio Michkin—. ¿Sería más feliz si estuviese inquieto?

—Vale más ser desgraciado y saber, que feliz e ignorar. ¿No cree usted en la rivalidad de… ése?

—Siento no poder contestarle, Hipólito. La palabra «rivalidad» resulta aquí un poco cínica. Y respecto a Gabriel Ardalionovich, convendrá usted, si conoce sus asuntos, que no puede estar tranquilo después de lo que ha perdido. Para juzgarle, me parece necesario situarse en ese punto de vista. Aún puede enmendarse; tiene muchos años ante él y la vida es una gran escuela. Y en cuanto… a que me minan el terreno —añadió el príncipe, turbándose—, no le comprendo, Hipólito; mejor será hablar de otra cosa.

—Muy bien. No sabe usted desprenderse de su magnanimidad. Al contrario de Santo Tomás, príncipe, usted necesita tocar con el codo para dejar de creer. ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Verdad que me desprecia usted en este momento?

—¿Por qué? ¿Porque ha sufrido usted y sufre más que nosotros?

—No: porque soy indigno de mi sufrimiento.

—Quien ha podido sufrir más que los otros es, en consecuencia, digno de sus sufrimientos. Cuando leí su confesión a Aglaya Ivanovna, ella hubiese querido verle, pero…

—… Lo aplaza para más tarde… No puede. Me hago cargo, me hago cargo —interrumpió Hipólito, deseoso al parecer, de cambiar de conversación—. A propósito: me han dicho que le leyó usted en persona todo aquel conjunto de atrocidades escritas en estado de delirio. Me parece increíble que se pueda ser lo bastante no diré cruel, porque sería humillarme, pero sí

puerilmente vano y rencoroso para reprocharme esa confesión y emplearla como arma contra mí. Conste que no me refiero a usted…

—Hace usted mal en renegar de ese escrito, Hipólito. Es sincero, sin duda, y aunque no carezca de aspectos ridículos —la palabra hizo contraer el rostro al enfermo—, hasta los más ridículos quedan redimidos por el sufrimiento que los inspira. Esas confesiones han sido para usted un sufrimiento… y acaso una muestra de masculinidad. Su inspiración en principio era noble, aunque fuese juzgada aquella noche de un modo y otro. Cuanto más reflexiono, más convencido estoy de ello. Se lo aseguro. No pretendo juzgarlo, sino únicamente exponer mi opinión. Y lamento haber callado entonces…

Hipólito se sonrojó. Preguntóse por un momento si Michkin se propondría burlarse de él con hipócritas lisonjas, pero al mirar el rostro de su interlocutor, comprendió que éste hablaba con sinceridad, y su semblante se serenó.

—Y, sin embargo, no tengo más remedio que morir —contestó, reprimiendo a duras penas el deseo de agregar: «¡Morir un hombre como yo!»—. Imagine que ese Gania creyó oportuno hacerme observar que tal vez muriesen antes algunas personas de las que oyeron el otro día la lectura de mi escrito. ¿Qué le parece? Gania juzga eso un consuelo. ¡Ja, ja, ja! En primer lugar, hasta ahora no ha muerto ninguno, y aunque así fuera, ¿de qué me valdría? Me juzga por lo que él es. Luego me dirigió verdaderas injurias, diciendo que en mi caso se debe morir silenciosamente, y que lo contrario no es sino egoísmo. ¿Qué me dice? ¡Él sí que es egoísta! ¡Y con un egoísmo tan refinado, o, mejor dicho, tan grosero, que ni se da cuenta él! ¿Ha leído usted la historia de Esteban Gliebov, aquella figura del siglo dieciocho? Ayer cayó, en mis manos por casualidad.

—¿Quién era Esteban Gliebov?

—Aquel que fue empalado en la época del zar Pedro.

—¡Ah, sí! Estuvo quince horas en el palo y murió con un valor excepcional. Lo he leído, sí. ¿Y qué?

—Dios concede muertes así a ciertas personas, pero no a nosotros. Lo juzga así ¿verdad, príncipe? ¿No me cree capaz de morir como Gliebov?

—No digo eso —repuso el príncipe, confuso—: sólo quiero decir que usted… no que usted no pudiera parecerse a Gliebov…, sino que usted sería, más bien…

—¿Un Osterman y no un Gliebov?

—¿Osterman? —extrañóse Michkin.

—El diplomático Osterman, contemporáneo del zar Pedro —repuso Hipólito, algo desconcertado.

Siguió una pausa. Ambos se sentían un tanto molestos.

—No quería decir eso tampoco —repuso Michkin, con suavidad—. No creo que fuese usted un Osterman.

Hipólito frunció el entrecejo. Michkin se apresuró a excusarse.

—También en eso voy demasiado lejos. Pero quiero decir (y le juro que es cosa que siempre me ha impresionado) que los hombres de entonces no se parecían en nada a los de ahora. No, no eran de la misma raza. Nuestra naturaleza es muy distinta. Entonces la gente sólo tenía una sola idea. Hoy somos más nerviosos, más evolucionados, más sensitivos, tenemos dos o tres ideas a la vez… El hombre moderno es más amplio y, se lo aseguro, ello le impide ser de una sola pieza, como eran sus antepasados. A eso únicamente tendía mi observación y no…

—Comprendo. Me ha confesado usted ingenuamente que no compartía mi opinión y ahora quiere consolarme. ¡Ja, ja, ja! Es usted un verdadero niño, príncipe. Pero noto que me trata usted como a… como a una taza de porcelana. No importa, no importa, no me ofendo por ello… Hemos tenido una conversación muy estrafalaria. A veces es usted un verdadero niño, príncipe, lo repito. Además, sepa que yo preferiría ser cualquier cosa antes que un Osterman, porque siendo un Osterman no valdría la pena el resucitar de entre los muertos… Veo que urge que yo muera lo antes posible. De lo contrario, yo mismo… Ea, me voy. Adiós… A propósito: ¿qué manera de morir le parece mejor? Quiero decir la más virtuosa. ¡Hable!

—La que consiste en desaparecer antes que los demás, perdonándoles su dicha —repuso Michkin en voz baja.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya sabía yo que diría usted algo parecido! Pero usted… usted… ¡Ustedes, las personas elocuentes…! Hasta la vista, hasta la vista…

VI

Bárbara Ardalionovna había dicho la verdad al comunicar a su hermano que las Epanchinas proyectaban una velada con asistencia de la princesa Biolokonsky. Ello se había decidido precipitadamente y con cierta agitación, sin duda, porque en aquella casa no podía hacerse nada como en las demás, según Lisaveta Prokofievna. La impaciencia de ésta, anhelosa de rápidas concreciones, lo explicaba todo, así como también la solicitud de los padres respecto al porvenir de su amada hija. Además, la princesa Bielokonsky iba a marchar en breve y como se contaba con que se interesase por el príncipe, se deseaba vivamente que él entrase en el gran mundo bajo los auspicios de la

anciana dama, cuyo apoyo constituía la mejor recomendación para un joven. Los esposos pensaban que, si en aquel casamiento había algo de extraño, el «mundo» aceptaría mejor al futuro de Aglaya si aparecía patrocinado por la omnipotente princesa. De todos modos, antes o después, había que «presentar» a Michkin, había que introducirle en la sociedad, cosa de la que él no tenía la menor idea. Por otra parte, la reunión era una simple velada íntima, con asistencia de escasos amigos de la casa. A más de la Bielokonsky se aguardaba a otra señora, esposa de un alto dignatario. Como joven, sólo figuraría Eugenio Pavlovich, que debía acompañar a la princesa.

Michkin fue advertido con tres días de antelación de la llegada de aquella señora, pero sólo la víspera de la reunión se le notificó que ésta iba a celebrarse. Él observó el aspecto inquieto de los miembros de la familia y comprendió que distaban mucho de sentirse seguros acerca del efecto que su amigo había de causar. Pero las Epanchinas le juzgaban demasiado cándido para poder adivinar las dudas que ellas albergaban, y esto les hacía contemplarle con más precaución. Él no daba importancia alguna a la velada; sus preocupaciones eran muy diferentes. Aglaya se tornaba cada vez más caprichosa y sombría, y ello mortificaba mucho al príncipe. Cuando supo que aguardaba también a Radomsky, manifestó viva satisfacción, porque deseaba hablarle hacía mucho tiempo. Sus palabras no agradaron a nadie. Aglaya, irritada, se fue de la sala, y únicamente a las once, cuando el príncipe se despedía, la joven aprovechó la oportunidad para dirigirle algunas palabras a solas.

—Quisiera que no viniese usted mañana en todo el día y que por la noche llegase cuando estuviesen reunidos todos esos… visitantes. Ya sabe usted que habrá gente.

Su tono sonaba impaciente y duro. Era la primera alusión que hacía a la velada. Todos habían podido advertir que a Aglaya le resultaba insoportable la idea de que hubiese gente. De buen grado hubiese dado una escena a sus padres con tal motivo, pero callaba por orgullo y pudor. Michkin comprendió en el acto que Aglaya temía por él, sin querer confesarlo, y se sintió asustado repentinamente.

—Sí, lo sé. Me han invitado —dijo.

La joven continuó la conversación sintiéndose visiblemente confusa.

—¿Puedo hablarle en serio una vez siquiera en la vida? —preguntó con brusquedad, encolerizada de pronto sin saber por qué, advirtiéndose a la vez incapaz de dominarse.

—La atiendo con sumo gusto —contestó el príncipe.

Tras una breve pausa, Aglaya continuó con profundo desagrado:

—No he querido discutir con mi familia. A veces no hay manera de hacerlos entrar en razón… Me han horrorizado siempre los principios que rigen a veces la conducta de maman. Sobra hablar de papá; a él no hay que preguntarle nada. Maman, ya lo sé, es una mujer muy buena. Ocúrrasele proponerle una vileza, y usted verá lo que dice… Y, sin embargo, se inclina ante ciertos seres despreciables. No aludo a la princesa Bielokonsky. Aunque sea una vieja absurda y de mal carácter, tiene inteligencia y sabe meter a todos en un puño. ¡Eso siempre es una cosa buena! Pero hay ciertas bajezas… Y ridículas, porque nosotros hemos sido siempre gente de la clase media, de una clase tan media como pueda ser. ¿Por qué, pues, obstinarnos en deslumbrar al gran mundo? A mis hermanas les pasa igual. El príncipe Ch. les ha llenado la cabeza de aire… ¿Por qué le alegra tanto, príncipe, la noticia de que va a venir Eugenio Pavlovich?

—Escuche, Aglaya —repuso Michkin—, veo que teme usted por mí. Sí; teme verme meter la pata en la reunión.

—¿Qué temo por usted? —continuó Aglaya, muy ruborizada—. ¿Y qué razón hay para que tema por usted? Aunque usted… aunque usted se cubriese de ridículo, ¿qué podría importarme? ¿Cómo se le ocurren semejantes términos? ¡Meter la pata! Es una expresión de pésimo gusto.

—Suele decirse… y…

—Suele decirse en un sentido ordinario. Se me figura que se propone hablar mañana así toda la velada. Le aconsejo que hojee un poco más el diccionario de caló; obtendrá usted de ese modo un éxito definitivo. La única lástima es que sepa usted presentarse correctamente. ¿Dónde lo ha aprendido? ¿Sabe usted coger y tomar con corrección un vaso de té cuando todas las miradas se fijan en usted para ver cómo lo hace?

—Creo que sabré.

—Lo siento, porque me habría divertido verlo cometer torpezas. Por lo menos, procure romper el jarrón de la sala. Vale bastante… ¡Rómpalo, se lo ruego! Es un regalo. Mamá se deshará en llanto delante de todos. Haga usted uno de sus ademanes habituales, descargue un buen puñetazo y rompa el jarrón. Para ello siéntese adrede junto a él.

—Por el contrario, me sentaré lo más lejos posible. Celebro que me haya prevenido.

—De modo que tiene miedo de empezar a accionar como siempre… Apuesto también a que se propone tratar algún tema serio, científico, trascendental. ¡Será correctísimo!

—Temo obrar torpemente, si no me orienta.

—Escuche de una vez para siempre —dijo Aglaya con impaciencia—: si empieza usted a despotricar sobre alguna cosa como la pena de muerte, la economía rusa o esa idea de que «la belleza salvará al mundo» …en ese caso me divertiré infinitamente y me reiré muchísimo, pero después no vuelva a aparecer ante mis ojos. Le hablo seriamente. ¡Esta vez le hablo seriamente!

Y mostraba, en efecto, profunda seriedad al proferir semejante amenaza. En su mirada y su acento había una expresión insólita, que el príncipe no había visto nunca en Aglaya y que no se parecía en nada a la burla.

—Se ha puesto usted de tal modo, que ahora estoy seguro de «despotricar» y hasta quizá de romper el jarrón… Antes no temía nada y ahora lo temo todo. Meteré la pata seguramente.

—Entonces, cállese. Estese sentado y mudo.

—No podré. Tengo la certeza de que el temor me impulsará a hablar y a romper el jarrón. Puede que resbale y me caiga, o que haga otra cosa parecida. Ya me ha sucedido alguna vez. Voy a soñar en ello toda la noche. ¿Por qué me lo ha sugerido?

Aglaya le miró, sombría.

—Escuche: lo mejor será que no venga —indicó Michkin—. Diré que estoy enfermo de boquilla y asunto concluido.

La joven, pálida de ira, golpeó furiosamente el suelo con el pie.

—¡Señor! ¿Dónde se ha visto una cosa así? ¡No venir cuando esa reunión se organiza sólo para él! ¡Dios mío! ¡Éstas son las consecuencias de tratar con un hombre tan… absurdo como usted!

—Vendré, vendré —se apresuró a contestar el príncipe—, y le doy mi palabra de honor de que pasaré la noche entera sin abrir los labios. Lo haré así.

—Y acertará. Antes ha dicho: «Diré que estoy enfermo de boquilla» ¿De dónde saca tales expresiones? ¿Qué placer encuentra en hablarme así? Lo hace para molestarme, ¿verdad?

—Perdón. Es una expresión de colegial. No volveré a emplearla. Comprendo (¡no se enfade!) que teme usted por mí y eso me encanta. No sabe usted lo que me asustan sus palabras… y lo feliz que me hacen. Pero ese temor no significa nada: es una pequeñez. ¡Se lo aseguro, Aglaya! En cambio, la ventura persistirá. Me encanta verla tan niña, tan buena… ¡Qué mujer tan buena puede ser usted, Aglaya!

Ella estuvo a punto de incomodarse, pero, de pronto, un sentimiento inesperado se adueñó de su alma.

—¿Y no me reprochará usted más tarde, la aspereza de mis palabras de

ahora? —preguntó de pronto.

—¿Qué dice usted? Parece mentira… Y ¿por qué vuelve a sonrojarse y a tener la mirada sombría? Eso, que le ocurre hace cierto tiempo, no le pasaba antes. Aglaya. Sé a lo que se debe…

—¡Calle, calle!

—No: es mejor hablar. Hace tiempo quise explicarme con usted y le dije lo que era, pero como no me creyó, tengo que volver a empezar. Hay una persona entre nosotros…

Aglaya asió con fuerza el brazo de su interlocutor y le miró, casi aterrada.

—¡Calle, calle, calle! —interrumpió bruscamente.

En aquel momento la llamaron. Satisfecha de poder abandonar al príncipe oportunamente, huyó a toda prisa. Michkin pasó la noche con fiebre. Tal era su estado desde hacía varias noches. Y a la sazón, en un semidelirio, se le ocurrió una idea: ¿iría a sufrir un ataque en presencia de todos? Ya le había sucedido otras veces. El pensamiento le dejó helado. Soñó que estaba en una sociedad asombrosa, insólita, entre gentes extrañas. Lo esencial era que «despotricaba», que sabía que no debía hablar y que hablaba sin cesar ni un instante, esforzándose en persuadir no sabía de qué cosa a sus interlocutores. Entre éstos se hallaban Radomsky e Hipólito, que parecían estar en muy buenos términos mutuos.

Despertó algo después de las ocho, sintiendo dolor de cabeza y un desorden mental extraordinario. Experimentaba un extraño y fuerte deseo de hablar con Rogochin, no sabía acerca de qué. Luego adoptó la decisión de visitar a Hipólito. Merced a la turbación de su ánimo, los incidentes de aquella mañana, aunque le impresionaron mucho, no lograron absorberle por entero. Uno de aquellos incidentes lo constituyó la visita de Lebediev.

Éste se presentó bastante temprano, es decir, poco después de sonar las nueve. Estaba completamente beodo. Aunque el príncipe no reparase apenas, desde hacía algún tiempo, en lo que sucedía a su alrededor, no había dejado de notar el hecho de que, desde la marcha del general, la vida de Lebediev era muy disipada: descuidaba su persona, llevaba los vestidos llenos de manchas, la corbata torcida, el cuello desgarrado. Armaba en casa alborotos cuyo rumor llegaba hasta las habitaciones de Michkin, aunque éstas se hallasen separadas de las otras por un patinillo. Una vez Vera había acudido, llorosa, para narrar al príncipe lamentables escenas domésticas.

Cuando Lebediev se halló ante Michkin, comenzó a hablar de un modo extraño, golpeándose el pecho, como si se confesase:

—He recibido… la recompensa de mi bajeza y mi perfidia. ¡He recibido

una bofetada! —declamó trágicamente.

—¿Una bofetada? ¿De quién? ¿Y a estas horas?

—¿A estas horas? —repitió Lebediev, sarcásticamente—. La hora no tiene nada que ver con esto… ni siquiera para un castigo físico… Pero es un bofetón moral… moral y no físico, el que he recibido.

Sentóse sin cumplidos e inició un relato incoherente Michkin arrugó el entrecejo y ya se disponía a marcharse cuando ciertas palabras que escuchó le detuvieron en seco, petrificándole de sorpresa. Lebediev contaba cosas muy extrañas.

Ante todo, tratábase de una carta. Habíase pronunciado el nombre de Aglaya Ivanovna. Luego, a boca de jarro, Lebediev rompió en amargos reproches dirigidos al príncipe. Parecía estar quejoso de alguna cosa. Según decía, el príncipe, al comienzo, le había honrado con su confidencia en los asuntos referentes a cierta persona (Nastasia Filipovna), pero después había roto con él, expulsándole de su presencia ignominiosamente. El príncipe había llevado incluso su falta de gratitud hasta negarse a contestar a una «inocente pregunta relativa a próximos cambios en la casa». Lebediev, entre hipidos de beodo, declaró que no había esperado tal cosa jamás, sobre todo teniendo en cuenta que «sabía muchas cosas por Rogochin… y por Nastasia Filipovna… y por la amiga de Nastasia Filipovna… y por Bárbara Ardalionovna… y por… hasta por Aglaya Ivanovna… ¿Comprende? Sí, a través de Vera, mi hija queridísima, mi hija única… No, única, no; me engaño… porque tengo tres… ¿Y quién ha informado secretamente a Lisaveta Prokofievna? ¡Je, je! ¿Quién le ha escrito para ponerla al corriente de todos los hechos y movimientos… de Nastasia Filipovna? ¡Je, je! ¿Quién le envió esos anónimos, quiere decírmelo?».

—¿Es posible que haya sido usted? —exclamó Michkin.

—Exactamente —repuso el beodo, con dignidad—. Hoy mismo, a las ocho y media, hace treinta minutos… No, tres cuartos de hora… he notificado a esa noble madre que tenía que informarle de una aventura… significativa. He enviado a mi hija con unas palabras. Vera ha subido por la escalera de servicio.

—¿Y ha ido usted a ver a Lisaveta Prokofievna? —preguntó el príncipe, incrédulo.

—Sí, y he recibido un bofetón… moral. Me ha devuelto la carta, me la ha tirado a la cara sin abrirla siquiera… y a mí me ha echado por las escaleras… figuradamente hablando… Aunque ha faltado poco para que lo hiciese materialmente también.

—¿Qué carta es esa que le ha tirado a la cara sin abrir?

—Pero… ¡Je, je! ¿No se lo he dicho? Creía que sí. He recibido una carta con el ruego de enviarla a…

—¿De quién? ¿A quién?

Entonces Lebediev se enfrascó en «explicaciones» incomprensibles. Michkin creyó entender que la carta había sido llevada muy temprano por una criada que la entregó a Vera Lebediev para ser transmitida a su destino «como antes… como antes, también entregaran una de parte de cierta persona y para cierto personaje (porque doy a una el nombre de personaje y a la otra el de persona para distinguir una joven inocente, hija de un general, de una… señora de otro estilo…). Sí, una carta escrita por cierta persona cuyo nombre comienza con A…»

—¿Es posible? ¿Una carta para Nastasia Filipovna? ¡Qué absurdo! —protestó Michkin.

—Sí… y no para Rogochin… que es lo mismo —repuso Lebediev con una sonrisa y un guiño—. Una vez también le envió otra por conducto del señor Terentiev… Una carta enviada por la persona cuyo nombre empieza por A…

Como las interrupciones no tenían otro resultado que extraviar a su interlocutor, haciéndole olvidar lo que acababa de decir, Michkin optó por callarse. Un punto quedaba oscuro: ¿era Vera o su padre el intermediario de tal correspondencia? Puesto que Lebediev aseguraba que escribir a Rogochin o a Nastasia Filipovna era lo mismo, cabía suponer que tales cartas, de existir, no pasaban por sus manos. ¿Por qué casualidad, pues, se hallaba una en su posesión? Michkin no acertaba con ello: lo probable era que Lebediev la hubiese substraído a su hija clandestinamente, llevándola a la generala por motivos que él conocería…

—¡Está usted loco! —exclamó, temblando.

—No, muy estimado príncipe —contestó Lebediev con cierta agitación—. Al principio pensé entregar a usted esa carta, para prestarle un servicio, pero luego juzgué hacer conocer a una noble madre… a quien otra vez previne bajo el velo del anónimo… Y cuando hoy, a las ocho y veinte, le escribí que me recibiese firmando «Su corresponsal anónimo», se me ha introducido en seguida, casi precipitadamente, por la entrada trasera de la casa, a presencia de la noble madre…

—¿Y…?

—Ya sabe lo demás. Por así decirlo, me ha maltratado, y en rigor le ha faltado poco para hacerlo. Me ha lanzado la carta a la cara. He notado que la hubiese retenido con gusto, pero no ha sabido contener su primer movimiento y me la ha tirado despreciativamente: Puesto que la han confiado a un hombre

como tú, entrégala a su destinatario». Parecía muy ofendida. ¡Qué carácter tiene! ¡Muy furiosa debía de estar para rebajarse hablándome así!

—¿Dónde está la carta?

—Aquí la tengo. Tómela.

Y entregó a Michkin la nota que Aglaya remitía a Gabriel Ardalionovich, y que éste, dos horas más tarde había de exhibir triunfalmente a su hermana.

—No puede usted quedarse con esta carta.

—¡Se la doy, se la doy! —exclamó, con calor, Lebediev—. Otra vez soy absolutamente suyo y le pertenezco de pies a cabeza. Tras una infidelidad transitoria, vuelvo a su servicio. «Castiga la cabeza, pero respeta la barba», como dijo Tomás Moro… en Inglaterra y en la Gran Bretaña. Mea culpa, mea culpa…

—Hay que transmitir esta carta en seguida. Yo mismo la haré llegar a su destino.

—Pero ¿no vale más, no vale más, no vale más…? ¿No vale más (¡oh mi querido y muy educado príncipe!), no vale más…? ¡Esto!

Y Lebediev hizo una mueca extraña y expresiva. Comenzó a agitarse en su asiento, como si le pinchase una aguja, y a la vez se entregó a ademanes demostrativos, subrayados por guiños maliciosos.

—¿Qué? —preguntó Michkin amenazador.

—Abrir la carta primero —repuso Lebediev, confidencial.

Michkin se irguió de repente, tan enfurecido, que Lebediev, en el primer impulso, emprendió la fuga. Mas, ya en la puerta, se detuvo esperando que la clemencia substituyese a aquel estallido de cólera.

—¡Lebediev! —exclamó Michkin con amargura—. ¿Es posible que sea usted tan abyecto?

El rostro del funcionario se serenó. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Soy muy vil, muy vil! —declaró dándose golpes en el pecho.

—Propone usted una cosa abominable.

—Esa es la palabra: abominable.

—¿Por qué obra usted tan… extrañamente? ¡Ha sido usted… un espía! ¿Por qué ha escrito un anónimo para inquietar a una mujer tan digna y bondadosa? ¿Por qué juzga que Aglaya Ivanovna no tiene el derecho de escribir a quien le agrade? Ha ido usted a esa casa como un delator, ¿verdad? ¿Qué esperaba ganar con ello? ¿Qué recónditos motivos impulsaban a esa

delación?

—Sólo una agradable curiosidad… y el deseo de prestar un servicio a un alma noble —balbució Lebediev—. Pero ahora soy suyo, príncipe, le pertenezco en absoluto. Aunque me mande ahorcarme…

—¿Estaba usted como ahora cuando visitó a Lisaveta Prokofievna? —preguntó Michkin, con disgusto—. No; estaba más despejado y más correcto. Fue la afrenta sufrida la que me hizo ponerme… en este estado.

—Bien; déjeme solo.

Hubo de repetir varias veces la orden antes de verla obedecida. Después de abrir la puerta ya, Lebediev tornó sobre sus pasos andando de puntillas y realizó una nueva mímica expresiva del modo de abrir una carta. Ya no se atrevió a aconsejarlo de palabra. Finalmente salió sonriendo con suave afabilidad. De toda aquella conversación, tan penosa para el príncipe, sólo subsistía un hecho esencial: Aglaya estaba inquieta e irresoluta, atormentada por algún sentimiento. «Celos», se dijo Michkin. Era notorio también que la habían armado algunas gentes malintencionadas. Lo extraño era que fuese tan crédula. Sin duda en aquella cabecita inexperta habían madurado planes tal vez funestos. El príncipe, espantado y lleno de emoción, no sabía que decisión tomar. Y, sin embargo, advertía que era preciso tomar una resolución. Miró otra vez el pliego cerrado. No radicaba allí la causa de sus titubeos y temores. No, él creía… Pero otra cosa le inquietaba en aquella carta: no tenía confianza en Gania. Con todo, resolvió entregarle la misiva en persona, y salió con tal intención, pero por el camino cambió de idea. En el momento en que llegaba a casa de Pitzin, se encontró con Kolia, y le rogó que transmitiera la nota a su hermano, como si le hubiese sido confiada por la propia Aglaya. Kolia cumplió el encargo sin pedir explicaciones, y Gania, en consecuencia, no sospechó que la nota había atravesado tantas manos antes de llegar a la suya. De vuelta a su casa, Michkin llamó a Vera y la consoló del modo que juzgó mejor, ya que la muchacha buscaba, deshecha en lágrimas, la carta que pensaba perdida. La joven, abrumada al saber que su padre se la había substraído, informó a Michkin de que había servido más de una vez como intermediaria entre Rogochin y Aglaya Ivanovna, sin imaginar ni remotamente que pudiera perjudicar así los intereses de Michkin.

Dos horas más tarde llegó un mensajero de Kolia comunicando al príncipe la noticia de la enfermedad del general Ivolguin. Michkin, en su desorden mental, apenas comprendió de momento de qué se trataba. Sin embargo, aquel suceso, al sacarle de sus preocupaciones, estimuló su ánimo. Pasó casi todo el día en casa de Ptitzin, adonde había sido transportado el doliente. La presencia de Michkin no constituyó una gran ayuda, pero sabido es que existen personas a las que les agrada ver cerca en ciertos momentos penosos. Kolia,

consternado, lloraba como bajo el efecto de un ataque nervioso, lo que no le impedía estar en constante movimiento. Fue a buscar a tres médicos, y al barbero, y medicinas. El general pudo ser reanimado, pero no recobró el conocimiento y, según los doctores, estaba muy grave. Varia y Nina Alejandrovna no se apartaban de su cabecera. Gania, inquieto y agitado, no quería subir a la alcoba de su padre, como si tuviese miedo de verle. El joven se retorcía las manos. En una incoherente conversación que mantuvo con Michkin llegó a decirle: «¡Qué desgracia! ¡Y en este momento! ¡Parece a propósito!». El príncipe creyó adivinar a lo que Gania se refería. Cuando Michkin llegó a casa de Ptitzin, Kolia había salido ya. Por la tarde se presentó Lebediev, quien, después de la explicación de la mañana, había dormido de un tirón hasta entonces, y estaba casi sereno ya. Lloró amargamente cual si el enfermo hubiera sido su propio padre, se acusó en alta voz de su desgracia, aunque sin concretar los motivos, y repetía sin cesar a Nina Alejandrovna:

—Yo he sido el culpable, y sólo yo… Sólo hice eso movido por una agradable curiosidad… y el difunto —Lebediev se obstinaba en enterrar al general prematuramente— era un hombre de verdadero genio…

Insistía con especial seriedad sobre el genio de Ardalion Alejandrovich, como si ello en tales circunstancias pudiese ser de alguna utilidad. Viendo las sinceras lágrimas de Lebediev, Nina Alejandrovna concluyó por decirle:

—¡Dios le asista! No llore más. ¡Dios le perdone!

Tales palabras y el tono con que fueron pronunciadas impresionaron tanto a Lebediev, que no quiso separarse ya de la esposa del enfermo, y permaneció casi constantemente en casa de Ptitzin todos los días sucesivos, hasta la muerte del general. Lisaveta Prokofievna envió, por dos veces, a informarse acerca del estado de Ardalion Alejandrovich. Cuando, a las nueve de la noche, Michkin entró en la casa le preguntó minuciosamente y con interés por el estado del enfermo. La princesa Bielokonsky manifestó su deseo de saber «quién era aquel paciente y quién era aquella Nina Alejandrovna», y la generala contestó con una gravedad que agradó mucho a Michkin. Según dijeron después las hermanas de Aglaya, él mismo, mientras hablaba con Lisaveta Prokofievna, habló «maravillosa y modestamente, con dignidad, sin agitación, sin palabras superfluas, presentándose muy bien y sin dejar nada que desear». Y no sólo no resbaló en el suelo encerado, como temiera la víspera, sino que produjo a todos una impresión muy atrayente.

Por su parte, él, apenas se hubo sentado y mirado en su derredor, advirtió que los reunidos no tenían nada de común ni con los personajes de que Aglaya le había hablado la víspera ni con sus pesadillas de la noche. Por primera vez en su vida veía a parte de eso que, con terrible frase, se llama «el gran mundo». Hacía tiempo que, en virtud de diversas consideraciones, ansiaba

penetrar en aquel círculo encantado, sintiéndose curioso de saber qué impresión le produciría a primera vista. Y la primera impresión fue deliciosa. Parecióle que todas aquellas personas habían nacido para vivir juntas, que las Epanchinas no daban una reunión en el sentido mundano de la palabra, sino que habían congregado únicamente a algunos íntimos. Él mismo creía encontrarse, tras breve separación, con personas a cuyo lado había vivido siempre y cuyas ideas compartía. Estaba subyugado por el encanto de las buenas maneras, por aquella aparente sencillez y aquella externa franqueza. No se le ocurrió siquiera que tal cordialidad, tan buen humor, tanta nobleza, tanta dignidad personal pudiesen ser un barniz meramente exterior. A despecho de su aspecto imponente, la mayoría de los circunstantes eran personas bastante hueras que, en su presunción, ignoraban por ende la superficialidad de casi todas sus cualidades. Y ello no era culpa suya, ya que semejante capa superficial la habían adquirido, sin duda, por herencia. La seducción de aquel ambiente desconocido obró con fuerza sobre Michkin, porque no sospechaba nada de lo que indicamos. Veía por ejemplo, que aquel alto dignatario, que por la edad podría ser abuelo suyo, se interrumpía a veces en medio de una conversación para escucharle a él, a pesar de su juventud, y no sólo le escuchaba, sino que parecía ser de su opinión, a juzgar por lo afable y benévolo que se mostraba. No obstante, no se conocían para nada y era la primera vez que se veían. Acaso aquella cortesía refinada produjese impresión en el ánimo del príncipe. O acaso había acudido a la velada en un estado que le predisponía al optimismo. Pero, en realidad, los invitados, aunque «amigos de la familia» y amigos también entre sí, distaban mucho de ser lo que el joven imaginaba. Había allí personas que por nada del mundo hubiesen consentido en tener a los Epanchin por iguales suyos, había allí otras que se detestaban cordialmente. La Bielokonsky había aborrecido siempre a la esposa del alto dignatario, y ésta, a su vez, experimentaba gran antipatía por la esposa de Epanchin. El alto dignatario, que ocupaba el lugar de honor y había protegido al matrimonio Epanchin desde su juventud, era un personaje tal ante los ojos de Ivan Fedorovich, que éste no experimentaba en presencia de aquel protector otro sentimiento que no fuese de temor y veneración. El general se habría despreciado a sí mismo si por un solo momento se hubiese considerado igual a aquél, o no le hubiese parangonado a un verdadero Júpiter Olímpico. Algunos de los visitantes no se habían visto entre sí desde años atrás y se miraban con indiferencia cuando no con animadversión, pero, no obstante, al hallarse allí se interpelaban tan amistosamente como si hubieran estado el día antes en agradable compañía. Por otra parte, la reunión era poco numerosa. Además de la Bielokonsky, el «alto dignatario» y su mujer, debemos mencionar, en primer término, un general muy ilustre, conde o barón además, y que ostentaba un nombre tudesco. Aquel hombre, muy taciturno, tenía fama de ser altamente versado en materia de ciencia gubernamental. Era uno de esos olímpicos

administradores que lo conocen todo, excepto Rusia, que pronuncian cada cinco años una frase suya de extraordinaria profundidad que todos admiran y que, tras eternizarse en el servicio suelen morir colmados de honores y riquezas, aun cuando no hayan hecho nada agradable jamás y hayan sido hostiles a toda idea grande. En la jerarquía burocrática, aquel general era el jefe inmediato de Ivan Fedorovich, el cual, por natural reconocimiento e incluso por un especial amor propio, se empeñaba en considerarle como un bienhechor. En cambio, el insigne personaje no se consideraba protector de Epanchin, se mostraba siempre muy frío con él, aunque aprovechase con gusto su servicialidad, y le habría reemplazado gustosamente por otro funcionario cualquiera en cuanto alguna consideración, por secundaria que fuese, lo hubiera exigido.

Había también un gran señor a quien se le suponía, sin razón, cierto parentesco con Lisaveta Prokofievna. Rico, bien nacido, de grado muy alto en el servicio, muy entrado en años y poseedor de una salud soberbia, aquel señor, muy elocuente además, pasaba por ser un descontento (si bien en el sentido más anodino de la palabra). Se le tenía por un hombre algo neurasténico (lo que en él resultaba incluso agradable) y sabíase que se inclinaba a los gustos ingleses en lo concerniente a la carne medio cruda, los troncos de caballos, la servidumbre y otras cosas por el estilo. En aquel momento charlaba con el alto dignatario, que era uno de sus mejores amigos. A Lisaveta Prokofievna se le ocurrió una idea extraña: la de que aquel maduro caballero, hombre no poco frívolo y muy inclinado a las mujeres, acabaría haciendo a Alejandra el honor de pedir su mano. Después de aquellas zonas superiores de la reunión, seguían los invitados más jóvenes, poseedores también de espléndidas cualidades. Aparte de Eugenio Pavlovich y el príncipe Ch., pertenecía a aquel grupo el príncipe N., persona muy conocida y fascinadora, que antaño llenara Europa con el rumor de sus empresas galantes. A la sazón era hombre de cuarenta y cinco años, pero mantenía su agradable apariencia y poseía un notable talento de narrador. Era dueño, además, de una considerable fortuna, aunque, rindiendo culto a la costumbre, hubiese dilapidado en el extranjero gran parte de sus bienes.

Se hallaba luego una tercera categoría de invitados, quienes, aunque no perteneciesen a la crema de la sociedad, se encontraban a veces, como los propios Epanchin, en los más aristocráticos salones. El general y su mujer, cuando daban una de sus raras reuniones, mantenían el principio de unir a la alta sociedad algunos representantes escogidos de la clase media. Esto valía a los Epanchin el elogio siguiente (que los enorgullecía mucho): «Tienen tacto; se hacen cargo de lo que son». Uno de los representantes de esta clase era un coronel de ingenieros, hombre serio, un amigo del príncipe Ch., que era quien le había presentado a los Epanchin. Aquel señor hablaba poco y ostentaba en el índice de la mano derecha un grueso anillo, procedente de un regalo, según

todas las apariencias. Finalmente cabe mencionar un literato de origen alemán, que cultivaba la poesía rusa. Era hombre de treinta y ocho años, de aventajada figura, aun cuando algo antipático. Sus modales eran muy correctos, por lo cual se le podía presentar en cualquier parte. Pertenecía a una familia alemana tan intensamente burguesa como intensamente respetable. Sabía adquirir y mantener con gran habilidad la amistad de los más insignes personajes. Cuando traducía del alemán una obra notable, sabía adaptar la musa germánica a las exigencias de la versificación rusa, sabía a quién dedicar su trabajo y sabía, en fin, explotar sus pretendidas relaciones amistosas con un célebre poeta ruso ya fallecido. Son muy numerosos los escritores que se proclaman, gustosos, amigos de otro y más grande escritor cuando la muerte de éste les impide desmentirlos. El escritor a que nos referimos había sido presentado poco antes a los Epanchin por la esposa del alto dignatario. Aquella dama tenía fama de proteger a los sabios y literatos, y, en realidad, había logrado hacer pensionar a dos o tres escritores mediante ciertos personajes influyentes que no podían negarle nada. Y ella era influyente también, a su modo. Mujer de cuarenta y cinco años, y por tanto más joven que su marido, había sido antaño muy bella, y a la sazón, por una manía frecuente en las damas de esa edad, tenía la de vestir deslumbrantemente. Su inteligencia era mediocre, y sus conocimientos literarios muy discutibles. Pero, así como la manía de vestir con lujo, tenía la de proteger a los escritores. Se le habían dedicado muchas obras y traducciones y dos o tres escritores habían publicado, con su autorización, cartas que le dirigieran sobre asuntos de la mayor importancia.

Tal era la sociedad que Michkin tomó como oro de ley. Cierto que, en virtud de una coincidencia curiosa, todos los presentes se sentían aquel día muy cordiales con los demás y muy satisfechos de sí mismos. Todos también, del primero al último, juzgaban hacer un gran honor a los Epanchin con su visita. Pero el príncipe no sospechaba estos pensamientos. No advertía, por ejemplo, que los Epanchin no hubiesen osado realizar paso tan serio como el de prometer a su hija sin someter el asunto al asenso del alto dignatario. Y éste, que hubiese visto hundirse en la ruina a todos los Epanchin con la mayor indiferencia, no habría dejado de incomodarse si casara a su hija sin pedirle consejo. El príncipe N., aquel hombre tan espiritual, tenía la plena certeza de que su personalidad era como un sol que iluminaba la mansión de los Epanchin. Juzgábalos infinitamente por debajo de él, y era precisamente tal opinión la que le llevaba a mostrarse tan amable con ellos. Sabía, por ende, que debía necesariamente contar algo para entretener a los reunidos y no sentía el menor deseo de prescindir de tal obligación. Cuando Michkin oyó el relato del brillante narrador, hubo de confesarse que no había escuchado jamás nada semejante, ni tan espiritual, alegre e ingenuo, de una ingenuidad casi conmovedora en la boca de aquel Don Juan que era el príncipe N. ¡Sí hubiese sabido el pobre joven lo vieja, tronchada y repetida que era la historia a la que

tanto placer daba oído! En los salones había acabado por aburrir y sólo contando con la mucha candidez de los Epanchin podía ofrecérseles aquel refrito como una novedad. Incluso el poetilla alemán creía, pese a su modestia y a sus maneras amables, que honraba con su presencia a los dueños de la casa. Pero el príncipe no supo adivinar el reverso de la medalla. Aquélla era una desgracia que Aglaya no había previsto.

La joven estaba muy bella aquella noche. Las tres hermanas vestían muy elegantemente, aunque sin excesiva suntuosidad, y habíanse esmerado sobre todo en sus tocados respectivos. Aglaya, sentada junto a Radomsky, conversaba amistosamente con él. Radomsky parecía más reservado que de costumbre, acaso porque le intimidara la presencia de tales personajes. Pero, a pesar de su juventud, tenía la costumbre de moverse en el mundo y se hallaba como en su elemento. Llevaba un crespón en el sombrero, lo que le valió los elogios de la princesa Bielokonsky. Otro sobrino mundano no habría, en circunstancias tales, puéstose luto por la muerte de un tío como aquél. Lisaveta Prokofievna alabó también la delicadeza del joven. Aparte eso, sentíase muy inquieto, dos veces notó Michkin que Aglaya le miraba atentamente, y creyó advertir que estaba satisfecha de su comportamiento. Cada vez se sentía más dichoso. A menudo recordaba las ideas y temores «fantásticos» que concibiera antes de su entrevista con Lebediev, y se le aparecían como un sueño ridículo y absurdo. Por supuesto había pasado todo el día deseando hallar razones para no creer en sueños tales. Hablaba poco, y sólo cuando le preguntaban, y al final acabó enmudeciendo en absoluto limitándose a escuchar. Y, con todo, le inundaba un ostensible contento. Poco o poco se adueñó de él una inspiración profunda que sólo esperaba una ocasión propicia para manifestarse, pero, sin embargo, cuando comenzó a hablar, fue sólo casualmente, en respuesta a una pregunta y, al parecer, sin intención particular.

VII

Fue el caso que mientras Michkin contemplaba, arrobado, a Aglaya, quien a la sazón hablaba alegremente con el príncipe N. y Eugenio Pavlovich, en otro rincón el gran señor anglómano interpelaba con animación al alto dignatario. De pronto profirió el nombre de Nicolás Andrievich Pavlitchev, y entonces el príncipe, volviéndose, puso atento el oído. Tratábase de las instituciones nuevas y de las complicaciones que irrogaban a los propietarios rurales. En las palabras del anglómano debía existir algún elemento divertido, porque el alto dignatario parecía muy regocijado con la humorística indignación de su interlocutor. Éste contaba, con voz perezosa, recalcando ligeramente las palabras, que, a causa de la creciente legislación, se había visto

obligado, aun sin tener precisión de dinero, a vender a mitad de precio un magnífico dominio que poseía en el Gobierno de… y a la vez a conservar una finca improductiva, ruinosa y sometida a pleito.

—Para evitar más dificultades —decía— he renunciado a entrar en posesión de los bienes que he heredado de Pavlitchev. ¡Una o dos herencias más, me arruino! Y sin embargo, yo tenía allí tres mil deciatinas de excelente tierra…

Viendo la mucha atención que Michkin prestaba a aquella charla, el general Epanchin se acercó a él.

—¿No buscabas a los parientes del difunto Nicolás Andrievich Pavlitchev? —dijo a media voz—. Pues, Ivan Petrovich lo es.

Hasta entonces Epanchin había conversado con su superior jerárquico, el otro general; pero viendo que el príncipe se hallaba solo, comenzó a sentir cierta inquietud. Quería hacer hablar a Michkin, mezclarle en la conversación general hasta cierto punto, presentarle nuevamente, por decirlo así, a aquellas elevadas personalidades. Hallando en aquel momento la mirada de Ivan Petrovich fija en él, manifestó:

—León Nicolaievich fue educado por Nicolás Andrievich Pavlitchev después de la muerte de sus padres.

—Celebro mucho conocerle —dijo el interpelado con voz amable—. Incluso recuerdo muy bien al príncipe. Antes, en cuanto Ivan Fedorovich lo presentó, le reconocí en seguida, aunque sólo le había visto de niño a los diez o doce años de edad. No ha cambiado usted mucho. Su expresión sigue siendo muy parecida.

—¿Me conoció usted de niño? —exclamó Michkin, sorprendidísimo.

—Hace mucho —repuso Ivan Petrovich—, en Zlatoverjovo, donde habitaba con mis primas. Yo iba mucho entonces a Zlatoverjovo. ¿No me recuerda? Pero puede ser que usted me haya olvidado… Sufría usted entonces… una enfermedad… Incluso una vez quedé extrañado viéndole…

—No me acuerdo —repuso Michkin vivamente.

Todo se aclaró tras unas cuantas palabras que cambiaron Ivan Petrovich y su interlocutor, el primero apacible e indiferentemente, el segundo con una agitación extraordinaria. Las dos solteronas parientes del difunto Pavlitchev, que habitaban su dominio de Zlatoverjovo y a quienes se había confiado la educación del príncipe, eran primas también de Ivan Petrovich. Éste ignoraba, como todos, los motivos de que Pavlitchev hubiera resuelto cuidarse del niño, convirtiéndolo en su hijo adoptivo. «No tuve curiosidad de averiguarlo», declaró. En todo caso poseía una excelente memoria, pues recordaba que una

de sus primas, Marfa Nikitichna, la mayor era bastante severa con el niño que tenía a su cargo, «hasta el punto de que una vez disputé con ella a causa de la educación que le daba, acusándola de mantener un pésimo sistema y de azotar en exceso a un niño enfermo… Usted mismo reconocerá que…» También recordó que, en cambio, la menor, Natalia Nikitichna, era muy afectuosa con el pequeño.

—Ahora —añadió— las dos, si es que no han muerto, habitan en el Gobierno de… donde Pavlitchev les legó una buena propiedad. Creo, sin asegurarlo, que Marfa Nikitichna quería ingresar en un monasterio. Acaso me confunda… Sí; me han dicho eso respecto a la viuda de un médico…

Oyendo las palabras de Ivan Petrovich, la ternura y la alegría se leían en los ojos de Michkin. Declaró luego, con extraordinaria vehemencia, que no se perdonaría jamás el haber recorrido durante seis meses las provincias rusas del centro y no haber visitado a las mujeres que le cuidaron en su niñez. Todos los días hacía propósitos de ir a verlas y siempre las circunstancias aplazaban su resolución… Pero ahora se prometía ir, por encima de todo.

—¿Así que conoce usted a Natalia Nikitichna? ¡Qué corazón tan santo, tan bondadoso! Y también Marfa Nikitichna… Perdóneme, pero yo creo que usted se engaña respecto a ella. Cierto que era severa, pero ¿qué otra cosa podía ser con un idiota como yo era entonces? ¡Ja, ja, ja! Porque, aunque usted no lo crea, yo era entonces completamente idiota. ¡Je, je, je! Aunque, si usted me vio entonces… ¿cómo no me acordaré de usted? ¿Qué le parece…? ¡Dios mío! ¿Es posible que sea usted pariente de Nicolás Andrievich Pavlitchev?

—Le aseguro que sí —repuso Ivan Petrovich, sonriendo y examinando al príncipe con atención.

—No, no es que lo dude… ¿Cómo lo voy a dudar? ¡Je, je! ¡Ni por asomo! De ninguna manera. ¡Ja, ja! Lo digo, porque el difunto Pavlitchev era un hombre muy bueno. Un hombre magnánimo, se lo aseguro…

Michkin está «sofocado por la emoción de su noble corazón», según comentó Adelaida al día siguiente con su prometido el príncipe Ch.

—¡Dios mío! —comenzó Ivan Petrovich, riendo—. ¿Por qué no puedo yo ser pariente de un hombre tan magnánimo como Pavlitchev?

—¡Qué necedad he dicho! ¡Válgame Dios! —exclamó el príncipe, cada vez más agitado—. Es natural que sea así… porque yo… Pero ya he dicho otra cosa diferente a la que quería… Mas ¿qué importan mis palabras en este momento al lado de intereses tan vastos y comparados con el noble corazón de aquel hombre tan magnánimo? Porque era muy magnánimo, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Y Michkin temblaba de pies a cabeza. Sería difícil explicar por qué le excitaba de aquel modo un tema de conversación tan poco excitante. Pero, fuese como fuera, estaba muy emocionado, y su corazón rebosaba un agradecimiento ardiente y enternecido motivado no se sabía por qué y dirigido a alguien, acaso a Ivan Petrovich, acaso a todos los presentes en general. Se sentía «muy feliz». Ivan Petrovich empezó a examinarle muy atentamente; el otro dignatario le contempló con extrema curiosidad. La Bielokonsky clavó en Michkin sus ojos enojados y apretó los labios. El príncipe N., Radomsky, el príncipe Ch. las jóvenes, interrumpieron su charla para escucharle. Ch., parecía asustado y Lisaveta Prokofievna lo estaba realmente. Tras opinar que la mejor actitud en Michkin sería guardar silencio toda la velada, se habían sentido inquietas en cuanto le vieron sentarse inmóvil en un rincón, satisfecho de su papel pasivo y su mutismo. Alejandra había querido incluso cruzar el salón para llevárselo consigo a su grupo, en el que figuraban el príncipe N. y la princesa Bielokonsky. Y he aquí que ahora, cuando el príncipe comenzaba a hablar, las Epanchinas se sentían más inquietas que nunca.

—Dice usted con razón que Pavlitchev era muy bueno —manifestó Ivan, dejando de sonreír—. Sí, muy bueno… Bueno y digno —añadió, tras un instante—. Digno de toda estima, puedo asegurarlo —prosiguió tras un nuevo silencio— y me… me alegra que usted, por su parte…

—¿No tuvo ese Pavlitchev una historia rara con el abate… el abate…? He olvidado cómo se llamaba, pero en sus tiempos se habló mucho de ello —dijo el alto dignatario.

—Con el abate Gouraud, un jesuita —respondió Ivan Petrovich—. ¡Eso les sucede a nuestros hombres mejores y más dignos! Pavlitchev era bien nacido, rico, chambelán ya y de continuar sirviendo… Y de pronto abandona el servicio, lo deja todo, se convierte al catolicismo e ingresa en la compañía de Jesús… Realmente murió muy a tiempo.

—¿Al catolicismo? ¡Es imposible! —exclamó Michkin, asombrado.

—Imposible es mucho decir —repuso, sereno, Ivan Petrovich—. Usted mismo lo reconocerá, querido príncipe. Por otra parte, usted estima mucho al difunto. Era, en efecto, un hombre muy bueno, y eso mismo… Pero ¡si le dijera cuántas dificultades me ha originado su conversión! Imagine —y se dirigió al viejo dignatario— que me disputaban su herencia y hube de recurrir a las medidas más enérgicas para hacerles entrar en razón… Gracias a Dios, eso sucedía en Moscú. Yo fui a ver al conde en seguida y… les hicimos entrar en razón, lo repito…

—Me deja usted estupefacto —contestó el príncipe—. Pero en el fondo no significa nada… Estoy persuadido de ello. —Y hablando al alto dignatario manifestó—: También se asegura que la condesa K. ha ingresado en un

convento católico, en el extranjero.

—Creo que eso depende de nuestra… indolencia —sentenció el dignatario, con autoridad—. Además, los sacerdotes católicos tienen un modo de predicar original, elegante, persuasivo. En 1832, estando yo en Viena, me faltó poco para convertirme… Me salvé por la fuga… ¡Ja, ja, ja!

—Que yo sepa, padrecito —interrumpió la princesa Bielokonsky—, no huiste de los jesuitas, sino a París y con la bella condesa Levitzky…

—En todo caso me libré de la conversión —repuso el alto dignatario, riendo, satisfecho, ante aquel recuerdo tan agradable. Y agregó, dirigiéndose a Michkin Parece usted tener sentimientos profundamente religiosos, cosa muy rara hoy en un joven.

El anciano estaba visiblemente deseoso de tratar más a fondo a Michkin, cuya personalidad comenzaba a interesarle vivamente por ciertas razones. Pero el príncipe permanecía estupefacto, con la boca abierta todavía.

—Pavlitchev era un espíritu clarividente y un verdadero ruso —declaró Michkin de pronto—. ¿Cómo pudo convertirse? Porque el catolicismo es incompatible con el espíritu ruso. Lo aseguro. Incompatible.

Michkin hablaba con extraordinaria viveza, se había puesto muy pálido y hubo de detenerse para tomar aliento. Todos le miraron. El alto dignatario rompió a reír abiertamente. El príncipe N. examinó al orador con su monóculo. El poeta alemán, abandonando en silencio su rincón, sonrió de un modo avieso.

—Exagera usted mucho —dijo Ivan Petrovich, parecía deseoso de cambiar de conversación—. La Iglesia Católica cuenta con representantes virtuosísimos y dignos de la mayor estima.

—Ya lo sé. No me refiero a ellos como individuos. Tampoco combato a la Iglesia Católica. Digo que el espíritu ruso no se amolda a ella. Hemos resistido a Occidente, y para ello necesitamos contar con la ayuda de nuestra propia religión. Debemos sostener nuestra civilización rusa, no aceptar servilmente el yugo extranjero. Tal debe ser nuestra actitud, no la de decir que la predicación de los católicos es elegante, como alguien ha manifestado hace poco.

Ivan Petrovich comenzaba a sentirse alarmado.

—Permítame, permítame —dijo con voz inquieta, mirando a su alrededor —. Sus ideas patrióticas son muy loables, pero las exagera usted en máximo grado… Vale más dejar eso.

—No exagero, sino atenúo, porque no estoy en condiciones de explicarme bien, pero…

—Permítame…

El príncipe guardó silencio e incorporándose en la silla fijó una ardiente mirada en Ivan Petrovich.

—Creo —comentó con acento seco y afable el alto dignatario— que el caso de su bienhechor le ha impresionado mucho. Se acalora usted demasiado… acaso porque vive solo. Si frecuenta usted más el mundo que, según espero, le acogerá satisfecho, considerándole un joven notable, entonces juzgará usted las cosas con más sangre fría y comprenderá que todo eso es mucho más sencillo… Además, se trata de casos muy raros… a veces debidos a la sociedad, al enojo de nuestras costumbres…

—¡Eso es, eso es! —exclamó Michkin—. ¡Admirable concepto! ¡Al enojo de nuestras costumbres! No a la sociedad, que en eso se engaña usted, sino a la sed de saciarse, una sed febril. Cuando los nuestros llegan a lo que creen un descubrimiento moral, experimentan tal alegría que alcanzan los límites más extremos de todo. La conducta de Pavlitchev les sorprende; pero no es sólo a ustedes: a Europa sorprende, en casos semejantes, el temperamento extremista de los rusos. Si un ruso se convierte al catolicismo, es católico entusiasta; si al ateísmo, quiere impedir a viva fuerza la creencia en Dios. ¿Por qué este súbito frenesí de los rusos? ¿No lo saben ustedes? Porque en esos casos encuentran la patria moral que no hallaban aquí, avistan la costa, la tierra de promisión, y entonces se postran y besan al suelo. No son meros sentimientos de vanidad los que impelen a los fanáticos rusos, sino también un sufrimiento moral, una sed espiritual, el doloroso anhelo de un objeto elevado, de un suelo firme en el que posar sus pies, el mal del país en que no han cesado de creer porque no lo han conocido jamás. A un ruso le es más fácil convertirse en ateo que a cualquier otro habitante del globo. Y no es que los nuestros se tornen ateos, no: es que creen en el ateísmo como en otra religión nueva, sin advertir siquiera que eso es creer en la nada. ¡Sentimos tal sed espiritual! «Quien no siente su tierra bajo sus pies, deja de sentir a Dios», me decía una vez un antiguo creyente, un mercader al que encontré en un viaje. En realidad, no se expresó de este modo, sino que dijo: «El que renuncia a su tierra natal, renuncia también a su Dios». ¡Cuándo se piensa que entre nosotros hay hombres muy instruidos que ingresan en la secta de los flagelantes! Aunque, ¿acaso esa secta rusa es peor que el nihilismo o el ateísmo? ¡Tal vez sea más profunda que esas otras doctrinas! ¡Hasta ahí llega nuestra necesidad de una creencia! Pero descubrid a los sedientos compañeros de Colón la costa del nuevo mundo, descubrid al hombre ruso el «mundo» ruso, hacedle encontrar ese tesoro oculto en las entrañas del suelo, mostradle en el porvenir la renovación de la humanidad, y acaso su resurrección merced al pensamiento ruso, al Dios y al Cristo rusos, y veréis qué coloso fuerte y justo, dulce y prudente, se yergue ante el mundo asombrado y asustado… Asustado, sí,

porque ellos no esperan de nosotros más que la fuerza y la violencia. Así sucede hoy, y sucederá más aún en el porvenir… Y…

Entonces se produjo un acontecimiento que cortó de raíz el discurso del orador. Aquella singular tirada, aquel torrente de palabras estrafalarias e inquietas, de ideas exaltadas y confusas que chocaban unas contra otras en heterogéneo apiñamiento, denotaban algo peligroso, un espíritu raro, capaz de excitarse a propósito de cualquier menudencia. Cuantos conocían al príncipe experimentaban una sorpresa matizada por el temor (y aun, en algunos, por la vergüenza) al oírle expresarse en lenguaje tal, él, siempre tan reservado, incluso tan tímido: él que desplegaba tacto exquisito en ciertos casos y que poseía por instinto el sentido de la conveniencia. El hecho resultaba tanto más inexplicable cuanto que su motivo no podían ser los comentarios sobre Pavlitchev. Las damas le creían presa de enajenación mental y la Bielokonsky confesó más tarde que había estado a punto de huir del salón. Los viejos sentían una estupefacción indecible. El rostro del superior de Epanchin expresaba severidad y descontento, el coronel permanecía inmóvil en una silla, el alemán había palidecido, y con una fingida sonrisa en los labios procuraba leer los sentimientos de los demás en sus fisonomías. Acaso cupiera cortar tal «escándalo» del modo más natural y sencillo. Ivan Fedorovich intentó varias veces hacer callar al orador, y, al fracasar, resolvió apelar a recursos más decisivos. De continuar aquello durante otro minuto, quizás el general hubiese obligado amistosamente al príncipe a retirarse, afirmando que estaba enfermo, lo que, además, podía ser verdad. Al menos, Epanchin, en su fuero interno, tenía la plena certidumbre de que era así… Pero la situación sufrió un brusco cambio.

Al entrar en el salón, Michkin había procurado sentarse lo más lejos posible del jarrón chino de que le hablara Aglaya. Aunque parezca increíble, la víspera, tras oír las palabras de la joven, el príncipe había sentido la convicción de que, al día siguiente, tomase las precauciones que tomara, acabaría rompiendo aquel objeto. Y tan rara convicción yacía aferrada a su espíritu de manera inquebrantable. Durante la velada, su ánimo serenóse y olvidó el presentimiento. Cuando el nombre de Pavlitchev resonó en sus oídos y Epanchin le presentó por segunda vez a Ivan Petrovich, Michkin fue a sentarse más cerca de la mesa y la casualidad quiso que su butaca se hallara precisamente junto al bello y grande jarrón chino, que estaba colocado sobre un pedestal, detrás del codo de Michkin.

Éste, concluido su discurso, se levantó bruscamente, agitó los brazos, sin darse cuenta, ejecutó una especie de encogimiento de hombros y… en el salón resonó un unánime alarido. El jarrón vaciló, amenazó por un instante caer sobre la cabeza de uno de los viejos, luego inclinóse en sentido opuesto y fue a romperse en el suelo con inmenso estrépito. El alemán, que se hallaba al lado,

apenas tuvo tiempo de salvarse dando un salto hacia atrás.

Al ruido de la caída, a la vista de los valiosos restos que cubrían el pavimento, los reunidos mostraron una agitación extraordinaria. Se oían por doquier exclamaciones de estupor y espanto. Renunciamos a pintar las sensaciones del príncipe. Mil impresiones diversas, cada una más turbadora y cruel que las demás, le asaltaban a la vez. Entre ellas sobresalía una con nitidez particular, y no era la sorpresa, la perplejidad ni el temor, sino la verificación de la profecía. ¿Por qué le abrumaba de tal modo aquella idea? No podía precisarlo. Sentíase como golpeado en el corazón, experimentaba un terror supersticioso… Un momento después le pareció que todo se abría de nuevo ante él. Al terror sucedieron la serenidad, la alegría, el éxtasis. El aliento le faltaba… Pero tal momento ya pasó. Gracias a Dios, no era lo que cabía temer. Michkin respiró profundamente y miró en torno.

Durante prolongado rato pareció no comprender la agitación de quienes le rodeaban o, mejor dicho, lo veía y comprendía todo a la perfección; pero de un modo ausente, indiferente, tal que un ser invisible de un cuento de hadas, como si no le interesasen en nada las escenas de que era testigo. Observó cómo se recogían los restos del jarrón, oyó palabras precipitadas, notó la palidez de Aglaya y las extrañas miradas que ella le dirigía. En los ojos de la joven no se leía un solo atisbo de ira o de animadversión, sino simpatía y susto. Y sus pupilas lanzaban relámpagos cuando miraba a los demás. Un sufrimiento muy dulce se infiltró en el corazón del príncipe. De repente observó con singular asombro que todos habían vuelto a ocupar sus asientos y reían como si no hubiese sucedido nada. Un instante después la hilaridad se acreció. Todos reían al mirarle, encontrando cómicos su mutismo y su desconcierto, pero las risas eran gentiles, joviales. Algunos le dirigían la palabra con amabilidad. Lisaveta Prokofievna, sobre todo, le hablaba bonachonamente, esforzándose en animarle. De pronto Michkin sintió que Ivan Fedorovich le daba en el hombro una palmadita de simpatía. Ivan Petrovich reía también; y el alto dignatario se mostraba más cordial, afectuoso y benévolo que nadie. Incluso cogió la mano del príncipe, la cogió entre las suyas y le asestó suaves golpecitos de aliento, dirigiendo al joven frases semejantes a las que se emplean a un niño asustado. Finalmente le hizo sentarse junto a él. Feliz de verse tratado con tal interés, Michkin contempló con embeleso el rostro del anciano. Pero no había recobrado aún el uso de la palabra y respiraba con dificultad. La expresión del alto dignatario le agradaba infinitamente.

—¿Es posible que me perdonen? —balbució al fin—. ¿Y usted también, Lisaveta Prokofievna?

Aumentaron las risas. El príncipe, en su alegría, se juzgaba objeto de una ilusión. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—El jarrón era muy hermoso —comentó Ivan Petrovich—. Estaba aquí desde hace quince años. Quince; lo recuerdo muy bien…

—¡Qué desgracia tan grande! Conque el hombre mismo no es eterno, ¿y tú te preocupas de este modo por la pérdida de un jarrón de arcilla? —exclamó en voz alta Lisaveta Prokofievna—. ¿Es posible que estés tan aterrado, León Nicolaievich? Basta, querido, basta; me das miedo —añadió, con inquietud.

—¿Me lo perdona todo? ¿Todo y no sólo el jarrón? —preguntó el príncipe.

Quiso levantarse, pero el anciano dignatario le retuvo por el brazo.

—C'est tres curieux et c'est très serieux —cuchicheó al oído de Ivan Petrovich, inclinándose hacia la mesa. Pero fue un cuchicheo pronunciado en voz bastante alta para que incluso lo entendiera también el príncipe.

—¿Ninguno de ustedes se ha ofendido? ¡No saben lo que me alegra saberlo! Claro que no podía ser de otro modo… ¿A quién podía molestar? Sólo el suponerlo sería ofenderlos.

—Cálmese, amigo mío, y no exagere las cosas. No nos dé tantas gracias. Su sentimiento es muy noble, pero rebasa la medida.

—No les doy las gracias; los admiro y me siento feliz mirándolos… Me expresaré neciamente quizá, pero necesito hablar, decir lo que siento… Aunque sólo sea por respeto hacia mí mismo.

Hablaba de modo convulsivo, confuso, febril. Seguramente no expresaba lo que quería. Su mirada parecía implorar licencia para que le dejasen explicarse. Los ojos de la princesa Bielokonsky se encontraron con los suyos.

—Nada, padrecito, no es nada. Continúa, continúa… Pero no te acalores tanto —observó la anciana—. Antes te has exaltado, y ya ves lo que ha sucedido. Pero no tengas miedo, habla. Estos señores han visto cosas más raras que tú. No vas a asombrarlos.

Michkin la escuchó, sonriente, y luego se dirigió al anciano:

—¿Es usted quién hace tres meses libró del destierro al estudiante Podkmov y al funcionario Chvabrin?

El alto funcionario, sonrojándose levemente, le exhortó a calmarse.

—He oído decir —añadió Michkin, dirigiéndose a Ivan Petrovich— que en ocasión de haber arruinado un incendio a muchos de sus antiguos siervos, les cedió gratuitamente toda la madera precisa para reconstruir sus moradas, a pesar de que tenía usted muchos motivos de queja con ellos después de su emancipación.

—¡Oh, eso son exageraciones! —murmuró Ivan Petrovich con orgullosa

modestia.

Y esta vez tenía razón al calificar de exagerado el rumor que llegara a oídos de Michkin, porque tal rumor era perfectamente falso.

Michkin, con el rostro sonriente, se volvió a la Bielokonsky.

—¿Se acuerda, princesa, de que hace seis meses me recibió en Moscú como a un hijo cuando me presenté a usted con la carta de Lisaveta Prokofievna? Y me dio usted, como a un verdadero hijo, un consejo que no olvidaré jamás. ¿Lo recuerda?

—¡Qué extravagancia dice! —respondió, colérica, la anciana—. Eres un hombre bueno, pero ridículo. Se te dan dos grochs y los agradeces como si te hubiesen salvado la vida. Eso te parece laudable y es todo lo contrario.

Aunque estaba realmente enfadada, rompió a reír de repente, y no con sarcasmo, sino con sincera satisfacción. El rostro de la generala recuperó su serenidad. Epanchin estaba radiante.

—Yo siempre he dicho que León Nicolaievich es todo un hombre… un hombre… Sólo que, como ha dicho la princesa, no le conviene acalorarse… —murmuró Ivan Fedorovich, repitiendo inconscientemente, en su alegría, las palabras de la princesa, que le asustaron un poco momentos antes.

Sólo Aglaya parecía disgustada. Tenía el rostro encendido, acaso de ira. —Es un muchacho muy simpático —cuchicheó otra vez el viejo al oído de Ivan Petrovich.

—He entrado aquí con el corazón inquieto —murmuró Michkin, cuya creciente turbación se advertía en su voz agitada y su extraño lenguaje—. Tenía miedo de ustedes… y sobre todo de mí mismo. Cuando volví a San Petersburgo me había prometido formalmente conocer el gran mundo, la clase elevada a la que pertenezco yo mismo, de la cual soy miembro por derecho de nacimiento. Me encuentro ahora entre príncipes como yo, ¿verdad? Deseaba conocerlos, era necesario, absolutamente necesario. He oído siempre hablar de ustedes antes mal que bien. ¡Se dicen y escriben tantas cosas sobre ustedes! Se los representa como seres ignorantes, superficiales, retrógrados, exclusivamente consagrados al culto de intereses mezquinos, profesando costumbres ridículas… Me duelen los oídos de escuchar todas esas acusaciones y por todo ello he venido aquí con una curiosidad inquieta, queriendo juzgar por mí mismo, formar una opinión personal sobre el asunto. «Veamos —me decía— si lo que se dice en todas partes es verdadero, si esa clase superior de la sociedad rusa es una clase inútil, si ha pasado su tiempo ya, si la savia vital está extinta en ella, si no se compone más que de cadáveres que se niegan a desaparecer y se obstinan en cerrar el camino a los hombres… del porvenir». Yo no admitía, de antemano lo advierto, ese modo de ver, dado

que entre nosotros, los rusos, no ha existido nunca una clase superior, salvo la nobleza cortesana, que ahora ha desaparecido por completo, ¿verdad?

—No tan verdad —dijo Ivan Petrovich, sonriendo con ironía.

—¡Otra vez va a empezar! —exclamó la Bielokonsky, perdiendo la paciencia.

—Laissezle dire…! ¿No ven cómo tiembla? —dijo en voz baja el anciano dignatario.

El príncipe estaba fuera de sí.

—Pues bien, he encontrado aquí personas refinadas, ingenuas, inteligentes; he visto a un anciano escuchar y colmar de amabilidades a un chiquillo como yo; he encontrado hombres capaces de comprender y perdonar, verdaderos rusos, personas buenas, casi tan buenas y afectuosas como las que he tratado en el extranjero. ¡Sí, no valen menos, no! Juzguen, pues, de mi grata sorpresa. ¡Permítanme confesarla! Había oído decir a menudo, y yo mismo lo creía, que en el mundo distinguido todo se reducía a semblantes corteses, que bajo la amabilidad exterior se escondía un fondo mezquino y estéril. Pero ahora veo que eso en ustedes no puede ser verdad. Quizá lo sea en otros; en ustedes, no. ¿Es posible que todos ustedes, en este momento, procedan con hipocresía? Antes he oído el relato del príncipe N. ¿Cabe dudar de su espontaneidad, de su ingenio natural? ¿No es eso sinceridad verdadera? ¿Pueden tales palabras brotar de la boca de un hombre… muerto, seco de ánimo y de corazón? ¿Acaso unos cadáveres me hubiesen tratado como ustedes? ¿No existen en esta clase motivos de esperanzas y elementos para el porvenir? ¿Pueden no comprenderse y distanciarse entre sí personas semejantes?

—Le ruego una vez más, querido, que se calme —dijo el anciano—. Ya hablaremos de todo eso otro día. Tendré el mayor placer en…

Ivan Petrovich, impaciente, se movió en su butaca. Epanchin estaba como sobre ascuas. Su superior no dedicaba la menor atención al príncipe y conversaba con la esposa del alto dignatario. Mas esta señora miraba con frecuencia a Michkin y prestaba oído atento a sus palabras.

—No. Vale más que hable, créame —repuso Michkin en un nuevo arranque febril, dirigiéndose al anciano como si éste fuese su más íntimo amigo—. Ayer, Aglaya Ivanovna me prohibió hablar aquí, e incluso me indicó los temas sobre los que debía permanecer mudo. Sabe bien que resulto muy ridículo cuando hablo. He cumplido ya los veintisiete años, pero no ignoro que soy lo mismo que un niño. Hace mucho que he reconocido que carezco de derecho a expresar mis pensamientos. He hablado de ello con toda franqueza, en Moscú, con Rogochin. Leímos juntos todas las obras de Puchkin. Él no conocía al poeta, ni siquiera le había oído mencionar. Yo, cuando voy a hablar,

temo siempre que lo ridículo de mi aspecto perjudique a lo que llamo «la idea principal». No poseo un modo adecuado de accionar, y ello excita risa y desacredita el concepto. Y lo más importante de todo es que no poseo ponderación en mis sentimientos. Por eso me conviene callar. Cuando callo parezco bastante razonable, y además puedo meditar entre tanto. Pero ahora vale más que hable. Si he empezado a hacerlo, se debe a la bondadosa mirada que fija usted en mí. Tiene cara de ser un hombre excelente. Ayer juré a Aglaya Ivanovna que no abriría la boca en toda la noche.

—¿Sí? —preguntó el anciano, sonriendo.

—Pero a veces me digo que hago mal pensando de este modo. La sinceridad compensa la torpeza de los ademanes. ¿No le parece?

—A veces sí.

—Quiero decirles todo, todo, todo… ¡Sí! Ustedes me toman por un utopista, por un ideólogo, ¿verdad? ¡Pero no lo soy! No tengo, se lo seguro, más que ideas muy sencillas. ¿No lo creen? ¿Sonríen? A veces, cuando pierdo la fe, me siento vencido. Antes, camino de esta casa, me decía: «¿Cómo empezaré? ¿Por qué palabra podré principiar para hacerles comprender algo de mí?». ¡Qué miedo tenía! Miedo, sobre todo de ustedes. ¿No era vergonzoso mi miedo? Porque, ¿qué podía temer? ¿Qué por cada hombre progresista hay mil retrógrados y malos? Pero ahora tengo la alegría de comprobar que esa supuesta multitud no existe, y que en Rusia hay elementos llenos de vida. ¿Verdad que no hay motivo de preocuparnos aunque nos sepamos ridículos? Realmente somos frívolos, ridículos, inclinados a malas acciones, nos aburrimos, no sabemos mirar ni comprender nada… Y todos somos así, todos: ustedes y yo. ¿No se sienten ofendidos cuando les digo en la cara que son ridículos? Pero, aun cuando sea así, ¿dejan ustedes por eso de ser buenos elementos para lo futuro? A mi juicio, a veces conviene ser ridículo… Sí, conviene… Entonces es más fácil perdonarse mutuamente y reconciliarse. Es imposible comprenderlo todo a primera vista: nunca se alcanza la perfección. Para alcanzarla es necesario empezar por no comprender muchas cosas. Si se comprende demasiado pronto, no se comprende bien. Y esto se lo digo a ustedes, a ustedes que han sabido ya comprender tanto y han dejado de comprender tanto también. Ya no les tengo miedo. Pero ¿no se ofenden oyendo a un muchacho hablar así? ¡No, sin duda no! Ustedes saben olvidar las injurias y perdonar a quienes les ofenden, así como a quienes no les han hecho ningún mal. Lo último es lo más difícil: me refiero a perdonar a quienes no nos han ofendido, es decir, perdonarles su inocencia y la injusticia de nuestros agravios… Eso era lo que yo esperaba de la clase alta, lo que deseaba decir al venir aquí y lo que no sabía cómo expresar. ¿Se ríe, Ivan Petrovich? ¿Cree usted que yo les temía a ustedes pensando en los «otros»? ¿Me juzga su defensor, un paladín de la democracia, un apóstol de la igualdad? —Y

acompañó aquellas palabras de una risa nerviosa—. Pues no: temo, por ustedes… debiera decir: temo por todos nosotros más bien, puesto que soy un príncipe de antigua alcurnia y figuro entre ellos. Hablo en interés de nuestra salvación común, para que nuestra clase no desaparezca en las tinieblas después de haber perdido todo por falta de clarividencia. ¿Por qué desaparecer y ceder el sitio a otros cuando se puede, poniéndose a la cabeza del progreso, seguir a la cabeza de la sociedad? Somos hombres de vanguardia y nos seguirán. Convirtámonos en seguidores para ser jefes.

E hizo un brusco movimiento para incorporarse, pero el alto dignatario, que le miraba con creciente inquietud, volvió a impedírselo.

Michkin prosiguió:

—No me engaño sobre la elocuencia de mis palabras. Vale más predicar con el ejemplo, empezar directamente… y yo he empezado… ¿Es que… que verdaderamente puede uno ser infeliz? ¿Qué me importan mi desgracia y mi mal si me encuentro en condiciones de ser feliz? Yo no comprendo que se pueda pasar al lado de un árbol sin sentirse feliz mirándole. ¿Se hacen cargo? ¿Cabe hablar con un hombre y no sentirse dichoso queriéndole? Desgraciadamente no me sé explicar…, pero ¡cuántas cosas bellas hay a cada paso, cuántas cosas cuyo encanto se impone incluso al hombre más ciego! Mirad a los niños, mirad crecer la hierba, mirad los ojos que os contemplan y los rostros que os aman…

Y al pronunciar estas palabras se levantó. El anciano dignatario le contemplaba con espanto. Lisaveta Prokofievna fue la primera en adivinar lo que sucedía. Gritó: «¡Dios mío!» y se golpeó las manos. Aglaya se precipitó hacia Michkin y le acogió en sus brazos mientras, aterrorizada, con el rostro descompuesto por el dolor, escuchaba el grito horroroso del «espíritu que desgarraba y sacudía» al infortunado. Cuando el enfermo se desplomó en tierra, alguien tuvo tiempo, antes, de colocar un cojín bajo su cabeza.

Nadie esperaba tal cosa. Quince minutos después, el príncipe N., Eugenio Pavlovich y el anciano, trataron en vano de devolver animación a la velada. Al cabo de media hora todos se retiraron. Antes de irse, los visitantes expresaron su simpatía, emitieron consejos y palabras de consuelo. Ivan Petrovich, en especial, dijo que el joven era «eslavófilo o cosa por el estilo, pero no parecía peligroso». El alto dignatario permaneció silencioso; verdad es que al día siguiente, o en los sucesivos, todos sintieron cierto desagrado. Ivan Petrovich se consideró ofendido, aunque moderadamente. Durante algún tiempo, el superior de Ivan Fedorovich testimonió una prudente frialdad a su subordinado. El alto dignatario «protector de la familia», formuló algunas observaciones al general Epanchin y de paso declaró que «se interesaba mucho por la felicidad de Aglaya». Aquel personaje no era mal hombre, pero

si durante la velada había experimentado tanta curiosidad por Michkin se debía sobre todo a haber oído hablar de sus aventuras con Nastasia Filipovna y lo poco que conocía de la historia le hacía anhelar saber todo el resto.

La princesa Bielokonsky declaró al despedirse de Lisaveta Prokofievna:

—El muchacho tiene aspectos buenos y malos; pero, si quieres saber mi consejo, te diré que prevalecen los malos en él. Ya ves lo que es: un enfermo.

La generala decidió para sí que aquel partido era inaceptable, y al acostarse se juró que, mientras ella viviese, el príncipe no se casaría con Aglaya. Al día siguiente se levantó con igual idea. Pero en la comida, entre doce y una, surgió una singular contradicción en sus sentimientos; Aglaya, interrogada por sus hermanas acerca de Michkin, habíales respondido fría y altanera:

—No le he dado jamás palabra alguna ni le he considerado en mi vida como futuro marido. Me es tan indiferente como cualquier otro.

Lisaveta Prokofievna no pudo contenerse y exclamó con tristeza:

—No esperaba eso de ti. Bien sé que es un partido imposible, y agradezco a Dios que estemos de acuerdo en ello; pero tu lenguaje no es el que yo esperaba. Presumía otra cosa de ti, Aglaya. Ayer yo habría puesto en la puerta con gusto a todos nuestros visitantes, menos a él. ¡Figúrate lo que será ese hombre a mis ojos!

Se interrumpió, temiendo haber hablado a exceso. Pero, ¡si hubiese sabido lo injusta que en aquel instante era con su hija! En el ánimo de Aglaya todo estaba decidido ya: también ella esperaba su hora, la hora de la solución decisiva, y la menor palabra imprudente, la más mínima alusión a aquello, le hería profundamente el corazón.

VIII

Aquella mañana comenzó también para Michkin bajo la influencia de sentimientos penosos, que se podían atribuir, desde luego, a su estado de enfermedad. Pero, ello aparte, sentía una vaga tristeza que le inquietaba más que ninguna otra cosa.

No le faltaban, ciertamente, motivos de disgusto en el terreno de los hechos positivos; pero todas las circunstancias dolorosas que su memoria podía recordar, no alcanzaban a explicar lo infinito de su melancolía. Su ataque de la víspera había sido leve, y no le quedaban de él otras reliquias que una hipocondría acentuada. Alguna pesadez en la cabeza y cierto dolor en los músculos. Poco a poco arraigó en él la convicción de que aquel mismo día iba

a producirse un algo indefinible que sería decisivo en su existencia. Observaba la imposibilidad de recuperar su calma por sí solo. Pero, aparte la congoja de su alma, su cerebro trabajaba con lucidez. Levantóse tarde y evocó en seguida la noche anterior. Sus recuerdos eran claros, aunque incompletos; pero no había olvidado que sobre media hora después del ataque le condujeron a su casa. Supo que los Epanchin habían enviado ya a preguntar por él. A las once y media llegó un nuevo emisario y Michkin se sintió contento de aquel interés. Una de las primeras visitas que recibió fue la de Vera Lebedievna, que acudía a ofrecerle sus servicios. Cuando le vio, la joven rompió a llorar. El príncipe se esforzó en consolarla y de improviso, afectado por la pena de la joven, tomó su mano y se la besó. Vera se puso muy encendida.

—¿Qué hace usted, qué hace? —exclamó, asustada, retirando vivamente la mano.

Y se alejó a toda prisa, con extraña turbación. En el curso de su breve visita, Vera había tenido tiempo de contar al príncipe que Lebediev, a primera hora de la mañana, había corrido a casa del «difunto», como llamaba al general, para informarse de si había fallecido durante la noche. La joven añadió que los médicos suponían a Ivolguin poco tiempo de vida. Poco antes del mediodía, Lebediev regresó a su casa y entró en las habitaciones de Michkin, «pero sólo un momento, para informarse de su preciosa salud», etc. Quería también dirigir una ojeada a su «armario». El príncipe se apresuró a permitirle marchar, pero, aun así, Lebediev, antes de irse, le interrogó acerca del ataque de la víspera, aunque debía conocer el asunto detalladamente. Luego llegó Kolia, también por un instante, y en su caso con razón. Estaba muy inquieto y sombrío. Sus primeras palabras fueron para conjurar a Michkin a que le revelase cuanto le ocultaba. Además, añadió, lo había sabido casi todo el día antes.

Michkin relató la historia con la mayor exactitud posible, aunque intercalando en su relato la expresión de su profunda simpatía. Kolia, herido como un rayo, no pudo contener silenciosas lágrimas. El pobre mozo acababa de experimentar una de esas impresiones que no se olvidan jamás y señalan una época en la vida. Michkin, comprendiéndolo, se esforzó en hacer resaltar ante su joven amigo la forma en que él enjuiciaba el episodio.

—Según creo —manifestó—, el ataque que ha puesto en peligro la vida del general procede sobre todo del terror que le ha causado su falta, lo cual acredita en verdad un alma poco vulgar.

Los ojos de Kolia relampaguearon.

—Gania, Varia y Ptitzin son unos malvados. No pienso reñir con ellos, pero desde ahora ellos y yo seguiremos caminos diferentes. ¡Qué sensaciones he experimentado desde ayer, príncipe! ¡Qué lección para mí! Ahora me hago

cargo de que estoy obligado a mantener a mi madre. Es verdad que Varia le da casa y comida, pero…

Acordóse de que le esperaban, se levantó, pidió apresuradamente a Michkin informes sobre su salud, y cuando los hubo conocido dijo bruscamente:

—¿No hay más? He oído decir que ayer… Pero no tengo el derecho de… De todos modos, si necesita usted en cualquier caso un servidor leal, aquí lo tiene. Ninguno de los dos somos felices, príncipe… ¿verdad que no? No le pregunto, dispense… No quiero preguntarle…

Cuando Kolia se fue, Michkin se absorbió por completo en sus reflexiones. En torno suyo sólo advertía anuncios de desgracia: todos extraían conclusiones, todos parecían saber alguna cosa que él ignoraba. Lebediev inquiría, Kolia osaba alusiones directas, Vera lloraba… Al cabo agitó el brazo, con enojo, como para repeler aquellas ideas. «¡Al demonio estas malditas sensibilidad y desconfianza!», Y su semblante se iluminó cuando, pasada una hora, vio entrar a las Epanchinas. Venían, según dijeron, «por un minuto», y en efecto permanecieron allí muy poco tiempo.

Después de comer, la generala se había levantado declarando que iban a salir a dar un paseo. Aquella proposición, formulada tan seca, decisiva y perentoriamente, equivalía a una orden. Así, pues, salieron todos, es decir, la madre, las hijas y el príncipe Ch. Lisaveta Prokofievna inició la marcha en dirección opuesta a la usual. Sus hijas comprendieron de qué se trataba, pero se abstuvieron de comentarlo, por no irritar a su madre. Ésta, como para substraerse a reproches u objeciones, caminaba delante de todos sin volver la cabeza. Al fin Adelaida se permitió un comentario:

—Éste no es un paso de paseo. Maman va demasiado de prisa; es imposible seguirla.

—Ahora pasamos delante de su casa —dijo Lisaveta Prokofievna, volviéndose con vivo movimiento—. Piense lo que piense Aglaya, pase lo que pase después, el príncipe no es un extraño para nosotros. Además, ahora está enfermo y se siente desgraciado. Voy a pasar un momento a visitarle. Quien quiera, que venga. Los demás pueden seguir su camino.

Como era de esperar, todos la siguieron. Michkin se deshizo en excusas por lo del jarrón y por la escena en general.

—No tiene importancia —dijo la Epanchina—. No lo siento por el jarrón; lo siento por ti. Tú mismo reconoces que has dado un escándalo. Por algo se dice que «la mañana es más razonable que la noche». Pero no importa: todos se hacen cargo de que no se puede ser exigente contigo. Ea, hasta la vista… Pasea un rato, si te sientes con fuerzas y acuéstate pronto: es el mejor consejo

que puedo darte. Y si el corazón te lo dicta, vuelve a casa como antes. Quiero que sepas, de una vez para siempre, que, pase lo que pase, tú serás siempre el amigo de nuestra familia, o al menos mío. De mí, respondo.

Las jóvenes asintieron calurosamente a las palabras de su madre. Pero en aquella afectuosa solicitud no dejaba de existir un matiz cruel en el que la generala no había reparado. En la invitación a visitarlas «como antes» y en aquel «al menos mío», se encerraba una especie de advertencia profética. Michkin reflexionó en la actitud de Aglaya durante la visita. Al entrar y al salir, la joven le había dirigido una sonrisa encantadora, pero sin pronunciar una palabra, ni aun cuando su madre y hermanas hacían protestas de amistad. No obstante, le había mirado dos veces con mucha atención. El rostro de Aglaya, más pálido que otras veces, delataba una noche de insomnio. Michkin resolvió visitarlas por la tarde, «como antes», y miró febrilmente el reloj. Tres minutos justos después de la marcha de las Epanchinas entró Vera.

—León Nicolaievich: Aglaya Ivanovna me ha dado en secreto un recado para usted.

—¿Una nota? —preguntó el príncipe, temblando.

—No, un encargo de palabra. No ha tenido tiempo para más. Le ruega que esté usted en su casa durante todo el día y que no se mueva de aquí hasta las siete de la tarde… o hasta las nueve… No estoy segura de la hora.

—¿Y qué significa eso?

—No lo sé. Sólo puedo decirle que me ha ordenado formalmente darle este encargo.

—¿Se ha expresado así? ¿Ha dicho «formalmente»?

—No, no ha empleado esa palabra. Apenas si tuvo tiempo de llamarme aparte para darme el recado. Pero yo me dirigí en seguida hacia ella y… Se notaba en su cara que me daba una orden formal. Me miró de un modo que me hizo sentir dolor en el corazón.

Michkin hizo algunas otras preguntas a Vera, pero no pudo saber más, y ello aumentó su inquietud. Ya solo, tendióse en el diván y meditó. «Quizás esperan a alguien —se dijo— y no quieren que yo vaya antes de las nueve para que no vuelva a hacer absurdos en público». Y tras este pensamiento se consagró a esperar la noche y mirar el reloj. La explicación del misterio se produjo mucho antes de lo que él pensaba, pero planteó un enigma aún más inquietante que el primero.

Media hora después de que marcharan las Epanchinas, se presentó Hipólito, tan extenuado y rendido que, antes de proferir una palabra, se dejó caer literalmente en un sillón, como si le faltase el conocimiento. Luego sufrió

un violento acceso de tos, acompañado de esputos de sangre. Sus ojos brillaban; manchas rojas encendían sus mejillas. Michkin balbució algunas palabras que el enfermo dejó sin contestación, limitándose a agitar un brazo durante largo tiempo, como pidiendo que se le dejara tranquilo. Al fin la tos cedió.

—Me voy —murmuró al fin, con ronca voz.

—Yo le acompañaré, si quiere —ofrecióle el príncipe. Y esbozó un movimiento para levantarse; pero inmediatamente recordó que se le había prohibido salir. Hipólito rio.

—No me voy de su casa —repuso con voz jadeante—. Por el contrario, he querido venir a verle, y a propósito de una cosa importante. De lo contrario, no le hubiera molestado. Quiero decir que me voy en definitiva. Esta vez creo que es de verdad, cosa hecha… Créame que no se lo digo para excitar su compasión. Hoy me acosté a las diez con el propósito de esperar en la cama «el momento», pero luego cambié de idea y me levanté para venir a verle. Lo cual significa que se trata de una cosa importante.

—Me duele verle así. Debió usted mandarme llamar en vez de venir en persona.

—Déjese de eso. Usted me compadece y, por lo tanto, ya cumple con las exigencias de la cortesía mundana. ¡Ah, me olvidaba! ¿Cómo está usted?

—Bien. Ayer tuve… Pero fue poca cosa.

—Ya lo había oído decir. Rompió usted un jarrón de China. ¡Cuánto siento no haber estado presente! Pero ¡voy a lo mío! En primer lugar le diré que he tenido el gusto de asistir a una entrevista de Aglaya Ivanovna y Gabriel Ardalionovich en el banco verde. Y he comprobado con admiración el aspecto absurdo que puede tener un hombre en esos casos. Así se lo he hecho observar a Aglaya Ivanovna personalmente después que él se marchó. Veo, príncipe, que no se asombra usted de nada —añadió, examinando con desconfianza el rostro sereno de su interlocutor—. Se dice que el no asombrarse de nada es prueba de gran inteligencia, pero, a mi juicio, puede también ser prueba de gran estupidez. Dispénseme… Pero no me refiero a usted. Tengo poca fortuna hoy en mis expresiones.

—Ayer yo sabía ya que Gabriel Ardalionovich… —articuló Michkin, con visible turbación, pese a que Hipólito se sintiese molesto por la poca sorpresa que su interlocutor manifestaba.

—¡Lo sabía! ¡Magnífica noticia! Pero no le preguntaré cómo lo ha sabido… ¿Y no ha sido testigo de la entrevista de hoy?

—Puesto que estaba usted allí, le consta que yo no me hallaba presente.

—Podía haberse ocultado detrás de un matorral… En todo caso, el desenlace de esto me fue muy agradable, pensando en usted. Yo me había figurado que Gabriel Ardalionovich iba a llevarse el gato al agua.

—Le ruego que no me hable de eso, Hipólito, y menos en esa forma.

—Tanto más cuanto que ya lo sabe todo.

—No es cierto. No sé casi nada y Aglaya Ivanovna supone que no sé nada. Incluso he ignorado hasta ahora esa entrevista de la que me habla usted… Pero dejemos eso…

—¿Sabía usted o no sabía?… ¿En qué quedamos? ¡Deje eso! No sea usted tan confiado. Sobre todo, si no sabe nada. ¿Sabe usted, o sospecha al menos, lo que se proponían aquellos dos hermanos? Bien, prescindo de comentarlo —dijo al advertir en Michkin un gesto de impaciencia—. Yo he venido acerca de un asunto particular… y quiero… explicarme sobre él. Es preciso explicarse antes de morir. ¡El diablo me lleve si no tengo muchas explicaciones que dar! ¿Quiere usted oírme?

—Hable; le escucho.

—Vaya, otra vez he cambiado de idea. Empezaré por Gania. ¿Querrá usted creer, príncipe, que también yo había recibido una cita para hoy en el banco verde? No quiero mentir: yo mismo había solicitado la entrevista, ofreciendo, en cambio, revelar un secreto. No sé si llegué muy pronto o no, pero el caso es que cuando acababa de sentarme junto a Aglaya Ivanovna vi llegar a Gania del brazo de su hermana. Andaban con naturalidad como si fuesen de paseo. Creo que se extrañaron mucho al verme allí. No lo esperaban, y el hallarme les hizo perder la serenidad. Aglaya Ivanovna se inmutó y, aun cuando usted no lo crea, le aseguro que se ruborizó vivamente. ¿Se debería ello a mi presencia o al efecto que le produjo la belleza de Gabriel Ardalionovich? Lo cierto es que se puso muy encarnada y que todo concluyó en un instante y de una manera bastante absurda. Se levantó a medias, y después de corresponder al saludo del hermano y a la sonrisa lisonjera de la hermana les dijo: «Sólo quería expresarles personalmente la satisfacción que me causan sus sentimientos sinceros y amistosos, y decirles que, si se presenta la ocasión de recurrir a ellos, pueden estar seguros de que…» Y con esto les hizo una reverencia, y ellos se fueron. No sé si anonadados o triunfantes. Gania se sentía aniquilado, de seguro. No se daba cuenta de nada y estaba rojo como una langosta. ¡Qué cara tan especial ponía a veces! Pero Bárbara Ardalionovna debió de comprender que convenía marcharse en seguida, y que tal entrevista en sí representaba mucho ya en Aglaya Ivanovna. Sin duda fue consolando a su hermano por el camino. Es más inteligente que Gania y tengo la certeza de que se siente triunfante. En cuanto a mí, había acudido con objeto de estipular las condiciones de una entrevista entre Aglaya Ivanovna y Nastasia Filipovna.

—¡Y Nastasia Filipovna! —exclamó Michkin.

—Veo que pierde usted su flema y empieza a extrañarse. Compruebo con placer que tiene usted sentimientos de hombre. Le recompensaré diciéndole una cosa que le divertirá. ¿Quiere creer (¡lo que es prestar servicios a estas señoritas de alma elevada!) que me ha asestado hoy mismo un bofetón?

—¿Mo… moral? —preguntó Michkin.

—Sí; no físico. No creo que haya nadie capaz de levantar la mano sobre mí. En mi estado, ni una mujer, ni Gania siquiera, serían, según me parece, capaces de golpearme. No obstante, ayer hubo un momento en que temí que Gania me agrediera… ¿Apuesta algo a que sé lo que está usted pensando? Pues sé que usted se dice ahora: «Cierto, no se le puede pegar; pero sí ahogarle mientras duerme con una almohada o con un lienzo mojado… Y no se puede, sino que se debe…» Lo leo en su cara…

—¡Jamás he pensado tal cosa! —protestó el príncipe, indignado de semejante sospecha.

—No sé… Esta noche he soñado que me ahogaban con un lienzo húmedo… Y el hombre era Rogochin. ¿Qué le parece? ¿Será posible ahogar a una persona con un lienzo mojado?

—Lo ignoro.

—He oído decir que se puede. Pero dejemos eso. ¿Por qué me considerarían un chismoso? ¿Por qué me ha acusado hoy de serlo Aglaya Ivanovna? Pero (¡lo que son las mujeres!) le advierto que me ha dirigido esa acusación después de escucharme atentamente todo lo que le dije y hasta de haberme preguntado. Y ha sido por quien he entrado en relación con el interesante Rogochin, como también por complacerla le he arreglado una entrevista con Nastasia Filipovna. ¿Se habrá ofendido porque le dije que se conformaba con las «sobras» de Nastasia Filipovna? Confieso que nunca he dejado de presentarle la cosa así, pero ha sido en su propio interés. Le he escrito dos veces en tal sentido, y en la entrevista de hoy me he expresado igual. Empecé por decirle que eso era humillante para ella… La palabra «sobras» no es mía: me he limitado a repetir lo que en casa de Gania se dice a cada momento. La misma Aglaya Ivanovna lo ha reconocido. Luego, ¿por qué soy un chismoso ante sus ojos? Ya veo que se hace usted cruces viéndome y apuesto a que me aplica esos estúpidos versos: «Acaso brille aún, en mi última hora —su sonrisa de amor, en adiós postrimero…» ¡Ja, ja, ja!

Hipólito rio nerviosamente, un violento acceso de tos cortó su hilaridad. Con voz que brotaba de su garganta a muy duras penas, continuó:

—Note que Gania resulta muy gracioso al hablar de «sobras», porque ¿a

qué otra cosa aspira ahora él?

Michkin guardó silencio largo rato. Estaba asustado. Al fin murmuró:

—¿Hablaba usted de una entrevista con Nastasia Filipovna?

—Pero ¿ignora usted realmente que ella y Aglaya Ivanovna van a verse hoy? Nastasia Filipovna ha venido adrede de San Petersburgo. A través de Rogochin, he hecho que llegase a ella la invitación de Aglaya Ivanovna. En el momento presente se encuentra con Rogochin, no muy lejos de aquí, en casa de Daría Alexievna, una señora que por cierto me parece bastante equívoca… Y es en esa casa equívoca donde Aglaya Ivanovna se avistará hoy con Nastasia Filipovna para resolver diversos problemas. Quieren ocuparse en Aritmética. ¿No lo sabía? ¡Palabra de honor!

—¡Es inverosímil!

—Todo lo inverosímil que usted quiera. Realmente, no tenía usted motivos para haberlo averiguado. Pero es un sitio tan pequeño éste, donde ni una mosca puede volar sin que todos lo sepan… De todos modos, le he advertido. Debía usted darme las gracias. Hasta la vista… que será probablemente en el otro mundo… Una cosa más: he obrado, respecto a usted, de un modo canallesco, porque… Aunque, en fin de cuentas, ¿por qué habría yo de perjudicarme, quiere decírmelo? En beneficio suyo, ¿no? Bien: he dedicado mi «explicación» a Aglaya Ivanovna (¿No lo sabía usted tampoco?), y hay que ver cómo la ha recibido. ¡Ja, ja, ja! Pero con ella no he procedido canallescamente; no tengo nada de qué reprocharme, no, y ella, en cambio, me ha vilipendiado y ofendido… En realidad tampoco tengo nada de qué reprocharme con usted, porque si he hablado de esas «sobras» a Aglaya Ivanovna a fin de hacerla sentirse avergonzada de su amor, en cambio le revelo a usted ahora el día, lugar y hora de esa cita, y le descubro todo el misterio. Claro que lo hago con mala intención y no por magnanimidad. En fin: estoy hablando tanto como un charlatán… O como un tísico. Y ahora escúcheme: si quiere merecer el apelativo de hombre, tome sus medidas sin perder un minuto. La entrevista está marcada para esta tarde.

Hipólito se dirigió a la puerta, pero oyendo al príncipe llamarle, se detuvo en el umbral. Michkin le preguntó:

—¿Dice que Aglaya Ivanovna se verá con Nastasia Filipovna en casa de Daría Alexievna?

En las mejillas y la frente del príncipe aparecían vivas manchas rojas. Hipólito volvió la cabeza y repuso:

—No lo sé con certidumbre; pero es probable. No puede ser de otro modo. Nastasia Filipovna no puede ir a casa del general Epanchin. Ni tampoco les

cabe verse en casa de Gania, porque hay un muerto…

—Eso mismo prueba que la cosa es imposible —dijo Michkin—. ¿Cómo va a salir Aglaya Ivanovna, aun suponiendo que se lo proponga? No conoce usted… las costumbres de su casa. No puede ir sola a ver a Nastasia Filipovna. Es absurdo.

—Escúcheme, príncipe. No es corriente saltar por las ventanas, pero si sobreviene un incendio el caballero más correcto y la dama más recatada saltan por una ventana, ¿verdad? La necesidad es ley, y por tanto esa señorita irá hoy a casa de Nastasia Filipovna. ¿Acaso en esa familia no permiten moverse a las muchachas?

—No quiero decir eso…

—Pues si no quiere decir eso, ella no necesita más que bajar la escalera e irse… y puede, si quiere, no volver a su casa más. Hay veces en que uno quema sus navíos y resuelve no volver a casa de sus padres. Los almuerzos, las comidas y los príncipes Ch. no son toda la vida. Creo que toma usted a Aglaya Ivanovna por una chiquilla de un colegio. Así se lo he dicho, y ella es de mi opinión. Espere a las siete o a las ocho. En el caso de usted yo estaría de centinela allí hasta que la viese bajar los escalones. Por lo menos encargue a Kolia que lo haga. Lo realizará con gusto, tratándose de usted… Todo es relativo… ¡ja, ja, ja!

Hipólito salió. Michkin no tenía precisión de hacer espiar a Aglaya, aun cuando hubiese sido capaz de semejante cosa. Ahora se explicaba por qué la joven le había ordenado quedarse en casa. Tal vez quisiera irle a ver después, o impedirle intervenir en el paso que proyectaba dar. Esta última conjetura era tan verosímil como la primera. Michkin sintió vértigo: la estancia parecía girar en torno suyo. Tendióse en un diván y cerró los ojos. En todo caso, Aglaya había tomado una decisión definitiva. No, el príncipe no la consideraba una colegiala. Comprendía ahora que llevaba mucho tiempo inquieta y aguardando algo por el estilo. Pero ¿por qué quería Aglaya ver a la otra? Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Michkin. Tenía fiebre otra vez.

¡No la consideraba una niña, no! Últimamente ciertas palabras y miradas de la joven le habían espantado. A veces le parecía notar que ella era demasiado dueña de sí misma, y recordaba ahora que el percibirlo le había asustado en más de una ocasión. Cierto que en los últimos días se había esforzado en olvidar aquello, en alejar todos los pensamientos penosos, pero a la sazón había de preguntarse qué era lo que ocultaba aquel alma. A pesar de la credulidad de su amor, aquella pregunta le atormentaba hacía tiempo. Y he aquí que ahora se disipaban todas las dudas, se desvanecían todas las incertidumbres. ¡Terrible idea! Y luego «aquella mujer…» ¿Por qué imaginaba siempre Michkin que ella aparecía en el último momento para destrozar su

existencia como si fuese un hilo pasado? Pese a su semidelirio, casi se sentía inclinado a creer que había pensado siempre lo mismo. Si últimamente había tratado de olvidar a Nastasia Filipovna, era únicamente porque la temía. Pero ¿la odiaba o la amaba? Ni una sola vez se lo preguntó durante aquel día: su corazón estaba puro. Sabía que la amaba… Aquella entrevista singular, cuyas causas le eran desconocidas y cuyo desenlace no podía prever, no era lo que más le asustaba. No, temía a Nastasia Filipovna por sí misma. Más adelante, pasados varios días, recordó que en aquellas horas febriles no había cesado ni un solo momento de figurarse los ojos, la mirada, las palabras de aquella mujer. Incluso creía oírla proferir extrañas frases. Pero tales horas de fiebre y angustia dejaron escasas huellas en su memoria. Apenas evocó luego que Vera le había llevado algo de comer. Sólo le constaba que durante la tarde no tuvo otra impresión neta sino la de que Aglaya había, en un momento dado, aparecido en la terraza. El príncipe, que se hallaba tendido en un diván, se levantó y atravesó la estancia para ir al encuentro de la joven. Eran las siete y cuarto. Aglaya vestía con sencillez y al parecer se había arreglado de prisa. Su rostro estaba pálido y sus ojos relucían con brillo vivo y seco, mostrando una expresión desconocida para Michkin. Le miró atentamente.

—Veo que está usted preparado, vestido para salir y con el sombrero al alcance de la mano. ¿Quién le ha prevenido? ¿Hipólito?

—Sí —balbució el príncipe, más muerto que vivo—. Me indicó…

—Vamos. Ya sabe usted que preciso su compañía. Supongo que estará en condiciones de salir…

—Sí, pero ¿es posible…?

Se interrumpió y no supo decir más. No hizo nuevas tentativas para convencer a la insensata joven y la siguió como un esclavo. Pese a la confusión de sus ideas el príncipe comprendía que, de no acompañarla, ella acudiría sola a la cita, y por consecuencia su deber consistía en ir con ella. No osó luchar contra una decisión que juzgaba irrevocable. Apenas cambiaron una palabra mientras andaban. Michkin advirtió que su compañera conocía bien el camino. Cuando le proponía seguir una calle menos frecuentada, ella respondía con sequedad: «No importa».

Al acercarse a casa de Daría Alexievna, que era un edificio de madera viejo y grande, salían de ella una dama elegante y una muchacha joven. Ante la puerta esperaba un coche magnífico. Las dos mujeres subieron a él, riendo y hablando en voz muy alta, sin mirar siquiera a los que se acercaban, como si no los viesen. Cuando el carruaje se fue, la puerta se abrió. Michkin y Aglaya fueron recibidos por Rogochin, quien esperaba ya su llegada. Una vez dentro, Rogochin cerró apresuradamente la puerta.

—Estamos solos los cuatro en la casa —dijo, mirando a Michkin con extraña expresión.

En la primera estancia los aguardaba Nastasia Filipovna, muy sencillamente ataviada, con un vestido negro. Se levantó al entrar los visitantes, pero sin sonreír ni siquiera tender la mano a Michkin. Su mirada fija e inquieta se posó en Aglaya. Ambas se acomodaron a cierta distancia una de otra. Aglaya en un diván del rincón, Nastasia Filipovna junto a la ventana. Los dos hombres quedaron en pie; nadie los invitó a sentarse. Michkin fijó en Rogochin una mirada perpleja y angustiada. Parfen Semenovich conservaba su extraña sonrisa. El silencio se prolongó algunos instantes.

De pronto, los rasgos del semblante de Nastasia Filipovna adquirieron una expresión siniestra. Sus ojos, ahora tenaces, rencorosos y duros, parecían clavarse en el rostro de Aglaya. Ésta se hallaba confusa, sin duda, pero no intimidada. Al entrar no miró apenas a su rival y, al sentarse, inclinó la vista y así permaneció, como si no supiese decidirse a empezar. Dos veces, involuntariamente al parecer, miró en torno suyo y su rostro manifestó un disgusto muy intenso, como si temiese contaminarse allí. Arreglóse el vestido con ademán maquinal y en un momento determinado incluso cambió de postura y se apartó más en el diván. Probablemente todo aquello era más inconsciente que meditado, pero esa misma inconsciencia lo hacía más ofensivo. Al fin contempló con resolución a Nastasia Filipovna y en el acto leyó claramente cuanto expresaban los ojos ardientes de su rival. La mujer comprendía a la mujer. Aglaya se estremeció.

—Sabe usted seguramente… por qué la he invitado… a esta entrevista, ¿verdad? —comenzó en voz baja e insegura. Incluso se interrumpió dos veces antes de concluir tan breve frase.

—No sé nada —respondió Nastasia Filipovna con voz seca.

Aglaya se ruborizó. Quizás el hecho de encontrarse con «aquella mujer» en la casa de «aquella otra mujer» le pareciera de improviso tan extraño, tan inverosímil, que necesitase, por decirlo así, la respuesta de su interlocutora. Apenas su antagonista abrió la boca, un estremecimiento recorrió el cuerpo de la visitante. «Aquella mujer» lo notó perfectamente.

—Usted lo comprende todo, aunque finge a propósito no comprenderlo —dijo Aglaya, bajando la voz todavía más y mirando al suelo con aire sombrío.

—¿Por qué había yo de hacer semejante cosa? —repuso Nastasia Filipovna, con leve sonrisa.

La contestación de Aglaya fue torpe y por demás grotesca.

—Quiere usted abusar de mi situación, de mi presencia en su casa…

—Si se halla en tal situación, la culpa es suya y no mía —respondió con violencia Nastasia Filipovna. No soy yo quien ha solicitado esta entrevista, sino usted. Y hasta ahora ignoro con qué objeto.

Aglaya alzó la cabeza y adoptó un talante altivo.

—Refrene la lengua. Usted sabe manejar esa arma mejor que yo y no me propongo mantener con usted un combate de ese género.

—Pero en todo caso, por lo que dice parece que viene a entablar un combate. Yo creía que usted era más… espiritual.

Miráronse con enemistad recíproca y ya franca. Una de aquellas mujeres era la misma que poco atrás había escrito a la otra las cartas que conoce el lector. Y he aquí que, en su primer encuentro, a las palabras iniciales que cambiaron, todos sus sentimientos se desvanecían. Sin embargo, ninguno de los allí reunidos pareció considerarlo extraño. La víspera, Michkin hubiera juzgado imposible y absurda semejante escena, y ahora, empero, estaba allí, mirando y escuchando con el aire de un hombre que ve realizarse un antiguo presentimiento. El sueño más disparatado habíase convertido de repente en la más tangible realidad. Una de aquellas mujeres despreciaba a la cara de tal modo, y deseaba decírselo con tanto afán (acaso no hubiese acudido más que para eso, como opinó Rogochin al día siguiente), que la otra, a pesar de su carácter extravagante, su espíritu descarriado y su alma enferma, hubo de prescindir de toda idea que pudiese haber concebido de antemano, al hallarse con el amargo desprecio, genuinamente, de su rival. Michkin tenía la certeza de que Nastasia Filipovna no hablaría de las cartas, y hubiera dado la mitad de su vida porque Aglaya hiciese lo mismo.

La joven pareció recobrar su aplomo.

—No me ha entendido usted. No he venido aquí para que disputemos, aunque reconozco que no la estimo. He venido para… para que hablemos como seres humanos. Cuando le pedí la entrevista, había decidido ya de qué le hablaría y lo que había de decir aun cuando usted no me comprendiese en absoluto. Ello será peor para usted, no para mí. Deseo contestarle en persona a lo que me decía en sus cartas, porque me parece más adecuado hacerlo así. Escuche, pues, mi contestación: yo empecé por compadecer al príncipe León Nicolaievich desde el mismo día en que le conocí, y más aún cuando supe lo que había sucedido en casa de usted. Le compadecí porque es un hombre muy cándido y en su ingenuidad creyó posible ser feliz con… una mujer de semejante carácter. Lo que yo temía ha sucedido: usted no ha podido amarle, le ha hecho sufrir y al fin le ha abandonado. Y no puede amarle porque es usted demasiado orgullosa… Me engaño: no orgullosa, sino vanidosa… Y también esta expresión resulta inexacta. Es usted egoísta hasta la locura, y las cartas que me ha escrito lo demuestran. Ni le es posible amar a un hombre tan

inocente como éste. Acaso, en el fondo, le desprecie y se burle de él. Usted no ama más que a su oprobio, la constante idea de que está usted deshonrada y de que hay una persona que tiene la culpa. Si su deshonra no fuera tan grande o se sintiera usted de pronto libre de ella, sería más infeliz.

Aglaya se complacía en sus palabras y hablaba con extrema volubilidad. Cuanto decía habíalo preparado de antemano, incluso, antes de que soñara siquiera en semejante cita. Sus ojos seguían, ávidos y aviesos, el efecto, que tales frases producían en la interpelada. Ésta oyéndola, había cambiado de expresión.

—¿Recuerda usted —continuó Aglaya— que el príncipe me escribió cuando vivía con usted? Según él dice, usted conoce la carta. Al recibirla, lo comprendí todo muy bien. Y hace poco él me ha confirmado, palabra por palabra, lo que acabo de decir. Después de la carta, esperé. Yo adivinaba que usted volvería, porque no puede prescindir de San Petersburgo. Es usted demasiado joven y bella para vivir en provincias. Esta expresión no es propia —dijo Aglaya ruborizándose, sin que tornara ya a recobrar sus colores naturales durante toda la conversación—. Cuando volví a ver al príncipe participé de todo corazón en su dolor y ofensa. No se ría, no se ría: es usted indigna de comprender esto. —Bien ve que no me río— contestó Nastasia Filipovna con acento severo y entristecido.

—De todos modos, no me importa. Puede reír cuanto quiera. Cuando interrogué al príncipe me dijo que no la amaba hacía tiempo, que incluso el recordarla le era penoso, pero que se compadecía de usted y al recordarla sentía el corazón desgarrado. Debo añadir que este hombre es el más noble, ingenuo y confiado que he conocido jamás. Desde que le vi adiviné que era capaz de ser engañado por el primero que le hablara, y además capaz de perdonar a todo el que le engaña. Por eso le he amado…

Aglaya se interrumpió por un momento, preguntándose con asombro cómo había emitido semejante palabra. Pero a la vez un infinito orgullo resplandecía en su mirada. Parecía tenerle sin cuidado que «aquella mujer» se mofase de la confesión que acababa de escapársele.

—Ya he dicho cuanto deseaba decir. ¿Ha comprendido lo que espero de usted?

—Acaso —repuso Nastasia Filipovna—. Pero no obstante, dígalo.

Aglaya, con el rostro inflamado por la ira, pronunció con tono firme, recalcando mucho las palabras:

—Quiero preguntarle con qué derecho interviene usted en mis sentimientos, con qué derecho se permite escribirme, con qué derecho declara usted a cada instante al príncipe y a mí, que le ama, después de haberle

abandonado de manera tan ofensiva e innoble.

—No le he dicho ni a él ni a usted que le amo —repuso con esfuerzo Nastasia Filipovna—… y es cierto que le he abandonado —añadió con voz casi ininteligible.

—¿Cómo que no? ¿Y sus cartas? —replicó Aglaya con violencia—. ¿Quién le ha pedido que se mezcle en nuestros asuntos? ¿Por qué me excita a casarme con él? ¿Por qué se obstina en imponernos su mediación? Al principio pensé que usted, entrometiéndose así, deseaba hacer que yo le odiase y rompiera con él. Pero luego he comprendido la verdad. Usted se figura que con todas esas extravagancias realiza usted una buena acción. Dígame: ¿puede acaso amar a un hombre cuando ama tanto su propia vanidad? ¿Por qué no se ha marchado usted tranquilamente en vez de escribirme esas cartas ridículas? ¿Por qué no se casa usted con el hombre magnánimo que tanto la ama y le ha hecho el honor de pedir su mano? La respuesta es muy sencilla: una vez casada con Rogochin, dejaría de ser usted una mujer envilecida e incluso alcanzaría una posición honrosa en la sociedad. Eugenio Pavlovich dice que usted ha leído mucha poesía y que es «demasiado instruida para su situación». Él la considera una víctima de las lecturas y de la ociosidad. Añada a eso su vanidad, y todo queda claro.

—Y usted, ¿no es una ociosa?

Como se ve, la explicación entre las rivales degeneraba inopinadamente en violenta disputa. Decimos inopinadamente porque Nastasia Filipovna, al dirigirse a Pavlovsk, acariciaba todavía ciertos sueños aun cuando, ello aparte, más bien recelase una entrevista tormentosa que lo contrario. Pero Aglaya se había dejado arrastrar por la impetuosidad de su carácter y no supo negarse a la satisfacción de dar expresión a sus sentimientos. La propia Nastasia Filipovna se extrañó al ver el arrebato de la joven. Mirábala no queriendo creer en lo que sucedía e incluso se sintió llena de desconcierto. Fuese que hubiera leído demasiada poesía como juzgaba Radomsky, o que estuviese loca, según estimaba el príncipe, aquella mujer, a veces tan cínica e insolente en sus maneras, era en el fondo, mucho más púdica, tierna y confiada de lo que pudiera suponerse a primera vista. Cierto que existían en ella aspectos fantásticos, quiméricos y novelescos; pero poseía también energía y profundidad de carácter. Michkin, comprendiéndolo, no pudo ocultar el sufrimiento que le embargaba. Aglaya se estremeció de cólera al advertirlo.

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? —dijo con infinito desdén contestando a la observación de Nastasia Filipovna.

—Debe haberme entendido mal —repuso Nastasia Filipovna, sorprendida —. ¿De qué modo le he hablado?

—Si era usted una mujer honrada, ¿por qué no abandonó a su seductor con sencillez y sin escenas teatrales? —preguntó Aglaya bruscamente.

—¿Y quién es usted ni qué sabe de mí para juzgar de mi situación? —replicó Nastasia Filipovna, pálida y temblorosa.

—Sé que no abandonó a Totzky para ponerse a trabajar, sino que fue con el opulento Rogochin para adoptar aires de ángel caído. ¡No me hubiera extrañado que Totzky hubiese sido hasta capaz de suicidarse para huir de semejante ángel caído!

—¡Basta! —atajó Nastasia Filipovna con voz dolorida y disgustada—. Usted me mira como si fuese… la doncella de Daría Alexievna, que ha ido a reclamar ante el jurado contra su novio… Pero esa misma mujer me comprendería mejor que usted.

—Que yo sepa, quien usted dice es una muchacha honrada y vive de su trabajo. ¿Por qué considera a una doncella con ese desprecio?

—Mi desprecio no se refiere al trabajo, sino a usted cuando habla del trabajo.

—Si usted hubiese querido ser honrada, se habría dedicado a lavandera.

Las dos se levantaron y se miraron cara a cara. Estaban palidísimas.

—¡Cállese, Aglaya! ¡Es usted muy injusta! —exclamó Michkin, fuera de sí.

Rogochin no sonreía ya. Escucliaba atentamente apretando los labios, con los brazos cruzados.

—¡Miren, miren qué señorita! —dijo Nastasia Filipovna, estremeciéndose de ira—. ¡Y yo que la tenía por un ángel! ¿Ha venido usted sin institutriz, Aglaya Ivanovna? ¿Quiere usted que le diga, en el acto y sin rodeos, por qué ha venido aquí? Pues ha venido porque tiene miedo…

—¿Miedo de usted? —repuso la joven, profunda e ingenuamente extrañada al oír a su interlocutora hablarle con tal atrevimiento.

—Sí, de mí. Cuando se ha decidido a visitarme, es porque me teme. A quien se teme no se le desprecia. ¡Y pensar en lo mucho que la he apreciado hasta hace un momento! ¿Sabe usted por qué me teme y cuál es ahora su finalidad principal? Usted ha querido saber en persona cuál de nosotras dos ama más al príncipe, porque está usted horriblemente celosa…

—Él mismo me ha dicho que la odiaba… —articuló Aglaya con dificultad.

—Es posible… Quizá yo no merezca… Pero creo que miente usted. ¡Él no ha podido decir semejante cosa! De todos modos, teniendo en cuenta… su

situación, estoy dispuesta a perdonarla. Sólo que tenía mejor opinión de usted; le aseguro que le creía más inteligente… e incluso más hermosa. Ea, llévese su tesoro. Ahí le tiene, mirándole embobado. Lléveselo, pero con una condición: que se vaya de aquí inmediatamente. ¡En el acto!

Dejóse caer en una butaca y estalló en llanto. De improviso una nueva llama se encendió en sus ojos. Levantóse y clavó en Aglaya una mirada obstinadamente fija.

—¿Quieres que le dé una orden? ¿Oyes? Me bastará mandárselo y se quede conmigo para siempre. Basta que se lo mande para que nos casemos. ¡Y tú volverás sola a tu casa! ¿Quieres verlo, quieres? —gritó enloquecida, trémula y desencajada.

Era posible que ni ella misma se hubiese juzgado capaz de semejante lenguaje. Aglaya, aterrorizada, corrió hacia la puerta. Pero se detuvo en el umbral, inmóvil como clavada en tierra, y escuchó.

—¿Quieres ver cómo echo de aquí a Rogochin? Creías que ya me había casado con él para complacerte, ¿eh? Pues voy a ordenar a Rogochin que se vaya y luego diré al príncipe: «Acuérdate de lo que me has prometido». ¡Dios mío! ¿Por qué me ha humillado de este modo ante esta gente? ¿No me has dicho, príncipe, que te casarías conmigo, que no te importaría nada de nada, que no me abandonarías jamás, que me amabas, que me lo perdonabas todo y que me esti… me esti…? ¡Sí, lo has dicho! No hui de tu lado sino para devolverte tu libertad. ¡Pero ahora no quiero dejarte libre! ¿Quién es esa mujer para tratarme como a una perdida? ¡Pregunta a Rogochin si soy una perdida! ¿Serás capaz, León Nicolaievich, ahora que esa mujer me ha puesto como un trapo delante de ti, de salir del brazo de ella? ¡Maldito seas si lo haces! Porque eres el único hombre en quien he creído… ¡Vete, Rogochin, no te necesito! —gritó casi inconsciente.

Las palabras surgían con trabajo de su garganta, su rostro estaba descompuesto, sus labios ardían. Era notorio que no creía ni por asomo en lo que decía, pero se obstinaba en engañarse y prolongar su ilusión por un segundo más. Michkin tuvo la impresión de que aquel arrebato tan violento podía incluso costar la vida a Nastasia Filipovna.

—¡Mírale! —gritó ella a Aglaya, señalando al príncipe con el dedo—. Si no me prefiere en el acto, si no opta por mí… llévatelo, te lo cedo.

Las dos mujeres esperaban, fijando en Michkin las miradas de sus ojos extraviados. Es probable, e incluso seguro, que él no comprendiese toda la emoción de aquella llamada. Sólo reparó en el ser loco y desesperado que tan dolorosa impresión le produjera siempre, como había dicho una vez Aglaya. No pudo contenerse más y dirigiéndose a la joven dijo, mostrándole a Nastasia

Filipovna:

—¿Es posible? ¡Con una mujer tan desgraciada!

No pudo continuar. Enmudeció bajo la tremenda mirada de Aglaya, cuyos ojos mostraban una expresión de inmenso sufrimiento y de odio infinito. Michkin se golpeó las manos, lanzó un grito y se precipitó hacia Aglaya. Pero ésta había percibido el momento de vacilación del príncipe y semejante vacilación fue más de lo que se sentía capaz de soportar.

—¡Dios mío! —gritó.

Y huyó de la habitación, cubriéndose el rostro con las manos. Rogochin se apresuró a seguirla para abrirle la puerta. Michkin quiso salir también en pos de Aglaya, pero al ir a cruzar el umbral se sintió sujeto por los brazos de Nastasia Filipovna. El rostro dolorido y convulso de la joven le contempló fijamente. Sus labios exangües murmuraron:

—¿Te vas con ella? ¿Con ella?

Y la pobre mujer cayó desmayada en los brazos de Michkin. Él la sostuvo, la llevó a un sillón y permaneció inclinado hacia ella, sin saber a qué decidirse. Rogochin volvió, tomó un vaso de agua de sobre una mesilla y arrojó su contenido al rostro de la desmayada. Ella abrió los ojos. Por unos instantes pareció desconcertada, sin darse cuenta de lo que ocurría. De pronto miró en torno suyo, se estremeció, emitió un grito y se precipitó hacia Michkin.

—¡Es mío! ¡Mío! —gritó—. ¿Se ha ido esa chiquilla orgullosa?

Y prorrumpió en una risa histérica.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¿Yo se lo había dicho a esa mujer? ¿Por qué razón? ¡Loca de mí! ¡Vete, Rogochin! ¡Ja, ja, ja!

Rogochin los miró atentamente, cogió su sombrero y salió sin pronunciar una palabra. Diez minutos más tarde, Michkin, sentado junto a Nastasia Filipovna, la miraba sin cesar, acariciando su cabeza y su rostro como a una niña. Reía viéndola reír y cuando ella lloraba sentíase a punto de romper en llanto. Escuchaba en silencio, probablemente sin comprenderlas, pero con una dulce sonrisa en los labios, las palabras entrecortadas, entusiastas e incoherentes que pronunciaba la joven. Y tan pronto como imaginaba que ella le dirigiría algún reproche o que recaía en su dolor, le prodigaba nuevas caricias y palabras tiernas como a un niño desconsolado.

IX

En el curso de los quince días que siguieron a aquella escena, las situaciones respectivas de los principales personajes de esta historia se modificaron de tal modo, que no es fácil proseguir el relato sin entrar en explicaciones previas. Y sin embargo, nos parece mejor limitarnos, en lo posible, a la mera exposición de los hechos, ya que medían algunas circunstancias cuyos detalles no podemos esclarecer. Tal advertencia parecerá probablemente muy extraña al lector. ¿Cómo, dirá éste, relatar aquello que no tiene una idea clara? Para no colocarnos en una situación más falsa todavía, trataremos de explicar nuestro pensamiento con un ejemplo, y así acaso se comprenda en qué consiste, hablando propiamente, nuestra dificultad, tanto más cuanto que este ejemplo no ha de introducir una laguna en el relato, sino que constituirá su continuación directa.

Pasadas dos semanas, es decir, a principios de julio, la última aventura de nuestro protagonista se había convertido en objeto de las conversaciones de todos, mencionándose como anécdota extraña, divertida, inverosímil y, a la vez, casi cierta. En Pavlovsk no había quien no refiriese, con mil variantes, el caso de un príncipe que, a punto de casarse con una muchacha de familia honrada y muy conocida, se había prendado de una mujer equívoca, rompiendo con su novia y proponiéndose a despecho de todos, y a trueque de arrostrar la pública indignación, casarse en breve con dicha mujer. La historia incluía tales escándalos, se hacían figurar en ella personajes tan importantes, se presentaba bajo colores tan fantásticos, se alegaban hechos tan positivos, que la general curiosidad y las desbordadas habladurías se hallaban, en aquel caso, justificadas en gran parte. La versión que parecía más probable y que divulgaban los narradores más serios —es decir, esa clase de comentaristas que se encuentran en todas las capas sociales, que conocen todo lo concerniente a quienes tratan, y que parecen hallar su ocupación y hasta su consuelo en semejante trabajo— era la siguiente: un joven de buena familia con título de príncipe, casi imbécil, demócrata, trastornado por el nihilismo contemporáneo que acaba de descubrir Turguenev, y casi ignorante del idioma ruso, se había prendado de una de las hijas del general Epanchin y sido aceptado como novio oficial. Pero su intención era jugar a la familia una pasada semejante a la de aquel seminarista francés que, tras dejarse ordenar y cumplir todas las fórmulas rituales, había hecho, al día siguiente de ser ordenado, pública profesión de ateísmo, en carta dirigida al obispo y reproducida por los periódicos liberales. Decíase que a ejemplo de aquel hombre, el príncipe había resuelto promover un escándalo en casa de los padres de su prometida, aprovechando una recepción en que iba a ser presentado a varios elevados personajes. Había, en efecto, aguardado aquel momento para proclamar sus opiniones ante todos, injuriar a funcionarios de alta jerarquía y retirar públicamente la palabra dada a la novia. En vista de ello se ordenó a los criados que le expulsaran y, luchando con ellos, había roto un

magnífico jarrón de China. Como detalle característico de las costumbres modernas, se añadía que aquel joven amaba locamente a la hija del general y que si había roto con ella era sólo por fidelidad a los principios nihilistas, ya que deseaba proporcionarse la satisfacción de casarse con una cualquiera, probando así que a sus ojos no existía diferencia entre las mujeres virtuosas y las mujeres sin honra, y que, de existir dicha diferencia, era en favor de las últimas. Esta explicación parecía la más plausible y los moradores de Pavlovsk la aceptaban con tanto mayor motivo cuanto que los hechos diarios tendían a confirmarla. Existían, desde luego, circunstancias oscuras. Contábase, por ejemplo, que la pobre joven quería tanto a su prometido —algunos decían «a su seductor»— que al día siguiente del escándalo había ido a buscarle a casa de su amante. Otros, por el contrario, decían que era él quien la había traído allí para afirmar sus principios nihilistas cubriéndola de oprobio. Fuese como fuera, el caso despertaba un interés que aumentaba de un día a otro y la curiosidad pública estaba muy excitada. La perspectiva de una boda escandalosa era juzgada indudable para todos. Y si ahora se nos pidieran a nosotros esclarecimientos, no sobre el aspecto nihilístico del asunto —¡oh, eso no!—, pero sí sobre si tal casamiento entraba o no en los propósitos del príncipe, y sobre cuáles eran los deseos reales de éste confesaríamos que nos veríamos en grave dificultad. Sólo podemos decir que el casamiento, en efecto, había sido decidido y que Michkin había descargado el trabajo para cumplir los trámites necesarios en Keller, Lebediev y un amigo presentado al príncipe por Lebediev. Estos hombres tenían orden de no reparar en gastos para abreviar las gestiones. Nastasia Filipovna insistía en que el casamiento tuviese efecto lo antes posible; Keller había suplicado al príncipe que le aceptase como padrino y Michkin accedió a ello; Burdovsky, designado para llenar idénticas funciones cerca de Nastasia Filipovna, las aceptó con entusiasmo, y la boda debía celebrarse a primeros de julio. Pero, aparte esos hechos, de exactitud indiscutible, poseemos otros detalles que nos desconciertan, porque desmienten los primeros. Así, o mucho nos engañamos o, casi inmediatamente de haber dado poderes a Lebediev y a los demás, Michkin olvidó al maestro de ceremonias, a los padrinos y a todo lo concerniente a la boda. Y si se dio tanta prisa en descargarse de aquellas gestiones, tal vez fuese porque deseara olvidarlo todo cuanto antes. ¿Qué cabe pensar, pues? ¿Qué quería recordar y a qué aspiraba? Es indudable, por ende, que ninguna clase de coacción fue ejercida sobre él, ni por parte de Nastasia Filipovna ni por parte de nadie. Cierto que la joven anhelaba un casamiento rápido y que era ella quien lo había propuesto; pero él consintió de buen grado aunque con cierta distracción, como si se tratara de cosa que le fuese indiferente o poco menos. Aun podríamos indicar otros detalles singulares, pero creemos que, lejos de esclarecer las cosas, las tornarían más obscuras. Citaremos, sin embargo, un ejemplo más.

Nos consta de manera indudable que durante aquellas dos semanas el príncipe pasaba los días y las veladas en casa de Nastasia Filipovna. Iban juntos a paseo o a oír el concierto y se los veía a diario en coche. Si se veía privado por una sola hora de la presencia de Nastasia Filipovna, Michkin comenzaba a inquietarse por ella, lo que, con otros indicios, nos lleva a suponer que la amaba sinceramente. Cuando ella le hablaba de un tema cualquiera, él la escuchaba hora tras hora con sonrisa plácida y dulce, sin hablar apenas por su parte. Pero sabemos también que, por entonces, fue varias veces, incluso con frecuencia, a casa de las Epanchinas, sin ocultarlo a Nastasia Filipovna, a quien tal actitud desesperaba. Hasta su marcha de Pavlovsk las Epanchinas se negaron en redondo a recibir a Michkin y no le permitieron ni una sola entrevista con Aglaya. El príncipe, cada vez que era rechazado, se iba sin protestar, y al día siguiente tornaba como si hubiese olvidado su fracaso de la víspera, cosechando, como era natural, otro nuevo. Aún un detalle más ha llegado a nuestro conocimiento y es que, como una hora después de que Aglaya huyera de casa de Nastasia Filipovna, Michkin compareció en casa de Epanchin, sin duda convencido de que encontraría a la joven. Su llegada sumió la casa en consternación, porque Aglaya Ivanovna no estaba allí y las primeras noticias que su familia tuvo de que había salido y visitado a Nastasia Filipovna las dio Michkin. Tenemos entendido que la generala, sus hijas y hasta el príncipe Ch. se mostraron muy duros con Michkin y le declararon, con enojo, que no querían volver a verle en su vida. Lo que más contribuyó a irritarlos contra él fue, sin duda, la súbita intervención de Bárbara Ardalionovna, la cual se presentó diciendo que Aglaya Ivanovna llevaba una hora en su casa, que se encontraba en un estado terrible y que no quería volver al hogar paterno. Esta última noticia, que abrumó a la generala más que todo el resto de la historia, era perfectamente exacta. Cuando salió de entrevistarse con su rival, Aglaya hubiera preferido la muerte a volver a casa de sus padres. Por eso se dirigió a la de Nina Alejandrovna. Varia consideró necesario informar en el acto a Lisaveta Prokofievna. Ésta y sus hijas partieron hacia la casa de Ptitzin, y el general Epanchin hizo lo mismo, después de ellas, cuando llegó de San Petersburgo. Michkin siguió igualmente a las Epanchinas, pese a la ruda despedida de que le hicieron objeto, pero Varia había tomado las medidas precisas para que no pudiera avistarse con Aglaya. Ésta aguardaba inmensos reproches y cuando vio que su madre y hermanas se limitaban a llorar en silencio, se arrojó en sus brazos y tornó con ellas al hogar. Corrió también el rumor de que Gania había querido aprovechar aquellos momentos, a cuyo efecto, mientras su hermana iba a buscar a Lisaveta Prokofievna, él declaró sus sentimientos a Aglaya. Por desolada que ésta se encontrase, rompió a reír al oírle y le hizo una curiosa pregunta: «¿Sería capaz de quemarse un dedo, sometiéndolo a la llama de una bujía, para probarme su amor?». Proposición semejante dejó atónito al joven y

su rostro exteriorizó una perplejidad tan grotesca que Aglaya redobló sus risas y se alejó precipitadamente, dirigiéndose al gabinete de Nina Alejandrovna, donde la encontraron sus padres. Michkin se informó de la anécdota por Hipólito. Éste, que ya no podía levantarse del lecho, envió aviso al príncipe de que lo visitara, sólo para comunicarle aquella novedad. Ignoramos cómo pudo saberla a su vez. Cuando Michkin oyó contar la prueba propuesta a Gania por Aglaya rio también, sorprendiendo no poco al enfermo. Luego comenzó a temblar y se deshizo en llanto. Por aquel entonces su estado general era de extrema inquietud, de penosa agitación debida a causas indefinibles. Hipólito afirmaba sin titubear que el príncipe había perdido la cabeza; pero ello no puede afirmarse con certidumbre.

Al relatar estos hechos sin comentarlos, no tratamos de justificar a nuestro protagonista ante los lectores. Antes bien, nos sentimos inclinados a asociarnos a la hostilidad que su conducta provocaba incluso entre sus amigos. La misma Vera Lebediev estaba indignada, el propio Keller lo estaba también, pese a haber sido nombrado padrino de boda, y en cuanto a Lebediev, su indignación era tal, que le impulsó a ciertas intrigas contra Michkin, como veremos después. Nuestra opinión concuerda en un todo con ciertas palabras llenas de profunda verdad y psicología que pronunció Eugenio Pavlovich en una conversación que tuvo con el príncipe seis o siete días después de la escena acaecida en casa de Nastasia Filipovna. Advirtamos de paso que cuantos, por una u otra causa, frecuentaban la casa de Epanchin, se habían creído en el deber de concluir sus relaciones con el príncipe. Ch., por ejemplo, ni le saludaba, y si se cruzaba con él volvía el semblante. Pero Pavlovich no vaciló en comprometerse visitando a Michkin, aun cuando las Epanchinas le acogían a la sazón con más acusada cordialidad que antes. Pero él no fue a casa de Michkin sino al día siguiente de haber la familia Epanchin abandonado Pavlovsk. Radomsky sabía bien los rumores que circulaban, y acaso él mismo hubiese contribuido en parte a divulgarlos. El príncipe, muy satisfecho al verle, le preguntó por las Epanchinas. Tan franca manera de abordar las cosas hizo que Radomsky resolviera explicarse sin ambages. Michkin ignoraba todavía la marcha de los Epanchin. La noticia impresionóle mucho. Palideció, movió la cabeza con talante pensativo y dijo, al cabo de un momento, que aquello «era lo lógico». Luego preguntó adónde se había trasladado la familia.

Eugenio Pavlovich le miraba con atención, sorprendido de la sencillez y el interés con que su interlocutor le interrogaba. La extraña franqueza del príncipe, su agitación, su inquietud, le impresionaban aún más. Satisfizo, complaciente, la curiosidad de Michkin, quien desconocía muchas cosas sobre las Epanchinas. Eugenio Pavlovich era la primera persona que le daba noticias de ellas. A la sazón relató que Aglaya había estado enferma y que durante tres noches tuvo una alta fiebre que le impedía dormir ni un solo momento. Ahora estaba aliviada y fuera de peligro, pero se encontraba muy nerviosa e

histérica…

—Y todavía hay que celebrar que haya paz en la casa. Tanto en presencia de Aglaya como en ausencia de ésta, todos evitan la menor alusión al pasado. Los padres han tratado de un posible viaje al extranjero, adonde la familia iría en otoño, después de la boda de Adelaida. Aglaya ha acogido en silencio las primeras indicaciones que le han formulado.

Era posible que Radomsky se fuese también al extranjero. El príncipe Ch. pensaba hacer un viaje de dos meses con Adelaida si sus ocupaciones se lo permitían. El general pensaba quedarse en Rusia. Ahora los Epanchin se habían trasladado a su finca de Kolmino, situada a veinte verstas de San Petersburgo y donde poseían una vasta casa solariega. La princesa Bielokonsky no había marchado a Moscú todavía. Dijérase que aplazaba su viaje deliberadamente. Lisaveta Prokofievna había insistido mucho en abandonar Pavlovsk, asegurando que era imposible continuar allí después de lo sucedido. El propio Eugenio Pavlovich transmitía diariamente a la generala los rumores que circulaban por la población. No se había juzgado oportuno trasladarse a la villa que poseían en Ielaguin.

—Y usted reconocerá, querido príncipe —añadió el narrador—, que era imposible continuar aquí, especialmente teniendo en cuenta que nadie ignora la actitud de usted, a pesar de la cual usted va a diario a llamar a la puerta del general, sin inmutarse por las negativas que recibe…

—Sí, sí, sí, tiene usted razón —repuso el príncipe, moviendo la cabeza—. Pero yo deseaba ver a Aglaya Ivanovna…

Radomsky se animó repentinamente.

—Y entonces, querido príncipe, ¿cómo ha permitido que sucediesen todas esas cosas? —preguntó en un arranque—. Ya sé que estaba usted muy lejos de esperar tales complicaciones. Reconozco que tuvo usted motivo para perder la cabeza y que el retener a esa loca muchacha era superior a sus fuerzas. Pero también debió haber comprendido los serios sentimientos que ella albergaba hacia usted. Ella no quería compartirlo con otra, y usted… usted ha sacrificado un tesoro tan valioso…

—Sí, sí, sí, tiene usted razón. Confieso mi culpa —dijo Michkin, muy afligido—. Pero sólo Aglaya consideraba a Nastasia Filipovna del modo que lo hacía. Nadie más la ha considerado así.

—Lo que hay en todo esto de exasperante es que no encierra nada serio —replicó con vivacidad Eugenio Pavlovich—. Perdóneme, príncipe, pero… He pensado mucho en esto, conozco todos los antecedentes del asunto, me consta cuanto viene sucediendo desde hace seis meses… y le afirmo que en ello no había el menor elemento de seriedad. Todo ha sido imaginación, espejismo,

fantasía, y sólo los vivos celos de una muchacha inexperta han podido tomar tales cosas en serio.

Y entonces, sin andarse con rodeos, Eugenio Pavlovich dio libre curso a su indignación, analizando con mucha lucidez y —repitámoslo— con rara penetración psicológica la conducta del príncipe respecto a Nastasia Filipovna. Radomsky poseía siempre dotes de palabra, pero esta vez casi se manifestó elocuente.

—Desde el principio —declaró— empezó usted a vivir entre una serie de falsedades. Lo que empieza por mentira debe concluir con mentira; tal es la ley de la naturaleza. No admito que se le califique de idiota, príncipe, y no sólo no lo admito, sino que ello me indigna; pero convendrá usted conmigo en que es hombre de una originalidad excepcional. A mi juicio, todo lo acontecido se debe, en primer lugar, a lo que yo llamaría su inexperiencia innata (advierta que le digo innata, príncipe) y después, a su extraordinaria ingenuidad, a su fenomenal falta de ponderación (que usted mismo ha reconocido más de una vez) y a una enorme cantidad de convicciones intelectuales y ficticias que usted, a pesar de su sinceridad poco común, ha tomado y toma por verdaderas, naturales, intuitivas e inmediatas. Confiese, príncipe, que su modo de proceder con Nastasia Filipovna tuvo desde el comienzo un cierto matiz que llamaremos, para abreviar, «convencionalmente democrático», o, para abreviar más aún, calificaremos de influido por las polémicas de la «cuestión feminista». Conozco al detalle la escena absurda y escandalosa que se produjo en casa de Nastasia Filipovna cuando Rogochin se presentó a ofrecerle dinero. Si me lo permite, le diré cuánto pasó por el alma de usted, príncipe, le haré ver la imagen de sus reacciones como en un espejo. Desde su adolescencia, en Suiza, usted suspiraba por su patria, una patria desconocida que era la meta de todas sus aspiraciones. Usted leyó allí muchos libros sobre Rusia, obras notables quizá, pero que le fueron perniciosas. Desde que usted comenzó a dar sus primeros pasos en el suelo natal, despertaron en usted impacientes necesidades de actividad. Y he aquí que en aquel mismo día le cuentan la triste y emocionante historia de una mujer ultrajada. Usted es un caballero, un hombre inmaculado… y se trata de una mujer. El mismo día la conoce y su belleza fantástica y diabólica (porque reconozco que es muy bella) le subyuga. Añada a eso los nervios, añada la epilepsia, añada el deshielo de San Petersburgo, que trastorna todo el sistema nervioso, añada una jornada transcurrida en una ciudad casi fantástica y extraña para usted, y una jornada, por cierto, tan movida, tan llena de encuentros inesperados y de incidentes imprevistos (entre ellos el conocimiento con la familia Epanchin, y sobre todo con Aglaya Ivanovna); añada, en fin, la fatiga, el vértigo, el salón, y… Dígame francamente: ¿qué podía usted esperar de sí mismo en un momento tal, bajo el influjo de semejantes circunstancias?

El príncipe comenzó a ruborizarse.

—Sí, sí —admitió, moviendo otra vez la cabeza—. Sí; eso fue, poco más o menos. Además, ¿sabe?, llevaba cuarenta y ocho horas de viaje, y había pasado dos noches en el tren sin dormir. Estaba exhausto y fuera de mí.

—Claro. ¿A qué conclusión quiero llevarle si no a esta? —continuó Radomsky, acalorándose—. Es indudable que usted acogió con verdadera embriaguez, por decirlo así, la ocasión de manifestar públicamente que usted, hombre puro, usted, de una familia de príncipes, no consideraba deshonrada a una mujer que se había pervertido sin culpa propia, sino por la de un repugnante libertino del gran mundo. ¡Es cosa muy comprensible, Dios mío! Pero aquí no se trata de eso, príncipe, sino de saber si su sentimiento es auténtico, justo, natural o una mera exaltación de su cerebro. Veamos: usted sabe que en el templo se perdonó a una mujer semejante. ¡Pero no se le dijo que hubiera hecho bien, que fuese digna de todos los honores y respetos! Y en los seis meses transcurridos, ¿no le ha probado su sentido común, príncipe, el verdadero estado de las cosas? Que ella sea inocente, lo concedo, o al menos no lo discuto; pero ¿acaso sus peripecias pueden justificar su orgullo insoportable y diabólico, su egoísmo insaciable e insolente? Perdone, príncipe, si empleo expresiones un tanto fuertes, pero…

—Sí: todo ello es posible; quizá tenga usted razón —murmuró Michkin Filipovna está muy irritada y… sin duda tiene usted razón. Sin embargo…

—Merece compasión, ¿verdad? ¿No es eso lo que quiere usted decir? Pero ¿era justo compadecerla y para demostrarlo afrentar a otra mujer, a una joven bien nacida y pura, humillándola bajo esos ojos altaneros, bajo esos ojos rencorosos? En tal caso, ¿hasta dónde puede llegar la piedad? ¿No le parece una increíble exageración? Y, si se ama a una muchacha, ¿cree usted que se la puede humillar de tal modo ante una rival, abandonarla por la otra en presencia de la misma, incluso después de haber pedido su mano? Porque usted pidió su mano en presencia de sus padres y hermanas. Perdóneme, pues, una pregunta, príncipe: ¿puede usted considerarse un hombre de honor después de eso? ¿No ha engañado usted a esa divina joven al asegurarle que la amaba?

—Sí, sí, tiene usted razón; me reconozco culpable —declaró Michkin con infinito disgusto.

—Pero, basta —acrecentó Radomsky, indignado—; basta de exclamar: «¡Soy culpable!». Usted se confiesa culpable, pero se obstina en obrar mal. ¿Dónde está su corazón, ese corazón tan «cristiano»? Usted vio el rostro de Aglaya Ivanovna en aquel momento. ¿Sufría acaso menos que la otra, que la suya? ¿Cómo no lo vio, y cómo, si lo vio, no hizo nada para impedir lo que sucedía? ¿Cómo?

—Hice todo lo que pude… —articuló Michkin, verdaderamente confuso.

—¿Todo lo que pudo?

—Se lo aseguro. Aún no he comprendido cómo ocurrió aquello. Yo… yo salí corriendo detrás de Aglaya Ivanovna, pero Nastasia Filipovna se desmayó y después no me han permitido acercarme a Aglaya Ivanovna.

—No importa. Debió usted seguir a Aglaya Ivanovna aun viendo a la otra desvanecida.

—Sí, sí, debí hacerlo… pero ello hubiese costado la vida a una mujer. Se habría matado. ¡Usted no la conoce! Yo, de poder, hubiese explicado las cosas a Aglaya Ivanovna, y… Observo, Eugenio Pavlovich, que no lo sabe usted todo. Dígame: ¿por qué no me permiten ver a Aglaya Ivanovna? Yo podría explicarle… Todo lo que pasó fue que surgió un equívoco entre las dos y por eso las cosas tomaron aquel rumbo. No acierto a explicárselo a usted, pero sí lo sabría explicar a Aglaya. ¡Dios mío, Dios mío! Me hablaba usted de su rostro en el momento que huyó. ¡Si supiera cómo lo recuerdo! ¡Vamos, vamos!

Y Michkin, alzándose de repente, comenzó a tirar de la manga de Eugenio Pavlovich.

—¿Adónde?

—A casa de Aglaya Ivanovna… ¡En seguida!

—Acabo de decirle que no está en Pavlovsk. Y, además, ¿para qué?

—Me comprenderá, me comprenderá… —balbucía Michkin, juntando las manos, como para suplicar a su interlocutor—. Comprenderá que no ha sido eso, sino otra cosa muy diversa…

—¿Muy diversa? ¿No va usted a casarse? Luego persiste usted… ¿Se casa o no?

—Sí, me caso, me caso…

—Y entonces, ¿cómo dice que no es eso?

—¡No es eso, no lo es! ¿Qué importa que me case? ¿Qué significa que me case?

—¿No significa nada? Pues a mí no me parece una bagatela. Se casa usted para hacer la felicidad de una mujer a quien ama, Aglaya Ivanovna lo ve y lo sabe, ¿y dice usted que eso no significa nada?

—¿Para hacer su felicidad? Me caso, a secas, porque ella lo quiere, pero el que me case, ¿qué tiene que ver con…? No, ello no significa nada. Si no me casara con ella, Nastasia Filipovna moriría, estoy seguro. Ahora comprendo que su boda con Rogochin sería una locura. Comprendo muchas cosas que

antes no he sabido comprenderlas. Mire: aquel día, cuando estaban las dos frente a frente, no pude soportar la visión del semblante de Nastasia Filipovna. Antes ha dicho usted la verdad acerca de la velada que pasé en el salón de Nastasia Filipovna, pero ha omitido usted un detalle que ignora: que yo había mirado su cara. Por la mañana, viendo el rostro de esa mujer, no pude soportarlo ya. Vera… Vera Lebedievna tiene unos ojos muy diferentes… ¡Tengo miedo de ese rostro! —añadió presa de infinito espanto.

—¿Miedo?

Michkin palideció y repuso en voz baja:

—Sí. ¡Está loca!

—¿Lo sabe usted positivamente? —inquirió Radomsky con extraordinaria curiosidad.

—Positivamente. Ahora estoy seguro. He adquirido en estos días la certeza absoluta…

—¿Y quiere usted labrar su propia desgracia? —exclamó Radomsky, aterrado—. ¿Se casa usted por temor? Es imposible comprenderlo. ¿No la ama?

—Sí, la amo con todo mi corazón. Es… una niña. Actualmente es una verdadera niña. ¡Qué sabe usted!

—¿Pues no dice, príncipe, que ama a Aglaya Ivanovna?

—¡Sí, sí!

—Reflexione un poco. Hágase cargo…

—Yo, sin Aglaya… ¡Necesito verla a toda costa! No tardaré en morir cualquier noche, mientras duermo. Creí incluso morir esta noche última… ¡Si Aglaya supiese, si lo supiese todo!… Quiero decir absolutamente todo. Porque en este asunto lo primero es saberlo todo sin excepción. ¿Por qué no podremos nunca saberlo todo sobre alguien cuando delinque, cuando es culpable? En fin, no sé lo que digo, he perdido el hilo de mis ideas… Me ha asestado usted un golpe terrible. ¿Es posible que Aglaya conserve aún el mismo rostro que cuando huyó? Sí, mía es la culpa. Probablemente toda la falta está en mí. No sé aún a punto fijo de lo que soy culpable, pero lo soy… Hay algo que no puedo explicarle, Eugenio Pavlovich… No encuentro las expresiones justas, pero… Aglaya Ivanovna me comprendería. Siempre he creído que me comprendería…

—No, príncipe, no le comprendería. Aglaya Ivanovna amaba como una mujer, como un ser humano y no como… un espíritu puro. ¿Sabe usted una cosa, pobre amigo mío? Pues es que, a mi juicio y según todas las apariencias,

no ha amado usted nunca a ninguna de las dos.

—No sé, no sé… puede ser… Tiene usted razón en muchas cosas, Eugenio Pavlovich… Es usted extraordinariamente inteligente, Eugenio Pavlovich. Ya empieza a dolerme la cabeza otra vez… ¡Vamos a su casa! ¡Vamos, por amor de Dios! ¡Por amor de Dios!

—Ya le he dicho que no está en Pavlovsk, sino en Kolmino.

—Vámonos a Kolmino. ¡En seguida!

—¡Es imposible! —dijo rotundamente Eugenio Pavlovich, levantándose.

—Escuche: voy a escribir una carta. Y usted me la llevará.

—No, príncipe, no. Excúseme de semejantes comisiones. No puedo encargarme de eso.

Y se separaron. Aquella visita dejó extrañas impresiones en el ánimo de Radomsky. A su juicio, Michkin tenía el cerebro algo perturbado. «¿Qué quiere decir con ese rostro al que tanto teme y por el que está tan subyugado? Y el caso es que a la vez es posible que se muera de tristeza por haber perdido a Aglaya, sin que ésta llegue tal vez a saber nunca lo mucho que la ama. ¡Ja, ja! ¿Cómo es posible amar a dos mujeres? ¿Dos amores diferentes? Es curioso… ¡Pobre idiota! ¿Qué va a ser de él ahora?».

X

Michkin no murió antes de su boda, ni durante el sueño, como predijera a Radomsky. Cierto que dormía mal y con pesadillas; pero por el día, en su trato con la gente, parecía hallarse bien, e incluso contento, aunque, cuando quedaba solo, se tomaba muy pensativo. Se apresuraron los preparativos del casamiento, que debía efectuarse unos ocho días después de la visita de Radomsky. Al ver aquella prisa, los mejores amigos de Michkin (suponiendo que fuesen tales) debían haber comprendido la inutilidad de sus esfuerzos para «salvar» al pobre loco. Incluso circuló el rumor de que Epanchin y su mujer habían intervenido en algún modo en la visita de Eugenio Pavlovich a Michkin. Pero si los esposos Epanchin, en virtud de su mucha bondad, querían esforzarse en evitar la pérdida del desgraciado insensato, les fue forzoso atenerse a aquella única y débil tentativa, porque ni su posición, ni acaso, como era natural, sus sentimientos les permitían ir más lejos en aquel camino. Ya dijimos que el príncipe encontraba hostilidad hasta en quienes le trataban más de cerca. Vera Lebediev se contentaba con llorar cuando se hallaba a solas con él, pero permanecía más en sus propias habitaciones e iba mucho menos

que antes a las del príncipe. Entre tanto, Kolia cumplía sus postreros deberes con su padre, quien falleció tras un segundo ataque sobrevenido a los ocho días del primero. Michkin participó sinceramente en el dolor de los Ivolguin. Asistió al entierro del general y en los días sucesivos hizo largas visitas a Nina Alejandrovna. No faltó quien notara que su aparición en la iglesia con motivo del funeral había provocado muchos cuchicheos entre los concurrentes. Lo mismo sucedía en el parque o en los paseos cuando comparecía en ellos, ora en coche o a pie. Siempre que se le veía se pronunciaba a media voz su nombre y el de Nastasia Filipovna. Se buscó a ésta entre los asistentes a la ceremonia fúnebre, pero no estaba. La señora Terentieva no acudió al entierro. Lebediev supo arreglarse para hacerla quedarse en su casa. El oficio fúnebre produjo en Michkin un efecto penoso. Lebediev lo advirtió y en la misma iglesia le preguntó los motivos de su emoción. El príncipe repuso en voz baja que aquélla era la primera vez que asistía a un entierro según el ceremonial ortodoxo. A lo sumo recordaba haber presenciado siendo muy niño una ceremonia análoga en una iglesia de aldea.

—Sí; parece mentira que ese hombre que yace en el ataúd sea el mismo que hace tan poco tiempo presidió nuestra reunión. ¿Se acuerda? —dijo Lebediev en voz baja—. Pero ¿qué busca usted?

—Nada; me había parecido…

—¿Miraba a Rogochin?

—¿Es que está aquí?

—Sí; en la misma iglesia.

—Me parecía, en efecto, haber visto sus ojos —murmuró el príncipe con agitación—, pero ¿cómo está aquí? ¿Le han invitado?

—No se ha pensado en ello siquiera. La familia del difunto no le conocía. Ha entrado como muchos otros, mezclado con la gente. ¿Por qué le extraña? Yo suelo encontrarle a menudo. La semana pasada le vi cuatro veces en Pavlovsk.

—Yo no le he hallado… ni una sola vez desde entonces… —balbució Michkin.

Y como Nastasia Filipovna no le había hablado tampoco de que hubiese visto a Rogochin, el príncipe concluyó que Parfen Semenovich, fuese por la causa que fuera, procuraba ocultarse. Todo el día estuvo Michkin muy pensativo. En cambio, Nastasia Filipovna exteriorizó viva alegría.

Kolia, que se había reconciliado con Michkin ya antes de la muerte del general Ivolguin, le propuso, dada la urgencia del caso, nombrar padrinos de boda a Keller y Burdovsky. Respondía de la buena conducta del primero, e

incluso opinaba que podría «ser útil». La elección de Burdovsky, hombre tranquilo y modesto, no despertó ninguna objeción. Nina Alejandrovna y Lebediev hicieron notar a Michkin que, ya que estaba resuelto a casarse, al menos no debía hacerlo en Pavlovsk, entonces lleno de veraneantes. ¿No valía más que los futuros esposos recibiesen la bendición nupcial en cualquier capilla privada de San Petersburgo? Michkin comprendió la segunda intención que ocultaban tales palabras, pero repuso que aquella boda con tanta publicidad era deseo formal de Nastasia Filipovna. Al día siguiente, Keller, informado de su designación como padrino, visitó al príncipe. Se detuvo en el umbral de la habitación y alzando la mano derecha como para prestar juramento, declaró:

—¡No beberé una sola gota!

Luego se acercó a su amigo, estrechóle ambas manos calurosamente y le dijo que él había visto al principio con malos ojos aquel proyectado enlace, no recatándose de proclamarlo así en billares y tabernas. Pero si era hostil a tal matrimonio debíase sólo a que había soñado para su amigo algo mucho mejor, esperando verle desposarse con la princesa de Rohan, o al menos de Chabot. Mas ahora reconocía que el príncipe pensaba con una nobleza doce veces mayor que «todos nosotros juntos». Porque no anhelaba la pompa, la riqueza ni aun el honor, sino sólo la verdad. Las inclinaciones de los altos personajes eran bien conocidas y el príncipe estaba harto altamente situado por su educación para no ser, en general, un alto personaje.

—Pero toda la canalla, toda la chusma, es de otra opinión. En la población, en las casas, en las reuniones, en los hoteles, en los conciertos, en los despachos de bebidas, en las salas de billar, no se habla más que del inminente acontecimiento y todos se muestran escandalizados. Incluso he oído decir que se quiere organizar una cencerrada bajo sus ventanas la primera noche. Si necesita usted, príncipe, la pistola de un hombre honrado, estoy dispuesto a disparar media docena de tiros como un caballero antes de la mañana siguiente a su boda.

Temiendo, además, una formidable invasión de bocas sedientas al finalizar la ceremonia, Keller propuso, de adehala, que se colocase una manga de riego en el patio para hacer frente a la situación. Lebediev votó en contra de la propuesta, asegurando que el resultado de ello sería que los ofendidos destruyesen su casa.

—Lebediev conspira contra usted, príncipe —aseguró Keller, confidencial —. Se propone hacerle someter a tutela como un demente y privarle del uso de su libre voluntad y de su dinero, es decir, de las dos cosas que diferencian al hombre de un cuadrúpedo cualquiera. ¿Qué le parece? Es la pura verdad. Lo sé de buena tinta.

Ya había llegado antes a oídos del príncipe un rumor semejante que, naturalmente, se resistió a creer. Esta vez rio oyendo las palabras de Keller y las olvidó en seguida. Era cierto, sin embargo, que Lebediev llevaba cierto tiempo maquinando algún plan. Los proyectos de aquel hombre, hijos de una inspiración fecunda, presentaban siempre un superfluo lujo de complicaciones y por eso rara vez abocaban a un desenlace feliz. Cuando, más tarde, confesó sus tramas al príncipe (pues era costumbre invariable en él la de hacer confesión completa de sus intrigas en cada fracaso), le dijo que había nacido poseyendo las facultades de un Talleyrand y que no comprendía cómo se había quedado en un simple Lebediev. Michkin escuchó con vivo interés el relato de los manejos del funcionario. Éste había empezado por buscar para sus propósitos la protección de elevadas personalidades, y antes que a nadie visitó, al efecto, al general Epanchin. Este último no supo qué decirle. Por mucho que desease sinceramente el bien de «aquel joven», por mucha «buena voluntad que tuviera de salvarle», en este caso concreto, según afirmó, las conveniencias le impedían intervenir. Lisaveta Prokofievna no quiso ni recibir al visitante. Eugenio Pavlovich y el príncipe Ch. se limitaron a hacerle ademán de que se fuera. Sin desanimarse por aquellas dificultades, Lebediev consultó a un jurisconsulto experto, anciano respetable, de quien era amigo, y que en cierto modo le protegía. La opinión de este señor fue que el propósito era muy posible de realizar, siempre que se hallasen testigos acreditatorios de la demencia del príncipe y se obtuviese, sobre todo, la ayuda de personalidades eminentes. Esta respuesta devolvió su confianza a Lebediev, y entonces un día llevó un médico para que reconociese a Michkin. El doctor era también un anciano respetable, que ostentaba la Orden de Santa Ana. El médico, a la sazón de veraneo en Pavlovsk, iba a tantear el terreno y sondear el estado mental del paciente antes de someterle a un examen facultativo propiamente dicho. Cuando llegó esta visita, Michkin se acordó de que el día antes Lebediev se obstinaba en considerarle enfermo, pero él había rehusado llamar médico alguno. No obstante, el funcionario compareció con uno al día siguiente, como por casualidad.

—Venimos de casa de Hipólito Terentiev, que está muy mal —declaró hipócritamente Lebediev—, y el doctor me ha acompañado para darle informes sobre el doliente.

Michkin aprobó la conducta de Lebediev y acogió al médico con extrema amabilidad. La conversación giró primero en torno a Hipólito. El visitante se interesó por saber los detalles del intento de suicidio del joven y el relato y explicaciones que Michkin le dio le atrajeron en alto grado. Luego hablaron del clima de San Petersburgo, de la enfermedad del príncipe, de Suiza, de Schneider. Cuanto dijo el presunto demente, en especial acerca del sistema terapéutico del doctor suizo, cautivó de tal modo la atención del veterano médico, que éste prolongó su visita durante dos horas. Michkin le hizo fumar

excelentes cigarros y Lebediev aprontó un licor exquisito, que pidió a Vera. Viendo a la joven, el médico, hombre casado y con hijos, le dirigió algunos cumplidos que excitaron profunda indignación en la muchacha. Todos se despidieron como buenos amigos. Después de separarse del príncipe, el doctor dijo a Lebediev: «Si a personas así se las pone bajo tutela, ¿dónde iríamos a buscar los tutores que necesitan?». Lebediev alegó, desolado, el terrible matrimonio que su amigo se proponía realizar, y el médico, moviendo la cabeza maliciosamente, declaró que semejantes bodas distaban mucho de ser raras, aparte que la futura, según sus noticias, era seductora y de una extraordinaria belleza, lo que bastaba para explicar el interés de un hombre que, por ser rico, no necesitaba una novia en buena posición. Además, ella, merced a las liberalidades de Totzky y de Rogochin, poseía dinero, perlas, diamantes, ropas valiosas, muebles… Por consecuencia, no era un mal partido, y a juicio del médico, semejante elección, lejos de denotar estupidez en aquel amable príncipe, indicaba que poseía una inteligencia muy clara, práctica y calculadora. Tal opinión anonadó a Lebediev, quien suspendió su gestión definitivamente. Después se confesó al príncipe y le aseguró que desde aquel momento estaba dispuesto a verter por él hasta la última gota de su sangre.

En aquellos últimos días Michkin recibió frecuentes recados de Hipólito para que pasase a verle. Los Terentiev habitaban una casita no lejana a la residencia de Lebediev. En el campo, los hermanos menores de Hipólito no tenían que sufrir tanto como en la ciudad los malos humores del enfermo, porque disponían del recurso de huir al jardín, pero la pobre viuda del capitán era esclava y víctima de su hijo. Michkin veíase obligado a reconciliarlos todos los días, ocupación que le granjeaba el desprecio de Hipólito, quien seguía apodándole su «niñera». Hipólito quejábase mucho de Kolia, el cual ocupado primero con la enfermedad y muerte de su padre, y después de permanecer más tiempo junto a Nina Alejandrovna, veíase obligado a desatender a su amigo. Finalmente, el enfermo inició algunas bromas sobre el matrimonio de Michkin, y las llevó tan adelante que el príncipe, sintiéndose herido en lo más vivo, dejó de visitarle. Dos días después, la señora Terentiev acudió a su casa y con lágrimas en los ojos le pidió que fuese a ver a su hijo, porque éste, si no, era capaz de matarla. Añadió que el doliente quería revelar un gran secreto a Michkin. Michkin, pues, accedió a los deseos de la viuda. Hipólito declaró su deseo de reconciliarse con el príncipe, se deshizo en lágrimas y, naturalmente, se sintió después muy enojado, si bien no se atrevió a exteriorizar su ira. El joven se hallaba muy mal y, según las apariencias, le quedaban escasos días de vida. No reveló secreto alguno, limitándose a exhortar a Michkin a que «tuviese cuidado con Rogochin», quien era un hombre incapaz de ceder en nada, una persona que no se parecía al príncipe, un individuo que cuando se decidía a una cosa «la ejecutaba sin vacilar», etc. Michkin quiso ser más concretamente informado, multiplicó las preguntas y

trató de obtener detalles precisos, pero Hipólito no pudo citar hecho alguno, ya que todo lo que pensaba se reducía a sensaciones e impresiones personales. En resumen, se dio la satisfacción de infundir en el príncipe un extremo espanto. Michkin sonrió al comienzo cuando Hipólito le dijo: «Debía usted irse al extranjero. En todas partes hay sacerdotes rusos que podrán casarlos»; pero el enfermo agregó después: «Me preocupa sobre todo Aglaya Ivanovna. Rogochin sabe cuánto la ama usted. Y ya que usted le ha quitado a Nastasia Filipovna, es seguro que matará a Aglaya Ivanovna. ¡Amor por amor! Aunque usted haya renunciado a ella. ¿Verdad que le dolería mucho una cosa así?». Michkin se retiró trastornado. El enfermo había conseguido su finalidad.

Tal conversación tuvo lugar la víspera de la boda. Aquella noche el príncipe y Nastasia Filipovna se vieron por última vez antes de la ceremonia nupcial. La joven, lejos de estar en condiciones de tranquilizar a su comprometido, no hacía, desde varios días atrás, sino agitarle más aún de lo que estaba. Hasta entonces solía preocuparse ante todo de entretenerle, de alegrarle; le contaba historias regocijantes y hasta cantaba para él. Michkin, generalmente, parecía escucharla con mucho placer y hasta reía de todo corazón viendo el calor y entusiasmo que ella ponía en sus palabras cuando estaba en vena, lo que sucedía a menudo. Nastasia Filipovna comprobaba su capacidad para distraer y alegrar a Michkin y se sentía orgullosa de su éxito. Pero ahora se mostraba de hora en hora más melancólica y pensativa. Michkin tenía ciertas ideas preconcebidas sobre aquella mujer, y, de no ser por eso, todo a la sazón le hubiese parecido en ella enigmático e incomprensible. Creía posible de buena fe que ella reviviera. No había mentido al decir a Radomsky que la amaba sinceramente. Aquel amor era como el que inspira un niño caprichoso y enfermo: se le quiere porque es imposible abandonarle a sí mismo. Pero a Michkin no le placía comentar con nadie los sentimientos que le inspiraba su futura esposa, ni aun cuando se veía forzado a hacerlo. Nastasia Filipovna y él no hablaban de amor jamás, como si hubieran prescindido de aquella palabra de mutuo acuerdo. Su conversación, aunque alegre y animada, no tenía nada de íntima. Cualquier extraño podía participar en ella. Daría Alexievna contó más tarde que en aquella época le era delicioso contemplarlos.

Merced a su modo de considerar el estado moral y mental de su prometida, Michkin se sentía hasta cierto punto libre de otras preocupaciones. Ella era ahora una mujer absolutamente distinta de la que él conociera tres meses antes. A la sazón, por ejemplo, le sorprendía verla anhelar la boda con tanta impaciencia cuando antes lloraba de ira y le colmaba de reproches, de maldiciones, cuando le proponían casarse. «Eso —pensaba el príncipe— prueba que ahora no cree, como antes, que hará mi desgracia casándose conmigo». Un cambio tan brusco no le parecía natural. Tal confianza en sí misma no podía deberse únicamente a su odio por Aglaya. Suponerlo hubiera

sido injuriar la profundidad de los sentimientos de su prometida. ¿Habría ésta adoptado su resolución por temor a la suerte que le esperaba casándose con Rogochin? Todas aquellas causas y otras aún podían haber influido en su actitud, pero la conclusión que aceptó Michkin como más probable era la que desde hacía tiempo presumía: que aquella pobre alma enferma estaba alcanzando ya el límite de lo que podía soportar. Semejante explicación no era, en verdad, como de molde para serenar a Michkin. A veces él hacía los mayores esfuerzos para no pensar en nada. Dijérase que consideraba su matrimonio como una formalidad sin importancia y la felicidad de su vida como una cosa de la que no tuviese tiempo en ocuparse. Eludía en lo posible conversaciones como la que mantuviera con Radomsky, sintiéndose incapaz de rebatir ciertas objeciones. Advertía, por otra parte, que Nastasia Filipovna se daba muy buena cuenta de lo que Aglaya Ivanovna representaba para él. La joven callaba siempre al respecto, pero cada vez que le sorprendía en el momento en que él se preparaba a ir a casa de Epanchin, sus ojos revelaban claramente sus sentimientos íntimos. El día en que se informó de la marcha de aquella familia, Nastasia Filipovna se manifestó radiante.

Por poco observador y clarividente que fuese el príncipe, no pudo dejar de pensar con disgusto que Nastasia Filipovna había buscado el modo de dar un escándalo a fin de que Aglaya se marchase de Pavlovsk. Ella, en efecto, se complacía en hacer hablar de su boda, con la deliberada idea de que se comentase en la localidad, vejando así a Aglaya Ivanovna. Era difícil encontrarse con las Epanchinas, pero un día que Nastasia Filipovna paseaba con Michkin se arregló de modo que el coche cruzara ante las ventanas de la casa del general. Michkin experimentó una terrible sorpresa, pero, como siempre le sucedía, sólo reparó en ello muy tarde, cuando ya el carruaje había rebasado la casa. No dijo nada, pero el lance le costó dos días de enfermedad. Nastasia Filipovna no repitió la experiencia. En los días inmediatamente anteriores al matrimonio, parecía muy preocupada. Acababa librándose siempre de su tristeza, pero incluso su alegría era menos expansiva que en el pasado. Michkin redoblaba sus atenciones con ella. Le asombraba que su futura no hablase nunca de Rogochin. Un día, cinco antes de la boda, Daría Alexievna acudió a pedirle que visitara a Nastasia Filipovna, pues ésta se encontraba bastante mal. Michkin la encontró en un estado que no difería en nada de la locura. Gritaba, estremecíase, repetía sin cesar que Rogochin estaba oculto en el jardín y que ella acababa de verle; que llegaría por la noche y la asesinaría… No se calmó en toda la jornada. Aquella noche, el príncipe pasó a ver a Hipólito por unos momentos y la madre del enfermo le contó que, habiendo estado en San Petersburgo por asuntos privados, Rogochin la había visitado en su casa y pedídole noticias de Pavlovsky. El príncipe le rogó que precisase la hora y resultó que Rogochin estaba en casa de la viuda del capitán en el mismo momento en que Nastasia Filipovna creía verle en su jardín. Todo

había sido alucinación. Para cerciorarse mejor, Nastasia Filipovna visitó a la Terentiev y la narración de ésta la tranquilizó por completo.

La víspera de la boda, al despedirse Michkin de la joven, la dejó bastante animada. La modista le había enviado desde San Petersburgo el atavío nupcial, el traje de boda, el velo… Michkin no esperaba verla tan ocupada en aquellos preparativos. Alabó la belleza de todo y los elogios que hizo de cada detalle alegraron a Nastasia Filipovna todavía más. Pero no supo ocultar por qué se ocupaba tanto en la esplendidez de su atuendo: había oído decir que la gente criticaba mucho que algunos malintencionados preparaban una cencerrada con acompañamiento de música, que se habían compuesto coplas de circunstancias y que todos animaban en mayor o menor escala aquellos propósitos. Pues bien, ya que se pretendía humillarla quería levantar la cabeza con más altivez que nunca, asombrar a todos con la riqueza y elegancia de su atavío. «¡Qué silben y griten si se atreven!». Y los ojos de Nastasia Filipovna fulgían, airados. Además, tenía otro motivo que guardaba secreto: presumía que Aglaya Ivanovna, o al menos alguna persona enviada por ella, asistiría a la ceremonia de incógnito, o mezclada con la gente, y quería prevenir tal eventualidad. Tales pensamientos la absorbían por completo cuando Michkin se separó de ella a las once de la noche. Pero aún no habían dado las doce cuando Daría Alexievna se presentó en casa de Michkin para comunicarle que Nastasia Filipovna era víctima de una violenta crisis de nervios. Cuando él llegó, la joven, encerrada en su dormitorio y presa de un ataque, lloraba desesperadamente. Le hablaron a través de la puerta. Durante largo rato se negó a atenderlos. Al fin abrió, pero sólo consintió en recibir a Michkin. En cuanto éste entró, ella, tras cerrar la puerta, se arrodilló ante él. Así al menos lo contó, más tarde Daría Alexievna, cuyos ojos curiosos lograron atisbar parte de la escena.

—¿Qué voy a hacer de ti, qué voy a hacer de ti? —exclamó la joven abrazándole las piernas.

Michkin pasó una hora entera a su lado. Ignoramos de lo que hablaron en tal entrevista. Según Daría Alexievna se separaron muy amistosos y felices. Aún envió Michkin aquella noche a pedir noticias de su prometida. Sólo pudieron contestarle que dormía ya. Por la mañana, antes de que ella despertase, llegaron otros dos enviados de Michkin para pedir noticias. El tercer enviado volvió con la respuesta siguiente:

—Nastasia Filipovna está rodeada de un enjambre de modistas y peinadoras llegadas de San Petersburgo: no se ocupa más que en sus ropas de boda, y se le ha pasado todo lo de ayer. En este momento se celebra consejo extraordinario para decidir qué diamantes va a llevar y en qué forma va a ponérselos.

Semejantes informes tranquilizaron al príncipe. En cuanto al suceso que se produjo el día de la boda, he aquí cómo lo cuentan las personas bien informadas y dignas de crédito.

La ceremonia nupcial se había señalado para las ocho de la noche. Nastasia Filipovna estaba preparada desde las siete. A partir de las seis los curiosos empezaron a apiñarse en torno a la casa de Lebediev y, más aún, en torno a la de Daría Alexievna. Hacia las siete, la iglesia estaba llena ya. Vera Lebedievna y Kolia se sentían muy inquietos por el príncipe y ambos tenían no poco quehacer en la casa de éste, ya que había que disponer lo preciso para recibir a los visitantes que después de la boda fuesen a felicitar a los esposos. No se contaba, por otra parte, con una reunión muy numerosa. Aparte los padrinos y testigos obligados, Lebediev había invitado a los Ptitzin, a Gania, al médico condecorado con la Orden de Santa Ana y a Daría Alexievna.

—¿Cómo se le ha ocurrido invitar a ese doctor si apenas le conozco? —había preguntado el príncipe a Lebediev.

—Es un hombre condecorado con la Orden de Santa Ana y estimadísimo, y eso siempre es conveniente —había respondido el funcionario.

Viendo lo encantado que Lebediev se hallaba de su idea, el príncipe rompió a reír. Keller y Burdovsky, con guantes y frac, tenían una apariencia muy aceptable, aunque el primero inquietaba algo a Michkin por sus tendencias francamente combativas y por las belicosas miradas que dirigía a los curiosos estacionados ante la puerta.

A las siete y media Michkin se dirigió a la iglesia en coche. Advirtamos de paso que él tampoco quería separarse de las costumbres: todo se hacía pública y abiertamente, a la vista de todos, «como debía ser» … Conducido por Keller, que dirigía miradas amenazadoras a derecha e izquierda, Michkin atravesó la iglesia en medio de cuchicheos y exclamaciones de la concurrencia y desapareció por unos momentos en el interior del iconostasio. Entonces Keller salió en busca de Nastasia Filipovna. Ante la casa de Daría Alexievna había doble número de mirones que frente a la del príncipe y la actitud de aquel gentío era notoriamente hostil. Cuando Keller subía las escaleras oyó tan desatoradas exclamaciones que se volvió, resuelto a dirigir a la muchedumbre una arenga que no hubiese pecado de suave; pero afortunadamente le interrumpieron Daría Alexievna y Burdovsky, los cuales, saliendo en aquel momento y asiéndole del brazo, le forzaron a entrar en la casa. Keller estaba furioso. Según relató después, Nastasia Filipovna se levantó, miróse al espejo una vez más, hizo observar que estaba «pálida como un cadáver», sonrió «forzadamente» y luego tras inclinarse ante el icono cruzó el umbral. Un gran clamor saludó su aparición. En el primer instante oyéronse risas, aplausos irónicos y hasta algún silbido, pero inmediatamente se produjeron

manifestaciones muy diversas.

—¡Qué hermosa está! —gritaban algunos—. No es la primera ni será la última que…

—El matrimonio lo lava todo, estúpidos…

—¡Hurra! —gritaban los cercanos—. ¡A ver quién encuentra una beldad como ésta!

—¡Es una reina! Por una reina como ella yo vendería mi alma —dijo un empleado—. «Mi vida por una noche…» —declamó.

Nastasia Filipovna estaba pálida como el mármol, pero sus grandes ojos negros, fijos en el público, brillaban cual carbones encendidos. La multitud no pudo resistir al influjo de tal mirada y a la indignación sucedieron verdaderos arrebatos de entusiasmo. Ya se abría la portezuela del coche, ya Keller ofrecía el brazo a la novia cuando, de repente, ésta, lanzando un grito, se precipitó en medio de la gente. Los que la acompañaban quedaron inmóviles y mudos de estupor. La multitud se apartó abriendo paso a la joven y entonces, a cinco o seis pasos de la casa, apareció Rogochin. Nastasia Filipovna le distinguió entre la multitud, corrió hacia él como una loca y le cogió ambas manos.

—¡Sálvame! ¡Llévame a donde quieras! ¡En seguida!

En un instante Rogochin la tomó en sus brazos y la transportó a un coche que esperaba allí cerca. En seguida sacó de la cartera un billete de cien rublos y lo tendió al cochero, diciéndole:

—¡A la estación! Si llegamos a tiempo de tomar el tren, te daré cien rublos más.

Saltó al coche donde acababa de hacer entrar a Nastasia Filipovna y cerró la portezuela. El cochero fustigó a los caballos. Todo pasó en unos momentos. Más tarde Keller se disculpó de no haber reaccionado, alegando la estupefacción en que le sumiera acontecimiento tan imprevisto. «Un segundo más y, al recobrar mi presencia de ánimo, no habría permitido semejante cosa», decía contando la aventura. El primer impulso de ambos padrinos fue alquilar un coche que estaba parado junto a la casa y dar caza a los fugitivos, pero en el camino cambiaron de idea.

—Es demasiado tarde —opinó Keller—. No podemos conducirla a la fuerza.

—Además, el príncipe no consentiría una cosa así —añadió Burdovsky.

Rogochin y Nastasia Filipovna llegaron a la estación con el tiempo justo. Apenas apeados del coche, un minuto antes de tomar el tren, Rogochin se acercó a una joven que pasaba por allí, e iba ataviada con un pañuelo de seda a

la cabeza y una manteleta obscura, vieja, pero bastante decorosa, y le dijo:

—Le doy cincuenta rublos por estas prendas.

Y le tendió el dinero. La extraordinaria proposición asombró a la joven. Antes de dejarle tiempo a recobrarse, Rogochin le deslizó en la mano los cincuenta rublos y se apoderó de los objetos que codiciaba. Echó la manteleta sobre los hombros de Nastasia Filipovna y le anudó el pañuelo a la cabeza. En el tren, las espléndidas ropas de Nastasia Filipovna habrían atraído la atención de los viajeros, pero la muchacha no comprendió hasta más adelante la causa en cuya virtud le habían adquirido a tal precio unas ropas viejas y sin valor.

La noticia del rapto llegó muy pronto a oídos de la gente congregada en la iglesia. Cuando Keller atravesó la nave para informar al príncipe, una multitud de gentes a quienes no conocía se precipitaron hacia él, preguntándole. Había conversaciones en voz alta, significativos movimientos de cabeza, incluso risas. Nadie abandonó la iglesia: había mucho interés en asistir a la reacción de Michkin. Este, una vez informado, palideció, pero sin testimoniar irritación alguna. Sólo dijo con voz casi ininteligible:

—Lo temía; pero no pensé que llegase a ocurrir. —Y tras unos instantes de silencio, añadió—: Al fin y al cabo, dada su situación, es lo natural.

Keller comentó más adelante que tal juicio era de una «filosofía sin parangón». Cuando Michkin salió de la iglesia muchos observaron que su aspecto era el de siempre y que no parecía nada abatido. Tenía prisa de volver a su casa para hallarse solo, pero no pudo proporcionarse este consuelo. Varios de sus invitados, entre ellos Ptitzin, Gania y el doctor, le acompañaron hasta su morada y penetraron en ella en pos de él. Una multitud de desocupados asediaban literalmente el edificio. Estando aún en la terraza, Michkin oyó un violento tumulto: Keller y Lebediev disputaban airadamente con un grupo de desconocidos, en apariencia gente bastante distinguida, que quería entrar en la casa a viva fuerza. Michkin salió a informarse, apartó suavemente a sus dos amigos y se dirigió con mucha cortesía a un individuo robusto, de cabellos canosos, que se hallaba en pie en los escalones, al frente de la banda, invitándole a que le honrase con una visita. El desconocido caballero quedó desconcertado, pero, aun así, siguió al príncipe. Siete u ocho de sus compañeros hicieron lo mismo y entraron en la casa afectando los modales más desenvueltos que supieron fingir. Pero los restantes quedaron fuera y a poco eran unánimes las censuras para quienes habían osado penetrar. Michkin ofreció asientos a sus visitantes, mandó servir té y entabló conversación con ellos. Todo transcurrió muy correctamente, lo que sorprendió no poco a los intrusos. No faltaron tentativas para encarrilar la conversación hacia el suceso del día, y se pudieron oír preguntas indiscretas y observaciones malignas. Pero Michkin respondía a todo con tanta sencillez y tan afable dignidad, se mostró

tan confiado en la discreción y comprensión de todos, que los curiosos acabaron callando espontáneamente. Poco a poco, la conversación se hizo más seria. Cierto caballero, tomando de repente la palabra, declaró con extrema vehemencia lo siguiente:

—Pase lo que pase no venderé mis fincas; aguardaré. ¡Qué me cuelguen si no lo hago así! Los negocios valen más que el dinero. Ése es mi sistema económico, señor, si le interesa saberlo.

Como se dirigía al príncipe, éste aprobó tal criterio. Lebediev advirtió al oído de su inquilino que el señor que tan alto proclamaba su decisión de no vender sus bienes no había poseído nunca bien alguno, ni siquiera casa. Así transcurrió cosa de una hora. Después de tomar el té, los visitantes juzgaron que la delicadeza no les permitía continuar más tiempo en la casa. Al marchar, el doctor y el caballero canoso prodigaron al príncipe palabras de amistad y todos se despidieron muy afectuosamente. Además, no faltaron consuelos de este género: «No hay que disgustarse; seguramente ha sido mejor así», etc. Añadamos que algunos jóvenes alocados querían pedir champaña, pero los de más edad los llamaron al orden. Cuando todos se hubieron ido, Keller, inclinándose hacia Lebediev, comentó:

—Tú y yo habríamos dado un escándalo, hubiésemos vociferado, peleado, hecho acudir a la policía. En cambio él se ha ganado nuevos amigos… ¡y qué amigos! Los conozco y…

Lebediev, que se hallaba un tanto «animado», suspiró y dijo:

—¡Oh Señor, tú que has ocultado estas cosas a los prudentes e inteligentes, las has revelado a los niños! Ya antes he empleado este calificativo para el príncipe, pero ahora añado que Dios ha conservado el niño que es en el fondo de su alma. ¡Sí, Dios y todos sus santos le han salvado del abismo!

A las diez y media todos dejaron al príncipe, que tenía dolor de cabeza y necesitaba descansar. Kolia se retiró en último lugar, después de ayudar a su amigo a cambiarse de ropa. Ambos se separaron con mucha cordialidad. Kolia no habló de lo sucedido y prometió volver temprano al día siguiente. Según más tarde explicó, el príncipe, al separarse, no le insinuó nada sobre sus propósitos ulteriores. A poco, la casa quedó casi desierta. Burdovsky había ido a visitar a Hipólito. Keller y Lebediev habíanse encaminado no sabemos adónde. Sólo Vera pasó un rato en los departamentos del príncipe para poner las cosas en orden. Antes de irse, entró por un momento en la estancia donde se hallaba el príncipe, a la sazón junto a una mesa, con la cabeza entre las manos. Ella le tocó un hombro y él la miró con expresión absorta, pareciendo buscar en sus pensamientos. Y cuando la memoria volvió a su mente, empezó a evidenciar una extraordinaria agitación. Al fin rogó a Vera que le llamase a las siete de la mañana, ya que quería ir a San Petersburgo en el primer tren. La

joven prometió hacerlo así. Él le suplicó que no lo dijera a nadie y ella lo prometió también. Cuando Vera abría la puerta para marchar, él la retuvo, le cogió las manos la besó en la frente y le dijo: «Hasta mañana», con singular expresión. Así, al menos, se explicó Vera posteriormente. La joven se retiró sintiendo una dolorosa inquietud. El día inmediato, de acuerdo con lo prometido, llamó a la puerta de Michkin y le advirtió que el primer tren salía de allí a un cuarto de hora. La buena cara y la sonrisa que Michkin mostraba cuando abrió la puerta tranquilizaron un tanto a la muchacha. El príncipe había dormido casi sin desvestirse, mas, no obstante, logró conciliar el sueño. Vera fue, pues, la única persona a quien él creyó conveniente y necesario hablar de su viaje a San Petersburgo.

XI

Llegó a la ciudad una hora más tarde, y poco después de las nueve llamaba a la puerta de Rogochin. Había subido por la escalera principal y, acaso en virtud de ello, tardaron bastante en contestar a su campanillazo. Al fin se abrió la puerta del departamento ocupado por la anciana señora Rogochina y en el umbral apareció una sirvienta entrada en años y bastante bien arreglada.

—Parfen Semenovich no está en casa —dijo—. ¿Por quién pregunta?

—Por Parfen Semenovich.

—Está ausente —repuso la criada, mirando al visitante con notable curiosidad.

—¿Quiere decirme si ha pasado la noche aquí? ¿Ha vuelto sólo ayer?

La sirvienta siguió examinando a Michkin con atención, pero no contestó a su pregunta.

—¿No vino ayer, por la noche… Nastasia Filipovna?

—¿Me permite usted preguntarle quién es?

—El príncipe León Nicolaievich Michkin. Soy muy amigo de Parfen Semenovich.

—El señor está ausente —repuso ella, bajando la vista.

—¿Y Nastasia Filipovna?

—No la conozco.

—¡Espere, espere! ¿Cuándo vuelve Parfen Semenovich?

—No lo sé.

Y la puerta se cerró. El príncipe resolvió tornar de allí a una hora. Bajó y al entrar en el patio encontró al portero.

—¿Está en casa Parfen Semenovich?

—Sí.

—¿Cómo me han dicho lo contrario hace un momento?

—¿Ha llamado a sus habitaciones?

—He llamado a su puerta y nadie me ha abierto. Quien me abrió fue una criada de su madre.

—Tal vez haya salido —dijo el portero—. A veces se va sin avisar. Incluso suele llevarse la llave y hay ocasiones en que su departamento está cerrado tres días seguidos.

—¿Está seguro de que ha entrado en casa ayer?

—Sí. A veces pasa por la puerta principal y no le vemos.

—¿No vino ayer con él Nastasia Filipovna?

—No lo sé. No suele venir a menudo. De haber estado aquí creo que lo hubiésemos notado.

Michkin salió y paseó, indeciso, por la acera. Todas las ventanas de las habitaciones de Rogochin estaban cerradas, y, en cambio, las del departamento de su madre se hallaban abiertas en su mayoría. El día era despejado y caluroso. El príncipe, atravesando la calle, se detuvo en la acera de enfrente para mirar las ventanas otra vez. Además de encontrarse cerradas tenían los visillos corridos. De pronto parecióle ver apartarse uno de ellos y aparecer por un segundo tras el cristal la faz de Rogochin. Michkin estuvo a punto de volver a llamar a la puerta de su amigo, pero, tras breve reflexión, cambió de criterio y decidió tornar de allí a una hora. «¿Quién sabe? —pensaba—. Puede haber sido una alucinación».

Dirigióse entonces a toda prisa a la casa en que solía habitar Nastasia Filipovna. Cuando, tres semanas antes, la joven dejaba Pavlovsk a instancias de Michkin, había ido a residir a Ismailovsky Polk, en la morada de una señora conocida, viuda de un profesor y respetable madre de familia. Aquella señora disponía de un hermoso departamento amueblado, cuyo arriendo constituía casi su único recurso. Era de creer que, al volver a Pavlovsk, Nastasia Filipovna hubiera conservado sus habitaciones en San Petersburgo. En todo caso era probable que pasase la noche en aquella casa donde lógicamente debía Rogochin haberla llevado la víspera. El príncipe tomó un coche. Por el camino se dijo que era allí adonde debían haberse dirigido primero, puesto que

no parecía verosímil que la joven hubiese ido de noche a casa de Rogochin. Volvieron a su memoria las palabras del portero relativas a las escasas visitas de Nastasia Filipovna. Si antes sólo veía a Rogochin de tarde en tarde, ¿cómo iba ahora a instalarse a su casa durante las noches? Pero estas y otras consideraciones semejantes no conseguían tranquilizar a Michkin. Se sentía, pues, muy angustiado cuando llegó a Ismailovsky Polk. Allí, con inmensa estupefacción, pudo comprobar, no sólo que la viuda carecía de noticias de Nastasia Filipovna desde dos días atrás, sino que, cuando él se presentó, su visita pareció producir el efecto de un acontecimiento portentoso; las nueve hijitas de la viuda —la mayor de las cuales contaba quince años y la menor siete— se precipitaron en la antesala detrás de su madre, rodearon a Michkin y le contemplaron con la boca abierta. Después llegó la tía de los niños, mujer amarillenta y flaca, tocada con un pañuelo negro, y al fin la abuela, una anciana con lentes. La dueña de la casa invitó al príncipe a pasar y tomar alguna cosa, y el joven aceptó. Michkin comprendió en seguida que todas aquellas personas sabían muy bien quién era, no ignoraban que debía haberse casado la víspera y se morían de deseos de preguntarle acerca de su matrimonio y saber por qué prodigioso azar acudía a pedir noticias de la mujer que a aquellas horas debía estar con él en Pavlovsk. Si no le interrogaban era, evidentemente, por delicadeza. Para satisfacer su curiosidad, el príncipe contó a grandes rasgos lo que había ocurrido, pero hubo tantas exclamaciones de sorpresa, tantos «¡Oh!» y «¡Ah!», que se vio obligado a entrar en nuevos detalles, que dio del modo más sucinto posible. Al fin, aquellas prudentes señoras decidieron que Michkin no tenía otro remedio sino volver a casa de Rogochin y llamar hasta que le abriesen. Si Rogochin estaba ausente, de lo cual había que informarse con certidumbre, o si se negaban a contestarle, el príncipe debía visitar a una señora alemana amiga de Nastasia Filipovna y que vivía con su madre en Emenovsky Polk. Acaso en su agitación y en su deseo de ocultarse la fugitiva se hubiera refugiado allí. El visitante se fue con la muerte en el alma. Aquellas señoras contaron posteriormente que le temblaban las piernas y tenía una palidez espantosa. Durante largo tiempo le fue imposible entender lo que ellas le hablaban, pero al fin advirtió que las damas le ofrecían su concurso en las sucesivas gestiones y le pedían su dirección. Contestó que no tenía casa en San Petersburgo y ellas le aconsejaron tomar un cuarto en un hotel. Tras un instante de reflexión, Michkin les dio las señas de la fonda donde se alojara cinco semanas antes, cuando había padecido su penúltimo acceso epiléptico. Luego fue a casa de Rogochin. Esta vez, no sólo no se abrió la puerta de Parfen Semenovich, sino tampoco la de su madre. Michkin bajó para iniciar la busca del portero, a quien halló con bastante dificultad. El hombre estaba ocupado, apenas miró al visitante y le contestó de muy mala gana. Esta vez declaró positivamente que Parfen Semenovich había salido muy temprano para ir a Pavlovsk y que no volvería hasta muy tarde.

—Esperaré. ¿Cree que volverá a la noche?

—¡Cualquiera sabe! A lo mejor, hasta las ocho…

—Pero ¿ha dormido aquí anoche?

—Eso sí.

Todo aquello era bastante desagradable. En el intervalo entre las dos visitas de Michkin el portero podía haber recibido instrucciones. Antes evidenciaba ganas de hablar y ahora había que arrancarle las palabras a la fuerza. Michkin resolvió volver de allí a dos horas y media, y, en caso necesario, hacer centinela ante la puerta. Entre tanto se dirigió a Semenovsky Polk, con la esperanza de que la alemana le informase.

Pero allí apenas si comprendieron lo que quería decir. La dueña de la casa casi no sabía expresarse en ruso; pero, con todo, algunas de sus expresiones indicaban que la bella alemana había roto con Nastasia Filipovna quince días antes y que desde entonces no tenía noticias de su antigua amiga. «Ya podía casarse con todos los príncipes del mundo», que ello a la alemana «le tenía sin cuidado». Michkin se retiró. En esto se le ocurrió la idea de que Nastasia Filipovna podía haber huido a Moscú, como antes, y en caso tal Rogochin, naturalmente, la habría seguido, o acaso marchado con ella «¡Si al menos pudiese descubrir una pista cualquiera!», se dijo Michkin. Recordó también que necesitaba habitación y se encaminó a la Litinaya, donde tomó un cuarto en el hotel de la otra vez. El mozo le preguntó si quería comer y Michkin dijo que sí sin darse cuenta. Un segundo después lo deploró, pensando que la comida iba a hacerle perder media hora. Pero una nueva reflexión le hizo comprender que el atraso no era grave, puesto que nada le cabía hacer en el intermedio. En el pasillo del hotel, oscuro y sin ventilación, invadióle una sensación extraña que se esforzaba en asumir la forma de un pensamiento concreto. Aquello era un suplicio, y un suplicio redoblado por el hecho de que no lograba concretar en qué consistía la nueva idea cuya vaga insinuación le mortificaba de tal modo. Salió, al fin, de la fonda en un estado anormal. La cabeza le daba vueltas… ¿Adónde ir? Se encaminó precipitadamente hacia la calle de Rogochin.

Éste no había vuelto y vano fue que el príncipe agitase la campanilla. Nadie le abrió. En la puerta de la madre tuvo más éxito. Le abrieron, pero fue para declararle que Parfen Semenovich estaba ausente y no tornaría de seguro hasta dentro de tres días. Como antes, la criada consideró a Michkin con una curiosidad extraña, que turbó no poco al joven. Menos afortunado que por la mañana, no pudo encontrar al portero. Como antes, al salir de la casa miró las ventanas. Media hora más o menos paseó por la acera, bajo un calor intolerable. Esta vez nada se movió, las ventanas no se abrieron, los visillos blancos continuaron corridos. Se afirmó definitivamente en la idea de que por

la mañana había sido víctima de una ilusión. Además, dada la suciedad de los cristales, que denotaban no haber sido limpiadas hacía mucho, resultaba muy difícil distinguir desde la calle el rostro de una persona, aun cuando en efecto se hubiese asomado.

Tranquilizado por este pensamiento, el príncipe volvió a Ismailovsky Polk, donde ya le esperaban. La viuda había ido a tres o cuatro sitios, especialmente a casa de Rogochin; pero todas sus gestiones resultaron infructuosas. Nada había averiguado en parte alguna. Michkin la escuchó en silencio, entró en la sala, sentóse en un diván y miró a todos como si no comprendiese de qué le hablaban. Antes se había mostrado atento a todo y ahora parecía enormemente distraído. Los miembros de aquella familia contaron después que la actitud del joven les había parecido muy rara. «Quizás empezara entonces a manifestarse su enfermedad», comentaron. Al fin levantóse y pidió que le enseñaran las habitaciones de Nastasia Filipovna. El departamento se componía de dos piezas vastas, claras, altas de techo y decorosamente amuebladas, aun cuando el alquiler no fuese caro. Según dijeron también ulteriormente aquellas señoras, el visitante examinó uno a uno todos los objetos que había en las dos habitaciones. En una mesita aparecía una novela francesa, Madame Bovary. Al verla, el príncipe dobló la página por donde estaba abierta, pidió permiso para llevarse el tomo y se lo echó al bolsillo, aunque le advirtieron que pertenecía a un gabinete de lectura. Al acercarse a una ventana vio una mesita de juego cubierta de cifras anotadas con tiza, y preguntó quiénes solían jugar allí. Le contestaron que desde el regreso de Nastasia Filipovna a San Petersburgo, ella y Rogochin jugaban todos los días a tomto, a la preferencia, al whist y a toda clase de juegos. Explicáronle también que la idea de aquel entretenimiento se le había ocurrido a Rogochin. Nastasia Filipovna decía con mucha frecuencia que se aburría, ya que él no sabía hablar de nada y se pasaba horas enteras sin abrir la boca. Un día, Rogochin, al llegar, sacó una baraja del bolsillo. Nastasia Filipovna sonrió y ambos iniciaron una partida. El príncipe quiso saber dónde estaban los naipes. Pero no había ninguno en el departamento. Rogochin llevaba cada día una baraja nueva y se la volvía a llevar.

Las damas creían oportuno volviera de nuevo a casa de Rogochin y llamar con más fuerza que antes, pero no en aquel momento, sino a la noche. «Tal vez se obtendría algún resultado». La viuda anunció, además, que iba a dirigirse a Pavlovsk, ya que pudiera darse el caso de que Daría Alexievna tuviese alguna noticia, y rogó al príncipe que volviera a las diez, para ponerse de acuerdo sobre las gestiones que convenía realizar al día siguiente. Pese a todas las palabras de consuelo que le prodigaron, Michkin estaba sumido en la desesperación. Presa de indefinible disgusto regresó andando a su hotel. San Petersburgo, tan caluroso, tan polvoriento en el estío, le oprimía como una tenaza. Por el camino se cruzaba con gentes humildes de rostros taciturnos y ebrios. Debió de dar muchos rodeos sin notarlo, porque declinaba la tarde ya

cuando entró en su habitación. Resolvió descansar un rato y volver luego a casa de Rogochin, como le aconsejaran las señoras de Ismailisky Polk. Sentóse en el diván, apoyó los codos en la mesa y se abismó en sus reflexiones.

Cuáles fueron éstas, y cuánto duraron, es cosa que sólo Dios puede saber. Michkin temía muchas cosas a la vez y al percibirlo le producía infinita congoja. Repentinamente pensó en Lebediev y en su hija Vera. El funcionario podía saber algo a propósito de aquel asunto y aun, de no saber nada, tenía mejores medios de informarse. Luego el príncipe se acordó de Hipólito y de que el joven había recibido la visita de Rogochin. Después la idea del propio Rogochin ocupó su mente. Parfen Semenovich había estado en las exequias del general Ivolguin; el mismo príncipe le pudo avistar en el parque, más tarde. Y en este mismo hotel, oculto en un pasillo oscuro, había Rogochin tiempo atrás esperado, cuchillo en mano, a Michkin. Éste recordó el brillo que tenían los ojos de aquel hombre en las tinieblas del corredor. Se estremeció: la idea embrionaria que tanto venía turbándole acababa de precisarse en definitiva. Y poco más o menos asumía esta forma: «Si Rogochin está en San Petersburgo, podrá ocultarse por el momento, pero más pronto o más tarde vendrá en mi busca. Vendrá, sea para bien o para mal. Y cuando necesite verme me buscará en este hotel y en este corredor. Ignora mi dirección y por consecuencia se inclinará a presumir que me he instalado en el mismo hotel. Al menos, procurará encontrarme aquí… Si tiene mucha necesidad de verme… ¿Y por qué no la ha de tener? ¿Por qué no he de serle necesario?

De tal modo pensaba Michkin y su idea se le antojaba muy verosímil. De haber profundizado en los motivos de que ello le pareciese así, no hubiera sabido explicárselos. ¿Cómo, por ejemplo, se creía necesario a Rogochin hasta el punto de que no pudiera dejar de haber un encuentro entre ambos? Le habría sido imposible decirlo. Pero aquel pensamiento le dolía. «Si es feliz, no vendrá —meditaba—; pero vendrá si es desgraciado, y lo es con toda certeza…»

Tal convicción debiera haberle hecho quedarse en su habitación y aguardar a Rogochin; pero, por el contrario, como si fuese incapaz de soportar el peso de aquella nueva idea, tomó su sombrero y salió de la habitación. El pasillo estaba ya sumido en una oscuridad casi completa. «¡Si ahora él saliese de ese rincón y me parara en la escalera!», pensó al acercarse al lugar donde Rogochin había querido agredirle. Pero no sobrevino nadie. Franqueó el umbral del portón, y, ya en la acera, se extrañó al ver la mucha gente que, una vez puesto el sol, había salido a la calle, como siempre sucede durante los calores del verano de San Petersburgo. Dirigióse hacia la casa de Rogochin y antes de la primera bocacalle, a cosa de cincuenta pasos del hotel, alguien mezclado entre el gentío le tocó un codo e inclinándose a su oído le dijo a media voz:

—León Nicolaievich, hermano mío, sígueme. Es necesario.

Era Rogochin. Y el príncipe experimentó, por raro que ello fuese, una alegría que le quitó el uso de la palabra. Con voz ininteligible declaró a Rogochin que poco antes casi había esperado verle en el corredor de la fonda.

—Ya he estado allí. Vamos.

La insólita respuesta sorprendió al príncipe, pero su sorpresa sólo se produjo después de haber reflexionado, esto es, a los diez minutos. Entonces se sintió inquieto y examinó a Rogochin con atención. El joven le precedía a medio paso de distancia, mirando ante sí, sin fijar la mirada en los transeúntes y eludiendo, maquinalmente, el tropezarse con ellos.

—¿Por qué has ido al hotel? ¿Y cómo no has preguntado por mí? —inquirió Michkin.

Rogochin se paró, miró a su interlocutor, meditó un instante, y dijo como si no hubiese entendido la pregunta:

—León Nicolaievich, sigue todo derecho hasta la casa. Yo voy a ir por la otra escalera. Pero no me pierdas de vista, porque tenemos que llegar juntos.

Cruzó, la calle y desde la acera opuesta miró para comprobar si el príncipe le seguía. Michkin, sorprendido se había parado. Rogochin le hizo una seña con la mano y reanudó el camino de su casa. A cada instante se volvía a fin de repetir sus signos. Su rostro exteriorizaba viva satisfacción cuando pudo observar que Michkin le seguía de acuerdo con sus deseos. Ocurriósele al príncipe que Rogochin había cambiado de acera para vigilar mejor a alguien. «¿Por qué no me lo habrá dicho?», se preguntó. Anduvieron cosa de quinientos pasos. De súbito el príncipe comenzó a temblar. Rogochin ahora volvía la cabeza con menos frecuencia, aun cuando no dejase de mirar a sus espaldas alguna vez. Michkin no pudo contenerse más y le hizo un ademán de llamada. Rogochin cruzó la calle y se le acercó.

—¿Está en tu casa Nastasia Filipovna?

—Sí.

—¿Y me miraste antes desde la ventana?

—Sí.

—¿Cómo no…?

Michkin se interrumpió, no sabiendo qué preguntar. Además, su corazón latía con tal fuerza que casi le impedía el uso de la palabra. Rogochin guardó silencio y le miró como antes pensativo.

—Me voy… —dijo, disponiéndose a cruzar otra vez la calle—. Tú sigue

por este lado. Conviene que vayamos separados. Es mejor para nosotros… ya lo verás.

Cuando, cada uno por una acera diferente, llegaron a la calle donde se levantaba la casa de Rogochin, el príncipe sintió de nuevo flaquearle las piernas de tal modo que sólo a duras penas podía continuar caminando. Eran sobre las diez de la noche. Como antes las ventanas de las habitaciones de la madre de Rogochin estaban abiertas y cerradas las del joven; las cortinillas de las últimas parecían más blancas en la oscuridad. Michkin atravesó la calle y avanzó hacia la casa. Rogochin subió la escalera e hizo un ademán a su amigo para que le imitase. El príncipe se reunió a él.

—El portero ignora que he regresado. Antes, al salir, le dije que me iba a Pavlovsk, y lo mismo aseguré a mi madre —declaró Parfen Semenovich en voz baja, sonriendo con astucia y casi con satisfacción—. Entremos sin que nos oigan.

Tenía la llave en la mano. Cuando subían la escalera se volvió a su compañero para recomendarle sigilo. Abrió sin ruido la puerta de sus habitaciones, hizo pasar al príncipe, se deslizó silenciosamente detrás de él, cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo.

—Ven —murmuró en voz baja.

Había empezado a hablar en aquel mismo tono desde que abordara al príncipe en la Litinaya. Pese a su calma aparente, se le notaba muy agitado en el fondo. Cuando entraron en la antecámara que precedía a su despacho, se acercó a una ventana e hizo acercarse al príncipe, con gran misterio.

—Cuando antes llamaste tantas veces, yo estaba aquí y adiviné que eras tú, ¿sabes? Me acerqué a la puerta andando en puntillas y te oí hablar con Pavnutievna. Pero desde primera hora yo le había dado instrucciones de que dijese a todos, aun cuando fueras tú o alguien que viniera de tu parte, que yo estaba ausente. La orden se refería a ti más que a ninguno. Cuando bajaste, pensé: «Ahora se pondrá a esperar en la calle». Me asomé a la ventana, aparté el visillo y te vi en la acera… Esto es…

—¿Dónde está… Nastasia Filipovna? —preguntó Michkin con voz sofocada.

—Está… aquí… —repuso Rogochin tras un instante de vacilación.

—¿Dónde?

Parfen Semenovich miró a su interlocutor y le examinó con fijeza.

—Ven conmigo.

Su voz continuaba sonando lenta y baja y su rostro continuaba

extrañamente pensativo. A pesar de la franqueza con que relatara el episodio del visillo, dijérase que al hacer aquel relato tendía a insinuar alguna otra cosa.

Entraron en el despacho, que había experimentado una completa transformación desde la anterior visita de Michkin. Una espesa cortina de seda verde tendida de un lado a otro de la habitación ocultaba una alcoba donde se hallaba el lecho de Rogochin. Las dos divisiones de la pesada cortina estaban corridas. Había considerable oscuridad en el aposento. Las noches blancas del estío de San Petersburgo comenzaban a ser ya menos claras y, de no ser por la luna llena, no se habría podido distinguir cosa alguna sino difícilmente, ya que la habitación tenía los visillos corridos. No obstante, los rostros de los dos hombres podían casi adivinarse en la penumbra, ya que no percibirse netamente. Parfen Semenovich estaba pálido como siempre, y en sus ojos, fijos en el príncipe, brillaba una luz estática.

—Debías encender una bujía —propuso Michkin, lleno de inquietud.

—No hace falta —contestó Rogochin—. Siéntate. Descansemos un momento.

Tomó el brazo de su amigo y le hizo sentarse. Se acomodó luego ante él, tan cerca que sus rodillas casi se tocaban. Junto a ellos, algo ladeada, se veía una mesa redonda.

Tras una breve pausa Rogochin comenzó a hablar otra vez, pero en lugar de ir derecho a lo importante comenzó a entretenerse en detalles superfluos.

—Sabía bien que te instalarías en la fonda. Cuando entré en el pasillo me dije: «¿Me esperará él ahora, como yo lo espero?». ¿Fuiste a casa de la viuda del profesor?

—Sí —repuso el príncipe trabajosamente, sintiendo que el corazón le latía con redoblada violencia.

—Lo suponía. Pensé que hablarías y… Luego se me ocurrió esta idea: «Le traeré a mi casa y pasaremos la noche los dos en ella».

—¿Dónde está Nastasia Filipovna, Rogochin? —inquirió de pronto Michkin, levantándose con un temblor que recorría todos sus miembros.

—Allí —repuso Rogochin en un cuchicheo, incorporándose también y mostrando la cortina con un movimiento de cabeza.

—¿Duerme? —preguntó Michkin en voz baja.

Rogochin le miró fijamente, como antes.

—Vamos… Pero quizá tú… ¡vamos, vamos!

Alzó la cortina, mas antes de entrar se volvió al príncipe.

—Entra —dijo, invitándole con el ademán que pasara a la alcoba. Michkin obedeció.

—Está muy oscuro —dijo.

—Se ve lo suficiente —respondió Rogochin.

—No veo más que… una cama.

—Acércate —contestó en voz baja Parfen Semenovich.

Michkin dio dos pasos hacia adelante y se detuvo. Durante un par de minutos miró en torno sin ver nada. Estaba tan agitado que podía oír los latidos de su corazón en aquella estancia sumida en un silencio mortal. Al fin sus ojos se acostumbraron a las tinieblas y pudo distinguir el lecho completamente. Sobre él yacía una persona absolutamente inmóvil. No se percibía el menor ruido, ni el más tenue hálito de respiración. Una sábana blanca cubría de pies a cabeza el cuerpo de aquella persona, cuyos miembros se dibujaban sólo de una manera vaga. No se podía percibir otra cosa sino que allí yacía un ser humano extendido tan largo como era. La alcoba estaba en desorden. En el lecho, en las butacas, en el suelo, en todas partes, se veían prendas de vestir en confusión: un magnífico traje de seda blanca, cintas, flores. Los diamantes que la mujer dormida se había quitado antes de acostarse relucían en una mesita de noche, junto a la cabecera. Un pie desnudo emergía entre una confusión de encajes blancos, nítidos en la densa penumbra. Aquel pie, aterradoramente inmóvil parecía el de una estatua de mármol. Cuanto más miraba el príncipe, más siniestra impresión le producía el silencio de la alcoba. De pronto una mosca zumbó en el aire y fue a posarse en la almohada. Michkin sintió un escalofrío.

—Salgamos —dijo a Rogochin, tocándole el brazo.

Abandonaron la alcoba y volvieron a sentarse donde antes, frente a frente. El temblor de Michkin iba en aumento. Su mirada interrogadora se fijaba en Parfen Semenovich. Éste habló:

—Observo, León Nicolaievich, que tiemblas como cuando te encuentras a punto de sufrir un ataque. Estás ahora como en Moscú un minuto antes de aquel acceso. ¿Te acuerdas? No sé qué voy a hacer contigo ahora.

Michkin escuchaba con extrema atención, esforzándose en comprender, sin apartar la mirada del semblante de su amigo.

—¿Has sido tú? —preguntó, indicando hacia la cortina con un movimiento de cabeza.

—He sido… yo —continuó Rogochin, bajando los ojos.

Hubo un silencio de cinco minutos. Rogochin, sin transición, volvió al

tema que iniciase antes.

—Lo digo porque si sufres un ataque y gritas te oirán desde el patio o desde la calle, y entonces se comprenderá que hay personas aquí, llamarán a la puerta, entrarán… Porque todos imaginan que yo no estoy en casa. No he encendido ni siquiera una bujía para que no se vea la luz desde el patio o la calle. Cuando me voy, me llevo siempre la llave y aunque esté fuera tres o cuatro días, nadie en mi ausencia entra en mis habitaciones ni aun para arreglarlas. Tal es la regla que he establecido. Así, pues, para que nadie sepa que hemos pasado la noche aquí…

—Espera —interrumpió Michkin—: antes he preguntado a la vieja y al portero si había venido Nastasia Filipovna. De modo que saben.

—Ya. Pero he dicho a Pavnutievna que Nastasia Filipovna había venido ayer, que me había hecho una visita de diez minutos y que se había marchado luego a Pavlovsk. No saben que ha dormido aquí; no lo sabe nadie. Los dos entramos ayer tan a escondidas como tú y yo hoy. Antes de llegar, yo temía que ella no quisiese entrar a escondidas… ¡pero, sí, sí! Habló en voz baja, anduvo de puntillas, se recogió la falda para que no se sintiese el roce en la escalera, me hizo señal de que subiésemos despacio… Estaba muy asustada acordándose de ti. En el tren iba como una verdadera loca… de temor… Yo pensaba llevarla a casa de la viuda, pero ella misma insistió en venir aquí. «Allí me descubrirá —dijo—. Mañana temprano irá a buscarme en esa casa. Llévame a la tuya y mañana a primera hora nos vamos a Moscú». Luego habló de Orel y se acostó hablando de que fuésemos a Orel…

—Espera… ¿Qué vas a hacer ahora, Parfen Semenovich?

—¿Por qué tiemblas de ese modo? No temas… Pasaremos la noche aquí, juntos. No hay más cama que ésta, pero he pensado que podemos quitar las colchonetas de los divanes y colocarlos junto a la cortina, para dormir en ellos tú y yo. Cuando vengan a hacer pesquisas la encontrarán inmediatamente y me detendrán. Seré interrogado, diré que he sido yo y me conducirán preso. Por lo tanto, que ella descanse ahora junto a nosotros, junto a ti y junto a mí…

—¡Sí, sí! —aprobó Michkin fervientemente.

—Así no tendremos que confesar ahora mismo, que entregarla en manos de nadie…

—¡No, no, por nada del mundo! ¡No, no!

—Ésa era mi intención, amigo mío: no cedérsela a nadie —repuso Rogochin—. La velaremos en silencio. He pasado todo el día junto a ella, excepto una hora por la mañana. Luego, al oscurecer, he ido a buscarte. Una cosa que temo es el olor, porque con esta temperatura tan sofocante… ¿No

notas nada?

—Acaso lo note, pero no lo sé. Mañana por la mañana es seguro que se notará.

—La he cubierto con hule, con un buen hule americano, y he tendido una sábana por encima. Al lado he puesto cuatro frascos destapados de líquido «Chdanov». Ahí están aún.

—¿Cómo aquellos hombres… de Moscú?

—Es por el olor, hermano. ¿Has visto cómo descansa? Mañana por la mañana, cuando haya bastante claridad, la mirarás… ¿Qué tienes? ¡Si no puedes ni levantarte! —exclamó Rogochin, con temerosa sorpresa, viendo que el príncipe temblaba a punto de no poder sostenerse sobre sus piernas.

—Se me doblan las rodillas —murmuró Michkin—. Es el terror… ¿sabes? Pero se me pasará y yo…

—Espera. Voy a preparar nuestras camas… Te acostarás en seguida… y yo también… Luego escucharemos, hermano, porque no sé todavía… No, no lo sé del todo, hermano; te lo prevengo de antemano para que no…

Y murmurando estas obscuras palabras, Rogochin comenzó a improvisar un lecho. Era notorio que pensaba en ello desde por la mañana. Había pasado en un diván la noche anterior, pero dos no cabían en el mueble y él deseaba por encima de todo descansar aquella noche al lado de su amigo. Así, pues, levantando las dos pesadas colchonetas que cubrían los divanes, las llevó, no sin trabajo, hasta junto a la cortina y las extendió en el suelo. Esto terminado, acercóse al príncipe, le cogió en sus brazos con exaltada ternura y le condujo al lecho formado por las colchonetas. En realidad Michkin podía andar ya por sí solo, de modo que su terror había desaparecido, aunque su cuerpo siguiese temblando como antes.

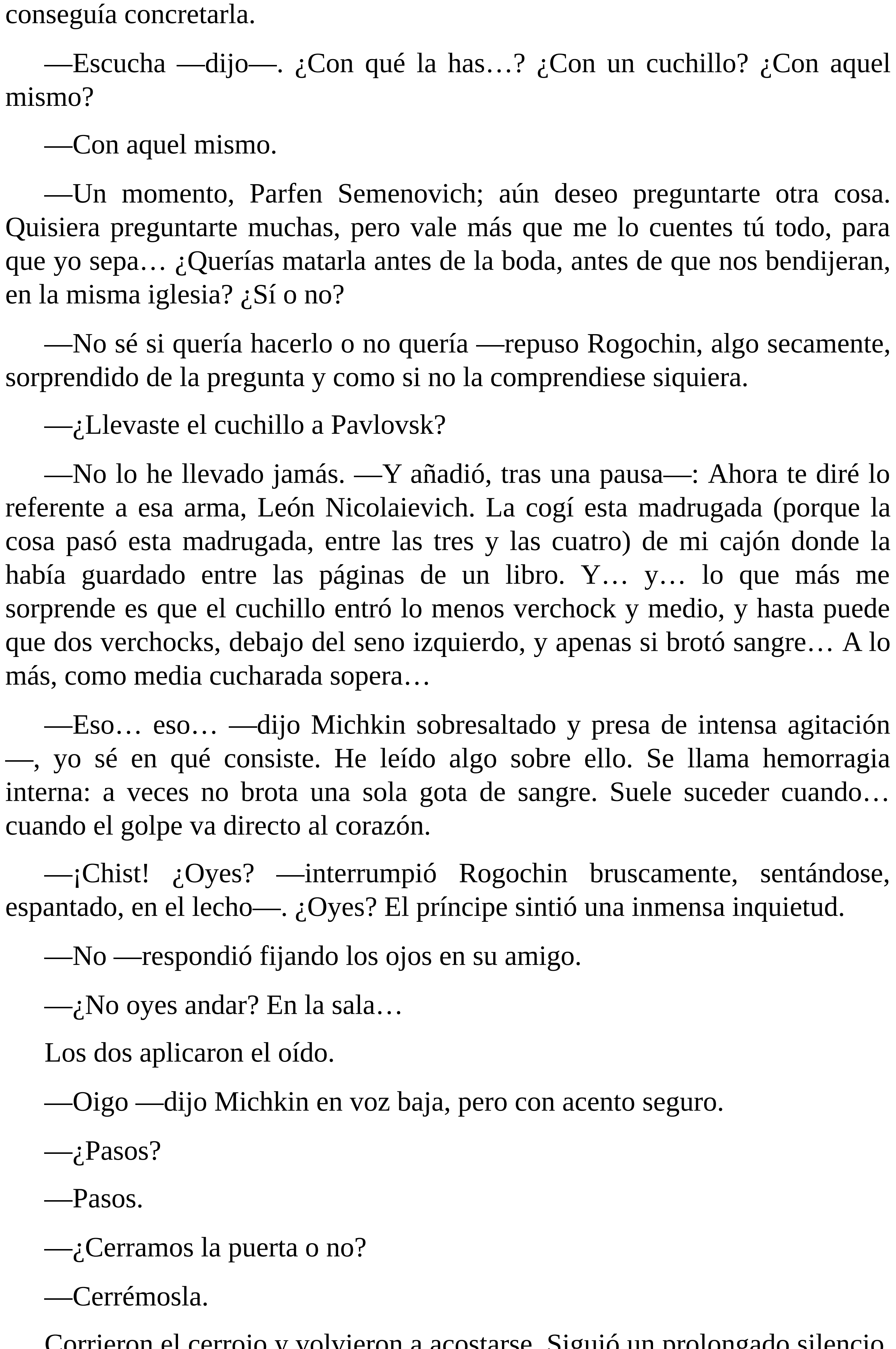
Parfen Semenovich hizo acostarse a su amigo en el colchón de la izquierda, que era el mayor y el más apartado de la cortina, y él se tendió en el otro, sin desvestirse, colocando ambas manos bajo la cabeza.

—Ahora hace calor, hermano —comenzó de súbito—, y el olor… No me atrevo a abrir las ventanas… En las habitaciones de mi madre hay jarrones de flores, una enormidad de flores… Y huelen muy bien. Me hubiese gustado traerlas, pero Pavnutievna es tan curiosa…

—Mucho —reconoció Michkin.

—Podríamos comprar unos ramilletes. Pero creo, amigo mío, que nos entristecería verla rodeada de flores.

Michkin experimentaba una intensa confusión mental. Dijérase que



buscaba la pregunta que se proponía formular y que la olvidaba en cuanto conseguía concretarla.

—Escucha —dijo—. ¿Con qué la has…? ¿Con un cuchillo? ¿Con aquel mismo?

—Con aquel mismo.

—Un momento, Parfen Semenovich; aún deseo preguntarte otra cosa. Quisiera preguntarte muchas, pero vale más que me lo cuentes tú todo, para que yo sepa… ¿Querías matarla antes de la boda, antes de que nos bendijeran, en la misma iglesia? ¿Sí o no?

—No sé si quería hacerlo o no quería —repuso Rogochin, algo secamente, sorprendido de la pregunta y como si no la comprendiese siquiera.

—¿Llevaste el cuchillo a Pavlovsk?

—No lo he llevado jamás. —Y añadió, tras una pausa—: Ahora te diré lo referente a esa arma, León Nicolaievich. La cogí esta madrugada (porque la cosa pasó esta madrugada, entre las tres y las cuatro) de mi cajón donde la había guardado entre las páginas de un libro. Y… y… lo que más me sorprende es que el cuchillo entró lo menos verchock y medio, y hasta puede que dos verchocks, debajo del seno izquierdo, y apenas si brotó sangre… A lo más, como media cucharada sopera…

—Eso… eso… —dijo Michkin sobresaltado y presa de intensa agitación —, yo sé en qué consiste. He leído algo sobre ello. Se llama hemorragia interna: a veces no brota una sola gota de sangre. Suele suceder cuando… cuando el golpe va directo al corazón.

—¡Chist! ¿Oyes? —interrumpió Rogochin bruscamente, sentándose, espantado, en el lecho—. ¿Oyes? El príncipe sintió una inmensa inquietud.

—No —respondió fijando los ojos en su amigo.

—¿No oyes andar? En la sala…

Los dos aplicaron el oído.

—Oigo —dijo Michkin en voz baja, pero con acento seguro.

—¿Pasos?

—Pasos.

—¿Cerramos la puerta o no?

—Cerrémosla.

Corrieron el cerrojo y volvieron a acostarse. Siguió un prolongado silencio. De pronto Michkin tomó la palabra. Acababa de aferrar, por decirlo así, una de

las ideas fugaces que relampagueaban en su mente y temía dejarla escapar.

—¡Ya, ya! —murmuró con agitación, incorporándose en un brusco movimiento—. ¡Ya! Yo quería… las cartas… Porque me han dicho que jugabas a las cartas con ella…

Rogochin no contestó de momento. Al cabo dijo:

—Sí.

—¿Dónde están… las cartas?

—Aquí las tengo —repuso, Rogochin, tras un nuevo silencio todavía más prolongado—. Míralas.

Sacó del bolsillo una baraja envuelta en un papel y la ofreció a Michkin, quien la cogió tras un breve titubeo. Un sentimiento nuevo y penoso le oprimió el corazón. Acababa de comprender que entonces, desde hacía ya mucho tiempo, cuanto decía y hacía no era lo que hubiese deseado hacer o decir. Aquellos naipes que tenía en la mano, y con cuya posesión parecía feliz, no podían servir de nada, de nada… Levantóse y se golpeó las manos, sin que Rogochin, siempre tendido e inmóvil reparase ostensiblemente en lo que Michkin hacía. Sus ojos fijos y abiertos, brillaban intensamente en la oscuridad. Michkin se sentó en una silla y contempló a aquel hombre con temor. Así transcurrió media hora. De repente, Rogochin, olvidándose de hablar bajo, rompió en una risa estridente y exclamó con fuerte voz:

—¡El oficial, el oficial! ¿Recuerdas cómo golpeó la cara de aquel oficial en el concierto? ¡Ja, ja, ja! ¡Y aquel cadete, aquel cadete, aquel cadete que dio un salto!

El príncipe se levantó de pronto, poseído de un nuevo terror. Cuando Rogochin cesó bruscamente de hablar, Michkin se inclinó hacia él, sentóse a su lado y contempló a su amigo. Su corazón latía con fuerza; apenas podía respirar. Rogochin, con la cara vuelta hacia el otro lado, parecía haber olvidado la presencia de Michkin. Éste, fijos los ojos en su amigo, esperaba. Pasó el tiempo; comenzó a despuntar la aurora. A veces Rogochin rompía el silencio profiriendo en alta voz palabras incoherentes riendo y llorando. Entonces el príncipe tendía hacia él su mano temblorosa, le tocaba suavemente la cabeza, le acariciaba el cabello y las mejillas… ¡No podía hacer otra cosa por él! El temblor de antes le dominaba de nuevo; ya no podía siquiera mover las piernas. Una sensación inédita, la sensación de un sufrimiento infinito, desgarraba su corazón. Al fin se hizo día claro. Vencido por la fatiga y la desesperación, Michkin se tendió unos momentos en la colchoneta y apoyó la cabeza en el rostro pálido e inmóvil de Parfen Semenovich. Las lágrimas que brotaban de los ojos del príncipe humedecían las mejillas de su amigo, pero éste acaso no sintiera correr ni aun sus propias lágrimas ni tuviera tampoco

conciencia de ellas.

Cuando, algunas horas después, fue abierta la puerta, los que entraron en la habitación hallaron al asesino totalmente falto de conocimiento y presa de una ardorosa fiebre. Al lado de él se sentaba Michkin, pálido y silencioso. Cada vez que el enfermo comenzaba a gritar en su delirio, el príncipe le pasaba por los cabellos y las mejillas sus manos temblorosas, queriéndole calmar con aquella caricia. Michkin no comprendió nada de cuanto le preguntaban, ni reconoció a las personas que había en torno suyo. Y si Schneider hubiese contemplado en aquel momento a su antiguo paciente, habría recordado la situación en que el príncipe estaba durante su primer año de tratamiento en Suiza, y de seguro hubiera vuelto a pronunciar, con un gesto de desaliento, la misma palabra que entonces:

—¡Idiota!

CONCLUSIÓN

La viuda del profesor dirigióse precipitadamente a Pavlovsk y corrió a casa de Daría Alexievna. Ésta, ya muy trastornada desde la víspera, experimentó inmenso terror al oír el relato de la visitante. Ambas mujeres resolvieron entrevistarse con Lebediev, quien en su doble calidad de casero y de amigo particular del príncipe, se inquietó no menos que ellas. Vera Lukianovna contó cuanto sabía. Por consejo de Lebediev, los tres se encaminaron a San Petersburgo para «procurar impedir lo que bien podía suceder». La consecuencia fue que, al día siguiente, la policía se personó en casa de Rogochin, acompañada por las dos señoras, Lebediev y Semen Semenovich, el hermano de Rogochin, que habitaba un pabellón contiguo a la casa. El portero proporcionó un dato precioso al indicar que la víspera por la noche había visto a Rogochin subir la escalera con otra persona, ambos evidenciando el deseo de querer pasar inadvertidos. En vista de este testimonio, se forzó la puerta cuando se comprobó que, pese a los muy repetidos campanillazos, permanecía cerrada.

Rogochin estuvo enfermo de fiebre cerebral durante dos meses. Pasado aquel tiempo, y curado ya, se le instruyó proceso. Hizo una confesión franca y completa. El príncipe fue dejado al margen de todo desde que comenzó a iniciarse la causa. El delincuente, al ser presentado al tribunal, habló muy poco. Su abogado, hombre hábil y elocuente, quiso probar con mucha claridad y lógica que el crimen había sido cometido bajo el influjo de una dolencia mental que el acusado sufría hacía largo tiempo y cuya base radicaba en ciertos crueles sufrimientos morales. Sin contradecir a su defensor, Rogochin

no dijo nada en apoyo de tal tesis y, como ante el juez de instrucción, se limitó a contar detalladamente el asesinato. Considerado culpable, si bien con algunas circunstancias atenuantes, se le condenó a quince años de trabajos forzados en Siberia, sentencia que oyó pronunciar sin salir de su sombrío silencio. Su inmensa fortuna, de la cual sólo había disipada pequeña parte en la época de las locuras, pasó a su hermano Semen Semenovich, que la recibió con no escaso contento. La anciana señora Rogonchina vive aún y a veces parece recordar a su querido hijo Parfen, aun cuando sólo conservé de él una memoria muy vaga. Dios ha evitado a la mente y al corazón de la anciana el conocimiento de la catástrofe que ensombreciera su hogar.

Lebediev, Keller, Gania, Ptitzin y varios otros personajes de nuestro relato prosiguieron haciendo su vida habitual. Nada ha cambiado en sus vidas y poco podríamos decir sobre ellos. Hipólito murió algo antes de lo que se pensaba, es decir, quince días después de Nastasia Filipovna. Su agonía fue terrible. Kolia quedó muy impresionado por todos aquellos acontecimientos, y ahora vive en relación mucho más estrecha con su madre, la cual considera que su hijo es demasiado melancólico para su edad y se inquieta bastante por él. Es muy probable que Kolia llegue a ser un hombre práctico y útil. Gracias, al menos en parte, a sus gestiones se tomaron las medidas que requería el estado del príncipe Michkin. Kolia había advertido que entre las personas que tratara últimamente la más capaz de todas era Eugenio Pavlovich Radomsky y, en consecuencia, no vaciló en visitarle. Le contó lo ocurrido y le manifestó la situación en que se encontraba Michkin. No se había engañado. Radomsky tomó el más fervoroso interés en la futura suerte del desgraciado «idiota», y merced a su activa intervención el príncipe fue llevado de nuevo a Suiza, al sanatorio del doctor Schneider. A la sazón Eugenio Pavlovich se ha ido también al extranjero y piensa pasar bastante tiempo allí, porque se ha convencido y lo confiesa sin rebozo, de que es hombre completamente superfluo en Rusia. Bastante a menudo, es decir, una vez cada dos meses, va a ver a su pobre amigo a casa de Schneider, y a cada visita encuentra al doctor más descorazonado. Schneider mueve la cabeza, arruga el entrecejo, da a entender que las facultades mentales del paciente se encuentran arruinadas casi en definitiva y, si no diagnostica una dolencia incurable, al menos dice lo suficiente para autorizar las más desoladoras conjeturas. Eugenio Pavlovich ha tomado esto muy a pecho y lo siente de todo corazón, porque tiene corazón, como lo acredita la circunstancia de que consiente en recibir cartas de Kolia y hasta incluso contesta algunas veces. Aún se conoce otro curioso detalle acerca de Radomsky, y como habla mucho en su favor nos apresuramos a declararlo. Después de cada una de sus visitas al sanatorio de Schneider, Eugenio Pavlovich no sólo escribe a Kolia, sino también a otra persona de San Petersburgo, a la que da muy detallados informes referentes a la salud del príncipe. Aparte repetidas protestas de la más sincera devoción, esas cartas

expresan ciertas opiniones, ciertas ideas, ciertos sentimientos que, vagos al principio, se van precisando cada vez más a medida que se prolongan tales relaciones epistolares, y, en resumen, parecen revelar una amistad íntima y tiernamente fervorosa. La persona a quien esas cartas (poco frecuentes, cierto es) van dirigidas y a quien se atestigua una estima tan cordial, es Vera Lukianovna Lebedievna. No podemos saber con exactitud cuándo se iniciaron semejantes relaciones, pero cabe creer que comenzaron a raíz de lo sucedido al príncipe, hecho que afectó tanto a Vera que casi le costó una enfermedad. Si mencionamos esa correspondencia, se debe a que en ella había referencias a la familia Epanchin y sobre todo a Aglaya Ivanovna. En una carta un tanto incoherente, escrita desde París, Eugenio Pavlovich relataba que Aglaya, tras un breve y fogoso amor con un conde polaco refugiado en Francia, se había casado con él contra la voluntad de sus padres, quienes tuvieron que consentir en el matrimonio para evitar un escándalo. Después de un lapso de seis meses, en el transcurso del cual Vera no tuvo noticias de Eugenio Pavlovich, recibió al fin una carta muy larga y con detalles muy minuciosos, informando a la joven de que, con motivo de la última visita al sanatorio de Schneider, Radomsky había encontrado al príncipe Ch. y a toda la familia Epanchin (excepto, por supuesto, al general, a quien sus ocupaciones retenían en San Petersburgo. La entrevista fue curiosa: todos acogieron a Radomsky con verdadero embeleso. Alejandra y Adelaida le estaban muy agradecidas por su «angelical bondad con el desgraciado príncipe Michkin». Al saber el estado de enfermedad y decaimiento en que se hallaba el pobre León Nicolaievich, Lisaveta Prokofievna no pudo contener las lágrimas. Sin duda le había perdonado todo. El príncipe Ch. formuló algunos comentarios llenos de oportunidad y buen sentido. Eugenio Pavlovich creía notar que aún no existían comprensión y armonía perfectas entre Adelaida y el príncipe Ch., pero tenía la certeza de que en el porvenir la experiencia y el buen sentido del príncipe acabarían imponiéndose a la impetuosidad de la joven, quien aceptaría aquella dirección de buen grado. Por lo demás, las recientes lecciones sufridas por los suyos habían hecho reflexionar mucho a Adelaida. La triste suerte de su hermana menor no había sido, por supuesto, lo que menos la impresionara. En los seis meses transcurridos, los hechos confirmaron los temores que la familia Epanchin sentían respecto al conde emigrado. Aquel individuo no era en realidad ni conde ni emigrado en el sentido político de la palabra, sino que había debido abandonar su país a consecuencia de un asunto bastante turbio. La noble añoranza de la patria, de que alardeaba tanto el aventurero, era lo que había hecho que Aglaya le encontrase interesante. La joven se enamoró de él de tal manera que, antes de casarse, había incluso entrado a formar parte de una comisión organizada en el extranjero para luchar por la restauración de la nacionalidad polaca, y comenzado a frecuentar, además, el confesionario de un célebre sacerdote católico, quien ejercía gran influjo sobre el ánimo de la

joven. Las vastas posesiones de que el supuesto conde polaco presentara pruebas casi irrefutables a Lisaveta Prokofievna y al príncipe Ch., resultaron ser un mito. Pero todo ello no tenía importancia comparado con el hecho de que el «conde» había logrado enemistar completamente a Aglaya con su familia, hasta el extremo de que hacía varios meses que la recién casada no veía siquiera a los suyos. Todavía hubiesen podido contarse muchas otras cosas al respecto, pero aquellas desgracias habían afectado tanto a Lisaveta Prokofievna, a sus hijas y hasta al príncipe Ch., que no se atrevieron a mencionar ciertos hechos en su charla con Radomsky, aunque le suponían completamente informado de la gran equivocación de Aglaya. La pobre Lisaveta Prokofievna anhelaba vivamente volver a Rusia y, siempre según la carta de Eugenio Pavlovich, criticaba con amargura todas las cosas del extranjero. «En ningún sitio se sabe cocer bien el pan —decía a su interlocutor —; en invierno se hielan como ratones en un agujero… Yo, al menos, he llorado como una buena rusa por este pobre hombre —añadió señalando a Michkin, que no acababa de reconocerlas—. Ya estamos hartos de extravagancias. Todo esto, todo extranjero, y este Occidente, y esta Europa de que tanto hablan ustedes, no es más que una fantasía también… ¡Ustedes mismos se convencerán! ¡Acuérdese de lo que le digo!», había concluido, casi enojada, al despedirse de Eugenio Pavlovich.

FIN